

Tentativas de Reconstrucción

DE

NUESTRO LENGUAJE NATURAL


Y EL

PROBLEMA DE LA PALABRA

POR

D. Vicente Aguirre

MÉDICO TITULAR DE LA VILLA DE EIBAR.



Imprenta y Encuadernación de Pedro Orús.

EIBAR.—1898.

Prólogo.

Las ideas que exponemos en el presente tratado, aunque un tanto corregidas y aumentadas, no son nuevas, pues vieron la luz por primera vez en el *Euskal-Erria*, de San Sebastian, fundado para fomentar el estudio de la literatura euskara, nuestra lengua materna, y descifrar, si era posible, el enigma de su origen; y mas tarde en la *Contróversia*, de Madrid, dirigido por el malogrado Académico de la Lengua y ejemplar Sacerdote D. José Salamero, á quien jamás podremos agradecerle en lo que vale la amabilidad con que nos abrió las columnas de su ilustrada y bien escrita revista; animándonos despues á que coleccionáramos los artículos insertos en ella, para formar con ellos un tratado y darlo á luz.

Mucho nos ha costado seguir este amistoso consejo porque nos sentimos incapaces de dar á nuestras ideas aquella trabazón de que necesitan para formar un cuerpo de doctrina, pero como quiera que esta labor puede ser desempeñada por persona mas competente, siempre que nosotros aportemos los materiales necesarios para ello, nos hemos decidido al fin á seguir las amistosas indicaciones del ilustre Académico, considerando que no cumpliríamos con nuestro deber si por una pusilanimidad exagerada dejáramos de publicar verdades cuyo conocimiento, creemos en conciencia, que es útil y provechoso al progreso de la lingüística, tanto como al enaltecimiento de nuestra nativa lengua.

En efecto, trátase de demostrar que merced al conocimiento que tenemos de esta nuestra lengua, y á la posición ventajosa en que esto nos coloca, hemos conseguido, por rara casualidad, reconstruir en gran parte

nuestro lenguaje natural, resolver el problema de la palabra, y probar además la filiación directamente euskara de las lenguas habladas por la gran raza caucásica, justificando así los vaticinios de la escuela clásica vascongada, empeñada en sostener desde el momento en que aparece, ser el vascuence el representante mas legítimo y directo de la lengua hablada por nuestros primeros padres, una de las matrices mayores, y la misma que un día ocupó las vastas y estensas comarcas del Asia, Europa y gran parte del Africa.

Y claro es que tales éxitos no hubieran estado al alcance de nuestra limitada inteligencia si el problema de la palabra fuera en realidad tan difícil como nos lo pintan, ni lo hubieran citado tampoco si no nos hubieran allanado el camino.

1.º El arcaísmo sin igual y la inimitable pureza de la lengua euskara puesta de manifiesto por los trabajos de nuestros predecesores Larramendi, Astarloa, Erro, el Abate Inchauspe, Chao, etc., á los que debemos unir los nombres de los eminentes sabios Humboldt, Leibnitz, Principe Bonaparte, Dr. Broca, Wan-Heis, Rybari, etc., que confirmaron aquellos trabajos.

2.º Las admirables análisis de nuestro inolvidable Astarloa, y los de su discípulo Erro, sobre el valor de las letras del alfabeto, desconocidas de muchos y por nadie apreciadas en su justo valor.

3.º Los adelantos modernos, y sobre todo, el paralelo que la lingüística ha establecido entre las leyes que rigen la vida de la naturaleza, y aquellas otras que rigen la vida del language, principio fecundo de que se deduce la unidad originaria de la palabra.

4.º Nuestra misma profesión, que poniéndonos en contacto diario con la muger y el niño, nos ha permitido sorprender el valor de algunos de los gritos naturales del último, con la ayuda de su madre, dotada de ma-

ravilloso instinto para sorprender las diversas impresiones que agitan el alma de su hijo, é interpretar sus primeros balbuceos.

5.º y último. Nuestra tenacidad y perseverancia sostenidas por la conciencia que nos asiste de que prestamos un servicio real y verdadero á la lingüística, y por la seguridad además, que abrigamos de que se congratularán nuestros paisanos, al saber que nuestra lengua, tan humilde como desconocida es sin embargo la madre común de que nacieron y en quien un día se contenían las sábias lenguas habladas por los pueblos mas inteligentes y civilizados de la tierra; nuestro pueblo, aquél de que estos proceden, y nuestro cráneo que tanta curiosidad inspira á los antropólogos, aquel en que se han modelado los suyos, esto es, las cabezas mas bellas é inteligentes de la tierra.

Claro es que estas verdades necesitan la sanción de la ciencia y á este propósito suplicamos encarecidamente á los Excmos. señores que componen la Academia de la Lengua, que prescindiendo de las condiciones del escritor, que son bien medianas, fijen su atención en las pruebas que presenta y en los principios en que las fundamenta que en compendio son los siguientes:

«La sensación no es, ni puede ser en el hombre sin la interjección, su complemento obligado y necesario» ni la idea es, ni puede ser, en su entendimiento, sin la palabra, tambien su complemento obligado y necesario. «Y como la idea se vivifica en la sensación» así tambien la palabra, grito expresivo de la idea, se vivifica en la interjección, grito expresivo de la sensación.»

«No hay tampoco en el hombre mas que una sola sensación, la sensación de la vida de suyo alegre y placentera» como no hay en su lenguaje mas que un solo grito, el grito de la vida, la vocal *a*, grito fundamental humano.»

«Pero así como la vida no es, ni puede ser, sin el temor de perderla, ni este, sino contenido en la alegría de la vida, con quien naciera, y formando con la alegría de la vida un todo unido, indiviso é inseparable» así también el grito *a*, característica de la alegría de la vida, no es, ni puede ser, sin el grito *i*, característica del temor á la muerte; ni este grito sino contenido en el primero *a* con quien naciera, y formando con este un todo unido, indiviso é inseparable $\text{a}i$, que es en nuestro lenguaje lo mismo que en nuestro entendimiento, la *forma característica* del grito humano, de la sensación y de la vida sensitiva, y su *conditio sine qua*.

»De igual modo no hay en la naturaleza más que un solo cuerpo, la *materia* como no hay en el lenguaje de la naturaleza mas que un solo *sonido*, la vocal *a*, característica de la materia».

Pero así como la materia no es, ni puede ser, sin la energía que la rige y gobierna, ni esta puede ser sino contenida en la materia, con quien naciera, y formando con la materia un todo unido, indiviso e inseparable, así también el sonido *a*, característica de la materia, no es ni puede ser sin el sonido *i*, característica de la energía, ni esta es ni puede ser sino contenida en el sonido *a*, con quien naciera, y formando con este sonido un todo unido, indiviso é inseparable $\text{a}i$, que es en nuestro entendimiento, lo mismo que en la naturaleza, la *forma característica* de la materia, que en el mundo animado del lenguaje es un ser».

Nota. La energía *i* reside en el átomo y produce sus vibraciones y estas vibraciones se traducen en la *línea*, esto es, en la vocal *i*; y como el sonido es la *vibración* de la *materia*, y la energía es *materia*, resulta que la vocal *i*, esto es, el *sonido-línea*, es sin poderlo negar, la característica de la energía, puesto que esta es la causa eficiente de las vibraciones del átomo.

La misma vocal *i* es la imagen del aliento vital, sin el que el grito humano no puede ser, y el aliento se representa bajo la forma de un hilo, ima-

gen de la *línea* que trazamos en su prolación; y esta línea está formada por una serie de átomos archi-microscópicos en vibración, y estas vibraciones son producidas por la *fuerza vital* que es a la respiración lo que la energía es á la materia.

«No hay en nuestro entendimiento más que una sola idea, el *Yo*; prerrogativa del alma humana y la característica que la distingue y separa del alma irracional del bruto». No hay tampoco en nuestro lenguaje: *intelectivo* ó hablado mas que una sola palabra, el signo y el sonido del *yo*, la vocal *i*.

«Pero así como la idea *yo* no es, ni puede ser, en nuestro entendimiento sino vivificada en la sensación en que se contenía» *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* así también la palabra *i*, grito del *yo*, esto es, de la *idea*, no sería en el lenguaje si no se hubiera vivificado en *a*, grito de la *sensación* en que á su vez se contenía.

«Pero así como la idea *yo* al unirse á la sensación para animarla y vivificarla, no se confunde con la sensación, ni pierde su virtualidad, ó sea la facultad que le asiste de producir nuevas ideas siempre conformes con su propia naturaleza, y encarnarlas en otras tantas sensaciones» así también la palabra *i*, al unirse con el grito *a*, para animarlo y vivificarlo no se confunde con el grito *a*, ni pierde su personalidad, ó sea la facultad que le asiste de emitir nuevas voces y encarnarlas en nuevos gritos que son otras tantas palabras, sino que se une en la forma $\text{i} = \text{a}i$, que es la forma característica de la palabra humana y su *conditio sine qua non*».

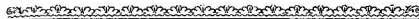
«De igual modo no hay en la creación más que una sola idea, *Dios*, el *Yo Absoluto*», como no hay en el lenguaje de la Creación más que una sola palabra, el sonido ó el grito de Dios Idea, el *Yo Absoluto* que es la misma vocal *i*.

Pero así como *Dios-Idea* no sería en nuestro entendimiento, sino se

hubiera revelado en la *materia sensible* así también su *Palabra* el sonido *i*, característica de aquella *Idea*, no sería en nuestro lenguaje si no se hubiera vivificado en el sonido *a*, característica de la *materia sensible*.

«Pero á la manera que Dios se une á los mundos, sin confundirse con los mundos, ni perder su personalidad, ó sea la facultad que le asiste de emitir nuevas ideas y encarnarlas en nuevos mundos; así también su Palabra, el sonido *i*, al unirse con el grito *a*, para animarlo y vivificarlo y vivificar el lenguaje de la naturaleza, no se confunde con el grito *a* ni pierde su virtualidad, ó sea la facultad que le asiste de emitir nuevas voces y encarnarlas en nuevos gritos que son otros tantos mundos, sino que se une en la forma $\text{I} = \text{U}$, que es en nuestro entendimiento la forma característica de la Palabra Divina de quien la palabra humana es imagen, y su *conditio sine qua*.

Y esta palabra *una* de quien nacen y en quien se contienen todas las demás, y sin la que ninguna podrá ser, existe providencialmente en nuestra incomparable lengua en toda su pristina integridad y pureza, y está en ella representada por los dos pronombres personales *i* (tu), y *a* (él ó ella), que han de ser en nuestras manos los hilos conductores que nos han de guiar en el estudio de las diversas metamorfosis por que ha pasado la palabra humana en su constante evolución desde su primer origen hasta nuestros días, puesto que es fácil de reconocerla en los pronombres castellanos *i-o* y *el, a-k-el*. Remitémonos á las pruebas:



TENTATIVAS DE RECONSTRUCCIÓN DE NUESTRO LENGUAJE-NATURAL

Introducción.—La palabra, en la filosofía del lenguaje, es el verbo compenetrado y presente en el hombre. Consta de dos factores, la idea y el grito, y estos dos factores son á la palabra lo que el alma y el cuerpo son á nuestra persona; pero así como la persona del hombre no puede ser bien conocida sino conociéndola en el alma, esto es, en sí, y conociéndola en el cuerpo, esto es, en lo sensible, su obra, así también la palabra no puede ser bien conocida sino conociéndola en la idea, esto es, en sí, y conociéndola en el grito, esto es, en lo sensible; su obra.

La idea de la palabra es el yo, y esta idea es la característica que separa el alma del hombre del alma del bruto. El grito, organismo de la palabra, es el grito humano, *a*, y este grito es la característica que separa la voz del hombre del grito del animal, como el cuerpo humano es la característica que separa el organismo del hombre del organismo del bruto.

El estudio del Yo constituye, pues, la psicología de la palabra, y este estudio puede verse en los innumerables tratados que sobre ella se han escrito. El estudio del grito constituye su fisiología; mas esta ciencia no ha sido aun creada y no puede, por consiguiente, estudiarse en ningún tratado, pues no merecen el nombre de tales tentativas que con este objeto hicieron en la antigüedad los filósofos griegos y romanos, y en la edad moderna algunas eminencias científicas, porque no se vé en sus escritos nada que pueda formar un cuerpo de doctrina.

Por esta razón, y porque en el orden natural lo sensitivo precede á lo intelectual, conviene comenzar por el grito el estudio de la palabra humana.

Del grito humano

El grito, considerado en sus factores, es el *sonido* animado y vivificado, por nuestro *aliento*; á la manera que el cuerpo en el que se produce, y de quien es *imágen* y característica en la filosofía del lenguaje, es materia organizada, animada y vivificada por el alma espiritual; y como el universo sensible, en el que el cuerpo vive y de quien es *imágen* y característica en la misma filosofía, es la materia universal animada y vivificada por el aliento de Dios, y la materia en dicha filosofía es *sonido* y el aliento, en la misma filosofía es *espiritu*.

Considerado en su producción, esto es, fisiológicamente, el grito es el complemento obligado y necesario de los movimientos reflejos que determina la sensación, de cuya naturaleza inconsciente participa por esta razón, á la manera, decimos, que los sonidos exteriores, son el producto inmediato y necesario de las vibraciones sonoras que determinan en los cuerpos los choques ó impresiones que reciben, de que se sigue que la sensación es á nuestro cuerpo, lo que el choque es al cuerpo percutado.

Pues bien: así como las vibraciones que determina el choque en el cuerpo percutado alcanzan á todas y cada una de sus moléculas y repercuten hipotéticamente en todo el universo, así también los movimientos reflejos que la sensación determina, alcanzan á todas y cada una de las fibras de nuestro cuerpo y repercuten en todo nuestro ser, y repercuten sobre todo, y muy especialmente, en el aparato fonético de nuestro pecho por razones que la fisiología explica y de las que no debemos ocuparnos aquí; pero á la manera que aquellas vibraciones se modifican y cambian en cada caso particular, y presentan variedades que se corresponden con las que á su vez ofrecen las agentes que determinaron su producción, así también los movimientos reflejos producidos por la sensación se modifican y cambian en cada caso particular, presentando variedades que se

corresponden con las que á su vez ofrecen los agentes que determinaron su producción, de tal modo y en tal forma, que á un agente dado *b*, corresponde la sensación *b* y el grito también *b*, y á un agente *m*, la sensación *m* y el grito también *m*. «Tal es el origen de las primeras consonancias del lenguaje con el universo creado. Pero aquellas variedades jamás alcanzan á borrar el tóno fundamental de la voz humana *a*, como no alcanzan tampoco á borrar el tóno fundamental de los cuerpos; de que se infiere que la unidad en la variedad, que es la ley de la naturaleza creada, es también la ley porque se rige el grito, organismo de la palabra.

Síguese de lo dicho que los seres exteriores, al impresionar nuestro organismo por medio de sus cualidades sensibles, dan lugar, según su naturaleza, á muchas y variadas sensaciones, cada una de las cuales tiene en el aparato fonético de nuestro pecho, su modalidad propia y característica, ó sea su tonalidad, llamada *interjección*, como tiene en nuestro semblante su expresión típica y característica, ó sea su modalidad, llamada *mímica*; pero así como esta mímica y esta expresión sólo se hacen perceptibles al exterior á favor de la luz, y requieren para su manifestación: 1.º, la integridad en el órgano, y 2.º un foco luminoso que lo ilumine; así también la interjección solo se hace perceptible al exterior á favor del sonido, y requiere para su manifestación: 1.º, la integridad en el órgano, y 2.º una excitación bastante viva para hacerlo vibrar con cierta fuerza. Si, pues, falta cualquiera de estas dos condiciones, la interjección no se revelará al exterior, esto es, no se hará audible, pero quedará grabada en todo nuestro ser como la nota musical en un instrumento bien templado, porque preciso es decirlo si hemos de comprender bien el mecanismo de nuestro grito.

Que el cuerpo humano es y debe ser considerado por el lingüista como un gran armonio, cuyo registro se halla en el pecho, formado de interjecciones, que son como sus notas musicales, pero cuyo teclado se halla en el cerebro, formado de imágenes, que son las imágenes de aquellas inter-

jecciones, grabadas sobre las sensaciones de que son expresión; pero grabadas de tal modo y en tal forma que siempre que una excitación venida de fuera llega al alma y se produce la sensación, la imagen sobre ella grabada, que es como la tecla del instrumento, se pone en conmoción y ésta conmoción, trasportada inmediatamente al pecho al través de los nervios motores, que son como las cuerdas del armonio, producirá la interjección, que será luego transmitida al exterior á favor del sonido, siempre por lo menos que se cumplan y realicen las dos condiciones de que arriba hemos hablado. Tal es, en pocas palabras, el mecanismo del grito humano, característica como se vé y expresión de la sensación en el lenguaje natural del hombre y su imagen en el alma; característica también y la expresión en el mismo lenguaje del agente externo que determinó su producción y su imagen en el alma. Pero equivocariase el que creyera que por esta sola explicación puede sorprender la naturaleza íntima del grito y de sus consonancias con los seres del universo creado.

En efecto, es imposible comprender estas consonancias si no se tiene en cuenta que en la filosofía del lenguaje, lo mismo que en la filosofía pitagórica, los seres exteriores son á su vez las notas musicales del gran armonio llamado universo creado; y como nuestras sensaciones son, según doctrina psicológica corriente y admitida, las imágenes y representaciones de los seres sentidos, ó sea de los agentes que determinaron su producción; y vice-versa, los seres sentidos son imágenes grabadas sobre nuestras sensaciones; resulta:

Que siempre que una excitación venida de uno de aquellos seres llega al alma y se produce la sensación, la imagen sobre ella grabada, que es la imagen del *ser sonido* sentido, se pone en conmoción y ésta conmoción, trasportada inmediatamente al pecho al través de los nervios motores, sus naturales conductores, producirá la interjección, que será luego transmitida al exterior al favor del sonido. De modo que el grito humano no es sino el eco y la reproducción de los sonidos que el alma del hombre

percibe en los seres del universo creado, *vox repercussa naturae*, la imagen de aquellos sonidos y su fiel reflejo, y últimamente su onomatopeya. En una palabra, las interjecciones son las notas musicales del gran armonio universo creado, compenetradas y presentes en el hombre. Síguese de aquí que los diversos seres llevan inscrito, por decirlo así, su nombre en sí mismo y en su misma naturaleza; solo que este nombre no ha sido revelado por Dios sino á su predilecta criatura, el hombre. A esto alude aquél pasaje de la Escritura Sagrada cuando dice: «y convocó Dios á los animales de la tierra y á los pájaros del cielo, y los presentó á Adán para que les impusiera su nombre, y el nombre que les impuso éste es el suyo.» *Omne enim quod vocabit Adan anima viventis ipsum est nomen ejus.*

Cuando una sensación, cualquiera que sea, se eleva á la categoría de la idea, sucede que el grito, expresión de aquella sensación, se eleva á su vez á la categoría de la palabra, expresión de aquella idea, por un sencillo mecanismo que no vemos, sin embargo, explicado en ningún tratado de lingüística. En efecto: cuando se opera una de aquellas transformaciones, sucede que la imagen grabada antes sobre la sensación queda también grabada sobre la idea que se vivificó en dicha sensación; pero grabada de tal modo y en tal forma que siempre que una volición nacida en el alma llega al entendimiento y se produce la idea, que aun es sensación, la imagen sobre ella grabada se pone en conmoción, y esta conmoción, trasportada inmediatamente al pecho en la forma que hemos expuesto arriba, produce la interjección, que es luego transmitida al exterior á favor del sonido. Y este sonido es la palabra, que se diferencia de la interjección: 1.º, en que esta última se produce por corrientes centripetas que, partiendo del mundo que nos rodea, llegan al alma al través del cuerpo y de sus nervios sensitivos, mientras que la palabra se produce por corrientes centrifugas que, partiendo del alma, se dirigen al exterior al través del cuerpo y de sus nervios motores; 2.º, en que la palabra, animada y vivificada por una idea libre y consciente que no puede, sin em-

bargo, vivir sino encerrada en un grito inconsciente, es la imagen fiel del hombre, animado y vivificado por un alma consciente, que no puede, sin embargo vivir sino encerrada en un cuerpo inconsciente, mientras que la interjección, animada y vivificada por una sensación inconsciente que vive encerrada en un grito también inconsciente, es la imagen del ser sensitivo, animado y vivificado por una alma inconsciente que vive encerrada en un cuerpo inconsciente.

Síguese de aquí que el grito humano es la expresión y la forma propia de la sensación y su complemento obligado y necesario, a la manera que el cuerpo en que el grito se produce, y de quien es característica é imagen, es á su vez la expresión y la forma propia del alma sensitiva; y su complemento obligado y necesario, mientras que la palabra es la expresión y la forma propia de la idea y su complemento obligado y necesario, á la manera que la persona del hombre en que la palabra se produce y de quien es característica é imagen es la expresión y la forma propia de nuestra alma racional y su complemento obligado y necesario, sin que esto implique ningun ataque á la unidad originaria del alma ni á la unidad originaria del lenguaje. Conste, pues, en oposición á doctrinas muy generalizadas, que así como el alma no es ni puede ser en la tierra sin el cuerpo, su complemento obligado, así también la idea no es, ni puede ser en el entendimiento sin la palabra, su complemento también obligado y necesario; circunstancia atendible que debieran tener en cuenta cuantos engañados por falsas apariencias, han llegado á creer con Wittney que entre la voz y su signado, esto es, entre la palabra y la idea por ella expresada, no hay ni puede haber ningun lazo orgánico interno y necesario. Este error, más grosero en el fondo que en la forma, pone de relieve el lamentable atraso en que se halla la lingüística, que en medio de sus pretendidos adelantos, no ha llegado aun á comprender que la palabra es el *hombre*, y que entre ella y su signado existen los mismos lazos y las mismas armonías que entre el hombre y el universo.

El conjunto de nuestros gritos forma el lenguaje humano, como el conjunto de individuos forma el hombre, humanidad; y así como el hombre se nutre y alimenta de los materiales que le proporciona el mundo que le rodea, así también su lenguaje se nutre y se alimenta de los sonidos que le proporciona el mundo que también le rodea; pero á la manera que aquellos materiales, una vez asimilados, llegan á formar una parte integrante y constitutiva del organismo que los ha asimilado, y no pueden ser violentamente arrancados de él, sin que el individuo perezca, así también los sonidos exteriores, una vez asimilados, llegan á formar una parte integrante y constitutiva del lenguaje que los ha asimilado y no podrán ser violentamente arrancados de él sin que el lenguaje perezca.

La prueba es fácil y puede intentarse donde quiera.

El hombre en el claustro materno pasa por un período embrionario, durante el cual se nutre y se sustenta de la carne y de la sangre de sus padres y progenitores, que son su propia sangre, de tal modo que en el momento de nacer, no hay ni puede haber en el recién nacido una sola fibra ni un solo átomo que antes no haya estado en los padres, sus progenitores. Pues bien: de la propia manera el lenguaje ha pasado por un período también embrionario, durante el cual se ha nutrido y alimentado de la substancia de sus padres y progenitores, las interjecciones, que son su propia substancia, de tal modo que en el momento de nacer no había ni podía haber en el lenguaje naciente una sola nota ni un solo acento que antes no hubiera estado en las interjecciones, sus progenitores.

Desde este punto de vista, el grito humano puede y debe dividirse en grito propio, ó interjección propiamente tal, y en grito apropiado, ó sea la llamada onomatopeya; pero así como las onomatopeyas participan de la naturaleza de las interjecciones en cuanto son la expresión inconsciente de una sensación también inconsciente, así también las interjecciones participan de la naturaleza de la onomatopeya en cuanto son como el eco y la repercusión de los sonidos que el alma humana percibe en los seres

del universo creado. Síguese de aquí que el conjunto de nuestros gritos, bien sean propios ó apropiados, forman nuestro lenguaje. Dividese éste en sensitivo, inconsciente ó interjeccional, y en intelectivo, consciente y hablado; el primero es común al hombre y á los animales superiores, el segundo es privilegio exclusivo de nuestra persona; mas ambos á dos se dividen y deben dividirse para su mejor estudio en lenguaje interior y suprasensible, y en lenguaje exterior y sensible ó material. El primero, esto es, el lenguaje sensitivo interior, se compone de las imágenes de nuestros gritos, que son á la par las imágenes de los seres sonidos sentidos, pero tal y como los comprende nuestra alma sensitiva, esto es, completados en lo sensible, y formando con lo sensible un todo unido, indiviso é inseparable. El segundo, esto es, el lenguaje intelectivo interno, se compone de las imágenes de los mismos gritos é imágenes también de los seres sonidos sentidos, pero tal como los comprendé nuestra alma intelectiva, esto es, abstracción hecha de lo sensible en que se nos muestran. El primero se vivifica en el *instinto*, que es el alma presente en el sensorio; el segundo en el *yo*, que es el alma presente en el entendimiento, mas ambos á dos se completan en el lenguaje exterior y sensible ó sea en el grito.

Sentados estos primeros principios, pasaremos á reconstruir el lenguaje natural del hombre, sorprendiéndolo en el único punto en que hoy puede ser sorprendido; esto es, en el niño, guiándonos al efecto de las preciosas luces que nos legó nuestro antecesor y paisano Astarloa, reputado como visionario, por lo que constituye preciosamente el pedestal de su futura gloria; esto es, por haber demostrado, cual ninguno lo habia hecho antes de él, que las letras del alfabeto son otros tantos gritos naturales, y los gritos, además, sobre los cuales ha cimentado el hombre la maravillosa obra de su gramática, como sobre los cuerpos simples (y perdonesenos el paralelo por lo que tiene de exacto), cimentó Dios la maravillosa obra de la creación, que podríamos llamarla gramática divina.

La vocal *a*, primera letra del alfabeto humano, es la onomatopeya y la imagen de la materia sensible que es á su vez la primera letra del alfabeto que pudiera llamarse divino.

Demostración.—Siendo el grito una parte integrante y constitutiva de la sensación y su complemento obligado, es claro que los orígenes de nuestros gritos radican y deben radicar en los orígenes de nuestras sensaciones; y como estas últimas comienzan con nuestra vida sensitiva, es claro también que los gritos comenzarán con la misma vida.

Y, en efecto, apenas la criatura sale á la luz, siente la presencia del mundo en que ha penetrado y el contacto de este mundo con su propio organismo, y esta sensación primera de la vida del nuevo ser se anuncia por medio de su llanto; y la criatura al llorar emite el grito *a*, eco y reproducción de otro sonido análogo *a*, que se produjo en su primera inspiración, esto es, al penetrar por primera vez el aire en sus pulmones. Nos explicaremos.

La Psicología nos enseña que el alma, sustancia incompleta, no pudo sustraerse á un movimiento de alegría interior al sentirse vivificada en el cuerpo; de que se infiere que el primer sentimiento de la vida es de suyo alegre y placentero, dígame lo que se quiera sobre el valor del primer llanto, mal interpretado en nuestro concepto.

Pues bien: la Fisiología nos enseña á su vez que la alegría y demás pasiones placenteras, lo mismo que el calor benéfico y suave, actúan sobre nuestro organismo, provocando el fenómeno dicho *dilatación*, que, sin dejar de ser el mismo en el fondo, produce, sin embargo, efectos distintos, cuya variedad depende de la variedad de los órganos que son el asiento de aquel fenómeno; pero añade además que estos efectos, por variados que sean, concurren todos á un fin común, esto es, á despertar las energías de la vida, estimular la vitalidad de los órganos, facilitar el buen desempeño de sus funciones y, últimamente, á despertar en el sujeto un sentimiento de bienestar y de amplitud de vida que en el fondo no es otra cosa que la intuición secreta que tiene nuestro organismo de los fenómenos físico vitales que en él se operan, y de los cuales se ocupa el fisiólogo.

Sin embargo, habremos de decir por nuestra parte que, bajo la influencia de aquel sentimiento, lo mismo que bajo la influencia de un calor benéfico y suave, la cavidad de nuestro pecho se abre, los pulmones se ensanchan, los bronquios,

tráquea, laringe y demás conductos respiratorios se abren á su vez, se ensanchan y dilatan hasta adquirir su máximo de capacidad; la columna de aire que por ellos pasa, lo mismo para la respiración que para la emisión de nuestros sonidos, impulsada con energía y vigor en virtud del estímulo de que son asiento todos nuestros órganos, se ensancha á su vez, se extiende, se dilata y difunde por todas las anfractuosidades de aquellos conductos, hasta llenar con su presencia las anchas cavidades de los mismos, abiertas hasta su máximo de capacidad. Así es que la respiración en estas condiciones, es amplia y libre, y la palabra brota de nuestros labios con la misma libertad, fácil y segura, extensa, sonora y llena, fuerte y robusta, adquiriendo de este modo todas y cada una de las propiedades que caracterizan la vocal *a* que es entre los gritos humanos el más fácil y seguro, el más extenso, sonoro y lleno, el más fuerte y robusto, y, últimamente, aquel que emite el hombre de la Naturaleza, lleno de salud y poseído de la alegría de la vida.

Pues bien, y llamo sobre ello la atención del lector, todos estos fenómenos se reproducen con rara fidelidad en el recién nacido: 1.º, porque el aire atmosférico, en virtud de su presión y de su peso, entra fácilmente y sin obstáculos en el pecho de la criatura, abre esta cavidad, ensancha los pulmones, abre, distiende y dilata sus bronquios, tráquea, laringe y demás conductos respiratorios hasta su máximo de capacidad, determinando en virtud de estas condiciones la producción del sonido *a*, de que antes hemos hablado; y 2.º, porque el oxígeno vivificante, al ponerse en contacto con la sangre del niño, despierta las energías de la vida, estimula la vitalidad de los órganos, favorece el buen desempeño de sus funciones, etc.; en una palabra, produce efectos análogos á los que produce el sentimiento de la alegría; y como causas iguales dan lugar á efectos también iguales, resulta que la vocal *a* que se oye en el primer llanto del recién nacido no es sino el eco y la repercusión del grito *a* que se produjo en el primer soplo de la criatura, esto es, al emitir al exterior el sonido *a*, que penetró en su pecho en la primera inspiración, esto es, al penetrar por primera vez el aire exterior en sus pulmones, ó lo que es igual, al penetrar en él el soplo del universo; de que se infiere que este grito *a*, anuncio primero de la vida del nuevo ser, no es sino el soplo del universo, esto es, un efecto físico de aquel soplo divino de Dios, compenetrado y presente en el soplo del hombre. *Y aletú Dios por la nariz supra de vido, ij fúe el hombre en alma viriente: Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventis*, dice la Escritura Sagrada.

Los antiguos, con aquella percepción en los sentidos que no alcanza el hombre civilizado, sorprendieron este hecho, como así lo prueba el dístico latino citado por Astorla en la apología de la lengua vascóngala, y que, copiado á la letra, dice así: *Clamabant a, et e quod quod masculum ab Era; omnis masculus n, nascens e, foemina profert*, y lo que este dístico dice se confirma:

1.º Por el testimonio de la mujer, que distingue el sexo del recién nacido por sólo su grito en *a* ó en *e*, y la mujer es testigo de mayor excepción en la materia por la finura de sus sentidos.

2.º Por el testimonio del lenguaje, que en la Biblia llama *Adán* al primer hombre, y *Eva* á la primera mujer; en el éuskaró *arr* al varón y *eme* á la hembra; en el mandjour, lengua turamiense, *ama* al padre, y *eme* á la madre: *ambba* al suegro y *embe* á la suegra: *gbagba* al macho y *gbege* á la hembra; en el inglés y demás lenguas germánicas, *mam* al varón, y *mimes* á la señora; en el latín *masculus* al macho, y *f-em-i na* á la hembra; en el francés, *mas*, *mále* al macho, y *f-emme*, *f-emme-lle*, á la hembra; en el castellano, *macho* y *h-em-bra*, etc. Obsérvese en estas voces que designan la hembra la presencia de la radical éuskará *eme-emi-a* (la hembra), y obsérvese también que *arr-eba* (la hermana del hermano) significa literalmente la hembra *eba*, del varón *arr*; de modo que *eva eba* tiene en nuestra lengua el mismo significado de varona ó hembra que tiene en la Escritura Sagrada.

3.º Por el testimonio del mismo lector, que distingue fácilmente la voz del hombre de la voz de la mujer, como distingue la voz humana del grito del animal, sin imaginarse empero que esta distinción se debe á que el hombre habla, canta grita en *a*, mientras que la mujer canta, habla y grita en *e*; de modo que la vocal *a*, fuerte y robusta, es la característica del varón, fuerte y robusto á su vez, mientras que la *e*, delicada y suave, es la característica de la mujer, suave á su vez y delicada, y ambas á dos, *a* y *e*, la característica que separa la voz humana del grito del animal. En una palabra: la vocal *a* (pues que la *e* no es sino una *a* debilitada) constituye el timbre de la voz humana y suena en todos nuestros gritos como la materia actúa en todos los cuerpos; y así como la materia es el cuerpo primero y fundamental en que se han producido todos los cuerpos de la Naturaleza, así también la vocal *a* es el grito primero y fundamental en que se han producido todos nuestros gritos. La conclusión no puede ser más legítima; pero como la ciencia no ha proclamado aún el principio de la unidad de nuestros gritos, nos permitiremos algunas reflexiones encaminadas á esclarecer este punto.

En efecto, la vocal *a*,—dice el lingüista,—es la más fácil de las letras del alfabeto. Luego debe ser también,—añadimos nosotros—la primera que ha profirió el niño, porque la Naturaleza pasa siempre y constantemente de lo fácil y sencillo á lo difícil y complicado. Se prefiere,—añade el lingüista,—con sólo abrir la boca y emitir el sonido; y como estos dos actos, la abertura de la boca y la emisión del sonido, son ambos igualmente necesarios para la prolección de todos nuestros gritos, y como sin ellos ningún grito humano puede preferirse, resulta que tampoco podrá preferirse sin la vocal *a*, producto de dichos actos; de modo que esta vocal es la característica de todos nuestros gritos y su *conditio sine qua non*.

Si ahora fijamos nuestra atención en el complicado sistema de msculos que

concurrerán á la formación de todos nuestros gritos, habremos de reconocer, mal que nos pese, que aquellas afirmaciones del lingüista equivalen á decir que en la prolación de este grito *a* no ponemos en juego otras energías ni movimientos realmente otros músculos que aquellos que son pura y estrictamente necesarios para la emisión de todos nuestros gritos, razón por la cual pueden ser llamados los músculos fundamentales de la fonación.

La vocal *o*,—dice el mismo lingüista,—es una *a*, modificada, alta, condensada redonda y sostenida sobre la *u*. Pues bien: se profiere asimismo abriendo la boca y emitiendo el sonido, esto es, profiriendo el grito *a*; mas además de ejecutar estos dos actos, preliminar obligado de nuestros gritos, nos vemos obligados para su prolación á contraer nuestros labios y á redondear la cavidad de nuestra boca; de modo que en la emisión de este sonido movemos de hecho y realmente los músculos de la serie *a*, más los de la serie *o*. Luego la *a* suena en la *o*, se contiene en *o* y precede á la *o*, porque el trabajo fisiológico que requiere la producción de este grito es más difícil que el que requiere la producción de la *a*.

La vocal *u* es también una *a* modificada, ahuecada, enrarecida é inmovilizada, y se profiere abriendo la boca y emitiendo el sonido, esto es, profiriendo la *a*: más además de ejecutar estos dos actos constitutivos de todo grito humano, nos vemos precisados para su emisión: 1.º, á contraer nuestros labios, y 2.º, á proyectarlos ligeramente hacia adelante y ahuecar la cavidad de nuestra boca inflando al efecto nuestros carrillos, como cualquiera puede observarlo por sí mismo; de modo que en la emisión de este grito nos vemos precisados á mover los músculos de las series *a* y *o*, mas los de la serie *u*. Luego las vocales *a* y *o* suenan en *u*, se contienen en *u* y preceden á *u*, porque el trabajo fisiológico que requiere la producción de esta letra es superior al que requiere la prolación de la *a* y de la *o*. Esto es claro como la luz del día.

La vocal *i* es también una *a* modificada, atenuada, sutil, aguda y penetrante, y se profiere asimismo, abriendo la boca y emitiendo el sonido, esto es, profiriendo la *a*; pero además de ejecutar estos dos actos preliminares, nos vemos obligados para su emisión: 1.º, á contraer nuestros labios; 2.º, á proyectarlos ligeramente hacia adelante, aproximándolos entre sí hasta cerrar casi la abertura exterior de la boca; 3.º, á levantar el dorso y base de la lengua y aproximarlos á la bóveda del paladar hasta cerrar casi la abertura interior de la boca y de la garganta; de modo que en la emisión de este sonido nos vemos precisados á mover los músculos de las series *a*, *o*, *u*, mas los de la serie *i*. Luego las vocales *a*, *o*, *u*, suenan en *i*, se contienen en *i* y preceden á la *i*, porque el trabajo fisiológico que se requiere para la producción de la vocal *i* es superior al que se requiere para la producción de las anteriores *a*, *o*, *u*.

Signese de aquí: 1.º, que el órden en que se producen las vocales es el mismo que hemos seguido en su sucinta explicación, esto es (*a*, *e*) (*o*, *u*, *i*), aunque este órden no ha podido ser sorprendido por el lingüista no obstante las tentativas

que se han hecho para lograrlo y el ingenio que en ello se ha gastado; 2.º, que la primera *a* es la vivificadora de las demás vocales; y como éstas son á su vez las vivificadoras de las consonantes en el mero hecho de que estas últimas no pueden ser proferidas sino acompañadas de una vocal, resulta que dicha vocal *a*, es la vivificadora de todas las letras del alfabeto humano, esto es, de todos nuestros gritos, y se contiene en todos ellos, como la materia en los cuerpos.

Si, pues, tenemos en cuenta que el grito forma una parte integrante y constitutiva de la sensación, y cada sensación tiene su grito propio y característico diferente de todos los demás, habremos de convenir en que la sensación primera de la vida; de que *a* es expresión característica, es y debe ser á su vez la vivificadora de las demás sensaciones; de que se infiere que la unidad de nuestros gritos responde á la unidad de nuestras sensaciones. Y lo cierto es que la Psicología confirma esta conclusión lógica con una claridad que nada deja que desear.

En efecto: la sensación primera de la vida del nuevo ser, dice esta ciencia, no ha sido ni ha podido ser vivificada en ninguno de nuestros cinco sentidos especiales, sino en el sensorio, que es el sentido madre y fundamental en que se han vivificado los sentidos especiales, el primero que entra en ejercicio, aquel á quien van á parar las impresiones que reciben todos nuestros órganos, y últimamente la característica que separa nuestra vida sensitiva de nuestra vida vegetativa. Fundamentase este hecho en que el recién nacido no sabe palpar, ni sabe ver, ni oír, ni oler ni gustar, ni conoce, en fin, ni distingue ninguno de sus cinco sentidos, los cuales son en él como si no estuvieran; y segundo, en que la sensación supone cierto conocimiento, por obscuro que sea, del sentido en que se vivifica, y de este conocimiento carece el niño con relación á sus sentidos especiales, puesto que éstos son para él como si no estuvieran.

De la propia manera el órgano impresionado no fué ni pudo ser un órgano particular dado y determinado, sino el cuerpo mismo del niño, y mejor aun la materia organizada de que éste se compone, y esta materia es sin poderlo negar el órgano primero y fundamental en que se han producido todos los demás. Fundamentase este hecho: 1.º, en que el recién nacido no conoce ni distingue ninguno de sus órganos particulares, los cuales son en él como si no estuvieran; y 2.º, en que la sensación presupone cierto conocimiento del órgano impresionado, y de este conocimiento carece el niño con relación á sus órganos particulares, puesto que éstos son en él como si no estuvieran.

El agente que impresionó el organismo del niño no fué tampoco ni pudo ser un objeto particular dado y determinado, sino el mundo, y mejor aún la materia de que éste se compone, y la materia es el cuerpo primero y fundamental en que se han producido todos los demás cuerpos. La razón es la misma: 1.º, porque el niño no conoce ni distingue ninguno de aquellos objetos particulares, los cuales son para él como si no existiera; y 2.º, porque la sensación presupone cierto conocimiento del agente que impresionó nuestro organismo, y de este conocimiento

carece el niño con relación á los objetos particulares, puesto que éstos son para él como si no estuvieran. Y es que, desde el punto de vista que ahora le examinamos el niño es semejante á uno de aquellos animales inferiores en los que el más hábil naturalista no puede hallar ni aun los vestigios de fá existencia de ninguno de nuestros sentidos.

Pues bien: así como este animal, desprovisto de todo sentido, está sin embargo dotado de sensorio y siente la vida, esto es, siente la presencia y compenetración de la materia exterior en su propia materia, así también el recién nacido, para quien sus órganos y sentidos son en él como si no estuvieran, está también dotado de sensorio y siente la vida; esto es, siente la presencia y la compenetración de la materia exterior en su propia materia; de que se infiere que esta sensación primera es en efecto, la sensación madre y fundamental en que se han producido todas las demás; como en el primer grito *a* se han producido todos los demás gritos.

Y es que el nacimiento señala y marca el tránsito de nuestra vida vegetativa á nuestra vida sensitiva, como en la Naturaleza la aparición del animal marca y señala el tránsito de su vida negativa á su vida sensitiva; y así como este tránsito en el animal se señala por la aparición y la entrada en escena del sensorio, encargado de informarle de la vida y de la materia en que la vida encarna, en el niño se señala aquel tránsito por la aparición y la entrada en ejercicio del sensorio encargado de informarle de la vida y de la materia en que la vida encarna, mientras que los sentidos especiales, dormidos aún, son los encargados de informarle de los modos de ser y de las condiciones particulares que reviste la materia en cada uno de los órganos y en cada uno de los cuerpos de la Naturaleza. Luego la sensación de la materia es anterior y ha precedido en el niño á las de sus modos desarrollados de ser, á la manera que el sentimiento de la vida es anterior y ha precedido también á sus modos desarrollados de ser y á las condiciones particulares que reviste la vida en cada uno de nuestros órganos y en cada uno de los cuerpos de la Naturaleza. Del propio modo la sensación del sonido es anterior y ha precedido en el niño á la de sus modos de ser y á las condiciones especiales que reviste en cada caso particular, esto es, en cada uno de nuestros gritos y en cada uno de los sonidos de la Naturaleza y en cada uno de nuestros órganos y en cada uno de los cuerpos, de la Naturaleza. Intentemos una explicación, aunque esta se halla contenida en lo que hemos dicho más arriba.

En efecto: el recién nacido sintió la impresión del sonido exterior *a* que penetró en su pecho á la entrada del aire en sus pulmones, esto es, en su primera inspiración, ó lo que es igual, en el soplo del universo: mas esta impresión no le fué comunicada por ningún sonido exterior particular dado y determinado, emanado de un objeto también particular dado y determinado; porque el niño no conoce ni distingue ninguno de estos objetos ni de sus sonidos, los cuales son, en efecto, para él como si no estuvieran, sino que le fué comunicada por el sonido emanado

de la materia de que está formado el universo, y la materia es, sin poderlo negar, el sonido primero y fundamental en que se contienen y de quien dimanar todos los demás sonidos de la naturaleza, esto es, del universo-armonio; y esto por las razones que arriba hemos expuesto, y en las cuales no vamos á insistir.

De la propia manera el niño sintió la impresión del grito *a*, que se produjo en su primera espiración ó soplo, esto es, al emitir al exterior aquel sonido *a* que penetró en su pecho durante su primera inspiración; mas aquella impresión no fué transmitida al alma del niño, y en el concepto de éste por el órgano del oído ni por el nervio auditivo, porque el niño no conoce este nervio ni aquel órgano ni los distingue de los demás órganos ni de los demás nervios, los cuales son en él como si no estuvieran, sino que fué transmitida al través de la materia organizada de que se compone su cuerpo, y esta materia es, sin género de duda, el sonido primero y fundamental en que se producen todos los gritos y todos los sonidos del hombre-armonio.

En una palabra, el niño recibe la impresión del sonido, como recibe la impresión de la luz, esto es, en cuanto la luz y el sonido son materia, y á la manera que los recibe el animal desprovisto de todo órgano y de todo sentido, y perdónese-nos el paralelo.

Pues bien: si ahora recuerda el lector que los gritos-interjecciones son las onomatopeyas y las imágenes de los seres sentidos, ó sea de los agentes que determinaron su producción, habrá de convenir con nosotros en que la vocal *a*, primera letra del alfabeto humano, es, como decimos la onomatopeya y la imagen de la materia que es por su parte la primera letra del alfabeto divino. Y lo cierto es que este enunciado, pueril y fantástico en apariencia, es en el fondo la expresión de un hecho real y de una importantísima verdad que está al alcance de todos.

En efecto: la vocal *a* es la característica de todos nuestros gritos y su *conditio sine qua non*: la materia es á su vez la característica de todos los cuerpos de la naturaleza y su *conditio sine qua non*. La vocal *a* es el primer grito humano, y en este grito se han producido todos los demás; la materia es el primer cuerpo de la naturaleza, y en este cuerpo se han producido todos los demás; la vocal *a* es sonido, y el sonido es materia; la materia primera es sonido y es grito, el grito de la Naturaleza.

La vocal *a* es entre los gritos del hombre el más fácil y seguro, el más extenso, sonoro y lleno, el más fuerte y robusto; la materia es entre los cuerpos de la Naturaleza el más fácil y seguro, el más extenso, expansivo y lleno, el más fuerte y robusto.

Si nos atenemos á lo que dicen los sabios, como así debemos atenernos, la materia primera fué y debió ser una especie de tenuísimo éter que, dotado de gran fuerza expansiva y difundido por todos los ámbitos del universo, llenaba con su presencia la inmensidad del espacio.

Pues bien: la vocal *a* es un sonido aéreo, indeterminado, étéreo y en su proliación el aliento espirado, impelido con vigor y dotado de gran fuerza expansiva, se difunde por todas las anfractuosidades de nuestros conductos respiratorios, llenando con su presencia las anchas aberturas de estos conductos, dilatados hasta su máximo de capacidad.

Cuando la materia primera, continúa diciendo los sábios, se condensó en virtud de la energía que la trabaja, se produjo la primera nebulosa *o* y esta nebulosa no era en el fondo otra cosa que la misma materia primera condensada, globular, redondeada alta y sostenida sobre el vacío *u* que se formó en virtud de aquella condensación. De la propia manera, el vacío *u* no era á su vez otra cosa que la misma materia primera enrarecida, ahuecada é inmovilizada.

Entonces y no antes, esto es, cuando se hubieron formado la nebulosa *o* y el vacío *u*, su consecuencia se reveló y debió revelarse la energía *i*, que trabajaba la materia, esta energía *i* no era á su vez otra cosa que la misma materia primera, atenuada, adelgazada, sustilizada hasta revestir las formas de una línea imaginaria, aguda, penetrante, y casi suprasedente.

Pues bien: cuando el aliento que produjo la extensa y expansiva *a* se condensó por la contracción de los labios y en virtud de la energía que la trabaja, se formó la vocal *o*, onomatopeya de la primera nebulosa, y esta vocal *o* no era sino la misma *a*, condensada, redondeada, globular, alta y sostenida sobre *u*, onomatopeya del vacío que se formó en virtud de aquella condensación. De la propia manera, esta vocal *u*, onomatopeya del vacío, no era á su vez otra cosa que la misma *a*, enrarecida, ahuecada é inmovilizada, y la prueba cierta además de que el vacío absoluto no existe.

Entonces y no antes, esto es, cuando se hubieron formado la vocal *o*, onomatopeya de la nebulosa y la vocal *u*, onomatopeya del vacío, se reveló en el lenguaje del hombre la vocal *i*, onomatopeya de la energía que trabaja todos nuestros gritos, y esta vocal *i* no es á su vez otra cosa que la misma vocal *a*, modificada, atenuada, y adelgazada hasta revestir las mínimas proporciones de una línea imperceptible, imagen y onomatopeya del aliento vital representado por los antiguos bajo la forma del tenuísimo hilo, cuya rotura en las manos de las Parcas, suspende la vida y produce la muerte. Léase lo que hemos dicho más arriba sobre la producción de las vocales, y repárese además que los caracteres que nosotros las asignamos son, con corta diferencia, los mismos que les asignan los lingüistas, y han sido además confirmadas por las experiencias sobre la llama de Tyndall, cuya competencia en el asunto es de todos reconocida. En efecto: este ilustre físico ha observado que si pronunciamos la vocal *o* arrimando á nuestra boca una bujía encendida, la llama se agita poco y débilmente; si pronunciamos la hueca *u*, la llama permanece inmóvil; mas si pronunciamos la extensa y abierta *a*, la llama se agita fuerte y violentamente; lo que prueba el carácter expansivo de la *a*, el sostenido de la *o* y la movilidad de la hueca *u*, en cuya proliación retenemos el

aliento dentro de la boca, como el éter se retiene dentro del espacio. Y es que si el hombre es la imagen de la Creación, esto es, un microcosmos, lo es precisamente por su palabra.

Reanudando ahora el hilo interrumpido de nuestros análisis, recordaremos al lector que en la filosofía del lenguaje la materia es animada y viva; y el universo sensible, un ser; y el sonido de este universo, el grito de aquel ser; para deducir de aquí que al sentir el niño la presencia y compenetración de la materia universal en su propia materia, y del sonido de esta materia en su propio grito, sintió y debió sentir la presencia y compenetración: 1.º, de la vida universal en su propia vida; 2.º, del ser universo sensible en su propio ser; 3.º, del grito del universo en el propio grito. Luego, según esto, el grito primero del recién nacido *a*, es en el lenguaje natural del hombre la característica, la onomatopeya y la imagen: 1.º, de la vida universal y de la materia en que se encarna, compenetrada y presente en la vida propia y en la materia en que también encarna; 2.º, del ser universo sensible y de la materia en que este se encarna; 3.º, del grito de este universo y del sonido, materia en que se produce, compenetrado y presente en el grito humano y en la materia sonido en que se produce; y, últimamente, como el universo sensible es un armonio y el cuerpo humano es también otro armonio, resulta que dicho grito interjección *a* es asimismo la nota característica y la imagen del armonio universo, compenetrado y presente en el armonio humano.

Pues bien: esta vocal *a* tiene en el misterioso éuskaro, tronco común de que proceden las lenguas habladas por la raza caucásica, el mismo valor y el mismo significado que en nuestro lenguaje natural, como así lo vamos á demostrar en el capítulo siguiente, animados por la esperanza de que el lector concluirá por asimilarse nuestras ideas y doctrina por el imperio que la verdad ejerce en todas las inteligencias. Sin esta esperanza habríamos renunciado á tomar la pluma, conociendo, como así lo conocemos, nuestra inutilidad y nuestra impotencia para manejarla.

La vocal *a* primera letra del alfabeto humano tiene en el euskara el mismo valor y el mismo signado que en nuestro lenguaje natural.

Demostración.—Todo el que tiene una ligerísima noción de la lengua que hablamos los vascongados, sabe muy bien que en esta lengua, tan vetusta como poco conocida, dicha vocal *a* es el pronombre de la tercera persona, que designa, sea dicho de paso, aquella de quien se habla (él ó ella), como sabe también que la misma vocal es el pronombre demostrativo que designa á su vez la persona ó cosa de que se habla (aquél ó aquella).

Ejemplos: *a, izan da*, (él ó aquél ha sido); *ga, zein da?*, (él ó aquél ¿quién es?); *a gauzian polita* (aquello si que es bonito); *ekarrik a* (trae aquello), *juana da* (él es ido), etc.

Nadie ignora, por otra parte, que la cosa de que se habla y la persona de quien se habla se distinguen de aquellas otras de quienes no se habla por la situación que las señalamos, bien sea en nuestra mente, ó bien en el órden creado de la naturaleza; y como la situación se define siempre y se determina por la extensión y las formas, que son las propiedades de la materia sensible, resulta que dicho pronombre personal y demostrativo *a* designa en nuestra lengua la materia sensible. Y lo sensible en la persona que habla es el *grito*; y lo sensible en la naturaleza cuando habla al hombre, es el *grito* de aquella naturaleza; y lo sensible en el hombre considerado como ser, es el *cuerpo*; y lo sensible en el ser do

los seres es el *universo creado*; y lo sensible en los demás seres es el *organismo*, su forma propia. Luego si es cierto lo que aquí decimos, aquella vocal *a*, primera letra del alfabeto humano, es en el éuskaro, lo mismo que en nuestro lenguaje natural, la onomatopeya y la imágen de la materia sensible, que es á su vez la primera letra del alfabeto divino. Importa, por consiguiente averiguar si se trata de una coincidencia fortuita, debida al caprichoso, azar, ó si, por el contrario, se trata de un hecho real íntimamente enlazado con aquellas armonías que la naturaleza ha establecido entre la Psicología, ó sea la palabra interior, psíquica, espiritual, y el lenguaje hablado, ó sea la Psicología exterior, porque es lo cierto que la casualidad ningún papel ha jugado en la formación de las lenguas, como no ha jugado tampoco en la formación de los seres con quienes se las compara para su mejor estudio. Veamos, pues, á qué debemos atenemos.

Cuando dicho pronombre personal y demostrativo *a* se subfija á nuestros nombres (y todas las voces en sus orígenes han sido tales), es llamado por los gramáticos artículo definido, y el artículo definido de nuestra lengua es, sin poderlo negar, el complemento obligado y necesario del nombre, como el organismo, forma propia del ser designado, es el complemento obligado y necesario de este ser. Lo demostraremos por medio de un ejemplo.

El indefinido *kuku* (cuclillo), que es el nombre propiamente tal, designa el ser pájaro así llamado, abstracción hecha de lo sensible *a*, en que se nos muestra; y como la idea que tenemos del ser así considerado es en nuestro entendimiento una *e* idéntica á sí misma, resulta que el indefinido éuskaro carece y debe carecer de plural, porque lo que es uno é idéntico á sí mismo es opuesto á la variedad de que nace la pluralidad. Y, en efecto, nuestro indefinido carece de plural. Véase el paradigma de nuestra declinación en la Gramática de Campión.

Ahora bien: esta carencia de plural peculiar y privativa del éuskaro, puesto que no se reproduce en ninguna de las lenguas hasta hoy conocidas, será también un hecho casual y en manera alguna enlazado con

aquellas armonías de que antes hemos hablado. Hay sobrados motivos para no creerlo así si se considera que sin la idea la palabra no puede ser, ni puede ser el nombre; y si se considera además que la idea contenida en el nombre *kuku*, lo mismo que la contenida en todos los demás, nos da á conocer lo universal, esto es, lo que siendo general y común á todos los individuos de la especie, es, en virtud de esta condición, uno è idéntico á sí mismo y no puede ofrecer diferencia ninguna, por pequeña que sea, en ninguno de los individuos sin perder su carácter universal y sin dejar de ser general y común. Y esto, que es general y común, no puede ser la materia sensible *a*, puesto que ésta difiere en cada individuo, sino que es y tiene que ser aquel algo inmaterial y suprasensible que en nuestra mente se une siempre á lo material y sensible, y á que llamamos esencia. Luego, según esto, el indefinido éuskaro y lo que decimos de él es aplicable al nombre llamado apelativo, nos dá á conocer, no la cualidad esencial del ser, puesto que el hombre no conoce tal esencia de las cosas, sino la existencia en el ser de aquella cualidad esencial y común, de la que ninguno de los individuos de la especie puede carecer, y que es, por esta razón, la característica de la especie y su nombre propio, por decirlo así por consiguiente, en buena lógica el nombre carece y debe carecer de plural, y el vascongado se expresa con inimitable pureza y corrección cuando en el lenguaje usual y hablado dice *gizon bat* (un hombre), *gizon bi* (dos hombres), *iru gizon* (tres hombres), *millá gizon* (mil hombres), sin pluralizar jamás la palabra *gizon*, ó si se quiere mejor, pluralizándola por medio del número, cuya naturaleza abstracta y espiritual tan perfectamente se acomoda á la naturaleza abstracta y espiritual de la palabra, no siempre apreciada en su justo valor, porque no parece sino que las inteligencias más privilegiadas se confunden, se achican y se anulan cuando tratan de penetrar los misterios de la palabra humana.

Por el contrario, el definido *kuku-a* designa el ser pájaro *kuku*, completado en lo sensible *a*, en la forma *kukua*, que es su propia forma; y como lo sensible en la naturaleza se reproduce y multiplica siempre distinto en cada reproducción, resultá que el definido éuskaro está y debe

estar dotado de plural, porque la pluralidad nace de la variedad y de las diferencias. Y, en efecto, nuestro definido está dotado de plural. Véase la citada Gramática.

Ahora bien: esta constitución interna del nombre éuskaro, compuesto, como se ve, por dos factores, ¿será también casual y fortuita por el mero hecho de que no se reproduce en ninguna de las lenguas conocidas? No podemos creerlo, porque la entidad á que llamamos *nombre* contiene en sí dos afirmaciones fundamentales; y como la lengua nada puede afirmar sino mediante un grito, que ha de ser precisamente la característica de la afirmación hecha, resulta que el nombre, así como consta de dos afirmaciones, consta también y debe constar de dos gritos expresivos de aquellas afirmaciones si el lenguaje ha de ser, como se pretende, el reflejo fiel de nuestra inteligencia y la expresión de nuestro pensamiento.

Pues bien: dos son en el éuskaro los gritos de que se compone el nombre: 1.º, el indefinido *kuku*, característica de la idea contenida en el nombre; y 2.º, el artículo *a*, característica del grito en que se manifiesta aquella idea, y estas dos voces ó gritos se unen entre sí y se completan para formar el doble organismo de nuestro nombre, que es *kuku-kukua*, en la forma misma en que la idea se une y se completa en el grito para darnos la noción del nombre, esto es, sin confundirse con el grito ni perder su virtualidad; es decir, sin perder la facultad que nos asiste de emitir nuevos gritos, siempre distintos en cada reproducción, pero siempre armónicos con la idea que los vivifica.

De la propia manera, el concepto que nos merece el *ser* contiene en sí dos afirmaciones fundamentales y su nombre en la lengua debe, por consiguiente, constar de dos gritos expresivos de aquellas afirmaciones. En efecto, la primera afirmación que hacemos del ser es la de la presencia en él de un principio inmaterial y suprasensible en cuanto ha sido creado por Dios, que es espíritu puro; y como sin aquel principio inmaterial y suprasensible ninguno de los seres que son y viven serían ni vivirían, resulta que dicha afirmación es la característica de todo ser y su *conditio sine qua non*. La segunda afirmación que hacemos del ser, es la de que el principio

contenido en él se manifiesta y debe manifestarse en la materia sensible y como sin esta manifestación del principio inmaterial y suprasensible en la materia sensible el ser no sería conocido y sería como si no existiera, resulta que esta afirmación es tan necesaria como la primera al concepto que nos merece el ser ó la cosa.

He aquí por qué; su nombre en el éuskaro consta, como hemos visto de dos gritos expresivos de aquellas afirmaciones; tales son; primera, el indefinido *kuku*, característica del principio inmaterial contenido en el ser; y segunda, el artículo *a*, característica de la materia sensible en que aquel principio se nos muestra; y estos dos gritos se unen entre sí y se completan para constituir el nombre éuskaro en la forma *kuku-kukua*, esto es como lo espiritual en la naturaleza se une y se completa en lo material y sensible, sin confundirse con lo sensible ni perder su virtualidad, ó sea aquella facultad que reside en Dios de crear nuevos seres y encarnarlos en nuevos cuerpos, siempre distintos en cada reproducción, pero siempre armónicos con los ideales que los vivifican.

Luego según esto el indefinido éuskaro nos comunica, en efecto, la idea del ser; abstracción hecha de lo sensible, esto es, tal y como le concibe nuestra imaginación antes de su manifestación en lo sensible; y como el ser así considerado existe virtualmente y en potencia, pero no en el acto, *in posse*, y no *in actu*, resulta que el indefinido éuskaro es la característica del ser en pasividad, esto es, *in posse*. Por el contrario, el definido éuskaro *kukua* nos comunica la idea del ser completado en lo sensible; y como el ser así considerado se halla en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible, su obra, resulta que el definido éuskaro es la característica del ser en actividad. Por consiguiente, el nombre éuskaro nos da á conocer aquellos dos estados sin los cuales no puede concebirse la existencia de los seres ni de ninguna de las energías de la naturaleza, tales son: su pasividad y su actividad. Y esto conocido, ¿adónde hallará el lingüista la razón de aquellas divisiones de activos y pasivos, indefinidos y definidos, subjetivos y complementarios, etc., etc., que se perpetúan en la vida del lenguaje?

Y si la declinación es aquella parte gramatical que nos da á conocer los estados del ser en sus relaciones consigo mismo y con los seres que le rodean, ¿adónde hallará la razón y los orígenes de aquella parte gramatical si no la halla en la constitución interna del mismo nombre compuesto, como se vé de dos factores que nos dan á conocer los estados del ser en sus relaciones consigo mismo?

Mas si la lengua procede con ese rigorismo lógico de que nos habla, ¿cómo el pronombre personal y demostrativo *a*, onomatopeya de lo sensible en que se nos muestran y tienen que mostrarse todos los seres de la tierra, puede darnos la noción de estos seres y de la persona que es también un ser, sin una característica abonada para comunicarnos la idea del ser y de la persona designada? Esta pregunta muy puesta en razón se halla íntimamente relacionada con la cuestión del origen del lenguaje y de las leyes que presiden á su desarrollo, y no puede ser por consiguiente contestada sin resolver antes esta cuestión y explicar dichas leyes, pero como no queremos aparecer inconsecuentes con nuestros principios en el preciso momento en que los esponemos á la consideración del lector, nos vemos precisados á dar alguna explicación por sucinta que sea sobre este hecho que sin dejar de ser singular se reproduce en todas aquellas voces que aisladamente y separadas de la lengua de que forman parte no tienen valor ninguno, mientras que unidas á las oraciones y contenidas en la lengua de que forman parte son voces expresivas de otras tantas ideas ó relaciones. He aquí la explicación.

Los pronombres personales que en el euskara son *ni* (yo), *i* (tu) y *a* (él ó ella), ejercen en las lenguas los oficios de nombre de la persona, y por lo tanto deben contenerse en ellos aquellos dos factores de que necesariamente ha de constar el nombre, si nuestra doctrina ha de ser aceptable. Veamos pues si en ellos podemos sorprender dichos dos factores.

El primero *yo*, y en el euskara *ni*, abraza la humanidad entera en cuanto todas las personas sin distinción, son y tienen que ser *yo*, para merecer el nombre de tales; y pues toda persona es *yo*, y sin el *yo* la persona no puede ser, es claro que este pronombre pertenece al número de nuestros nombres indefinidos en cuanto nos da á conocer la presencia en la persona de aquel atributo esencial de que ninguna puede carecer, y que es, en virtud de esta condición, la característica de la persona, y su *conditio sine qua*, esto es, el nombre genérico de la persona, ó el propio de la especie. Y como la característica que separa y distingue la persona del hombre de los demás seres creados es sin género de dudas, la facultad de hablar, esto es, la palabra espiritual, como el alma humana en quien radica y de quien es atributo resulta que el *yo*, designa la palabra en el alma, esto es, la palabra-idea tal y como le concibe nuestra imaginación antes de su manifestación en lo sensible. Luego según esto el *yo* es un nombre indefinido; y como cuanto decimos de este pronombre, es aplicable al *tu*, que en realidad no es otra cosa que el *yo* que percibimos en la persona de nuestro interlocutor, resulta:

Que ambos pronombres *ni* (*yo*), é *i*, (*tu*), pertenecen al número de nuestros indefinidos, en cuanto cual estos, nos comunican la idea de la persona-palabra, que es un ser, abstracción hecha de lo sensible en que se nos muestra; y como la idea que tenemos de la persona, así considerada, que es la idea comunicada por las voces *ni*, é *i*, es en nuestro entendimiento, una é idéntica á sí misma, resulta que estos pronombres lo mismo que los demás indefinidos de nuestra lengua, carecen, y deben carecer de plural, porque lo que es uno é idéntico á sí mismo, es opuesto á la variedad de que nace la pluralidad. Y en efecto los dos primeros pronombres carecen de plural lo mismo en la vieja euskara que en las lenguas modernas, lo que prueba que vamos por buen camino.

Por el contrario el pronombre de la 3.^a persona que es aquella de quien se habla, se distingue de aquellas otras de quienes no se habla en la situación que la señalamos bien sea en nuestra mente ó bien en el orden creado de la naturaleza, y como la situación se define siempre y se determina por la extensión y las formas que son las propiedades de la materia sensible, resulta que el pronombre de la 3.^a persona nos comunica la idea de la persona completada en lo sensible; y como lo sensible, se reproduce y multiplica en la naturaleza siempre distinto en cada reproducción, resulta asimismo que este pronombre lo mismo que los demás definidos está, y debe estar dotado de plural, porque la pluralidad nace de la variedad y de las diferencias. Y en efecto la 3.^a persona está dotada de plural, lo mismo en el euskara, que en las lenguas modernas, al paso que las dos primeras carecen de él, y esto no puede ser la obra de la casualidad porque la casualidad carece de lógica. Alla va ahora la demostración.

Ego, y *tu*, del latín se transforman y cambian en *nos*, y *vos*, que son voces distintas, si han de recibir el signo de plural *s*, de aquella lengua, al paso que las 3.^{as} *ille*, *illa*, reciben directamente los suyos *i*, *e*, en *ille-i illi* y en *illac-illoe*. Los sanscritos *m-i*, *s-i*, se transforman y cambian en *va-s*, *ta-s*, que son voces distintas, si han de recibir el signo de plural, *s*, de esta lengua mientras que la 3.^a *ta*, recibe directamente dicho signo en *ta-ra-s*. Los franceses *je*, y *tu*, se transforman y cambian en *nou-s*; y *vous*, que son voces distintas, si han de recibir el mismo signo de plural *s*, mientras que *il*, *elle*, reciben directamente el mismo signo en *il-s*, *ille-s*, y así sucesivamente en las demás lenguas.

Por último los euskaros *ni*, é *i*, se transforman y cambian en *gu* (nosotros), y *zu* (vosotros), que son voces distintas, y de estos dos pronombres, el primero *gu*, jamás recibe el signo de plural euskaro, que es *e*, y completado *ek*, y el segundo *zu*, solo lo recibió el día en que se introdujo el

trato cortés, y cuando á consecuencia de este suceso pasó al singular á ejercer oficios semejantes al *vous* francés, y al usted español; y así como este último forma alterada del primitivo *vos-tu=os-tu=usté=usted* recibió el signo del plural *s* en *ustedes*; así tambien el euskaro *zu* (usted) recibió el suyo *e, ek*, en *zue, zuek*, mientras que el tercero *a*, recibe directamente dicho signo en *ar-ek*, (ellos ó ellas).

¿A qué se debe, pues, preguntamos nosotros, esta resistencia tenáz que oponen á su pluralización los dos primeros pronombres por una escepción que no alcanza á ninguno de los demás indefinidos, dotados como se sabe de plural en todas las lenguas, escepción hecha del euskara?

Indudablemente á que entre los seres creados solo el hombre está dotado de la facultad de hablar y habla y solo el hombre es *yo* y es *tu* mientras que las demás criaturas privadas de aquella facultad pertenecen al número y á la categoría de las cosas de que se habla, y son por consiguiente asimilables á las terceras personas que están dotadas de plural, razón por la cual se dice que los infinitivos son terceras personas. Mas no sucedía, seguramente, así en el mundo personal é inteligente del hombre de la naturaleza, para quien sus propias voces, no eran otra cosa que las voces de aquel mundo personal, compenetradas y presentes en su persona y su lenguaje, una perpétua conversacion con aquella naturaleza.

Si despues de estas explicaciones fijamos nuestra atención en la estructura material y orgánica de los dos primeros pronombres euskaros *ni*, (*yo*) é *i*, (*tú*), advertiremos facilmente que esta vocal *i*, que por sí sola forma el pronombre de la segunda persona *tu*, entra asimismo en la composición de la primera *ni*; y de aquí inferiremos y debemos inferir, si queremos ser fieles con nuestros principios sobre la lógica que ha presidido todos los actos del lenguaje, que dicha vocal *i* (*yo* y *tu*), ha sido, y ha tenido que ser en su día, el nombre indefinido de la persona; mientras que la consonante

n, sobre añadida á la primera *n-i*, no es ni puede ser otra cosa que aquella característica á cuyo favor separó el hombre la persona que habla, de aquella á quien se habla, el *yo i* que veia en su persona, del *yo i* que veia en la persona de su interlocutor, como así lo exige la lógica.

Por el contrario el pronombre de la tercera persona *a* que es el nombre definido de la misma, nos comunica, como sabemos, la idea de la persona completada en lo sensible, mas como lo sensible, que en la persona que habla es el grito, organismo de la palabra, no es, ni puede ser, sinó está animado y vivificado por el *Yo*, ó sea la *palabra idea*, resulta que dicho pronombre *a*, característica del grito, no vino ni pudo venir á la lengua en la forma que hoy tiene, sino vivificado por *i*, característica del *yo*, ó sea de la palabra idea, y en la forma *ia*, que ha sido su forma originaria porque es tambien su forma lógica y necesaria. De que se sigue que la forma reconstruida de la palabra euskara característica de la persona y su nombre es *i ia*, y que en esta palabra se han vivificado los pronombres personales euskaros *ni* (*yo*), *i* (*tú*), y *a* (*él ó ella*).

Mas el pronombre *a* es además en nuestra gramática el llamado artículo definido, característica, como sabemos, del grito en que se completa el nombre palabra, y la característica tambien de la materia que forma el organismo de los seres; y como el grito, organismo de la palabra-nombre, no es, ni puede ser, sinó está animado y vivificado por el *yo*, que es la palabra-idea, á la manera que la materia organizada no es ni puede ser sin el principio que la vivifica, resulta que dicho artículo *a*, tampoco vino á la lengua en la forma que hoy tiene, sino vivificado por la *i*, caracteris-

tica del *yo*, ó sea la palabra-idea, y en la forma *ia*, que ha sido su forma originaria, porque es su forma lógica.

Luego según esto, nuestros nombres definidos *kukua*, *gizona*, tampoco vinieron á la lengua en la forma que hoy tienen, sino modificados en su artículo, y en la forma *kuku-ia*, *gizon-ia*, suponiendo siempre que fueron los primeros aparecidos; pero como las ideas expresadas por los nombres *kuku*, *gizon*, no pudieron ser en el lenguaje material y hablado *ia*, sin antes haber sido en el entendimiento, esto es, en el *yo*, ó sea la palabra-idea *i*, resulta que la forma originaria de nuestros apelativos ha sido *kuku-i*, *gizon-i*, para los llamados indefinidos, y *kuku-ia*, *gizon-ia*, para los definidos, cual así lo reclama la lógica, en el mero hecho de que todas nuestras voces nacen en el entendimiento, esto es, en la palabra-idea *i*, en quien se contienen, y se vivifican en el grito-palabra *ia*, en que se nos muestran.

De que se sigue, 1.º que dichos nombres lo mismo que los pronombres personales *n-i* (*yo*), *i* (*tú*), y *a* (*él ó ella*), se han vivificado en la palabra *i*, *ia*, que en el euskara es la característica y el nombre de la persona; 2.º que los humildes artículos han sido, sin embargo, los vivificadores de los nombres sus señores. 3.º que si hoy desempeñan los oficios de palabras de relación, débese esto, á que en sus orígenes han sido expresivos de aquellos dos estados sin los que no es posible concebir la existencia de la palabra, tales son el pasivo é indefinido *i*, y el activo y definido *ia*. 4.º que si el nombre consta de los mismos dos factores *i*, *ia*, débese esto á que el nombre es palabra, pero como el nombre además de ser palabra es una

voz particular con individualidad propia y distinta de todas las demás voces, resulta que el nombre al constituirse constaba y debía constar de tres características expresivas de las tres afirmaciones en él contenidas.

Tales son en efecto; 1.º la que hacemos de que todo nombre es palabra, en cuanto se halla animado por una idea, no importa cual, pero de la que ninguna de las voces puede carecer si ha de merecer tal nombre, y como sin la idea la palabra no puede ser, ni puede ser el nombre, resulta que dicha afirmación es la característica y la *conditio sine qua* de toda palabra, de todo nombre y de todo verbo, esto es, de todas las voces del lenguaje; es en fin, la afirmación de la idea general y común contenida en todas nuestras voces, y esta idea no es otra que el *yo* representado en el euskara por la vocal *i* desconocida aun para nosotros. 2.º la que hacemos de los modos de ser y de las condiciones particulares que reviste aquella idea general en cada caso particular y como sin estas modificaciones diferenciales, las voces no se distinguirían entre sí, y las unas de las otras ni se distinguirían los nombres, resulta que esta segunda afirmación es tan necesaria como la primera al concepto que tenemos del nombre. Es la afirmación de la idea particular distinta y diferente en cada una de nuestras voces y de nuestros nombres, y hállase representada en nuestros ejemplos por las voces *kuku* y *gizon*. 3.º, la de que la idea general *i*, y las particulares *kuku*, *gizon*, se manifiestan y tienen que manifestarse en la palabra-grito *ia*, y como sin esta manifestación en el grito, la idea general y sus condiciones no serían conocidas y serían como si no existieran, resulta que esta tercera afirmación es tan necesaria como las

dos primeras al concepto que nos merece el nombre.

Y nadie se haga ilusiones sobre este punto, porque si es cierto que las ideas no representan otra cosa que los modos de ser y las modificaciones que sufre el *yo*, en cada momento de la existencia, también es cierto que las voces, imágenes de aquellas ideas, no representan á su vez otra cosa que las modificaciones que sufre la palabra humana *i*; imagen del *yo*, en cada momento de la existencia humana; y como el *yo* está virtualmente presente en todas nuestras ideas, así también su signo *i*, está y debe estar virtualmente presente en todas nuestras voces, y mal pudiera suceder así, si un día no hubiera estado materialmente presente en ellas; á la manera que la primera persona *ni=mi* mal pudiera estar virtualmente presente en la inflexión latina *sum* si un día no hubiera estado materialmente presente en ella ó en aquella otra de que naciera. Es cierto que dicho pronombre tiene su representación en el subfijo *m*, de *sum*, pero carece de ella en la inflexión castellana *soy*, que expresa sin embargo la misma idea.

Y es que las voces simples una vez unidas para formar los vocablos compuestos pueden desaparecer de estos, sin que desaparezca ni borre la idea que aportaron á la composición, y tales hechos se verifican en cumplimiento de aquella ley de desasimilación que trabaja las lenguas, como trabaja nuestros propios organismos y de la que nos ocuparemos en su lugar, limitándonos por ahora á consignar que la vocal *i*, desapareció de nuestros nombres por constituir un obstáculo serio al desarrollo de nuestra declinación, y sufriendo la suerte de todos los generadores. Pero dichosamente ha sobrevivido en nuestros pronombres juntamente con el artículo pronombre *a*, y á favor de estos dos factores hemos podido reconstruir la palabra euskara sujetándonos á una lógica irreprochable en la que nada puede echarse de menos á no ser el caso omiso que de ella se ha hecho en las investigaciones lingüísticas.

que ambas se han manifestado.

Pero sea cualquiera el valor que se conceda á nuestro razonamiento y á los hechos en que se fundamenta, es lo cierto que el pronombre articulo euskaro *a*, tiene en la gramática de nuestra lengua el mismo valor y el mismo signado que en nuestro lenguaje natural y como en este lenguaje han nacido cuantas lenguas se hablan y se han hablado en la tierra, ocurre preguntar sino hay entre ellas algunas que conserven vestigios más ó ménos ciertos de la presencia en ellas un día de esta importantísima onomatopeya. Tal es la cuestión de que nos vamos á ocupar en los párrafos siguientes.

Nota. Bueno es recordar en este lugar que Dios es persona, y es *ni* (*yo*) cuando habla al hombre; *i*, (*tu*) cuando escucha sus plegarias; y *a* cuando el hombre habla de Él, pues de este modo se comprenderá mejor el signado del pronombre *a*.

Testimonios fehacientes de la presencia del pronombre artículo *a* en muchas y variadas lenguas.

Demostración.

Es una verdad demostrada que la mayoría de las voces en las viejas lenguas terminan en *a*, y los gramáticos viejos, aquellos que mejor las conocían, nos han enseñado que dicha terminal *a*, ejercía en las citadas lenguas los oficios de un artículo determinativo como sucede hoy en el euskara, cual así lo probó un sacerdote vasco-francés de la diócesis de Bayona en una obrita que no lleva la firma de su autor y titulada: «Disertación sobre la lengua vasca» y de la cual extractamos los párrafos siguientes.—Amiro de Edessa en los prolegomenos de su gramática Caldea dice testualmente lo siguiente:—*Prima lingua chaldaica priscis illis temporibus . . . sua nomina perfecta singularis numeri habet desinentia in aleph.*—El aleph de los orientales corresponde como se sabe á nuestra *a*, pero como el sonido de este caracter puede variar segun el signo que le acompaña el célebre gramático añade que este *aleph* final está marcado con el signo *a* (*aleph cum pthohoho*)—Así se decía en Caldea *Alahah* (Dios), *scemaüa* (cielo), *angela* (angel), *guaddisia* (santo), *gabra* (hombre), *malakha* (rey), *abba* (padre), *imma* (madre), *ianca* (mano), *kouleba* (celibatario), *armeta* (viuda) *Deva* (lobo), *calba* (perro), *carma* (viña), *areza* (cedro), *naata* (rio), *tura* (montaña), *kala* (piedra), &; á la manera que el euskaro dice *karia* (piedra), *aritzá* (roble), *ainguerna*

(el angel), etc.—Los habitantes de los países del extremo Oriente, continúa diciendo, conservan aun hoy día en los nombres perfectos de singular que son los completos ó definidos euskaros, esta misma terminación en *aleph* bien caracterizada por el signo *a*, *et modo apud remotiores: partium orientis habitatores: sua nomina perfecta singularis numeri habet desinentia in aleph: cum pthohoho.* Amiro: Edessa, Gramática: Chaldaica, libro 2.º, capítulo 2.º La verdad es que estas citas del Sacerdote vasco no tienen precio para nuestro objeto; porque siendo dicho artículo pronombre una voz viva en el euskara su hallazgo en el Caldeo, equivale al hallazgo de un fósil suyo en la capa lingüística llamada semítica, extendida por grandes comarcas del Asia.

El mismo autor añade á lo dicho el siguiente párrafo refiriéndose siempre al sabio maronita.—Los orientales más próximos á nosotros terminan casi siempre sus nombres Siriacos en Aleph con la diferencia no obstante de que este caracter va acompañado entre ellos de un signo que le determina á *O*, *preterea sciendum: hoc loco est nomina perfecta singularis numeri juxta propinquiores orientales fere semper solita esse in aleph cum O.* Y lo cierto es que los vascongados hacemos lo mismo cuando en lenguaje correctísimo; usual y hablado, decimos: *jako* (se le es, á él) en vez de *jaka*; *juako* (se le va á él) en vez de *juako*; *natorko* ó *natorkio* (se me vengo á él), en vez de *natorka* ó *natorkia*; *danok* (todos los) en lugar de *danak* ó *danaok*; *gizonok* (los hombres) en vez de *gizonak*, pues aunque en estas frases, la *O* denota cercanía ó proximidad esto no invalida el hecho; pero explica el cambio que el artículo euskaro *a* ha sufrido en el portugués que es *o*, y en el griego que es también *o*, y últimamente el que también ha sufrido en el pronombre de la tercera persona de los *iroqueses* y *algonquinos* que es á su vez *o*, *ou*, siendo de advertir que Jules Vinson de quien tomamos este apunte hace notar la semejanza de los pronombres de

aquellos salvajes americanos que son *ni* (yo), *hi* (tu), y *o ou* (el ó ella), con los nuestros *ni, i, a au*.

Hobelaque en su tratado *L' Linguistique* dice por su parte que la forma del artículo determinativo del hebreo ha sido en su concepto *hal* y no dice *a*, sin duda porque en este punto disiente de la opinion comun, y para justificar además el dicho de que no siempre lo nuevo es superior á lo viejo, sino que á veces lo contrario es la verdad.

Añádeses á lo dicho que el artículo árabe es *al* y debe explicarse la presencia de la *l* en ambas lenguas por esa tendencia que se observa en todas, de pasar de las vocales aereas, simples y fugaces, á las voces compuestas armadas de consonantes sólidas y fuertes.

Es asimismo una opinion muy arraigada entre los filólogos, la de que la desinencia en *a* de la primera declinación greco latina, asi como su similar del sanscrito, representa un antiquísimo artículo obliterado por las injurias del tiempo y las grandes transformaciones porque han pasado las lenguas en su progresivo desarrollo y esta misma observación es aplicable al antecesor común de las lenguas de origen germánico, que siendo hoy tan ásperas y torpes, han sido sin embargo, en otro tiempo, mas suaves y melodiosas, y con la mayoría de sus voces terminadas en vocales y principalmente en *a*, cual asi leo en los Discursos Filosóficos de Chateaubriand que á este proposito se esplica del modo siguiente=Las palabras del idioma de Ufilas acaban casi siempre en vocales y principalmente en *a*: *Wisandona* (existencia) *Gotha* (Dios): *Waldusfuya* (potencia): *godamma* (bueno) &, y una observación semejante hace Whytney respecto del viejo sajón en su tratado «*La vie du Langage*»

Sanchez Calvo el primero que sin ser vascongado ha defendido la filiación euskara del latin en su obra «*Los nombres de los Dioses es mas explicito en este punto, pues sostiene con gran copia de razones que la*

desinencia latina *a* no es en realidad otra cosa que el artículo euskaro *a* mal borrado en aquella lengua por la aparicion de las características del genero, antes desconocido, y la pérdida consiguiente de nuestra clasificación de nombres definidos é indefinidos que heredará de su padre. Y Sanchez Calvo al abrazar esta doctrina se eleva tanto, como se rebaja el indianista Regnaud cuando dice=que nada hay que nos autorice á creer en la presencia de un artículo en la voz sanscrita *urca*, y sus similares y que los subfijos jamás han tenido existencia propia. He aqui la prueba.

El definido euskaro *on-a* (el bueno, la buena, lo bueno,) cuyo indefinido es *on* (bueno, buena, bueno,) se reproduce en el femenino latino *b-on-a*: pues bien, cuando el latin inventó las características del género desconocido en el euskara su padre, unió al indefinido *on*, que es el nombre propiamente tal, la característica del masculino *us*, y derivó *b-on-us* (el bueno); unióle del mismo modo el neutro *um* y derivó *b-on-um* (lo bueno). Entonces la primitiva *b-on-a* restringida en su primera acepción por la concurrencia de las nuevas características, quedó limitada para expresar el femenino, lo que pudo hacer con tanta mas propiedad, cuanto que *on-a*, en el paradigma de nuestra declinación, es sugeto pasivo y la hembra en las respectivas especies representa á su vez el principio pasivo. Por el contrario *ili* (pelo) clasificado como masculino por aquel pueblo, quizá porque la barba es el simbolo de la fortaleza del varon, recibió la característica *us*, de aquel género, y transformóse en *p-il-us*, *p-ili*: mas *emi-a* (la hembra) apenas sufrió alteración en *fe-mi-na*. &

El mismo Hobeque en el tratado arriba citado y al ocuparse de las lenguas del grupo maleo polinesio dice que la vocal *a*, es el artículo de la lengua Vithy que pertenece á dicho grupo y cita á este proposito los siguientes ejemplos; *a gone tagano* (el joven varon); en euskara *gacé*

(joven): *a gone*: *aleva*. (la joven:hembra): en euskara: *areba*. (la hermana del hermano):.

Hablando de los negros de africa y al ocuparse del Wolof una de las mas extendidas de este grupo y de su articulo estampa los siguientes ejemplos *bar-ba* (el padre) *fas-va* (el caballo) *kar-ga* (la casa); y añade que las consonantes *afines* *v, b, g*, se sustituyen por la *eufonia*: tambien en muchos pueblos de Vizcaya se dice *buru-ba*. (la cabeza) en vez de *buru-a*: *gaiztu-ba* (el malvado) en vez de *gaiztu-a*. &. Mas adelante cita estos otros en los cuales no parece sino que volvemos á hallar los rastros de nuestros nombres definidos é indefinidos: *fas-u bur*. (el caballo de rey): en euskara: *buru* (cabeza) y el rey es cabeza de la nacion) indefinido; *fas-u burga* (el caballo del rey) *buru-ba*. (la cabeza) nombre definido; *jas-u bur-ia* (el caballo de los reyes): aqui se ve que la *g* de *ga*, letra fonica y de ligadura, ha sido suprimida y sustituida por la *i*, signo de plural y esta *i* es tambien signo de plural en nuestra lengua como lo veremos en su lugar.

Al ocuparse del Haousa una de las mas extendidas en el centro de Africa, cita estos otros ejemplos *ma-la*, *gares*. (de él) y es de advertir que el articulo no ha podido ser hallado en muchas lenguas de los salvajes por ignorar quizá su identidad con el pronombre.

Ultimamente consigna el mismo autor en la misma obra: que la vocal *a*, es asimismo el articulo magiar, mas yo no se si ha caido en la cuenta de que el articulo en dicha lengua es á la par el pronombre de la 3.ª persona lo mismo que en el euskara; como se ve por los siguientes ejemplos citados por el mismo autor: *var*. (el espera) *vara-k*. (ellos le esperan) la *k* signo de plural del magiar es tambien signo de plural en el vascuence. Ejemplo euskaro *aita* (el padre): *aita-k* (los padres) magiar: *atyaz* (el padre) *atyak* (los padres).

Charoncey en su obra «La langue basque et les idiomes de L'Oural» y hablando de sus respectivas afinidades se espresa á su vez en los siguientes términos =El articulo euskaro *a*, se reproduce en ciertos dialectos fineses bajo la misma forma y se emplea de la misma manera. Ejemplo *nadaen* (que ha sido conducido); *nadaen-a* (el que ha sido conducido)=el vascuence, añadimos nosotros, dice á su vez *juan da* (él es ido), y *juan-a da* (él es el ido). Esta final continua diciendo no deja de tener sus afinidades con el posesivo de la tercera persona *a, e, ja, je*: lo que no deja de ser natural puesto que los posesivos han sido derivados de los pronombres personales y han sido además simples características casuales de dichos pronombres. Ejemplos *ni* (yo), dativo recipiente *niri* (mio ó á mi), *i* (tu), su dativo recipiente *i-ri* (tuyo, á ti), *a*, (él) su genitivo poseor *a-re-n* (de él). Como se ve en este relato apenas hay una sola raza que no ofrezca testimonios más ó ménos seguros de la presencia un dia en sus lenguas del pronombre-articulo euskaro *a*, lo que da á nuestra doctrina sobre el signado de este grito natural un grado de verosimilitud y de certeza que en vano se trataría de desconocer, porque tantos y tan repetidos hechos, no son, ni pueden ser debidos á la casualidad Pero hay además otras pruebas no menos importantes si cabe que las presentadas arriba.

En efecto sabemos que el pronombre personal y demostrativo *a* nos comunica la idea del ser completado en lo sensible y como el ser así considerado, se halla *in actu*, esto es, en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible, su obra resulta que dicho pronombre en su indeterminación envuelve el signado de ser vivo; existencia activa; actividad, posesión y dominio, haber, tener, poseer, etc. Pero como quiera que en la naturaleza creada, todos los seres sin distinción viven y tienen que vivir contenidos en el espacio y limitados por él, la lengua para expresar esta

condición necesaria à su existencia, unió el pronombre *a* característica de la actividad del ser, con la vocal *u*, onomatopeya del espacio que restringe y limita aquella actividad y derivó la doble onomatopeya *au*, que señalando à cada ser el lugar que le corresponde en el órden gerárquico de la naturaleza entraña consigo los signados de ser vivo, pero limitado; existencia activa pero limitada, haber, tener, poseer, actividad, posesión y dominio pero limitados, ha sido el infinitivo generador de todas las conjugaciones activas del euskara y la radical de que se han formado todos sus verbos.

Comenzaremos esta demostración diciendo que dicha onomatopeya es la radical de que se ha formado el que hoy es malamente considerado como el infinitivo generador de la conjugación de nuestro auxiliar activo, *au-ki*, y eufonizado *eu-ki*, que significando *tener* mas bien que haber y poseer, tiene su conjugación propia y diferente del auxiliar activo; aunque es cierto que debe su signado à su radical *au*; como *eba-ki* (cortar) debe el suyo à *eba*, *epa* (corte); y *ede-ki* (abrir) à *ede* (abertura, extensión, exposición à la luz) y la radical tambien del verbo latino *ede-re* (editar, sacar à luz). Y es que la terminal *ki* ha sido una de tantas desinencias de infinitivo de nuestros verbos primitivos llamados irregulares. Y lo que decimos de *au-ki*=*euki*, es aplicable à su variante *aut-zi* y por armonía vocálica *cut-zi* (tener, sostener aquello que se toma).

A la misma onomatopeya deben el suyo el verbo latino *habere* (tener), y primitivamente *au-cre*, y por cambio de la *u*, vocal en *v=b* que es regla euskara heredada por el latin de esta lengua y la adición de la aspirada *h*, *habere*: el italiano *avere*=*au-cre*: el frances *avoir*=*avoire*=*avcre*=*au-cre*, cual asi lo demuestra su futuro *aur-ai*=*au-cre-ai*; *aur-as*=*aure-as*=*au-cre-as* & el castellano *haber*=*habere*=*au-cre*: el ingles *have*=*au-c* y primitivamente *haban*=*au-an*: el aleman *haben*=*au-cu* y primitivamente

haban=*au-an*. Y lo que decimos de estos infinitivos es aplicable à sus respectivas conjugaciones. Pero diremos mas y es que la conjugación del auxiliar activo euskaro formada y derivada de su infinitivo generador *au*, ha sido à su vez la generadora de las conjugaciones activas de las lenguas arianas semíticas y turanienses, nacidas en el euskara. Comenzaremos esta demostración por el latin.

El presente de nuestro auxiliar activo, aquel cuya sintaxis sirvió de tipo y norma à la sintaxis del verbo latino y el mismo que engendró el presente de esta lengua es como sigue=*dau-t* y eufonizado *do-t* (lo he yo); *dauzu* y eufonizado *do-zu* (lo ha usted), *dau* (lo ha él) *dau-gu* y eufonizado *do-gu* (lo hemos nosotros), *dau-e* y eufonizado *dau-be* (lo han ellos), la *e* es signo de plural de sugeto agente; y la *d=lo* característica de las terceras personas pacientes. A las inflexiones dichas hay que añadir las del trato familiar y mas primitivas *dau-k=do-k* (lo has tu, varon), *dau-n=do-n* (lo has tu, hembra).

Ahora bien tenemos en nuestra variada y riquísima conjugación euskara una conjugación muy singular que aunque limitada hoy à unas cuantas partículas ò voces ha debido ser un dia muy general en atención à que el tema ò nombre verbal es anterior à las partículas de relación que luego se le unieron para formar el modo infinitivo. Tal es aquella en que asociamos dichos temas ò nombres verbales à los diversos tiempos de nuestros auxiliares directamente y sin intermedio de las características participales, cual lo hace tambien la lengua latina. He aqui algunos ejemplos *nai* (querer), *nai-dot* (quiero lo yo), *nai-ncban* (queria lo yo), *biar* (necesidad), *biar-dot* (necesito lo yo), *biar-ncban* (necesitábalo yo), *biar-co-dot* (necesitárelo yo), *bai* (sí), *bai-dot* (sí lo he), *bai-ncban* (sí lo habia yo) & en los cuales se ve que los temas *nai*, *biar*, *bai*, permanecen inalterables en todos los tiempos lo mismo exactamente que en el latin.

Mas en el lenguaje usual unimos aquellas frases y las sincopamos suprimiendo la característica de tercera persona paciente *d=lo*, y la sílaba ó letra terminal del tema, en la forma siguiente *bi-ot* (yo lo necesito), en vez de *biar-dot bi-ozu* (usted lo necesita), en vez de *biar-dozu: bio-gu* (nosotros lo necesitamos), en vez de *biar-do-gu: bot* (si lo he), en vez de *bai-dot: b-ozu* (sí lo ha usted), en vez de *bai-dozu: bogu* en vez de *ba-dogu* & . Pues bien esta construcción sirvió de norma al latín para la formación de su presente y su sintaxis para la sintaxis de su verbo. Pongamos ejemplos:

Tema *joka* (juego) y lit á pegar ó tocar compónese de *jo*, (pegar ó tocar) y de la partícula de acción *ka*, y demuestra que los primeros juegos fueron al blanco: *jokatu* (jugar), latín *jocare*. Presente de indicativo primera persona *joka-dot* y siguiendo la construcción euskara arriba dicha *joka-ot*, por supresión del diptongo con elisión de la *a* *jok-ot*, caída de la *t* que en el latín y sus hermanas pasó á 3.^a persona *joco* (yo juego), 2.^a *joka-dozu* y siguiendo la construcción euskara *joka-azu*; por impresión del diptongo con elisión de la *o*, que en el latín pasó á ser la característica de la primera persona del presente *joka-zu*, caída de la final *u* por inútil é innecesaria, *joca-s* (tú juegas): tercera persona *joka-dau* y siguiendo la construcción euskara *joka-au*, *joka-u*; caída de la *u* por inútil y molesta *joca*; adición de la *f* que de la primera persona pasó en el latín á las terceras de que es característica *jokat* (el juego). Para la formación del plural unió á la inflexión *joca* en la que se contiene virtualmente la radical *au* del verbo como así lo demuestran las dos personas *joca-s* y *joca-t*, las características prominales *mus*, *tis*, y el exponente de plural *n* interpuesto entre dicha inflexión, *joca* y la *T*, característica de las terceras personas y derivó las inflexiones *joca-mus*, *joca-tis*, y *joca-nt*, mas *mus* no es otra cosa que el pronombre intensivo de primera persona *neu* (yo), modificado en *nu=mnu* y dotado de la *s=z* de pluralidad que es tan euskara como el pronombre:

dau (lo ha), *dau-z* (los ha), *tis* á su vez es el pronombre euskaro-latino *zu=tru=tu* modificado en *ti* y dotado del mismo esponente de plural *s=z*.

Tema *argi* (luz), y pronunciado *argui arguitu* (esclarecer), latín *arguere* (arguir), (hacer luz en el entendimiento) Presente primera persona *argui-dot*, y con arreglo á la construcción euskara, *argui-ot* por impresión del diptongo con elisión de la *i*, y su sustitución por la *u*, *argu-ot*: caída de la terminal *T*, *arguo* (yo arguyo): segunda *argui-dozu*; construcción euskara *argui-ozu*; supresión del diptongo con elisión de la *o*, que en el latín pasó á ser la característica de la primera del presente, *argui-zu*; caída de la terminal *u*, por inútil y molesta *argui-s* tercera *argui-dau* construcción euskara *argui-au*; caída del diptongo terminal *au*, por inútil y molesta *argui*: adición de la *t*, que de la primera persona pasó á la tercera *argui-t* El plural *arguimus*, *argui-tis*, *arguent*, no necesita mas explicaciones.

Tema *eri* (enfermedad, lesión, herida), *eri-tu* (enfermar, lesionarse, herirse), *eritza* (muerte), *otza* (fría), latín *eri-re* y por adición de la postiza *f*, letra de refuerzo *f-eri-re* (herir). Presente primera persona *feri-dot* y siguiendo la construcción euskara *feri-ot*; caída de la *T*, *ferio* (yo hiero): segunda *feri-dozu* y con la construcción euskara *feri-ozu*: supresión del diptongo con elisión de la *o*, *feri-zu*: caída de la terminal *u*, inútil é innecesaria *feri-s* (tu hieres), tercera *feri-dau* construcción euskara *feri-au* supresión del diptongo con elisión de la *a*, *feri-u*, caída de la final *u* inútil y molesta *feri*, adición de la *T*, que en el latín llegó á ser la característica de las terceras personas *feri-t*, plural *ferimus*, *feritis*, no necesitan explicación.

Tema *azi* (comenzar, hacer); latín *azi-ere=ac-ere* y por adición de la *f*, letra de refuerzo *f-azi-ere=f-acere*: presente 1.^a persona *f-azi-dot=fazi-ot=facio* 2.^a *f-azi-dozu=fazi-ozu=fazi-zu=faci-s* 3.^a *fazi-dau=fazi-au=*

faci-u=faci=faci-t, etc. Nótese que la misma construcción se observa en el castellano y demás hijas del latín *ama-s=ama-has; ama=ama-ha; amamos=ama-hemos; amais=ama-heis; aman=ama-han; temes=teme-has; teme=teme-ha; tememos=teme-hemos; temeis=teme-heis*, etc. y que esto mismo puede decirse del francés. Nos dirán que *amas, ama*, etc. son las latinas *amas, amat y temes, teme* etc. las latinas *times timet*, pero también es cierto que sus terminaciones corresponden con el presente del auxiliar activo lo mismo que en el futuro *amar-as=amar-has amar-à=amar-ha* y el latín carecer de auxiliar activo.

El futuro se forma en el euskara del presente de indicativo y el presente de infinitivo representado por el tema mediante la interposición de la partícula de futuriación *ko-go* en la forma siguiente *biar-ko-dot* (necesitaré yo), sincopado como en el presente *bia-co-ot=biacot: nai-co-dot* (lo querré), sincopado como el anterior *nai-kot* (querré yo); *egin-go-dot* (harelo yo), sincopado *eguingot* (id.) Pues bien el latín siguiendo esta misma construcción ha formado sus futuros interponiendo entre los temas y el presente de nuestro auxiliar la misma partícula *ko-go* modificada en su afín *bo* en virtud de una regla que es bastante común lo mismo en el euskara que en las lenguas arias: *bolibar* en vez de *goribar* (ribera de arriba); *guante* y en sueco *wante, gascon* por *vascon* etc. Pongamos ejemplos:

Tema *san sana* (nervio, fuerza, vigor, salud) *san-otu* en vez de *sanatu* (sanar): latín *sanare*: futuro primera persona *sana-ko-dot*, construcción euskara *sana-ko-ot=sanakot* y por cambio de *k=g*, en *b=v sanabot*; caída de la *t*, *sanabo* segunda persona *sana-ko-docu* y con arreglo á la construcción euskara *sana-ko-ocu=sanakoçu*; caída de la inútil y molesta *u*, *sanakoç*; permutación de la *o*, característica de la primera persona, en *i*, *sanabis* tercera persona *sana-ko-dau=sanakoau*; caída del diptongo *au*,

innecesario, *sanako*: adición de la *t*, característica en el latín de terceras personas *sanako-t*; cambio de la *o*, característica de primera persona del presente por la *i*, *sanabit*. Los plurales no necesitan explicación.

Segundo tema *serra* (sierra y lit. lo que separa y divide) compónese de *ze* (separación, lo separado, dividido y desmenuzado), y de *rra* partícula de acción semejante á la expresión castellana el de, ó lo de, *zerratu* (aserrar), latín *serrare, serratus: zetu* (desmenuzar, dividir); latín *secare, septum: zen* (engendro el fruto que lleva la madre en sus entrañas): latín *semen* etc. Futuro *serra-co-dot* con arreglo á la construcción euskara *serra-kot*; caída de la *t*, y cambio de *ko=go* en *bo*, *serrabo* segunda *serra-ko-docu=serrakozu* y por caída de la *u*, *serrakoç* cambio de *h*, en *ò*, y sustitución de la *o*, por la *i*, por las razones indicadas arriba, *serrabis*: tercera persona *serra-ko-dau=serra-ko-au*; caída del diptongo *au*, *serrakoç*: sustitución de *h*, por *ò*, *serrabo*: y de la *o*, por la *i*, *serrabi*; adición de la característica pronominal *t*, que de la primera persona pasó en el latín á la tercera *serrabit* etc.

Obsérvase en este tiempo lo mismo que en el presente que en virtud de la supresión de la raíz verbal *o*, en todas las personas, esta vocal adquirió la aptitud necesaria para servir de característica de dicha persona en el presente y futuro siendo de advertir que si por una escepción que no alcanza á los demás tiempos brillan estos dos por la ausencia de la característica pronominal de primera persona *m=mi*, sucede esto mismo en el euskara, de modo que aun para estas escepciones el latín no ha hecho otra cosa que imitar á su padre; circunstancia digna de llamar la atención de quien quiera fijarse en tales detalles que dicen mucho á nuestro favor.

Preterito imperfecto: Fórmase ésta mediante la unión de nuestros Pronombres, con la raíz verbal *au* y de ambos con la partícula *an* característica de todos nuestros imperfectos en la forma siguiente: 1.ª persona *ni-au-au*; por supresión de la *t*, *nauan*; por armonía vocálica, regla

euskara tanto como turaniense, *n-en-an*: cambio de la *u*, vocal en la consonante *v=b*, regla tomada por el latín del euskara, *neban* (yo había); (los guipuzcoanos dicen hoy *nuan* (yo había) suprimiendo la *a* de *nauan*). 2.^a persona cortes *zu-au-an*: supresión de la *u*, *s-au-an*: por armonía vocálica *zeuan*: cambio de la *u*, en *b*, *zeban* (V. lo había); se sustituye hoy por *s-en-an=s-en-uan=senduan* (V. lo había): 3.^a persona *a-au-an=au-an*; por armonía vocálica *evan*; cambio de la *u*, en *b*, *eban*, (él había) &. Esta conjugación que es el usual en toda Vizcaya y la parte alta de Guipúzcoa, ha sido la generadora del imperfecto latino. Pongamos ejemplos.

Tema *al*, (poder, fortaleza, sustento, alimento), latín *al-ere*, (alimentarse, sustentarse, fortalecerse). Imperfecto 1.^a persona *al-neban*, posposición de la característica pronominal para atemperarse al presente euskaro; cuya sintaxis sirvió al latín de tipo y norma *al-eban-n=alcbam*. 2.^a persona, *al-zeban* y por posposición de la característica pronominal *s*, siguiendo la regla anterior *al-eban-s*, supresión de la *n* inútil y molesta *alebas*; 3.^a persona *al-eban*, adición de la característica pronominal *T*, *alcban-t*; supresión de la *n*, incompatible con las formas de la nueva conjugación *alcbat*. Plural *alcbamus*, *alcbatis*, *alcbant*, no necesitan explicación. Nótese aquí que la 3.^a persona euskara *a*, desaparece en esta conjugación lo mismo que en el presente, confundida con la inicial *a* de la raíz verbal, y que esta lengua le substituyó con la *d=t* (to), prefijada á dicha raíz verbal diciendo: *d-au=dau* (to ha él), en vez de *au* ó *a-zu*; y que esta *d=to* no es ni representa á ningún pronombre, sino que es una simple característica de tercera persona paciente, de que se infiere que el latín al posponer esta característica, cuyo valor conocía, á sus terceras personas, no hizo otra cosa que convertirla en sugeto agente imitando á su padre, y se condujo así, porque su primera persona tenía su característica la vocal *o*.

Tema *ed, ede*, (luz, expansión, esparcimiento de ánimo, satisfacción interior), *ed-an* (beber) alude á la alegría interior y esparcimiento de ánimo que produce en nosotros la satisfacción de todas nuestras necesidades naturales; latín *edere* (comer): pretérito imperfecto 1.^a persona *ed-neban*; posposición de la característica pronominal *n*, *ed-eban-n=edebam* (yo comía) 2.^a persona *ed-zeban*; la misma posposición *ed-eban-s* supresión de la *n*, incompatible con la nueva conjugación *edebas* 3.^a persona *ed-eban* adición de la característica de esta persona *T*, *edebant*, supresión de la *n*; incompatible con la nueva conjugación *edebat* (él comía). Plural *edebamus*, *edebatis*, *edebant*. Tema *ed, ede*, (luz, esplendor, hermosura) *eder* (hermoso): *edeki* (abrir, esponer á la luz); latín, *edere* (editar, dar á luz); Imperfecto *ed-neban=edeban-n=edebam*, &.

Raíz, *jan*, (comer) tema *jen-tu* es el anterior *jan*, modificado en *jen* y dotado de la partícula verbal *tu*. Imperfecto 1.^a persona *jentu-neban=jentu-eban-n=jent-eban-n*, y por cambio de la *e* en *a*, *jentabam*: 2.^a *jentu-zeban=jentu-eban-s*: supresión de la *n*, *jentu-eba-s*: elisión de la *u* y cambio de la *e*, en *a*, *jentabas*. 3.^a *jentu-eban*; adición de la característica de 3.^a persona *t*, *jentu-eban-t* supresión de la *n*, incompatible *jentuebat=jentabat*.

Tema *ag, eg*, (hecho, acto) *ag-in* (hacer); latín *ag-ere*. Imperfecto 1.^a persona *ag-neban=ag-eban-n=agebam*. 2.^a persona *ag-zeban=ag-eban-s=agebas*. 3.^a persona *ag-eban*, adición de la *t*, *ageban-t* supresión de *n*, *agebat*.

La misma construcción se observa en el castellano y demás hijas del latín *temia=tem-hia*: *temias=teme-hias*, *temiamos=teme-hiamos*, etc.

El pretérito perfecto. El euskara carece de pretérito perfecto simple y este está representado por el compuesto formado como en el castellano por el participio de pretérito y los presentes de los auxiliares en la forma

siguiente *izan naiz* (he sido), *arguitu nau* (me ha esclarecido), *jokatu dot* (he jugado), *egin dot* (he jugado) etc. de que se infiere que el pretérito simple del latín que sirvió indudablemente de norma á las lenguas de origen germánico es de nueva formación. Para construir este tiempo unió el latín la raíz euskara *au*, que en este caso ejerce los oficios de participio, al igual de los infinitivos anteriores *izan*, *arguitu*, *jocatu* etc., con el presente de su verbo sustantivo *ess-e=iz-e* formado por la radical euskara *iz* (ser en pasividad), y la radical también del verbo sustantivo euskara *iz-au* (ser, existir), y de esta unión que recuerda nuestro pretérito compuesto, nació la inflexión *au-iz* de la que formó la primera persona que en el pretérito latino lo mismo que en nuestra inflexión *dot* (yo lo he), carece de característica pronominal en la forma siguiente: *au-iz* por supresión del diptongo con elisión de la inicial *a*, *uis*: adición de la postiza *f*, letra de refuerzo lo mismo que en los verbos *f-eri-re*, *face-re*; *fuis*: caída de la *s* final inútil é innecesaria *fui* (yo fui): Segunda persona: adición al núcleo radical *f-uis* del pronombre de la segunda persona *tu* modificado en *ti*, *fuis-ti* (tu fuiste): Tercera persona: adición de la característica de las terceras personas latinas *t*, *fuis-t*; supresión de *s*, para evitar el encuentro de consonantes é imprimir mayor claridad y precisión á la dicción, *fuit* (él fué). Los plurales *fui-mus* en vez de *fuis-mus*: *fuis-tis* y *fue-r-unt* no necesitan explicación.

Para formar los pretéritos de los demás verbos unió sus respectivos temas con el pretérito de su verbo sustantivo en la forma siguiente. Tema *ama* (madre amor), latín *ama-re* (amar), Pretérito perfecto *ama-fui*: eliminación de la postiza *f*, *ama-ui*; cambio de la vocal *u*, en la consonante *r=b* regla euskara latina *amavi* (yo amé). Segunda persona *ama=fuis-ti* y por iguales cambios *amavisti* (tu amaste): Tercera persona *ama-fuit* con la misma eliminación y el mismo cambio *amavit* (el amó): Plural

primera *ama-fuimus=amavimus*; *amavistis*; *amaverunt*. Tema *muru*; *murua* (colina aspera y tajada á modo y manera de muralla) latín *murus* (muro); verbo *mura-re*: pretérito, primera persona *mura-fui=muravi*, *mura-fuisti=muravisti* etc. Tema *argi* ó *argui* (luz), latín *argu-ere*: Pretérito perfecto primera persona *argu-fui* (yo argüí): eliminación de la postiza *f*, *argu-ui=argüí* (yo esclarecí). Segunda persona *argu-fuisti* la misma eliminación *argu-uisti=argüisti* etc. tema *em emi*, *eme* (hembra), *em-an* (dar, vender): latín *em-ere* (comprar), aluden sin duda á lo que hoy se llaman *arras* y fueron un día el dote que el padre reclamaba del novio para concederle la mano de su hija y que el novio debía pagar á su suegro para alcanzar la mano de la misma; *arra* en euskara el (varón). Pretérito perfecto primera persona *em-fui* eliminación de la postiza *f*, *em-ui* elusión de la *u emi* (yo compré), etc. Tema *ag*, *eg* (acto), euskara *eg-in* (hacer) latín *ag-ere*. Pretérito perfecto; primera *ag-fui* (cambio de *u*, en *e*. *eg-fui*, eliminación de la *f*, *eg-ui* elisión del digtongo *egi* etc. Nada mas fácil que entender este juego de vocales tan conforme con las leyes fonéticas y el espíritu económico de la lengua bien penetrada de que todo exceso de materia perjudica á la claridad, lejos de favorecerla.

El frances tiene de notable que el participio de pretérito de su auxiliar activo *avoir* confundido en el vascuence con el presente de infinitivo, está representado por la raíz euskara *au*, ligeramente eufonizada en *eu*, (hubido), cual así lo demuestran su futuro *au-r-al* y su presente *av-oir*. Únase á lo dicho que esta lengua formó sus pretéritos perfectos por la unión de dicho participio *eu*, *au* con el presente del verbo sustantivo latino-frances, en la forma siguiente *au-is* euf.^o *eu-is* elisión de la *i*; *eus* (yo hube), Segunda persona; mediante la misma elisión *eus* solo que aquí la terminal *s*, hace los oficios de característica pronominal de segunda persona: Tercera persona: por adición de la característica de la misma tercera persona *T*,

cus-t; supresión de la *s*, innecesaria y molesta *cut*; los plurales *eu-mes*, *eules*, *eur-ent*, cuyo origen latino es tan manifiesto, no necesitan explicación. Si pues se tiene en cuenta que los mismos factores han contribuido á la confección del pretérito del verbo sustantivo *fus*, *fus*, *fut*, cuyo origen latino no puede ponerse en duda, nadie extrañará que el español diga *he sido*, allá donde el francés dice *suis été* y el euskaro *izan naiz* (soy sido), ni se extrañará tampoco de que en el español se haya reproducido el mismo hecho, esto es, que su auxiliar activo aparezca formado por las mismas raíces *au-is* que el pasivo, y que al efecto ha pasado por las transformaciones siguientes tan ajustadas á la eufonia como las anteriores: Ejemplo primera persona *au-is*=*u-is* y por intercalación de la *h* letra de ligadura *u-bis*, *hubis*, *hubi*, *hube*, *hubiste* etc. A esto llaman los lingüistas evolución fonética y tienen razón porque las variaciones en la forma vienen casi siempre acompañadas de otras más radicales en el signado. ¿Quién diría, sin embargo, que el signado literal de *fut*, es el mismo exactamente que el de *hube* y que ambas inflexiones significan lit. y atendido su origen *habido soy*, *au-is*?

Para formar el frances los demás pretéritos unió sus temas al pretérito de su auxiliar ¿pero de cuál de los dos, del pasivo ó del activo? De cualquiera; puesto que ambos tienen el mismo signado literal solo que si los unió al pasivo lo hizo eliminando la *f*; si al activo en la forma siguiente: *par-aitre* Tema *par* primera persona *par-cus*=*par-us* segunda *par-cus*=*par-us* tercera *par-cut*=*parut*: *finir*: tema *fin* primera persona *fin-cus*=*fin-us*=*finis* etc.

El imperativo latino tiene la misma construcción que el euskara. En efecto fórmase en el euskara con solo el tema *joka* (juega ó jugar), con el infinitivo *jocati* (juego ó jugar); y el latín sigue esta misma construcción con la diferencia no obstante de que el euskara se vale generalmente de

los pronombres, diciendo *jocati-is* (juega varón), *jocati-è* (juegue V.); plural *jocati-ue* ó *jocati-zite* (jueguen Vds.), pluralizando con la *e*, y con la *te*, mientras que el latín suprime los pronombres, pero pluraliza sus segundas personas con el signo de plural euskaro *tc=e*, diciendo: *joca-te*, *jocato-te*.

El conjunto de estas análisis nos demuestra que el pueblo latino invirtió nuestro auxiliar activo en la formación de su nueva conjugación en la que le hemos hallado como fosilizado porque pereció y debió perecer una vez terminada dicha conjugación para que esta naciera viable, como perez en la naturaleza aquellos generadores que habiendo cumplido su destino se han vuelto incompatibles con los mismos á quienes ellos han dado su ser y su vida. Y esto explica un suceso extraordinario de que no se han podido dar cuenta los lingüistas y es, el de que las lenguas neolatinas desde el momento en que nacen, aparezcan dotadas de un auxiliar y de inflexiones de que carece su comun madre, y sin embargo la explicación de aquel suceso es bien sencilla. En efecto: mientras el latín literario invirtió su auxiliar en las inflexiones de su nueva conjugación, las lenguas populares que se hablaban en los distintos puntos del imperio inclusa la misma ciudad de Roma, continuaron en el uso y posesión de aquel auxiliar activo que heredaran de su comun antecesor, el gran tronco euskaro. Así es que el día en que pereció el imperio bastóles á aquellos humildes dialectos unir sus respectivos auxiliares á las inflexiones de la nueva conjugación latina para enriquecer las suyas con giros, modos y tiempos de que carecía el latín; y á los cuales deben la superioridad de que gozan sobre su comun madre.

El origen euskaro de sus respectivas conjugaciones se halla más brotado en el griego, sanscrito y demás hermanas del latín, pero reaparece en toda su completa integridad en las inscripciones trilingües de los

Achemenides, según puede colegirse de los siguientes ejemplos que extracto de la gramática asiria de Jules Oppert. Helos aquí—*akun-aban* (yo hice), *ak=ag, ek=eg*, radical del verbo euskaro *eg-in, ag-in*, cuyo pretérito imperfecto dice así *ag-in-neban ó eg-in-neban* y transpuesta la *n*, como lo han hecho todas las lenguas inflexivas con el latín; *ag-in-eban-n—ak-un-aban*: latín *ag-eban*: *agar-bay-an* (yo tomé), *ga=ka* radical de *kate* (cadena, esto es, lo que *agarra* ó apresa): *katu* (gato animal de presa): *kaku* (gauchó garfio), *Caco*, Dios de los ladrones llamados también garfios ó ganzanas *katigau* (apresar, encadenar): latín *catena, catus, capere, etc.* *ab-avan* [yo fui ó he sido]; parece la reproducción del imperfecto latino *habebam=an-ebam*, cuya composición conocemos como conocemos la composición de las castellanas *fui* y *hube* que apesar de hallarse formadas de las mismas raíces tienen sin embargo un signado diametralmente opuesto según hemos visto mas arriba: *assy-aran* (yo fui ó he sido): el tema *assy* parece formado por *a-iz* ó *iz* radical de nuestro verbo sustantivo *iz-an*: *aran-an-au* (yo maté), *aran-am* (yo marché), etc. Y como el imperfecto euskaro *aban, eban*, no nació en el Asirio, sino que este lo heredó del euskaro ó de una lengua de la familia euskara, lo mismo que el latín, resulta que cuando decimos del asirio es aplicable á sus hermanas las lenguas semíticas que pertenecen á la misma capalingüística.

El turco, lengua turaniense, forma su conjugación con el verbo sustantivo. mas si fijamos nuestra atención en las inflexiones de su presente *i-m* (yo soy); *sen* (eres); *iz* (somos), *sis* (sois): en las del imperfecto *imich-en=im-iz-en: imich-sen=im-iz-sen*; en las del presente y futuro *iss-an=iz-an: iss-en=iz-en: iss-a=iz-a, etc.*, advertiremos que esta conjugación ha sido engendrada por la raíz euskara *iz*, generadora de todas las conjugaciones pasivas del euskara, y la radical á que debe su signado nuestro verbo sustantivo *iz-an* (ser) así como el latino *ess-e=ess-ere=iz-ere*: el italiano *ess-ere=iz-ere*: el francés *etre=elere=ess-ere=iz-ere*; y en algun tiempo *ser*, como así lo atestigua su futuro *ser-ai, ser-as, etc.*: español *ser=ser=esere=iz-ere*: el alemán *iz-sein=i-sen=iz-an*: el inglés *b-e=b-iz, etc.* Pero parecemos notar además que en la conjugación del

verbo sustantivo turco, juega algun papel nuestra partícula adverbial *an*, de la que nos vamos á ocupar, por ser otro de los testimonios de la presencia en las lenguas de nuestro pronombre artículo *a*. Pasemos, pues, á esta nueva demostración.

Sabemos ya que dicho pronombre artículo *a*, es la onomatopeya de la materia universal y sensible en que se nos muestran y tienen que mostrárenos todos los seres de la naturaleza creada, así como los actos por estos realizados, el orden en que se han sucedido, y la época misma en que se han realizado de modo que en virtud de estas condiciones, dicha onomatopeya reúne todo lo necesario para señalarmos el punto en que se han realizado dichos actos, y el momento en que han tenido lugar; pero sabemos también que en el mundo animado del lenguaje, los seres que lo componen, son los dueños y legítimos poseedores de los sitios que ocupan y al cual se extiende su actividad. Pues bien, para espresar todas estas relaciones unió la lengua dicha vocal *a*, onomatopeya de la materia sensible á la consonante *n*, nota de genitivo poseosor, y formó la partícula adverbial *an* (allí, esto es en aquel punto del espacio, ó en aquel momento del tiempo) que entrañando consigo la idea de lejania alude en las cosas conocidas á los tiempos que fueron y á los fenómenos que pasaron. Unió luego esta partícula á los presentes simples de nuestros dos auxiliares, y derivó los imperfectos *ni-iz-an=nisan=nizsan* (yo era); *i-iz-an=iz-an=itz-an* (tu eras); *ni-au-an=nau-an=neu-an=ne-ban* (yo habia); *i-au-an=au-an=eu-an=eb-an* (tu habias); y el lector ha visto que estos imperfectos y su partícula *an*, se reproducen en todas las lenguas caucásicas mas ó menos truncados como los fósiles que el naturalista descubre en las capas profundas de la tierra.

Por otra parte es una verdad demostrada que el hombre tiende á unir y enlazar sus ideas en la palabra, como las une y enlaza en su mente, y que á esta inclinación que nos ha dado la naturaleza, se debe el caracter altamente sintético de las lenguas infantiles y la tendencia que en ellas se observa á encerrar las oraciones en una sola frase, y la frase en una sola palabra, el *verbo*, llamado por esta razón la palabra por excelencia; y es lo cierto que el euskaro conserva aun

en su variada y riquísima conjugación preciosísimos ejemplares de dicha tendencia, que por su trazado admirable y por su rigorismo son el asombro de cuantos los contemplan. Dígalo sino el ya difunto Príncipe Napoleón que tautas ponderaciones prodiga á nuestro verbo.

Mas llegó un día en que no pudiendo encerrar el hombre su pensamiento en tan estrecho molde se vió obligado á optar por el régimen analítico renunciando al sintético que hasta entonces había empleado; y este cambio debió en mi concepto comenzar por separar de la frase verbal; primero, los pronombres y los nombres, y luego los infinitivos generadores ó nombres verbales *iz, an, etc.*

Sea como quiera, el hecho es que el euskara separó el núcleo verbal *iz*, de las oraciones por él formadas y uniéndolo á la partícula adverbial *an*, derivó el actual infinitivo, primer verbo gramatical y el verbo por escelecia, tal es el verbo sustantivo *iz-an*, y á favor de este infinitivo adquirió la aptitud necesaria para crear el futuro, el modo subjuntivo y los tiempos llamados compuestos.

Y como esta partícula *an*, alude á tiempos que fueron y á fenómenos que pasaron, comprendimos, 1.º, por qué razón el presente de infinitivo ejerce en nuestra lengua los oficios de participio pretérito; 2.º, por qué continúa ejerciendo en las lenguas árias, estos mismos oficios, al paso que el presente de infinitivo confundido en el euskara con el pretérito, pertenece en el ario á los tiempos de nueva formación y 3.º, por qué el hebreo que no supo establecer esta distinción, carece de presente bien determinado. Y como derivó el verbo *iz-an* que debe su signado á su radical *iz* (ser en pasividad), derivó también *em-an* (dar, vender); latín *em-ere* (comprar), que debe el suyo á *em, eme*, (hembra), *ed-an*, [beber], latín *ed-ere*, al suyo *em, eme*, (hembra): *ag-in, eg-in*, (hacer); latín *ag-ere*, á *ag, eg*, (acto, hecho): *etz-an* [echarse] á *etz, eche*, [casa, reposo]: *ju-an* ó *iu-an* [ir]; latín *i-re*; á *iu*, [caminar por el espacio] y así sucesivamente en otros muchísimos verbos, la mayor parte de los cuales perecieron y debieron perecer al formarse la llamada conjugación regular.

¶ Pero existen en las lenguas caucásicas algunos vestigios de la presencia en ellas de esta partícula verbal *an*, que un día formara las características de sus im-

perfectos? Existe en efecto una que no tiene precio, porque dicho monoslabo *an*, ha sido asimismo desinencia de infinitivo del viejo sajón y del viejo gótico, esto es, del tronco común de las lenguas germánicas; de modo que allí donde el alemán dice *haben*, el viejo gótico decía *hab-an*, como así lo hace constar Whitney en su obra *la Vida del lenguaje*, de que se deduce que allí donde hoy dice *is-ein*, el viejo alemán decía *iz-an*, que es precisamente el infinitivo de nuestro verbo sustantivo en toda su completa integridad. Dicho Whitney, en la misma obra añade además lo siguiente: En cuanto á la palabra *for* los anglo-sajones conjugaban *faran, fare*, [entrar]; cual ellos hacían *drag-an, draw*, [tirar], es decir, que *far-an* era para ellos un verbo de la conjugación vieja ó conjugación fuerte. La partícula *to*, del actual *to, habe*, añade en otro lugar, no es sino una especie de sustituto moderno de la vieja terminación *an*, de *hab-an*, y coincidencia singular, dicha partícula *to*, no es otra cosa que la desinencia de nuestro infinitivo regular *tu*, modificada en *to*, y antepuesta al verbo, mientras que en el euskara y en las lenguas arianas se pospone: *joka-tu, ama-tu*: latín *jocatus, amatus*, etc., En otro lugar se expresa así: *et-an*, [comer] es *ess-an* en alemán; más *et-an* y *ess-an* corresponden al latín *ed-ere*; al griego *ed-o*; y al sanscrito *ad*: pero no pudo remontarse al euskara *ed-an* porque por desgracia para la ciencia, ignoraba el euskara como sucede con la inmensa mayoría de los lingüistas.

Esta misma partícula *an*, característica de los pretéritos imperfectos y de los infinitivos de nuestros verbos primitivos, modificada en *en*, y unida á la *T*, radical de la partícula verbal de nuestra conjugación regular *tu*, ha formado nuestros participios de presente, y estos se reproducen en el latín á ojos vistas, cual puede verse en los ejemplos siguientes:—eusk. *lotan* (durmiendo): latín *letans* (murriendo, esto es, durmiendo el sueño eterno): *lo* (sueño en vascuence): *lo* (muerte ó sueño eterno en el latín): griego *lethe* (olvido): *lethargos* (sueño profundo): latín *lethargus*: castellano *letargo*: *Leteo* (rio del olvido): *lothos* (planta que hace dormir): *argitzen* (esclareciendo): latín *arguens*: *eritzen* (lesionando, enfermando): latín *fer-ri-ens*: *joka-tzen* y *joketan* (jugando): latín *jocans*: *egi-tzen* ó *agi-tzen*.

(haciendo, obrando): latín *ag-ens*: *zerra-tsen* (serrando): latín *serrans*, &. Imposible desconocer el aire de familia. Otras correspondencias.

Euskara: participio de pretérito *argitu* (esclarecido): latín *argutus*, *a*, *um*: *jokatu* (jugado): latín *jokatu-s*, *a*, *um*: *zanatu* (curado): latín *sanatus*, *a*, *um*: *serratu* (serrado): latín *serratus*, *a*, *um*: &. Gerundio ó partícula participial euskara; *argitu-rik* (de esclarecer ó en esclareciendo): *ik*. subfijo indeterminado: latín *argutus-us*, *a*, *um*: *jokatu-rik* (en jugando ó de jugar): latín *jocaturus*, *a*, *um*: *zanaturik* (en sanando &.) latín *sanaturus*, *a*, *um*: &. ¿Qué es pues el participio latino y ariano *jokatu-s*, *a*, *um*, sino el euskaro *jokatu* dotado de las características del género antes desconocidas? ¿Y qué es su gerundio *argutus-us*, *a*, *um*, sino el euskaro *arguturik* dotado de las mismas características? Veamos ahora el origen y la procedencia euskara del presente de infinitivo latino que es de nueva formación.

Tiene el vascuence otra partícula semejante á la *an*, de que nos hemos ocupado y tan idónea como ella para señalar el lugar en que acaecen los sucesos, y el tiempo en que se suceden. Tal es *ar*, *ara*, *ra*, (allá ó allí, esto es, á aquel punto del espacio ó á aquel momento del tiempo). Compónese de la onomatopeya de la materia *a*, tan abonada para el objeto indicado tanto por su permanencia como por su duración, y de la consonante *r*, nota de movimiento, y conocida como tal, por cuantos profesan en la escuela Platónica. Indica movimiento, acción, dirección, y responde, enal así lo observa Astarloa, al adverbio ¿adonde? como se ve en los ejemplos siguientes: *no-ra* ¿adonde? *non*, *nona*, (donde): *ara* (allí, allá): *eche-ra* (á casa): *eche* (casa): *auzo-ra* (á la vecindad): *auzo* (vecino): *gora* (arriba): *go* (alto): *be-ra* (abajo): *be* (bajo) &.

Mas este subfijo por extensión de signado no solo indica el movimiento, la acción y dirección, sino tambien el modo y la manera de ejecutarlo y el acto mismo ejecutado: ejemplos, *lotura* (el modo, la manera y el acto de atar, la atadura); *lotu* (atar): latín *loreum* (la correa con que se ata): *ioz-tura*=*joztura* (el modo, la manera y el acto de coser, costura): *jossi* (cosor): castellano *coser*:

oitura (á la usanza ó costumbre): *oiu* (acostumbrarse): *asspillura* (modo, manera ó acto de coser por debajo): *asspillu* (coser por debajo). Y tal es el origen de la desinencia latina *tura*: ejemplos, *scrip-tura* (el modo, manera ó acto de escribir): *scriptu* (escribir, esto es, cribar ó grabar voces): (*i*)s (voz en vascuence): *sculp-tura* (el modo, etc. de esculpir): *sculptus* (esculpir, esto es, grabar seres): *is* (ser en vascuence): *structura* (el modo ó manera de construir) *structu* (construir).

Pues bien, esta particular euskara *ara*, *era*, *ra*, indicadora de lugar, de tiempo y de acción, modificada en *ere*, *re*, engendró la desinencia de infinitivo latino, cual así lo prueba la siguiente correspondencia euskara: *joka-era* el modo, la manera y el acto de jugar): latín *joca-re*=*joca-ere*: *zerra-era* (el modo, la manera y el acto deerrar): latín *zerra-re*=*zerra-ere*: *eg-i-era* ó *agi-era* (el modo, manera etc. de hacer ó obrar): latín *ag-ere*=*agi-ere*: *asi-era* (el modo etc. de comenzar ó hacer): latín *f-ac-ere*=*f-azi-ere*: *ibill-era* (el modo, manera etc. de andar) *ibi!*-i (andar): *zarr-era* (el modo, manera etc. de entrar): *zartu* [entrar] *urt-era* [el modo etc. de salir]: *urten*, *irten* [salir], etc. Pero hay aun algo mas que debemos señalar á la atención del lector.

En efecto la misma partícula *ara*, *ra*, prefijada á nuestros verbos, forma los llamados dobles por Astarloa, y tiene en este caso un signado parecido á la partícula prepositiva latina *re*, de *refacere*, *reagere*, &.; mas para comprender esta nueva derivación se hace preciso tener en cuenta 1.º que el euskaro no comienza ninguna voz con *r*, si ésta consonante no va precedida de una vocal que cambia en virtud de la armonía en *ara*, *era* *ira*: *entzun* [oir]: *era-entzun*=*era-ntzun* [responder, hacer oír], &. y 2.º que el latín suprimió dichas vocales iniciales haciendo de ello una regla que alcanza á todas sus voces; así vemos que el euskaro *arrapatu* [coger, atrapar, arrebatar, robar] es en el latín *raptum*=*rapatu-m*=*arapatu-m*: *urrutu*, y por armonía vocalica *urratu* [romper]; es en el latín *raptu-m*=*urruptu-m*: *irri* [risa]: es *ridere*=*irri-d-ere* y en francés *rire*=*irri-re*: *erroa*, *erra*, *erra*, [raíz] en latín *radix*=*erra-dix*, y en castellano *raiz*=*erra-iz*:

erro-ma [meseta fortalecida y tambien vallado] es en la misma lengua, *Roma* = *erro=ma*, *erro*, [fortaleza ó sitio aspero y de difícil acceso, en toponimia] y *ma* meseta, &. Del mismo modo *ara-asi*=*arasi* equivalente al *faire faire* francés, es en el latín *re-fac-ere*=*erre-fac-ere*=*ara-faz-ere*: *era-agin* [hacer que otro haga] es en el latín *reagere*=*era-agi-ere*=*ra-ag-ere* y por cambio de *a* en *e* *reag-ere*, &.

Los subfijos *ri*, *ria*, *ari*, *aria*, tienen en el euskara un signado equivalente á las desinencias castellanas *or*, *ero*, *rio*, de *limador*, *zapatero*, *tributario*, nacidas de las primeras: *malla-ri*, *malla-ria*, [el martillador], es en el latín *malleato-ris*, *lima-ri*, *limari-a*, (limador) es en el latín *limato-ris*: *ill-aria*, (la hilera) es *fli-arius*: *pelotari*, *pelota-ria*, *arrikaria*, *zapataria*, &. para el euskara; *gladi-arus*, *ripu-arius*, *tributarius*, para el latín tienen analogías de signado en cuanto sus respectivos subfijos hacen relación á oficios, profesiones ó inclinaciones naturales. Y es que el vascuence y el latín son en el fondo una sola y una misma lengua en diversos períodos de su evolución, como así lo conseguimos hace bastantes años al hacernos cargo de sus increíbles analogías, á la manera, decíamos entonces, y lo repetimos hoy, que la Crisálida y la Mariposa son un solo y un mismo animal en diversas fases de su desarrollo, pues así como en la Crisálida se diseñan y bosquejan los órganos que mas tarde han de formar el cuerpo alado de la Mariposa, así tambien en el euskara se diseñan y bosquejan las construcciones y los giros que mas tarde habian de formar las ricas y variadas inflexiones del latín.

Y lo que decimos del latín, hijo póstumo del euskara, es aplicable á sus hermanas las arianas, pero con la notable diferencia de que si el euskara ha dado á todas ellas sus raíces y sus giros, en cambio el latín ha influido sobre el euskara y ha contribuido á fijar su gramática por medio de la religión y de sus intérpretes, los sacerdotes, que siendo ante todo y sobre todo escelentes latinos, se han inspirado y han tenido que inspirarse en la literatura de esta lengua para sus predicaciones y sermones. Sin este influjo del predicador literato sobre un pueblo pro-

fundamente religioso considero yo que no puede concebirse la existencia de ese fondo común que se advierte en todo lo que constituye la trama interna de ambas gramáticas, la euskara y la latina, supuesta la mutabilidad de las lenguas que cual el euskara han carecido de literatura propia por una serie prolongada de siglos.

Pero puesto que nuestras ideas han tomado este giro, parécenos oportuno hacer algunas observaciones sobre la sintaxis interna del verbo, dejando para mas adelante la confirmación de los asertos que para ello habremos de emitir, así como la exhibición de las numerosas familias de voces á las que ha servido como de núcleo la vocal *a*, primer grito de la criatura y aquel en que se ha vivificado la palabra humana.

Importancia del régimen en la sintaxis del verbo.

Es innegable que en nuestra inteligencia el sér sujeto es anterior á su modo de ser y á sus diversas manifestaciones, y lo que sucede en nuestra inteligencia, sucede y tiene que suceder en el lenguaje, expresión de aquella inteligencia, puesto que las ideas se expresan en el órden mismo en que se conciben y se suceden en nuestra mente. Síguese de aquí que los pronombres que en la sintaxis del verbo representan el sér sujeto son, y deben ser, anteriores al verbo, que en la misma sintaxis representa los modos de ser del sujeto y sus diversos atributos. Es así que el vascuence antepone el pronombre sujeto al verbo, atemperándose al proceder así al régimen natural, al paso que las lenguas caucásicas posponen dicho pronombre al verbo separándose de aquel régimen; luego el vascuence es anterior y ha precedido á dichas lenguas, puesto que el régimen es condición anterior y condición obligada de su inversión. El silogismo, como se ve, es contundente, y se halla además bien cimentado, cual puede juzgarse por los siguientes análisis.

El euskaro antepone el pronombre *ni=yo*, que representa el sér sujeto de la oración, á la raíz verbal *iz* (sér en pasividad), que representa el modo de ser del sujeto, y dice *ni-ai-z* (yo soy), eufonizado *na-iz*, *na-z*, *ni-z*, según los dialectos; en Vizcaya dicen *na-z*, entre los vasco franceses, *ni-z*, y dondequiera, esto es, en todos los dialectos, *naiz*; el sanscrito, por el contrario, pospone el pronombre euskaro *ni=mi*, que representa el ser sujeto, á la raíz verbal, también euskara, *iz*, que representa el modo de ser del sujeto, y dice *ai-z-ni=az-mi=as-mi* (yo soy); el lituano contrae la inflexión sanscrita y dice *a=mi* (yo soy); el inglés lo contrae aún más y dice *a-m*

(soy yo); el griego cambia en *e* la *a* sanscrita, y dice *ei-z-mi*, euf. *ei-ni=ei-mi* (soy yo); el turco contrae la inflexión griega, y dice *i-m* (soy yo); el alemán antepone la consonante *ð*, que suena asimismo en el infinitivo inglés *to be* (ser), á la inflexión turca, y dice *ð-in* (soy yo); el latín une la raíz verbal al pronombre por medio de la letra de ligadura *u*, y dice *iz-u-m=essum=sum* (soy yo).

De la propia manera el euskaro antepone el pronombre de la segunda persona *i=tu* á la raíz verbal *iz*, y dice *i-ai-z*, euf. *ai-z*, *az* (tú eres); el sanscrito pospone aquel pronombre euskaro *i=tú*, (y no se cansen los lingüistas en buscarle otro origen, pues se cansarían en vano) á la raíz verbal *iz*, y dice *ai-z-i=as-i* (eres tú); el griego y el latín sustituyen el pronombre euskaro *i* por la *s=ç*, que en realidad es tan euskara como la anterior, puesto que representa nuestro pronombre *zu*, que en el trato cortés equivale al *vos-tu=voste=oste=usted* castellano, y dicen el primero *ai-z*, y por el cambio de *a* en *e*, *ei-z* (eres tú), y el segundo *e-z* (eres tú), el inglés conserva la *a* sanscrita, y dice *ai-z*; el alemán conserva la raíz verbal *iz*, y dice *ð-ist*; el turco dice *iz-cn=sen*.

En la tercera persona el vascuence antepone la letra *d*, característica de las terceras personas pacientes de todos nuestros presentes de indicativo, y dice *da* (él es) en vez de *dai-z*; mas esta *d* se ha perdido en todas las lenguas arriba citadas menos en el turco, que dice *dur* (es él); el sanscrito pospone la *d=t* euskara y dice *ai-z-ti=as-ti*; el griego y el latín cambian en *e* la *a* sanscrita, y dicen el primero *ei-z-ti=es-ti* (es él), y el segundo *es-t* (es él).

En la primera de plural, el vascuence antepone el pronombre *geu* sincopado *gu* (nosotros), y dice *geu-ara=g-cra=g-ara*, (nosotros somos); en la segunda antepone el pronombre *geu* sincopado *zu* (vosotros), y dice *geu-ara=ç-cra=za-ra* (vosotros sois); para formar la tercera añade al pro-

nombre del singular *d* la vocal *i*, característica del plural de personas pacientes dentro de nuestra conjugación, y dice *di-a*, y por interposición de la letra de ligadura *r*, *dira* [ellos son]; y solo el turco ha conservado esta característica pronominal en *dur-ler* [son ellos]; y solo el inglés ha conservado el *ara* de nuestros plurales *g-ara*, *z-ara*, *d-ira* en aquel *ere* que forma las tres personas de su plural.

Reunamos ahora los elementos éuskaro dispersos en las lenguas caucásicas y habremos reconstruido el presente éuskaro sin mas que anteponer los pronombres sujetos pospuestos en aquellas lenguas. En efecto: si anteponemos el pronombre de la primera persona *ni=mi* en las inflexiones sanscritas *aiç-ni=az-ni=as-mi*, habremos reconstruido nuestra primera persona *ni-aiç=a-aiç=naç* [yo soy]. Hagamos lo mismo con el pronombre de la segunda persona *i* [tu] en las inflexiones también sanscritas *aiç-i=as-i* [eres tu], y habremos reconstruido la segunda persona éuskara *i-aiç=aiç=az* (tu eres). Tomemos del turco la tercera persona *dur* (es él), y tendremos la éuskara *da* (él es); añadamos ahora al *arc* ingles las características pronominales de nuestro plural, y tendremos *ga-re*, *z-are*, *d-ire*, semejantes á las éuskaras *g-ara*, *za-ya*, *d-ira*; por último, tomemos del turco la tercera del plural *durler* (son ellos), semejante al éuskaro *dira* (ellos son), y habremos reconstruido el presente éuskaro. ¿Y qué significan estas afinidades? Nada para los que no ven en los hechos lingüísticos sino los juegos del caprichoso azar empeñado en burlar á los incautos, y para quienes las voces de las lenguas no son otra cosa que especie de signos convencionales semejantes á los que usan los matemáticos para la resolución de sus problemas; mas para los que saben que las lenguas son el producto de nuestra misma naturaleza, esto es, algo esencial á nuestra persona y comprenden además que existe un lenguaje natural, orgánico, necesario, infundido por Dios en la persona del hombre, y derivado de las leyes

que rigen nuestra vida así orgánica como psicológica, y que discuriendo de este modo entienden que la casualidad nada ha engendrado en las lenguas; dichas afinidades tienen una importancia extraordinaria en cuanto nos revelan que del presente éuskaro se desprendieron y en el presente éuskaro se contenían los presentes de todas las lenguas caucásicas, puesto que solo por el éuskaro pueden explicarse las variaciones que han sufrido en su tránsito de unas á otras familias y de unos países á otros, y puesto que solo el éuskaro puede dar la razón de la posposición de sus pronombres, que implica la inversión del régimen natural, como veremos en su lugar. Mas por ahora preferimos reconstruir dicho presente exponiendo al efecto las transformaciones porque ha pasado antes de adquirir las actuales formas, y las leyes en cuya virtud se han operado aquellos cambios. Pasemos, pues, á esta demostración.

Dicho presente se ha formado, como todos los de las lenguas caucásicas, por la unión de los pronombres con la raíz verbal, y se ha formado por consiguiente, por la unión de los pronombres *ni* (yo), *i* (tu), *a* (él ó ella), *geu* sincopado *gu* (nosotros), *zeu* sincopado *zu* (vosotros), y *arek* (ellos ó ellas), con la raíz verbal *iz* (ser en pasividad), de cuyos orígenes, valor y signado nos hemos de ocupar en su lugar. De esta unión nacieron y debieron nacer las siguientes inflexiones: *ni-iz=niç* (yo soy); *i-iz=iç* (tú eres); *a-iz=aiç* (él es); *geu-iz* (nosotros somos); *zeu-iz* (vosotros sois); *arek-iz* (ellos son); y, como se vé, esta conjugación dista demasiado de la actual *naiz* (yo soy); *aiç* (tú eres), *da* (él es); *gera* ó *gara* [nosotros somos]; *zara* ó *zera* [vosotros sois]; *dira* [ellos son], para creer que tales distancias no podrian salvarse sin admitir que han sido varias las raíces verbales que han contribuido á su formación; hipótesis absurda contra la cual se subleva el buen sentido, pues de ser así, el signado de aquellas inflexiones hubiera cambiado á medida que cambiaba el de la raíz de que derivan,

lo que no sucede como puede notar lo quien quiera que se fije en ello. Veamos, pues, si podemos combatir esta absurda hipótesis sorprendiendo la razón de aquellas diferencias.

Si comparamos ambas conjugaciones, esto es, la primera *ni*, *iz*, *aiz* etc. y la actual, que dice *naiz*, *az*, *da*, etc., advertiremos desde luego la presencia en esta última de una *a*, de que carece la primera, interpuesta entre los pronombres *ni* (yo), é *i* (tú), y la raíz verbal *iz* en la forma *ni-a-iz=naiz* (yo soy), y *i-a-iz=aiz* (tú eres), y que esta misma *a* entra en la composición de los plurales, *gara*, *zara*, como entra también en la composición de los llamados tiempos simples de nuestros verbos primitivos é intransitivos; tales son *naibill*, sincopado *naiz-ibill* (soy andante); *a bill*, sincopado *ai-bill* (eres andante); *na-tor*, *naiz=etor* (soy viniente); *a-tor=ai-z-etor* (eres viniente), etc. Repararemos asimismo que dicha vocal se conserva en las inflexiones del sanscrito *as-mi*, *a-si*, etc., así como en el lituano, inglés, etc., y esta persistencia de la débil vocal al través del tiempo y de las distancias excluye de nosotros y debe excluir la idea de que pertenezca al número de aquellas letras de ligadura que las lenguas saben interponer entre sus voces, cuando así lo reclaman las necesidades de la expresión y las leyes eufónicas porque se rigen.

De aquí deducimos que la citada vocal pertenece y debe pertenecer al número de aquellas letras orgánicas que entraron en la composición de dichas inflexiones con el valor mismo y con el signado mismo que tienen en nuestra gramática, dentro de la cual desempeña, como nosotros lo sabemos, las funciones de pronombre demostrativo de tercera persona (él ó ella); de aquí inferiremos que el vascuence no dice ni puede decir (yo soy), sino (yo lo soy); como no dice tampoco ni puede decir (yo he), sino (yo lo he). ¿Cuál es, pues, la razón de esta singularidad peculiar y privativa del vascuence, pero cuyos vestigios hemos hallado en el sans-

crito? Tal es la pregunta que nos hemos dirigido y cuya contestación creemos haberla hallado en el signado mismo que tienen los pronombres de las primeras y segundas personas, los cuales, en efecto, designan el ser persona, abstracción hecha de lo sensible en que se nos revela; y como la persona así considerada sólo existe virtualmente y en potencia, pero no en el acto, esto es, *in posse*, mas no *in actu*, resulta que dichos pronombres son por sí solos inhábiles para designar la persona que habla, esto es, la persona *in actu*.

Lo cierto es que en la persona que habla diciendo *naiz* (yo soy) á fin de designarse á sí mismo, se hace preciso distinguir la idea emitida de la persona que la ha emitido y de la palabra hablada en que aquella idea se nos muestra, puesto que la idea emitida y contenida en el *yo*, muy hábil para distinguir el ser persona de los demás seres creados, es, sin embargo, inhabil para distinguir las personas entre sí y las unas de las otras, en cuanto todas indistintamente son y tienen que ser *yo=ni* para merecer el nombre de tales, y una cualidad común y general á todos los individuos de la especie no puede caracterizar á un solo individuo, sino á la especie; y esto que decimos de los pronombres *yo* y *tú*, *nosotros* y *vosotros*, es aplicable á todos nuestros indefinidos, aun cuando se haya borrado en gran parte su primitivo signado. Por el contrario, la palabra hablada en que se nos muestra aquella idea nos dá á conocer el grito material y sensible en que se nos muestra la persona que habla; y como ninguna de las cosas que son y viven, llámense seres ó llámense ideas, pueden ser conocidas del hombre sino por medio de lo sensible *a* (lo), resulta que ambos pronombres *ni* y *a* fueron igualmente necesarios para individualizar y caracterizar la persona que habla; la primera *ni* (yo) porque por su medio distinguimos el ser persona de los demás seres creados; la segunda (*a=lo*), porque por su medio, esto es, por medio del grito de

que dicha vocal es característica, distinguimos la persona que habla de todas las demás. Siguese de aquí que nuestro antecesor primero, que hallándose tan cerca de los orígenes del lenguaje, comprendía mejor que nosotros el valor y el signado de dichos pronombres, comprendió también que no podía designarse á sí mismo, individualizarse y caracterizarse sin dar á conocer á su compañero que aquel *yo=ni* ideal, inmaterial y suprasensible de que hablaba, era el yo encarnado en su cuerpo y completado en su palabra ó grito, y esto no pudo hacer ni le era dado hacerlo sino por medio de la vocal *a*, la sola característica de aquel grito y de aquel cuerpo.

Dígase, pues, lo que se quiera, la locución euskara *naiz* (yo lo soy), intraducible en realidad es, en cuanto cabe, correcta, elegante, concisa, clara y, sobre todo y muy especialmente, ajustada á las prescripciones de la lógica, y no merece, ciertamente, el tono desdenoso con que se ocupa de ella el indianista Hovelacque, que al cometer tal ligereza ignoraba sin duda, como lo ignora hoy, que aquella humilde locución, tenida por él en menosprecio, es, sin embargo, la que ha dado su ser y su vida á la inflexión *as mi* de la lengua que tanta veneración le merece.

Continuación

Ahora bien: lo que decimos de la primera persona de singular es aplicable á la primera de plural y á las segundas de singular y plural, en atención á que el *tú* y *vosotros* representan el *yo* que vemos en las personas de nuestros interlocutores. Así vemos que, para formar la segunda de singular, el euskaro interpuso la vocal dicha *a* entre el pronombre *i* (tú) y la raíz verbal *is*, y derivó la inflexión *i-a iz*, euf. *aiz* (tú lo eres); mas como esta inflexión se confundía con la tercera de la primitiva conjugación *a-is* (él es), la lengua evitó aquella confusión anteponiendo á esta última la consonante *d*, característica de las terceras personas pacientes de nuestros presentes, y derivó de este modo la inflexión *daiz* (él lo es). Para formar la primera de plural interpuso entre el pronombre *geu*, contraído *gu* (nosotros), y la raíz verbal *is*, la misma vocal *a*, y derivó la inflexión *geu-a-is*; interpuso luego entre ambos pronombres la letra de ligadura *r*, bien conocida de nuestros gramáticos, y derivó *geu-ra-is*; suprimió después el hiato del diptongo *eu*, elidido la *u*, y derivó la inflexión *ge-ra-is=ga-ra-is* (nosotros lo somos). Para formar la segunda de plural interpuso la misma vocal *a* entre el pronombre *zen*, contraído *zu* (vosotros), y la raíz verbal *is*, y derivó la inflexión *zen-a-is=zeu-ra-is=ze-ra-is=za-ra-is* (vosotros lo sois). La tercera la formó del singular *da-is*, añadiendo al pronombre paciente *d* la vocal *i*, característica de plural de persona paciente en nuestra conjugación, en la forma siguiente: *di-a-is=di-ra-is*. Hecho esto: suprimió la terminal *is* de las tres personas de plural y de la tercera de singular, porque, además de ser ineufónica, se oponía al desarrollo de nuestra conjugación por excelencia sintética, y derivó de este modo la actual *naiz* (yo lo soy); *aiz* (tú lo eres); *da* (él lo es); *gera, gara* (nosotros lo somos); *zera ó zara* (vosotros lo sois), *dira* (ellos lo son), clara, concisa, elegante, eufónica y, sobre todo, muy idónea para formar con ella las nuevas y numerosas inflexiones de nuestra conjugación que es el asombro de éantos se dedican al estudio del verbo euskaro.

Es bien seguro que el lector extraño á nuestra lengua habrá experimentado una gran sorpresa al ver las adiciones y sustracciones que hemos debido practicar para reconstruir el presente de nuestro verbo sustantivo, y que esta sorpresa habrá aumentado al contemplar la eliminación completa de la raíz verbal *is*, el factor más importante y el alma misma de la conjugación; y como quiera que tales sustracciones y adiciones son al vascuence aglutinante y por excelencia sintético lo que la pérdida y renovación de las voces es á las lenguas modernas, y como, por otra parte, dichas adiciones y sustracciones entrañan consigo ciertas cuestiones que hasta la fecha no han sido resueltas ni aun planteadas, creemos oportuno esclarecer esta materia para hacer ver una vez más enau fielmente se reflejan en el lenguaje las leyes que rigen la vida de la naturaleza. Unos cuantos ejemplos servirán para nuestro intento, y los elegiremos en la conjugación reconstruida. Hélos aquí.

El monosílabo *ni* (yo), con su intensivo *neu* (yo), es en el euskaro la sola característica de primera persona singular, y este monosílabo ha desaparecido de la inflexión *naiz* (yo soy), sin que esta oración deje de ser de primera persona, ni se maraville nadie de ello, porque nos dicen, y dicen con razón, que *naiz* es igual á *ni-aiz*; suprimiendo el diptongo *ia* con elisión de la *i*. Y hemos citado este ejemplo porque la *n* no es el pronombre *ni*.

De la propia manera la vocal *i*, con su intensivo *eu* (tú), es la sola característica de la segunda persona singular del trato familiar, y esta vocal desapareció de la inflexión *aiz* (tú eres), sin que esta oración deje de ser de segunda persona singular del trato familiar, ni se maraville nadie de ello, porque nos dicen, y con mucha razón, que *aiz* es igual á *i-aiz*, suprimiendo el diptongo *ia*, con elisión de la *i*; y lo que decimos de estas primeras de singular, es aplicable á los plurales *aara, gara*. Pondremos otro ejemplo. La vocal *a* es la sola característica de nuestro nombre definido, y esta vocal desapareció de los genitivos y dativos *gizonen* (de los hombres), *gizoneri* (á ó para los hombres), de sus derivados *gizonenat, gizonentzako*, así como de *gizonekin, gizoneguz, gizonetara, etc.*

sin que estos nombres hayan perdido su naturaleza definida, ni se maraville nadie de ello, porque nos dicen que *gizonen* es igual á *gizonaen*, y *gizoneri* á *gizonaeri*, suprimiendo el diptongo *ae*, con elisión de la *a*, en virtud de las leyes fonéticas de la lengua.

Y con estas explicaciones quedamos altamente satisfechos cual, si hubiéramos resuelto la cuestión, cuando en realidad no se ha hecho otra cosa que plantearla en otro terreno. En efecto: si la esencia del lenguaje es tal que nada puede afirmar sino mediante un grito, que ha de ser precisamente la característica de la afirmación hecha, y si la vocal *a* es la sola característica de nuestro definido, ¿cómo no han perdido este carácter los citados *gizonen, gizoneri*, que carecen de aquella vocal? ¿Es que las leyes eufónicas pueden invalidar aquel axioma lingüístico? De ningún modo. Luego la cuestión queda en pie, y se hace preciso buscar por otro lado su solución, que es lo que vamos á intentar sin salir de nuestra doctrina y para comprobar una vez más, que el principio que informa la vida del lenguaje es el mismo que informa la vida de la naturaleza, de la cual es aquél fiel imagen, y probar además que las lenguas nacen, crecen, se desarrollan y mueren como los seres vivos á quienes hay que compararlas para su estudio.

Mas para ello se hace preciso comprender que los subfijos de nuestra lengua son al pronombre sujeto, lo mismo que á los demás nombres, lo que los alimentos son á nuestro cuerpo; y así como estos últimos, una vez asimilados, llegan á formar una parte integrante y constitutiva del organismo que los ha asimilado, y no pueden ser violentamente arrancados de él sin que el individuo perezca, así tambien nuestros subfijos, una vez asimilados al nombre sujeto, llegan á formar una parte integrante y constitutiva del nombre-pronombre que los ha asimilado, y no podrán ser violentamente arrancados de él sin que la nueva voz perezca. Luego,

según esto, el artículo definido, la vocal *a* no ha podido ser violentamente arrancada de los citados nombres *gizonen*, *gizoneri*, sin que su carácter definido perezca; ni la vocal *i* de la oración *iaiz*, sin que esta oración deje de ser de segunda persona singular; ni la raíz verbal *iz* de las inflexiones *daiz*, *garaiz*, etc. ¿Cómo se ha efectuado, pues, aquella eliminación? En virtud de otro principio tan sencillo como el anterior.

En efecto: los seres vivos, así como están dotados de facultades nutritivas y asimiladoras, así también están dotados de otras excretorias y desasimilares, y en virtud de estas últimas expelen de su seno todo aquello que por cualquier circunstancia se ha hecho incompatible con las leyes que presiden á su desarrollo y conservación. Pues bien: del mismo modo las lenguas y sus voces, así como están dotadas de facultades nutritivas y asimiladoras, así también están dotadas de otras desasimiladoras y excretorias, y en virtud de estas últimas, expelen de su seno todo aquello que por cualquiera circunstancia se ha vuelto incompatible con las leyes que presiden á su desarrollo y conservación. Y la armonía en el sonido, esto es, lo que llamamos eufonía, es á las lenguas lo que la armonía en la forma es á la naturaleza, y en virtud de aquella ley debía desaparecer el hiato desagradable formado por la terminal común *raiz*, *daiz*. Y la economía en el sonido, esto que llamamos tendencia á la abreviación, es al lenguaje lo que la economía en la materia es á la naturaleza, y en virtud de aquella ley dicha terminal debía desaparecer, no por adición de nuevas letras de ligadura que dificultando la dicción hubieran imposibilitado el desarrollo de nuestro verbo, sino por la supresión de aquella terminal *iz*; á fin de que dichas inflexiones no perdieran su aptitud para la formación de las nuevas y numerosas conjugaciones que de ellas ha derivado el éuskaro, impelido por su tendencia á encerrar el pensamiento en una sola frase, y la frase en una sola palabra. Y la terminal *iz* desapareció, como desaparecen en

la naturaleza los generadores que, habiendo cumplido su destino, se han vuelto incompatibles con aquellos mismos á quienes ellos han dado su ser y su vida.

Y es que las voces simples son á las compuestas por ellas formadas lo que los cuerpos simples son á los compuestos por ellos formados; y así como dichos simples, al combinarse en el crisol de la naturaleza ó en el crisol del químico, pierden sus propiedades nativas para tomar las del nuevo producto, y no pueden ser arrancadas de él sin que el producto perezca, así también las voces simples, al combinarse para formar las llamadas inflexiones, pierden su propio signado para tomar el de la nueva inflexión, y no pueden ser arrancadas de ésta sin que la inflexión perezca; pero á la manera que los productos naturales son trabajados, pulidos y acicalados para subvenir á las necesidades de la vida humana, de su industria y de sus artes, así también las inflexiones nacidas de la combinación de las voces son trabajadas, acicaladas y pulidas bajo la inteligencia del hombre para subvenir á las necesidades de la expresión y del lenguaje. De aquí se sigue que al combinarse los simples *i* (tú) *a* (lo), y la raíz verbal *iz* para formar la inflexión *i-a-iz*, cuyo sentido literal ó cuyo exponente es (tú lo ser), dichos simples perdieron su signado y su naturaleza para tomar la de la nueva inflexión *iaiz* (eres); de modo que al arrancar de ésta la vocal *i*, no fué ni pudo ser arrancado el pronombre, puesto que éste perdió su signado para tomar el de dicha inflexión, sino que se elimina una mínima parte de la materia constitutiva del nuevo producto, la necesaria para devolver á éste la armonía perdida, y así sucesivamente. Pero así como en la naturaleza hay combinaciones, amalgamas y mezclas, así también en el lenguaje hay inflexiones, aglutinaciones y mezclas ó conglomerados, y tan difícil es al lingüista determinar dónde concluye la inflexión y principia la aglutinación, como difícil es al naturalista determi-

nar dónde concluye la aleación y comienza la combinación. Dilucidado este punto, aunque muy imperfectamente, continuemos ocupándonos del régimen en la sintaxis del verbo *euskaro*.

Así como el *sér* es anterior á su modo de ser y á su existencia pasiva ó activa, así también la existencia es anterior á sus atributos. Luego, según esto, las oraciones *naiz*, *aiz*, *da*, etc., expresivas de la existencia pasiva, deben anteponerse á las voces *ibill*, tema radical del nombre verbal *ibill* (andar); *etor*, tema radical de *etorri* (venir); *iaa*, ídem de *iuana* (ir), etc., que expresan los atributos de aquella existencia, y así lo hace nuestra lengua en los tiempos malamente llamados simples de nuestros verbos primitivos, clasificados por los gramáticos entre los irregulares.

Ejemplo: *naiz-ibill* (soy andante), sincopado, esto es, pulimentado y acicalado, *na-bill* (me ando); *aiz-ibill* (cres andante), sincopado, esto es, pulimentado y acicalado, *a-bill* (te andas); *da-ibill* (es andante), euf. *dabill* (lo andas); *gara-ibill* (somos andantes), sincopado, *ga-bill* (nos andamos); *zara-ibill* (sois andantes), sincopado, *zabill* (os andaís). La tercera se formó del singular *dabill*, añadiéndole la consonante *z*, signo de plural de persona paciente dentro de nuestra conjugación y el generador del signo de plural ariano *s=z*, en la forma siguiente: *dabill-z* (los, ó se andan); y como en las dos primeras personas de plural el sujeto es paciente, añadimos á las inflexiones *gabill*, *zabill*, la misma *z*, y decimos *gabillz=gabiz*, y *zabillz*, euf. *zabiz*. Por el mismo procedimiento se han formado *naiz-etor*, sincopado *nator* (me vengo); *aiz-etor=nator* (te vienes); *naiz-iaa=naaa=nua* (me voy); *aiz-iaa*, sincopado *a-iaa=ia* (te vas), etc. Por no hacerse cargo de la sintaxis de estas oraciones, el príncipe Bonaparte ha dicho que la opinión general de que estos tiempos simples *nabill*, *nator*, son anteriores á los compuestos *ibill-ten naiz* (me ando); *etor-ten nator* (me vengo), es una suposición gratuita que no merece ser tomada en consideración; y por no

haber sorprendido este lingüista y sus compañeros la presencia en aquellas inflexiones del verbo sustantivo no han llevado tampoco á sorprender la unidad del verbo *euskaro* que Inchauspe, vasco-francés, había presentado diciendo que el vascuence no tiene más que un solo verbo, formado de dos voces: una intransitiva (*iz*), y otra transitiva (*au*). Podíamos extender estas análisis á las demás conjugaciones de nuestro auxiliar pasivo, por ejemplo: *nabilli-kio*, *abilli-kio*, *rabilli-kio*, *nabilli-kizu*, *abill ki-gu*, *zabillkil*, etc., y probar que la sintaxis en estas inflexiones es tan correcta como en las anteriores; pero como habremos de hacerlo más adelante, preferimos atenernos á lo hecho y pasar al exámen de la conjugación del auxiliar activo.

DEL VERBO ACTIVO

su sintaxis

y formación por medio de la onomatopeya au.

El presente de este se forma en unión de los pronombres con la raíz verbal *au* (ser en actividad): esto es, ser en el mundo material y sensible (*a*), limitado por el espacio (*u*), en la forma siguiente: *ni-au=nau* (me ha); *i-au=au* (te ha); *a-au=au* (lo ha); *gu-au=gau* (nos ha); *zu au=zuu* (os ha); pero como en esta conjugación, lo mismo que en el auxiliar pasivo la segunda y tercera de singular formadas por el diptongo *au* se confunden, la lengua evitó la confusión anteponiendo á la tercera la misma consonante *a*, signo de sujeto paciente de nuestras terceras personas del pre-

sente de indicativo, y derivando de este modo la inflexión *dau* (lo ha); para formar la tercera del plural añadió al singular *dau* la consonante *z*, exponente de plural de persona paciente de nuestra conjugación, y derivó de este modo la inflexión *dau-z* (los hay). En estas oraciones se advierte que el sujeto de la oración es persona paciente, porque la pasividad en el ser, bien sea considerado en el mundo ideal inmaterial y suprasensible *iz*, ó bien en el material y sensible *au*, es anterior y ha precedido á su actividad si se le considera en sus relaciones con los demás seres, pues que ninguno de ellos, bien sean ideales ó inmateriales, ó bien materiales y sensibles, puede sustraerse á la influencia que sobre él ejercen los demás seres ó agentes, cual sucede en el recién nacido. En efecto; el alma del niño, en el instante que éste se ha vivificado y ha salido á luz, pertenece al mundo material y sensible *au*, y todo ser en el mundo material se halla en plena actividad, en plena posesión y dominio del organismo, su obra; esto es, se halla en actividad, considerado en sus relaciones consigo, ó sea con la materia de que es dueño y señor; mas el recién nacido, en el instante de nacer y considerado en sus relaciones con los demás seres, se halla en pasividad, en atención á que no puede sustraerse á las impresiones que recibe de los agentes que le rodean, y los cuales actúan sobre su persona antes de que él pueda actuar sobre aquellos. En esta explicación estriba precisamente la corrección sin igual de la sintaxis éuskara, dentro de la cual un sujeto, cualquiera que sea, *ni, i, a*, no puede pasar á ser sujeto agente sin recibir la consonante *k*, signo de sujeto agente de nuestra declinación, y transformarse en *nik* (yo), *i-k* (tu), y *a-k* (él), que son los su-

jetos agentes, y esto mismo pasa en la conjugación, como vamos á verlo á continuación.

En efecto: de la inflexión *nau* (me ha él), derivó la lengua la conjugación siguiente *nau-k*; eufonizado *noê* (tú me has, varón); la consonante *k*, signo de sujeto agente en la declinación, es en la conjugación la característica de segunda persona singular *varón*: *nau n*, eufonizado *no-n* (tu me has mujer); la *n* es en la misma conjugación la característica de segunda persona singular *mujer* ó *hembra*; *nau-zu=no-zu* (me habéis vosotros) *nau-e=naube=nabe* (ellos me han); la *e* es el exponente de plural de persona agente dentro de nuestra conjugación y el signo de plural de nuestros nombres definidos dentro de la declinación. Estas cuatro oraciones de primera persona paciente, que representa el sujeto de la oración, tienen de agentes las segundas y terceras personas pero no tienen ni pueden tener primeras, porque en el rigorismo lógico de nuestra lengua un mismo sujeto no puede ser al mismo tiempo el paciente y el agente de un acto dado y determinado, sino que tiene que ser lo uno ó lo otro, esto es, el que padece ó el que hace, el que actúa ó el actuado. Así es que el euskar no puede decir [yo me mato], sino que tiene que parafrasear esta oración diciendo [he matado mi cabeza ó á mi cabeza], *nere burua ill ten dot*; ni puede decir (me acuerdo), sino (recordando soy) *arotzen naiz*, volviendo aquella oración por pasiva, y algo de esto ha conservado el latín,

De la segunda inflexión *au* (te ha él) derivó las siguientes: *aut* (yo te he); *au-gu*, eufonizado *a-gu* (nosotros te hemos); *au-e=aube=abe* (ellos te han), y esta conjugación carece de oraciones de segundas personas agen-

tes por la misma razón.

De la tercera *dau*, derivó *daut=dot* (yo lo he); *dau-k=do k* (tu varón lo has), *dau-n=don* (tú mujer lo has), *dau-gu=do gu* (nosotros lo hemos), *dau-zu=dō-zu* (vosotros lo habéis), *dau-e=dau-be=dabe* (ellos lo han); y esta conjugación tiene las seis personas, porque en ellas una tercera es la paciente y otra distinta de la primera la agente, y esta conjugación ha sido la generadora del presente latino *amo=amot=amaot=ama-dot*; pero como su sintaxis ha sido la que ha servido de norma y tipo á la sintaxis del verbo caucásico, hemos de pensar que ha sido también la generadora de los presentes de todas las lenguas caucásicas.

Si ahora examinamos los tres grupos de las conjugaciones precedentes observaremos que las oraciones *au-t* (yo te he) y *do-t* (yo lo he) carecen del pronombre *ni* (yo), que es la sola característica de 1.ª persona de singular nuestra lengua, y sería un desatino el pensar que dichas oraciones se han formado ó pudieran formarse sin dicha característica; pero en cambio advertimos que están dotadas de la característica de acción *t=k*, radical á que debe su signado la partícula verbal *tú*, nota de acción á cuyo favor el vascuence transforma todas sus voces en otros tantos verbos.

Por el contrario, todas las demás oraciones *a-gu*, *do-gu*, *do-k*, *do-n*, *no-zu*, *no-k*, *no-n*, *nau-be*, etc., aparecen dotadas de las características pronominales *gu*, *zu*, *e* [ellos], *k* [tú varón], *n* [tú hembra]; pero vemos también que carecen de la característica de acción *t=k*, y sería otro desatino pensar que dichos pronombres, pacientes por su naturaleza y pacientes en el paradigma de nuestra declinación, hubieran podido pasar á sujetos agentes sin una característica que indicara el tránsito efectuado: porque es lo cierto que ninguna de las cosas que son y viven, llámense ideas ó llámense seres, puede pasar de un estado dado *a* á otro diferente *d* sin sufrir un cambio, que ha de ser precisamente la característica del tránsito efectuado.

Y lo que sucede en la naturaleza y en nuestro entendimiento sucede también en el lenguaje, imagen de aquella naturaleza y expresión de aquel entendimiento. Así vemos que aquel cambio en el estado del sujeto se señala en nuestra lengua por medio de la consonante *k*, nota de acción; y la *l* es asimismo en la misma lengua, y sin poderlo negar, nota de acción.

Si, pues, queremos ser tan lógicos como la lengua que estudiamos, y dentro de la cual vemos que todo cambio en el estado del sujeto ó en el signado de la voz se señala con una característica que indica el tránsito efectuado, la acción por la *k*, *Pedro-k*, la posesión por la *n*, *Pedro-n* (de Pedro), la recepción por la *i*, *Pedro-r-i* [á ó para Pedro], la pluralidad por la *e* *guizonan* singular, *guizonen* plural, *dauka* (él lo tiene), *dauke* (ellos lo tienen), habremos de convenir en que las citadas oraciones se formaron debieron formarse por la unión y subfijación de los pronombres agentes *nik*, *ik*, *ak*, *guk*, *zuk*, *ack*, á la conjugación radical *nau* (me ha), *au* (te ha), *dau* [lo ha], etc., sustituyendo la *k*, por *l*, por razones contenidas, en la misma conjugación y fundadas en las funciones que desempeña dicha *k* dentro de la misma, en la que, en efecto, ejerce los oficios de segunda persona singular varón. Por consiguiente, dichas oraciones, al constituirse, se constituyeron y debieron constituirse en la forma siguiente: *nau-ik* [me has tu], *ik* (tu activo): *nau-ak* [me ha él], *ak* (él activo): *nau-zuk*—*no-zuk* [me habeis], *zuk* (vosotros, activo), *nau-ack* (me han), *ack* (ellos activo).

Au-nik (yo te he), *nik* (yo activo): *au-ak* [te ha él], *au-guk*—*a-guk* (te hemos nosotros), *guk* (nosotros, activo), *au-ack* (te han ellos).

Dau-nik (lo he yo): *dau-ik* [lo has tu], *dau-ak* (lo ha él): *dau-guk* (lo hemos nosotros); *dau-zuk* (lo habeis vosotros), *dau-ack* (lo han ellos).

Veamos ahora como se arregló la lengua para dar á esta conjugación torpe, difusa, ineufónica é incompatible con las nuevas formas que de ella

habían de surgir, la claridad la eufonía y la concisión que distinguen á la concisión que distinguen á la actual. En primer lugar propúsose distinguir el sexo de la persona á quien se habla y á este fin suprimió el pronombre de la segunda persona *ik* (tu), y lo reemplazó con las consonantes *k* y *n* característica la primera del fuerte y robusto varón, sugeto agente de la generación, y característica la segunda de la débil y delicada muger, cual así lo veremos en su lugar, y produjo de este modo las variedades siguientes *no-k* [me has tu varón], *no-n* (me has tu muger), *do-k* [lo has tu varón], y *do-n* [lo has tu muger].

En seguida suprimió la terminal común *k*, característica de sugeto agente de todas las personas y para darla aun mayor variedad y riqueza sustituyó dicha *k*, en la primera persona por su afin *l*, nota á su vez de acción y de sugeto agente, y como en virtud de este cambio y de aquellas supresiones esta consonante de las inflexiones modificadas *do-nil* (lo he yo), y *au-nil* (te he yo), adquiriese las condiciones necesarias para representar la primera persona agente, la lengua penetrada de la conciencia que le asiste de que el exceso de materia perjudica á la claridad y dificultada la expresión, que es el fin primordial que se propone, eliminó de dichas inflexiones el pronombre *ni*, como antes eliminó la *i* (tu), de *i-au* (te ha), y *i-az* [tu eres], y derivó las actuales *a-ut* (te he yo); y *dot* (lo he yo); dejando subsistente la característica de actividad *t=k* á que deben los pronombres subfijos su carácter activo.

Repárese ahora que el latín adoptó el mismo procedimiento para la formación de su presente, pues suprimió la *o* de la radical éuskara *do-l*, *do-gu*, *do-zu* en todas las personas menos en la primera, diciendo *a-ma-s* en vez de *a-ma-os*, *a-ma-t* en vez de *a-ma-ot*; y en virtud de aquella supresión, dicha vocal adquirió las condiciones necesarias para caracterizar la primera de singular *am-ot*, y pudo suprimir la característica *t* que

heredara de su padre, y que en la nueva conjugación se confundía con la de las terceras personas *t*, la que no es otra cosa que el pronombre *d*, característica en el euskaro de tercera persona paciente singular, modificado en *t*, y puesto en el latín al tema verbal. Así se explica la ausencia excepcional de la característica de primera persona *m* en la primera singular del presente de indicativo *amo* y en la primera de singular de su futuro *amabo*, formado por dicho presente.

De la conjugación *do-t=da-ut*, primera de activa, cuyo complemento es una tercera de singular, derivó el vascuence sus similares recipientes *deu-at* (yo te lo he, á ti varón), en el cual ha suprimido además la consonante *κ* (te, á ti varón), característica de segunda persona recipiente varón, que equivale á lo que llaman el complemento indirecto; y *deu-nat*, (yo te lo he á ti mujer), cuya sintaxis es tan correcta como la de las anteriores en atención á que la pasividad señalada por el paciente *d=lo* es condición anterior y condición obligada de la recepción señalada por las características pronominales *k* (á ti varón) y *n* (á ti hembra), puesto que toda recepción presupone la pasividad en el sujeto que recibe; y como la pasividad, condición inherente á la recepción, es á su vez anterior á la actividad, resulta que dichas características *k* y *n* deben anteponerse al sujeto agente y dador *t*. Su formación es como sigue: Radical *do-t=da-ut*: interposición de la *k* con la *a*, eufónica *dau-k-at*; por supresión de la misma *k*, innecesaria por tratarse de oraciones familiares, *dau-at*; por armonía vocálica *deu-at*, *dau-n-at=deu-n-at*. La misma corrección de sintaxis se advierte y la misma supresión en sus similares *jeu-ta-t* (yo le he, á él, oye varón), en vez de *jeu-ta-k-a-t*; *jeu-ta-n-a-t* (yo le he, á él, oye mujer ó hembra). Su formación es como sigue: el paciente *d* de la oración *dau-t* (yo lo he) ha sido reemplazada por la *i=j*, signo en nuestra declinación de dativo ó de sujeto recipiente; la *ta* (para) interpuesta en

la oración es el destinativo de la misma declinación, y esta partícula relativa se pospone al sujeto recipiente, como se vé en los siguientes ejemplos: *ire-ta-t*, *ire-ta-ko* (para tí ó destinado para tí): *ire* es un simple cambio fonético del dativo recipiente *i-r-i* (á tí), y la *r* es eufónica; siguen la *k* y la *n*, signos del sexo del interlocutor que recibe la noticia; y, por último, el sugeto agente *t*. Han pasado, pues, por las siguientes transformaciones: *jau-ta-k-a-t*, por supresión de la *k*, *jau-ta-t*; por armonía vocálica *jeu-ta-t* *jau-ta-n-at=jeutsanat*. Y lo que decimos de éstas es aplicable á las dos siguientes *juat* (yo le he, á él, oye varón); *jo-n-at* (yo le he, á él, oye hembra), las cuales se han formado así: *jau-k-at*: por elisión de la *a* y supresión de la *k*, *juat*: *jau-n-at*; por el cambio de *au* en *o*, *jonat*; la *a* es letra eufónica. Tan rigurosamente lógica se muestra nuestra lengua en todas las demás conjugaciones. Para concluir, diremos que las oraciones expresivas de la existencia activa, lo mismo que las de la pasiva, se anteponen á las voces expresivas de sus atributos: tales como *ekar*, tema radical de *ekarri* (traer); *erua*, tema radical de *erua-n* (llevar). Ejemplos: *nau-ekar*, sincopado *na-ka* (me trae); *au-ekar*, sincopado *akar* (te trae); *dau-ekar*, sincopado *dakar* (lo trae); *nau-erua=na-rua* (me lleva); *au-erua=aru*, *dau-erua=daru*, etc.; de que se deduce que los llamados auxiliares son en rigor los generadores de la conjugación, y que no hay en el euskaro mas que un solo verbo compuesto de dos voces, *i-z* y *a-u*, que se completan como se completan la existencia pasiva y la activa. Y repárese que las radicales de aquellas voces, *i-z* y *a-u*, son *i* (tú) y *a* (él ó ella), generadores de nuestros pronombres *n-i* (yo) *i* (tú) y *a* (él ó ella).

Antes de pasar al estudio del régimen en el imperfecto, creemos oportuno consignar en este lugar que Jules Vinson, Catedrático de lenguas orientales en París, y uno de los euskarólogos mejores y más distinguidos, decía en un remitido publicado en «El Euskara» de Berlin, que las

lenguas semíticas tenían de comun con el vascuence, el que así éste, como aquellas, posponen los sujetos agentes en el presente activo, y los anteponen en el imperfecto, estrañándose con este motivo de que nadie se haya fijado en estas afinidades entre lenguas, á las que tampoco habia hallado nadie lazo ninguno de parentesco. Al leer este comunicado no pudimos menos de sentir cierta satisfacción, porque revela que su autor participa en este punto de nuestras opiniones y concede la importancia que se merece á la sintaxis interna del verbo; mas no podemos menos de protestar contra su segunda afirmación, porque prescindiendo de nuestras observaciones en la materia, anteriores á su comunicado, es lo cierto, que nuestros lingüistas y sobre todos Astarloa habia ya notado á principios de siglo, afinidades de estructura entre el hebreo y el vascuence, y rasgos de semejanza de que no participaban el latin y el griego; dejando así sentado que las lenguas semíticas por su organización, eran más afines al vascuence que las arianas. Y como las turanienses aglutinantes, son aun mas afines al mismo vascuence, que las semíticas inflexivas, pudimos afirmar la filiación euskara de las lenguas caucásicas, desde el momento en que nos convencimos de que el grupo ariano que mas se aparta de nuestra lengua, es sin embargo, hijo directo de la misma; porque en el parentesco de las lenguas sucede lo que en el parentesco de las naciones y de las familias, que son tanto mas afines, cuanto mas estrecho es este parentesco.

Pero hay en dicho comunicado algo que llama mas particularmente nuestra atención, y es que la posposición del sujeto agente en el presente, y su antelación en el imperfecto, supone al parecer la inversión del régimen natural en uno ó el otro tiempo, y como el citado profesor nada nos dice sobre este punto limitandose tan solo á consignar

el hecho, pero sin darnos su esplicación, ni tratar de inquirir la razón de tal singularidad que parece atentar contra la pureza de nuestra lengua, nos permitiremos llenar este vacío, demostrando que el régimen de nuestro imperfecto es sin embargo tan correcto y natural como el del presente.

En efecto, tres son como sabemos los factores que concurren á la formación de dicho imperfecto. 1.º los pronombres personales *ni, i, a, &* que hacen los oficios de sujetos. 2.º el verbo activo *au* (haber, tener, poseer), que expresa la existencia activa del mismo sujeto, y 3.º la característica de tiempo pasado *an* [alli] que indicando lejanía significa lit. lo que pertenece á aquello, esto es, á aquel lugar ó punto material y sensible; como formado del pronombre artículo *a* [el, la, lo], y la terminal *n*, nota de sujeto poseedor de nuestra declinación, de modo que la inflexión, por ejemplo, de la primera persona *ni-au-an=n-an-an=n-eb-an=neban* [yo lo habia] significa lit. yo habia ó poseia aquello, esto es, aquel lugar y lo que á él pertenece; y forma por consiguiente una oración primera de activa, cuyo sujeto agente y poseedor es la primera persona *ni* y su complemento *an* que expresa la cosa poseida. Y como en la lógica de nuestra inteligencia el sujeto agente es anterior al acto por él realizado, y el poseedor á la cosa por él poseida, he aqui que la sintaxis interna de nuestro imperfecto es tan correcta y natural como la del presente, puesto que lo que decimos de la primera persona es aplicable á todas las demás; *i-au-an=au-an=eu-an=eb-an* (tu lo habias varon); *eb-an-a-n* (tu lo habias muger) etc. Si ahora fijamos nuestra atención en la composición de estas nuevas inflexiones, veremos que se hallan formadas por aquellas conjugaciones radicales del presente *ni-au=nau* (yo haber); *i-au=au* (tu haber); *a-au=au* (él haber); *gu-au=gau* (nosotros haber) etc. unidas á la característica de tiempo pasado *an*, que hace

los oficios de complemento directo. De aquí se deduce pues que el verbo semítico que se atempera á la construcción euskara, es mas arcaico que el ario que se aparta de ella, y anterior á este, pero como las lenguas semíticas pertenecen á su vez al número de las inflexiones, tenemos sobrados motivos para suponer aun cuando las desconocemos en absoluto.

1.º Que en el presente pasivo pospondrán los pronombres sujetos al verbo, lo mismo que las arianas y turanienses invirtiendo con esta construcción el régimen natural.

2.º Que los complementos directo é indirecto que en el euskara van siempre embebidos en la inflexión verbal, se hallarán en dichas lenguas, lo mismo que en las arianas, fuera de la inflexión, y expresados por voces distintas é independientes, y es bien sabido que las oraciones formadas con afijos representan el período sintético de la lengua y son por consiguiente anteriores á las formadas por voces distintas que representan el período analítico, como el muñón del antebrazo es anterior á la mano libre y dotada de sus dedos; y lo que decimos del grupo ariano y semítico, es aplicable al turaniense por lo que respecta al complemento indirecto.

3.º Que la naturaleza pasiva ó activa de los pronombres y nombres se determinará en ellas lo mismo que en las arianas y turanienses á favor del verbo, de modo que *yo*, por ejemplo, será pasivo en *yo soy*, porque el verbo lo es, y activo en *yo amo* porque el verbo es activo; mientras que el euskara tiene pronombres pasivos *ni, neu; i. eu; a, au; gizon-a, gizon-au*; para las oraciones pasivas *ni naiz* (yo soy); *ni ill naiz* (yo soy muerto); y activos *nik n-euk; i-k, euk, gizon-ak, &*, para las activas; *nik dot* (yo lo he); *nik ill dot* (yo lo he muerto) &, de modo que si se pregunta *zein da?* (¿quién es?) se contesta con el pronombre pasivo *ni* ó *neu* (yo); mas si se pregunta *zeñek dei egin dau* (¿quién ha llamado?) se contesta *neuk* (yo) y de ningún modo *ni* ó *neu*, sin que sea dado atentar contra estas cons-

trucciones, y es claro, que esta distinción primer fundamento de la palabra humana, es anterior á su pérdida y desaparición.

Para concluir añadiremos que muchas veces ocurre que el móvil primero y principal de las acciones que ejecutamos y ejecutan los demás seres, residen en otro sér ó en otro sugeto, en cuyo caso este último se convierte en el agente indirecto de las acciones ejecutadas, cual sucede por ejemplo, cuando un padre se impone ciertos sacrificios para preparar la dote de su hija. Tal es á nuestro entender el concepto que merecen á nuestra lengua, los sugetos llamados por los gramáticos recipientes ó complementos indirectos, que para el euskara son los agentes indirectos de sus oraciones; y para creer así nos fundamos en que nuestra lengua pluraliza con la *e*, así los agentes directos como los indirectos ó recipientes, diciendo *jaka* (se le es, á él), y *jake* [se les es, á ellos]; *nachaka* [se me soy, á él] y *nachake* (se me soy, á ellos: *dau* [el lo ha] y *dau-e* [ellos lo han]; *jeutzel* (yo se lo he, á él) *jeutezel* (yo se los he, á ellos) etc. mientras que los pasivos puros y los pacientes pluraliza con la *i*, y con la *z*, diciendo *da* (él lo es) *dá-a* y con la *r* eufónica *dira* (ellos lo son): *zan* (él lo era), *zi-an* y con la misma *r*, *ziran* (ellos lo eran); *dot=daut* (yo lo he), *diant* y con elisión de la *a* y la intercalación de la *i*, para evitar el hiato, *diut* [yo los he]; *dauka* (él lo tiene), *dauka-z* (él los tiene); *dauke* ellos lo tienen) *dauke-z* (ellos los tienen): *da-etor=dator* [él se viene ó él es viniente] y *dator-z* [ellos se vienen, ó son vinientes] etc.

Veamos ahora como procedió el euskaro para la formación de estas oraciones recipientes, pero sin perder de vista que el sugeto de la oración puede ser pasivo como en *nachaka* [yo me soy, á él, oye varon]; paciente *nek* [tu varon me has á mí]; ó activo cual sucede en *neikio* [se lo podría, á él] etc. Supongamos pues que el sugeto de la oración es sugeto agente, y primera persona de singular, y el recipiente segunda singular y muger,

la lengua añadirá á la conjugación radical *nau* (yo haber) la característica de segunda persona muger ó hembra *n*, y formará la inflexión *nau-n* (yo haber muger); unirá luego la característica de la cosa habida ó poseida *an* exponente de imperfecto, y derivará la conjugación *nau-n-an* y por armonía vocálica *neuman* (yo te lo había á ti muger), de sintaxis tan correcta como las anteriores porque en el orden lógico lo mismo que en la mente del dador el recipiente *n*, es anterior á la cosa recibida *an* como el agente es anterior al acto por él realizado. Pero supongamos que el recipiente es segunda persona varon; en este caso unirá *nau* con la característica de segunda singular varon *k*, y con la de la cosa poseida *an* y derivará la inflexión *nau-k-an=neu-k an*, pero como las lenguas de suyo económicas, ahorran la materia cuanto pueden, suprimirá la *k*, necesaria desde el momento en que se ha caracterizado el sexo femenino y derivará la actual inflexión *neuan* (yo te había á tí, varón) tan correcta y concisa como las anteriores y con la misma precisión y siguiendo las mismas reglas irá formando las demás personas.

Supongamos por el contrario que el sujeto de la oración es persona paciente y primera de singular, mientras que el agente es segunda singular hembra ó muger. Entonces la lengua unirá en la inflexión *neuman* á la *n* característica del sujeto de la oración, la vocal *i*, característica de sujeto recipiente de nuestra declinación, como se vé en *gizon-i* (á hombre ó para hombre), *Martin-i* (á ó para Martin), *ni-r-i* [á ó para mí], *i-r-i* (á ó para tí), la *r* es eufónica, y formará la inflexión *ni-euan*; y por supresión de la *e* y la intercalación de la *n*, característica de muger ó hembra y por ende, de pasividad, *ni-n-uan*; pero como esta inflexión demasiado vocalizada es débil y endeble, la reforzará intercalando la consonante *d*, característica de persona paciente en el presente y letra de refuerzo, y formará la actual *nind-unan* (tú muger me lo habías á mí). Por el contrario si la

persona agente es varon, añadirá á la inflexión *neuan* (yo te había á varón) la misma vocal *i*, con las consonantes *n*, y *d*, necesarias para hacerla eufónica viable y robusta, y formará la inflexión *ninduan* (tú varón me lo habías); y siguiendo este procedimiento tan adoptado á la naturaleza, derivará las inflexiones *neutsan* (yo se lo había, á él), *najeutsan* (yo se lo había á él, tú varón), *najeutsanan* (yo se lo había á él, tu muger), *eutsan* (tu me lo habías á mí, varon), *eutsanan* (tu me lo habías á mí muger), *eulazun* (vosotros me lo habiais), *neutzun* (yo os lo había á vosotros) etc., y continuará así, desarrollando su admirable conjugación que es el asombro de cuantos la han conocido por su variedad y riqueza. Díganlo sinó los siguientes párrafos de Ribary que copio de la gramática de Campión y el cual se expresa así hablando de la conjugación euskara «A mí se me representa como un edificio de colosales dimensiones, levantado sobre anchos y resistentes cimientos. Si atendemos á la abundancia y solidez de los materiales, calcifémoslo de labor de ciclopes; pero en dirigiendo los ojos á las esbeltas torrecillas y afligranadas agujas lo debemos de calificar de labor de hadas. Regularidad, proporción y armonía en las grandes líneas, minuciosa riqueza en los infinitos detalles. La nave severa es un hormiguero de formas: un bosque dentro de un templo griego. El ánimo empieza en sobrecogido para concluir en fascinado. Las injurias del tiempo se pierden en la hermosura sin igual del conjunto. Se admira.... La oda aletea sobre los frios análisis de la exposición didáctica. etc.» ¿Qué tiene pues de extraño que el verbo euskaro haya servido de tipo y norma al verbo de las lenguas mejores y mas sábias que se hablan en el mundo?

ETIMOLOGÍAS RAZONADAS.

Hemos visto en su lugar que la materia sensible en la filosofía del lenguaje, es materia animada y viva, y que en virtud de esta circunstancia su onomatopeya *a* dió ser y vida al pronombre artículo euskaro *a*, (él ó aquel, la ó aquella, lo ó aquello), característica del ser en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible su obra; y que unida esta onomatopeya del ser en actividad, con la vocal *u*, onomatopeya del espacio que limita aquella actividad, formó el diptongo *au* que con el signado de ser limitado pero en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible su obra, y de existencia activa pero limitada, ha sido la generadora del verbo activo de las lenguas caucásicas.

Vimos asimismo que la materia sensible y viva por su permanencia y por su duración, ofrecía condiciones abonadas para designar un punto en la extensión del espacio, y un momento en la extensión del tiempo, y que en virtud de estas condiciones tanto como por la actividad inherente á la misma, su onomatopeya *a*, engendró las partículas adverbiales *an* (allá), y *ar*, *ara* (allá, indicando movimiento y dirección hácia el punto señalado) que llegaron á ser desinencias verbales indicadoras de lugar, de tiempo y de acción, cual así hemos visto en su lugar.

Pues bien dicha onomatopeya *a* engendró además de las partículas adverbiales citadas y por igual motivo sus derivadas y similares *andik* (de allá), *anche* ó *ainche* (allá mismo); *anchina* ó *ainchina* (en tiempos remotos), *araiño* (hasta allí); *arutz* (hacia allí); *arutago* (más allí); *arutzagochuago* (un poquito más allí); así como *atzo* (ayer y en tiempos muy remotos); *atzoa* (la vieja, la de antaño); *az-abak* (los antepasados); *abak* (los

padres); *atsian* (atrás y lejos); *aurrian* (delante y en tiempos venideros); *artian* (entre); *bit-artian* (en el intervalo); *agur* (adiós, hasta otra vez); *aguriá* (el viejo, el que se dispone á despedir), etc., como engendró sus congéneres, las latinas *ad*, *apud*, *ante*, *acra*, *acvus*, *annus*, etcétera; las castellanas *alla*, *acullá*, *alli*, *abí*, *ante*, *hacia*, *hasta*, *antaño*, etc. Y si aquella vocal *a* es un pronombre demostrativo, ¿adónde hallaremos los orígenes del griego *autos*, de los latinos *al-ius*, *al-ter*, *ali-quit*, así como de las castellanas *aqu el*, *agues-te*, etc.? El vascuence tiene su pronombre demostrativo recordativo *ako* (aquél); *alako* (un cierto fulano), y este *ak* aparece en el castellano *aq-uel*.

Alude á la extensión, propiedad característica de la materia, la voz euskara *agia*: llámase así el palo largo de que nos servimos para alcanzar algo que está lejano: compónese de *a* (extensión), y *gi*, *gía*, *geia* (materia apta para ó productora de la extensión). Pues bien: esta voz *agi* ligeramente modificada en *aku*, formada por la unión de la misma vocal *a* con la *k*, signo de acción, es la radical de que se han formado la euskara *akutua* y la latina *aculeus* (aguijón); y como este útil termina en aguzada punta, ha derivado el latin sus voces *acus*, *acumen*, *acutere*, *acutus*, *acies*, y el castellano las suyas *aguijón*, *aguja*, *aguzar*, etc. Alude también á la misma propiedad la euskara *aria* (hilo), y las latinas *arista*, *acia*, *ala*. A la misma serie corresponde la voz *argi* (luz), y literalmente materia extensiva, difusa, expansiva: compónese de *ar* (extensión con movimiento), y *gi*, *gei* (materia productora); de ella ha derivado el vascuence su verbo *argitu* (esclarecer), que alude á la luz en la Naturaleza, y el latin el suyo *arguo*, *arguere*, *argutum*, que alude á la luz en el entendimiento, y el griego su *argos* (blanco), á la manera que de la onomatopeya *zu* (fuego, llama, luz), derivó el vascuence *zuri* (blanco), y el latin *suadco* (persuadir, esto es, hacer luz en el entendimiento); de la misma voz *argi* derivó el

sanscrito *arjuna* (luz), el latín su *argentum* (plata), y el griego *argiros* (plata).

La mano y los dedos se alargan y extienden para coger los objetos que están à nuestro alcance, y en virtud de esta propiedad y de este destino los dedos han sido llamados *atz* (dedo), y el acto de coger, *ach-itu*; *artu* (coger, tomar); latín *artare*, *arclare* (enlazar), *artus* (artejo, miembro); griego, *arthron* (juntura, articulación).

Los malos olores se difunden, extienden y dilatan hasta llenarlo todo y en virtud de esta propiedad fueron llamados *atz*, *ants* (mal olor); el castellano (asco) alude à la repugnancia que causan; pero como la plenitud entraña consigo la idea de la abundancia, derivò el vascuence su voz *azko* (mucho); francés, *assez* [bastante]; castellano, *asaz*. A la misma familia corresponden la voz euskara *andi* [grande] y su correspondiente la latina *gr-andi-s*, así como *amplius*, *ambitus*; *anku* en vascuence [pierna]; castellano, *anca* [andar]; alemán, *ancho* [pierna]; *aida* [arrear los bueyes; *arre aidatu* [aguijonear]; *arin* [velóz]; *aidea* (pariente, esto es, el que extiende la familia, etc.)

La extensión en la toponimia euskara, difundida por todo el universo, se llama *pais*, *región*, *comarca*, *campo*, *lugar*, y éste es precisamente el sentido que tiene en dicha toponimia la vocal *a* y los monosílabos por ella formados *ar*, *an*, *az*, *at*, *za*, *ra*, *na*, *ta*, etc., cuyo signado sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que la tierra se estrecha y angosta en algunos puntos, cual sucede en las encañadas y se dilata y ensancha en otros, cual sucede en los anchurosos valles y en las faldas de las montañas, ofreciendo desde este punto de vista mil accidentes à los cuales pueden aplicarse dichas voces. Pondremos unos poquitos ejemplos.

Ara-ba (region, llana, baja, planicie) es el nombre vascongado de la provincia de Alava; y con él se designa la extensa planicie circundada de

montañas sobre la cual se levanta Vitoria, con los pueblecitos que le rodean: compónese de *ar*, *ara* (región, comarca, pais, lugar) y de la terminal *ba*, *bia* (bajo). Creo que la *Arabia* famosa ha de tener una topografía parecida, y sería bueno saber quien le impuso aquel nombre.

Armentia, pueblo de Alava y la patria de su patrón San Prudencio; así como los numerosos *armendi* y *armendia* del pais éuskarò, significan literalmente región, pais ó lugar montuoso: compónese de *ar*, *ara* (región, pais, etc.) y de *mendi*=*menti* (mante), que debe su signado à su radical *men* (lo más delgado, esto es, vértice, punta), superlativo de *me* (delgado), y el cual alude, por consiguiente, à la cima y vértice; la terminal *di*, *ti*, es un subfijo, nota de localidad; la latina *mons*, *tis*, no es, pues, sino una simple variante de la voz euskara *mendi*, *menti*. La famosa Armenia tiene la misma composición que nuestro *Armentia*, suprimiendo el subfijo *ti*; y dada su adaptación à la topografía de aquel pais, se comprende que dicho nombre le fué impuesto por un pueblo que hablaba el éuskarò ó alguna de sus variedades. La provincia de Guipúzcoa tiene un monte llamado *Aralar*, que literalmente significa región de pastos; *lar* [pasto], tan parecido al histórico *Ararat*; y tiene tambien un rio, *Araxes*. ¿Quién transportó, pues, estos nombres desde el Asia hasta este obscuro rincón?

El desierto *Zahara* parece tambien un nombre éuskarò, y significa lit. pais, región ó comarca deprimida, baja, y este nombre le cuadra demasiado para prescindir de lo que el lingüista ha dado en llamar casualidad; compónese de la terminal *ra*, *ara*, cuyo signado sabemos, y de *za*, [deprimido, hondo, bajo], y la radical à que deben el suyo las euskaras *zapal* [aplastado], *zabat* (ancho), *zakon* (hondonada), *zapo* [sapo], que alude à la forma aplastada de este reptil, *zartu* (meter); *zakatu* (apretar); *zako* (saco), etc., etc., y la radical tambien à que deben el suyo las castellanas *sajar*, *sapo*, *zapato*; *sacar*, *saco*, etc.: *zarazua*=*Zara-asua* [el valle de la hondona-

da; *zaraz-ibar* = *zarazu-ibar* [la ribera del valle de la hondonada]; *ibar*. [ribera]; *azu* (valle). *Zara-us*, pueblo situado al ras de la mar en una planicie dominada por altas montañas y formando por esta razón un hueco: *utz*, *us* (huequedad). *Ar*, *ara*, con la *r* suave, designa con preferencia los lugares ó campos suaves y extendidos, *areta*, *arilio*, etc., y *ar*, *arra*, con la *rr* fuerte, los parajes bravíos y escarpados, como *Arratia*, el distrito más escarpado de Vizcaya, y los numerosos *arrats* de nuestro país: *aran*, *arana*, designa con preferencia los campos incultos y dá razón de la voz latina *arancus locus* (lugar inculto), y es muy usada en nuestra toponimia, como lo demuestran los numerosos *aran*, *arana*, *arano*, *arantz-zu*, *arando*, *arancibar*, *aranguren*, *zuma-ran*, *bask-aran*: *ar*, *ara* es la radical de que se ha formado *ari-a* (el carnero), llamado así porque habita los campos y montes; *aradi ardi*, (oveja); latín *arics* (carnero); *aric* ó *aria* significa también el rastrollo; *aratu* [rastrollar], etc.

Y esto sentado, adonde hallará el lingüista el origen de las voces latinas *area*, *arāre*, *aratrum*, *arvus*, *ager*, *arca*, y de sus muchas derivadas y similares, así como de las griegas *aroura*, *arotes*, *aratron*; la kimri *aru*, bajo-breton *arai*, gálica *ar*; castellano *arar*, *arado*, *area*, etc.

La arena forma los desiertos y las extensas playas, y en virtud de esta propiedad, que es como su característica, y pasando al efecto del agente productor al hecho producido, la arena fué llamada por el euskalduna *are*, *ari*. *ari-a* (la arena); *ariatza* (arenal); *aretza* (arenoso); y he aquí que el latín, hijo directo del euskaro, derivó de aquella radical heredada de su padre sus voces *arena*, *are-nosus*; y como la seca arena esteriliza los campos, derivó también sus voces *areo*, *aresco*, *aridus*, de imposible interpretación para el indiauísta. Pasamos á otro punto.

La noción de la materia (*a*) es sin género de duda anterior á la de su división en materia viva y animada, y en materia inerte, pasiva y bruta. Pues bien: tenemos motivos para creer que, una vez establecida esta división, la materia bruta fué llamada *aitz*, *ach*, *as*, como así parecen probar las siguientes voces:

Az ur (hueso), y lit. materia friable: compónese de *az* (materia bruta), y *ur*,

arra (friable, rompible), radical de *urratu* (romper, rasgar); y no puede desconocerse que la voz es gráfica y expresiva si se tiene en cuenta que el hueso es entre los órganos del cuerpo aquel que por su naturaleza térrea, por su peso y resistencia se acerca más á la materia bruta, inerte y pasiva. La latina *os ossis* es una simple variación fonética de la radical *az* de la énskara *az-ur*. *Zu-aitz* [árbol, viga], y lit. materia tiesa, enderezada y suspendida, compónese de *aitz* [materia], y de la inicial *zu*, radical de *zu zen* [recto, tieso, enderezado]; *zutik* (de pie); *zutin-du* (ponerse de pie); *zu-ba*, *zu-bia* [el puente], y lit. sobre el abismo: compónese de *zu* (levantado, sostenido, suspendido), y de *ba*, *bia* (bajo, profundo, abismo); *zuba-gei*: llámense así aquellas vigas sobre las cuales se levantan los pisos de las casas, como se levantan los puentes sobre los abismos: *gei*, materia apta. Y es que, en nuestro concepto, *zu* es la onomatopeya del sorbo, *zurrat* en vascuence, y cuando alude á la cosa suspendida pero no tragada, significa *sobre*, *zu-ba*, *zu-zen*, *zutik*; mas si alude á la cosa despues de tragada, significa debajo, en la parte inferior, *zulo* (agujero); *zu-gia* (la culebra que vive en agujeros): de aquí la oposición de las voces latinas *supra* y *sub*; de las francesas *sur* y *sous*; castellano *so*, *sub* y *sobre*.

Ik-atz (carbón), y lit materia ignea, compónese de *ik*, radical, á que debe su signado *ikuz-ki*, *ekuz-ki*, *eguz-ki* (sol), y la que en el caso presente, lo mismo que en *eg-osi* (cocido), *igar* (seco) y en la voz latina *ignis*, alude al calor contenido en aquel astro y en su luz, y de *atz* [materia].

Pero andando el tiempo, el signado de aquella voz *aitz*, *ach*, *az* llegó á restringirse aún más, hasta que por fin adquirió el de *peña*, *pedernal*, *pedra*, que tiene en la actualidad: y, sin embargo, este signado, sin dejar de ser el actual, tiene sus orígenes en la remotísima edad de la piedra, y por las voces que ha engendrado atestigüa por sí solo la presencia del pueblo euskaro en Europa durante aquella lejana edad y confirma la opinión del Dr. Broca, que considera al euskaro como el solo pueblo autóctono de esta parte del viejo continente.

En efecto, de la voz *aitz* se ha formado *aitz-kara*, *aitz-karia*, y por armonia fonética, que es ley del vascuence mejor aún que de las lenguas turanienses,

aitz-kora, *aitz-koriá* (el hacha), y lit. lo que trabaja la piedra ó materia piedra, esto es, el instrumento que trabaja la materia y la piedra: compónese de *aitz* (peña pedernal); de *ka=k*, signo de acción y de sujeto agente dentro de nuestra gramática, y de la terminal *ra*, *ri*, *ria*, *aria*; equivalente al *arius* latino; de *spatharius*, *gl-adiarius* y al *cro* del castellano *zapatero*; de modo que *aitz-karia*, euf. *aitz-koria*, significa el que maneja ó trabaja la piedra, tomando el útil por el oficial que lo maneja, como *arri-karia* (pedrada ó apedreador) debe su significado á su radical *arri* (piedra); *adar-ka-ria* (cornada ó comeador), á *adar* (cuerno); y como *iz-karia*, euf. *euskara*, *euskaria* (lenguaje y el que maneja la palabra), debe el suyo á *itz*, *iz* (palabra), etc. He oído en boca de nuestro labrador la locución *aitz-ka* (á piedras ó pedradas), aunque generalmente se dice *arrika* (á pedradas); y así como de este último derivamos *arrikara*, *arri-karia*, así también de *aitz-ka* derivó la lengua *aitz ka*, *aitz-karia*, eufonizado *aitz-kora*, *aitz-koria*. Muchos de nuestros montes formados ó terminados por la peña viva llevan aquella radical *izar-aitz* (peña), *izar* (famoso monte de Azpeitia, de que se extrae excelente mármol), *udal-aitz* [peña *udala*] *aitz-gorri* (peña *gorri*), llámase así el monte más alto de Guipúzcoa, etc.

¿Y quién no vé la radical euskara *ach*, *aitz*, en la voz castellana *hacha* = *ach-a*, de igual significado. Veamos, pues, su etimología en Roque Barcia. Dice así: sanscrito, *ak-k*=latín *ascia*=antiguo alto alemán, *acco*=alemán moderno, *hache*=anglo-sajón, *haccan*=inglés, *hack*=italiano *acc-ia*, *asc-ia*=*azzia*; francés del siglo XII, *axe*=moderno, *hache*=provenzal, *apcha*=catalán antiguo, *atx*; portugués, *fach-a*=*acha*. Huelga todo comentario.

Ach-ur (azadón, azada), y lit. piedra rasgadora (y el hombre de aquella edad necesitaba de tales útiles para trabajar sus armas de combate y de

más instrumentos), compónese de *ach*, y *ur*, *urra* (rompedor, rasgador); castellano, *as-adon*, *as-ada*, *as-ucla*; bajo latín, *ayss-iadas*; latín, *ascia*, *asciola*, etc.

Azagaiá=*ach*=*ergaid* (dardo), y lit. piedra voladora ó lanzadera, compónese de *az*, *ach*, *aitz*, y de *ega* [vuelo], *egan* (volando), *egai-an* (en volando); castellano, *azagaiá*; berberisco, *zagaiá*; Sur de Africa, *ass-agaié*; francés antiguo, *azagaya*; moderno, *zagaié*; italiano *zagag-lie*, etcétera. Particularidad digna de anotarse. Los arqueólogos franceses han convenido en designar con el nombre genérico de *bach-e*=*ach-a* los objetos pertenecientes al hombre de la edad de piedra, sin imaginarse que aquella voz designaba la materia de que están contruidos dichos objetos y que es la misma de que se servía su constructor con el mismo objeto.

Alude al peso, propiedad de la materia, el mismo monosílabo *az=az* conservado en el latín en su forma primitiva, y de la cual ha derivado el vascuence la compuesta *az-tun* (pesado), *az-tua* (el burro), que alude á la pesada terquedad de este animal; latín, *ass-inus*; *asti* [pausa]; *as-tiro* (pausadamente); y como el olvido es pesado, *az* (peso), engendró el verbo *actu* (olvidar).

Mas la vocal *a* es, según hemos visto en su lugar, la característica del grito humano: *ajui* (grito), llámase así á los grandes y extensos gritos que suenan en nuestros valles en los días de romería, y con los cuales se llaman los jóvenes para unirse; *auya*, *auyadaka* (gritos de animación); *iár*, *iáarra* (grito, llamada), y la radical de que se han formado el verbo vizcaino *járdun*=*iárdun* (hablar), y el vasco francés *ihardetsi*, *ihardetski* (responder, contestar, hablar): *iár* recibe la inicial *d*, letra de plenitud, y transfórmase en *diár*, de igual signado, y este, á su vez, cambia por la eufonía en *dei* (llamada, grito) y la radical de *deitu* (llamar).

Estas dos voces, al unirse con el presente del auxiliar *doi*, *dozi*, etc., se

sincopan y forman: *di-ot*, en vez de *diar-dot* ó *dei-dot* (yo digo ó yo he habla), como *diar dot* se sincopa en *biot* (yo necesito); *biar* (necesidad), y *bai-dot* en *bot* (si lo he yo); *bai* (sí), y *diot* (yo digo), recibe en Vizcaya la *n* eufónica y cambia en *diñot*, y en el latín recibió la *k=c*, y cambió en *dicot=dico*, según hemos visto en otro lugar: *arrantza* (llanto ruidoso, aparatoso, pero no doliente); *barre, barria* (la risa), y porque las novedades provocan la risa ó por otra cosa, *barria*; y en Guipúzcoa, *berria* significa (las nuevas ó novedades), *barrichu*; y en Guipúzcoa *berrichu* (hablador) y á esta serie corresponde sin duda la voz *berbia, berba* (palabra), que se reproduce en el latín *verbum*; *berba, egin* (habla), y lit. hacer palabras *berba, eman* (empeñar la palabra): en la radical *ber, bar* de esta voz éuskara hallamos el origen y la filiación de la sanscrita *bhas*; griega, *faho, phēmī*; latín, *for, fari*; castellano, *fablar, hablar, parlar*, etc.

Hemos visto en su lugar que el grito forma una parte integrante y constitutiva de la sensación de que es complemento, de tal modo que, si la vocal *a* es la característica del grito humano, lo es precisamente por serlo de la sensación. Pues bien: la sensación en el éuskaro se llama *ai*; puesto que esta voz es la radical á que debe su signado el verbo *aitu* (oir, sentir); el guipuzcoano dice *aditu*, mas esta expresión en Vizcaya arguye afectación; latín, *audire, auris, godo, auso* (oreja), *hausjan* (oir); lituano, *ausis* (oreja); griego, *aus, otos*; bajo latín, *oricula*; castellano (oreja), etc.: *aitu* (oir), por reduplicación de la partícula verbal *tu*, cambia en *aitutu*, euf. *aita tu* (hablar, esto es, hacer oír); latín, *aito, is*, (hablar). ¿Quién no aprecia estas analogías?

Pero la vocal *a* es también la característica de la vida: *clamabunt a et e quot quot nascentur ab Eva, omnis masculus a nascens e femina profert*, y la vida en la filosofía del lenguaje es el soplo, es la respiración, es *a*, y he aquí un punto en que están conformes todos los lingüistas:

éuskaro, *atz* (aliento, soplo), *atzen* [el aliento más alto], *lau atzen egin ditut* [he hecho cuatro descansos ó paradas por tomar aliento], expresión muy común en boca del viejo labrador de este pueblo; *assnasse* ó *arnaza* [la respiración]; hebreo, *aph* (soplo), *ab* [suspiro], *abah, hajach* [vivir]; éuskaro, *au* (ser en actividad, esto es, ser vivo); alemán, *athem* (soplo); griego, *au, auo* (soplar, respirar, gritar); vascuence, *au, aua* [la boca por donde se sopla]; latín *halo, halitus*; francés, *halcine*; castellano, *aliento*; griego, *anemos* (viento, soplo, causa interior de los cuerpos vivientes; latín, *anima*; italiano, *alma*; español, idem; éuskaro; *azi* ó *assi* (semilla), alude al principio de vida contenido en aquel grano; *azi* ó *assi* [empezar, comenzar, hacer] y la radical del verbo latino [*faciere=facere*], que alude á la actividad de aquel principio; *azi* (crecer); *acc* [hartarse, hincharse], á su fuerza expansiva; y como la luna nace, crece, mengua y muere como los seres dotados de vida; he aquí que el éuskaro unió aquella raíz *azi* con el subfijo frecuentativo *ti*, que en toponimia significa sitio, lugar, y en cronología fecha, y derivó la voz *azte* (luna, y lit. lo que nace, crece, etc., periódicamente); y la radical de que derivan las voces siríacas, *astarte, athar*; las greco-latinas, *astrum astrom, aster*, etc. Véase la etimología que dá de esta voz *azte* nuestro distinguido Astarloa en su *Apología de la lengua vascongada*.

La vida universal y la materia sensible *a* en que aquella encarna, es la manifestación del poder y de la grandeza del principio que la rige y gobierna: éuskaro, *iaun* ó *jaun* (Señor, Dios); *iabe, iabia* ó *jabe, jabia* ó *jaube, jania* (dueño, Señor, Dios); hebreo, *Yovva=iaba=iabia*; samoyedo, *janu=janma*; latín, *janus=jau-n-us; juno=jau-no; Diana=diauna; jove=jove*; sanscrito, *D-iaus*; griego, *zeus*; latín, *deus*; castellano, *Dios*, etc.; árabe, *Allha* (Dios); éuskaro, *al* (poder, fortaleza); *al bancu* (si pudiera); *qui, bafia, etin, al* (querer, pero no poder); y como el alimento fortifica y

da poder, *go-zaldu* (almorzar, y lit. comida de la mañana); *goz-goi* (mañana); *baskaldu* (comer, y lit. comer à la bajada del sol); *baz* (bajada); *apaldu* = *apa-aldu* (cenar, y lit. comida, descanso); *apa* (descanso); latin, *al-ere*, *al-imentum*; castellano, *alimento*; griego, *althein* (hacer, crecer); céltico *altrum* (alimentar); *ali* (alimento); godo *al-di*, idem. El sentimiento de la vida es de suyo alegre y placentero: *alai* [alegría]; *jai* (fiesta, regocijo, alegría); latin, *al-acritas*; castellano, *alegría*.

A, es la característica del varon fuerte y robusto: *omnis masculus a, nascens*; éuskaro, *aria* (el varon); y lit. el que grita *a*; mas este vocablo se transformó en el actual *arra*, de igual significado por el tránsito natural de las voces primitivas, fugaces, vocalizadas y aéreas, à las actuales más fuertes y consistentes; el pueblo ariano pudo tambien recibir aquel nombre del país que habitaba; pero nos inclinamos à la primera opinión, porque la vocal *a* es tambien la característica del habla, y bajo este concepto *aria*, el que maneja la palabra, tiene mucha analogia con *euskaria*, *euskara*, de igual signado: *arro* (varonil, esforzado, aunque hoy significa vanidoso); *az-karra* [alentado, esforzado]; *aiz* (pena); *arri* (piedra); *arkaitz* (risco, peñascal); *arta* [el oso]; latin, *ardens*, *audax*, *asper*, *arbus*, *arx*: castellano, *ardiente*, *audáz*, *áspero*, *arrojado*, *arribatado*, etc.

Pudiéramos extendernos mucho más si asi nos placiera y si la labor no fuera tan ingrata, porque no hemos hecho otra cosa que bosquejar la materia; pero renunciamos à ello por no considerarlo de necesidad y porque no podemos dedicar una monografía à cada una de las letras del alfabeto: terminaremos, pues, con la siguiente observación.

El monosilabo *au* (tener, haber, poseer) denota posesión; y siendo la radical à que deben su signado los verbos latinos *augere* y *auctare*, con todos sus derivados, engendró tambien según hemos visto en su lugar, el verbo tambien latino *habere* = *au-ere* por el simple cambio de la *u*

vocal en *v*, *b*, consonante (vascuence, *eban*, en vez de *eu-an*, etc). Pues bien: así como la radical euskara *au* engendró el verbo latino *habere* = *au-ere*, así tambien engendró en el vascuence la voz *abere* = *auere* = *auri*, y su definido *aberia*, *auria*, que significando posesión llegó à designar el ganado en aquellos tiempos en que el pueblo *eus kalduna* era un pueblo ganadero, y derivó de dicha *aberia* (el ganado) la voz *aberatza* (rico, y lit. mucho ganado); à la manera que de la voz *pecus* (rebaño), que debe su signado à su radical *pe* = *be*, onomatopeya del balido de la oveja, y tambien del mugido del buey, derivó el latin *pecunia* y *pecuniosus*, mientras que de la raíz *au* (posesión) derivó esta misma lengua *au-re* = *au-renu*, para significar otra clase de riqueza, aquella que dà la posesión del oro y demás metales; de modo que la rosada *aurora* es bajo este supuesto un derivado de *aure-um*, (el oro) más bien que de *aura* (soplo, brisa).

Ahora bien: rebájese cuanto se quiera el valor de nuestras etimologías, siempre resultará que la vocal *a* es en el lenguaje natural del hombre la característica del grito interjección y su *conditio sine qua non*, la característica de la vida y su *conditio sine qua non*, y la característica de la materia sensible en que la vida encarna y su *conditio sine qua non*, y desde este momento, esto es, desde el momento en que reconocemos esta verdad fisiológica, quedará planteada otra cuestión no menos importante que aquella cuya solución acabamos de intentar.

En efecto, el grito humano no es ni puede ser sin el aliento que le vivifica, como la materia no es ni puede ser sin la energía que la sostiene. Pues bien: del mismo modo la vida que dicha vocal *a* es característica, no es ni puede ser sin el temor de perderla; y el temor es sensación, y por ser tal, tiene y debe de tener en el aparato fonético de nuestro pecho su modalidad propia y característica; esto es, su tonalidad llamada interjección, como tiene en nuestro semblante su expresión típica y característica,

ó sea su modalidad llamada mimica; porque es lo cierto, y nadie osará negarlo, que el hombre está constituido de tal modo que no le es dado experimentar la más ligera sensación sin que su alma sufra una conmoción de que deberán participar necesaria é ineludiblemente todas y cada una de las fibras de nuestro cuerpo, y muy especialmente aquellas que forman los órganos de nuestro aparato fonético y los músculos de nuestro semblante.

¿Cuál es, pues, nos hemos preguntado, esta interjección que deberá hallarse contenida en el primer grito de la criatura α , como la energía se contenía en la materia primera α , la fuerza vital en la célula viva α , y últimamente, como la fuerza generadora se contenía en el doble organismo de la primera pareja humana, que podemos también llamar α ?

Tal es la cuestión que debemos resolver si hemos de sorprender los dos principios activo y pasivo que concurren á la producción de todos nuestros gritos, y los cuales deberán ser al grito humano lo que la energía contenida en la materia primera es al universo sensible, y lo que la fuerza generadora contenida en el doble organismo de nuestros primeros padres es á la humanidad. Veamos, pues, si á tanto podemos alcanzar.

La vocal i , es la interjección del temor á la muerte contenida en el primer grito de la criatura α , como la sensación de que es expresión se contiene en la alegría de la vida.

Hemos visto en otro lugar que la alegría de la vida y demás sentimientos placenteros, de suyo expansivos, lo mismo que el calor agente físico, actúan sobre nuestro organismo provocando el fenómeno dicho *dilatación*, que sin dejar de ser el mismo en el fondo, produce, sin embargo, efectos distintos, cuya variedad depende de la variedad de los órganos que son el asiento de dicha dilatación; pero que estos efectos, por variados que sean, concurren todos á un fin común, esto es, á activar las energías de la vida, á estimular la vitalidad de los órganos y á facilitar el buen desempeño de sus funciones, y, últimamente, á despertar en el sujeto un sentimiento de bienestar y de amplitud de vida que en el fondo no es otra cosa que la intuición secreta que abriga el organismo de los fenómenos físico-vitales que en él se operan.

En virtud, pues, de esta acción especial que ejercen sobre nuestro organismo las pasiones placenteras, lo mismo que el calor agente físico, observa el fisiólogo que bajo la influencia de la alegría de la vida, lo mismo que bajo la influencia de un calor benéfico y suave, la cavidad de

nuestro pecho se abre, los pulmones se ensanchan, la tráquea, bronquios, laringe, glótis y demás conductos respiratorios se abren á su vez, se ensanchan y dilatan hasta adquirir su máximum de capacidad: la columna de aire que por ellos pasa, lanzada con vigor, en virtud del estímulo de que son asiento todos y cada uno de los órganos de nuestro cuerpo, y dotada por esta razón de gran fuerza expansiva, se abre á su vez, se extiende y se dilata hasta llenar con su presencia las anchas cavidades de aquellos conductos abiertos hasta su máximum de capacidad: así es que la respiración en estas condiciones es amplia y libre, y la palabra brota de nuestros lábios con la misma libertad, fácil y segura, extensa, sonora y llena, robusta y fuerte, adquiriendo de este modo todas y cada una de las propiedades que distinguen á la vocal *a*, que es entre los gritos humanos el más fácil y seguro, el más extenso, expansivo y lleno, el más fuerte y robusto, y, últimamente, el solo y único grito natural que puede proferir el hombre lleno de salud y poseído por la alegría de la vida.

Por el contrario, debemos añadir ahora, el temor y demás pasiones deprimentes, lo mismo que el frío, agente físico, actúan sobre nuestro organismo, provocando el fenómeno opuesto, la *contracción*, que sin dejar de ser el mismo en el fondo, produce á su vez efectos distintos, cuya variedad depende de la variedad de los órganos, que son el asiento de dicha contracción; solo que estos efectos, por variados que sean, concurren todos á un fin común, pero opuesto también, esto es, á atacar las energías de la vida, á disminuir la vitalidad de los órganos y á dificultar el buen desempeño de sus funciones, y, últimamente, á despertar en el sujeto atacado del miedo un sentimiento de malestar y de indefinible angustia que en el fondo no es otra cosa que la intuición secreta que abriga nuestro organismo de los fenómenos físico-vitales que en él se operan y de los cuales nos informa el fisiólogo diciendo:

Que bajo la influencia del temor y demás pasiones deprimentes; lo mismo que bajo la influencia del frío, la cavidad de nuestro pecho se contrae y se estrecha, los pulmones se pliegan, se contraen y se estrechan; la tráquea, laringe, bronquios y demás conductos respiratorios se contraen á su vez, determinando con su contracción la estrechez, la constricción y obliteración de dichos conductos: la columna de aire que por ellos pasa, lo mismo para la respiración que para la emisión de nuestros sonidos, lanzada por sacudidas semejantes á los estremecimientos de nuestros músculos en un acceso epiléptico, se vé á su vez obligado á contraerse, atenuarse y adelgazarse, hasta revestir las mínimas proporciones de una línea imperceptible, llamada el hilo de la vida ó aliento vital: así es que la respiración en estas condiciones es difícil, entrecortada y convulsa, y la palabra sale de nuestros lábios con la misma dificultad, temblorosa y trémula, sutil, aguda, tenue y finísima, pero penetrante, adquiriendo de este modo todos y cada uno de los caracteres que distinguen á la vocal *i*, que es entre los gritos humanos el más fino y tenue, el más sutil, agudo y penetrante, pero también el más trémulo, y, últimamente, el solo y único grito natural que puede proferir el hombre poseído por el temor ó aterido por el frío.

Ahora bien: á pesar de la claridad con que se explica la Fisiología en este punto concreto, no es ella sino el euskaro, el que con su inimitable pureza nos dió antes á conocer esta onomatopeya del temor, como así vamos á demostrarlo á continuación con ejemplos tan expresivos como instructivos. Juzgue de ello el lector.

Es innegable que el temor pliega y arruga la piel que cubre nuestro semblante, como es innegable que frunce el tegumento que cubre nuestro cuerpo, imprimiéndole aquel aspecto particular conocido con el nombre de piel de gallina. Pues bien: aquellas arrugas y pliegues y aquellos

fruncidos; llámase en vascuence *izu-t*, y este nombre es un derivado de la voz *izu* (temor, espanto), que debe su signado á su radical *i*; pues que la terminal *zu* es un superlativo encomiástico de signado análogo á las latinas *supra*, *super*, engendradas por ella.

Es tambien innegable que el temor, lo mismo que el frio, contrae todos nuestros músculos con sacudidas violentas é involuntarias á que llamamos *temblor*. Pues bien: el temblor, en nuestra interesante lengua, se llama *i-kara*, *i-karia*, y lit. lo que hace temblar; y esta voz debe su signado á su radical, la onomatopeya del temblor *ii=i*; como *arrikara=arrikaria*, debe el suyo á *arri* (piedra); *iz-kara*, euf. *euz-kara*, *eus-karia* (lenguaje y lit. el que maneja la palabra), á *iz* (palabra); *burdi-kara*, *burdi-karia* (carrutada), á *burdi* (carro), etc.; y es que el doble subfijo *kara*, *karia*, es, como hemos visto en otro lugar, lo que las llamadas desinencias son á las lenguas modernas, esto es, particulas de relación. La onomatopeya *i*, en su tránsito á las lenguas arianas, adquirió, en virtud de las leyes de evolución, la inicial *T*, nota de acción y letra de plenitud, y transformada en *ti*, *tiri*, *tri*, *tre*, engendró la griega *tremein*; las latinas *timere*, *tremere*; las castellanas *tiritar*, *temblar*, *estremecerse*, etc., etc.

Es tambien innegable que el temor constriñe y oblitera, según hemos visto, nuestros conductores respiratorios; embaraza y dificulta la respiración, y despierta en el sujeto un sentimiento de estrangulación, cual si apretaran su garganta con un nudo corredizo, como es cierto tambien que cuando se acentúan estos fenómenos, sobreviene la asfixia, y, por fin, la muerte. Pues bien: la muerte por extrangulación, llámase en el vascuence *i-tu*, *i-to*, (ahogarse); y este vetusto verbo de nuestra más vetusta lengua debe su signado á su radical *i* (ahogo, sofocación), puesto que su terminal *tu* es la desinencia de infinitivo de nuestra conjugación llamada regular; como *lotu* (atar), debe el suyo á su radical *lo* (atadura); *octu* (enfriar),

á *oz* ú *otz* (frio); *izu-tu* (espantar), á *izu* (espanto); etc. Así, pues, *i-tu* (ahogarse), significa lit. hacer *i*, esto es; contraerse, atenuarse y adelgazarse el soplo de la vida, ó sea la respiración *a*, hasta extinguirse completamente.

El temor contrae asimismo el corazón, órgano musculoso, con sacudidas violentas que perturban el ritmo y la regularidad de sus movimientos, como es innegable que constriñe y oblitera los conductos de nuestras venas y arterias impidiendo el libre curso de la sangre y despertando en el sujeto un sentimiento de indefinible angustia y de mortal ansiedad que no es en el fondo otra cosa que la intuición secreta que abriga el organismo de los graves trastornos de que es asiento el órgano central de la circulación con todos sus anejos; y cuando estos fenómenos se acentúan, sobreviene el síncope, y, por fin, la muerte. Pues bien: la muerte por parálisis del corazón llámase en el vascuence *ill* ó *i-l* (morir), voz arcaica que debe su signado á su radical *i* (pena, tristeza, angustia, ansiedad, muerte); pues que la terminal *l* significa algo que se desliza, se apega y enlaza, como así lo presintió Platón y cuantos han profesado en su escuela, comenzando por los filósofos antiguos y concluyendo en los modernos Bosses, Leibnitz, Humboldt y nuestro maestro é inspirador, el inolvidable Astarloa.

La actitud del miedoso es encogida, cual si recogiendo su cuerpo y achicándolo quisiera sustraerse al enemigo invisible que le amenaza. Pues bien: esta actitud encogida del miedoso se llama en el vascuence *bill du* (recogerse, apelonarse); y este verbo debe su signado á su radical *bill*, en la que vemos el monosílabo anterior *ill* reforzado por la consonante inicial *b*, letra de plenitud.

El temor que encoge y embaraza llámase, en efecto, *bill-dur*; esto es, lo que encoge y embaraza, *bill-du*; el que ata y suspende nuestros senti-

dos y paraliza nuestras facultades. *ira*; el que horripila y espanta, *iztu*; como así lo demuestran los verbos, de ellos derivados, *bil-durtu* (encongerse, acobardarse), *ira-tu* ó *ira tu* (cortarse, pasarse), é *izutu* (espantarse, horripilarse). Y el que esto entiende, ¿adónde hallará la razón y los orígenes de la voz latina *ira*, así como de las sanscritas *irs* ó *irse* (aborrecer, envidiar), é *irza* (aborrecimiento); de la griega *eris* (contienda), que el indianista asimila á las anteriores; de la francesa, *ire*; ruso, *iarosf*; italiano y español, *ira*, etc.?

De la génesis del grito y de la génesis de la palabra.

Sus diferencias y sus respectivas fórmulas

lo mismo en la naturaleza que en nuestro lenguaje.

La pregunta que nos dirigamos al finalizar el penúltimo artículo, ha dejado de ser incontestable desde el momento en que merced á la demostración llevada á feliz término en el inmediato anterior, hemos llegado á saber con la certeza que muchos la quisieran para sí cuando se trata de ciencias naturales, que la vocal *i*, es, sin poderlo negar, la interjección contenida en el primer grito de la criatura *a*, con quien naciera, como el temor á la muerte de que dicha vocal *i*, es onomatopeya y expresión, se contiene en la alegría de la vida con quien naciera y de la que dicho primer grito *a*, es á su vez onomatopeya y expresión.

Y como lo contenido en aquel primer grito es el aliento que le vivifica, añadimos nosotros, he aquí que la vocal *i*, es y debe de ser, la onomatopeya del aliento vital, como la *a*, lo es del grito por él vivificado.

Y como lo contenido en la materia es la energía que la rige y gobierna, y el mismo grito *a*, la onomatopeya de la materia, he aquí que la *i*, es y debe de ser, la onomatopeya de la energía.

Y como lo contenido en el cuerpo es el alma, y el mismo grito *a*, la onomatopeya del cuerpo, he aquí que la *i*, es y tiene que ser la onomatopeya del alma.

Y como lo contenido en el universo sensible es Dios, alma y espíritu del universo y la vocal *a*, la onomatopeya del universo, he aquí que la *i*, es y debe de ser la onomatopeya de Dios alma y espíritu del universo.

Y como lo contenido en el doble organismo humano es la energía ó fuerza generadora que alimenta la vida de la humanidad y la vocal *a*, la onomatopeya de aquel doble organismo, he aquí que la *i*, es y debe de ser la onomatopeya de dicha fuerza generadora. De lo contrario, la naturaleza que tan ordenada se muestra en todo, carecería de lógica. Síguese de aquí:

1.º Que fueron dos los factores que concurrieron á la producción de aquel grito primero de la criatura de que nacieron y en que se contenían todos los demás gritos. Tales son la interjección *i*, ó sea el aliento vital ó sonido espíritu, principio activo, y el grito *a*, ó sea el soplo ó materia, sonido principio pasivo; y estos dos principios sin los que ningún grito humano podrá ser, deberán hallarse necesariamente presentes en todos nuestros gritos para que estos puedan nacer á la vida, pero presentes en la forma misma en que se produjeron por primera vez, esto es, la interjección *i*, contenida en el grito *a*, con quien naciera, y formando con este grito un todo unido, indiviso é inseparable \mathcal{U} , que ha de ser para nuestros gritos, lo que la forma y figura de nuestros primeros padres es para sus sucesores, esto es, la característica y la *conditio sine qua non* de su existencia y de su reproducción. De que se sigue que el grito es siempre y constantemente el producto nacido de la unión de los dos principios activo y pasivo que concurren á la misteriosa obra de toda generación.

2.º Que fueron asimismo dos los factores que concurrieron á la producción de aquella sensación primera de la vida de que nacieron y en quien se contenían todas las demás sensaciones. Tales son el temor á la muerte *i*, ó sea la sensación del espíritu, principio activo, y la alegría de

la vida *a*, ó sea la sensación de la materia, principio pasivo; y estos dos factores que no pueden ser el uno sin el otro, habrán de hallarse á su vez presentes en todas nuestras sensaciones, pero presentes en la forma misma en que se produjeron por vez primera; esto es, el temor á la muerte *i*, contenido en la alegría de la vida *a*, con quien naciera, y formando con la alegría de la vida un todo unido, indiviso é inseparable \mathcal{U} que ha de ser á todas nuestras sensaciones lo que la forma y figura de nuestros primeros padres es á todos sus sucesores la característica y la *conditio sine qua non* de su existencia y de su reproducción. Y el conocimiento de este hecho puede ser útil al psicólogo que quiera establecer una clasificación razonada de las pasiones humanas.

3.º Que fueron asimismo dos los factores que concurrieron á la producción de aquella materia primera, y primer grito de la naturaleza *a*, de que nacieron y en que se contenían todos los cuerpos y sonidos del universo armonium. Tales son, la energía *i*, ó sea el aliento de Dios ó sonido espíritu principio activo, y el grito *a*, ó sea el soplo de Dios ó materia-sonido principio pasivo; y estos dos principios que no pueden ser el uno sin el otro, deberán hallarse necesariamente presentes en todos los cuerpos y en sus sonidos, pero presentes en la forma misma en que se produjeron por vez primera, esto es, la energía *i*, ó sea el sonido espíritu, principio activo, contenido y presente en la materia sonido, principio pasivo, con quien naciera, y formando con esta un todo unido, indiviso é inseparable \mathcal{U} que es en la naturaleza lo mismo que en nuestro lenguaje la forma característica de todos los cuerpos y sonidos de la naturaleza-armonium como lo es también de todos nuestros gritos y sensaciones.

4.º Que fueron asimismo dos los factores que concurrieron á la producción de aquella primera pareja humana, de que nacieron y en quien se contenían cuantas se han sucedido despues. Tales son la fuerza genera-

dora *z*, que perpétúa la vida humana, principio activo, y la materia del doble organismo humano *a*; principio pasivo, y estos dos principios que no pueden ser el uno sin el otro habrán de hallarse necesariamente presentes en toda pareja humana para que el hombre pueda nacer á la vida pero presentes en la forma misma en que se produjeron y se mostraron por primera vez, esto es, la fuerza generadora *z*, contenida en la materia del doble organismo *a*, con quien naciera, y formando con este doble organismo un todo unido indiviso é inseparable \mathcal{O} , que es en la naturaleza lo mismo que en nuestro lenguaje la característica del doble 'ser humano y la *conditio sine qua non* de su existencia y de su reproducción.

De que se sigue, que la ley que rige la génesis de nuestros gritos, es la misma que rige la génesis del hombre, y de no importa cual de los seres de la naturaleza, y es por consiguiente como sigue:

1.º Los gritos nacen, como nacen los hombres y demás seres de la naturaleza, y nacen de consiguiente, por generaciones que se remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera pareja \mathcal{O} , que no habiendo tenido antecesor ninguno de quien nacer tuvo que nacer en Dios animada y vivificada por su Divino soplo \mathcal{O} y el soplo de la vida es la respiración y es el grito *z*, segun hemos visto en su lugar.

2.º Que siempre que un grito nuevo tiene que venir á la vida del lenguaje, sucede que una sensación tambien nueva que llamaremos *O*, nacida en el doble principio del grito humano \mathcal{O} , y contenida en este doble principio en la forma $\mathcal{O}-\mathcal{O}$ se une al nuevo grito para animarlo y vivificarlo y vivificar el lenguaje del hombre, como siempre que un nuevo ser tiene que venir á la vida de la humanidad, sucede que una sensación tambien nueva que llamaremos *O*, (el sentimiento de la reproducción) nacida en el doble ser humano \mathcal{O} y contenida en este doble ser en la forma \mathcal{O} se une al nuevamente nacido para animarlo y vivificarlo y vi-

vificar la humanidad. Y así como en este último caso *O*, representa el recién nacido; y \mathcal{O} el doble organismo en que se ha engendrado, y de cuya materia se halla formado; así tambien en el primer ejemplo *O*, representa el grito nacido y \mathcal{O} el doble organismo en que se ha engendrado y la materia de que se halla formado. De la propia manera cuando un ser nuevo tiene que venir á la naturaleza, sucede que una sensación tambien nueva *O*, (el sentimiento de la reproducción que Dios ha depositado en todo lo creado) nacida en el doble principio del ser universo sensible \mathcal{O} y contenida en este doble principio en la forma $\mathcal{O}-\mathcal{O}$ se une al nuevamente nacido para animarlo y vivificarlo y vivificar la naturaleza; y en esta forma *O*, representa el ser nuevamente nacido, y \mathcal{O} el doble organismo en que se ha engendrado y de cuya materia se ha formado. Llamemos pues *kuku, gizon*, á los seres y voces nacidas, su formula en la naturaleza lo mismo que en nuestro lenguaje, será *kuku- \mathcal{O} -gizon- \mathcal{O}* , que es la forma de nuestros nombres definidos, tal y como han sido reconstruidos por nosotros en otro lugar.

Pero preciso es decirlo (si no queremos rebajar al hombre á la categoría de los seres irracionales, que es precisamente el defecto de que adolecen los paralelos del lingüista en este punto concreto) que la fórmula de la palabra no es, ni puede ser, la fórmula de la sensación \mathcal{O} , sino la fórmula de la idea *z*, vivificada; es cierto, en la sensación \mathcal{O} y contenida en ella, como el alma se contiene en el cuerpo, pero sin confundirse con la sensación ni perder su virtualidad; esto es, en la forma *z* \mathcal{O} que es la misma en que la idea se une á nuestro grito, el alma al cuerpo y Dios al universo. De que se sigue que la génesis de la palabra difiere y debe diferir de la génesis del grito, tanto como la idea consciente y voluntaria difiere de la sensación inconsciente é involuntaria; y tanto como el entendimiento facultad inorgánica; difiere de la sensibilidad, facultad orgánica;

y tanto como la persona del hombre difiere de los seres irracionales.

Y en efecto cuando una voz nueva tiene que venir á la vida de las lenguas, sucede que una idea tambien nueva que llamaremos *O*, nacida en el entendimiento del hombre *i*, y contenida en el entendimiento en la forma *o-i*, pero vivificada en la sensación *U* y contenida en ella, en la forma *O-U* se une á la nueva voz para animarla y vivificarla y vivificar la palabra pero sin confundirse con la voz ni perder su virtualidad, esto es, en la forma *o-i*, *O-U*, y en esta forma *o-i*, *O-i* representa la idea *O*, en el entendimiento *i*, del hombre (y las ideas en nuestro entendimiento son otras tantas voces); mientras que *O-U* representa la misma idea *O*, vivificada en el grito *U* y mostrándose en el grito.

Pues bien, cuando un nuevo ser cualquiera que sea, tiene que venir á la vida de la naturaleza creada, sucede asimismo que una idea tambien nueva *O*, nacida en el entendimiento de Dios *i*, y contenida en este entendimiento en la forma *o-i*, pero vivificada en lo sensible *U* y contenida en lo sensible en la forma *U* se une al ser nacido para animarlo y vivificarlo y vivificar la naturaleza; pero sin confundirse con lo sensible, ni perder su virtualidad, esto es, en la forma *o-i*, *O-U*, y esta forma *o-i*, representa la idea *O*, contenida en el entendimiento de Dios *i*, (y las ideas en Dios son otros tantos seres) y *O-U* representa la misma idea *o*, vivificada en lo sensible. Así, pues, las voces nacen en nuestro entendimiento para vivir en el lenguaje hablado, sujetas á las leyes que Dios ha dictado á nuestra inteligencia, como los seres de quienes las voces son imaginables nacen en el entendimiento de Dios, para vivir en la tierra sujetas á las leyes que el mismo Dios ha dictado á su existencia. Llamemos pues, *kuku*, *gison*, á las voces y seres nacidos su fórmula en la naturaleza lo mismo que en nuestro lenguaje natural será *kuku-i*, *kuku-U* para los primeros y *gison-i* *gison-U* para los segundos y será por consiguiente la misma

que la de nuestros actuales nombres tal y como han sido reconstruidos por nosotros. Atribúyase enhorabuena á la casualidad pero nadie pretenda arrebatarlos el derecho que nos asiste para reclamar de los que así juzgan que presenten las pruebas de su aserto como nosotros presentamos las nuestras, pues mientras así no se haga y algo difícil es el hacerlo, quedaremos aferrados á nuestra doctrina.

Precisamente nos hemos anticipado á exhibir la fórmula de la palabra porque el lector conoce el valor y el signado no solo de la vocal *a*, que en el euskara ejerce los oficios de pronombre de tercera persona, que designa aquella de quien se habla, sino que conoce á la par el signado de la vocal *i*, que en la misma lengua ejerce los oficios de segunda persona que es aquella á quien se habla, esto es, del *tu*, que designa á su vez el *yo* que vemos en la persona de nuestro interlocutor, y sabe además que esta vocal *i*, es en el mismo euskara la característica del *Yo Divino* y del *yo humano* de la *Persona* de Dios y de la *persona* del hombre, del *Verbo* en Dios y del *verbo* en nuestro entendimiento de la *Facultad* Palabra ó sea la palabra-idea, como sabe tambien que dicha vocal *i* ha sido la generadora de nuestros pronombres personales *ni-i* (*yo*), *i* (*tú*), y *U* (*él* ó *aqué*), de nuestros nombres *kuku-i* *kuku-U*, *gison-i*, *gison-U* y la generadora tambien de nuestros verbos, el sustantivo *i-i*, y el auxiliar activo *U-U* que tanta parte han tomado en la construcción del verbo caucásico que debe á ellos su ser y su vida.

El temor à la muerte es la sensación del espíritu y la interjección *i* la característica de esta sensación, esto es, de la impresión que recibe el alma del hombre al sentir la muerte: como la alegría de la vida es la sensación de la materia, y el primer grito del recién nacido *a*, la característica de esta sensación, esto es, de la impresión placentera que recibió el alma del niño al sentir la vida.

En otro lugar y al ocuparnos de la Fisiología del temor hemos demostrado que la modalidad de este sentimiento en el aparato fonético de nuestro pecho reviste la forma y la figura de una línea aguda y penetrante y la misma que traza nuestro aliento en la prolación del grito *i* que es el sonido línea como la interjección *i* es la respiración-línea. Y como las interjecciones consideradas en el lenguaje interno ó sea en el alma son imágenes grabadas sobre las sensaciones de que son expresión he aquí:

Que la línea *I* es y tiene que ser la imagen grabada sobre la sensación del temor; pero grabada en tal forma y de tal modo, que siempre que una sensación cualquiera que sea, despierte en nuestra mente la reminiscencia de aquella figura geométrica, la imagen línea *i*, al ser despertada por esta sensación, se pondrá en conmoción, y esta conmoción trasportada inmediatamente al pecho al través de los nervios motores, sus naturales conductores, producirá la interjección *i*, y el grito también *i*. De modo que

este grito *i*, es y tiene que ser en nuestro lenguaje natural la onomatopeya de la línea y de todo aquello que despierte en nuestra mente la reminiscencia de esta figura geométrica ó de alguna de sus cualidades y atributos. Veamos pues si así sucede y consultemos al efecto la lengua misma que nos dió á conocer esta interjección de temor.

El camino es la línea que separa y une dos puntos más ó menos distantes, y es innegable que en el lenguaje mímico señalamos aquella línea extendiendo nuestro brazo y trazando con este miembro y con nuestro ojo la dirección que lleva; y el camino en el éuskara se llama *bide*, *bi-dia*; mas esta voz debe su signado á su radical *bi*, en la que vemos que la vocal *i*, onomatopeya de la línea, ha sido reforzada por la consonante inicial *b*, letra de plenitud lo mismo que en la radical *bill*, del verbo *bill-du*, arriba analizado. Engendró la latina *via* y sus similares de las demás lenguas arianas. Y nada importe que el lingüista proteste contra estas descomposiciones á que no está acostumbrado, porque son semejantes á las que ha hecho el químico con los cuerpos reputados simples, y porque, como este último, poseemos reactivos bastante eficaces para disipar todas las dudas. Tales son, en efecto, las siguientes voces *i-go* ó *ijo* (subir) y lit. camino arriba: compónese de *i* (línea ó camino) y de *go* (alto, superior, arriba); *i-ga-ri* (nadar), y lit. caminar por la superficie ó lo que traza una línea superficial; compónese de *i* (camino ó línea); *ga* arriba, sobre la superficie superior en las cosas), y del sufijo *ri-ria*, equivalente á las terminaciones latinas *arius*, *or*, á las castellanas *ero*, *or*, etc.; de modo que *i-gari* significa lit. el ó lo que traza una línea sobre la superficie: *iu-an* (ir) y lit. caminar por el espacio; debe su signado á su radical *i-u*, pues que la terminal *an* es, como sabemos, una desinencia de infinito común á muchos de nuestros verbos primitivos. Compónese dicha radical de *i* (línea, camino) y de *u* (espacio); de modo que *iu*, lit. significa caminar por el espacio. En

este diptongo se nota que la *i* se debilita y oscurece para vivificar la *u*, y concluye fácilmente por desaparecer, como sucede en *nu-a* (me voy), *ua* (te vas), *dua* (se va), etc.; y esto explica las aparentes irregularidades del verbo latino *ire*, más visibles en el castellano *ir*, cuyo presente dice *voy=uooy*, *vas=uas*, *va=uaa*; etc.; *iriz* ó *iges* (huir, escaparse, desvanecerse); compónese de *i* (línea, camino), y de *ez=shs*; onomatopeya de todo lo que se desvanece: latín; *fugere*; castellano, *huir*.

Los ríos son como las líneas que surcan la superficie de la tierra, y el río se llama *i-ba-i* y con el artículo *a*, *ibaia*; (el río). Compónese de *i*, onomatopeya de la línea; y de la terminal *ba*, *bia*, *be*, *bia*, (bajo, profundo); de modo que *iba*, y con el artículo indefinido *i*, *ibai*, significa lit. línea baja, profunda, esto es, surco. Dió su nombre al río Ebro, llamado antiguamente *iber*; y dió también el suyo á nuestra península, llamada *iberia* en la misma época. *Iber*, y por el cambio de *e* en *a*, *ibar*; y con la adición del artículo *a*, *ibarra*, significa actualmente la ribera ó cuenca del río, y estas dos voces no son en realidad sino las primitivas *ibari*, *ibarria*, contraidas y fortalecidas con la permutación de la *r* suave en la *rr* fuerte.

El junco es una planta en figura de línea; y el junco se llama en el vascuence *i-a* (junco); compónese de *i* y del artículo *a* (el, la, lo); de modo que *i a* significa lit. la línea; latín, *juuncus*; castellano, junco. La retama es un arbusto de ramaje lineal, y la retama se llama *zate*; el helecho se halla en el mismo caso, y el helecho se llama *ira*, *iri-a*; latín, *filix*; mas en épocas mas atrasadas, *ira*, *iria*, fué sin duda el nombre genérico de todo arbusto de ramaje lineal, y muy especialmente del trigo y sus similares, como así parecen indicarlo *ira-biurtu* (trillar), *biurtu* (retorcer, doblar), *ira-illa* (mes de las mieses), *izil-tai=iritai* (hoz), y lit. cortamieses: compónese de *iri* (trigo, mies), *tai* (corte), radical de *tajua* (tajo), *tajadia* (tajada), así como de sus similares las castellanas *tallar*, *talar*, *tajada*:

aria-zaké (tijeras); compónese de *ar* (lo que se extiende), *ta* (corte), y de *zaké* (voz imitativa del ruido que se produce en dicho corte; *iri* en su tránsito al latín, recibió la inicial *t*, letra de plenitud, y transformada en *tiri*, *tri*, engendró la latina *triticus* (el trigo), que es una nueva confirmación de cuanto acabamos de exponer. *Ira i-ria*: compónese de la vocal *i* y del subfijo *ri*, *ria*, equivalente, según hemos dicho más arriba, á las desinencias en *or* y *ero* del castellano, y en *arius* y *or* del latín, engendradas por ella. Con este motivo advertiremos que la terminación *ri*, *ria* y el definido *iria* es anterior al indefinido *ira*, de modo que no hay permutación de la vocal *a* en *i*, sino lo contrario, de la *i* en *a*, y lo demostraremos por el siguiente ejemplo: *arrikaria* (significa la pedrada ó el apedreador); es decir, que esta voz ejerce las funciones de sustantivo, de adjetivo y de nombre verbal, de modo que reúne aquel sentido vago é indeterminado que caracteriza las primitivas raíces; y como dicha voz no es más que el nombre indefinido *arri-ka-ri*, completado con el artículo *a*, resulta que este indefinido *arrikari*, de quien aquel tomó su signado, significó á su vez, y debió significar (apedreador y *pedrada*) y solo perdió el signado de *pedrada*, de que hoy carece, el día que surgió en la lengua el indefinido sustantivo actual *arri kara* (pedrada), de formación posterior. Y lo que decimos de *arrikara*, *ikara*, *ira*, *erdera*, *eus-kara*, etc. es aplicable á los indefinidos terminados en *e*, como *luze* (largo), *èche* (casa), *urque* (necesidad, trabajo), que son posteriores á los definidos *echia*, *luzia*, *urquia*, de formación anterior á los primeros y en que la terminal *ia* es el artículo completado del eúskaro.

El hilo reviste la forma de una línea, y el hilo se ha llamado en el eúskaro *i-le* y con el artículo *ili-a* (el hilo); compónese esta voz de la vocal *i*, onomatopeya de la línea y del subfijo *li*, *lia*, equivalente al anterior *ri*, *ria*; de modo que *ili* significa literalmente lo que hace línea, y es, por lo

tanto, una simple variación de la *iri-a* arriba analizada. Abonan nuestra opinión sus derivadas *il-ban*, (hilván) y lit. (hilo-separado); compónese de *il, ili* (hilo) y de *ban, ba-na* (separado); *il-bandu* [hilvanar], *fil-artá* [hilo extendido]; *ar-illa=ar-ilia* (hilo extendido), etc.: latín, *fil-us=f-il-us*; castellano, hil-b=il-o, *il-aria* (hilera), esto es, todo lo que forma línea; latín, *filarius*; castellano: *hilera*. El pelo que se halla en el mismo caso se llama también *ile, illa* (el pelo); latín, *p-il-us*; castellano, *p-el-o, v-ell-o*, etc.

Las sensaciones que recibimos por medio de la vista son siempre y constantemente determinadas por la presencia y la compenetración de la luz exterior en la luz de nuestros ojos, y la luz penetra en nuestros ojos por medio de rayos luminosos, cada uno de los cuales reviste la figura de una línea formada, según los físicos, por una serie de átomos archimicroscópicos. Es así que las materias luminosas se nos dan a conocer por la luz que despiden, ó sea por los rayos luminosos que, emanados de dichos cuerpos, penetran en nuestro ojo; pues bien: dichas materias, así como las inflamables, llámase en vasculencia con el nombre genérico de *izu, izua*, y de este nombre verbal derivó la lengua el verbo *izotu ó izu tu* (encender, inflamar), de uso vulgar diario y corriente; lo mismo que la radical de que deriva; aun cuando de ellas no hace mención el Diccionario de Aizquibel. El tizón, que es también materia luminosa, se llama *ill-entia* (tizón).

El acto de ver, por la forma y manera en que tiene lugar, se llama *i-kust*; y como el ver ilumina nuestro entendimiento, he aquí que al aprender llama nuestra lengua *i-kast* [aprender], esto es, hacer luz. Es así que las estrellas se conocen por los rayos luminosos que despiden, pues bien: la estrella se llamará en el vasculente *iz-arra*; en latín, *s-tella=tz-tella*; italiano, *stella*. El espejo nos hace ver las imágenes de las cosas, y el espejo, por la forma y manera en que reproduce dichas imágenes se llama en vasculente *iz-pillua*; latín, *s-peculum=iz-peculum*; á la misma serie corres-

ponden las voces *imago, species, spectrum*, etc., etc.

Para contar los objetos presentes, observa nuestro Astarloa, dirigimos nuestra visual sobre aquel que debe ser contado ó numerado, señalándolo con el dedo si está distante, y tocándolo con este órgano si está próximo, pero trazando siempre una línea que desde nuestro ojo se dirige rectamente al objeto que debe ser numerado; tal es la razón fisiológica de la numeración digital, primera que ha conocido el hombre y como la vocal *i* sea la onomatopeya de la línea, y el grito inconsciente que sale del pecho del hombre al evocar la reminiscencia de esta figura geométrica, he aquí que la unidad, que es el número por excelencia, fué llamada *i* en la lengua naciente del hombre, y de esta onomatopeya derivó el éuskaró la voz *ika* (uno) que se reproduce en la sanscrita *eka* (uno), y como el órgano, agente de la numeración, es el dedo, este órgano fué llamado también *i* en la contaduría por los dedos, que es la natural. Compónese dicha voz de *i*, línea, número, y del subfijo *ka=k*, signo de sujeto agente dentro de nuestra Gramática, de modo que *i-ka* (uno), significa lit. agente generador del número. Debemos este importante hallazgo, á nuestro antecesor Astarloa, que cual hábil anatómico nos mostró la composición de la voz *amaika* (diez uno á once), como *ama-bi* (diez dos ó doce), *bi* (dos), *ama-iru* (diez tres ó trece), *iru* (tres), *ama-lau* (diez cuatro ó catorce), *lau* (cuatro), y así sucesivamente hasta veinte, de que se infiere que el *ika* de *amaika*, significa (uno), como el *bi*, de *amabi*, significa (dos), etc.

Esta voz *ika* que aun se conserva en el sanscrito *eka* (uno), desapareció, sustituida por la actual *bat*, cuyo signado literal es lo que toca á lo profundo; compónese de *ba* profundo (esto es, el cimiento ó principio de las cosas); y de la terminal *t*, nota de localidad; fué sustituida á su vez en las lenguas arianas por el *va-us* latino y sus congéneres, de signado análogo al *bat*, como veremos en su lugar.

Bi (dos), engendrò la greco-latino *bi-s* y debe su signado á la vocal *i*; mas en sus orígenes estuvo representada por *ii*, según así lo observa el mismo Astarloa; pero como dos letras iguales suenan como una sola fuertemente acentuada, sucedió que la vocal *i* así acentuada, pasó insensiblemente por las transformaciones

siguientes: *i, fi, pi, vi, bi*. El *duo* latino procedente de radical bien distinta es una simple variedad fonética del monosílabo *di*, que formara las voces latinas *di-midium=di-bidium, di-visus*; y este monosílabo *di*, que en el latín significa *división*, no es á su vez sino la terminal de la voz éuskara *er-di* (mitad), que en su tránsito á aquella lengua perdió su inicial *er*; *di* es además la onomatopeya del ruido *di, di, di*, que se produce en el acto de partir, mientras que la inicial *er* lo es de los movimientos que se ejecutan en este acto. Véase ahora la correspondencia: éuskara *erdi* (mitad), *er-di-bitú* (partir en dos), dividir, despedazar: *bi* (dos); *erdi* (mitad); latín, por pérdida de la inicial *er*; *divitu-s=divituz s=divisus* (dividir, partir, despedazar); *di-midium* en vez de *erdi-midium* (mitad); y como una mitad supone la división en dos partes, *duo* llegó á significar (dos); y lo que decimos de esta voz latina es aplicable á sus congéneres de las demás lenguas arianas. *Dividium* perdió su inicial *di* en *medium, medius*, la castellana *mitad*, etc., sin que nadie se extraña de ello, ¿Por qué, pues, extrañarse que la éuskara *er-di-bitu* perdiera su inicial *er* en *di-bitu-m=di-vi-sum* latino?

Iru (tres), en su tránsito al latín recibió la inicial *t* letra de plenitud y de refuerzo, y transformado en *tiru, tiri, tri, tre*, engendró el numeral latino *tri, tris, treis, (tres)*; el sanscrito *tri*, el griego *tres, tria, tris*; el ruso *ir*; el irlandés y bajo-breton *tri*; inglés *three*, etc. En la numeración digital, el número tres corresponde al dedo medio de la mano izquierda que es el más *alto, visible* y *aparente*; y tal es el signado de la voz *iru*: compónese, en efecto, de la vocal *i* (línea, número, dedo) y de la terminal *ru, iru* (alto, aparente, visible). Consúltense en prueba de ello las voces *irudi* (parecer, ser visible); *irure, irura* (que en toponimia designa los parajes despejados); *di-ru* (dinero), es la misma voz *iru* dotada de la inicial *d*, letra de plenitud, y significa, por consiguiente, lucido, despejado, brillante, adornado. Infiérese de aquí que en un principio designó los adornos brillantes y lucidos, y como entre éstos figuran en primer término el oro y la plata, llegó á adquirir el signado actual, á la manera que *argi* (luz) en vascuence engendró el griego *argos* (blanco) y el latín *argentum* (plata); *diru* engendró la latina *dirax* por el cambio de la *u* vocal en la consonante *r*, como *diruzia* (abun-

dancia en dinero) engendró la latina *divitiazia=divitiazia*.

Lau (cuatro) y lit. plano, cuadrado, alude en la numeración digital al plano ó cuadro que forman los cuatro dedos unidos y extendidos; y la latina *quator* y el sánscrito *catúr* tienen un signado análogo y aluden, á su vez, al cuadro que forman los dichos cuatro dedos unidos y extendidos: éuskara; *lautu* (allanar, poner plano); latín, *kuadrare*; castellano, *cuadrar*.

Bost (cinco) significa lit. bajo y terminal, y alude al pulgar, que en la contadura por los dedos ocupa el quinto lugar: compónese de *be* (bajo) y de *ost=ostatu* (término). Consúltense las voces *ostatu* [posada ó término de viaje], *ostosta* (á la última extremidad, etc.). La latina *quinque*, primitivamente *cinque*, cast. *cinco*, franc. *cinque*, son unos derivados de *centum* [cien]; mas este vocablo latino no es otra cosa que el éuskara *eun* (cien), verbalizado con la partícula *tu*, desinencia de nuestro infinitivo, y *cien* en la numeración veintena éuskara representa cinco unidades, y á esto alude la voz latina *quinque*, y primitivamente *cinque*.

Zei [seis] significa lit. separación uno, y atendida la aplicación que la lengua ha hecho de aquella voz, un dedo de la mano segunda, ó sea de la mano separada: compónese de *ze=se* [separación] y de la terminal *i* [número ó dedo]. Consúltense las voces éuskaras *ze, zeia* [lo menudito y desmenuzado], *zerro* [la sierra]; y lit. lo que desmenuza: *setu* [desmenuzar, dividir]; latín *septum*, cortado, dividido, desmenuzado; *se*, partícula de separación. Engendró la sánscrita *shasb*, la griega *hex*, latín *sex*, alemán *sechs*, céltico *se, sca*, italiano *sei*, francés é inglés *six*, castellano *seis*, etc.

Zaspi=ze-a-zbi [siete] significa literalmente separación: dos dedos; esto es, dos dedos de la segunda mano, que con los cinco de la primera, suman siete: compónese de *ze* [separación], *az* [dedo], *bi* [dos]. Engendró la latina *septem*, la sánscrita *saptam*, la griega *hepta*, etc.

Zortzi=ze-or-tzi [ocho] significa separación el alto dedo; ó lo que es igual, el dedo alto de la segunda mano, que es el del medio ó tercero, el cual, unido á los cinco de la primera mano, suman el número *ocho*: compónese de *ze* (separación), *ortz* (alto), y llámase también así, la garrá ó uña que sobresa de del dedo:

en que se implanta, como el dedo de medio sobre los demás. Eugendró la latina *octo*, italiano *otto*, castellano ocho, provenzal *oit*, francés *uit*, moderno *huit*; griego *okto*, sanscrito *asthan*, persa *hesht*, alemán *aobt*, inglés *eight*, en todas las cuales vemos que se conserva más ó menos modificada la letra compuesta *rtz*, que es como el esqueleto de la voz.

Bederatzi (nueve) es irreducible, y, sin embargo, se conserva su inicial *be* en la latina *noven*.

Amar (diez) significa enlace, unión, ligadura, y alude á las dos manos que unidas y enlazadas representau en la numeración digital diez; *amarrau* (enlazar, atar, ligar); *amarra* (enlace; ligadura). El *decem* (latino) reconoce el mismo origen que el *duo* de que hemos hablado arriba, y significando *mitad*, da á entender que el número diez representa la mitad de la numeración veintenal que el latín heredara de su padre el vasconce; y lo que decimos del *decem* latino, es aplicable á sus similares de las demás lenguas arianas.

Ogei (veinte) significa lit. término ó parada. Compónese de *o* (alto, parada,) cuyo signado es fácil deducir del que tienen las interjecciones *ooo*, *sooo*, en la boca de nuestros boyeros y arrieros, y de *gei*, la materia de que se hace alguna cosa, esto es, la hacedora ó productora.

Eun (cien) significa lit. enlace, unión, y llámase así el lienzo en el que se enlazan los hilos para formar la trama del tejido, como los números anteriores se unen y enlazan en el *cien*; *eun* (lienzo), *eu-le* (tejedor). La latina *centum* no es más que la enskara *eun* transformada en un nombre verbal por medio de la partícula *tu*, desinencia del infinitivo de nuestra conjugación regular. Concluida esta digresión curiosa, aunque importuna, volveremos al punto de partida.

La *unidad*, que es el número por excelencia, designa indudablemente en las cosas contadas ó numeradas aquel algo de que ninguna de ellas puede carecer, en cuanto todas, sin distinción, son, y tienen que ser numerables, y este algo de que ninguna de las cosas que son, y viven, carece, ni puede carecer; no es, ni puede ser otro, que el espíritu Creador presente en toda cosa creada.

He aquí porque la *unidad* y Dios de quien es atributo, han sido designados en

la naciente lengua con la misma onomatopeya *i*, esto es, la onomatopeya de la línea, y de esta onomatopeya derivó el enskara sus voces *J-aun=i-aun* y con el artículo *j-auna=i-auna* (Dios Señor) *J-aube=i-aube* y con el artículo *j-aubia=i-aubia=i-auba* (Dios Señor Dueño); y es fácil observar que estas voces se reproducen con bastante fidelidad para desconocer su origen directamente enskaro en la Hebreá *J-obba=i-auba=i-aubia*; en las latinas *Joe=i-aube*, *Jan-us=i-aun-nus*; *Juno=iaun-o*; *Dian-a=iauna*; en la turaniana *Jun-áa=iaun-ata*: la sanscrita *Diau-s=i-aun*, etc., de que nos hemos ocupado en otro lugar.

Y Dios *i*, es el Ser por excelencia, Aquel de quien nacen y á quien vuelven todos los demás seres, el principio y fin de todas las cosas: lá *unidad* es por su parte el número por excelencia, aquel de que nacen y en el que se resuelven todos los demás números, el principio y el fin de toda numeración. Pues bien, su común onomatopeya, la línea *i*, es por su parte, aquella forma ó figura de que nacen, y en que se resuelven todas las demás formas ó figuras, el principio y el fin de toda forma: la interjección *i*, onomatopeya de la línea, es aquella de que nacen, y en que se contienen todas las demás interjecciones, cual la línea en toda forma: el temor á la muerte de que esta interjección *i*, es característica, es aquella sensación de que nacen y en que se resuelven todas las demás sensaciones, el principio y el fin de toda sensación.

El espíritu de Dios *i*, es un principio sutil, agudo, penetrante, invisible, intangible, incorpóreo y suprasensible; el temor á la muerte *i*, sensación del espíritu, es á su vez, un sentimiento sutil, agudo, penetrante, invisible, intangible é incorpóreo; la interjección *i*, característica de esta sensación, es un grito sutil, agudo, penetrante y casi intangible é incorpóreo, la línea de que es onomatopeya, es también sutil, aguda, penetrante, etc. ¿Quién ha establecido, pues, y á que fin todas estas consonancias, entre la sensación y la cosa sentida, y entre ambas y el grito, su expresión material, y su representación sensible?

La *unidad*, esto es, el número, observa nuestro Astarloa, ha sido representada en todos los países y por todas las razas bajo la forma y la figura de una raya ó línea semejante á aquella que trazamos en la contaduría á distancia, y semejante

tambien al que trazamos con nuestro aliento en la prolocucion de su onomatopeya, el grito. i. ¿Quién ha dado pues al hombre la intuición de esta figura que forma el fondo de la numeración romana I (uno); II (dos); III (tres); IIII (cuatro); V (cinco), que Astarloa supone ser, y con mucha razón, la figura de una mano abierta superprimidos los tres dedos interiores?

El Espíritu de Dios se representa bajo la forma de rayos luminosos cada uno de los cuales compone una línea semejante á la que trazamos en la prolocucion de su onomatopeya, el grito. i. ¿Quién ha dado pues al hombre la intuición de esta figura, imágen fiel de la onomatopeya del espíritu?


El aliento vital ha sido á su vez simbolizado bajo la forma de tenuísimo hilo, cuya rotura suspende la vida y produce la muerte *i-U* (morir); *i-tu* (ahogarse, morir); y el aliento vital es sin poderlo negar, la imágen y la representación material y sensible del alma espíritu, cual así lo demuestra la muy arraigada creencia de que el alma al respirar sale con el aliento, bajo la forma de finísima hebra. Y preguntamos nosotros ¿quién ha dado al hombre este símbolo?

Pues bien el mismo grito *i* se representa en la escritura bajo la forma de una raya ó línea *i*, imágen de aquella que trazamos en su prolocucion, y debemos pensar teniendo en cuenta lo espuesto arriba que esta figura no es tampoco casual, sino nacida en la misma intuición, y la prueba cierta, por consiguiente, de que la naturaleza misma ha dado al hombre los primeros modelos de su alfabeto, y con ellos la facultad de fijar sus ideas en la escritura, y nos afirmamos en esta opinión al ver que el mismo hecho se reproduce en otras letras del mismo alfabeto.

En efecto al proferir la *O*, el aliento espirado traza en la cavidad de nuestra boca una figura ovalada, redondeada, globular; y esta letra se representa en la escritura bajo la forma de un óvalo ó círculo, imágen fiel y representación exacta del que trazamos en su prolocucion. Y esto tampoco puede ser casual.

Para emitir la *u*, inflamos los carrillos, ahuecamos la boca, y enrareciendo de este modo el aliento contenido en esta cavidad y reteniéndolo dentro de la misma, procuramos imitar, é imitamos realmente el vacío, y las vibraciones mismas del éter, de que éste está formado, puesto que, según los físicos, dicho fluido carece

de movimientos de traslación exactamente lo mismo que las vibraciones del aliento que producen dicha letra, las que á su vez apenas se comunican al exterior, cual así vimos al citar las experiencias sobre la llama de Tindall; y lo cierto es, según así lo observa nuestro Erro, que la misma tendencia á imitar el vacío se advierte en la letra *U* que representa una tinaja vacía.

Para proferir la *m*, nuestros labios comprimidos el uno sobre el otro por toda la extensión de sus bordes libres, trazan la siguiente figura  que no es, sino una *m* abierta, y muy estendida, cual así lo observa el mismo Erro.

Para designar la persona con quien deseamos comunicarnos, dice el mismo Astarloa, nos volvemos hacia ella, y extendiendo nuestro brazo y señalándola con el dedo índice, trazamos con este órgano y con el brazo estendido una línea que desde nuestro ojo se dirige rectamente hacia la persona con quien deseamos hablar; en una palabra ponemos en juego la misma mímica que en la contaduría á distancia; y como la onomatopeya de esta mímica es la misma interjección *i*; he aquí que la persona á quien se habla *tu*, fué llamada *i* en la naciente lengua y fué llamada, por consiguiente, tal y como le llama hoy mismo nuestra incomparable lengua, cual así lo sabe el lector, á quien dejamos el cuidado de averiguar la razon de esta supervivencia en medio de la mudanza y continua renovación de voces á que viven sujetas las lenguas. Pero si recordáremos aquí que la ley que preside estas mudanzas y esta continua renovación de las lenguas y de sus voces, es la misma que preside la renovación de las floras y faunas en la naturaleza, y que así como en el mundo actual tienen su representación viva las flores y faunas que fueron y las especies que se extinguieron; así tambien en la gramática de las actuales lenguas, tienen, y deben de tener la suya las voces que fueron, y las formas y modos que

desaparecieron. *Intelegeticus pauca.*

Y yo no sé, añade nuestro paisano, si el *ic* de la lengua gótica: el *je* de la francesa: el *yo* de la española: el *yu* de la pajura: (el *ki* de las algonquinas é iroquesas): *ieh* de la tudesca: el *biti* de la moja: el *biz* de la turca etc. etc. etc. no reconocen el mismo origen. Y tiene razon en poner tantas etcéteras, porque si se registraran bien las gramáticas de las lenguas nos quedaríamos asombrados del número de los pronombres á que esta onomatopeya ha dado su ser y su vida. En efecto quien pensara que el *i* euskaro engendró los demostrativos latinos *i-s*; *e-a=i-a*; *e-um=i-um*: los compuestos *i-dem*; *e-adem=i-adem*; *e-um-dem=i-um-dem*: como el activo *i-k*(tu), engendró *h-i-c*; *h-e-k=i-k*, *h-o-k=i-o-k=i-k*; y sus derivados: de igual modo el intensivo *n-eu=n-in* (yo) engendró primero el plural euskaro *g-e-u=g-i-u=gu* (nosotros); y en el latin el *e-go* primitivamente *i-gu*. El de igual clase *e-u* (tu), cambio fonetico de *i-u* (tu), engendró nuestro *e-cu=zu=tu* (vos ó usted) que en latin se transformò en *tu=tu* etc.

Y repárese que á semejanza del número en la cosa numerada, la segunda persona *i* (tu), designa en la persona á quien se habla, aquel algo de que ninguna puede carecer, si ha de merecer el nombre de tal, y este algo de que no puede carecer la persona no es, ni puede ser otro, que la facultad misma de hablar, esto es, la facultad *palabra*, el *yo*, el verbo del entendimiento, cual así lo hemos demostrado en otro lugar y al analizar las funciones que desempeñan los pronombres personales en las respectivas gramáticas.

Para designar nuestra propia persona, observa nuestro sagáz lingüista, doblamos el antebrazo sobre el brazo, y tocándonos en el pecho con la punta del dedo indice, trazamos con este organo una linea que desde fuera se dirige rectamente sobre nuestra persona; y repárese que esta mimica

es la misma que empleamos en la contaduria, cuando queremos incluírnos en el numero de los contados; y que la *i*, es la onomatopeya de esta mimica. Pero advierte Astarloa cuyo espiritu de observacion ha podido apreciar el lector, que el hombre necesitó de dos características para designarse á si mismo; una primera *i*, indicativa de su persona; y otra segunda que le diferenciara de aquella a quien habla, que tambien es persona, y tal fué la *n*, nota de sugeto posesor que en nuestro language natural significa *mi, mio, á mi*, cual así lo veremos cuando nos ocupemos de dicha consonante pues no nos es posible presentar todas las pruebas á un tiempo sino cada cual en su lugar. De esta union nació el pronombre euskaro *ni*, que cual el anterior *i* (tu) y la tercera *a* (el ó ella) reconstruida en su lugar, trae sus orígenes de aquella lengua primitiva, natural, orgánica, fisiológica, hablada por nuestros primeros padres, sin que ninguna objeción por razonada que parezca pueda sobreponerse á esta sencilla observación directamente enlazada con las anteriores; cual así lo prueba además, el hecho de otro modo inesplicable, de que dicho pronombre *ni* (yo) más ó ménos alterado forma hoy mismo la primera persona en la universalidad de las lenguas habladas, como lo puede ver el lector en la siguiente lista que extractamos de los Discursos Filosóficos del mismo Astarloa, que á su mucho ingenio unia un conocimiento profundo de las lenguas clásicas y una vasta y sólida instrucción sobre la testura íntima y la trabazón de las diversas gramáticas. He aquí la lista y juzgue el lector si es debida á la casualidad, ó si por el contrario no se trata de uno de tantos testimonios que ponen de manifiesto la unidad fisiológica del ser humano y por ende la unidad originaria de la especie humana.

En efecto, dice nuestro incomparable paisano (y téngase presente que su obra fué escrita á principios del siglo), si reconocemos los idiomas en sus pronombres hallaremos usada la sílaba *ni*, para indicar la primera

persona de singular en las lenguas *mongola*, *algonquina* y *vascongada*. Veremos que las lenguas *china*, *malabara* y *chiquita* usan de la misma *ni*, para dar á entender la segunda persona, esto es, el *tu*, sin que podamos dudar que este último uso es equivocado, ó un trastorno de la radical y analógica significación que corresponde à la expresada sílaba *ni*, y que estas tres lenguas se valieron de dicha *ni* (yo), en el primitivo idioma para formar la primera y segunda, equivocándose en la explicación; pues por *yo* adoptó la chiquita la sílaba *ni*, la china *no*, y la malabara *nan*, que como sílabas derivadas de la *ni*, habían de significar, no la primera persona, esto es, el *yo*, sino la segunda que es el *tu*; pues así lo exige el orden natural.

Repárese igualmente en la *na* de los aimaras: la *ne* de la lengua mejicana: la *nu* de la poconqui: la *nea* de la cora: la *noa* de la quichua: la *inchi* de la araucana: la *nag* de la bilela: la *mija* de la maipura, avana y achagua: la *nuti* de la moja: la *ani* de la hebrea: la *ana* de la caldea y de la árabe literaria: la *eno* de la siríaca: la *eu* de la hungara: la *ena* de la amarica, y se observará en todas estas voces con que dan á entender las referidas lenguas el pronombre *yo*, la analogía y dependencia que tienen de la *ni* primitiva. Podíamos presentar, añade, recorriendo las lenguas otras innumerables voces á las cuales se nos ocurre que podía añadirse el *mi* ariano que formará las primeras personas de las inflexiones *as-mi-ci-mi* el pronombre latino *mei mihi me* el posesivo *meus me-a me-um* etc., que tampoco figura en la lista anterior.

En resumen de cuanto llevamos expuesto se desprende bien claramente que si la interjección *i*, es la onomatopéya de la línea, en cambio la línea es la imágen y la representación material y sensible del espíritu, y su nota musical; en una palabra, la línea es el medio mismo de que la naturaleza nos ha dotado para sentir lo espiritual y lo suprasensible, y

para conocerlo, con lo que quedan sobradamente justificados aquellos enunciados que nos sirvieron de punto de apoyo para sorprender la fórmula del grito humano y sorprender además la ley misma de su génesis, cual hasta ahora nadie lo había hecho.

En efecto, la interjección es la línea en el aliento-sonido y la línea es, sin poderlo negar, la generadora de cuantas figuras geométricas traza el aire que espiramos en la producción de todos nuestros gritos y como ningún grito es, ni puede ser sin la forma ó figura, he aquí que tampoco podrá ser sin la interjección *i*, que se hallará de consiguiente contenida y presente en todos nuestros gritos y contenida por consiguiente en aquel primer grito de la criatura *a*, con quien naciera, cual la línea en toda forma y cual el temor á la muerte en la alegría de la vida, esto es, en la forma *Q*.

Y como lo contenido y presente en todos nuestros gritos es el aliento que los vivifica, y este la representación material y sensible del alma-espíritu, he aquí que el aliento vital es, y tiene que ser la línea en la respiración, esto es, la misma interjección *i*, y esta interjección la imágen y la representación material y sensible del alma-espíritu; y su nota musical en el armonium humano.

Y mal pudiera suceder así, si cual el alma de que es característica no estuviera dicha nota musical compenetrada y presente en todos nuestros gritos, y compenetrada de tal modo, y en tal forma, que no le será dado al hombre sentir dicha interjección *i* ni sentir por consiguiente el temor á la muerte, de que esta interjección es característica sin sentir su alma; ni le será dado sentir su alma, sin sentir la interjección *i*, y el temor á la muerte; lo que equivale á decir que el hombre no puede sentir su alma, sin sentir su cuerpo, y viciversa sentir su cuerpo, sin sentir su alma. Siguese de lo dicho que el temor á la muerte es la sensación del

alma espíritu y la interjección *i*, la característica de esta sensación, esto es, de la impresión que recibe el alma del hombre al sentir la muerte *ill* (morir), *i-tu* ahogarse; como la alegría de la vida es la sensación de la materia, y el primer grito de la criatura *a*, la característica de esta sensación, esto es, de la impresión que recibe el alma al sentir la vida.

Pero la línea es también la generadora de cuantas formas reviste la materia en el universo armonium, y como la materia no es, ni puede ser sin la forma, he aquí que tampoco podría serlo sin la línea, contenida y presente en la materia y en cuantos cuerpos se producen en ella. Y como lo contenido y presente en la materia es la energía que la rige y gobierna, ó sea el aliento de Dios, y este aliento la imagen y la representación material y sensible del espíritu universal, he aquí que la energía es, y tiene que ser la *línea* en la materia, esto es, el sonido *i*, y este sonido-línea la imagen y la representación material y sensible del espíritu universal, y su nota musical en el armonio-universo.

Y mal pudiera suceder así, si cual el espíritu de Dios de que es característica, no estuviera dicha nota musical, compenetrada y presente en todo lo que es material y sensible, y compenetrado y presente, por consiguiente, en todos y cada uno de nuestros gritos. Y como lo compenetrado y presente en todos nuestros gritos es la interjección *i*, nota musical del alma-espíritu tendremos

Que no será dado al hombre sentir el espíritu universal compenetrado y presente en su nota musical el sonido *i*, sin sentir este sonido; ni le será dado sentir este sonido, compenetrado á su vez, y presente en la interjección *i*, sin sentir esta interjección, y sin sentir por consiguiente el temor á la muerte; ni le será dado sentir esta interjección, ni sentir el temor á la muerte, sin sentir su alma *i*, compenetrada y presente en dicha interjección; y últimamente tampoco le será dado sentir su alma *i*, sin sentir

el espíritu universal compenetrado y presente en el alma. De que se sigue que el temor á la muerte es en efecto la sensación del espíritu y la interjección *i*, la característica de esta sensación, esto es, de la impresión que recibe el alma del niño al sentir el espíritu de Dios y su sonido *i*, compenetrados y presentes en su propio espíritu y su interjección *i*: como la alegría de la vida es la sensación de la materia, y el primer grito de la criatura la vocal *a*, la característica de esta sensación, esto es de la impresión que recibe el alma del niño al sentir la materia universal y su sonido *a* compenetrados y presentes en la materia de su cuerpo y su grito *a*,

Pero como *a*, no es, ni puede ser sin la *i*, ni ésta sino contenida en *a*, con quien naciera y formando con *a* un todo unido, indiviso é inseparable $\text{\textcircled{a}}$; he aquí que la sensación de la materia *a*, no es, á su vez, ni puede ser, sin la sensación del espíritu *i*, ni ésta sino contenida en la sensación de la materia *a* y unida á ella en la misma forma $\text{\textcircled{a}}$.

Todo esto es claro como la luz del día y de ello se deduce: 1.º Que el niño al nacer sintió, no solo la presencia y la compenetración de la materia *a* del universo en la materia *a* de su cuerpo, sino que á la par sintió también y debió sentir la presencia y la compenetración del espíritu de Dios, alma del universo y de su sonido *i*, en el espíritu del niño y en su interjección *i* aun cuando esta sensación no se reveló al exterior á la manera que la energía *i*, que trabajó la materia no se relevó en la materia hasta que se produjo la primera nebulosa *o* y el vacío su consecuencia, 2.º que las ideas *Dios* y *alma*, antes de ser tales en el entendimiento del adulto, han sido sensación en el espíritu del niño y que por lo tanto no tienen razón de ser las debatidas cuestiones sobre los orígenes de nuestras ideas, una vez hallada la razón fisiológica del principio aristotélico *nihil est in intellectu quod non fuerit prius in sensu*. 3.º que las reacciones

que supone la sensación no se efectúan entre el alma y la materia exterior considerada como tal materia sino entre el alma y aquel algo inmaterial que en nuestra mente se une siempre á lo material y sensible. 4.º que la interjección *i*, es la onomatopeya del espíritu universal y de las energías de la naturaleza compenetradas y presentes en el espíritu del niño y en las energías de su cuerpo como la *a* lo es de la materia universal y sensible compenetrada y presente en la materia de su cuerpo. 5.º que la energía, nota musical del espíritu es el sonido-línea *i*, y que según los físicos la línea dentro del éter que llena el espacio y penetra los cuerpos se halla formada por una serie de átomos archimicroscópicos de inconcebible pequeñez y en rápida y vertiginosa vibración, movidos y agitados por la fuerza interna que rige y gobierna la materia y á que llamamos energía, fuerza en cuyo término siente el hombre la presencia del espíritu creador que dirige y regula aquella fuerza: que el sonido no es otra cosa que la vibración de la materia; y que las vibraciones del átomo revisten la forma y la figura de una línea y producen por consiguiente el sonido *i*, nota musical del espíritu. Vea ahora el lector la sencilla observación que nos sirvió como de guía para alcanzar tales resultados. Héla aquí.

En el ejercicio de nuestra profesión hemos asistido á muchos y numerosos partos y con este motivo hemos tenido la ocasión de observar, lo que habrán observado con nosotros todos nuestros comprofesores, esto es, que siempre que el recién nacido carece de una base sólida de sustentación, cual sucede cuando se le cuelga en el aire y sobre la palma de nuestra mano, ó se le coloca de espaldas en el suelo, se vé que el pequeño agita y mueve sus pequeños brazos y sus pequeños pies con movimientos al parecer desordenados pero que en realidad no tienen otro objeto que el de procurarse el punto de apoyo de que carece.

Y es fácil observar, por quien quiera que en ello se fije, que dichos

movimientos son en todo semejantes á los que ejecutan las personas que, no sabiendo nadar, se sienten ahogarse en el agua, pues así como la persona en tales condiciones se agarra y procura agarrarse á todo lo que encuentra al alcance de sus pies, cualquiera que sea la naturaleza del objeto-encontrado; así también el niño en las condiciones expresadas, procurará agarrarse y se agarra a todo lo que encuentra al alcance de sus pequeñas manos, y apoyarse en todo lo que encuentra al alcance de sus pequeños pies, cualquiera que sea la naturaleza del objeto encontrado. De que se infiere que el recién nacido siente por el vacío, el mismo temor instintivo que siente por el agua la persona que no sabe nadar.

En cierta ocasión habíamos suspendido al recién nacido en el aire y sobre la palma de nuestra mano, mas apenas lo hicimos así, sentimos que un temblor rápido y violento un estremecimiento repentino, agitó el cuerpo todo de la criatura, cual si hubiera pasado por él una descarga eléctrica, y al fijarnos en este hecho raro, pero que lo hemos visto reproducido alguna vez, no pudimos menos de inferir de él, que aquel temblor y aquel estremecimiento súbitos y repentinos, habian sido ocasionados, sin género de duda, por el temor de que se sintió poseído el niño, al verse suspendido en el aire y separado de aquel mundo á cuyo contacto se vivificará, al creerse amenazado en su vida, y en peligro de muerte.

¿Qué es pues, nos preguntamos á la vista de esto, la muerte para el recién nacido, pero sin imaginarnos la importancia que tenía esta sencilla pregunta para la resolución del grave problema relativo á los orígenes de nuestras ideas y á los orígenes mismos de la palabra?

Si nos atenemos á sus sensaciones como así debemos de hacerlo, respondimos á la pregunta anterior, la muerte que para el adulto es la separación de los lazos que unen el alma con el cuerpo, es por el contrario para el niño la rotura y la separación de los lazos que le unen con el

universo sensible puesto que al sentir antes la presencia y la compenetración de este universo en su propio ser sintió la vida; mientras que al sentir ahora su ausencia y su separación ha sentido la muerte.

¿Y puede el niño, volvimos á preguntar sentir aquellos lazos y sentir aquella separación sin sentir su propio ser? Tampoco. ¿Y puede el niño sentir su propio ser \mathcal{U} sin sentir su alma \mathcal{I} , y sin sentir su cuerpo α ? Tampoco. Luego segun esto, el niño al nacer sintió su alma \mathcal{I} en su cuerpo α , como sintió la materia α de este cuerpo.

De modo que la idea alma \mathcal{I} antes de ser tal en el entendimiento del adulto ha sido sensación \mathcal{U} en el espíritu del niño; y como el alma idea, ésto es, el $\gamma\theta$ \mathcal{I} , es la idea madre y fundamental de que nacen en el hombre todas las demás ideas; la idea por excelencia y la sola idea, (en el mero hecho de que las demás no representan otra cosa que los modos de ser y las modificaciones que sufre dicha idea fundamental en cada momento de nuestra existencia), y como esta idea se ha vivificado en la sensación primera de la vida del nuevo ser; he aquí que todas las demás ideas, como nacidas de ella, se han vivificado y han debido vivificarse á su vez, en dicha primera sensación \mathcal{U} que es por su parte, la sensación madre y fundamental de que han nacido y en la que se han vivificado todas las demás sensaciones, cual así lo hemos probado en su lugar. De que se infiere que la unidad originaria de la sensación, responde á la unidad originaria de la idea como la unidad originaria del grito humano \mathcal{U} responde y debe responder á la unidad originaria de la palabra \mathcal{I} . Y he aquí un resultado que debe sorprender y no poco al lingüista poco acostumbrado á escuchar tal lenguaje.

¿Y puede el niño, volvimos á preguntar, sentir aquellos lazos y sentir aquella separación sin sentir el universo sensible que en la filosofía del lenguaje es también un *ser*? De ningún modo. ¿Y puede sentir el ser uni-

verso sensible, sin sentir á Dios \mathcal{I} ; alma y espíritu del universo, y sin sentir la materia α que forma el cuerpo de este universo. Tampoco.

Luego segun esto el niño al nacer sintió á Dios \mathcal{I} , alma y espíritu del universo \mathcal{U} como sintió la materia α de este mismo universo. De modo que la idea *Dios* antes de ser tal en el entendimiento del adulto ha sido sensación en el espíritu del niño; y como Dios es la idea madre y fundamental de que han nacido todas las demás ideas la idea por excelencia y la sola idea, puesto que sin Dios ninguna puede ser y como esta idea se ha vivificado en la materia sensible es claro que todas las demás ideas como nacidas de ella se han vivificado y han debido de vivificarse en la materia universal y sensible que es por su parte aquel cuerpo ó aquel ser en que se han vivificado todos los demás seres sensibles. De que se infiere que la unidad originaria de lo sensible responde á la unidad originaria de lo suprasensible. Presentemos ahora la última prueba y la mas decisiva.

En efecto cuando el niño tembló al verse suspendido en el aire y se formó en el niño aquella interjección \mathcal{I} , que no ha aprendido aun á proferir, ¿quien informó al niño de los riesgos que corría su existencia? Indudablemente, nos dirán todos á la vez; el instinto de la propia conservación y el instinto \mathcal{U} es el alma \mathcal{I} , presente en el sensorio α . Mas ¿quien informó á su vez al instinto del niño de la existencia de aquellos riesgos? Indudablemente el mismo que depositó en el niño aquella facultad, esto es, Dios.

Luego segun esto los agentes directos que concurren á la producción de aquella sensación y de su interjección \mathcal{I} , fueron por una parte Dios que á favor de las leyes que dictó á la existencia de la criatura impresionó el alma del niño por medio de lo sensible y por otra el alma misma de la criatura que recibió la impresión que le fué comunicada á favor del sensorio.

Y como nuestras interjecciones consideradas en el lenguaje exterior y

audible son las onomatopéyas de los seres-sonidos sentidos que en la filosofía del lenguaje son otras tantas notas musicales del armonium universal creado mientras que consideradas en el lenguaje interno son las imágenes y representaciones de las cosas sentidas ó sea de los agentes que determinaron su producción, he aquí que dicha interjección *i* considerada en el lenguaje interno es la imagen de Dios grabada en el alma de la criatura y como Dios es la palabra creadora y el verbo de la naturaleza tendremos.

Que el niño poseía la palabra *i* infundida por Dios en el niño, desde el momento en que fué este animado y vivificado por su Divino Sopro *U*; á la manera que el universo poseía el verbo *i*, infundido por Dios en el universo, desde el momento mismo en que fué este animado y vivificado por su Divino Sopro: pero á la manera que el universo no conoció el verbo *i* hasta que llegado á la plenitud de su vida apareció sobre la tierra el hombre, y con el hombre la idea de la personalidad de Dios, del Yo Divino, que es la idea de la Creación, y la idea del Verbo; así también el niño no conoció el *Verbo* hasta que llegado á la plenitud de su vida, surgió en su mente la idea de la personalidad de Dios y juntamente con esta idea la de su propia personalidad de su *yo*, que es la idea de la palabra. ¿Que es pues la palabra? Mas adelante contestaremos á esta pregunta.

Por ahora dejaremos consignado que la aparición del hombre sobre la tierra ha coincidido según se desprende de la filosofía del lenguaje con la edad adulta del globo, para inferir de aquí 1.º Que la dinastía del hombre no será ni puede ser destronada cual lo han sido las dinastías de los seres que le han precedido, porque durante su reinado el globo terraqueo ha alcanzado su máximo de desarrollo y de perfección. 2.º Que si nos atenemos a los cálculos de la ciencia sobre la

duración de las edades precedentes dicho reinado se prolongará aun por una dilatada serie de años á no ser que el globo que habitamos perezca víctima de uno de esos cataclismos de que hablan á veces los astrónomos y que sería para la vida del globo lo que un ataque de apoplejía fulminante es á la vida humana.

De la palabra: su definición, su mecanismo y su fórmula.

Si nos atenemos á la filosofía del lenguaje, la palabra es la afirmación que el hombre ha hecho de su propia existencia, de su personalidad, de su *yo*; mas esta afirmación, que ningún otro ser ha podido hacer en la tierra, hubiera sido á su vez superior á las facultades del hombre si éste no hubiera afirmado antes la existencia de Dios, condición primera y condición obligada de su propia existencia. ¿Qué es, pues, según esto, el *yo*? Indudablemente el *yo* es la conciencia que nos asiste de la presencia en nosotros mismos de un principio, que siendo anterior y superior á nuestro cuerpo, pero diferente de él, anterior y superior también al universo, pero diferente del universo, se halla, sin embargo, presente en el universo, como se halla presente en nuestro propio cuerpo para animarlo y vivificarlo. ¿Y este principio anterior y superior al universo, pero presente en el universo, anterior también y superior al hombre, pero presente en el hombre, ¿qué es y qué puede ser, sino el espíritu de Dios, que en efecto se halla presente en el espíritu del universo (que en la filosofía del lenguaje es un ser), como se halla presente en nuestro propio espíritu?

Luego, según esto, la palabra no es, en resumen, sino la afirmación que ha hecho el hombre de la presencia y compenetración del espíritu de Dios en su propio espíritu; y he aquí una segunda afirmación que hubiera sido á su vez superior á las facultades del hombre, como es también superior á las facultades de los

demás seres, si Dios que se halla presente en todas sus criaturas, no hubiera revelado aquella presencia suya á su criatura favorita el hombre, que en virtud de aquella revelación conoce á Dios por un privilegio especial sólo concedido á su persona. ¿Y cómo se reveló Dios á su criatura?

Si consultamos á los sabios cuando nos dicen que la naturaleza habla al hombre por medio de sus portentos y maravillas, habremos de reconocer que Dios se ha revelado al hombre por medio de su palabra creadora, puesto que la Naturaleza en aquella frase equivale á Dios, que es, en efecto, la palabra del universo. Y el caso es que la Sagrada Escritura confirma esta doctrina cuando nos dice con su incontestable autoridad que Dios habló al hombre apenas le hubo creado, diciéndole, entre otras cosas: «De este árbol no comerás»; Y pues fué comprendido por el hombre, es claro que Dios le habló en el lenguaje mismo de que le había dotado; y que era el único que poseía; de lo contrario, la criatura no hubiera podido comprender á su Criador.

Mas también es cierto, y la conciencia humana así lo proclama, que el hombre no pudo conocer á Dios, cuya grandeza espanta, ni pudo comunicarse con Él sin sentirse poseído de religioso temor y de respeto profundo *Religio id est metus*, dice en efecto el adagio latino; y la religión es el medio por el que la criatura se pone en comunicación con Dios; y como el medio por el que la criatura se comunica con Dios es la palabra, resulta que la religión y la palabra son en el fondo una sola y una misma cosa. He aquí por qué el hombre, que no puede carecer de palabra, tampoco puede carecer de religión; y he aquí por qué la religión y la palabra se hallan siempre juntas y unidas allí donde quiera que habite el hombre, lo mismo en los países más civilizados que en los pueblos más salvajes, entre los cuales no se ha hallado ninguno, por degradado que sea, que no tenga su religión más ó menos bastardeada; y he aquí, últimamente, por qué el llamado ateísmo es un mito, una ficción, un engaño.

Pero el lector sabe muy bien que el temor es una sensación, y que como tal tiene en el aparato fonético de nuestro pecho su nota propia y característica, ó sea su interjección, y que esta interjección es precisamente la vocal *i*, cuyo sig-

nado quisiéramos reconstruir.

Si no queremos pues ponernos en abierta oposición con los principios mejor demostrados de la fisiología, habremos de convenir en que la interjección *i*, ha sido el grito inconsciente que salió del pecho del hombre al sentir su *yo*, esto es, al sentir la presencia y la compenetración del Espíritu de Dios, principio distinto del universo por El creado, en su propio espíritu, principio á su vez distinto del cuerpo por ella vivificado. Y como Dios-Espíritu así considerado es Idea, y así como tal presente en nuestro entendimiento; y como el alma espíritu está considerada es idea, y está como tal presente en el mismo entendimiento; y últimamente, como el *yo* es idea, y está á su vez presente en el mismo entendimiento, tendremos.

Que la interjección *i*, ha sido el grito inconsciente que salió del pecho del hombre al sentir su *yo*, esto es, al sentir la presencia y la compenetración de Dios-Idea en el alma idea. Y como las interjecciones son las onomatopeyas y las imágenes de las cosas sentidas, y la cosa sentida en el caso presente es Dios-Idea, compenetrado y presente en el alma-idea, tendremos asimismo que la interjección dicha *i*, es la imagen de Dios-Idea compenetrado y presente en el alma-idea. Y el grito, imagen en el alma de la idea, ¿qué es sino es la *palabra* en el entendimiento? Luego *i*, es la *palabra* en el entendimiento, y la *palabra* en el entendimiento es el *yo*, esto es, el Espíritu de Dios compenetrado y presente en nuestro propio espíritu.

¿Y no es cierto, decimos nosotros, que el Espíritu de Dios es anterior á todo lo creado, y que existía por consiguiente desde el principio? Luego la palabra *i*, que es el Espíritu de Dios compenetrado y presente en nuestro propio espíritu, existía á su vez desde el principio—*In principio erat Verbum (i)*—dice en efecto el Evangelista; y el euskara traduce así estas palabras del Evangelista—*lehen i-ta zan*.

¿Y no es cierto que el Espíritu de Dios estaba en Dios y con Dios? Luego la palabra (*i*) estaba á su vez en Dios y con Dios.—*Et Verbum (i) erat apud Deum*—dice el mismo Evangelista: y el euskara traduce así estas palabras—*eta i-tza (i), i-aunagaz zan*.

¿Y no es cierto, volvemos á repetir, que Dios es Espíritu? Luego Dios es la palabra (*i*)—*et Deus (i) erat Verbum (i)* dice el mismo Evangelista; y el euskara traduce así estas palabras—*eta i-auna i-tza zan*.

Por donde se ve que la palabra es el Verbo compenetrado y presente en el entendimiento del hombre, y nos complacemos en reconocer que De Maistre, antes que nosotros, había presentido esta verdad, según leo en Regnaud que le atribuye las siguientes frases—las lenguas han comenzado, pero no la palabra; porque la palabra anterior al hombre solo existe por el Verbo. La palabra *i*, anterior á todas las voces del lenguaje, añadimos nosotros, existía á su vez en el principio; y la palabra estaba en el alma del hombre, y el alma *i* era la palabra *i*.

Obsérvese ahora que en el euskara, lengua interesante si las hay, la voz *i-tza* y con el artículo *i-tza* significa lit. *palabra, verbo, ser, existencia* y debe su signado á su radical inicial la palabra *i*; y que *i-aun* y con el artículo *i-aun-a* (el Señor, Dios) debe el suyo á la misma inicial; y últimamente, que igual observación es aplicable á la palabra aría *i-dea* cuyas relaciones con las primeras no pueden desconocerse si se tiene en cuenta que la *palabra es idea*.

Ahora bien, la filosofía del lenguaje nos ha dicho que atendidas las leyes que informan nuestra vida psicológica, así como aquellas otras que informan la vida psicológica de la naturaleza, no le es dado al hombre sentir el espíritu de Dios, compenetrado y presente en su propio espíritu, ni le es dado, por consiguiente, sentir la Palabra de Dios, compenetrada y presente en su entendimiento, sin sentir su nota musical, el sonido *i*.

generador de todos los demás sonidos del armonium-naturaleza, y aquel, por consiguiente, con el que Dios creó las misteriosas armonías que el alma de Pitágoras percibía en el concierto de los mundos creados. De que se sigue que el sonido *i*, es la Palabra creadora, el *fiat lux* de la Biblia.

Luego, según dicha filosofía, Dios no pudo revelarse á su criatura en toda la plenitud de su ser, y en su esencia, porque Dios no contraviene sus propias leyes, sino que se reveló y quiso revelarse por medio de su Palabra *i*, que emanada de su divino seno, y envuelta en misterioso sonido, cruzó los espacios para penetrar en el entendimiento del hombre, que desde aquel momento quedó iluminado con la idea de la personalidad de Dios, del Yo Divino, y con la idea de su propia personalidad, el yo humano.

Mas la misma filosofía nos enseñó que tampoco le es dado al hombre sentir la palabra de Dios, el sonido *i*, compenetrado y presente en su propio sonido, la interjección de temor *i*, nota musical de su espíritu, sin proferir esta interjección onomatopeya de la Palabra Divina y el sonido generador de todos los demás del armonium-humano; y aquel por consiguiente con el que el hombre creara las maravillosas armonías de su palabra.

Y como esta interjección *i* es, según hemos visto, la expresión de una sensación inconsciente producida siempre y constantemente por excitaciones venidas del mundo exterior y á las que el hombre no puede sustraer su persona, resulta que la Palabra *i*, fué infundida por Dios en el alma del hombre, sin que la voluntad de éste tomara participación de ningún género en dicho acto; como tampoco le toma en la producción de las demás sensaciones. De modo que si la palabra, facultad del alma, es un don, y es un privilegio, este don y este privilegio no son la obra del hom-

bre ni el resultado de aquella ley de selección que trabaja la naturaleza inconsciente, sino la obra de Dios, el autor y el legislador de aquella naturaleza. Mas por lo que respecta al lenguaje hablado, que es el ejercicio de aquella facultad, el lenguaje hablado es obra humana, y de esta obra habrá de dar el hombre cuentas á su Creador, como habrá de dárselas del uso más ó menos legítimo que haga de las demás facultades. De que se sigue que la palabra ha sido *revelada*, sin que por esto deje de ser una obra de arte del entendimiento humano, y el arte por excelencia, puesto que sin la palabra, facultad creadora del alma, ningún otro arte puede ser. Cortado así este nudo gordiano que á tantas polémicas ha dado lugar, prosigamos nuestra tarea.

La misma filosofía nos ha enseñado que la Palabra de Dios, el sonido *í*, no es, ni puede ser en la naturaleza, sino vivificado en la nota musical de la materia, el sonido *a*, con quien naciera, y unida á este sonido en la forma *ℓ* que es la forma característica de todos los sonidos del universo-armonium, y su *conditio sine qua*; á la manera misma que el aliento de Dios ó sea la energía-espíritu de que el sonido *í*, es característica, no es, ni puede ser en la misma naturaleza, sino vivificado en la materia regida, con quien naciera, y unida á la materia en la misma forma *ℓ*, que es la forma característica del ser universo sensible, y de la materia de que está formado.

Pero á la manera que para nuestra razón Dios se une en el universo por El creado sin confundirse con el universo, ni perder su Personalidad, ó sea la facultad que le asiste de emitir nuevas ideas, y encarnarlas en nuevos mundos; así también su Palabra *í*, al unirse con el sonido *a*, para animarlo y vivificarlo, no se confundió con este sonido, ni perdió su virtualidad, ó sea la facultad que reside en Dios de emitir nuevas voces y encarnarlas en nuevos sonidos, que son otros tantos mundos, sino que

se unió en la forma *í*, *ℓ*, que es la forma característica de la Palabra Divina compenetrada y presente en el entendimiento del hombre, y la *conditio sine qua* de su existencia y de su reproducción.

Y en esta forma *í*, será en dicho entendimiento la imagen de la Palabra nacida en Dios-Idea, Dios-Persona, el Yo Divino, pero compenetrada y presente en el alma-idea, alma-persona, el yo humano; mientras que *ℓ* será en el mismo entendimiento la imagen del grito-sonido, nacido en el universo sensible, y compenetrado y presente en el cuerpo humano.

Y como la Palabra *í*, no es, ni puede ser sino vivificada en el grito-sonido *a*, como Dios no es, para su criatura, sino revelado en el universo sensible, ni el alma si no vivificada en el cuerpo; he aquí, que ambas imágenes *í*, *ℓ*, se unen y se completan en el mismo entendimiento para darnos la noción de la Persona de Dios, y la noción de nuestra propia persona, creada por Dios á su imagen y semejanza, esto es, dotada de la facultad de hablar, la palabra *í*, y de los medios necesarios para ejercitar esta facultad, esto es, dotada del grito *a*, nacido en el universo sensible y compenetrado y presente en el cuerpo humano. Y como el alma humana no puede sustraerse al ejercicio de sus facultades, he aquí que el hombre habló y debió de hablar en cumplimiento de las leyes que Dios dictó á su existencia.

La palabra es pues ley de nuestra existencia, y es por consiguiente *natural*, sin dejar de ser *revelada*; mas desconocen su naturaleza, y desconocen su destino, los que suponen con Wittney, 1.º que la palabra no existe *á natura* (psisis), sino por atribución (fisis), esto es, por capricho y por arbitrariedad; y 2.º que el deseo de comunicarse con su semejante ha sido el móvil primero y principal que impulsó al hombre á hablar, cual si de este mismo deseo no participaran á su vez los animales, que también se comunican entre sí, sin que á nadie se le ocurra por eso decir que el

animal habla.

El autor de estas paradojas y verdaderas herejías científicas olvidóse sin duda de los miles de templos que el hombre ha erigido sobre la tierra y de los millones de plegarias que cada día eleva al cielo, pues de otro modo hubiera comprendido que si la religión, prerrogativa del alma humana es el medio por el que la criatura se comunica con su creador, la religión no es ni puede ser sin la palabra. Para deducir de aquí que la palabra no nos ha sido concedida para satisfacer las exigencias de un instinto material, la sociabilidad, (pues que para este fin bastaba con el grito y demás medios de expresión de que al efecto ha dotado al animal), sino para satisfacer nuestras aspiraciones religiosas, para comunicarnos con Dios, é identificarnos con El en cuanto lo permita nuestra pobre naturaleza; para alabarle en fin y para glorificarlo, sea dicho con perdón de cuántos nos escuchan.

Y en efecto, preciso es cerrar los ojos á la evidencia para dejar de comprender lo que tan alto proclama la conciencia humana, esto es, que el hombre no pudo conocer á Dios cuya grandeza espanta, sin sentirse poseído de religioso temor, *religio id est metus* ni pudo tampoco escuchar su santa palabra, sin que inmediatamente surgiera en su pecho un sentimiento, el de la mayor veneración hacia la persona de su Creador, y el creador de los mundos, y en su alma un deseo, el de comunicarse con El, implorando su divina protección y su santa gracia.

Supongamos pues que este deseo nacido en el alma del hombre llegó á su entendimiento y se produjo la idea-Dios, compenetrada y presente, como sabemos, en el alma-idea. Esta idea no podrá producirse, decimos nosotros, 1.º sin que el alma se refleje sobre sí misma, esto es, sobre su yo, 2.º sin que la imagen *i* grabada sobre esta idea, que aun es sensación, se ponga en conmoción, y 3.º sin que esta conmoción trasportada inmediata-

mente al pecho al través de los nervios motores produzca la interjección y el grito *i*. Pues bien, este grito *i*, que emanado del seno del alma humana y envuelto en misterioso sonido cruzó los espacios para penetrar en el entendimiento de Dios, salvando al efecto las distancias que de El nos separan, será la palabra primera que ha salido de los labios del hombre, como la idea de que es expresión es la primera que ha iluminado su inteligencia; y esta palabra primera y primera revelación del yo humano, será una humilde salutación de la criatura á su Creador invocando su santo nombre *i*. De que se sigue que el vivificador de la palabra, Dios, y la palabra por El vivificada, el hombre, tuvieron en la naciente lengua el mismo nombre *i*, característica del Yo Divino y característica del yo humano; y que el primer interlocutor del hombre no fué, como así se cree, su semejante, sino Dios.

Por estas explicaciones se ve que aquel grito inconsciente *i*, onomatopéyica del sonido *i* que el alma del hombre percibió en Dios Espíritu se transformó en su entendimiento en el nombre de Dios que había determinado su producción, y en el nombre del alma-espíritu que había determinado su prolación, á la manera misma que el grito *kuku* escuchado en el cuclillo è inconsciente en su primera prolación, se transformó en el nombre del ser ideal *kuku* que había determinado su producción, y en el nombre de la voz ideal *kuku* que determinara su prolación.

Y no se nos diga que las primeras voces del lenguaje fueron y debieron ser expresivas de cosas concretas, materiales y sensibles, porque los que así opinan confunden á mi parecer el lenguaje interjeccional que llena aquel fin, con el lenguaje hablado que nos ha sido concedido para expresar las cosas inmatrimales, espirituales y suprasensibles.

Es cierto que la noción de la materia sensible es anterior y ha precedido á la noción del espíritu suprasensible, como es también cierto que el espí-

ritu no puede ser conocido sino por medio de la materia; pero también es cierto que para conocer la materia sensible hanos dado la naturaleza la sensación, y para designarla y expresarla la interjección ó grito; mientras que para conocer el espíritu suprasensible hanos dado la idea, y para designarlo y expresarlo hanos dado la palabra; por el grito conocemos la sensación, de que es expresión, y el objeto material que determinó su producción; por la palabra vivificada en el grito conocemos la idea vivificada á su vez en la sensación, y el ser inmaterial vivificado en aquel objeto material que determinó su producción.

Pero así como en el órden material y sensible la noción de la materia es anterior, y ha precedido á la de sus modos de ser; y á las condiciones particulares que reviste en cada uno de nuestros órganos y en cada uno de los cuerpos de la naturaleza; así también la noción del espíritu es anterior y ha precedido á la de sus modos de ser; y á las condiciones particulares que reviste en cada una de nuestras ideas y en cada uno de los seres de la naturaleza; y Dios es el espíritu universal y el Ser de los seres y el alma es el espíritu de nuestro cuerpo y la idea de las ideas. De que se sigue que á la unidad originaria de la materia corresponde la unidad originaria de la sensación y la unidad originaria del grito, como á la unidad originaria del espíritu corresponde la unidad originaria de la idea y de la palabra.

Lo que hay es que el grito *a*, ha precedido á la palabra *i*, como la noción de la materia ha precedido á la noción del espíritu, y la sensación á la idea; y que así como la noción del espíritu se ha vivificado en la materia así también la idea espiritual se ha vivificado en la sensación material, y la palabra *i* en el grito *a*.

Y en efecto hemos visto en otro lugar que la palabra del hombre, el sonido *i*, generador de los demás sonidos del armonium humano no es ni puede ser en su lenguaje sino vivificado en aquel primer grito

de la criatura *a* con quien naciera, y unido á éste en la forma ü que es la forma característica de todos nuestros gritos, y su *conditio sine qua*; á la manera misma que el aliento-espíritu ó fuerza vital de que el sonido *i* es característica, no es, ni puede ser, sino contenida en la materia corporal con quien naciera, y unida á esta materia en la misma forma ü que es la forma característica de nuestra vida sensitiva y del ser sensitivo.

Pero á la manera que para nuestra razón el alma se une al cuerpo por ella vivificado, sin confundirse con el cuerpo, ni perder su personalidad, ó sea la facultad que le asiste de emitir nuevas ideas y encarnarlas en nuevos cuerpos, que son otras tantas obras de arte, así también su palabra *i*, al unirse con el grito *a*, para animarlo y vivificarlo, no se confundió con el grito, ni perdió su virtualidad, ó sea la facultad que reside en el alma de emitir nuevas voces y encarnarlas en nuevos gritos que son á su vez otras tantas obras de arte, sino que se unió en la forma ü , que es la forma característica de la palabra humana y su *conditio sine qua*, como es también la forma característica de la Palabra Divina, de quien aquélla es onomatopeya é imagen.

Y en esta forma *i*, será en nuestro lenguaje la palabra del hombre nacida en el seno del alma-idea, alma-persona, el yo humano, de quien es característica, imagen y nombre, pero compenetrada y presente en Dios-Idea, Dios-Persona, el Yo Divino, de quien es también característica, imagen y nombre, mientras que ü que en el lenguaje hablado suena *a*, será el grito humano, nacido en el cuerpo humano, de quien es característica, imagen y nombre, y compenetrado y presente en el universo sensible, de quien á su vez es característica, imagen y nombre.

Pero como la palabra *i*, no es ni puede ser sino vivificada en el grito humano *a*, su organismo propio y su complemento obligado y necesario;

ni el alma humana (*i*), puede ser sino vivificada en el cuerpo humano *a*, que es su organismo; ni Dios es, ni puede ser para su criatura, sino revelado en el universo sensible, organismo de los mundos; he aquí que ambos gritos ú onomatopeyas *i*, *a*, se unen entre sí, y se completan para constituir el nombre de la Persona de Dios y darnos su noción, y para constituir el nombre de la persona del hombre, y darnos su noción.

La palabra consta, pues, de dos gritos ó acentos expresivos de sus dos naturalezas; tales son, el acento *i*, ó aliento vital, ó fuerza vital, característica de la idea, alma de la palabra y el acento ó soplo de la vida *a*, característica del grito, organismo de la misma; y estos dos acentos ó gritos serán á la palabra hablada del hombre lo que la energía *i* y la materia *a*, de que son onomatopeyas, son al universo creado que es la palabra hablada de Dios, esto es, los generadores de todas las voces del lenguaje humano, y los materiales primeros sobre los cuales ha cimentado el hombre la maravillosa obra de su gramática, como la energía y la materia han sido los generadores de todos los cuerpos de la naturaleza, y los materiales primeros sobre los cuales ha cimentado Dios la maravillosa obra de la creación, que es la *Gramática Divina*.

Yo no sé si nuestras explicaciones bastarán para hacer comprender el consensus que la naturaleza ha establecido entre el hombre y su palabra y entre ambos y el universo creado pero me consta que en este consensus entrevisto por la escuela onomatopeica, y por nuestro Astarloa, deberá fundamentarse la lingüística de mañana, que será á la lingüística de hoy, lo que la física y química actuales son á la alquimia de ayer.

Para concluir añadiremos que nuestra doctrina está calcada en nuestra lengua materna el euskara, de cuyo estudio se deduce en efecto

Que los dos términos de la palabra *i*, *a*, han sido los generadores de todas sus voces, y los materiales primeros sobre los cuales ha cimentado

nuestro pueblo la originalísima obra de su gramática, llamada por esta razón á atraer las miradas de los sabios, los cuales no tardarán en condescender con nosotros de que en dichas humildes onomatopeyas *i*, *a*, se han vivificado, 1.º nuestros pronombres personales *n-i* (yo), *i* (tu), *a* (él ó ella), generadores de todos los demás pronombres, 2.º nuestros apelativos *kuku* (*i*), *kuku-a*, *giron* (*i*), *giron-a*, generadores de todos los demás nombres y sus artículos, y 3.º los auxiliares, el llamado pasivo ó verbo sustantivo *i-z*, y el activo *a-u*, generadores de todos los demás verbos, cual así lo hemos demostrado en las análisis que hemos practicado y volveremos á hacerlo en su lugar.

Por ahora vamos á dedicar algunos párrafos para demostrar, 1.º que el problema de la palabra es fácil de resolver por las vías de la inducción y del raciocinio; 2.º que si el lingüista no ha conseguido este resultado, ni ha sabido hallar los dos términos de que consta la palabra, se debe principalmente á que en sus teorías sobre los orígenes del lenguaje, se aparta á menudo de los preceptos de la razón, y de los principios mismos que dice profesar, y 3.º que nuestra doctrina se ajusta á aquellos preceptos y á aquellos principios.

El problema de la palabra ante el raciocinio.

La lingüística moderna, se nos dice, (Winson) se diferencia de las especulaciones de lo pasado, en que esta ciencia completamente moderna ha reconocido y proclamado que existe lo que llamamos la *vida del lenguaje*; esto es, que el lenguaje humano semejante en esto al globo que habitamos, es un gran organismo en vías de desarrollo, y que dentro de este organismo las lenguas y sus voces nacen, crecen, se desarrollan, degeneran y mueren, como nacen, crecen, se desarrollan y mueren los seres y las especies dentro de aquel otro organismo á que llamamos mundo. De que se sigue que la ley misma que rige la vida del universo y de los seres que en él habitan, debe de regir también la vida de las lenguas y de sus voces.

Es así, decimos nosotros, que la vida es siempre y constantemente el producto nacido de la unión de los dos principios activo y pasivo, masculino y femenino, que concurren á la misteriosa obra de la generación; luego según esto el lenguaje humano es y debe de ser á su vez el producto nacido de la unión de los dos principios activo y pasivo, masculino y femenino, que concurren á la misteriosa obra de su generación.

Y estos principios que para el mundo que habitamos son la energía *z*, ó sea el aliento de Dios, y la materia *a*, ó sea su soplo; son y deben ser para el lenguaje humano el aliento vital ó la interjección *z*, y el soplo de la vida ó el grito *a*. De lo contrario, el paralelo arriba citado sería falso.

Es así, volvemos á repetir, que los seres nacen los unos de los otros por generaciones que se remontan de ascendiente en ascendiente, hasta llegar á aquella primera pareja que no habiendo tenido antecesor ninguno de quien nacer, tuvo que nacer en Dios (*z*), animado y vivificado por su Divino soplo (*a*); luego los seres á su vez han debido nacer los unos de los otros por generaciones que se remontan de igual modo hasta llegar á aquella primera pareja y primer viviente de la lengua que no habiendo tenido antecesor ninguno de quien nacer, tuvo que nacer en Dios (*z*), animado y vivificado por su soplo (*a*).

De que se sigue que las lenguas y sus voces como los seres, de quienes son imágenes, tienen su origen primero en el cielo y viven en la tierra, sujetas las primeras á las leyes que Dios dictó á nuestra inteligencia, y sujetos los segundos á las que el mismo Dios dictó á su existencia.

Y así como en aquella primera pareja ó primer viviente se contenían virtualmente cuantos se han sucedido después, así también en aquella primera pareja ó primer viviente de la lengua se contenían y debían contenerse virtualmente la innumerable serie de voces que se han sucedido después; de que se sigue que la unidad en la variedad, que es la ley de la naturaleza, es también, y tiene que ser, la ley del lenguaje; de modo que el lingüista debe comenzar por establecer esta unidad si quiere mostrarse consecuente con sus principios, y esto no lo ha hecho hasta la fecha.

Los seres durante su período embrionario se nutren y alimentan de la sustancia de sus padres y progenitores, que son su propia sustancia, y en su vida de relación de los materiales que les suministra el mundo que les rodea; luego las lenguas y sus voces en su período embrionario deben de nutrirse á su vez de la sustancia de sus padres y progenitores, y en su vida de relación de los sonidos que les suministra el mundo que también

les rodea. Y así como no existe ningún lazo orgánico interno y necesario entre el ser y los materiales de que se nutre, en el mero hecho de que cualquier otro alimento entre los millares de que el hombre dispone, y los millones que produce la tierra, hubiera podido servir para el mismo fin; así tampoco existe ni puede existir ningún lazo orgánico interno y necesario, ninguna solidaridad ni predestinación, entre las lenguas y los sonidos de que se nutren, en el mero hecho de que cualesquiera otros sonidos entre los millares que el hombre conoce y los millones de que puede disponer, hubieran podido servir para el mismo fin,

Pero como sería un insensato el que fundándose en tales razones pretendiera deducir de ellas que la nutrición y el crecimiento de los seres son actos arbitrarios y puramente convencionales, así también sería un insensato el que apoyándose en iguales razones pretendiera deducir de ellas que la nutrición y el crecimiento de las lenguas es también un acto arbitrario y convencional.

Y sin embargo en este absurdo incurre uno de los mas ilustres representantes de la lingüística moderna Wittney, que partiendo del falso supuesto de que entre la palabra y la idea no existe ningún lazo orgánico interno y necesario, cual así lo demuestra el que una misma idea se expresa por voces diferentes en cada una de las lenguas habladas, y viceversa cualquiera voz es idonea para expresar ideas muy distintas, se expresa en los siguientes términos.—Podemos afirmar con seguridad completa que toda voz heredada es arbitraria y convencional; *arbitraria* porque cualquiera otra voz entre los millares de que el hombre dispone, y los millones de que aun puede disponer, hubiera podido servir para expresar la misma idea; y *convencional*, porque la razón de emplear aquella mas bien que otra cualquiera, no es otra que la de que la sociedad á que el niño pertenece la ha adoptado ya. Y encariñado con estas ideas

añade en otro lugar—La diferencia esencial que separa los medios de comunicación que tiene el hombre, de los medios de comunicación que tiene el animal, consiste en que estos medios en el primero, son completamente arbitrarios y convencionales, mientras que en el último son instintivos.—Pruébalo así el solo hecho de que para cada objeto, cada acto y cada cualidad hay tantos nombres, cuantas son las lenguas habladas, y que todos los nombres valen y pueden ser sustituidos los unos á los otros.—Hoy hay pues en el mundo una sola palabra de la cual pueda decirse que existe *ipsis* por natura, sino que cada una llena su cometido *ipsis* por atribución, &c.

Y el caso es que nadie ha podido refutar científicamente al sofista inglés que tan lamentablemente confunde el vocabulario, que es el organismo de las lenguas, con los sonidos de que se nutre, y que son su alimento, sin poder comprender lo que con tanta claridad saita á la vista de todos, esto es, que los sonidos una vez asimilados llegan á formar una parte integrante y constitutiva del vocabulario que los ha asimilado, y no pueden ser violentamente arrancados de él, sin que la lengua perezca. Y esto lo sabe muy bien Wittney que en otro lugar se ocupa de la importancia del individuo y aun de la sociedad misma para modificar á su antojo y capricho su propia lengua.

Es cierto que los vocabularios se renuevan en cierto lapso de tiempo pero no por capricho, qual supone Wittney, sino como se renueva la materia de nuestro cuerpo, esto es, sin que el individuo tenga de ello conciencia y en cumplimiento de las leyes que presiden la vida nutritiva de las lenguas no menos reales y efectivas, que aquellas que rigen nuestra vida nutritiva. Tampoco es lícito, añadimos nosotros, decir con el mismo lingüista que el hombre eligió la palabra, y no la mimica, como medio de expresión, por ser mas facil y cómodo, como no es lícito decir que eligió

los pies para andar, los ojos para ver y la cabeza para pensar; ni puede tampoco decirse que el lenguaje humano es como una institución cualquiera, pues alguna diferencia media y debe de mediar entre la palabra que siendo la obra de Dios, vive en el hombre, y las instituciones que siendo la obra del hombre viven fuera de él. Pasemos á otro punto.

Astarloa que profesando otras doctrinas, es entre los lingüistas el que mejor y mas lógicamente ha demostrado la existencia de una lengua primitiva, natural, orgánica y fisiológica cuyos vestigios se encuentran en todas las que se hablan sobre la tierra, dice en sus Discursos Filosóficos.—Que no pudiendo el hombre conocer las cosas, entes y objetos, sino por medio de lo sensible, ni conocer tampoco la naturaleza de las sustancias sino por medio de sus cualidades,—las primeras voces del lenguaje fueron y debieron ser expresivas de cualidades y pertenecian por consiguiente á la categoría de los actuales adjetivos y estas mismas ideas reproduce Mr. Regnaud en el tratado que le fué premiado por la Academia de Paris. Pero como los adjetivos son inhábiles para dar al nombre su ser y su vida sin abierta contravención de toda regla gramatical, y de toda prescripción lógica, nuestro paisano creyó salvar la dificultad diciendo—que dichos calificativos se transformaron en los nombres de las cosas calificadas por la figura llamada antonomasia—sin reparar que al emplear esta figura, cual sucede, por ejemplo, cuando llamamos á Cicerón el Orador Romano, el calificativo empleado alude á cualidades que un día estuvieron vinculadas en un sujeto vivo, mientras que en la imaginada lengua de nuestro paisano las cualidades carecen de sujeto y los adjetivos de nombre, lo que bien considerado es el mayor de los absurdos.

Y sin embargo, sabía muy bien Astarloa que las cualidades ó no son tales, ó deberán hallarse vinculadas en el sujeto de quien dimanar, y

siendo Dios, añadimos nosotros, el sujeto de quien dimanar y á quien vuelven cuantas cualidades puede el hombre concebir, con su mente y expresar por medio de la voz, el generador de todos los seres y la esencia última de todas las cosas, es claro que las cualidades de que habla Astarloa aludían y debían aludir al sujeto de quien dimanar, *Dios*, y los adjetivos expresivos de aquellas cualidades á su *nombre*, puesto que Dios no existe en las lenguas sino mediante su signo. De que se sigue que en las teorías de Astarloa lo mismo que en la nuestra el nombre de Dios ha precedido á todas las voces cual el sujeto precede a sus cualidades, y que este nombre ha sido además el solo nombre sustantivo de la lengua, como ha sido también la sola palabra y el solo verbo. Mas Astarloa, aunque muy lógico, no pudo sorprender la palabra ni pudo, por consiguiente, sorprender los orígenes del lenguaje, porque no tuvo quizá bastante valor para arrostrar las conclusiones que se deducian de su misma lógica, y lo que decimos de Astarloa puede aplicarse á los demás lingüistas.

En efecto, sábase muy bien que la palabra no es tal por el grito en que se vivifica, sino por la idea contenida en el grito; como el hombre no es tal por el cuerpo en que se vivifica, sino por el alma alojada en el cuerpo; y que así como nadie pretende buscar en el cuerpo, sino en el alma, el principio de nuestra existencia; así también nadie pretende, ni debe pretender, buscar en el grito común al hombre y al animal, sino en la idea, el principio de la existencia de la palabra.

Si pues la palabra es la característica fundamental que separa y distingue la persona del hombre de los demás seres creados, la razón de esta diferencia radica y debe de radicar no en el grito, sino en la idea en él contenida; de modo que esta idea es y debe de ser la característica que separa y distingue el alma racional del hombre de la irracional del bruto.

¿Y cual es en nuestro entendimiento esta idea, prerogativa del alma humana y su característica? El *yo*, esto es, la afirmación que el hombre ha hecho de su propia existencia.

¿Y cual es en el mismo entendimiento la idea, prerogativa del hombre y alma de su palabra, aquella sin la que ninguna otra podrá ser, y la misma que se halla contenida en todas nuestras voces cual el alma se contiene en todos los órganos de nuestro cuerpo, y cual Dios se contiene en todos los seres de la naturaleza? El mismo *yo*, que es en efecto, la idea madre y fundamental de que nacen y á que vuelven todas las demás ideas, la idea por excelencia y la sola idea humana, como Dios, de quien el alma humana es imagen, es el Ser de quien nacen y á quien vuelven todos los demás seres, el Ser por excelencia y el único Ser.

Luego según esto, este humilde pronombre personal *yo* ha sido y ha tenido que ser la palabra primera que ha salido de los labios humanos puesto que sin él ninguna otra hubiera podido ser, y esta palabra primera ha sido la afirmación que el hombre ha hecho de la existencia de Dios y de su propia existencia por medio de su grito. Por donde se vé que solo por el raciocinio puede el hombre sorprender la palabra primera que salió de sus labios y responder a la pregunta que en solemne ocasión formuló un Académico de París en los siguientes términos:—cómo debió el hombre empezar á hablar=Pero hay más, y es que siguiendo el mismo procedimiento podemos también sorprender los dos términos de que constaba y debía constar necesariamente aquella primera palabra.

En efecto, sábase que es tal la indole y la esencia del lenguaje, que este nada puede afirmar sino mediante un grito que ha de ser precisamente la característica de la afirmación hecha; como se sabe también que la palabra consta de dos afirmaciones 1.^a la de que es tal por hallarse animada y vivificada por una idea no importa cual, pero de la que ninguna

de ellas puede carecer si ha de merecer aquel nombre, y como sin la idea la palabra no puede ser, resulta que dicha afirmación es la característica y la *condición sine qua* de la palabra (y nosotros sabemos que la característica de esta afirmación es la interjección *¡* ó aliento *¡vital!*); 2.^a que la idea de la palabra se revela en el grito, y como sin esta revelación en el grito la idea no sería conocida y la palabra no puede ser, resulta que esta segunda afirmación es tan necesaria como la primera al concepto que nos merece la palabra (la característica de esta segunda afirmación es el grito *a* ó soplo de la vida; y recuerde el lector que la interjección *¡*, esto es, la palabra, no sería á su vez conocida si no se vivificara en dicho grito *a*).

Luego según esto, la palabra consta y debe de constar de dos gritos característicos de las dos afirmaciones en ella contenidas si los principios arriba enunciados han de ser verdaderos y como el nombre sin dejar de ser palabra es un grito particular diferente de las demás voces, resulta que el nombre consta y debe de constar de tres gritos expresivos de las tres afirmaciones en él contenidas; tales son 1.^a la idea particular diferente de todas las demás representada por el nombre *kuku gizon*, 2.^a la idea general contenida en todas las voces y representada por la palabra *¡*, característica y *conditio sine qua* de toda palabra y generadora de las demás, y 3.^a el grito en que se vivifican ambas ideas, así la particular como la general, representado por el grito humano *a*, de que nacen y en que se producen todos los demás gritos.

Es cierto que el nombre en las lenguas habladas está formado de una sola voz pero tambien es cierto que toda voz viva forma una parte integrante y constitutiva de la lengua á que pertenece y como la palabra está representada en cada pueblo por la lengua que habla, resulta que toda voz para ser tal, tiene que hallarse animada y vivificada por la idea de la

palabra y formar una parte integrante y constitutiva del organismo de la misma, representado á su vez, por el vocabulario de las lenguas. Por esta razón las voces de una lengua son gritos sin valor fuera de ella. Así pues, toda teoría que no se ajuste á los principios enunciados es y debe ser falsa y errónea y en este caso se hallan cuantas se han inventado hasta el día y de ello vamos á dar una nueva prueba.

En efecto, los lingüistas convienen en que la interjección ha sido indudablemente la progenitora ó antecesora de la palabra; mas cuando se preguntan ¿cómo se operó esta transformación del grito interjección en la palabra hablada? olvidanse

Que la interjección, grito inconsciente é instintivo, no se elevó, ni pudo elevarse á la categoría de la palabra, consciente é intelectual, sin sufrir en su estructura material y orgánica, cambios análogos á aquellos que sufrió en su modo de ser, y en su signado, á la manera misma que en la naturaleza el animal, ser inconsciente, no se elevó, ni pudo elevarse á la categoría del hombre, ser consciente é intelectual, sin sufrir en su organismo material y sensible, cambios análogos á aquellos que sufrió en su espíritu; y á la manera también que el inocente niño, ser inconsciente á su vez, no pasa de la edad de la inocencia, á la edad de la razón, sin sufrir cambios análogos, lo mismo en su alma, que en su cuerpo.

Y sin embargo tales cambios tienen su razón de ser en uno de aquellos principios axiomáticos que se imponen á nuestra inteligencia con la misma irresistible fuerza que una verdad matemática, y cuyo enunciado es como sigue:—Ninguna de las cosas que son, y viven, llámense seres, ó llámense ideas, pasa, ni puede pasar, de un orden dado *O*, á otro diferente *O'*, sin sufrir un cambio que ha de ser precisamente la característica del tránsito efectuado—y la interjección al elevarse á la categoría de la palabra hablada, ha pasado del orden sensitivo en que naciera, al orden

intelectivo en que se produce la palabra.

Y no se nos diga que lo que sucede en la naturaleza, y sucede también en nuestro pensamiento, puede, sin embargo, no suceder en el lenguaje, expresión de aquel pensamiento, porque contra estas dudas que atormentan el espíritu del lingüista mas de lo que sería de desear para el progreso de la ciencia, protestan los hechos confirmados y por todos reconocidos.

En efecto, sábase que las lenguas, sin escepción de ningún género, señalan todo cambio en el estado del sujeto lo mismo que en el signado de la voz, por medio de partículas, letras ó sílabas á que se ha dado el nombre genérico de características. Así por ejemplo, el paso del indefinido *gizon* (hombre) al definido *gizon-a* (el hombre), señala el euskara por medio de la vocal *a*, onomatopeya de la materia sensible siempre *definida* por la precisión de sus formas y por su situación; el paso del sujeto paciente *gizona* al agente *gizona-k*, por medio de la *k*, signo de actividad, y grito característico del varón, sujeto agente de la generación; la posesión *gizona-n* (del hombre) por la *n*, nota de posesión y de sujeto posesor en nuestro lenguaje natural; la recepción *gizona-ri* (á ó para el hombre) por la *i*, característica, como sabemos, del ser en pasividad; y la pasividad es la condición previa y la condición obligada de toda recepción; la pluralidad *gizon-en* (de los hombres); *gizon-e-gaz* (con los hombres); *gizon-a-gaz* (con el hombre); *dauka* (lo tiene) *dauk-e* (los tienen) con la *e*, grito de la mujer, instrumento de la reproducción ó pluralización, &c., y así sucesivamente en todos los demás casos.

¿Cual ha sido pues, en el lenguaje humano, preguntamos nosotros aquella característica que señaló el tránsito de lo inconsciente á lo consciente, del animal al hombre y del grito á la palabra?

Tal es la pregunta que debe dirigirse todo el que pretenda sorprender

la misteriosa vivificación de la palabra humana, y esto no lo conseguirá seguramente el que suponga con Wittney—que la palabra nació el día en que un grito arrancado por ejemplo por el dolor, fué luego reproducido por el hombre, pero no ya instintivamente, sino deliberada é intencionadamente y con el propósito de dar à entender à su compañero *yo sufro, ó he sufrido*, y cuando al expresarse así fué entendido de éste.—Pues prescindiendo de que antes de que dijera el hombre *yo sufro*. Había dicho *yo soy*, y no por mi voluntad, sino por la de Aquel que me ha criado afirmando de este modo la existencia de Dios y su propia existencia, es lo cierto, que no le es dado al hombre alterar el orden de las cosas con sola su intención, pues tal empresa tan solo está reservada à la omnipotencia de Dios; y lo que decimos de Wittney es aplicable à todos los lingüistas sin excepción, porque ninguno de ellos ha sentido la necesidad de la característica que hemos señalado à la atención del lector.

Procuremos pues evitar este escollo consignando una vez más que el grito no es la palabra, sino el organismo en que la palabra se vivifica, como el cuerpo no es el hombre, sino el organismo en que éste se vivifica; y que así como el hombre no hubiera venido à la vida de la naturaleza si Dios no hubiera infundido en el barro de que le formó, la idea humana, que es el alma racional, y juntamente con esta idea la forma propia de la misma *I*, *U*, que es la forma y la figura humana; así también la palabra no hubiera venido à la vida de las lenguas si el hombre no hubiera infundido en su grito *a*, la idea de la palabra, que es el *yo*, y juntamente con esta idea, la forma propia de la misma *I*, *U*, que es la forma de la palabra, que difiere del grito *a*, tanto como el hombre difiere del animal.

La diferencia consiste en que al Creador de los mundos le bastó con sola su voluntad para infundir la idea humana en el barro de que formó

el hombre; mas el hombre que no es creador no pudo infundir la idea de la palabra en su grito con sola su voluntad, y cual Dios infundió el alma humana en el cuerpo, como tampoco puede infundir la idea de la estatua en el mármol con un *fiat*, y este semil nos invita à trasladar la cuestión à su verdadero terreno que es el de las artes entre las cuales figura en efecto la palabra como primera y principal.

Colocándonos pues en este terreno, el más favorable à nuestro propósito, repetiremos que el grito no es la palabra, sino la materia de que ha sido fabricada, como el mármol no es la estatua sino la materia de que esta se fabrica; y así como la estatuaria no hubiera venido à la vida de las artes, si el escultor no hubiera infundido en el mármol *a*, la idea de la estatua de que aquel carecía, y que es la idea humana *i*, y juntamente con esta idea la forma propia de la misma, que es la forma y figura humana *I*, *U*; así también la palabra no hubiera venido à la vida de las lenguas, si el hombre no hubiera infundido en su grito *a* la idea de la palabra *i*, de que este carecía, y que es à su vez la idea humana, el *yo*, y juntamente con esta idea la forma propia de la misma que es también *I*, *U*.

Para mejor comprender estas analogías, obsérvese que así como la imagen humana *i*, característica de la idea del escultor, no es, ni puede ser en la escultura, sino contenida y vivificada en el mármol *a*, y unida al mármol en la forma *U*; así también la palabra humana el sonido *i*, no es, ni puede ser, sino contenida y vivificada en el grito *a*, y unida à éste en la misma forma *U*.

Pero à la manera que la palabra-idea *i*, al unirse con el grito-sensación *a*, para animarlo y vivificarlo, y vivificar la palabra, no se confunde con el grito-sensación, ni pierde su virtualidad, ó sea la facultad que reside en el alma, de emitir nuevas voces, y encarnarlas en nuevos gritos, que son

otras tantas lenguas; así también la imagen-idea *á* al unirse con el mármol *α* para animarlo y vivificarlo y vivificar la estatua no se confunde con el mármol, ni pierde su virtualidad, ó sea la facultad que reside en el alma del escultor de emitir nuevas imágenes y esculpiras en nuevos mármoles, que son otras tantas obras de arte, sino que se uné en la forma *Ī*, *Ⓐ* que es la forma característica de la palabra humana, como es también la forma característica de toda obra de arte del entendimiento humano, comenzando desde el hacha de piedra del hombre prehistórico, y concluyendo por los grandes monumentos y las maravillas de la ciencia moderna.

La diferencia que media entre la palabra y las demás artes consiste en que la palabra es obra de Dios, y vive en el hombre; mientras que las demás artes son obra humana y viven en la naturaleza; pero así como no es dado al hombre infundir la idea de la estatua en el mármol con sola su intención, y cual Dios infunde el alma en nuestro cuerpo, así tampoco le es dado infundir la idea de la palabra en el grito, con sola su intención; el escultor necesita del cincel y del martillo; el artista de la palabra de su aparato fonético; el primero extrae de la naturaleza las herramientas y el mármol sobre el que trabaja; el segundo, lleva dentro de su organismo las herramientas y la materia sobre que trabaja: la palabra es ley ineludible de nuestra existencia; las artes son el complemento de la palabra, pero no ley ineludible de nuestra existencia.

Réstanos hacer una observación que interesa á nuestro propósito de ocuparnos del consensus que la naturaleza ha establecido entre el hombre y el mundo en que habita y entre ambos y el lenguaje hablado.

El lector recordará que el nacimiento señala en el hombre el tránsito de su vida vegetativa á su vida sensitiva y este tránsito se anuncia en el recién nacido por la prolación del grito *α*, ó soplo de la vida, característica del sensorio, de la sensibilidad y de la vida sensitiva. Pues bien, la presencia del animal señala y marca en la naturaleza el tránsito de su vida vegetativa á su vida sensitiva y este

tránsito se anuncia por la entrada en la escena y la aparición en el animal del sensorio y de la sensibilidad de que dicho grito humano *α* es onomatopeya.

La edad adulta ó de la razón señala y marca en el hombre el tránsito de su vida sensitiva á su vida intelectual y este tránsito se anuncia en el hombre por la aparición de la palabra *Ī*, *Ⓐ* característica de la idea de la personalidad de Dios, el Verbo de la naturaleza y de la idea de la personalidad humana, el verbo de la tierra.

La presencia del hombre señala y marca en la naturaleza el tránsito de su vida sensitiva á su vida intelectual que coincide con la edad adulta del globo, y este tránsito se anuncia en la naturaleza por la aparición de la palabra *Ī*, *Ⓐ* característica de la idea de la personalidad de Dios, el verbo de la naturaleza y de la idea de la personalidad del hombre, el verbo de la tierra, & &

La gramática euskara y su vocabulario se han vivificado en la Palabra *i, a*.

Formación de su pronombre personal *ni, (yo) i, (tu) a, (á él ó ella)*.

Acabamos de probar en los párrafos anteriores que la palabra humana *i, a*, onomatopeya de la Palabra Divina *i, a*, ha sido en su primera aparición el nombre mismo de la Persona de Dios, de quien es característica, expresión é imagen, y el nombre también de la Persona del hombre, de quien á su vez es también característica, expresión é imagen, y que este nombre lo mismo que los actuales apelativos euskaros se componía de dos términos ó factores; el indefinido *i*, nombre ideal y sugetivo ó nombre propiamente tal; y el definido *a*, nombre ideal-real, sugetivo-objetivo ó nombre completado de la persona.

El primero ó indefinido *i*, ó nombre propiamente tal, comunicaba, según hemos visto, la idea de *Dios-Persona, Dios-Verbo, el Yo Divino*, abstracción hecha del universo sensible en que se nos ha revelado, y tal como le concibe nuestra mente antes de la aparición de los mundos por Él creados; y la idea además del *hombre-persona, hombre-palabra, el yo humano*, abstracción hecha de lo sensible en que se nos revela, y tal y como le concibe nuestra mente en el seno de Dios; de que se sigue que este nombre *i*, tenía en la naciente lengua el mismo valor y el mismo significado que tienen en todas las lenguas, los dos primeros pronombres *yo, y tu*, que nos comunican en efecto. La misma idea, como así lo hemos probado en otro lugar, siendo de notar que estos dos pronombres están representados en el euskara actual por las voces *n-i* é *i*, formadas como se vé por la vocal *i*, onomatopeya y el nombre ideal de la persona, cual si para explicar su especial estructura hubie-

ramos inventado nuestra teoría lingüística. Véase en el lugar citado el análisis que hemos hecho de los pronombres personales.

El segundo ó definido $\Omega = \mathcal{A}$, nombre ideal-real, sugetivo-objetivo, ó nombre completado, comunicaba, cual así lo sabe el lector, la idea de *Dios-Persona, Dios-Verbo, el Yo Divino*, revelándose y completándose para su criatura en el universo creado su obra, esto es, en plena actividad, en plena posesión y dominio de dicho universo creado, y la idea también del *hombre-persona, hombre-palabra, el yo humano*, revelándose y completándose en el lenguaje hablado su obra, esto es, en plena actividad, en plena posesión y dominio de dicho lenguaje; y tenía por consiguiente el mismo valor y el significado mismo que tiene el pronombre de tercera persona *él ó ella*, que en todas las lenguas comunica la misma idea, y está representado en el euskara por la misma vocal *a*, cual si esta humilde lengua, volvemos á repetir, hubiera sido imaginada por nosotros para cohesionar nuestra doctrina. Véanse las análisis citadas arriba.

Como se vé por las precedentes explicaciones la persona de Dios, y la persona del hombre, tuvieron en la primera eclusión de la palabra humana el mismo nombre *i*, é importaba, por consiguiente, al hombre distinguir y separar su propia persona, de la persona de Dios, su primer interlocutor, y de la persona de su semejante, confundidas en su origen, bajo la común denominación de *i, a*.

Pues bien, para subvenir á esta necesidad y para remediarla, vemos nosotros que el pueblo euskaro antepuso á la palabra nombre *i* (*yo y tu*), la consonante *n*, nota de posesión y de sugeto posesor en nuestro lenguaje natural, pero también nota de humildad y de inpotencia, por ser el grito de la mujer en los grandes trabajos á que vive sujeta por su sexo (*éne* en el euskara significa *¡ay de mí!*, *¡infeliz de mí!* y también *mio mia*) y derivó el pronombre actual de primera persona *ni* (*yo*) que lit. significa mi humilde persona ó palabra. Entonces la primitiva *i*, restringida en su primera acepción por la aparición de la nueva característica, quedó limitada para expresar la segunda persona el *tu*, que no es

que no es en resumen otra cosa, que el *yo* que percibimos en la persona de nuestro interlocutor; y $\Omega = \mathcal{O}$ (el ó ella) para la tercera, que es aquella de quien se habla.

Así nacieron nuestros pronombres personales $\mathcal{N}i$, i , $\alpha = \mathcal{O}$, cuyas huellas halló Astarloa en las lenguas habladas en ambos mundos y por todas las razas para demostrarnos con este hecho que pertenecen á aquella lengua primitiva natural, orgánica y fisiológica, hablada por nuestros primeros padres y que forma hoy mismo el fondo común de cuantas se hablan en la tierra.

Pues bien, á los datos aportados por nuestro paisano y que el lector ha visto en otro lugar, vamos ahora á añadir otros nuevos y no menos importantes, demostrando por medio del latín y de las lenguas arias, menos afines al euskara, que las semíticas y turanianas, que los citados pronombres *ni*, *i*, *a*, han sido ¿quién lo dijera? los generadores directos de cuantos se registran en el grupo de lenguas arriba citado ó sea el grupo caucásico. Pasemos pues á esta prueba.

El pueblo euskaro, arrastrado sin duda, por ese impulso irresistible que siente el hombre de imprimir en su palabra toda la energía de su alma apasionada, añadió á los pronombres citados la vocal *u*, onomatopeya del vacío que llena, sin embargo, la inmensidad del espacio, y debe á esta circunstancia las funciones altamente encomiásticas que ha desempeñado en la lengua humana, y derivó por su medio tres nuevos pronombres que nuestros gramáticos llaman y con razón, intensivos, y de los cuales diremos nosotros que en su día señalaron el tránsito del singular al plural.

Tales son, 1.º *ni-u*, y por eufonía y armonía vocálica *neu* (*yo*) que lit. significa *yo* (*ni*), con el espacio (*u*), que abarco, esto es, con todo lo que poseo, valgo y puedo. (Obsérvese que *eu* pertenece al número de los diptongos que el euskara no elide porque se profieren de un solo golpe de aliento, y á los que Astarloa llama por esta razón legítimos; y que *i-u* pertenece á los diptongos que el euskara elide porque en su prolación el aliento se interrumpe y se corta para pronunciar ambas

letras *i*, *u*, separadamente, y á los que por esta razón el mismo Astarloa llama ilegítimos). 2.º *i-u* por eufonía *eu* (*tu*) que lit. significa *tu* (*i*), con el espacio (*u*), que abarcas, esto es, con todo lo que posees, vales y puedes, (el poder y la grandeza del ser se mide por el espacio que abarca y á que se extiende su actividad, y esto lo mismo para el hombre civilizado que para el hombre de la naturaleza). 3.º *a-u* (el ó ella) que significa lit. *el* (*a*), con el espacio (*u*) que abarca, esto es, con todo lo que posee, vale y puede: este último recibe el tenso, *ra*, y se transforma en *aura* (él ó ella).

Para pluralizar estos pronombres, el pueblo euskaro sustituyó la inicial *n*, del intensivo *neu* de la primera persona, con la consonante *g=k*, exponente del plural de nuestra declinación=*gizona* (el hombre), *gizona-k* (los hombres), y característica de varón, principio generador, y el dueño, además, y el jefe de la familia, y derivó de este modo el pronombre *g-eu* y contraído *gu* (nosotros) y lit. «yo con toda mi familia y con todo lo que valgo.» &c.

Unió al intensivo de la segunda *eu* (*tú*) la sibilante *s=sh*s exponente de plural en nuestra conjugación y la onomatopeya del ser espiritual y de sus movimientos, y por ende del modo y forma en que se efectúa su nacimiento y pluralización, y derivó el pronombre *s-eu* (vosotros) y contraído *zu* (vosotros). Por último unió á la tercera *a* (él ó ella) el signo completado del plural euskaro *ek*, emblema de la generación, como formado por la unión de la *e*, grito de la muger, con la *k*, que lo es del varón, é interponiendo entre este signo y el pronombre *a* la letra de ligadura *r*, derivó el plural *a-r-ek*, (ellos, ellas), = *a da* (él es): *arek dira* (ellos son) = unió al intensivo *au* el mismo signo *ek* é interponiendo la letra de ligadura *b*, derivó el plural *abek* (ellos, ellas) poco usado; para pluralizar la variedad *aura* (él ó ella), cambia en *e*, signo de plural, la *a* del diptongo *au*, añádele además la *k*, signo pluralizador á su vez, *gizona* (el hombre) *gizona-k* (los hombres), y derivó de este modo el plural *eurak* (ellos, ellas), que se distingue por una excepción que no alcanza á los demás nombres, no solo del paciente singular

aura, sino también del agente *aurak* (él ella), que en los nombres se confunde con el plural=*gisona-k* (el hombre, sujeto agente); *gisona-k* (los hombres).

Por último, el euskaro unió á los pronombres arriba analizados la consonante *ð*, signo de actividad y característica de varón, sujeto agente de la generación, cual así lo sabemos, y derivó los pronombres agentes *ni-k*, *neu-k*, (yo); *i-k*, *eu-k*, (tú); *a-k*, *aura-k*, (él, ella); *geu-k*, *gu-k* (nosotros); *zeu-k* *su-k*, (vosotros); *ar-ek*, *eura-k*, (ellos, ellas), cuya estructura nos importa conocer.

Además tiene en su conjugación nuestra lengua algunos pronombres afijos que importa también conocer, porque en ellos verá el lector bosquejados y diseñados un grupo numeroso de pronombres libres de las lenguas arianas, cual el fisiólogo vé en el muñon del feto el diseño y el bosquejo de los órganos que más tarde han de formar la mano y dedos libres del niño.

Tales son: 1.º la *d*, característica de las terceras personas pacientes del presente de indicativo de todos nuestros verbos; ejemplos: *d-an*, (lo ha); *d-ar-z*, (los ha); *d-au-ka* (lo tiene); *d-anka-s* (los tiene); *d-a* (lo es); *dira* (lo son) &. 2.º la *i*, característica de las terceras personas pacientes de nuestro subjuntivo, ejemplos *i-üz* (lo sea); *i-üz-a-s* (los sean); *ba-i-üz* (si lo sea); *ba-i-üz-a-s* (si los sean); *i-ei* (lo haya, ó lo sea); *i-ei-s* (los haya ó los sean); *ba-i-en* (si lo haya) *ba-i-en-s* (si los haya) &. 3.º la *k*, característica de segunda persona singular varón; = *no-k* (me has, tu varón); (*no-n* me has, tu mujer); *nago-k* (me estoy, tu varón); *nago-n* (me estoy, tu mujer); *nakar-k* (me traes, tu varón); *naka-n* (me traes, tu mujer) &. y 4.º la *T*, característica de sujeto agente y recipiente de primera persona de singular del presente de indicativo; ejemplos *au-t* (te he yo) *do-t* (lo he yo); *auka-t* (te tengo yo); *dauka-t* (lo tengo yo); *deus-t* (me lo ha, á mí); *ja-t* (se me es, á mí); &.

Adviértase que ninguno de estos pronombres afijos es tal por su signado. (puesto que en este concepto son partículas de relación que expresan los estados de la persona y no la persona misma) sino por su incorporación al verbo, y por

las funciones que dentro de él ejercen; y sin embargo, estos pronombres *per accidens* engendrarán en las lenguas arias un grupo numeroso de pronombres libres, cuya razón de ser no puede conocerse sin conocer la gramática euskara y conocer dentro de esta las leyes que han presidido á la constitución definitiva de sus pronombres, semejantes seguramente á las que presiden á la formación de los tejidos vivos.

En efecto hemos visto que la consonante *n* que por su signado es nota de posesión y de sujeto poseedor=*gisona-n* (del hombre); *jaubia-n* (del dueño y señor)= al unirse con la característica *á natura*, de la persona *i*, y con su derivada *eu*, para formar la primera de singular *ni-i*, *n-eu*; transformóse de hecho, y en virtud de esta unión, en la característica de dicha primera persona, que en efecto se distingue de la segunda *i*, *eu*, por la presencia de la consonante *n*. Pues bien, esta consonante allegadiza una vez que hubo adquirido el nuevo carácter, obrando como antagonista, concluyó por suplantarse á la característica natural *i*, *eu*, que le vivificara para sus nuevas funciones, porque la renovación de la vida por medio de la muerte, que es la ley de la naturaleza, es también la ley del lenguaje, y en virtud de esta ley desapareció la generadora de dicho pronombre *i*, cual puede observarse en las transformaciones que ha sufrido el euskaro *ni*, *neu*, en su tránsito á las demás lenguas. Véase en prueba de ello la lista de estas lenguas que extractada de Astarloa hemos copiado en otro lugar y que reproducimos en este.

Pero equivocariase el que creyera que la incorporación de la *n* es obra del capricho, porque éste nada ha engendrado en las lenguas, sino la obra de las funciones asimiladoras de la palabra, que nada tienen de caprichosas, cual así lo prueba el signado que tienen en el lenguaje del niño, que es el natural, las articulaciones *ne*, *ni*, *nia*, *na*, que en su boca significan *mi*, á mí, denotando posesión y pertenencia.

Y como al servirnos del pronombre *ni*, *neu*, nos proponemos designar y designamos de hecho la primera de singular, he aquí que el euskara, siempre lógica y

consecuente consigo misma, antepone la consouante *n*, característica de dicha primera persona, á la vocal *i*, y su derivada *eu*, que por natura son las características de primeras y segundas personas, porque así lo exige el régimen natural, puesto que en nuestro pensamiento el sujeto es anterior á sus relaciones con los demás, y el poseedor anterior á la cosa poseída; y la *n*, designa el sujeto primera persona; y la *i*, sus relaciones con las segundas personas; la primera *n* representa el sujeto poseedor, y la segunda, la vocal *i*, la cosa poseída, que es la *persona* que habla, y claro es que en buena lógica el poseedor es anterior á la cosa poseída.

Del mismo modo la consouante *g-k*, característica de varón, jefe y protector de la familia; pero también su *poseedor* y su dueño, al unirse con la característica de persona *eu* (su radical *i*), para formar la primera de plural *ge-u*, *g-u*, transformóse de hecho en la característica de esta persona, y obrando como antagonista concluyó por suplantarse á la característica natural *eu*, que le vivificara en sus nuevas funciones, cual así lo demuestran las transformaciones que ha sufrido en su tránsito á las lenguas arias. Mas esta incorporación no es tampoco obra del capricho, porque el varón, jefe de la familia, es el poseedor nato, el dueño y señor de los individuos que la forman, esto es, *su palabra*, y *g=k* es el grito característico del varón, como veremos al ocuparnos de su reconstrucción.

Y como al servirnos de este pronombre nos proponemos designar la primera de plural, el euskara antepuso la consouante *g*, característica *per accidens* de dicha persona, al diptongo *eu* que á *natura* es la característica de las primeras y segundas personas; porque en el orden lógico el sujeto designado es anterior á sus relaciones con los demás seres, y el poseedor á la cosa poseída y la *g* representa el sujeto designado que es la primera de plural, y el diptongo *eu* sus relaciones y su género; la primera el poseedor y el segundo la cosa poseída, esto es, la palabra.

Del mismo modo la consouante *z*, característica del ser espiritual y de la forma

y modo en que se efectúa su aparición y nacimiento, y por ende exponente de plural de personas pacientes de nuestra conjugación, al unirse con el mismo diptongo *eu*, para formar la segunda de plural *ze-u*, contraído *zu*, se transformó de hecho en la característica de esta persona, y obrando como antagonista concluyó por suplantarse al diptongo *eu* que á *natura* es la característica de la persona, cual así lo veremos en su lugar.

Y como al servirnos de este pronombre *zu*, *zu*, nos proponemos designar la segunda de plural, la lengua antepuso la *z* al diptongo *eu* por las razones arriba expresadas. Ninguno de estos detalles deja de tener su interés particular porque ayudan á comprender la asombrosa variedad que han alcanzado los pronombres, y forman además una parte integrante de lo que podemos llamar la histología de la lengua. Hechas estas explicaciones necesarias para poner en claro la filiación euskara de los pronombres arios, pasemos á esta demostración.

Ni, neu, engendró en el latín el pronombre de primera persona *mei, mihi, mihi, me*: en sanscrito *ma-yi, ma-hyam, ma-m, ma-t*; zend *ma-ibya, ma-na, ma-nm, ma-m*: griego *mou, moi, me*: lituano *ma-nes, ma-n, ma-nen*: eslavo *me, me-ne, mu-ne*: godo *mib, mis, me-ina*; su plural latino *nos* ha sido formado por el intensivo *neu* contraído *nu*, modificado *no*, dotado de la *s* de pluralidad euskarolatina; griego *emeis, emon, emin*, están dotados á su vez de los signos de plural *s* y *n*; en el sanscrito nos dicen que el plural de este pronombre está representado por el tema *nau* variación fonética del intensivo euskaro *neu*. Uanse á estos el *ni* algonquino y mogol: el *ño* chino; el *ñi* de la chiquita; la malabara *nan*; aimara *na*; mejicana *ne*; poconqui *nu*; cora *nea*; quichoa *ñoca*; araucana *inchi* bitela, *nag*; maipura, avava y achagua *mija*: moja *nuti*; hebrea *ani*: caldea y árabe literaria *ana*: eno siriaca: *en* húngara: citadas por Astarloa y que son las voces con las que todas estas lenguas designan el *yo* y véase á donde se debe hallar la razón fisiológica de este hecho que se reproduce con tal persistencia en las lenguas de todas las razas.

Pero concretémonos á las lenguas arias en las que engendró además el posesivo latino *meus*, *me-a*, *meu-m*, formado por nuestro intensivo *neu*, dotado de las características de género *s-a*, *m*; y su plural *nos-ter*, *nos-tra*, *nos-trum*; el griego *emou* para el singular y *emon* para el plural; así las características de las primeras personas de sus conjugaciones, que en el latín son *m=na* para el singular y *m=ns* para el plural, formado este último por el intensivo *neu* contraído *nu=mu*, dotado de la *s* de pluralidad euskara-latina; ejemplo, *amaba-m*, *amaba-mus*; en el griego *mi* para el singular y *me-n* para el plural, y la *n* es signo de plural; =*ei-mi*, *ei-men*=en el sanscrito *mi* para el singular y *ma-s* para el plural, =*bodha-mi*, *bodha-mas*: con la *s* de plural.

La segunda paciente *i*, *eu* engendró en el latín *i-s*, *e-a*, *i-d*, *eu-m*, *ea-m*; los compuestos *is-te*, *is-ta*, *is-tud*; *i-dem* *ea-dem*, *i-dem*, formados el primero por el *is*, *ea*, *id*, unido al pronombre latino *tu*, *te*, y formado el segundo por la enskara *i*, unida al pronombre afijo también euskaro *d=de* que siendo semi libre en el latín por hallarse separado del verbo en que naciera, engendró en las lenguas de origen germánico los pronombres libres alemanes *der*, *die*, *das*, *dieser*, *dieses*, *diese*; las inglesas *the*, *they*, &. El agente *i-k*, *eu-k*, engendró á su vez el *hic*, *hæc*, *hoc*, en vez de *i-k*, *ek*, *o-k*, y su derivado *ip-se*, *ip-sa*, *ip-sud*, en vez de *ik-so*, *ik-sa*, *ik-su* formado este por la unión del anterior *ik* con el pronombre latino *sui*, *se*; y el *ill-e*, *ill-a*, *ill-ud*, formado por la unión del pronombre euskaro *i* con el pronombre afijo euskaro *t*, que siendo semi libre en esta lengua por hallarse fuera del verbo, engendró en sus hijas numeroso grupo de pronombres-artículos libres, representados en el castellano por *el*, *la*, *lo*, *las*, *los*, *le*, *les*, *aquel*=*a-kel*; en el francés *il*, *elle*, *le*, &. Y yo no sé, dico con este motivo Astarloa, si el pronombre euskaro *i* no engendró el *ih* alemán; *i* inglés: *je* francés: *yo* español: *ya* ilirico y ruso: *ya* de la pajura: *ich* tudesco: *b-ili* moja: *b-i-z* turco, &, y Astarloa estaba en lo cierto sin que el salto de una persona á otra sea un obstáculo para admitir su opinión.

Las terceras de singular *a*, *ak*, *aura*, *aurak*, engendraron en el latín el *al-ius*, *al-iquid*, *al-ter*, &, cuya radical común *al* está formada por el pronombre de tercera persona *a*, unido al afijo también euskaro *t*, y engendraron además el artículo griego *o*, contracción del euskaro *au*, y el demostrativo *autos*, *aute*, *auto*, así como el posesivo *ou*, *os*, *é*, *ou* (suyo, suya, de él, de ella)

Agréguese á lo dicho cuanto hemos expuesto en otro lugar sobre la presencia del pronombre-artículo euskaro *a* en las lenguas turanianas, semíticas, africanas, &.

La primera de plural *geu gu* (nosotros) modificado este último en *go*, y unido probablemente á la característica de la persona *i*, modificada á su vez en *e*, engendró el *ego* greco-latino por esa tendencia natural que insensiblemente nos arrastra á expresarnos en plural, cual así lo hace en este momento el que escribe estas líneas, y cual lo hace el francés con *vous* y el español con el *usted*=*oste vos-te*=*vos-tu*.

Mas por uno de esos saltos tan frecuentes en los pronombres, este mismo *go* ligeramente modificado en *eo* y dotado este último del signo de plural *s* engendró el *vos* latino: griego *sphos*: sanscrito *vas*: zend *vahi*: lituano *va*: eslavo *ve*: castellano *vos*: francés *vous*: italiano *voi*; el plural latino *ves-ter* *ves-tra* *ves-trum*, &.

Para convencerse de esta verdad fijese en primer lugar en que el *vas* sanscrito, el lituano *va*, el eslavo *ve*, son características de primera del dual, y fijese luego en las conexiones que median entre el euskaro latino *gu*, *go* (nosotros, yo), y las voces también euskaras *gogo*, (voluntad atributo eminentemente personal que tiene á menudo su origen en el *egoísmo*, memoria, gana, apetito, hambre): *gura* (voluntad, deseo): *gurari* (apetito desordenado, autojuegos de las embarazadas), tan análogas estas últimas á la castellana *gula*.

Fijese tambien en que estas voces, anteriores á las lenguas arias, engendraron y debieron engendrar las latinas *vol-vere*, *vol-up*, *vol-uptas*, *vol-untas*, que tantas analogías tienen con sus similares *gula*, *gulton*, *gaudium*, que parecen y son

en realidad variaciones fonéticas de las anteriores; así como con las griegas *boulomas*, *boulusthay* (querer): *bora* (alimento)=euskara *goze* (hambre) *gozari* (alimento y lit. apetitoso)=*boros* (comedor) que se hallan en el mismo caso y sus similares *ganos*, *gankos*, (buena voluntad, contento, alegría): *ganao* (estoy alegre, contento): las castellanas *voluntad*, *voluptuoso*, *voraz*, *gana*, *gula*, *gozo* =euskara *gozo* (dulce, apetitoso) &.

La segunda de singular *zen*, *zu*, (vosotros) engendró los latinos *sui*, *sibi*, se el posesivo *su-us*, *su-a*, *su-um*, y la característica de segunda persona singular *s*: ej. *e-s*=*amaba-s*; griego *ei-s*, *tu-ci-s*: sanscrito *boda-si*, & el pronombre griego de segunda persona singular *su=zu*, *sos*, *se*, y el posesivo *sou*, *sos*, *se*, *son*, (tuyo, tuya), &.

Más nuestro pronombre *zu* recibe en composición una *t*, y cambia en *tzu* (vosotros) ejemplos: *ja-ku* (se nos es): *ja-tzu* (se os es): *deuz-ku* (nos lo ha): *deu-tzu* (os lo ha): *deu-tzu-t* (os lo he yo): *deu-tzu-gu* (os lo hemos nosotros) &. Pues bien *tzu* modificado en *tu* engendró el pronombre de la segunda persona singular en latín *tu*: sanscrito *tu-am*: zend *tu-m*: lituano *tu*: eslavo *ty*: godó *thu*: inglés *thou*: alemán *du*: la característica de la segunda de plural del latín *tis*, formado por el *tu te* dotado del signo de plural *s*; la del griego *esto-n*, *este* (*n* es signo de plural y también la *e*): las del sanscrito *thas*, *ta*: el zend *to ta*: el lituano *ta te*: eslavo *ta, te*, & y el posesivo latino *tu-us*, *tu-a*, *tu-um*, &.

Por último la *T* característica de la primera persona del presente de indicativo del verbo activo *dot* (lo he yo) saltando á tercera persona, ó bien el prefijo *d*, característica de las terceras personas pacientes del mismo presente=*dau* (ló ha); *da* (lo es)=pospuesto al verbo, engendraron las características de las terceras personas del verbo ario latín *amat*, *ama-nt*: sanscrito *bodha-ti*, *bodha-nti* (la *n* es signo de plural): griego sing. *es-ti*, dual *es-ton*, pl. *eisi=eiti*.

Después de lo expuesto es imposible desconocer que el afixo euskara *K* característica de segunda sing. varón de nuestra conjugación ha sido y ha debido de ser

el que ha engendrado los pronombres relativo ó interrogativo del latín *qui*, *quae*, *quod* en do *ki*, *kue*, *kued* y *quis* vel *qui*, *quae*, *quod* ó *quid* y sus derivados.

Nota. Sígnese de aquí que en sus orígenes el pronombre *tu* se pronunciaba por los latinos como el *tsu* nuestro, y nos inclinamos á pensar así al ver que nuestra *ts* se descompone y cambia en *s* y *t* cual sucede en los participios *amans*, *amantis*, *ti*, *te*, derivado del *amatze* euskaro; *jocans*, *jocantis*, *lem*, *te*, derivado de nuestro *jokatze*; y otras veces en *s*, cual sucede en los participios en *sus* como *divisus* engendrado en el euskaro *er-divitu* que tiene el mismo signado; en los adjetivos en *osus*; *jocosus* que corresponde al euskaro *jocotzu*: *p-il-osus* al euskaro también *iletzu* (veloso); *divosus* á *dirutzu* (rico y lit. dineroso) *diru* (dinero). Unase á esto que los abstractos en *tia* aunque escritos con *t*, se pronuncian cual si estuvieran escritos con *e*, siendo así que corresponden á la terminal euskara *tzia* abundancial, cual sucede con *divitia* que corresponde al euskaro *dirutzia* (la abundancia de dinero): *pilitia* al euskaro *iletzia* (abundancia de pelo) siendo de creer que esta pronunciación común á franceses y españoles no ha nacido en sus respectivas lenguas, sino que ha sido heredada de su común padre el latín.

Los nombres del euskara se han vivificado en la Palabra *i*, *a*.

Basta consultar los paradigmas de nuestra declinación para comprender que el nombre euskaro, lo mismo que la palabra en que se ha vivificado, consta de dos términos ó factores; tales son el indefinido característica de los seres en Dios y de las voces en el alma; y el definido característica de los seres completados en lo sensible y de las voces completadas en el grito humano.

El principio que informa su vivificación es como sigue. Los seres, sin distinción, *gizon*, *kuku*, *zu* (fuego), *gar* (llama), nacen en Dios *i*, y se contienen en El, en la forma *gizon-(i)*, *kuku-(i)*, *zu-(i)*, *garr-(i)* que es la forma de los ideales de dichos seres en el entendimiento de Dios; como las voces *gizon*, *kuku*, *zu*, *gar*, onomatopeyas é imágenes de dichos seres, nacen en el alma *i*, y se contienen en ella, en la forma *gizon-(i)*, *kuku-(i)*, *zu-(i)*, *garr-(i)*, que es la forma de los ideales de dichas voces en nuestro entendimiento.

Mas los ideales de los seres *kuku*, *gizon*, *zu*, *garr* nacidos en Dios *i*, y contenidos en El, no serían conocidos del hombre si no se vivificaran en la materia universal y sensible *a*, en que se producen, y se contienen en la forma *kuku-a*, *gizon-a*, *zu-a*, *garr-a* que es la forma propia de aquellos seres en la naturaleza; á la manera misma que los ideales de las voces *kuku*, *gizon*, *zu*, *gar*, nacidos en el alma *i*, y contenidos en ella, tampoco serían conocidos si no se vivificaran en el grito humano *a*, en que se completan y contienen en la forma *kuku-a*, *gizon-a*, *zu-a*, *garr-a*, que es la

forma propia de dichas voces en el lenguaje hablado.

Los primeros *kuku-(i)*, *gizon-(i)*, *zu-(i)*, *garr-(i)*, características de los ideales de los seres en Dios, y de los ideales de las voces en nuestro entendimiento, han sido llamados por nuestros gramáticos, y con mucha oportunidad, *nombres indefinidos*, y perdieron la vocal *i*, que los vivificara; y como los ideales de los seres en Dios componen lo que llamamos el mundo espiritual, inmaterial y suprasensible, cual los ideales de las voces en nuestro entendimiento componen á su vez, el lenguaje que llamamos ideal, intelectual y suprasensible, he aquí que nuestros *indefinidos*, ó nombres propiamente tales, son las características de los seres que componen el mundo inmaterial, espiritual y suprasensible, y de las voces que componen el lenguaje ideal, intelectual y suprasensible.

Los segundos *kuku-a*, *gizon-a*, *zu-a*, *garr-a*, características de los ideales de los seres completados en la materia universal, y de los ideales de las voces completadas en el grito humano, han sido llamados por nuestros gramáticos *nombres definidos*; y como los seres completados en lo sensible componen el mundo material y sensible, y las voces completadas en el grito componen á su vez, el lenguaje hablado, material y sensible, he aquí que nuestros nombres definidos son las características de los seres que componen el mundo material y sensible y de las voces que componen el lenguaje hablado que es también material y sensible.

Para comprender su mecanismo fisis-psicológico pondremos un ejemplo. La vocal *O*, primer grito vivificado en el grito fundamental humano $\text{ll} = \text{O}$, es la interjección de la admiración y el grito inconsciente que sale del pecho del hombre á la vista de todo lo que es grandioso, alto, excelso, maravilloso, y estas cualidades se hallan reunidas en una de aquellas altas montañas que son verdaderos prodigios de la naturaleza creada.

Supongamos, pues, que á la vista de una de aquellas altas montañas nuestro antecesor primero dió el grito *O*, expresión fiel de la impresión que recibiera

¿De qué modo este grito instintivo *O*, expresión de una sensación inconsciente á que el hombre no pudo sustraer su persona, se transformó en el nombre de la montaña vista, que es una palabra, expresión de una idea libre y consciente y el acto deliberado de nuestra voluntad y de nuestra conciencia; puesto que esta transformación tuvo lugar, según así lo demostró nuestro Astarloa por medio de la toponimia euskara profusamente extendida por grandes comarcas de la tierra? La contestación es sencilla. HeLa aquí.

Como la palabra no es ni puede ser sin la idea que le anima y vivifica, claro es que dicha transformación no se operara si el hombre no hubiera poseído la idea de la palabra, el *yo* ó sea la conciencia que á todos nos asiste de la presencia en nosotros mismos y en el universo creado, de un principio que siendo anterior y superior á nuestro cuerpo, y distinto de él, anterior también y superior al universo, y distinto del universo, se halla sin embargo presente en nuestro cuerpo, como se halla también presente en el universo para animarlo y vivificarlo.

Pues bien, en virtud de esta idea que ningún otro ser posee en la tierra pero del que ningún hombre puede carecer en absoluto, comprendió y debió comprender nuestro primer antecesor que la montaña vista, que en la filosofía del lenguaje es un ser, no nació en la naturaleza sensible en que se mostrara, sino en el Espíritu Creador, Dios, que anima y vivifica la naturaleza y cuanto se contiene en ella; á la manera misma que su onomatopeya el grito *O*, aunque vivificado en el cuerpo, tampoco nació en el cuerpo sino en el alma que le anima y vivifica.

Y como no le era dado evocar la idea del ser montaña compenetrada y

presente en la voz montaña *O*, sin proferir el grito *O*, grabado como imagen sobre esta idea, que aun era sensación; ni le era dado tampoco evocar la idea de Dios compenetrada y presente en el alma-idea, sin proferir el grito *i*, grabado á su vez como imagen sobre dicha idea; sucedió que ambos gritos *O*, é *i*, se unieron y enlazaron en su lenguaje hablado, como se unieron y enlazaron en su entendimiento las ideas por ellos expresadas, y de esta unión natural, lógica y necesaria, nació la voz *o-i*, nombre indefinido de la montaña, esto es, la característica del ideal del ser montaña *O* en el entendimiento de Dios *i*, y del ideal de la voz montaña *O* en el entendimiento del hombre *i*.

Y en ésta voz, la *O* será la característica de las cualidades del ser ideal montaña y de la voz ideal montaña; y la *i*, el sujeto de quien emanan y á quien vuelven aquellas cualidades, que es Dios, para el *ser* montaña, y el alma para la *voz* montaña; la primera, *O*, representará el grito-sensación transformado en el nombre palabra, y la segunda, *i*, el sujeto que operó esta transformación, esto es, la palabra-idea ó sea el *yo* generador de todas las voces del lenguaje humano.

Y como los ideales de los seres en el entendimiento de Dios, y los ideales de las voces, imágenes de aquellos seres, en nuestro entendimiento existen virtualmente y en potencia, pero no en el acto, *in posse* mas no *in actu*; he aquí que nuestro indefinido *o-i* será en la lengua humana la característica del ser montaña *in posse* y de la voz montaña también *in posse*, y que en este nombre *O*, se transformará en la característica y el nombre del ser montaña y de la voz montaña, y la *i*, en la característica de su pasividad, esto es, en una partícula de relación que de ser conocida por nuestros gramáticos hubiera sido llamada artículo indefinido, como por igual consideración la *a* fué llamada artículo definido, sin imaginarse empero que los humildes artículos han sido los generadores de los nombres.

Por último, el artículo *i*, que representa la palabra generadora, desaparecerá apenas haya vivificado el nombre, quedando éste representado tan solo por el grito transformado *O*, y como este mismo hecho se ha reproducido en todos nuestros indefinidos *kuku*, *gicon*, *su*, *gar*, &, he aquí que los lingüistas, engañados por las apariencias, han supuesto que la interjección al transformarse en la palabra no cambió de forma aunque cambió de signado, lo que es el mayor de los absurdos, y opuesto además a las enseñanzas de las lenguas habladas. Mas bueno es tener en cuenta que al desaparecer la palabra vivificadora, el grito *i* no se llevó consigo la idea de que era expresión y signo, puesto que el yo que es esta idea se halla virtualmente presente en todas nuestras voces y lo está por consiguiente en dichos nombres.

En virtud de la misma idea, esto es, de la idea de la palabra, comprendió asimismo nuestro antecesor que el ideal del ser montaña *O*, nacido en Dios y contenido en su entendimiento, no hubiera sido conocido si no se hubiera vivificado en la materia universal y sensible *a*; en que se completa, á la manera misma que el ideal de la voz montaña *O* no hubiera sido conocido si no se hubiera vivificado en la materia de nuestro propio cuerpo. Y como no le era dado evocar la idea del ser montaña *O*, conpenetrado y presente en la voz montaña *O*, sin proferir este grito *O*, grabado como imagen sobre dicha idea, ni le era dado evocar la idea de la materia universal *a*, conpenetrada y presente en la materia *a* de nuestro cuerpo, sucedió que ambos gritos *o-a* se unieron y enlazaron en su lenguaje hablado, como se unieron y enlazaron en su entendimiento las ideas por ellos expresadas.

Y de este enlace natural, lógico y necesario, nació la voz hablada *o-a* ó sea el nombre definido, característica del ser montaña (*O*), completado en la materia universal (*a*), y de la voz ideal montaña (*O*), completada en

el grito humano (*a*); y en este nombre *O*, será la característica del organismo del ser montaña y de la voz montaña, y la *a*, de la materia en que se ha producido dicho organismo que para el ser es la materia universal y para la voz el grito humano.

Y como el ser ideal completado en su organismo y la voz ideal completada en el grito que es también su organismo, se hallan en plena actividad, en plena posesión y dominio del organismo, su forma propia; he aquí que la *O*, llegó á ser la característica del ser ideal montaña, vivificado y completado, esto es, *in actu*, y de la voz ideal montaña también vivificada, y la *a* la característica de su actividad, esto es, una partícula de relación que ha sido llamada por los gramáticos artículo definido, sin comprender, empero, que en este artículo *a*, que es el grito fundamental humano, se han vivificado todas nuestras voces. Y como por la ausencia de este artículo se diferencia el indefinido *o-i* del definido *o-a*, la lengua, penetrada de que el exceso de materia dificulta la claridad y embaraza la dicción suprimió la letra *i*, para dar á los nombres la precisión necesaria para el desarrollo de la declinación. De este modo quedaron formados nuestros apelativos actuales *o*, *o-a*, *kuku*, *kuku-a*, &.

Tal es, en resumen, el principio que informa la formación de nuestros apelativos, vivificados como hemos dicho en los dos términos de la palabra *i*, *a*, y de este principio se sigue: 1.º que el lenguaje hablado intelectual y consciente es tan inlegible como el interjeccional en que se ha vivificado, instintivo éste é inconsciente; y que así como en este último no hay un solo grito arbitrario y convencional, así tampoco hay en el primero ninguna palabra arbitraria y convencional, en el mero de que aun las nuevas voces que diariamente se incorporan á las lenguas, no logran fortuna si no interpretan los sentimientos de los pueblos que las hablan con la misma fidelidad con que la interjección interpreta las

sensaciones de que son expresión. ¿Y si no, por qué fué aceptada la voz *gas* inventada por Van Helmon y fué rechazada la voz *blaz* inventada por el mismo? 2.º que el nombre al constituirse constaba de tres características y de dos factores expresivos de las dos naturalezas que suponemos lo mismo en los seres, que en las voces sus imágenes, tales son para los primeros una primera naturaleza ideal, espiritual y divina en cuanto todas las cosas han sido creadas por Dios, y una segunda naturaleza material y sensible en que se manifiesta la primera; y para las segundas una primera naturaleza también ideal, espiritual y humana, en cuanto todas las voces han sido animadas y vivificadas por el *yo*, que es el alma presente en el entendimiento y una segunda naturaleza material y sensible en que se manifiesta la primera y que es el grito humano.

Por último réstanos añadir que los indefinidos perdieron el artículo *i* que representa la palabra generadora sin perder no obstante la idea que había aportado á la composición ni alterar en nada el signado de la voz, y entonces nuestros apelativos adquirieron su actual forma *kuku, kuku-a; zu, zu-a; gison, gison-a, &c.* La palabra generadora *i* desapareció en la trama de la naciente lengua por él formada, como desaparece la célula generadora en la trama del tejido por ella formado y como desaparecen en la naturaleza los generadores que habiendo cumplido su destino se han vuelto incompatibles con aquello mismo á quienes dicran su ser y su vida. Para convencerse de esta verdad basta pasar una rápida ojeada por nuestra declinación.

El verbo euskaro *i-z, a-u* se ha vivificado en la palabra *i, a*.

Acabamos de ver que de Dios Verbo, Ser absoluto, nacen, y en Dios Verbo se contienen, los seres limitados *kuku, gison, zu, o, &c.*, que componen el mundo ideal, inmaterial, espiritual y suprasensible, como del alma-palabra, imagen de Dios, nacen y en el alma-palabra se contienen, las voces limitadas *kuku, gison, zu, o, &c.* imágenes de aquellos seres, y las cuales á su vez componen nuestro lenguaje intelectual, ideal, espiritual y suprasensible, imagen también de aquel mundo ideal, espiritual y suprasensible.

Pues bien, de su común signo, la onomatopeya *i* nació en el euskara el monosílabo *i-s*, que es el nombre de aquellos seres y de aquellas voces; y la consonante *s* es la característica de su limitación, y la onomatopeya ó voz imitativa de los seres que emanados del seno de Dios, cruzan los espacios invisibles, impalpables, y silenciosos, para buscar los cuerpos á quienes han de regir y gobernar, y en los cuales se acumulan y condensan, como la electricidad en una botella de Leyden, y como los rayos solares en los cuerpos opacos que los absorben, para volver una vez cumplido su destino al seno de Dios, de quien nacieran, cual los rayos solares vuelven á la caída de la tarde al seno mismo del astro de que nacieran.

Y esta consonante *z*, es á la vez la onomatopeya y la voz imitativa de las voces que empuadas del seno de nuestra alma, cruzan los espacios invisibles, intangibles, y envueltas en misterioso sonido, para buscar los gritos á quienes han de regir y gobernar. y en los cuales se acumulan y condensan, como la electricidad en una botella de Leyden, y como los rayos solares en los cuerpos opacos que los absorben, para volver una vez cumplido su destino al seno del alma de que naceran, cual los rayos solares vuelven á la caída de la tarde al astro mismo de quien nacieron.

Verifiquemos la prueba.

La sibilante *z*, más ó menos modificada en la forma *sh, hsh, shs, &*, dice Zaborowski en su obra *L'origine du Langage* (y celebramos mucho el concurso de persona tan autorizada) es la interjección que se emplea para avisar el silencio y para imponerlo (y á esta interjección alude, sin duda ninguna, nuestro satírico Quevedo, cuando nos dice en aquellos tan conocidos versos=*no he de callar, no—por más que con el dedo—puesto ya en la boca ó ya en la frente—silencio avisos ó amenazas miedo*) &=y donde quiera, esto es, en toda la redondez de la tierra, entra en la composición de las voces destinadas á aquel objeto.=Así vemos, añade, que para recomendar el silencio y para imponerlo, emplean los Sioux la voz *inhush, sh*: los ingleses *hush, wisht, hist*: los galeses *ust*: los suecos *thist*: los rusos *st*: los turcos *susa*: los ossetas *ss, sos*: los franceses *atop*: los vedas de Ceilan *iss*, etc.—De estas interjecciones, continúa diciendo, han derivado el hebreo su verbo *sharak* (silbar): el inglés el suyo *to hush* que ha tomado el sentido: el griego *cico* (imponer silencio): el latín *silere*: el gótico *silan* (ser silencioso), etc., y no se yo por qué este lingüista no asimiló al hebreo *sharak* (silbar), los latinos *sibilare, siflare*: los italianos *sibilare, sibillare*: el español *sibar*: el francés *siffier*: provezal *siblar, siblar, silar*: los euskaros *chistu, chirol*, etc.

Mas Zaborowski no conoce el euskara y no podía por consiguiente imaginarse que la radical *sil*, del verbo gótico *sil-an*, y del latino *sil-ere*, no es en realidad

otra cosa que la voz euskara *issil ó izill*, que en su tránsito á aquellas lenguas perdió su inicial *i*, como *arrapatu* (atrapar, arrebatar), perdió la suya *a*, en *raptu-rapatu-m*: *urratu ó urrutu* (romper) su *u* en *raptu-m*: *eper* (perdiz) su *e*, en *perdis*, desfigurando de este modo la radical *ep*, del canto *ep-ep-ep*, de aquella ave: *er-dibitu* (partido en dos, despedazado) su sílaba inicial *er*, en *divitu-m=divit-zu-m=divisu-m*, etc., como tampoco sabía que la terminal *an*, del gótico *sil-an*, es la desinencia de infinitivo de muchos de nuestros verbos primitivos: *iz-an* (ser)=latín *is-e, ess-e*, alemán *sein=iz-an*; *er-u-an* (llevar)=latín *f-er-o*: *em-an* (dar, vender)=latín *em-ere*: *ed-an* (beber)=latín *ed-ere* (comer): *i-u-an* (ir)=latín *i-re*: *es-an* (decir), etc., lo que prueba la filiación directamente euskara del verbo gótico *sil-an*, nacido indudablemente en nuestra lengua.

Mas tambien es cierto, que el silencio se recomienda y se impone siempre que nos proponemos sorprender, la presencia ó la proximidad de algo *sobrenatural*, que invisible, intangible y silencioso, cruza los espacios, salva las distancias, penetra los muros mas fuertes y resistentes, y ó bien se aproxima, se agranda, adquiere formas y nos envuelve en ellas, ó bien se aleja y desvanece; y como tales atributos pertenecen á los seres espirituales *is* y á las voces tambien espirituales *is* resulta

Que este monosílabo es, sin poderlo negar, la onomatopeya y la voz imitativa del modo y forma como se efectúa el nacimiento, aparición y desaparición de los seres espirituales y limitados contenidos en Dios y de las voces espirituales y limitadas contenidas en el entendimiento del hombre; y como los seres contenidos en Dios existen virtualmente y en potencia pero no en el acto, resulta que dicho monosílabo *is* generador del verbo sustantivo euskaro-caucásico, significa en efecto *existencia pasiva, ser en pasividad pero contenido* en el seno del Eterno, y limitado por el tiempo. De que se sigue que lleva en sí mismo y en su misma estructura la razón psicológica y fisiológica de las funciones que desempeña en la Gramática humana, puesto que entraña consigo aquellas dos ideas fundamentales

sin las que no se concibe ni puede concebirse el verbo gramatical pasivo. Tales son en efecto la *idea* de la existencia representada por la vocal *i*, imágen de Dios, causa y razón de toda existencia, y la idea del tiempo que limita aquella existencia en todos los seres creados, puesto que todos, excepción hecha de Dios, han tenido principio.

Consultese ahora en prueba de nuestro aserto la conjugación del verbo sustantivo de las lenguas caucásicas y si se procede con tino hallarán en todas ellas este monosílabo *i-x* cual nosotros lo hemos hallado en el latín *sum=ess-u-m=i-x-u-m*, en el griego *ei-mi=i-x-mi=a-i-x-mi*: en el lituano *a-mi=as-mi=a-i-x-mi*: en el inglés *i-m=i-x-mi=a-i-x-mi* engendrados todos en el euskaro *n-a-i-x* (yo soy) (que también se dice *n-a-x* y *n-i-x*) pospuesto al efecto el pronombre *ni* que en nuestra lengua se antepone al verbo, como se reproduce también en el hebreo *aitha* que según he leído en algún lado significa *tu eres: aitha=ai-x-ha* cambio de *s* en *t*, y como se reproduce en el *is* que forma el presente del alemán y en su infinitivo *sein* (ser)=*is-sein=i-x-an* puesto que *an* es la desinencia del infinitivo del tronco común de las lenguas germánicas y puesto que donde hoy dice el alemán *haben* se decía *haban* y donde hoy se dice *s-ain=i-x-ein* se decía y debía decir *i-x-an* que es precisamente el infinitivo de nuestro verbo sustantivo. El inglés *be* (ser) equivale á *b-i-x* y esto nos hace creer que el *b-hu* sanscrito que también significa *ser*, *existir*, reconoce el mismo origen y es por consiguiente una variación fonética del mismo *b-i-x* formado por la radical euskara *i-x* reforzada con la letra de plenitud *b*. Repárese que el infinitivo primitivo de este verbo *i-x-an* se ha perdido en todas las lenguas, menos en el alemán, y ha sido sustituido en la mayoría de ellas por voces procedentes de radical distinta cual sucede en el turco *olmacq* y sucederá en otras muchas lenguas.

De su verbo sustantivo *esse=i-xe* derivó el latín *s-to=isto* *stare=i-x-tare* cual se ve en sus derivados *ex-is-to*, *ex-ist-ere*, *ex-isten-tia*. De *is* (ser) se formó la voz euskara *iz-ai* enfouizado *ets-ai* (espíritu maligno y lit ser que se desvanece)

=*ai* radical de *aitu* (fluir) *iz-ar* (estrella) astros considerados por los antiguos como otros tantos seres; *itz-al* (sombra y lit. ser poderoso, temible); *itz-altzu* (sombrio, temible, poderoso), *iz-etza* (duende); *iz-pillu* (espejo) y lit. recogedor de seres *pillu*, *bill* (montón): *billdu* (amontonar, recogerse) *iz-otz* (principio frío, penetrante)=*otz* (frío) etc; latín *s-piritus=i-x-piritus* *s-pirare=i-x-pirare*: *ins-pirare=in-iz-pirare*: *s-tella=i-x-tella*: *s-pecies=i-x-pecies*: *s-pectrum=i-x-pectrum*: *s-peculum=i-x-peculum*: *s-culpere=i-x-culpere* (esculpir, y lit. grabar seres); *s-calpere=i-x-calpere* variante de la anterior: *s-tatua=i-x-tatua*=*his-loria*, etc., etc.

El alma es ser espiritual=griego *psieh-is ps-izis* y los seres espirituales vivifican la naturaleza *phis-is*; y la vida se sustenta por el principio que la rige y gobierna, esto es, por el espíritu *iz*; mas por aquella ley que los lingüistas franceses llaman evolución fonética y la tendencia que tienen las lenguas de pasar de las voces aéreas y vocalizadas, á las fuertes y armadas de sólidas consonantes, este monosílabo *iz* cuando recibió el sentido de *vida* pasó por las gradaciones siguientes; *fiz*, de donde el griego *phis-is*; *pi-x*, de donde el griego *psis-is*; y *bi-x* (vida); *bix* (vivir): *biz-tu* (revivir, volver á la vida); *biz-tza* (la vida ó modo de vivir, bueno, malo, etc.) de donde el griego *bios*, *bivo*: latín *vita*, *vivere*, *vescare* (alimentarse, vivir).

Pues bien, así como el latín derivó del *bix* euskaro su voz *vis-cus*, *vis-ceris* (la viscera, órgano esencial á la vida) así también el euskaro derivó de ella los nombres de estos órganos=*bi-ri* en vez de *biz-iri* (el pulmón) y lit. lo que hace la vida, pues *ri*, *ria* equivale á las desinencias *or*, *ero*, &c: *biz-otz*, y contraído *biot* (corazón) y lit. el sonido de la vida=*otz* (sonido) =*bi-egi* contraído *begi* (ojo) y lit. el *lucero* de la vida)=*e-gi* radical á que debe su signado el sol, astro del día, llamado *eg-uz-ki*=*egi* en toponimia divisoria, esto es, la parte más saliente y expuesta a la luz, la más clara, la más iluminada y luciente=*bi-az-dun* (la vegiga biliar y lit. viscera que

hiede)=*as* (mal olor)=*dun* (el que ha): *iz-tarri* (la garganta, el exófago); *iz-ti* eufónico *esti* (intestino)=latín *esti-nus*; *intus-esti-nus*=*intestinus*: *s-to-machus*=*iz-to-machus* (estómago y lit. intestino corvo)=*macu* ó *maku* (curvo)=*u-tar* (muslo) y la greco-latina *is-chron*, aluden sin duda á los órganos de la generación: la primera engendró *Ystar*, la Venus Siriaca: y la egipcia *Ys-is*: cuyos signados y atributos se comprenden muy bien teniendo en cuenta que *is* es la onomatopeya de las energías de la naturaleza y de las energías de nuestro cuerpo y por ende de la fuerza generadora; y la *z*, la onomatopeya de estas mismas energías en movimiento.= *iz-orra* (preñez): *iz-orratu* (empeñar): *idi-iz-kua* (el toro): *idi-irina* (el buey y lit. toro capado): *irin-du* (capar).

Biz (fuerza) ha engendrado en el euskara *biz-arra* (la barba, característica de varón y signo de su fortaleza): *biz-kar* (los lomos asiento de los músculos más poderosos); engendro en el latín *vir*: *virtus*, *virtus*: en que se vé que la idea de la virtud se ha deducido de la idea de la fortaleza personificada en el varón=*virago*, *virgen*, &c.

En el euskara *iz*, *iz*, no solo significa ser, sino también voz, palabra, vocablo; y tal es el signado que tiene como voz libre; *itz* (voz): *itz-a* [la voz]: *itz-egin* [hablar y lit. hacer voces]=*egin* [hacer]; y de este monosílabo derivó y debió derivar el verbo *ecun* [decir] que por su estructura y signado parece ser una variación fonética del verbo sustantivo *izan* [ser]: *iz-kara* euf. *cus-kara* [lenguaje]; *iz-ekta* (id); *iz-en* (nombre y lit. la palabra por excelencia, puesto que la *n* es la desinencia de nuestro superlativo)=*on-en* (el mejor); *on* (bueno)=*eder-en* (el más hermoso): *eder* (hermoso), *izentau* ó *iz-entatu* (nombrar) *oro-itz* (recuerlos y literalmente palabras presentes); *izandu* (preguntar) parece variación fonética de *IZ-AN-DU* por cambio de *Z*, en *T*, muy frecuente aunque puede proceder también de *ITANO*=*IT-AN-IT* (tuteo): *IZ-KUNTZA* (diccio-

nario): *ITZ-LABANAK* (palabras fluidas) &c.

Latín *s-tilus* (estilo, y lit. punzon de voces)=*tilcus*, *i* (el tejo ó teilo, árbol de que se hacían estos punzones): *s-cribere*=*iz-cribere* (escribir, y lit. cribar ó grabar voces): *s-cire*=*iz-cire* (saber, y lit. analizar voces, desmenuzarlas)=*se*, *si-a* (lo menudito y desmenuzado)=*se-tu* (desmenuzar)=latín *se* (partícula de separación) *qec-tum*: *s-chola* (escuela, lit. oficina ó taller de voces)=*ola* (oficina, taller): *s-tudium*=*iz-tudium*, (el estudio) &c. &c.

Pasemos á otro punto.

En la materia universal se producen y en la materia se vivifican, los seres limitados que componen el mundo que por esta razón llamamos material y sensible: cual en el grito humano se producen y se vivifican las voces que componen el mundo que llamamos nuestro lenguaje material y hablado, imagen del primero: y bueno es tener en cuenta que así como los seres son las voces de Dios compenetradas y presentes en nuestras propias voces, así también el mundo material es el lenguaje de Dios compenetrado y presente en nuestro propio lenguaje.

Pues bien, en su común signo la vocal *a* onomatopeya de la materia universal, que es el grito de Dios, y la onomatopeya del grito humano, se produjo el dip-tongo *a-u*, característica de aquellos seres y de aquellas voces, y la vocal *u* es la característica de su limitación ó sea la onomatopeya del espacio que ocupa cada ser en el orden creado de la naturaleza.

Y como los seres en el mundo material y las voces en el lenguaje hablado se hallan en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible, su obra, he aquí que *au* que con el signado de *haber*, *tener*, *poseer*, engendrara los infinitivos euskaros, *auki* euf. *cuki* (tener: *cuzi*=*autzi* (tener, sostener): el latino *habere*=*av-ere*=*au-ere* que en esta lengua perdió las facultades de auxiliar: el italiano *av-ere*=*au-ere*: el francés *au-oir*=*au-oir*=*au-ere*, el español *haber*=*av-er-e*: el inglés *have*=*au-e*: el alemán *hab-en*=*au-en*=*au-an*, &c. ha sido la radical generadora de las

conjugaciones activas del verbo euskaro-caucásico, cual así lo hemos visto en su lugar; y la radical generadora también del nombre euskaro-caucásico de Dios, que es la Palabra del universo, llamado en el vascuence *jaun=tau-n*, (Dios Señor), *jaube=tau-be=taubá=tauba*, (el Señor, el Dueño); en latín *Fanus=taun-mis*: *Funo=taun-o*: *Diana=D-taun-a*: en el hebreo *Jehova=tau-ba=tau-be=tau-bia*: samoyedo *Fuma=iaun-a*: berberisco *Fumala=iaun-ala*: céltico *jau=tau-n*: sanscrito *Diaus*: griego *Zeus=au-s*: latín *Deus*. etc.

Del mismo diptongo y de su radical *a* derivó asimismo el enskara *aupa aupa-ka*, (gritos de animación, de alegría y de bullicio): *ajui* (grito extenso y vigoroso): *iar-dum* en dialecto vizcaino (hablar): su variante *jardetzi=iardetzi*, *iardeski* (conversar, responder en el vasco francés): *dai* eufónico *dei* (llamada, grito): *dei-tu=dai-tu* (llamar): sus conjugaciones irregulares ó defectivas *di-ot* (yo digo) en vez de *diar-dot*, que en el dialecto vizcaino recibe la ñ eufónica y se transforma en *diñot*, y en el latín la *k=e* y cambia en *dico-t*; y por caída de la *t*, *dico* (yo digo) *dei-chot* (lo llamo) *dei-cho* ó *dericho* (se llama), &c. Consúltese en su lugar.

Si ahora fijamos nuestra atención en las dos onomatopeyas que forman el monosílabo *au* generador de los verbos activos euskaro-caucásicos, comprenderemos que lleva en sí mismo y en su misma estructura y composición la razón de las funciones que desempeña en la gramática humana puesto que entraña consigo aquellas dos ideas fundamentales sin las cuales no puede concebirse la existencia activa de los seres limitados que rigen y gobiernan el mundo material y sensible; tales son en efecto la vocal *a*, cuya fórmula en nuestro entendimiento es *á*, onomatopeya del universo creado en el que se producen y vivifican todos los seres; y la vocal *u* onomatopeya del espacio que ocupan y al cual se extiende su actividad.

Y como los seres limitados (cualquiera que sea su número y categoría) contenidos en el seno del Eterno (*i*) no serían conocidos sino se revelaran en la materia

universal y sensible (*a*), en la que se vivifican y completan; ni sería conocido el tiempo (*s*) contenido en la eternidad, atributo de Dios, sino se revelara en el espacio *u*, contenido en la inmensidad, atributo de la materia universal, tendremos

Que el verbo sustantivo, pasivo ó indefinido *is* no sería conocido en la gramática humana ni lo sería en la gramática euskara si no se revelara en el verbo activo y definido *au* su obligado complemento; á la manera misma que el mundo espiritual y suprasensible tampoco sería conocido si no se revelara en el mundo material y sensible; pero así como el mundo espiritual al unirse con el material para animarlo y vivificarlo no se confunde con este ni pierde su virtualidad, así también el verbo sustantivo ó pasivo *is*, al unirse con el activo *au* para animarlo y vivificarlo no se confunde con este, ni pierde su virtualidad, sino que se une en la forma *is*, *au*, que es la forma característica del verbo gramatical euskaro y la *conditio sine qua* de su existencia y de su reproducción como en efecto así sucede y lo hemos probado nosotros en otro lugar.

Para concluir añadiremos que si nos viéramos obligados á definir el verbo, lo haríamos diciendo que es aquella parte gramatical que nos da á conocer la existencia del ser designado dentro del tiempo y dentro del espacio, mientras que el nombre nos da á conocer la existencia del ser designado y la palabra la existencia de Dios.

De las características del plural éuskaro.

Cuatro son estas características, y todas cuatro formadas por otras tantas letras del alfabeto: tales son por su orden: primero, la sutil y penetrante *i*, onomatopeya del espíritu y de las energías de la naturaleza; segundo, la sibilante *z*, *sh*, onomatopeya del ser espiritual y limitado y de sus diversos atributos; tercero, la delicada y suave *e*, onomatopeya de la mujer, instrumento de la reproducción; y cuarto, la robusta y fuerte *k*, onomatopeya del varón, principio activo y principio generador ó reproductor.

Las dos primeras, *i*, *z*, pluralizan el mundo espiritual y suprasensible representado en nuestra lengua, como así lo sabemos, por los nombres indefinidos, encargados de comunicarnos la idea de los seres, abstracción hecha de lo sensible en que se nos muestran, y representados en la sintaxis interna de nuestro verbo por las personas pasivas, que tienen de común con los primeros el que así los unos como las otras aluden á la pasividad del ser; con la diferencia, no obstante, de que los indefinidos aluden á la pasividad del ser en sus relaciones consigo mismo, esto es, con su propio organismo, mientras que las personas pasivas aluden á la pasividad del ser en sus relaciones con los demás seres ó sujetos.

Por el contrario, las dos últimas, *e*, *k*, pluralizan el mundo material y sensible representado en nuestra gramática por los nombres definidos, encargados, como así lo sabemos, de comunicarnos la idea de los seres completados en lo sensible, su forma propia, y representados en la sintaxis de nuestro verbo por las personas agentes, que tienen de común con los primeros el que así éstos como aquéllas

aluden al ser en actividad y en plena posesión de lo sensible su obra; con la diferencia, no obstante, de que los nombres definidos aluden á la actividad del ser y al dominio que ejerce sobre su propio organismo, mientras que las personas agentes aluden á la actividad del ser y al dominio que ejerce sobre los demás seres y sus respectivos organismos.

Síguese de aquí que el vascense distingue la pluralización espiritual que se oculta á nuestros sentidos, de la material que se opera á nuestra vista; y es lo cierto que esta distinción, tan conforme con lo que llevamos aprendido en los artículos anteriores, revela una vez más el carácter altamente arcaico de la lengua que ha sabido conservarla, y nos invita á sorprender en sus exponentes de plural aquella adaptación del signo con el signado, que es á la palabra del hombre lo que la adaptación de órgano con sus funciones es á la naturaleza viva. Entremos, pues, en este estudio comenzando por la sibilante *z*, *shs*, factor del monosílabo *i-z*, cuya reconstrucción tanto nos interesa.

En nuestro artículo anterior y al analizar los dos factores del monosílabo *i-z*, decíamos que su terminal la sibilante *z*, *shs*, es la onomatopeya y la voz imitativa de los seres espirituales que emanados del seno del Eterno, cruzan los espacios invisibles, intangibles y silenciosos para buscar los cuerpos á quienes han de regir y gobernar, y la onomatopeya también y la voz imitativa de las voces ideales que emanadas del seno de nuestra alma, cruzan el espacio, invisibles, intangibles y envueltas en misterioso sonido, para dirigirse á los gritos á quienes han de regir y gobernar, &c. De que se sigue que dicha sibilante es en nuestro lenguaje natural la onomatopeya característica del nacimiento y pluralización de dichos seres y de dichas voces, tal y como se efectúan ambos actos para nuestra imaginación.

En el mismo artículo hemos visto que el pueblo éuskaro unió aquel signo de pluralización espiritual *z*, con el intensivo de la segunda persona singular *e-u=i u (tú)* que á su vez es la característica de la persona-espíritu y abstracción

hecha de lo sensible en que se completa y derivó de este modo el plural *z-en* y contraído *zu* (vosotros y usted), generador cual así lo hemos probado de los pronombres *su* y *tu*, por uno de esos cambios fonéticos cuya explicación hemos dado y es como sigue:

Esta consonante sibilante y signo pluralizador *z* recibe su afin *t* (nota á su vez de aumento de repetición y de enlace) en ciertas inflexiones de nuestra conjugación y cuando así lo exigen las leyes fonéticas de la lengua y en su consecuencia *zu* cambia en *tsu* cual se vé en *nago-tsu* (os me estoy), *nago* (estoy): *nua-tsu* (os me voy); *nua* (me voy): *den-tsu* (os lo ha); *den-zu-t* (os lo he); *ja-tsu* (se os va); *ja-tsu* (se os es), &c. De aquí se sigue que el pronombre ario de segunda persona *tu* se pronunció en sus orígenes cual hoy pronunciamos los vascongados el *tsu* de *nago-tsu*, *ja-tsu*, &c. y que de esta forma nacieron el latino *tu* y el griego *su* por descomposición de la doble *tz* en sus elementos formativos *z* y *t*. Esta misma observación es aplicable á los abstractos en *tia* como *dirítice* nacido del éuskaro *dirut-zia* (abundancia de dinero, riqueza) *diru* (dinero): *pilitia* nacido á su vez del éuskaro *ile-tzin* (abundancia de pelo; *ile-a* (el pelo); que el latin en sus orígenes pronunciaba sin duda *tzia*, mientras sus hijas pronuncian *cia* cual si estuviera escrita con *e*.

Este mismo *tsu* es el exponente de plural de algunos de nuestros pronombres: ejemplos: singular paciente *zein* (quién); agente *zein-ek* (quién); la *é* es eufónica; pl. agente y paciente *zein zuk* (quienes); paciente *nor* (quién); agente *nor-k* (quién); plural agente y paciente *nor-tzuk* (quienes); sig. paciente *bat* (uno), agente *bat-ek* (uno) la *é* es eufónica; plural paciente y agente *ba-tzuk* (algunos).

Esta misma sibilante es el exponente de plural de muchos de nuestros actuales nombres indefinidos sin que las injurias del tiempo ni las tramutaciones de sentido que ha experimentado, hayan logrado borrar su caracter y su primitiva naturaleza, cual puede verse en los ejemplos siguientes:

Lora (flor), es el indefinido de *loria* (la flor); y su plural es *lora-z* (flores)=

loraz apaindurik (adornado de flores): *zauri* (llaga), es el indefinido de *zauria* (la llaga); su plural *zauri-z* llagas=*zaldi batz bat zauri-z betia* (un caballo negro lleno de llagas): *eper* (perdiz) es el indefinido de *eperr-a* (la perdiz), su plural *eperr-es* (perdices)—*eperr-es azeta naiz* (estoy harto de perdices: *begi* (ojo), es el indefinido de *begi-a* (el ojo); su plural *begi-z* (ojos)=*begi-z ezin dau ikusni*, no puedo verla con sus ojos=

En las locuciones *buru-z* (de memoria): *diru-z* (á dinero): *mendi-z* (por montes): *ume-z* (niños): *andraz* (mugores): *ones, oñes*, (á pie): *gogo-z* (de buena voluntad), &c., está la pluralidad señalada con tanta claridad en la conciencia de nuestro pueblo, que cuando un vascongado que comienza á chapurrear el castellano quiere traducir la frase *buruz ikasi dot* (lo he aprendido de memoria) lo hace diciendo (á memoria *cabezas* lo he aprendido: y si quiere traducir *diru-z ez denzatak irabastien* (á dinero no me ganas) lo hace diciendo=á dineros no me gaus, &c.

Estos plurales reciben la partícula locativa *ko* sin cambiar de signado ni perder su caracter pluralizador y forman el doble subfijo *zko* generador de las terminaciones de los verbos latinos *sene-zko*=*senesco*, *cre-zco*=*creresco*, y sus similares que deben su signado á la presencia de dicho subfijo éuskaro.

Ejemplos: *loraz-ko chortia* (el ramillete de flores): *elchuz-ko oria* [la nube de mosquito-]; *elcho* (mosquito): *olez-ko echia* (la casa de tablas): *arri-z-ko ormia* (la pared de piedra): *urrez-ko bizarra* [la barba de oro ó aurea]; *gizon-z-ko* (del género hombre): *andraz-ko* (del género mujer); *ollaz-ko* [pollo] del género gallo ó de la especie que se forman los gallos], en que se ve el origen del signado de las latinas *creresco senesco*, &c: *zure-zko kaitillua* (la escudilla de madera): *zur-a*, (la madera) indica no la materia sino la sustancia; *burdiña-zko jantzia* [vestidura de hierro]: *burdin* (hierro), indica la sustancia y no la materia, &c. A estos ejemplos debemos añadir el pronombre de segunda persona plural *z-en* *z-u* de que ya nos hemos ocupado en otro lugar, y en el cual aparece prefijado este exponente por

razones cuya explicación hemos dado y en las cuales se encierra quizá el misterio de las prefijaciones de otras muchas lenguas como la hebrea, &

Pluraliza asimismo las personas pacientes de nuestra conjugación, como se ve en los ejemplos siguientes: *dot* (lo he yo) *dot-a-z* ó *dodaz* (los he yo); la *a* es eufónica; *dok* (lo has tú, varón); *do-a-z* (los has tú, varón); la *k* ha sido suprimida y la *a* es eufónica; *don* (lo has tú, hembra); *don-a-z* (los has tú, hembra); la *a* es eufónica; *dau* (lo ha él); *dau-z* (los ha él); *do-gu* (lo hemos nosotros); *do-gu-z* (los hemos nosotros); *do-zu* (lo habéis vosotros); *do-zu-z* (los habéis vosotros); *dau-be* (lo han ellos); la *b* es eufónica; *dau-bez* (los han ellos); *dauka-t* (lo tengo yo); *dauka-t-a-z*, eufonizado *dauka-d-a-z* (los tengo yo); la *a* es eufónica; *dauka-k* (lo tienes tú, varón); *dauka-s* (los tienes tú, varón); la *k=varón*, ha sido suprimida; *dauka-u* (lo tienes tú, hembra); *dauka-n-a-z* (los tienes tú, hembra); la *a* es eufónica; *dauka* (lo tiene él); *dauka-z* (los tiene él); *daukagu* (lo tenemos nosotros); *dauka-gu-z* (los tenemos nosotros); *dauka-zu* (lo tenéis vosotros); *dauka-zu-z* (los tenéis vosotros); *dau-ke*, contracción de *dauka-c* (lo tienen ellos); *dauk-c* (los tienen ellos); *deutza* (se lo ha); *deutza-z* (se los ha); *deutza-me* (lo ha); *deutza-z* (me los ha); & &

Esta onomatopeya del nacimiento y de la reproducción de los seres espirituales y suprasensibles, es asimismo el exponente de plural de las lenguas arias y de otras muchas pertenecientes á razas bien distintas; mas en ninguna de ellas puede apreciarse ni sorprenderse la razón de las funciones que desempeña, porque en todas se ha perdido aquella clasificación de nombres indefinidos, subjetivos y espirituales, y de nombres definidos, materiales ó subjetivo-objetivos, que dichosamente se conserva en el éuskaro. Y entiéndase que al explicarnos de este modo no queremos decir que aquella clasificación, cuyos orígenes arrancan de la estructura misma de la palabra *i*, *a*, se haya perdido en las demás lenguas, porque tal

suceso no puede acaecer sino con la muerte misma de la palabra, sino que se ha borrado en sus respectivos nombres, en el mero hecho, de que el nombre latino *homo*, por ejemplo, lo mismo significa *hombre*, esto es, *gizon*, indefinido, que el hombre, esto es, *gizona*, indefinido, &. Véase ahora en prueba de lo que decimos la siguiente lista que extractamos de un curioso opúsculo, escrito por Raoul de la Grasserie, con el título de *Etudes de Grammaire comparée*, «De la catégorie du nombre», y publicado en el tomo XIX de la *Revue de Linguistique*, en París.

«Pluralizan con el sufijo *s*—dice aquel lingüista:—primero, sánscrito y lenguas indo-germanicas (arianas), comprendido en ellas el francés, pero exceptuando las célticas, menos aquellas en que dicho sufijo ha sido reemplazado por la vocal *i*, su sustituto (esta sustitución es una apreciación del autor); segundo, la lengua maba, cuyos exponentes son *si vyc*; tercero, hausa, *se*; cuarto, mandschu, *sa, se, si*; quinto, mogol *s* (en los nombres). *si, s* (en los pronombres); sexto, accadiano *mcs*, en los nombres, *s*, en los verbos; séptimo, turco y facuta, *z*, en los pronombres; octavo, awara, *z*, en los casos oblicuos; noveno, singales, *su, bu*; décimo, tshetchete, *s, as, is, us, us, nos, si, is, nas, vis, mus, mus*; undécimo, votiaiko, *jos*; duodécimo, cyreniano, *jos*; decimotercero, kamasniache, *zau*; decimo-cuarto, tshuvache; *sam, zam*; decimoquinto, tcheremise, *samits*; decimo-sesto, tungrouse, *sa, se*.

Pero el éuskaro tiene, además, otro exponente de plural espiritual, que, cual al anterior, lleva en sí mismo y en su misma estructura la razón de las funciones que desempeña; tal es, en efecto, la sutil y penetrante *i*, onomatopeya, como sabemos, del principio generador de los seres; de la unidad, generadora de los números, y de la línea, generadora de toda figura geométrica, y la onomatopeya, por consiguiente, de la pluralización y multiplicación de los seres espirituales, puesto que éstos nacen y se

pluralizan para nuestra imaginación como los rayos solares nacen y se pluralizan en el astro hacedor del día, esto es, por irradiación ó por líneas | | | . Verifiquemos la prueba.

Da (él es), por adición de la *i*, exponente de plural espiritual, al pronombre paciente *d=lo*, *d-i-a*; por interposición de la letra de ligadura *r*, *d-ir-a=dira* (ellos son); *zan* (él era) por adición de la vocal *i*, á la consonante *z*, que hace los oficios de pronombre paciente de tercera persona, *zian*; por interposición de la letra de ligadura *r*, *z i r-an=ziran* (ellos eran). Esto es claro como la luz del día, aun cuando nuestros gramáticos no se hayan dado cuenta de ello, como así se confirma por los siguientes ejemplos: *Daut* (lo he yo), por adición de la *i* al pronombre paciente *d=lo*, *d-i-aut*; por interposición de la *t*, letra de ligadura y nota de aumento, de repetición, de enlace y fijación, *d-i-t-aut*; por supresión de la *a*, con elisión del diptongo *au*, *d-i-t-ut=ditut* (los he yo); *dauk*, (lo has tú, varón) por adición de la *i* al pronombre paciente *d=lo*, *d-i-auk*; por interposición de la letra de ligadura *t*, *d-i-t-auk*; por supresión del diptongo *au*, con elisión de la *a*, *d-i-t-uk=dituk* (los has tú, varón); *dawn* (lo has tú, hembra), por adición de la *i* al mismo pronombre, *d-i-aun*, interposición de la *t* eufónica, *d-i-t-aun*, supresión del diptongo con elisión de la *a*, *d-i-t-un=ditun* [los has tú, hembra]; *dau* (lo ha), adición de la *i*, *d-i-au*; interposición de la *t*, *d-i-t-au*; supresión de la *a*, *d-i-t-u=ditu*; *Daugu* (lo hemos); *d-i-augu*, *d-i-t-augu*, *d-i-t-ugu* (los hemos); *dauzu* [lo habeis]; *dituzu* [los habeis]; *daube* (lo han), y *ditu e* (los han), siguen la misma regla.

Ahora bien: el latín pluraliza con la *i* éuskara su segunda declinación, y los adjetivos y pronombres que se rigen por ella, diciendo: *Dominus, bonus, ille, ipse, &* para el singular, y *domini, boni, illi, ipsi, isti*, en el plural; y otro tanto hace el griego con su primera y segunda declinación diciendo: *Musa, demos, autos*, en el singular, y *musai, demoi, autoi*, en el

plural; y el italiano imita á ambas y pluraliza con la *i* hasta sus pronombres personales *noi, voi*. Las lenguas turanienses pluralizan con la *i* sus casos oblicuos (Charencey), diciendo, por ejemplo, en el soani *talo-en* (de la casa), *talo-i-t-en* (de las casas). El wolof, lengua muy extendida en el Africa, pluraliza asimismo con la *i*, como se ve en los ejemplos siguientes [Hobelacque]: *Fas u bur* (caballo de rey); *fas* (caballo), *u* preposición, *bur* (rey), nombre indefinido; en vascuence, *buru* [cabeza], indefinido; *fas u bur-ba* [caballo del rey]; en vascuence *burua* (la cabeza), y en algunos pueblos de Vizcaya *buru-ba: fas u buru-ya* (el caballo de los reyes), la *y* pluraliza la voz definida *bur-ba: fas i bur* (caballos de rey); la *i* pluraliza *fas* (caballo); *fas i bur-ba* (los caballos del rey); *fas i bur-ya* (los caballos de los reyes). He aquí ahora lo que dice sobre este exponente de plural el árjiba citado Raoul de la Grasserie:

«Pluralizan con el subfijo *i*—dice este autor—primero, el italiano *i*; segundo, el latín, *i* (sustituto de la *s*; el lector sabe á qué atenerse respecto de esta supuesta sustitución); tercero, el griego, *i*, sustituto de *s* (¿y por qué?); cuarto, lapón, *i*, caso oblicuo en los sustantivos; quinto, lenguas samoyedes, *i*, (en los pronombres); sexto, mordwin *i*, (en los pronombres); séptimo, toda, *ai, e*: octavo, harkan, *ti, ri, vi, mi, ni, i*; noveno, tshetschete, *i*, seres animados; décimo, nuba, *z, dji, ndji, gu, kuu, ri, iri*; undécimo, kunama, *i*; duodécimo, oibog, *i*; décimotercero, singales, *i*; décimocuarto, wolof, *z* Pasemos adelante.

El exponente del plural material éuskaró es la delicada y suave *e*, onomatopeya de la mujer y la característica del timbre de su voz, y por esta razón su nombre primero en el lenguaje del hombre. Fórmase este plural mediante la unión directa è inmediata de dicho signo *e*, nota de reproducción, función propia y característica de la mujer, con el pronombre artículo *a*, onomatopeya de la materia sensible que forma el organismo.

de todos los seres. Y llamamos la atención del lector sobre esta unión directa é inmediata del signo pluralizador *e* con el artículo *a*, onomatopeya de la materia, ó sea del organismo pluralizado, pues por no haberlo comprendido así se han desorientado nuestros gramáticos. En efecto: de esta unión resulta el diptongo *a-e*, que hubiera perecido apenas nacido si la lengua con la previsión que la distingue no hubiera atendido á su conservación reforzando al efecto la débil y fugaz *e* con la robusta y fuerte *k*, onomatopeya del varón en el período de la pubertad y cuando los sexos comienzan á distinguirse, y el nombre afijo del mismo varón en la conjugación de nuestra lengua y en la conjugación de las lenguas algonquinas é iroquesas [Julien Vinson], y últimamente, en la conjugación de algunas de las lenguas kamíticas [Hobelacque. *La Linguistique*].

Ejemplos: *entru-i-k* (oye, varón); *entru-i-n* (oye, mujer); *eka-k* (dame, varón); *eka-n* (dame, mujer), etc., y Vinson dice que esto mismo hacen los algonquinos é iroqueses: egipcio, *non k* (tú eres, si se habla á hombre), /tù eres, si se habla á mugeres). Unió, pues, el éuskaro la débil y fugitiva *e* con la fuerte y robusta *k*, y derivó de este modo el signo completado del plural éuskaro, que es *ek*, formado, como se vé, por los dos principios activo *k* y pasivo *e*, que concurren á la misteriosa obra de la generación que pluraliza los seres. Y no se nos diga que este signo pluralizador es el producto de caprichosa casualidad, porque esta señorita va perdiendo sus bríos á medida que avanzamos en nuestros análisis, y no tardaremos mucho en verla completamente anulada.

Pero estos dos signos no concurren por igual á la obra de la pluralización, en atención á que la consonante *k* es una letra de refuerzo de que sólo se sirve la lengua cuando pelagra la existencia del signo pluralizador *e*, y prescinde de ella en todos los demás casos, como así veremos en el ligero exámen que vamos á hacer del paradigma de nuestra declinación

que el lector puede consultar en la gramática de Campión. Comenzaremos este exámen por el pronombre de tercera persona *a*, que es el nombre definido de la misma.

El paradigma en el singular de esta declinación es como sigue: sujeto paciente *a* (él); agente *a-k* (él); genitivo poseedor *a-re-n* (de él); dativo recipiente *a-r-i* (á él): la sílaba *re*, del genitivo *a-re-n*, es eufónica y sílaba de ligadura, lo mismo que la *r*, del dativo *a-r-i*; al paso que las características de los casos ó estados del sujeto son por su orden: primero, la *k*, nota de actividad; segundo, la *n*, nota de posesión; y tercero, la *i*, nota de recepción y pasividad. Ahora bien: en la lógica de nuestra inteligencia el sujeto *a* (él), bien sea uno ó bien muchos *a-e* (ellos), es anterior y ha precedido á sus modos de ser y á sus diversos estados; y como lo que sucede en nuestra inteligencia sucede también y tiene que suceder en el lenguaje, expresión de aquella inteligencia, resulta que en el orden natural el signo de plural *e*, expresivo de los sujetos, precede y debe de preceder á los signos expresivos de sus diversos estados; en una palabra, el signo *e* debe unirse inmediatamente á la *a*, y preceder á las características de los estados del sujeto *k*, *n*, *i*; y esto es lo que hace nuestra lengua. Hagámoslo también nosotros así, separando la sílaba de ligadura *re* y la letra también de ligadura *r*, y aquel paradigma quedará modificado en la forma siguiente:

Sujeto paciente *a-e* [ellos]; agente *a-e-k* [ellos]; genitivo poseedor *a-e-n* (de ellos); dativo recipiente *a-e-i* (á ellos). Evitemos ahora los hiatos formados por los diptongos, como así lo requieren las leyes fonéticas de la lengua, y evitémoslos interponiendo la letra de ligadura *r* (que tanto papel desempeña en el éuskaro como letra eufónica), a fin de dar á aquellas fugaces voces la consistencia de que tanto necesitan, y habremos modificado el anterior paradigma en la forma siguiente: Paciente *a-r-e-*

are (ellos); agente *a-r-e-k=arek* [ellos]; genitivo posesor *a-r-e-n=aren* (de ellos); dativo recipiente *a-r-e-r-i=areri* (á ellos).

Si ahora fijamos nuestra atención en este paradigma, advertiremos que el exponente de plural *e*, en la persona paciente *are* (ellos), por su natural debilidad y por la poca consistencia de la voz misma á que se une, hubiera perecido indefectiblemente si la lengua, impelida por el instinto de su propia conservación y con la previsión que le caracteriza, no hubiera reforzado la débil y fugaz vocal *e* con la fuerte y robusta *k*, cuyo signado y funciones conocemos, para derivar mediante esta adición el actual plural paciente *arek*, formado, como se ve, por la unión del pronombre *a* con el signo completado del plural material éuskaro *ek*, mediante la letra de ligadura *r*; como advertiremos también que este plural paciente así formado se confunde con el agente singular, que es también *arek*; pero sin que esto sea un grave defecto, puesto que el verbo se encarga de establecer esta distinción, cual sucede en las lenguas modernas. Ejemplos: *arek dira* (aquellos son), paciente; *arek dauke* (aquellos lo tienen), agente; decimos también *arek dauka* [él lo tiene]; pero en la forma pasiva no podemos singularizar este pronombre, diciendo; *arek da* (ellos es), sino que tenemos que decir *a da* (él es), y *arek dira* (ellos son). Y es que en el singular *arek* de las oraciones activas, la sílaba *re* es eufónica, y la *k* signo de actividad; circunstancia que no debe olvidar ninguno que quiera enterarse del juego de nuestros pronombres.

En efecto; el lector habrá observado también que en dicho paradigma el genitivo plural *aren* (de ellos) se confunde con el singular, que es también *aren*; y este es un defecto que en la alta Guipúzcoa y en Vizcaya procuramos corregir por medio del acento, pero sin poder conseguirlo. Así es que cuando queremos establecer aquella distinción con toda claridad, empleamos el plural *eurak* [ellos], del intensivo *au*, que correspon-

de al singular del mismo *au-ra*, *au-rak* (él), y reservamos el genitivo *aren* para señalar el singular. Esto ha hecho creer á nuestros lingüistas que la sílaba *re* del genitivo singular *a-re-n* es sílaba orgánica y no eufónica, y que el tenso *ren*, y no la *n*, es el exponente del genitivo de singular aserción contra la cual protestan, como así lo veremos más tarde: primero, el lenguaje hablado y corriente, que es el maestro de los maestros: segundo, la interposición de la misma sílaba de ligadura *re*, no solo en el activo singular *arek*, de que acabamos de hablar, sino también en las locuciones *zuregaz*, en vez de *zu-gaz* (con vosotros); *ni-regaz*, en vez de *ni-gaz* (conmigo); *a-re-gaz*, en vez de *a-gaz* (con él), etc.; y tercero, que dicha interposición era necesaria, no solo para aфонizar la voz y darle cierta consistencia, sino para distinguir la forma lógica, que hubiera sido *a-n* de la partícula adverbial *an* (allí), que forma la desinencia del infinitivo, etc., etc. Pasemos ahora á los nombres.

El paradigma de nuestros nombres definidos ó completados es en el singular como sigue: paciente *gizona* (el hombre); agente, *gizona-k* (el hombre); genitivo posesor, *gizona-n* (del hombre); dativo recipiente, *gizonar-i* (á el hombre); la *r* es eufónica. Sin embargo, nuestros euskólogos, desorientados por lo que hemos dicho arriba, han creído que la forma del genitivo singular no es *gizonan*, con la característica de este caso *n*, sino *egizona ren*, con la característica *ren*; y es lo particular que este por demás grosero error se deba á la influencia, por nadie confesada, que ha ejercido sobre sus sucesores nuestro antecesor Artarloo, que en sus conversaciones particulares y diarias hablaba como hablamos en toda la alta Guipúzcoa y en toda Vizcaya, etc., diciendo á *gauzian polita* (lo bonito de la cosa, esto es, qué cosa mas bonita); á *plazian ederra* (lo hermoso de la plaza, esto es, qué plaza más hermosa); á *mutillan tontua* (que muchacho tan tonto); *gure katuan atzaparrak* (las rapaces uñas de nuestro gato);

idizan adarrak (los cuernos del buey); *itzazuan murruskak* (los bramidos de la mar), etc., sin servirmos jamás del tenso *re*, que sólo sienta bien en el estilo remontado del púlpito y en ese tono musical que han adoptado los de la parte baja de Guipúzcoa, y que es para el éuskaro, á lo que yo entiendo, lo que el andalúz es para el castellano.

Unamos ahora al paradigma anterior el exponente del plural *e*, como así lo hizo la lengua para pluralizar la declinación, y habremos modificado dicho paradigma en la siguiente forma:

Paciente, *gizona-e* (los hombres); agente, *gizona-e-k* (los hombres); genitivo posesor, *gizona-c-n* (de los hombres); dativo recipiente, *gizonu-e-r-i* (á los hombres).

Ahora bien: cualquiera que entienda nuestra lengua y sabe que la mayoría de sus voces terminan en el que un día fué el artículo definido, *ia*, como *echia*, *ulia*, *suria*, *gorria*, *uria*, *begia*, etcétera, comprenderá que el exponente de plural *e*, en el sujeto paciente *gizona-e*, *begia-e*, *uria-e*, *suria-e*, etc., hubiera desaparecido si la lengua no hubiera reforzado la fugaz y débil vocal *e*, con la fuerte y robusta *k*, su complemento, modificando las inflexiones anteriores en la siguiente forma: *gizona-ek*, *begia-ek*, etc., mediante la unión del signo completado de plural *ek* á los nombres *gizona*, *begia*, etc. Reparará asimismo que el encuentro de las vocales *a-e*, en todas las inflexiones anteriores, forma un hiato desagradable que debía desaparecer, dada la eufonía que caracteriza á la lengua, para la cual la armonía en el sonido es lo que la armonía en la forma á la naturaleza, esto es, ley de vida. Tenía para ello dos medios, la sustracción y la adición, que son á la lengua lo que la absorción y la secreción de nueva materia son á los organismos vivos; mas si hubiera optado por el segundo medio, intercalando al efecto la letra de ligadura *r*, como hizo en los pronombres para darles la consistencia de que carecían, en este caso

hubiera alargado la dicción dificultando é imposibilitando el desarrollo ulterior de la declinación. Para salvar, pues, estos obstáculos suprimió el diptongo *a-e* del paciente *gizona-ek* y del agente también *gizona-ek*, elidiendo al efecto la vocal *e*, y derivó de este modo su plural común *gizonak* que se confunde con el agente singular *gizonak*, pero sin que esta confusión sea un gran defecto, puesto que el verbo se encarga de establecer la distinción, como se vé en los ejemplos siguientes: *gizonak dauka* (el hombre lo tiene); *gizonak dauke* (los hombres lo tienen); *gizonak dira* (los hombres son).

Esta sustracción tan ingeniosa como natural y necesaria ha desorientado á todos nuestros lingüistas (excepto Astarloa), que no habiendo sorprendido la presencia de la *e* en la inflexión *gizona (e)k* han llegado á creer que la *k*, y no la *e*, es la característica primordial del plural éuskaro, sin echar de ver lo que, sin embargo, salta á la vista, esto es, que este exponente *e* recibe otras características de relación que hacen los oficios de sílabas de refuerzo, como se ve en los ejemplos siguientes: *gizona-gaz* (con el hombre); *gizonc-gaz* (con los hombres); *gizona-gana* (al ó sobre el hombre); *gizonc-gana* (a los ó sobre los hombres); *gizona-gandik* (de la parte del hombre); *gizonc-gandik* (de la parte de los hombres); *gizona-kin* (con el hombre); *gizonc-kin* (con los hombres); en todos los cuales se vé que las nuevas características de relación *gan*, *gana*, etc., se unen al plural paciente definido *gizonc*. Y creo yo, que á este error ha contribuido aquella influencia oculta é inconsciente que en todos ejerce el conocimiento más cabal que tenemos de la sintaxis de las lenguas modernas. En efecto, salta á la vista que el singular *gizona* (el hombre) en su tránsito al plural *gizona-k*, ha recibido el sufijo *k*, como la voz castellana *hombre*, en su tránsito al plural *hombres*, recibe el sufijo *s*; luego la *k*, se ha dicho, es el exponente del plural éuskaro, como la *s* lo es del castellano;

post hoc ergo propter hoc: mas los que así discurren no han reparado que las características de los casos en las lenguas modernas, ó sean las llamadas preposiciones, son otras tantas voces libres que en nada alteran la estructura ni el signado de la voz *hombres* que permanece inalterable, mientras que estas mismas características son en el vascuence otros tantos afijos que al unirse al nombre dan lugar á la formación de nuevas inflexiones que se diferencian de *s*: *s* factores, tanto como se diferencian los productos químicos de los cuerpos simples de que se han formado, lo que no sucede en el castellano; de modo que en cada paso particular cambia en el éuskaro, no solo la estructura del nombre, sino tambien su signado, que ofrece tantas variedades, cuantas son las partículas de relación que se le unen, con la circunstancia además de que el exponente de plural *e* reaparece en todas ellas, como hemos visto mas arriba. Hemos insistido en este punto porque los lunares que aquí señalamos pertenecen á los llamados á difundir el estudio de la lengua, y no á los que la hablamos.

Persiguiendo el mismo fin el éuskaro suprimió el diptongo del genitivo y dativo *gizona-e-n* y *gizona-e-ri*, por sustracción y no por adición; pero en vez de sustraer la vocal *e* como en los anteriores ejemplos, sustrajo, por el contrario, la vocal *a* y derivó el genitivo y dativo actuales; *gizonen* (de los hombres), y *gizoneri* (á los hombres), completando así el paradigma actual de plural, que es como sigue: sugeto paciente, *gizonak* (los hombres); agente, *gizonak* (los hombres); genitivo posesor, *gizonen* (de los hombres), y dativo recipiente, *gizoneri* (á los hombres).

Pero la vocal *e* es además, como así lo hemos dicho más arriba, el exponente de plural de las personas agentes en la sintaxis interna del verbo. Ejemplos: *nan* (me ha); *nau-be* (me han); *au* (te ha); *au-be* (te han); *dau* (lo ha); *dau-be* (lo han); la *b* en todas estas locuciones es enfónica y letra de ligadura; *gaitu* (nos ha); *gaitu-e* (nos han); *zaitu* (os ha); *zaitu-e* (os han); *nauka* (me tiene); *nauka-e*==

nauke (me tienen); *auka* (te tiene); *auka-e*==*auke* (te tienen); *dauka* (lo tiene); *dauka-e*==*dauke* (lo tienen); *gauka* (nos tiene); *gauka-e*==*gauke* (nos tienen); *zauka* (os tiene); *zauka-e*==*zauke* (os tienen); *daukaz* (los tiene); *dauka-e*==*daukez* (los tienen); *nakar* (me trae); *nakarre* (me traen); *akar* (te trae); *akar-e* (te traen); *dakar* (lo trae); *dakar-e* (lo traen), etc., etc.

Ahora bien: el latin pluraliza con la *e* éuskara su primera declinación y los adjetivos y pronombres que se rigen por ella, diciendo en el singular *musa*, *bona*, *illa*, etc., y en el plural *musa-e*, *bona-e*, *illa-e*. El italiano imita al latin y pluraliza con la *e*. El inglés pluraliza con la *s*, importada por los normandos; mas el viejo anglo-sajón pluralizaba con la *e*, diciendo *man* (el hombre); *men* (los hombres); y lo que decimos del sajón es aplicable á todas las lenguas de origen teutónico ó germánico.

El alemán pluraliza con la *e* y con la *n*; mas la *n*, como la *e*, es onomatopeya de la mujer, con la diferencia de que *e*, anterior en el orden natural á la *n*, es la característica del timbre de la voz de la mujer que habla, grita y canta en *e*, como el hombre canta, grita y habla en *a*, mientras que la *n*, interjección de la natural timidez de la mujer y de sus muchas enitas (*ené* significa hay de mí, pobre de mí), es la característica de la mujer en el periodo nubil ó de la pubertad y cuando los sexos comienzan á distinguirse, como la *k* lo es del hombre en la misma época; razón por la cual esta letra *n* es el nombre de la mujer hembra en la sintaxis interna del verbo éuskaro; *eka-n* (dame, mujer); *entsu-n* (oye, mujer); *eka-k* (dame, hombre); *entsu-k* (oye, hombre), y en la sintaxis interna del verbo algoiquino é iroqués. Véase más arriba. Por igual razón es llamada la mujer nubil *neska*, *neskatilla* en nuestra lengua, *nenia* en el latin, y *na*, *ni nina* entre los salvajes del Africa (Zaborowski). Así es que desde este punto de vista *n* es igual á *e*.

He aquí por qué las lenguas arianas pluralizan con esta letra las terceras personas de su conjugación, diciendo en el latin *est*, *ama-t*, *amaba-t*, en el singular;

su-n-t, ama-n-t, amaba-n-t, en el plural; en el sánscrito *bodha-ti, abodha-ti, asti*, en el singular; *bodha-n-ti, abodha-n-ti, sa-n-ti*, en vez de *asa-n-ti*, en el plural; en el griego *es-ti* para el singular; *esto-n* para el plural; en el castellano, *es, ama, amaba*, para el singular, y *so-n, ama-n, amaba-n*; para el plural, mientras que estas mismas lenguas pluralizan sus dos primeras personas con la *s*. Si, pues, tenemos en cuenta que las terceras personas son el nombre definido de la persona, y que ésta en el éuskaro se pluraliza con el exponente de plural material $e=n$, mientras que las primeras y segundas componen el nombre indefinido de la persona, que el éuskaro pluraliza con la $e=s$, habremos de convenir que no es la casualidad la que ha dado su plural á las personas del verbo ario ni á sus pronombres, sino que ha sido nuestra lengua la que ha inspirado á sus hijas las arias dichas construcciones, y nos confirmaremos mejor en esta opinión al ver que el italiano ha reemplazado en sus dos primeros pronombres *no-i, vo-i*, el exponente espiritual *s*, de su padre el latín, por el exponente de plural también espiritual y éuskaro *i*.

Por las razones arriba expuestas, pluralizan con la consonante $n=e$ las muchas lenguas que figuran en la siguiente lista que copiamos del arriba citado Raoul de la Grasserie. He aquí la lista copiada al pie de la letra:

Primero, aleuta, *n, nin*; segundo, sonali, *in*; tercero, haussa, *uaa, ann, anc*; cuarto, bretón, *en, iea*; quinto, mannois, *yu, eyu, ju* (sic); sexto, welsch, *ain, aint*; séptimo, acadiano, *ene*; octavo, algonquino, *n* (seres inanimados); noveno, alapaske, *yu* (género hombre); décimo, tselcherokess, *ani, uni* (seres animados); undécimo, nahuatl (*t*), *n*; duodécimo, totonque, *na, no, ni, nu, in, an*; decimo-tercero, mosquito, *nani* (seres racionales); decimoenarto, arroaque, *nuli, nu, na* (seres animados); decimoquinto, moxo, *no, ono, nowa*; decimosexto, yaruros y betoy, *no* (en los pronombres); decimoséptimo, chino y moehica, *on* (seres animados); decimooctavo, lulet, *n, m* en los pronombres; decimonoveno, adalaida, *na*; vigésimo, todas las lenguas australianas, *n* y *l* y *dl* en los duales; vigésimo pri-

mero, oibog, *n*.—Nota del autor. No confundir este suñjo con la nasalización de que arriba hemos hablado y que se encuentra en el sánscrito indostani, maratá y en las lenguas germánicas. Nota nuestra. Si al expresarse de este modo se refiere el autor al *anti*, sánscrito, al *nt*, latino, etc., su pretendida nasalización es simplemente pluralización.

Ahora bien: la *n* es afín á la *m*, no sólo por su estructura, sino también por su signado, en atención á que si dicha *n* es la característica de la mujer en el período nubil y la radical de que se ha formado su nombre (y entiéndase bien que no aventuramos afirmación ninguna sin tener la seguridad de comprobarla), la *m* es, por su parte, la característica de la madre y la radical de que se ha formado el nombre *ma, ama*, con que ha sido designada en las lenguas habladas: de modo que esta letra ó grito natural *m* es tan idónea como la *n* para expresar el plural. Y, en efecto, pluralizan con la *m* las lenguas que figuran en la siguiente lista, copiada del mismo autor:

Primero, hebrero, *im, aim*; segundo, las lenguas dravidianas, en las cuales la *n* llega á ser *m* ó *v* en el plural; tercero, árabe, *n, m*, en los pronombres; cuarto, sahaptin, *ma*; quinto, mutsum, *mak, ma*, sexto, nahuatl, *me*; séptimo, caribe, *em, im*; octavo, copto, *n, m*, en los pronombres; noveno, kunana, *me* en los pronombres.

Advertimos ahora que la vocal *a*, onomatopéya en el éuskaro, lo mismo que en nuestro lenguaje natural, de la materia pasiva y vivificada, ha llegado á ser en el latín, hijo póstumo del éuskaro, la característica del género femenino que representa en la naturaleza el principio pasivo y vivificado ó fecundado por una de esas transiciones fáciles de comprender; y desde el momento en que ha tenido lugar tal transición, no debemos maravillarnos de que esta característica de género femenino, lo mismo que la *e, n* y la *m*, haya llegado á ser en el mismo latín el exponente de plural del género neutro: *templum*, singular; *templ-a*, plural, etc. ni nos extraña que figure como tal exponente en las siguientes, copiadas de las

listas del mismo autor:

Primero, las samoyedas-jenissoi, *a*, en los pronombres; segundo, *kunana*, *a*; tercero, *kiriri*, *a*, nombres antrópicos; cuarto, algonquino, seres inanimados. Y continuemos nuestras investigaciones, que no carecen seguramente de interés.

El magyar, lengua turaniense, pluraliza con la *k* éuskara, diciendo en el singular *atya* (el padre), y en el plural *atya-k*; en el vascuence *aita*, *atha* (el padre); *aita-k* ó *atha-k* (los padres). El soumi y el estoniano, que pertenecen á la misma familia, pluralizan con la *t*, diciendo *karha* (el oso); *karha-t* (los osos); en el éuskaro, *artza* (el oso), y guturizado, *kar-tza*, *artza-k* (los osos), y guturizado, *kar-tza-k*.

Charencey, de quien tomo estas notas, añade que varios idiomas fineses pluralizan con la *t* los nominativos ó casos directos que corresponden á los sujetos agentes y pacientes de nuestra declinación, que se pluralizan, según hemos visto arriba, con la *k=ek*, mientras que los demás casos que nosotros pluralizamos con la *e*, pluralizan aquellos con la *i*; y fundándose en estas analogías cree, y con razón sobrada, que la *t* finesa equivale á la *k* éuskara, y la *i* á nuestra *e*, de modo que *k=t* y *e=i*. Fundándonos nosotros en esta justa y acertada observación de aquel eximio lingüista, creemos poder asegurar con sólido fundamento que en los plurales turanienses *karha-k* (los osos); *atya-k* (los padres), se oculta la *e* éuskara lo mismo que en nuestros nombres *artza-k* y *aita-k*, y que así como estos plurales son contracciones de *artza ek* y *aita ek*, como así lo hemos probado arriba, así también los primeros son contracciones de *kar-huek*, *atya-ek*; de que se deduce que el signo completado de plural de las lenguas turanienses ha sido el éuskaro *ek*, y nadie puede negar la importancia que tiene la comprobación de este hecho tan curioso como interesante para restablecer la filiación éuskara de aquellas lenguas.

Pluralizan además con la *k* éuskara las lenguas siguientes, copiadas de las listas del mismo autor Raoul de la Graserie.

Sufijo *k* antes del dual, pero convertido mas tarde en plural: 1.º, húngaro *k*, 2.º, lapón, *k*, *h*; 3.º, vasco, *k*, (copiamos al autor).

Sufijo de plural: 1.º, armenio, *k*; 2.º, kolh, *ko*; 3.º, oigob, *k*, *ki*, en los verbos, 4.º, barea, *ka*, *ki*, en los verbos; 5.º, ude, *x*, *xo*; 6.º, inkagire, *gi*, *k*, *x*; 7.º, aino, *gi*, *k*, *v*; 8.º, diuka, *ke*, *ge*; *k* en los pronombres; 9.º, bari, *ki*, *ak*, *dji*, *djin*; 10, mandara, *ha*; 11, bagrima, *ge*; *dje* en los pronombres; 12, maba, *eng* en los pronombres; 13, haussa, *ki*; 14, coreano, *kai*; 15, algonquino, *k g* (seres animados). (El varón *k* es considerado entre estos salvajes como ser animado, y por lo tanto, superior); la mujer y el niño *n*, como ser inanimado, y por lo tanto, inferior, (Vinsou); 16, atapaske, *kwe*, nombre de parentesco; 17, kólosch, *k*, *x*; 18, tsiuuk, *úks*, *uks*; 19, galibi, *kam*, *kamo*; 20, paez, *geks*, seres animados; 21, kesua y aimara, *kuaa*, *nake*; 22, chiquitos, *ka*; 23, moluse, *ika*, *enem*; 24, birman, *kan*, *kha* en los verbos; 25, kolh, *ki*; 26, barea, *ka*, *ki*; 27, syrenio, *kod avec*; 28, tcherenusse, *gic*.

Nota nuestra. La *g=k* es el exponente de plural del pronombre éuskaro de primera persona que en el singular es *ni*, con su intensivo *n-eu* (yo), cambio fonético de *n-iu*; mientras que en el plural es *g-en*, y eufonizado *gu* (nosotros); ambos se usan casi indistintamente. Este pronombre *gu*, modificado en *go*, engendró el greco-latino *e-go*, (yo); como el *su* (vosotros), engendró el *su* griego y el *tu* latino, según hemos visto en su lugar; *gu* (nosotros), modificado primero en *go*, y luego en *vo*, engendró á su vez el *vo-s* latino, el *wa-s* sánscrito y el *spho-s* griego, sin que se oponga á ello el tránsito de primera á segunda persona, en atención á que la *g* es por su origen un exponente de plural y no la característica de la persona. Y continuemos por el camino emprendido.

La *t* es afín á la *k*, no solo por su estructura orgánica, sino también por su signado, en atención á que si esta última es la característica del varón en el período de la pubertad y cuando se muda la voz humana en ambos sexos, y ha sido por esta razón su nombre en las viejas lenguas, en cambio la *t* es la característica

del padre, principio fecundante y pluralizador, y la radical de que se ha formado el nombre del mismo llamado *ta, atha, aita, athia*, en las lenguas más arcaicas.

De aquí las funciones de pluralizadora que desempeña esta *t=k* en las siguientes lenguas que copiamos de las mismas listas. Hélas aquí:

1.º fines, *t*; 2.º vepse, *d*; 3.º vote, *t*; 4.º estoniano *d*; 5.º livonians, *d*; 6.º mordvine, *t*; 7.º ostiaco, *t, dt, et*; 8.º lapón, *it, id, itu, illi*, indefinido plural; 9.º húngaro, *t*, antiguo plural indefinido actual; 10. vasco, *t*, antiguo plural en los nombres (pase la equivocación que es de poca monta); *t, ts*, plural en los verbos (pero solo unido á la *i*, como en *dil-u*); 11. innuít, *t*; 12. lamoyedo-ostiako *t, la*; 13. georgiano, *t* (en los verbos); 14. tschuktsch, *at, et, it*; 15. irob-saho, *t*; 16. bari, *at, ot, te, ti, tat, au, in, on*; 17. maba, *ta, dje*; 18. Teda, *ta, ti*, en los pronombres personales; 19. kanuri, *ndi*, en los pronombres; 20. bretón, *ed*; 21. mongol, *ut, nut*; 22. mandschu, *ta, te*; 23. Buriato, *ut, nut*; 24. hnrkan, *ti, di*; 25. Abchaze, *tb* en los pronombres; 26. artschi, *th*; 27. *nd*, en los pronombres; 28. kazikumuk, *ti, du, rdu, di*; 29. dakota, *d, t* en los verbos; 30. birman, *to*; 31. osseta, *the*; 32. welsh, *ed, aid, wd, idd*; 33. albanés, *te*; 34. kiriri, *te* [nombre de parentesco]; 35. turíbul, *lin, tsin*; 36. tcherokessi, *ti, te, t, ts* (seres animados); 37. tarask, *ets* en los pronombres; 38. vasco, *ts* en los pronombres; 39. mogol y buriato, *te, da*; 40. barea, *ta*.

De la vocal *e*

En el primero de nuestros artículos y al ocuparnos del primero de los gritos que se oyen en el recién nacido, dejamos demostrado con el concurso de la Fisiología y de la Lingüística:

1.º Que la vocal *e*, de que vamos á ocuparnos, es la característica del grito de la mujer y aquel que anuncia su nacimiento; como la *a*, de que ya nos ocupamos, es la característica del grito del varón y aquel que anuncia su nacimiento = *Clamabunt a, et e, quot quot nascuntur ab Eca; omnia masculus a, nascens, e, femina profert.*

2.º Que por esta razón la mujer canta, grita y habla en *e*, cual puede observarse escuchando á cierta distancia el rumor de una conversación mujeril; mientras que el hombre grita, canta y habla en *a*, cual puede comprobarse por medios análogos.

3.º Que ambas unidas completan el timbre de la voz humana: como el hombre unido á la mujer completan el doble organismo humano y el ser colectivo hombre.

4.º Que la *a*, fuerte y robusta, es la expresión, la imagen y el fiel reflejo del organismo del varón, fuerte también y robusto: mientras que la *e*, delicada y suave, es por su parte la expresión, la imagen y el fiel reflejo del organismo de la mujer, delicada á su vez y suave, y ambas á dos, *a* y *e*, la prueba cierta y el testimonio fehaciente de las consonancias que la naturaleza ha establecido entre el organismo y el grito, su producto y su expresión.

5.º Que el lenguaje del hombre es una perpetua ovomatopeya, y que dentro de este lenguaje, eco de la naturaleza en la conciencia humana, el hombre fué

llamado *a* por su grito, y fué llamado, por consiguiente, el fuerte y robusto; al paso que la mujer fué llamada *e* por el suyo, y fué llamada, por consiguiente, la tierna, delicada y suave, cual así lo demuestra: primero, la Biblia llamando *Adán* al primer hombre y *Eva* á la primera mujer; segundo, la más pura y arcaica de las lenguas, el éuskaro, que llama *ar* al varón y *emi, eme*, á la hembra; tercero, las lenguas turánienses, cuyas analogías con el éuskaro han sido anotadas por Charencey, quien nos dice que el *Mandjour*, que pertenece á las mismas, llama *ama* al padre; *eme* á la madre; *amkha* al suegro; *emkhe* á la suegra; *ghighá* al macho, y *ghéghé* á la hembra; voces ambas en las cuales parece percibirse el lloro del recién nacido; cuarto, las lenguas de origen germánico, á que pertenece el inglés, que llama *man* al varón, y *mis=mes* á la señora; quinto, el latín con sus hijas, que llama *masculus* al macho, formado por la radical *mas*, variante del *man* indo-germánico, y *femi-na* á la hembra, con la voz éuskara *emi, eme*, desconocida de los orientalistas; sexto, las lenguas semíticas y algunas otras que llaman *emé, em, me*, á la madre, etc., etc.

Pero la vocal *e* no es tan sólo la característica del timbre de la voz de la mujer y su nombre en la lengua, sino que además es también la expresión de los diversos sentimientos de amor, de ternura, alegría y felicidad que despertó en el corazón de nuestro primer antecesor la repentina aparición y la presencia de su compañera, sangre de su sangre y carne de su carne, y es desde este punto de vista un grito nacido en el instinto genésico, y como tal, el más suave y melodioso de todos los de su repertorio. En una palabra, la vocal *e* es la onomatopeya de la mujer y de sus diversas cualidades y atributos, y la onomatopeya, por consiguiente, de todo aquello que se relaciona con dichas cualidades y atributos.

Tales son, entre otros: primero, el amor, *ero*; segundo, la fecundidad ó reproducción material de los cuerpos, *e*; tercero, el deleite, la suavidad y la dulzura, *ez*; cuarto, la hermosura, *ede*; quinto, la irresolución y timidez, *epe*; sexto, su flaqueza y debilidad, *erbat*; séptimo, su ternura y blandura, *evi*; octavo, su lige-

reza y volubilidad, *ero*; noveno, sus achaques, sus cuitas y dolencias, *eri*; décimo, su nulidad y su impotencia en la lucha por la vida que trabaja la existencia, *ez, eia*, etc., etc. Verifiquemos las pruebas comenzando por la que siendo ya conocida de nuestros lectores ofrece en nuestro concepto mayor interés lingüístico.

Entre los atributos de la mujer figura como primero y principal la fecundidad ó la reproducción material de los cuerpos, que se efectúa, en efecto, en la mujer y por medio de la mujer; y la reproducción es la pluralización.

Pues bien: su onomatopeya *e* es en nuestra incomparable lengua el exponente del plural, y no de los seres espirituales representados en ella por los nombres indefinidos, sino de los seres materiales, representados por los nombres definidos y caracterizados por el artículo-pronombre *a*, onomatopeya de la materia bajo sus diversas formas; y esta clasificación de plural material distinta y diferente del plural espiritual que en ninguna otra lengua se reproduce, nos autoriza á creer que en el éuskaro ha tenido su origen y que de ella han heredado dicho exponente del plural las lenguas griega y latina, con el italiano, el anglo-sajón y el alemán, con los demás de origen germánico, y, últimamente, las lenguas turánienses, puesto que, según Charencey: su *i* equivale á nuestra *e*, en este punto concreto. (Véase nuestro artículo las características del plural éuskaro.)

Repárese, además, que la conjunción copulativa indica unión, enlace, aumento, repetición: esto es, pluralidad, y que esta conjunción, que en el éuskaro es *eta*, formada, como se ve, por la onomatopeya *e*, se reproduce poco modificada en el hebreo *eth*, en el griego *ete*, en el latín *et*, en el francés *et*, en el antiguo español *et, e, y hoy i*, etc., etc., sin que tales analogías de forma y signado puedan atribuirse á la casualidad, sino á su común origen, como muy oportunamente lo observa el distinguido lingüista Sánchez Calvo en su poco conocida obra *Los nombres de los dioses*.

Agréguese á lo dicho que los orientalistas que desconocen la presencia de la voz éuskara *em-a* (la hembra) en la latina *femina*, asimilan, sin embargo, esta

voz á sus congéneres *secundus, secunditas, feteo, fetus, fétare*, fundándose precisamente en que la fecundidad ó reproducción es uno de los atributos más importantes de la mujer, instrumento de pluralización.

Pasemos ahora á otro punto, que si no tiene la importancia lingüística que el anterior, ofrece, en cambio, un interés muy especial y marcado para los mitólogos, y muy especialmente para aquellos indianistas que ven en el Rig Veda el poema de la salida del sol y del combate de la luz con las tinieblas; del día blanco con las negras sombras de la noche. Hele aquí:

La luz del sol (*eg-uz-ki*, ó *ek-uz ki*, ó *ik-uz-ki*), hacedor del blanco día (*eg-un*), representa para el hombre de la naturaleza, lo mismo que para el pájaro, la mayor de las felicidades y aquella que contiene en sí todas las demás, y la luz del sol ha despertado, por consiguiente, en el corazón del humano los sentimientos análogos á los que despertara la presencia y repentina aparición de su compañera. De aquí la tendencia á deificar aquel astro que ha distinguido á todos los pueblos primitivos.

Por el contrario, la obscuridad de la noche *il-un* representa para el mismo hombre, lo mismo que para el pájaro, la mayor de las infelicidades y aquella que contiene en sí todas las demás. Pues bien: estos diversos sentimientos que componen como el fondo de la teogonía de la luz, hállanse contenidos y expresados en nuestra lengua por un simple monosílabo *eg*, radical de *eg-uz-ki* (sol) y *eg-un* (día).

En efecto, *eg-uzki* (sol) se compone: primero, de la radical dicha *e-g*, formada por la onomatopeya de la mujer, la vocal *e*, grito de felicidad, de deleite, de amor, alegría y vida; y de la consonante eucomiástica *g=k*, que significa superior y supremo, por ser, como veremos en su lugar, no ya el grito característico del recién nacido, como la *a*, sino del hombre adulto, el rey de la creación, el que no encontró en los seres de la tierra uno semejante á él; y la radical también de que se formaron la voz sánscrita *ganax*, la griega *genos*, la latina *genus* y la éuskara *gizon* (hombre); y últimamente el nombre del varón llamado *k=g* lo

mismo en la Gramática éuskara que en la algonquina ó iroquesa y en alguna de las semíticas. (Véase más arriba el artículo características del plural éuskaro). De que se infiere que *eg* significa la suprema felicidad, la suprema alegría, el supremo deleite y la suprema vida; segundo, de la partícula *uz*, *us* (vacío, espacio); y tercero, de la terminal *ki*, *kija*, *gi*, *gija*, *gei*, *geija*, que significa algo como hacedor, productor, creador.

De modo que la palabra compuesta *eguzki* significa en traducción libre *el que derrama por todo el espacio la suprema felicidad, la suprema alegría y la suprema vida*, que tales son los epítetos con que designa el pueblo éuskaro al astro hacedor del blanco día y ahuyentador de las negras sombras de la noche.

Eg-un (día) se compone de la misma radical *eg* y de la terminal *un*, partícula superlativa que significa *profunda, total y completamente*, de modo que la voz compuesta *egun* quiere decir que *la suprema felicidad, la suprema alegría y la suprema vida*, y lo que llamamos *día*, esto es, *luz solar*, se componen y confunden y son en el fondo una sola y una misma cosa y componen un todo, una unidad, en latín *un us* la prueba vendrá en su lugar.

Ilhun (obscuridad, noche), compónese de la radical *il*, *ill*, de que nos hemos ocupado en otro lugar, y que, según allí hemos visto, significa *infelicidad, tristeza, angustia, congoja, ansiedad, muerte*, y de la terminal *un*; de modo que la voz compuesta *ilhun* quiere decir que *la suprema infelicidad, la tristeza y la muerte*, y lo que llamamos *noche*, son en el fondo una sola y una misma cosa y componen un todo, una unidad. Por esto llama el latín hijo directo del éuskaro *nox* á la noche y *nox* á la muerte, como llama á la negación *no-n* y *ne*. De lo dicho se infiere que el monosílabo *eg* ha sido el grito inconsciente de alegría, felicidad, etc., con el que el hombre de la naturaleza ha saludado el retorno del nuevo día, y es lo cierto que no podrá hallarse en el repertorio humano otro grito que exprese mejor y con más verdad la impresión que le produjo la venida de la aurora.

Más si es cierto que el éuskaro es, como así lo vamos demostrando, el tronco común de que nacieron y en el que tuvieron su origen las lenguas habladas por la raza caucásica, es de esperar que haya dejado en ellas algunos vestigios de su existencia, una raíz tan importante cual lo es dicho monosílabo *eg*, el nombre del astro que debía ser muy luego deificado. Y, en efeco, en el Rig Veda hallamos que se llama *Ag-nus* el Dios del sol y de la luz, y esta voz *ag-nus*, formada por la radical *eg*, variación fonética de la euskara *eg*, designa en el latin al cordero, victima preferida que los pastores de Himalaya sacrificaban á su Dios favorito. El mismo Dios en la Grecia recibió el nombre de *Ap-olo*, formado, como se vé, por la radical *ap*, variante de *eg*, *eg*; y últimamente, *Febó* pertenece á la misma familia por su raíz *Feb*, variante de *eg*.

El latin tiene á su vez la voz *eg-u arius* formada por la euskara *eg-uz*=*eg-uz* (sol), y el signado de constelación que hoy tiene indica su origen y parece demostrar que perdió su primitivo signado de *Sol* el dia en que se introdujo en el pueblo lacio la teogonia griega y cuando por tal suceso quedaron acorralados los dioses patrios, y esta misma consideración es aplicable á la voz *equus*, que siendo primitivamente el nombre del sol, sirvió luego, no para designar este astro, sino los caballos que tiraban de la carroza del sol dirigida por el nuevo Dios Apolo, y más tarde para designar la especie caballar. Lo cierto es que en el éuskaro el caballo *zal-dí* ó *sal-dí*, no ha recibido su nombre por la ligereza de sus piernas, sino de las llanuras ó pampas *zal* (campos, llanuras) en que habita, y que el que se equivocó llamándole al sol el brillante y á la tierra la seca, se equivocó tambien y pudo equivocarse llamando al caballo el rápido. Añádase á todo lo dicho que las lenguas de origen turco llaman *gun*=*egun* (al sol), *gjun*=*egjun* (al sol y al dia); y también *kun*, *gun*, *koun*; en vez de *ekun*, etc.

Obsérvese ahora que la misma onomatopeya *eee* unida á la *l*, forma el monosílabo *El*, del que derivó el hebreo *El oim*, *El-oc*, *El-ion*; el griego su *El-ior*, y el árabe su *Al-ha*, variación fonética de las anteriores. Veamos ahora otras derivaciones que han hecho las lenguas del monosílabo *eg*, *ek* (luz solar).

El vuelo conduce á los pájaros á las regiones bañadas de luz, y el vuelo en el éuskaro se llama *eg-a*; el ala con que se vuela, *eg-oa*, y el ave que vuela, *eg-azi*. El viento recorre la transparente atmósfera bañada tambien de luz, y el viento se llama en el éuskaro *eg-oi*. La tierra en su configuración ofrece sitios sombríos y oscuros, que son sus concavidades, y otros expuestos á toda la luz del día, que son las vertientes ó divisorias, y á estas últimas llama el éuskaro con el nombre genérico de *eg-i*. En las inmediaciones de este pueblo de Eibar tenemos un monte cuyo vértice despejado y muy vistoso se halla formado por una peña *ach*, *aitz*, en vacuence, y esta peña se llama *eg-o-ach*, esto es, peña vistosa y alta.

La verdad es clara como la luz del mediodia, y la verdad por su claridad se llama tambien *egi*, mas además de ser clara es tambien un acto que se realiza en nuestro entendimiento *è verita è fatto*, dice, en efecto, el italiano, y el *acto* se llama tambien *eg-i*, *ag-i*, que es la radical de que ha derivado el éuskaro sus verbos *egi-n* (hacer) y *agind-u* (hacer hacer, mandar); el latin su *ag-ere*; el griego su *ag-ein*, etc.

El metal fundido en su crisol despidе una vivísima luz, y por la luz que despidе se llama tambien *eg-oi*, prueba clara de que el cambio de *eg ag* y su sustitución no ha nacido en el sánscrito, lengua de hoy, sino en el éuskaro, lengua de ayer. Diganlo nuestros nombres toponimicos *ag-a*, *ak-o-ndi*, *ag irre*, *arr-egi*, *ar-gi ano*, que tengo á la vista, y todos los cuales designan parajes despejados vistosos; lo mismo que los *egia egiazu*, *egiarte*, *eguren*, *gisasola*, *sola-egi*, *or-egi*, etc. Diganlo tambien las voces

agri (claridad, luz), *agirian* (á la vista, á la luz), *ag-er-tu* (aparecer, hacerse visible), etc.

El ojo es el órgano encargado de transmitirnos la impresión de la luz, y el ojo por las funciones que desempeña llámase *b-egi*, y lit. lucero de la vida; *begi* es contracción manifiesta de *bizi egi*; *biz bizi* (vida), y *egi* (lucero, luz): como *biri* (pulmón) lo es de *bizi-ri*; *bi-otz* (corazón), de *bizi-otz* (ruido de la vida); *otz* (ruido), etc. De *begi* se deriva el verbo *begitu begiratu*, y de él ha debido formar el latín el suyo *videre*, y el sanscrito su *vid*, que ha tomado el sentido de discernir.

El aprender ilumina la inteligencia, esto es, da luz, *eg*, *ek*, é *ik*, (los vasco-franceses dicen *ikuzki* (sol), y el aprender se llama *ikazi*). El acto de ver es sentir ó percibir la impresión de la luz, y el ver se llama *ikuzi*. Obsérvese que la luz solar *eg*, *ek*, *ik*, *eg*, apenas ha dado origen á palabras que hagan relación al calor contenido en ella, si se exceptúa quizá las éuskaras *ik-atz* (carbón y lit. materia ignea); *eg-oz* (cocer), de que se formó esta voz castellana *cecer*, por *gasser*, cualquiera que sea su origen; *eg-azte* (la leña para el fuego) la latina *ignis*, etc.

Pero este monosílabo *eg* (luz solar) y *eg* (luz en sánscrito) que á tantas voces diera su ser y vida, desapareció como desaparecen todos los generadores, y fué sustituida por la actual *argi*, (luz); sánscrito, *arjuna*; griego *argos*, *argires*; latin, *argentum*, *argintum*, etc.

La hermosura que es otro de los atributos de la mujer, resplandece, brilla y se irradia como la luz del sol, y la hermosura ha sido llamada por el pueblo éuskaro *eder*, derivado de *ad=eg* (luz solar), y de este monosílabo *ed*, *ede* (luz, expansión, esparcimiento, difusión), ha derivado el éuskaro, además de la voz arriba citada, sus verbos *ede-gai* (abrir, esto es, exponer á la luz), y *edza* (beber), que alude al sentimiento expansivo y al esparcimiento de ánimo que sigue á la satisfacción de nuestras necesidades

naturales, y de la misma voz ha derivado el latin sus verbos *edere* (editar, sacar á luz), *edere* (comer); el griego su *edo*, el sajón *etan*, etc. etc.

Y si el sol, *Helios* en griego y *Eloin* en hebreo, fecunda la tierra, la fertiliza y la hace feraz, ¿adónde hallaremos el origen de las voces latinas *ferax*, *feracitas*, *fertilis*, *fertilitas*, *felix*, *felicitas* y de sus congéneres?

El deleite, la suavidad y la dulzura son atributos de la mujer *ei*; *ei-ti* (la dulce miel); *ei-ne* (la sabrosa leche); *ei-natu* (el dulce despertar); *ei-kontza* (casamiento, el suave lazo del matrimonio); *ei-kurr* (bellota, alimento apreciado antaño y grano ó avellana de cáscara suave); *urra* (de cáscara suave); *ei-kalu* (pedir, mendigar): se implora el socorro con dulzura; *ei-katu* (soltar) es lo contrario de romper; *ei-ku* (la suave mano); *ei-katza* (la cocina), depósito de manjares y el lugar en que se condimentan y comen; *ei-ki-ni* (ofrecer), acto grato; latin, *scutus=escutus*, *esca*, *esculentus*, *escare*, etc., *sponsalis*, *spondere*, pudieron haber perdido su *e* inicial y ser asimilables á nuestros *ekontza*, *ekini*, etc., y esto mismo podíamos decir de *s-patius*, *s-plender*, *s-pargere*, que aluden á la luz y á su difusibilidad=*eg-on* (estar, reposar); *eg-aki* (reposadamente); *eche* (casa, reposo); *etzan* (tenderse), etc. *Eden* (el Paraiso terrenal); *Edeta-nia* (la antigua Valencia, llamada así por la dulzura de su clima y por su feracidad).

La timidez y la irresolución son tambien cualidades de la mujer, asi como la flaqueza y debilidad *epe* (plazo), la esperanza del débil y del irresoluto, y el origen quizá de la voz latina *s-pes=esper*; *epela* (irresoluto, el que todo lo aplaza); *erbal* (flaco, débil), etc. A las anteriores cualidades únense en la mujer la volubilidad y la ligereza de su cabeza, debidas, sin género de duda, á la influencia que en ellas ejerce el aparato generador, y que la escuela de Salerno señalaba diciendo: *Culter id quod est, propter uterum est=uterus quimal in animali*; *ero* (voluble, ligero, alocado, enamorado) griego y latin *eros*, *evolicus*, *Heros*, etc. Vive además sujeta

á achaques y penalidades, á dolencias, en fin, propias de su sexo: *eri* (enfermedad, lesión, defecto), y la radical además de que deriva el verbo *cri-tu* (enfermar): *criotz* (la muerte, y lit. enfermedad fría); *otz* (frío), *eri* (enfermedad); de la misma radical ha derivado el latín, y sin poderlo negar su verbo *f-eri-re* (herir), y pasando luego de la acción al agente productor, *f-er-a*, *f-er-us*, *f-er-ox*, *felix*, *ferrum* [del hierro con que se hiera] como de *eròan* (llevar) derivó su *f-er-o*.

Las fieras se distinguen por sus aceradas garras y sus afilados dientes; *erpoi* (garra); *eriz* (áspero, acerado, esquinoso); latín *herpes* (erupción sostenida por un bicho que se agarra á las carnes y las penetra); *her-ba* (la hierba se agarra al suelo *ba*=bajo=suelo), en vascuence *be-larra* (lo que se agarra=*la-rra* al suelo=*bc*=ba), *ericinus*, *erinnys* (furia infernal) etc.

Las garras de la fiera dislaceran las carnes y producen la sensación de una quemazón, *erre* (quemar); latín *fer-vere*, de la raíz *err*, y la onomatopeya *bor, bor*. Las raíces se agarran á la tierra y penetran en ella como las garras en la carne: *erro*, *erro* (raíz); latín *erra-dix*=*radix*; las entrañas son la raíz misma de la vida, *errai* (entraña); las garras y las raíces son fuertes, *erru* [fuerte]; *errutzu* [fuerte, robusto, esforzado]; latín, *erro-bor*=*robor*; pero las raíces y garras son ásperas, tortuosas, *erru* [error]; latín, *errare*: *errieta* [reñir, refunfuñar]; latín *erri-xa*=*rixa*, *erring*=*ringi*; *erdara* [guirigay, habla ininteligible]; *erdaldun* [el extranjero, esto es, el del guirigay ó habla incomprensible]; *erro* en toponimia sitios ásperos y de difícil acceso; *erro-ma*=*Roma*, meseta fortificada; *ma* (meseta); *errez* [fácil]; *errezka* [en orden, en fila, en regla]; latín, *erregere*=*regere*; *erri*, *erri*, [apretado]; latín, *strictus*=*estructus*, etc.

En razón de las dolencias de que arriba hemos hablado, la mujer representa la nulidad, la negación y la impotencia para la lucha por la existencia que trabaja la vida del hombre lo mismo que la de los demás seres

de la tierra. Y ¿quién lo dijera? su onomatopeya *e*, característica del timbre de su voz y su nombre primero en la lengua humana, llegó á ser, en virtud de la impresión que produjeron en el hombre las muchas cuitas de su compañera, la partícula de negación de aquella lengua primitiva, natural, orgánica y fisiológica, hablada por nuestros primeros padres; y es hoy mismo la radical de que se ha formado y á que debe su signado nuestra partícula de negación, que es, en efecto, *ez* (no) con su intensivo, *ezin* (no y no); ejemplos: *ez jauna* (no, señor); *ez nai baña* (pero no quiero); *ez chiki eta ez andi* (ni pequeño ni grande); *ezin neike* (no lo puedo); *nai baña ezun al* (querer, pero no poder), etc. En prueba de ello repare el lector que la consonante *n*=*ene* (ay de mí, pobre infeliz de mí), característica de la mujer en el período de la pubertad y su nombre por esta razón en la gramática éuskara y en muchas otras, es por su parte la radical de que se ha formado dicha partícula negativa en las lenguas arias (*non*, *ne*, *negue*, *ni*, en el latín) y en otras muchísimas citadas por los filólogos, y de que nos ocuparemos en su lugar. Lo que hay es que así como la vocal *e*, que anuncia el nacimiento de la niña, ha precedido á la consonante *n*, grito de angustia que sale del pecho de la mujer en aquellos grandes trabajos á que la condenara la naturaleza y de los cuales no puede libertarse, así también la partícula negativa éuskara *ez*, formada por la *e*, ha precedido á la partícula negativa *non*, *ne*, *ni*, formada por la *n*. Por otra parte, ¿no ven los lingüistas que el latín conserva vestigios ciertos de la existencia en su lengua de nuestra partícula negativa *ez*, de que se ha servido un día con el mismo signado que tiene en el éuskaro? Y si así no es, ¿de dónde le viene á su preposición *ex* el sentido de partícula negativa y de privación que tiene en las voces *ex-sanguis*, *ex-animis*, etcétera? ¿O es que en las lenguas es todo casual y puramente fortuito? De ningún modo; porque ni es casual el signado de que hablamos, ni lo es tampoco el de

algo que sale fuera, franquea los límites, se extiende, se dilata y difunde, que tiene la misma preposición en las voces *eff-ervescere, e-ligere, e-mannare, e-mergere, e-millere, e-minere*, etc., porque tales propiedades corresponden con las de la luz *eg* y con las de la hermosura *ed*, solo que estas conexiones no pueden apreciarse sin antes reconstruir el signado de la vocal *e*, cual así lo hemos hecho nosotros tomando al efecto por guía la fisiología y las enseñanzas mismas de la lengua. ¿Por ventura ha llegado á comprender el lingüista que la preposición *in* en las voces *in-obediencia, in-aptencia, in-estia* debe el signado de negación que tiene á la presencia de la consonante *n*, que forma sus partículas *non, ne, neque, &c*? ¿Ha llegado á entender la razón de las funciones de pluralidad que desempeñan las dos onomatopeyas *e* y *n*? Tampoco. Como tampoco ha llegado á comprender por qué razón *ma, ama*, ha llegado á ser el nombre de la madre; y *pa, apa*, el del padre, en la universalidad de las lenguas habladas; y esto por no haber comprendido que la *m* es la onomatopeya del primer tiempo de la succión y el grito primero con que el niño ha expresado la necesidad sentida, el hambre, y aquel con el que ha pedido el alimento que solo podía ser suministrado por su madre: y la *p*, la onomatopeya de la masticación de las primeras papillas y el grito con que ha pedido este alimento que solo podía serle suministrado por el padre, el encargado por la ley natural del sustento de la familia, etc., etc., como así lo veremos en su lugar. Por ahora nos contentaremos con que los lectores se fijen en el fondo de nuestra doctrina, pero sin menospreciar las observaciones en que se apoya.

De la vocal *o*

Este grito *o, oh*, bien conocido de todos, y usado por Cicerón en la mejor de sus Catilinas, expresa, si en ello se repara, y con rara fidelidad, aquel sentimiento de admiración, de estupor y de asombro que debió experimentar el primero de nuestros antecesores al nacimiento del primero de sus hijos; de modo, que si la vocal *a*, imagen, como sabemos, de aquella materia primera en que se han producido todos los cuerpos de la naturaleza, anuncia la presencia y aparición sobre la tierra de aquel primer hombre en el que se han producido cuantos hoy llenan la tierra, y la vocal *e*, imagen de la misma materia primera, pero debilitada en su fuerza expansiva por el trabajo de reproducción que se inició en ella, anuncia la presencia y aparición sobre la misma tierra de la mujer, compañera del hombre, en cambio la vocal *o*, imagen de aquella primera nebulosa que se produjo en el doble cuerpo *ae* de la materia primera, anuncia el nacimiento de aquel primer hijo engendrado en el doble organismo *ae* de la primera pareja humana.

Del mismo modo la vocal *u*, imagen del vacío que se formó en virtud de la condensación que sufrió la materia primera al producirse la primera nebulosa *o*, anuncia á su vez aquel otro vacío que se produjo entre nuestros primeros antecesores y el hijo *o* de ellos nacido; siendo de notar, que así como lo que llamamos vacío, está sin embargo, ocupado, según los físicos, por corrientes de éter que unen y enlazan entre sí, y los unos con los otros, los mundos suspendidos en el espacio, así también aquel otro vacío que se formó entre nuestros primeros padres y el hijo de ellos nacido se halla, á su vez, ocupado por corrientes de amor y

cariño que unen y enlazan entre sí, y los unos con los otros los diversos miembros de la gran familia humana. Por último, la postrera de las vocales, la sutil y penetrante *i*, imagen de la energía contenida en el doble cuerpo *æ* de la primera materia, es también la imagen de la fuerza generadora contenida en el doble organismo *æ* de la primera pareja humana; siendo de notar, á su vez, que así como la fuerza generadora *i* contenida en aquella primera pareja humana *æ*, no se reveló ni pudo revelarse hasta que nació el primer hijo *o* y se formó el vacío *u*; así también la energía *i*, contenida en la materia *æ*, no se reveló ni pudo revelarse hasta que se produjo la nebulosa *o* y el vacío *u*, su consecuencia inmediata y necesaria. Del mismo modo hemos visto en su lugar, y lo hemos probado por medio de la fisiología, que la vocal *i*, vivificada como todas las demás letras del alfabeto en el doble cuerpo *æ* del primer grito humano, no se reveló ni pudo revelarse en el niño hasta que se produjeron la vocal *o* y la *u*, su consecuencia inmediata y necesaria. Y es que el grito humano es real y verdaderamente la imagen y el reflejo fiel del organismo en que se produce, y la imagen también y el reflejo fiel del universo sensible en que se vivifica, y ha pasado para su consolidación por las fases mismas por que han pasado para las suyas respectivas el cuerpo en que se produce y el universo en que á su vez se produce el cuerpo, como así lo demostraremos mejor cuando nos ocupemos del estudio de las consonantes.

Volviendo ahora al punto de partida, debemos recordar al lector que la figura de óvalo que tiene en la escritara esta vocal *o*; lejos de ser casual, como pudiera creerse á primera vista, atestigua, por el contrario, la perspicacia del autor del alfabeto, por ser, como así lo probamos en su lugar, la reproducción fiel y exacta del óvalo que traza nuestro aliento en su proliación y la copia además de la imagen *o* grabada en el alma del hombre sobre la sensación de admiración de que es expresión, pero grabada de tal modo y en tal forma, que siempre que una excitación venida del exterior llega al alma y se produce dicha sensación, la imagen *o* sobre ella grabada se pondrá en conmoción, y esta conmoción, transportada in-

mediatamente al pecho al través de los nervios motores, sus naturales conductores, producirá la interjección *o*, que será luego transmitida al exterior bajo la forma de sonido que será también *o*.

Diremos además, ateniéndonos á la filosofía del lenguaje, que la admiración que á nuestro entender se refleja en la placida fisonomía del recién nacido, es, sin poderlo negar, el primer sentimiento vivificado en la alegría de la vida, como la vocal *o*, expresión de este sentimiento, es el primer grito vivificado en *æ*, expresión de la alegría de la vida; y así como dicha *o* no es, según hemos visto en su lugar, sino una *æ* modificada, condensada, alta, globular y suspendida sobre la *u*, onomatopeya del vacío, así también la admiración, y perdonen los psicólogos este modo de hablar: no es á su vez, ni puede ser otra cosa que la alegría modificada, condensada, alta, globular y suspendida sobre el objeto contemplado.

Sea como quiera el grito *o*, cuyo signado pretendemos reconstruir, es indudablemente la exclamación inconsciente que salió del pecho del hombre al sentir la presencia y compenetración de las maravillas que le rodeaban, en las maravillas de su propio cuerpo, y aquel que señala en el recién nacido la entrada en ejercicio de los sentidos especiales; y es, por consiguiente, la onomatopeya de todo aquello que siendo grandioso, alto, excelso y maravilloso, ha despertado en el hombre de la naturaleza la reminiscencia de dicho sentimiento ó de alguno de sus muchos y múltiples fenómenos. ¿Y puede nadie negar que las altas y grandiosas montañas pertenezcan al número de las maravillas de la tierra?

Pues bien: nuestro antecesor Astarloa, que antes que nosotros supo reconstruir el signado de esta letra *o*, así como de las demás del alfabeto humano, nos demostró que el pueblo éuskaro en épocas pasadas designó las montañas y sus alturas con el mismo grito *o* que su contemplación arrancara del pecho del hombre de la naturaleza; y nos demostró esta verdad haciéndonos palpar que en la toponimia éuskara, monumento lingüístico de inapreciable valor, pero mal conocido hasta la fecha, dicha vocal *o* designa la montaña y la altura.

Consítese en prueba de ello la situación topográfica de los numerosísimos sitios y lugares conocidos en nuestro país con los nombres de *Oa, Oarro, Oba, Oka, Okariz, Okilde, Ochoa, Ocheita, Ochoto, Ochotorena, Ola, Olazo, Olazgoitia, Oma, Ona-goitia, Uri-ona, Ora, Orio, Oreta, Oregi, Ilu-oro, Ota, Ota-zu, Ota-lara, Ota-mendi, Goi-atz, Goitia, Goi-mendi, Go-mendio, Dona-garay, Donostia, Doiztua, Tolorika, Oiana, Oianarte, Oianguren, Oiarzun*, así como *Oia*, el monte más alto de la parte central de Vizcaya; *An-boto*, otro más alto que separa dicha provincia de la de Alava; *Gorbea*, otro más alto aún situado en los límites de ambas provincias; *Ego* y *Ur-ko*, las montañas más altas de estas inmediaciones; *Arno*, situado entre Elgoibar, Marquina y Motrico; *Her-nio, Ara-oz, Aitz-gorri*, etc., etc., y se verá que la *o* en todos ellos designa altura ó montaña. Y téngase entendido que la toponimia éuskara no se limita á nuestro país, sino que se halla extendida por gran parte del universo, como así lo prueba el nombre bíblico *Oreb*: los griegos *Olimpo, Oeta, Orbelus*; los iberos *Se-go, Se-gorbe, Se-go-bia, O-be-lus*, hoy Oviedo, *Oretania, Cossetania=Goiz-eta-nia*, etc., ¿se quiere ahora tener una idea de cómo proceda nuestro pueblo en la imposición de estos nombres? Veámoslo:

Quería designar una roca escarpada, desnuda y alta cual aquella que nos pinta la Biblia; llamábale *Oreb*, formado de la inicial *or* (alto, monte) y de *eb=ep* (corte, cortado, escarpado), y la radical de que se ha formado el verbo *ebagi* (cortar), *ebagia* (cortadura) *epain*.

Se trataba de imponer su nombre á una meseta situada en una altura; llamábale *Os ma* [meseta del alto], compuesta de *os* (alto), y *ma mai* (meseta); era, por el contrario, un lugar situado debajo de un alto, ó una altura situada en la parte baja del monte; llamábale *O-ba* (bajo la altura), *O-be* (id, formada de *o* (altura), y *ba-be* (bajo), y derivaba el nombre *Obeta, Obelus*, ó llamábale *Orbe*. Se trataba de un altito vistoso y despejado, cual sucede con el pueblo de *Orio*, situado en esta provincia de Guipúzcoa; llamábale *Orio*. Quería imponer su nombre

á un pueblo ó á una fortaleza situada en una altura al borde de un camino ó á orillas del río; llamábale *Se go*, compuesto de *se* (corte, orilla, borde) y *go* (alto, altura). Pero se quería designar un pueblo situado debajo de aquella fortaleza y á los pies de la misma; se le llamaba *Se-gor-be* ó *Sego-bia; be, bia* (bajo, le bajo), etc. Y de donde derivó el griego su voz *oros* (montaña); y el latín los suyos *ocris* (cima), *collis* (collado), etc.

La bóveda celeste se llama en el vasconce *gai*, y también *os*, como se ve en las expresiones siguientes: *os garbi* (cielo despejado); *garbi* (despejado, limpio); *os illun* (cielo obscuro, encapotado); *illun* (obscuro); *gai-garbi* (cielo despejado); *gai-estari* (cielo cubierto); *estari* (cubierto); latín *goc-lus=coelus*; compónese de dos voces éuskaras, *go*, (alto, cielo), y *elus* (sobre el espacio). Conozco cerca de aquí una casería situada sobre un abismo que se llama *el-us; us* (vacío, espacio, y en toponimia abismo); griego, *oiranos*. Y éstas voces tan diferentes por su estructura orgánica, ó irreductibles, por esta razón, para el lingüista, entrañan, como se vé, una idea común, la de que la bóveda celeste, por su grandiosidad, por su altura y excel-situd, es una verdadera maravilla *o*, de la naturaleza. La nube que empaña el cielo llámase en el éuskaro *ori-a* (la nube), pues aunque el diccionario escribe *odeia*, nosotros y en estas inmediaciones la llamamos *oria, oriatu*, (nublar y nublado); en cambio la parte del cielo que está á nuestra vista llámase en el griego *hori-zein*, y de él ha tomado el latín su *hori-son*, y el castellano su *hori-zonte=ori-zonte*, formados por la radical éuskara *ori*.

De esta misma radical *ori* (nube) ha derivado el latín sus voces *oriri* (amanecer, comenzar á ser); *ortus* (nacimiento); *oriens* (el oriente, esto es, la mañana); mientras que de la voz *go* (cielo), y la radical de que se ha formado la voz latina *go-elus=coelus* (cielo), ha derivado el éuskaro la saya *goiz* (mañana); y estas voces *goiz, ortus, oriens, oriri* tan diferentes por su estructura, expresan á su vez una idea común y aluden al maravilloso espectáculo de la aparición del sol sobre el horizonte y á su progresivo ascenso durante toda la mañana. De *oriri*

(amanecer, comenzar á ser), ha formado el latín su *origo*, con sus derivados.

Las hojas coronan la copa de los árboles, y la hoja por la posición que ocupa se llama en el éuskaro *ori*, con *r* fuerte; y *orbela* la hoja caída al suelo; *be* (bajo, suelo), y *la* (pegado); y no es preciso ser muy lince para hallar esta voz en la latina *f-oli-us*, en vez de *f-ori-us*, y mejor *ori-us*, por permutación de la *r* en su afín *l*, y adición de la letra de refuerzo *f*, cual sucede en *f-aciere=f-acere*, derivado de la éuskara *azi* (comenzar, hacer), y *f-il-us, f-ili*, derivado de *ili* (hilo), etc. La flor; por razones análogas, se llama *lori-a*; latín *f-los f-lori-s*; quítese, pues, la postiza *f*.

La cabeza corona nuestro cuerpo, y por la posición que ocupa llámase en el éuskaro *kopeta, koskoa*; en el café, *kloga*; ostiaco, *ko'ka*; coriano (Asia), *koltch*; samoyedo *kollad*; eslavo, *golova*; polaco, *glova*; fullah (Africa), *horé*; java (en las islas de la Sonda), *koar*; fulah (Africa Occidental), *nore*; varnaga (Asia Meridional), *tolga, Tologot*; isla Pelew (Oceania), *bothe, loutch*; kora (América Central), *mouti*; samoyeda, *ol, o'lo*; tagalo (Filipinas), *olo*; Honduras, *holan*; samoyeda (Asia Septentrional), *kolad*; macasar, *loha*; café, *logo, lolono*; Tonquin, *tou*; chino, *teon*; balandi (Indostán), *doi*; vigul (Siberia), *tous*; húngaro, *foe*; tumbuku (Africa interior), *bango*; maina (América), *poll*; bajo alemán, *kopp, poll*; inglesa, *poll*; maldivia, *bolle*; árabe, *kocbb*; japonesa, *kobe*; danesa, *hobeb*; kensi (Nubia), *ok*; valaca, *oku*; ostiaca, *og, oukb*; mandinga (Africa), *koun*; bambara (idem), *koung*; birmana, *goung*. Esta lista ha sido extractada de la obra de Sanchez Calvo, *Los Nombres de los dioses*, y á ella pueden agregarse las latinas *corona, coma, os, oris, etc.*

El ave habita las alturas, y por el sitio que habita el ave ha sido llamada en el éuskaro *oillo*; latín, *g-allus=g-oillus=oillus*; castellano, *g-allo=g-oillo=oillo*; francés, *oi-seau*; griego, *ornito*. El aceite sobrenada en el agua y por esta propiedad ha sido llamado *oleum*; el olor sube á las narices, *olor*; la masa de harina, al recibir la levadura, se hincha, se esponja, se abulta y eleva, y por

estas propiedades el éuskaro llama *ora* á la harina con levadura, y á la artesana donde se amasa el pan, *ora-mai; mai* (mesa); el musgo ó *mucha* recubre los árboles, y el moho ó musgo se llama *oroldia*; el redajo ó omento es la tela membranosa que recubre los intestinos, *omentum*; la esclavina recubre el cuerpo, *omect*; la piel lo recubre asimismo, *corion*; los nudos forman pequeñas eminencias, *orapillo* (nudo); el talón forma á su vez una prominencia *orpo* (talón); la columna se eleva en el aire, *columna, columen*; la cabellera recubre la cabeza, *coma, &c.* No hubiéramos de concluir si continuáramos por este camino.

Las maravillas de la naturaleza revisten la forma esférica, globular, redonda, ovoide; y por consiguiente, todo lo que siendo redondo, esférico, globular, torna, rueda, gira y se eleva sobre las superficies planas, como las moles de nuestras montañas sobre las llanuras en que se cimentan, despertará en el hombre de la naturaleza la reminiscencia de la vocal *o*, onomatopeya de lo maravilloso; y he aquí el origen de una infinidad de voces.

Tales son, entre muchas otras, las éuskaras *bocho, pocho* (redondito, rechoncho); *erro* (rueda); *erro-la* (molino, llamado así por la rueda del molino y por la piedra que muele el trigo); *errobera*, la rueda que gira en sentido perpendicular, esto es, de arriba abajo; *bera* (abajo); *bola, bolta* (bola); *pocholo, bocholo* (agujerito redondo), origen probable de la voz castellana *boisillo*; *bota* (tirar redondo); en castellano *botar*; latín, *oculus*, alude á la forma del globo ocular y de la órbita; *orbis*, á la redondez de la tierra. De aquí también las voces *erro-tare*, y por caída de la inicial *e*, regla latina, *rotare; tornare*, formado por la radical éuskara *tol* (rodeo, revuelta), de que nos ocuparemos; *rotare, volutus, volvere*, y sus muchos y múltiples congéneres.

De *bola, boilla* (bola, mole), deriva el éuskaro el nombre participial *bolada* (el acto de rodar, girar y dar vueltas); *ur, bolada*, llámase así á la mole de agua que retenida por una presa la rebasa para precipitarse formando especie de montañas; *ur* (agua); *atze-bolada*, torbellino de viento que revuelve cuanto encuentra

y lo levanta en alto, formando ruedas y giros; latin *volare*.

Todo lo que es alto y superior se halla encima y sobre nosotros, y se halla, por consiguiente, próximo á nosotros; *gizon-ak* (los hombres); *gizon-ok* (los hombres que somos ó estamos aquí); *dan-ak* (todos los); *dan-ok* (todos los que somos ó estamos aquí); *onek* (éste que está conmigo ó junto á mí); *orrek* (ese que está contigo ó junto á tí); *oni* (á éste que está conmigo); *orri* (á éste que está contigo ó junto á tí); *orche* (ahí mismo); *ortik* (de ahí); *onduan* (junto, próximo); latin, *coram, ob, olim, donec*. Esta idea de proximidad que entraña consigo la onomatopeya de que nos ocupamos, engendró, ¡quién lo dijera! la característica del futuro éuskaro *go, ko*, que se reproduce en el latino *bo=go=ko*; y se nota también en el *o* griego; de modo que cuando decimos en nuestra lengua *biar jokatu ko dot* (mañana jugaré), decimos en traducción literal jugaré sobre mañana; *jokatu ko dot* se contrae en *jokatu-ko-al=jokatu-ko!*, que es la forma usual en la conversación; suprimase en esta locución la desinencia de infinitivo *tu* siguiendo la regla latina: únase el tema *joka* con la terminal *ko!*, característica de futuro, y tendremos, como dijimos en otro lugar, *joka-ko!*, y por la cuida de la *t* final y el cambio de *ko* en *go=bo* *jocabo* (yo jugaré).

La hora presente, el momento actual, es aquel que está con nosotros y sobre nosotros; y la hora presente *omnibus dábua, ultima multis*, como dice el cuadro de este pueblo, se llamará *or*, y de esta raíz derivará el pueblo éuskaro el nombre verbal *ordu* (hora); la expresión adverbial *ora in* (ahora); *orainche* ú *oinche* (ahora mismo); *oraindik* ú *oindik* (todavía), y derivará el latin su *hora*; el griego la suya *hora*; el castellano *hora*, etc., y en todas estas voces la *o* indicará el momento actual y un presente próximo. Es así que la memoria hace presentes las cosas pasadas; pues la memoria se llamará *oharr, oroitz gogua, gomutla, ohurla* (acordarse); *oroitu* (id.); *gomutu* (id.); *oroitzak* (recuerdos, memorias, expresiones); *gorantzak* (id. id.); *kordia* (el sentimiento que tenemos de nuestra propia existencia, la conciencia actual, lo que perdemos al desmayarnos, esto es,

en los síncope); *kordia gádu* (perder el sentido, desmayarse); latin *cor, cordis* (el corazón), órgano del sentimiento y aquel que desfallece en los síncope; *re cordare* (recordar), esto es, el retorno de la memoria y del conocimiento de las cosas pasadas y olvidadas; *gnoscerere, cognoscere, cogitare*; griego *gnoo, ginosko*, etc.; éuskaro *konorta*, sinónimo de *kordia*.

Cuando doblamos un objeto flexible, un lienzo, un mimbre, etc., el doble ó pliegue superior se sobrepone y se coloca sobre el inferior, y en virtud de esta superposición el doble ó pliegue se llamó en el éuskaro *tol, tolos, tolex*, y derivó de esta radical el verbo *toloxtu* ó *tolextu* (plegar, doblar); *tolexian* (doblado); *tolectura* (repliegue, dobladura), y derivó asimismo el nombre *Toletum*, cuskarizado *Toleta*, hoy Toledo, situado en uno de los repliegues ó grandes rodeos del río Tajo; y derivó asimismo los nombres de Tolosa de Guipúzcoa y Tolosa de Francia que tienen una situación análoga, el primero sobre el río Oria, y el segundo sobre el Girona. El *dolor* doblega el corazón más entero y levantado: *dolor, dolco, domarc*; el cuerpo se retuerce en los tormentos; latin *tormenta, tortare, torrare, tordere, torquere*. El odio simulado, *odium*, el *dolo*, la perfidia y el engaño, se ocultan en los repliegues del alma *solapada* del malvado; éuskaro *dollorra* (el pérfido, el malvado y solapado); latin, *dolum*; castellano, *dolo*; los tormentos horripilan y nos estremecen, *horrire, horrescere, horripilare*.

En lo moral é intelectual, lo mismo que en el órden físico, esta onomatopeya *o* designa cualidades altas, grandiosas, excelsas, maravillosas, y ha engendrado la característica del comparativo de superioridad del éuskaro *go*, del latin *or*, los griegos *teros, teron*, con sus superlativos *talos, talos*. Ejemplos: *santua* (el santo); *santua-go* (el más santo, esto es, superiormente santo); *jakintzua* (el sabio); *jakintzua-go* (el más sábio, esto es, superiormente sabio); latin, *sanctus, sancti-or; sapiens, sapienti-or*; griego *sophos*

(*sopho-teros, sopho-teron* (el más sábio); *sopho-taton, sopho-tatos* (muy sabio): por donde se vé que estas partículas *go, or, teros, teron, tatos, taton*, tan diferentes por su estructura, expresan, sin embargo, la misma idea ó una idea común, la *superioridad o*. Esta onomatopeya, antepuesta á los nombres, parece ser que entre los chinos realza su dignidad lo mismo que el *don* castellano. Prosigamos.

On, on a (bueno, el bueno); *on-taz* (de lo bueno): *ontaz-un* (bondad); latin *b-on-us, b-on-a, b-on-um* (el bueno); *b-on-tas* (la bondad); sepárese la ganga y quedará al descubierto, la raíz éuskara *on*, que engendró asimismo *h-on-or, h-on-estas* y sus similares y derivadas.

Obe, obia, oba (mejor); *obetu* ú *obatu* (mejorar); los honores concedidos mejoran al que los recibe; latin *ovare, ovatio*. No ha sido, pues, el nombre de la oveja sacrificada, *ovis*, el que engendró el verbo *ovare*, como así se ha creído; antes al contrario, la oveja fué llamada *ovis*, por ser la víctima que el triunfador sacrificaba á los dioses en acción de gracias por el triunfo obtenido, *ovatio*; como el cordero recibió su nombre *agnus* por ser la víctima preferida que los pastores del Himalaya sacrificaban en aras de su Dios favorito, *Agnus*. Lo cierto es que el éuskaro llama al carnero *ari*, y llevado de su tendencia á distinguir el macho de la hembra, llama á la oveja *ardi*, síncope de *aridi* (el que frecuenta los campos); y que el latin, hijo directo del éuskaro, llama al carnero *ari-es, arietis*.

Do, y con el artículo *doa* (gracia, santidad, don); *doa-tzu* (donoso, esto es, lleno de gracia y santidad); *don-gia* (gracioso, y familiarmente travieso); latin *donum, donare, dominus*; castellano *don, donaire, donoso, dote, dotar, donar*. Está radical *do* denota altura en toponimia, y de ello se deduce que las voces latinas *domus, doma*, hacen relación á la altura y grandiosidad de aquellos edificios.

Opa, en el éuskaro significa aquel deseo natural exento de toda mala

pasión, pues que jamás se vale la lengua de esta voz para expresar el deseo del mal ajeno: decimos *deutzut opa gauza charrik*; pero ni decimos ni podemos decir *gauza, charra opa deutzul*; latin *ops, opis* (facultad, socorro, amparo, auxilio); y el auxilio se presta á aquel á quien se quiere bien; *optativus* (lo que pertenece al buen deseo); *optare* (optar, pedir, anhelar); y se opta por aquello que se desea y anhela; *optatio* (opción, facultad de elegir); *optimus* (perfectamente á medida del deseo); *oppido*, variación fonética del anterior; éuskaro, *oparo* (á medida del deseo, opíparamente, perfectísimamente). Tal es, sin duda, el origen de la voz latina *copia=go-pia* y sus derivadas y similares. El buen deseo, *opa* en éuskaro, precede á las buenas acciones, y es, por decirlo así, su condición previa y necesaria; latin, *opus, operis* (la obra).

Euskaro *omcu* (agasajo, fama, reputación, gloria); *ezau omcu da* (es fama, se dice); *ezan* (decir); *du* (es tercera persona del verbo sustantivo); latin, *omcu, ominis* (vaticinio, presagio, agüero). Compónese de *o* (alto, superior, excelso, maravilloso), y de la terminal *men, men-a* (lo más útil y delgado, y por metáfora, espíritu, alma); latin, *mens, tis*; castellano, *mente. Men mentik ezaten deutzul* (os lo digo con toda mi alma, muy de veras); *mcne, menetan; bene, benetan* (de veras, sincera y rectamente); latin, *bene, benignus*, etc. *Omen* (agüero, vaticinio) quiere, pues, decir lit. espíritu superior, alto, excelso, maravilloso; y tales atributos corresponden perfectamente á los célebres oráculos.

Es bien sabido que el sentimiento de la admiración suspende el ánimo, embarga los sentidos, paraliza toda acción é inmoviliza el cuerpo, reduciéndonos á una impotencia involuntaria; y nadie desconoce que el sueño, fenómeno fisiológico, y la imbecilidad, fenómeno patológico, así como el alcohol tomado con exceso, producen en nosotros resultados análogos. Euskaro *lo* (sueño); latin, *lcthare* (morir, esto es, dormir el sueño eterno);

lathc (el río del olvido); *lotos* (planta que hace dormir); *lo* [atadura]; *lotu* [atar]; *lotura* [atadura]; lalin, *lorcus* [la correa con que se ata]; *toto koko*, [tonto, imbécil]; latin, *torpeo stolidus*; castellano, *tonto, torpe, bobo, bolo, bolonio*; éuskaro, *ordi* [borracho]; latin, *orgia*, etc. etc.

En estos fenómenos característicos de la admiración y en la inmovilidad que produce dicho sentimiento debe buscarse asimismo la razón y el origen de aquellas interjecciones *ooo, too, soo*, de que se valen instintiva é inconscientemente los arrieros, borriqueros y labradores para detener y parar, el primero, sus caballos: el segundo, sus borricos, y el tercero, sus bueyes, cual si estos animales entendieran el valor de tales gritos; y es lo cierto que en virtud de aquellas misteriosas consonancias que el Creador ha establecido entre el hombre, y el mundo en que habita, y entre su lenguaje, y el lenguaje del bruto, entiendo éste, el valor de aquellas exclamaciones, como nosotros entendemos sus gritos de alegría y los distinguimos de sus gritos de temor, de cólera y de alarma; y el animal para, se detiene é inmoviliza al oír dichas exclamaciones. ¿Y qué otra cosa son los gritos *hola, alto*, con que detenemos y paramos á nuestros amigos, y con los que llamamos su atención? Para este llamamiento podremos servirnos de otras voces diciendo, por ejemplo, *párese, deténgase*; mas lo cierto es que cualquiera que sea el vocablo de que nos valgamos para ello, siempre se percibirá en él, el acento *a*, como en la voz del hombre se percibe el acento *a*, característica de su grito, y en la de la mujer la *e*, característica del suyo, y en el miedo la temblorosa *ii*.

Así lo demuestran, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, las voces éuskaras *oiz* [grito, llamada]; *oju*, *orrua* [que teniendo el mismo signado se aplican a gritos más fuertes]; *soñu* [sonido], que podrá ser tomada de la latina *sonus*; *aspa* [grito bullicioso]; las griegas *ops, opos, tonos, organus*; las latinas *vox, sonus, sonitus, tonus*; las castellanas *voz, seu, sonido, tono, &*

Ahora bien: las paradas ó detenciones *oo* representan en las respectivas labores otros tantos puntos de reposo, y el reposo en la trabajosa vida que abruma nuestra existencia es un alivio, un placer y un descanso: éuskaro, *egon* (estar); compónese de *e* (suave, dulce) y *go* (descanso, reposo, detención, parada); *egoki* (reposada y descansadamente, esto es, á gusto); latin, *otium, reposare*; castellano (*ocio, reposo, posar*); éuskaro, *POZA* (*gozo*); *oe* (cama, descanso, piacer).

Pero como en las labores humanas el reposo ó descanso representa el término de una labor y el principio de la siguiente, he aquí que el éuskaro derivó de dicha onomatopeya *o* la voz *ozta*, que significa el término de una cosa y el principio de la siguiente: *oztera azí gaitian* (comencemos de nuevo); *ozta ozta=oztosta* (difícilmente, á la última extremidad); *oztatu* (posada, esto es, término del viaje, descanso): ¿y qué significa la misma voz castellana *posada*, sino descanso y término del viaje? Latin, *hospitium*; francés, *hotel*; castellano, *hostelería*; latin, *ora* (término, limite, frontera).

Ostium, pueblo situado en la embocadura ó término del río Tiber y en el principio de la mar. *Don-oztia* (altura, término), llámase así á San Sebastian, nuestra capital, situado en la embocadura ó término del río Loyola y á los pies del monte *Orgull*, batido por las olas por todos sus costados. *Gor-ozta* (término de la altura); *gor* (la parte alta); *ozte-ita*, etc.

Y como el enemigo en los tiempos de barbarie se hallaba en los confines ó término de la propia jurisdicción, el enemigo por el sitio que ocupaba *oztia* (el término), se llamó *h-ostis*, y derivó luego de esta voz su verbo *hasti-o, is*, y el nombre *h-osti-a*, que aludiendo al sacrificio de la Cruz, ha llegado á ser hoy una palabra sagrada; *oz-tu*, en éuskaro significa (robar); *ohoina* (ladrón entre los vasco franceses).

Para concluir diremos que en nuestra lengua, *ora-tu* significa (agarrar, alzar); *gora-tu* (alzar, levantar); latin, *ora-re* (orar, esto es, levantar el cora-

zón á Dios): el alimento satisface el hambre, repara las fuerzas, levanta el espíritu; *agí* (pan), *okelí* (carne); el adorno realza la persona, *ornare*, etc. Sigán otros la senda, pues lo dicho basta y sobra para nosotros, que no somos lingüistas sino por accidente.

De la vocal *u*.

En el transcurso de nuestros artículos nos hemos ocupado muchas veces de esta onomatopeya del espacio, y hemos probado además que la figura de cuba ó tinaja vacía que tiene en la escritura dicha letra *u*, no es ni puede ser casual, sino la reproducción intencionada y más ó ménos exacta de aquella otra figura que traza nuestro aliento en su prolación cuando á este fin inflamamos los carrillos y ahucamos la boca reteniendo el aliento dentro de esta cavidad para mejor simular de este modo el vacío.

Mas, puesto que el grito no es, considerado en el fondo, sino un epifenómeno de la sensación, y su complemento obligado y necesario, ¿cuál es y cuál puede ser aquella que vivificó este grito *u*, y cuál su nombre en la psicología?

He aquí una pregunta á que no podemos contestar aun cuando sabemos que la sensación de que aquí hablamos señala y marca el tránsito de la admiración al temor, como el grito *u* señala y marca en el recién nacido el tránsito de la *o* á la *i*; y que así como la *u* participa de los caracteres de la *o* y de la *i*; así tambien la sensación que vivificó dicho grito participa y debe participar de los caracteres de la admiración y del temor.

Y es que en el ligero estudio que hemos hecho sobre las relaciones de nuestros gritos con las sensaciones que los vivifican, hemos aprendido:

1.º Que el primer grito que profirió nuestro antecesor en el primer momento de su creación y al sentirse vivificado por el soplo divino ha sido la fuerte y robusta *a*, expresión de la alegría de la vida; el segundo, la suave y candenciosa *e*, expresión del amor y de la alegría que despertó en su pecho la presencia y repentina aparición de su compañera; el tercero, la redonda y alta *o*, expresión de la admiración que le produjo el espectáculo de las maravillas de la naturaleza; el cuarto, la hueca y enrarecida *u*, expresión de aquel sentimiento indefinible que experimentó al fijarse en la inmensidad del espacio en que flotaban las maravillas contempladas; el quinto, la sutil y penetrante *i*, expresión del temor que se apoderó de su corazón al sentir en aquellas maravillas, y al través del espacio, la presencia de un poder superior, árbitro de su destino y de los destinos del universo.

2.º Que así como las vocales *a, e, o, u, i*, son las letras fundamentales del alfabeto humano y aquellas en que se han producido todas las demás, así también las sensaciones por ellas expresadas son y deben de ser las sensaciones fundamentales del hombre y aquellas en que se han producido todas las demás, dato que apuntamos en este lugar por la importancia que puede tener para una clasificación razonada de las pasiones fundamentales humanas.

Pero dejemos esta tarea al psicólogo, y continuando nosotros el camino emprendido, tratemos de probar, si á tanto alcanzamos, que la vocal *u* es, en efecto, la onomatopeya del espacio y por ende de todo aquello que por cualquiera circunstancia ha despertado en el hombre de la naturaleza la reminiscencia de aquel fenómeno ó de alguno de sus muchos atributos y cualidades.

Desde luego tenemos en apoyo nuestro, el hecho cierto y probado de que la más arcaica de las lenguas, el éuskaro, llama al vacío *utz, uz, us,*

formado como se ve por la inicial *u*, onomatopeya de dicho fenómeno, y la sibilante *tz, z, s*, onomatopeya á su vez de las energías que le cruzan; y que el latín, hijo directo del éuskaro, llama al mismo fenómeno *ua-cu-us*, y por el cambio de la *u* vocal en *v* consonante, *va-cu-us, vacuillas, vacuere*, etc. Y como el vacío es la nada, *utza da ori* (eso es la nada), y como el fuego reduce los cuerpos á la nada, he aquí que el latín derivó de la raíz éuskara *utz, us* el verbo *urere* = *us-cre* (quemar), como así lo demuestra su participio *ustus*, que fué su infinitivo primitivo, el nombre *ustio*, etc., pasando para ello del efecto producido, la nada, á la causa productora, el fuego; sánscrito *ush* (quemar, esto es, reducir á la nada); *hur* (fuego, esto es, el que reduce los cuerpos á la nada); griego, *avo* (yo seco, esto es, reduzco á polvo); éuskaro, *autz*, (polvo); latín, *pulvis*. Añadió luego esta lengua la letra de refuerzo *b* á su verbo *uro*, y derivó *buro, combustio, &c.* Y como la nada *u* es la negación, cual así lo demuestra la radical *ni ne*, de las voces latinas *nil, negare*, y la radical *na, ne*, de las castellanas *nada, negar*, he aquí que el éuskaro, siguiendo el procedimiento que más tarde habían de imitar sus hijas, derivó de la onomatopeya del vacío y de la nada *u* el nombre *uka, uko* (negación), y el verbo *uka-tu, negar*.

El espacio que separa una cosa de otra, y á que llamamos intervalo, se halla, á su vez, ocupado por el vacío, y aludiendo á esta condición y para expresarla, el éuskaro, de inimitable pureza, llamó al intervalo *un, unc, uni a*; ejemplos: *utz, unia* (intervalo ó punto vacío); *baltz unia* (intervalo ó punto negro); *baltz (negro); zuri unia* (el intervalo ó punto blanco); *zuri* (blanco); *aba-unia* (el intervalo ó punto de reposo ó descanso); *ceba* (descanso); y el mismo latín llama al intervalo *inter vallum* (esto es, el vacío ó intervalo que queda dentro de las trincheras, *vallum*).

La noche ó obscuridad es indudablemente el vacío, es la nada; es, en fin, el abismo suspendido á nuestros pies, y por esto el latín le llama *noxa*,

con la partícula de negación *u*, *no*, *uc*, *ni*; y el éuskaró le llama *ga-u* (palabra altamente gráfica, compuesta de *ga*, cima, encima, superficie ó parte superior), y de la vocal *u*, onomatopya del vacío; de modo que la voz compuesta *ga-u* significa lit. *sobre el abismo*. Esto no necesita comentarios, sino preguntar á los sabios si con todo su saber podrían hallar un término más adecuado á su signado. La voz *ill-um* (obscuridad, noche), es, si cabe, más gráfica que la anterior; mas esta voz expresa y pinta las angustias de la noche *ill-un*, en contraposición de las alegrías del día *eg-un* (día).

La imaginación es una facultad hueca, huera, vacía, *us-to* (imaginación); el aro forma un círculo ocupado por el vacío, *us-lai* (aro); los puños se mueven y giran en el vacío, *uka* (puño); *uka-billa* (puño cerrado); *billa* (recogido, cerrado); *uka-ondoá* ó *uk-ondua* (codo); *ondua* (próximo); en contraposición de los pies que se fijan en el suelo, *bi*, *be*, *ba*, (suelo, bajo); *bi-atz* (dedo del pie); *bi* (pie); *atz* (dedo); castellano, *pie*; latín, *pedes*; sánscrito, *padas*, etc.; *berna* en éuskaró (pierna); castellano, *pierna*, etc.

La cabeza gira á su vez y se mueve en el vacío: *buru* (cabeza); latín, *caput*; lituano, *gulva*; persa, *guruhe*; tibetina, *bu*; bullan (África), *bul*; oceánica (en las Islas del Sur), *kabu*; socco (América), *ukkuum*; bambara [África], *koung*; birmana, *goung*; agon [África interior], *ur*; fulah (id. Occidental), *uore*; nuba (id. oriental), *urka*; kasenti (id. interior), *dur*; camacha (Asia), *ulu*; java (Sonda), *hulu*; delaware (América) *uil*; loango (África interior), *tu*; dartus (idem, idem), *tavu*; bima (Moluscas), *tutu*; vigul (Siberia), *tous*, etc.

El olor se difunde por la atmósfera *uzai* (olor); latín, *usia* (esencia). Las correas funcionan en el vacío: *ubal* (correas); y esto mismo puede decirse de los palos y varas de azotar: éuskaró, *uha* (palo); latín, *vara=ua-ra*; la vanidad es la cualidad del que tiene el cerebro hueco, huero y vacío:

vanus, vanitas=ua-nus, ua-nitas.

La lluvia se produce en la atmósfera, esto es, en el vacío: *uri*, *curi*, (lluvia); latín, *plu-ere* (llover); griego, *pluno* (lavar); sánscrito, *plu* (nadar); el vapor asciende á la atmósfera y se difunde por ella, *ua-por*=vapor; del humo puede decirse lo mismo, *fumus*; sánscrito, *dhu* (agitarse la llama, humear); griego, *thumos* (vapor, espíritu); *thuma* (el humo de los sacrificios, etc.

Ir, es caminar por el espacio (*u*); *in-an* (ir); el que huye recorre también el espacio; latín, *fugere* (huir); griego, *phugein*; castellano, *huir*; del que vaga puede decirse lo mismo; latín, *ua-gus=vagare, ua-gus=vagus*.

Las cosas expuestas á la intemperie, esto es, al vacío, se cubren de orin, roña ó herrumbre, *ugarr-a* (herrumbre, roña ú orin); el ahorcado queda suspendido en el vacío, esto es, en el aire, *urka* (horca); *urkatu* (ahorcar); latín *furca*; la luz ilumina el espacio, *fulgeo fulmen*; el fuego y la llama despiden luz; éuskaró, *zu* (fuego llama); sánscrito *sunáyn* (fuego); *souria* [sol]; en el éuskaró, *zurja* [blanco, esto es, del color de la luz y de la blanca llama]; indostán, *sourad* (sol); chiquitos y peruanos, *su-us*; es-qui-males, *su-ccannink*, *su-kkinnek*; groenlandés, *sa-ccanak*; rossawar *son-ja*; inglés, *s-un*; alemán, *sonne*; francés, italiano y español, *su-d* (el Oriente, esto es, el punto por donde sale el sol). Y es de suponer que la misma voz *sol* sea asimilable á las anteriores, aun cuando nosotros creímos otra cosa, porque su radical *so*, de que han nacido las voces *so-ri*; latín, *sors*, esto es, lo que da vueltas; *zor-gin* (la bruja), latín *sortilegium*; *zora* (vértigos, mareos), latín *sola-num, zoro* (loco), etc., significa [vértigos, vueltas], y podía aludir á las que da aquel astro alrededor de la tierra, sea esto dicho con perdón de los astrónomos.

Las cavidades son espacios ocupados por el vacío; éuskaró, *ucha kucha* [arcón]; *upa, upel* (cuba); *aua* (la boca); *zulu* (agujero); latín, *urna*

uter, bucca, uterus, uagina=vagina, etc.

La extensión es la propiedad del espacio indisolublemente unido al tiempo, y atendiendo á esta propiedad y para designarla surgieron en el éuskaro las voces *nun* [donde]; latin, *ubi*; *nun-dik* (de donde); latin, *unde, nu-ra*, y por armonía vocaliza *nora* [adónde]; compónese de *nun, nu* (donde), y de la terminal *ra*, equivalente á la preposición castellana *a*, indicando dirección, como se ve en *eché-ra* [á casa]; *eché* (casa); *go-ra* (arriba); *go* (alto); *be-ra* (abajo); *be* (bajo), etc.: *nur-utz* y por armonía vocaliza *nor-utz* (hacia donde); *utz* (hacia); *ar-utz* [hacia allá ó allí]; *ara* (allá, allí); *on-utz* (hacia aquí); *on-a* (aquí); *gor-utz* (hacia arriba); *gora* (arriba); *ber-utz* (hacia abajo); *bera* (abajo); *ceher-utz* (hacia casa); *cehera* (á casa); *urri-an* (cerca); *urran-ago* (más cerca); *urrc-tik* (de cerca); *urriin* (lejos); *urriin-ago* [más lejos]; *urriin-tik* (de lejos); *urrc-n-goan* (en otra ocasión, otra vez). Aquí se ve como una misma radical *urr* formada por la onomatopeya del espacio *u* y la nota de movimiento *rr*, que significa moviéndose en el espacio, denota unas veces cercanía y otras lejanía, como la voz castellana *ayer*, cuando es nombre, indica cercanía, y cuando adverbio, lejanía; cambios que deben tenerse muy en cuenta cuando se trata de la interpretación de todo vocablo. Latin *ubi* (donde); *un-de* (de dónde); *ubi-tibet, ubi-ous, ubi-que, ubi-cumque, ulter, ultra*, con sus derivados: *ulter-ius, ulter-a, ulti-mo, ulti-mic, ulti-mus, nun-quam, quam-diu, nun-c, us-quam, us-que, etc.*

Ahora bien: lo último, *ultimus*, en los tiempos que fueron, señala el principio de las cosas *i*, y en el tiempo por venir el fin de las mismas; á la manera que la unidad *i*, el número por excelencia, señala el principio de la numeración y su término, en cuanto todos los números nacen en la unidad y se resuelven en la unidad, como todos los seres nacen en Dios, *i*, que es la unidad por excelencia, y se contienen en El. En estas conexio-

nes hallamos nosotros el origen del numeral latino *un-us*, que debe indudablemente su signado á su inicial la vocal *u*, onomatopeya del espacio, cuya inmensidad no nos es dado contemplar sin evocar la idea de Dios, que es la unidad por excelencia y la onomatopeya también del tiempo, que tampoco podemos penetrar sin evocar la misma idea.

Confirma esta opinión el numeral éuskaro, *bat* (uno), que se compone del monosílabo *ba* (bajo, profundo), y de la terminal *t*, que en toponimia significa sitio, lugar, paraje, como se ve en *ariz-ti* (robletal y lit. sitio ó paraje de los robles); *arich* (roble); *zagaz-ti* [manzana], *zagar* (manzana), y en cronología, fecha ó época, como se ve en *ligor-ti* (época de sequía); *ligor* (seco); *curi-ti* (época de lluvias); *curi* (lluvias); de que se infiere que *bat* (uno), significa lit. lo que toca á lo profundo, y entraña, por consiguiente, la misma idea que *un-us*, puesto que lo profundo en los tiempos que fueron señala, lo mismo que *ultimus*, el principio de las cosas, y en el tiempo por venir el fin de las mismas; y así como la vocal *u*, que formara el numeral latino, engendró los adverbios *nun-quam, us-quam, us-que, etc.*, citados arriba, así también el monosílabo *ba*, que formara el numeral éuskaro *bat*, engendró los adverbios *beti* (siempre); *bcin* (una vez); *bcin do bcin* (alguna vez); *bertan* (ahí mismo y en este instante); *berta-tik* (desde el instante), etc.

Síguese de lo expuesto; primero, que al perder el latin el numeral *bat*, que heredara de su padre, no perdió, sin embargo, la idea que le había dado ser y vida, puesto que la vemos reproducida en su *un-us*, como al perder el éuskaro su primitiva unidad *i*, nombre de Dios, tampoco perdió la idea que lo había vivificado, porque la inmensidad y la eternidad son los atributos de Dios y á estos atributos hace referencia el numeral actual *bat*, lo mismo que el *unus* latino; y segundo, que en el lenguaje del hombre todas las veces tienen su razón de ser, aunque no nos es dado el al-

canzarla siempre, pero sin que esta deficiencia nuestra nos autorice á sostener, como así se ha hecho, que en las lenguas todo es convencional y arbitrario, cuando lo contrario es la verdad. Prosigamos.

La profundidad, sin ser precisamente el vacío, está, sin embargo, ocupado por el vacío; y en virtud de esta condición, lo profundo ha sido designado con voces derivadas de la vocal *u*, onomatopeya del vacío. Pongamos ejemplos: *uzin*, y con el artículo *uziña*, dase este nombre á los lagos y lagunas de mucho fondo y de aguas profundas; y en los rios á aquellos pozos ó pequeñas playas que por su mucho fondo y sus aguas profundas se asemejan á un pequeño lago ó laguna.

De aquí vienen los apellidos y nombres de lugares *uzin*, *uzin-cho*, *uzin-alde*, *uzin-ondo*, conocidos de nosotros. Dió indudablemente su nombre al lago de la Italia *Fucino*, y al ponto llamado *Euxino*, hoy Mar Negro.

Unda (fondo); *unda-tu* y por armonía vocálica *onda-tu* (hundirse, perderse); *unda-rra*, y por la misma razón *Ondarra* (arenal) y lit. lo del fondo, dió su nombre á Ondarra., en vez de *Undarroa*, tomado de la situación que ocupa su iglesia parroquial levantada ó erigida sobre la misma playa; y dió también el suyo á Fuenterrabía, llamado en el país *ondarrabia* ó *undarrabia* por su situación parecida al anterior: latin *unda* (la ola, llamada así, bien por las depresiones que se forman entre ola y ola ó bien porque arrastra las arenas desde el fondo del mar): *f-undus*, *f-undamentum*; cast: *hundirse*, *fundamento*, *fondo*, etc.

En nuestra toponimia, que merece ser consultada siempre que se trate de la reconstrucción de nuestras raíces, el monosílabo *un* radical del numeral *un-us* y de las voces aquí citadas, designa también la profundidad, como así lo hemos observado consultando la situación topográfica de los lugares en cuya composición figura.

En efecto; tenemos en este pueblo una pequeña plazoleta llamada *un-tza* (sitio de profundidades), situada al ras y á la orilla del riachuelo que le baña, el cual corre encauzado en el fondo de un valle cerrado y profundo sobre el cual está construida la villa. A dicho punto *un-tza*, y por ambas orillas, afluyen dos pequeñas regatas procedentes de otros dos valles igualmente cerrados y profundos. El de la derecha subiendo el rio se prolonga al ras mismo de la ribera hasta su fondo, en cuyo punto el monte forma una especie de tapia que sube casi perpendicularmente hasta su cima, y llámase *un-be*, esto es, profundidad baja ó valle que se prolonga al ras del suelo ó de la ribera: *be* (bajo); *un* (profundidad). El de la izquierda, que parece un abismo abierto en medio y á las faldas de una montaña agrietada por todas partes, y llamada quizá por ésta razón *un-ko*; *un*, *unra* [roto, rotura] y radical de *uzatu* [romper]: tiene á su entrada una casería llamada *aba-un-tza*, que da su nombre al valle, y que lit. significa al pie de la profundidad, como compuesta de *aba* [descanso y en toponimia pie ó estribo], y *un-tza* (profundidad). Un poco más allá y en el mismo monte hay una pequeña pradera situada en medio ó en la confluencia de otros dos valles que son á su vez dos abismos, y, que se llama *un-tz-arte*, esto es, en medio ó entre profundidades; *arte* (entre ó en medio). Otro valle próximo á los anteriores y de condiciones análogas se llama *az-un-tza* (valle profundo); *azu* (valle). No lejos de esta misma villa y bajando el rio hay otros dos caserios llamados el primero *uzazeta*, y el segundo *uzazeta*, situados ambos en la confluencia de varios valles igualmente cerrados y profundos, *ta*, *eta* (sitio y nota de localidad.)

La médula ó tuétano, por la situación que ocupa en lo más profundo de nuestros huesos, llámase asimismo en nuestra incomparable lengua *un* y con el artículo *un-u* (médula ó tuétano); y entra en la composición de la palabra *guruu* [cerebro], que merece, de nuestra parte, una mención especial.

En efecto: este vocablo se compone de su radical *gar, garaga* (cima, encima, sobre, cabeza), y de su terminal *na* (médula ó tuétano): de modo que la palabra compuesta *gar-na* (cerebro), significa lit. la médula ó tuétano de la cabeza, nombre semejante á los que imponen los anatómicos á los diversos órganos de nuestro cuerpo, pero superior á ellos. Si, pues, tenemos en cuenta el cambio frecuente de la *g.* en su afin *k.* habremos de reconocer que la voz éuskara *gar, gara, ga* (cima, cabeza), ha sido, sin poderlo negar, la radical de que ha derivado el sánscrito la suya *kapala*; en vasconce, *kapela* (sombrero); el griego, las suyas *kar, kara, kephale*; el latín, *caput, cara, calva, capillus*; el castellano, *cabeza, cara, calva, cabello, etc.*

La voz latina *ca-put* es, sin poderlo negar, una contracción manifiesta de la éuskara *ka-buru=ka-puru=ca-pat* (cima, cabeza); de que se infiere que las terminales *pala, phale* de las antedichas *kapala, kephale*, no son sino las formas alteradas del éuskaro *buru* y del latino *put*; lo que demuestra que los arios emplearon nuestra voz *buru* (cabeza), con el signado mismo que tiene hoy en nuestra lengua.

De la propia manera *ca-pillus*, y en castellano *ca-bello*, no es una contracción de *caput-pillus*, como creyó Monlau, distinguido etimologista y notable filólogo, sino una voz formada de la radical éuskara *ga=ka=ca* [cima, cabeza], y de la terminal *pill-us, p-ill-i* ó *p-il-us, p-ilt*: derivada á su vez de la éuskara *ili-a* (el pelo); de modo que *capillus*, y en castellano *cabello*, significa, en efecto, el pelo, *ili*, de la cabeza, *ga*.

El lingüista sabe muy bien que todos los nombres, en virtud de su origen, son expresivos de cualidades, y no puede desconocerse que lo profundo aplicado á las cualidades las encomia y realza en sumo grado, cual sucede cuando hablando de un sujeto decimos: «Está podrido hasta la médula de los huesos», para denotar con esta frase que el sujeto de quien se habla está podrido tan profunda y completamente y hasta tal término,

que la pudre y el sujeto se compenetran y confunden de tal modo que en el fondo son una sola y una misma cosa, y componen un todo, una unidad, *un-us*.

Así hemos visto que la partícula *un*, en la voz *eg-un* (día), significa que la suprema alegría, la suprema felicidad y la suprema vida, expresadas por la radical *eg* (luz solar), y lo que llamamos *día*, se compenetran, se confunden y son en el fondo una sola y una misma cosa y componen un todo, una unidad: latín, *un-us*; mientras que la misma terminal en la voz *ill-un* (noche, obscuridad), quiere decir que la suprema tristeza, la suprema angustia y la misma muerte expresadas por la radical *ill* (tristeza, angustia, muerte), y lo que llamamos *noche*, se compenetran y se confunden y son en el fondo una sola y una misma cosa, un todo, una unidad, *un-us*.

De la propia manera, dicha partícula en la voz *zira-un* quiere decir que la viciosidad, expresada por la radical *ziri* (viscoso, resbaladizo), y lo que llamamos *vibora*, son en el fondo una sola y una misma cosa y forman un todo, una unidad.

As-lun [pesado] significa que el peso y la cosa calificada se compenetran, se confunden y forman un todo unido, indiviso é inseparable: compónese de *az, as* (peso, pesado) y la terminal *un* (profundo, profundamente): *az, as*, es la radical de que ha derivado el éuskaro su voz *azto* (burro) el latín el suyo, *asi-nus*; godó, *as-ilus*; inglés, *ass*; kimri, *as-yn*: bajo-breton, *az-en*; castellano, *asno*, etc., que aluden á la pesada terquedad de este cuadrúpedo; *az-liro* (pausadamente), *az-lu* (olvidar).

Kuti-un, y por supresión del hiato *kut-un*, significa que el amor *kuti, kupa*, y la cosa designada se compenetran, se confunden y componen un todo, una unidad, *un-us*. Compónese de la radical *kuti, kupa* (deseo ó pasión vehemente, esto es, el amor) y la radical también de que se ha

formado el nombre del dios *Cupido* y el verbo latino *cupio, is* [desear]: el sánscrito, *kup* [apasionarse]; *kaupa* (pasión, ardor); alemán, *hoffen* por *koffen*, etc., y de la partícula superlativa *un*; *ure biotzko kutun ori* [amor mio, prenda queridísima de mi corazón], dice la madre éuskara con sin igual ternura mirándose en los ojos de su queridísimo hijo.

Y como los números se unen y enlazan en la unidad, cual las partes en el todo, he aquí que el latín derivó de su numeral *un-us* las voces *unio, unire, jungere, jugum*, como el éuskaro derivó del suyo *bat batu* (juntar, reunir), *batze*, (reunión, junta), y como el sánscrito los suyos *jun-ajmi* (yo junto), *jun-jmas* (nosotros juntamos); voces que citamos en este lugar para hacer ver que el sánscrito conserva algún vestigio del numeral primitivo *un-us* que en esta lengua pasó por las siguientes formas: *un-as=cun-as=en-as*.

La médula ó tuétano *uu* es una substancia crasa, untuosa, pegadiza, y sirve de base á la confección de los ungüentos, y aludiendo á estas propiedades derivó el éuskaro el verbo *untu* (untar, engrasar), y derivó el latín sus voces *ungere, unctus, unctura, unclare, unguen*, que ninguna explicación tienen en esta lengua y que se reproducen en sus hijas: castellano, *ungir, unguido, unción, untura, unguento*, etc.

La profundidad entraña consigo la idea de penetración: éuskaro, *altzi*; latín, *altus, unguis, uncus, unguis*, etc.; castellano, *uña, úlcera*, etc. Lo profundo es sombrío; latín, *umbra*.

Todos los actos se realizan dentro del espacio *u* y dentro del tiempo *a*, es así que el llamado infinitivo de los verbos designa los actos realizados dentro del espacio y dentro del tiempo; pues bien: el éuskaro unirá la vocal *u*, onomatopeya del espacio y del tiempo, á la consonante *t*, nota de acción, de lugar y de fecha ó época, y derivará de este modo la desinen- cia de infinitivo de nuestros verbos regulares *tu*, partícula á cuyo favor

transformamos todos nuestros nombres en otros tantos verbos y la cual se reproduce en los participios pasivos del latín *joca-tu-s, ama-tu-s*, etc., que fueron un día los infinitivos de aquella lengua. El *to* inglés, no es sino la variación fonética del *tu* éuskaro, y esta misma observación es aplicable á los participios pasivos de aquellas lenguas que el lingüista asimila á los latinos en *tu*.

Hemos visto en otro lugar que nuestro artículo-pronombre *a* es la característica del ser en plena actividad, en plena posesión y dominio de lo sensible de su obra; y como en el orden creado de la naturaleza, los seres que rigen y gobiernan el mundo material y sensible se hallan limitados por el espacio que ocupan y á cual se extiende su actividad, he aquí que el éuskaro unió á dicho pronombre-artículo *a* la vocal *u*, onomatopeya del espacio, y derivó de este modo aquel diptongo *au*, que con el signado de *haber, tener, poseer*, ha sido la radical generadora de nuestro auxiliar activo *au-ki*, y por armonía vocálica *eu-ki*; así como del verbo latino *habere=au-ere*, y de los auxiliares activos *avoir=au-oir* del francés; el inglés *have=au-e*; alemán *haben=au-en*, etc. Y *au* es el ser en posesión de la materia y viviendo dentro del espacio y limitado por él.

El lector conoce nuestros pronombres personales *ni* (yo), *i* (tu) y *a* (él ó ella), explicados y analizados por nosotros; pero sabe también que además de estos llamados simples por nuestros gramáticos, tenemos otros, llamados por los mismos intensivos; tales son, *neu* (yc), *eu* (tú), y *au* (él ó ella). Pues bien: estos últimos se han formado por la unión de la onomatopeya *u* á los simples *ni, i, a*, en la forma siguiente: *ni-u* por armonía vocálica *ne-u, i-u* y por la misma razón *e-u* y *a-u*. Esto sentado, no es difícil explicar su signado.

En efecto: *neu* significa simplemente *ni*; esto es, *yo*, con el espacio *u* que ocupa; *eu* quiere decir *i*, esto es, *tu*, con el espacio *u* que abarca: *a-u*,

a, esto es, *aqai*, con el espacio *a* que abarca. Y como en la filosofía natural los seres son los poseedores y dueños del sitio que ocupan en el espacio, y en este orden, la mar posee las tierras que cubre, el río el lecho sobre el cual descansa, los montes las tierras que les sirven de cimiento, etc., no es difícil averiguar que *aeu* significa *ya=at*, con el espacio *a* que abarco; esto es: con todo lo que poseo, valgo y puedo, puesto que el poder de los seres se mide por el espacio que abarcan: *a-u*, *tu=t*, con el espacio *a* que abarcan; esto es: con todo lo que posees, vales y puedes, y *a-u*, *aqai=a*, con el espacio que abarca, etc. Y como el ser poseedor del espacio es también el poseedor de los seres en él contenidos, resulta que los pronombres llamados con mucha propiedad intensivos, entrañan consigo cierta idea de pluralidad, y son, desde este punto de vista, unos superlativos encomiásticos.

Esto nos explica por qué el éuskaro no derivó sus plurales *geu*, *gu* (nosotros) *zeu*, *zu* (vosotros); y *aeuzak* y por la supresión del hiato *eu-zak* (aquéllos); de los simples *at*, *t*, *a*, sino de los intensivos *aeu*, *eu*, *aeuzak*, mediante la sustitución de la inicial *a* por la *g* en el primero *geu*, *gu*: por la adición de la inicial *s* en el segundo *zeu*, *zu*, y por la adición de la *e* en el tercero, y nos explica también por qué dicha vocal *u* ha llegado á ser la característica de plural en el árabe, hebreo, somali, mande, copto, etc., etc. (Raoul de la Graserie, citado en otro lugar), y explica también por qué dicha vocal ha sido la característica de la hembra de los animales en el éuskaro, como así lo prueba la voz *urruzia*, con la que nuestro casero designa el cordero si es hembra, y lo mismo el ternero cuando es también hembra, al paso que si son machos llámales *aaria* al primero, y *zckorra* ó *idickua* al segundo.

El agua, por la tendencia que muestra á buscar su nivel, se corre por todos los sumideros, barrancos y profundidades, y atendiendo sin duda á la propiedad que tiene de llenar el vacío formado por aquellos accidentes

y para expresarla unió el pueblo éuskaro á la vocal *u*, onomatopeya del vacío, la consonante *r*, nota de movimiento, y derivó la voz *ur* (agua), que expresa con precisión sin igual y con verdadera elocuencia las dos propiedades características de aquel fluido, tales son: primero, su movilidad y segundo, su tendencia á ocupar los sitios vacíos.

Esto es extremar las cosas en demasía, dirá el lector; mas sin que nosotros rechacemos esta objeción, que podrá ser muy justa, observaremos que la voz éuskara *ur*, más ó menos alterada, se reproduce en muchas de las lenguas hoy conocidas, como puede verse en la siguiente lista que extractamos de la obra de Baudrimont, *L'histoire des Basques*.

Guarani, *jacoute* ó *soka* (familia tártara); *u*, (agua); *imbark*, familia jenessei (región superior del Asia); *ur* y *ul* (agua); Omagua (América meridional), *uni* (agua); celtico propiamente tal, *uni*; familia mongola, *ussu*, *ussun*, *egun*; tibetano, *te-bu*; turco, *ssu*; chino, *choni*; japonés, *missu*; brezón, *dur*; el éuskaro dice también *directum* ó *directo*, en vez de *urcta*; *Durango*, en voz de *uran-go*, etc.; kunkuna, *udak*; sánscrito, *ud*, *und* (mojar); latin, *urina*, *urceola*, *urceatim*; griego, *oulhar* (mama); *hio* (flover); *hydoor* ó *udoor* (agua); *hygros* (humedad); latin, *udo* (mojar); *udor* (humedad); *udus* (húmedo); *uvor* (humedad); *uresco* (humedecer); *uva* (la uva llamada así por su mucho jugo); *hinceto*, *humesco*, *humor*, *hydria* (cántaro); griego, *idros* ó *idos* (sudor), etc., etc.

Entre los muchos derivados de esta raíz *ur*, figura la voz *urtli-a* (año), que merece de nuestra parte una mención especial, porque unida á otras que citaremos en este mismo lugar, parece confirmar, por manera bien extraña por cierto, mucho de lo que se ha dicho sobre las condiciones climatológicas de la Europa en el período glaciario, y sobre la prioridad y supremacía en la misma de nuestra raza. Expliquémonos.

En épocas remotas que coinciden con las edades de la Piedra, nos dicen

los sábios: la Europa ha pasado por un período llamado glaciario, durante el cual su temperatura sufrió un descenso tal, que el clima de sus países meridionales, hoy benigno y relativamente cálido, llegó á adquirir en aquella fecha condiciones iguales á las que tienen en la actualidad la Polonia y Siberia rusas, sin otra diferencia que la de que los veranos entonces, aunque cortos, eran mas cálidos que los actuales, originándose de ello grandes avenidas é inundaciones procedentes del deshielo de las nieves acumuladas durante sus largos y rigurosos inviernos, y cuyas huellas señala el naturalista impresas en el suelo que pisamos. Pues bien, la voz *ur-ti-a* (el año) tiene en estas inundaciones su origen y la razón de su signado.

Compónese, en efecto, de su radical *ur* (aguas), y de su terminal el sufixo frecuentativo *ti*, *gai-zo ti* (enfermizo); *gai-zo* (enfermedad); *sarna-ti* (sarnoso), y que en toponimia significa sitio, paraje, lugar; *ari-ti* (robleal); *zagazti* (manzanal), y en cronología fecha ó época; *curiti* (época de lluvias); *ligor-ti* (sequía ó época de sequedad); de modo que la voz compuesta *ur-ti*, y con el artículo *urtia*, significa lit fecha ó época de aguas, avenidas ó inundaciones, y teniendo en cuenta la aplicacion que de ella ha hecho la lengua, *avenidas ó inundaciones* que se repiten periódicamente y en cada un año, esto es, exactamente lo mismo que en la época de que hemos hablado arriba.

Comprendemos, sin embargo, que esta sola coincidencia no basta para aventurar una afirmación tan atrevida, sino que se hace preciso probar además la presencia en Europa del pueblo euscalduna durante aquella remotísima época, y esto es precisamente lo que hizo el doctor Broca, quien, partiendo de los caracteres etnográficos de nuestro pueblo, y basándose en las nuevas luces que dió Humboldt sobre una invasión precéltica en Europa, deducida de la antigüedad del vascuence, llegó á demostrar

con una lógica que honra á su autor, que el pueblo éuskaro es, entre todos los que habitan esta parte del mundo, el solo y único que debe ser reputado como el autoctono de la misma, y su lengua como la primera que se ha hablado en ella.

Bajo la impresión que nos causó esta conclusión tan razonada como lógica del ilustre antropólogo, nos dedicamos por nuestra parte á escudriñar nuestra vetusta y venerable lengua para ver si hallábamos entre sus voces alguna marcada con el sello de aquella remota época, y al cabo de pocas investigaciones llamaron nuestra atención las voces *aiz-kora* ó *aich-kora* (hach-a); *ach-ur* ó *aitsu-ur* (*az-adon*); *ach-egai* *aiz-egai* (azagaya); que en éuskaro, lo mismo que en la mayoría de las lenguas habladas en Europa y en algunas otras, deben su signado á su radical común *aiz*, *ach*, *az*, que en nuestra lengua significa *peña* ó *piedra*; lo mismo en composición *ego-aiz*, *izar-aiz*, *az-pe*, *aiz-queta*, etc., que fuera de ella. De aquí inferimos (y Bonaparte y Sanchez-Calvo con nosotros) que dicha radical común hace indudablemente referencia á la materia ó piedra de que se construyeron en su día los útiles dichos, y que equivale, por consiguiente, á una inscripción en éuskaro grabada en dichos útiles por la mano misma de su constructor, el hombre de las edades de la piedra. Por consiguiente, no era posible la duda: el hombre del período glaciario era nuestro antecesor directo; pertenecía á nuestra misma raza y hablaba también nuestra misma lengua. Pero quedaba aun una duda que debíamos resolver.

En efecto: el nombre de *urtia* dado al año, podía haber sido impuesto por el pueblo euscalduna durante su estancia en Egipto y á orillas del Nilo, y aludir en este caso á las inundaciones periódicas de este río sagrado, y pudo ser también impuesto en aquellas regiones tropicales en que los aguaceros se repiten con la misma regularidad, pues que esta suposición tiene á su favor el hecho universalmente admitido de que todos los

pueblos, sin distinción, han pasado durante las épocas prehistóricas por grandes emigraciones de que no pueden informarnos las historias, y el éuskaro no podía ser una excepción á la regla; mas tuvimos la fortuna de hallar otras dos veces que desvanecieron todas nuestras dudas. Tales son *negoa* (invierno) y *uría* (verano). Veamos cómo.

La situación del hombre durante aquella calamitosa época (nos dicen las personas competentes hablando del período glaciario) debió ser bien triste y precaria, si se atiende á los rigores de aquel clima glacial y á la falta de medios de que disponía para preservarse de él, con el cuerpo medio desnudo y sin otro abrigo que el que podían ofrecerle las cuevas y grutas naturales, el suelo cubierto de una espesa capa de nieve bajo la cual desaparecía todo vestigio de vegetación, sin una mata de hierba, sin una raíz, sin un fruto de que sustentarse, atendido tan solo á los productos de su caza, entonces difícil y peligrosa, tanto por la calidad de los animales á quienes debía combatir, como por la falta de medios de que disponía para ello, armado siempre de su hacha de piedra, su única defensa, acechando continuamente su presa, estrechado por el hambre y en medio de tantas amarguras, sin otra esperanza ni otro consuelo que la llegada y aproximación de aquel corto verano que con su deshielo pusiera á descubierto la tierra cargada de una vejetación mas ó menos exuberante, pero llena al fin de abundantes frutos que convidaban con la hartura á estómagos tanto tiempo hambrientos y privados casi de todo alimento. Pues bien: las voces citadas expresan con sin igual propiedad las amarguras de aquellos crudos inviernos y las harturas de aquellos cortos veranos. Procedamos á su análisis.

Ne-go-a (el invierno) se compone: primero, de la radical *ne* (aflicción, lágrimas, tristeza, trabajos, penalidades, ansiedad, congoja, desfallecimiento y muerte); segundo, de la particula encomiástica *go* (alto, superior, su-

premo); y tercero, el articulo definido *a*; de modo que el vocablo compuesto *negoa*, expresa con rara fidelidad y sin igual energía todas y cada una de las tribulaciones porque pasó nuestro antecesor en los crudos inviernos de aquella calamitosa época, y aleja de nosotros la idea de atribuirle un origen tropical ó egipcio, países en los que apenas se conoce el invierno.

Y no se crea que pretendemos recargar las tintas por satisfacer una pueril vanidad, porque la consonante *n*, radical á que debe su signado *negoa*, es tambien la radical á que deben el suyo las voces *negar* (lágrimas y aflicción); *nekic* (trabajos y penalidades); las latinas *negare* (carencia y privaciones); *necare* (desfallecimiento y muerte); *ncx*, *nox*, *nihil*, *ucque*, *ne*, *ni*, *non*, etc., y dicha consonante *n* es asimismo la onomatopeya de la mujer en el período de reproducción y su grito de angustia en el trabajo del parto, y como tal condensa en si toda la suma de sufrimientos que trae consigo aquel acto de maternidad y de aquellos otros ajeos á los crudos inviernos del período glaciario, y podemos hablar en el asunto como testigos de valía.

En efecto. Dedicados al ejercicio de la medicina en este pueblo, enlavado en medio del país éuskaro, hemos asistido á muchos cientos de partos, y al escuchar de la doliente mujer su grito favorito *énc*, *énc* (ay de mí, ay de mí); *énc*, *bá*, *énc* (ay de mí, sí; ay de mí), etc., repetido en cada dolor y con acento cada vez más lastimero, implorando del cielo, de su madre y demás asistentes un alivio á su dolor y una tregua á sus sufrimientos, no hemos podido menos de enlazar aquellos gritos con las voces latinas *nugae* (lamentos), *ucnunia* (idem), *nixi*, *di* (los dioses que presidian el trabajo del parto, llamados así por el grito mismo con que se hacía su invocación), *nundina* (la diosa que presidia las lustraciones que se hacían por el recién nacido), *nouna* (la madre); así como *nasco*,

nubilis, nupto, nuptias, nupta, nutrix, etc., que expresan funciones relacionadas con el acto dicho de maternidad. Es cierto que las mujeres castellanas y francesas no usarán el grito característico de todas sus cuitas *ene* (ay de mí), como le usa las éuskaras de ambas vertientes de los Pirineos, y como le usaban las madres de los Grecos y Escipiones; pero también es cierto, y llamo sobre ello la atención del lector, que cualquiera que sea la expresión de que se valgan así las unas como las otras, el acento permanecerá siempre el mismo, y en este acento, puedo decirlo con seguridad, se percibirá la *n*, como en la palabra del hombre se percibe la *a*, en la mujer la *e*, en el grito de llamaça á distancia la *o*, en la palabra del miedo la *i*, etc., etc. Tal es, en resúmen, la explicación de la voz *nego* de que se formó la palabra latina *nivis*, pasando al efecto por las transformaciones siguientes: *nego=nigo=nivo=nvis*, que engendró á su vez *níco, nilesco*, etc.

La voz *uri-a* (el verano) significa literalmente lo que trae consigo la copiosidad, la abundancia, como vamos á ver al reanudar en este punto el interrumpido hilo de nuestro análisis.

En efecto: el vacío que todo lo llena entraña consigo la idea de plenitud, de abundancia y copiosidad, y en esta propiedad, que es una de sus más señaladas y sobresalientes, radica el origen de la voz *uría* (el verano) y de algunas otras de cuyo signado nos vamos á ocupar.

Compónese esta voz de su radical *u* (plenitud, abundancia y copiosidad) y de la terminal *ri, rià*, equivalente á la desinencia castellana en *or*, de las voces (hacedor, lector, provisor, tejedor); de modo que *uri*, y con el artículo *uría*, significa literalmente lo que trae la abundancia, y teniendo en cuenta la aplicación que la lengua ha hecho de este nombre, quiere decir la estación que trae la copiosidad, la hartura y la abundancia y expresa fielmente la impresión que produjo en el alma de nuestro antecesor

el hombre del período glaciario, la llegada de aquel corto verano con sus ópimos y abundantes frutos, tanto más preciados cuanto habían sido más deseados. Advertimos al lector que el Diccionario escribe *urda*, mas por estos contornos decimos *uría, ura-barría, uraguenà*, etc., y hablamos con más corrección.

Ahora bien; así como de *nego* (invierno) y la época de las nieves sobre todo en aquel período glaciario, derivó el latin su *nivis* (nieve); así también de *uri* (verano), estación en que durante aquel período se cubría la tierra de verde follaje, derivó el mismo su voz *ver, veri*, (primavera), que es hoy la estación en que el campo se reverdece; por el simple cambio de la *u* vocal en *v* consonante; *vri, veri*, en lugar de *uri*. Por haber desconocido esta procedencia no han podido los indianistas hallar la relación de *ver, i*, con su derivado *viridís*; italiano, *viride*; castellano, *verde*; francés, *verti*; inglés, *green*; alemán, *grün*; holandés, *groe*, y sueco, *grovi*; por la mutación frecuente de *v* en su afin *g* (gascón por vasco). *Ucta* (cosecha, mies); *ucta-illa* (Agosto, el mes de recolección de la mies, ó cosecha); *illa* (mes).

Unió la lengua la onomatopeya *u*, con el monosílabo *ga* (*sobre, super*) y derivó la voz *uga* (superabundancia, copiosidad), y la radical de que ha derivado el éuskaro las voces *ugatz, ugari*.

La primera, *ugatz*, significa la teta, ó sea el exuberante pecho de la mujer que amamanta la humanidad sin agotarse nunca; *ugas-ama*, la nodriza que merece el nombre de madre por haber ejercido las funciones de tal, amamantando al niño, que por esta razón le llama *ama* (madre); *ugas-semia*, llámale así la nodriza al hijo varón á quien ha criado, *semia* (hijo); *ugas-alabia*, lláma así la nodriza á la hija que ha sido criada á sus pechos, *alaba* (hija); *ugas-aita*, el padrastro llamado así por ser el encargado de alimentar los hijos suyos y los de la viuda que se ha casado con él. Por la

misma razón se llama también *ugac-ama*, á la madrastra que educa los hijos del marido con quien se ha casado.

Mas *ugats* significa también (copiosísimo, abundante); *ugac-aba* (el amo, el dueño ó jefe), y lit. el padre de la superabundancia, *aba* (padre y señor).

De *uga*, derivó asimismo *uga-r*, *uga-ri*; designado análogo al anterior, y que como él significa (superabundancia, copiosidad). Transformese ahora *ugar* en *ubar* por el cambio frecuente de *g* en *b*, y tendremos la latina *ubar=uber, uberi*, cuyos signados son bien conocidos de todos para que nos entretengamos en ello: *uber-tas, uber-ius*, etc.

Para concluir añadiremos que esta onomatopeya *u*, en nuestra toponimia, designa los abismos que se abren en medio de nuestros montes, sus barrancos y profundidades, sus encañadas y gargantas, etc., como se vé en la siguiente lista de lugares cuya memoria conozco, y de los cuales sé decir que tienen un nombre apropiado á su topografía.

Tales son, entre otros, *ua, cuba, uba, decua=deva, az-u, clus, gact-clus*, de que procede la voz *castillo*; *ultama, ulant-u, unt-za, unanue, un-amuntaga, un-amuno, uca-rraga, uzkita*, etc., etc. Exceptuándose aquellas en cuya composición figura la *u*, como la radical de *ur, agua*, ó de *uri* (pueblo). *U-billa* (reunión de aguas). *U-zelai* (pradera de aguas). En el artículo siguiente nos ocuparemos de las consonantes.

De las consonantes

En otro lugar hemos visto que las vocales *a, e, o, u, i*, son las vivificadoras de las consonantes, como las sensaciones fundamentales expresadas por ellas son las vivificadoras de todas las demás, y que así como estas últimas no son, ni pueden ser sin las primeras, así también las consonantes no son ni pueden ser sin las vocales que las vivifican.

Partiendo, pues, de este principio de la unidad en la variedad que forma la base de nuestra doctrina. creemos que pueden definirse las consonantes diciendo que son otras tantas vocales modificadas en su timbre ó sonido por los obstáculos que opone á su libre emisión la boca interceptada ó cerrada en alguno de sus puntos, ó bien estrechada en toda su extensión. Si lo primero, prodúcese una explosión en el momento preciso en que el sonido logra franquear el septum ó tabique que cierra la cavidad de la boca, y la consonante, por la naturaleza del sonido producido se llama explosiva; si lo segundo, al franquear el sonido las paredes del estrecho conducto por donde atraviesa, prodúcese un silbido análogo al que produce una corriente de aire al comprimirse y estrecharse, y la consonante se llama sibilante. Siguese de aquí que las variedades que ofrecen las consonantes dependen de la naturaleza de los órganos que obstruyen la cavidad de la boca, y de la manera como se opera esta obstrucción, que en unos casos es completa y en otros más ó menos incompleta, originándose de ello aquellas letras que los autores llaman explosivas fuertes, explosivas débiles, soplantes, sibilantes, etc., etc.

Atendiendo ahora al sitio en que se producen, pueden y deben dividirse las consonantes, cualquiera que sea por otra parte su número y variedades, en cinco grupos principales, representados á su vez por cinco letras que son á todas las demás lo que las especies en la Zoología son á sus variedades y subvariedades, esto es, los tipos ó moldes en que se han vaciado todas ellas.

Tales son: primero, el grupo de las labiales *m, p, b*, etc., llamadas así porque se producen en los labios; su tipo es la *m*: segundo, el de las dentales *t, d*, etc., llamadas así porque se producen en los dientes: su tipo es la *t*; tercero, el de las palatales anteriores, *n, l, r*, etc., llamadas así porque se producen en la parte anterior del paladar; su tipo es la *n*; cuarto, el de las palatales posteriores, *g, k, j*, etc., llamadas así porque se producen en la parte posterior del paladar, ó sea en la garganta ó glotis; su tipo es la *g*; quinto, las sibilantes llamadas así por la naturaleza del sonido de que se acompañan; se producen, á nuestro entender, en toda la extensión de la cavidad de la boca; su tipo es la *s*; de modo que á las cinco vocales madres *a, e, o, u, i*, corresponden cinco consonantes madres *m, t, n, g, s*.

De estos cinco grupos los cuatro primeros, representados por las consonantes *m, t, n, g*, son, sin poderlo negar, las onomatopeyas de los sonidos que el niño percibe en los cuatro tiempos que constituyen el acto de la lactancia, en el que la medicina distingue en efecto dos partes: la succión y la deglución; y en cada parte dos tiempos: uno, primero, pasivo y preparatorio; y otro, segundo, activo y el constitutivo de la función. Nos remitiremos á las pruebas.

El primer tiempo de la succión, pasivo y preparatorio, es como sigue: La madre arrima el recién nacido á su pecho y le introduce el pezón en la boca; el niño entonces abraza la mama con ambos labios y á la raiz

del pezón y la comprime entre estos órganos con toda la fuerza que le permiten sus débiles y poco desarrollados músculos, y en esta disposición, esto es, teniendo ambos labios arrimados á la mama por toda la extensión de sus bordes libres y tan exactamente que no le es dado respirar sino por la nariz (lo que da á sus corizas una gravedad relativa de que carecen en el adulto), continúa lactando hasta satisfacer su necesidad ó hasta que la fatiga le obligue á suspender su trabajo, lo que ejecuta soltando la mama y abriendo la boca con aquella brusquedad que caracteriza todos sus movimientos.

Pues bien; en este instante, esto es, en el preciso momento en que para abrir la boca separa con cierta brusquedad y prontitud los labios cerrados antes y comprimidos contra la mama, percibe el niño el sonido *m*, como le percibiremos nosotros si ejecutamos los mismos movimientos. En prueba de ello repárese que para proferir aquel sonido cerramos á nuestra vez la boca aproximando ambos labios y comprimiéndolos entre sí y el uno contra el otro, y en esta disposición, esto es, teniendo ambos labios aplicados entre sí, y el uno contra el otro, por toda la extensión de sus bordes libres y exactamente lo mismo que el niño contra la mama, emitimos el sonido un momento antes de separarlos, de tal modo que una pequeña parte de él impedido en su libre curso por el obstáculo que le opone la boca cerrada en aquel punto, se vé obligada á remontarse á las fosas nasales, lo que dá á esta consonante el carácter ligeramente nasal que le distingue. Cualquiera puede hacer la prueba en sí mismo, y se convencerá de que al proferir esta letra *m*, no hacemos en realidad otra cosa que reproducir con rara fidelidad aquellos movimientos que ejecuta el niño en lo que la medicina llama el primer tiempo de la succión.

La consonante *m*, es, pues, la mímica en el sonido de dicho primer tiempo, como es también el grito primero con el que el niño en su len-

guaje ha dado á conocer la necesidad que le aqueja, el hambre, y la característica por esta razón y el nombre de la madre destinada por la naturaleza á satisfacer aquella necesidad y la cual fué llamada en aquella lengua primitiva hablada por nuestros primeros padres *ma, ama* con la radical misma de que se halla formado hoy su nombre en la universalidad de las lenguas habladas, como así lo veremos en su lugar, poniendo á la vista del lector el error en que se halla el lingüista respecto de los orígenes de esta voz y de su congenero *pa, apa*.

El segundo tiempo de la succión activo y constitutivo de esta función es como sigue. El niño que ha abrazado la mama en la forma arriba expuesta, aplica ahora sus dos encías sobre el cuerpo del pezón, y por una serie de movimientos semejantes á los de un segundero de reloj y que pueden representarse en la forma *ti, ti, ti*; percute, choca y golpea aquel pedúnculo hasta ponerlo erectil y turgente, y hasta despertar por este medio la secreción de la glándula mamaria; aplica á la par la punta de su lengua al extremo libre de dicho pedúnculo, y oprimiéndola contra este órgano practica la succión con todas sus fuerzas á fin de atraer hacia su boca el líquido cuya secreción despertara por medio de sus titilaciones; y una vez conseguido esto, separa las encías, retira rápidamente su lengua y recibe en su boca el líquido que en abundancia mana de los conductos galactoforos de que al efecto está provisto dicho pedúnculo.

Pues bien; en el momento preciso en que el niño retira la punta de la lengua pegada antes al extremo libre del pezón, y separa sus encías, percibe el sonido *T*, como le percibiremos nosotros si queremos imitar aquellos movimientos. En prueba de ello, repare el lector que para proferir dicha letra cerramos á nuestra vez la boca interponiendo la punta de nuestra lengua entre los dientes, y en esta disposición emitimos el sonido en el momento mismo en que retiramos la lengua abriendo la boca y

separando nuestros dientes como puede comprobarlo cualquiera sin más que observarse á sí mismo en el momento de pronunciar dicha letra que es la mímica sonido del segundo tiempo de la succión, y ha sido además por razones que hemos de exponer en su lugar, la característica y el nombre del padre en aquel lenguaje natural, orgánico y fisiológico, hablado por nuestros primeros padres; y es hoy mismo el nombre del padre llamado *ta, atha, aita* en el euskaro, magyar y otra multitud de lenguas, cual así lo veremos en la lista que expondremos en su lugar.

El primer tiempo de la deglución y el tercero de los que constituyen el acto de la lactancia representado segun hemos dicho por la letra *n*, es como sigue. Cuando el líquido desprendido del seno de la madre en la forma arriba expuesta, comienza á llenar la boca del niño, abate este la lengua por su base y la levanta por su punta cuyo dorso aplica á la parte anterior del paladar tan exactamente, que la cavidad de la boca queda en este punto herméticamente cerrada, de modo que el líquido aprisionado en el pequeño hueco que queda detrás de aquel cierre se ve obligado á correrse hacia la garganta, favorecido en su curso por la presión que sobre él ejerce la lengua al pegarse al paladar. Pues bien, en este momento, esto es, cuando el líquido ha llegado á la garganta, separa el niño rápidamente la lengua de la parte anterior del paladar á que estaba antes pegada, y al iniciarse esta separación, siente la consonante *n*, como le sentiremos nosotros si queremos reproducir aquellos movimientos.

En prueba de ello repárese que para proferir dicha consonante *n*, levantamos á nuestra vez la punta de la lengua y la aplicamos por su dorso á la parte anterior del paladar tan exactamente que la abertura de la boca queda herméticamente cerrada en este punto; y en esta disposición emitimos el sonido un momento antes de abrir nuestra boca y de separar la lengua de la parte anterior del paladar á que estaba antes pegada, de tal

modo que una parte del sonido emitido, impedido en su libre curso por el obstáculo que le opone el cierre de la boca en dicho punto, se vé obligado á remontarse á las fosas nasales para salir por la nariz, lo que da á esta consonante el caracter marcadamente nasal que la distingue. De que se infiere que en la prolación de esta letra no hacemos en realidad otra cosa que reproducir sin notarlo los movimientos que ejecuta el niño en lo que hemos llamado el primer tiempo de la deglución.

Esta consonante es, pues, en el lenguaje infantil la mímica-sonido de dicho tiempo y la expresión de la sensación que recibe el niño durante este acto; y ha sido en el lenguaje natural la característica y el nombre de la mujer en el período de reproducción y conserva hoy mismo este signado en el éuskara, en el iroqués y algonquino, y en algunas otras lenguas, como lo veremos cuando nos ocupemos de ella.

El segundo tiempo de la deglución y el cuarto de los que constituyen el acto de la lactancia representado por la *g*, es como sigue. Apenas el niño ha sentido en su garganta la presencia del líquido alimenticio, eleva instintivamente la base de la lengua, y á favor de este movimiento puramente instintivo cierra la abertura superior de la laringe aplicando sobre ella la válvula llamada epiglotis, para evitar de este modo el que el alimento pase á las vías respiratorias, y por medio de otros movimientos tan complicados como sabiamente coordinados, obliga al alimento á introducirse por la abertura superior del exófago, á franquear este conducto y á penetrar en la cavidad del estómago, en que comienza la asimilación y nutrición. Esto conseguido, vuelve á abatir la base de la lengua para restituirla á su posición normal, y por medio de este movimiento separa la epiglotis de la abertura superior de la laringe á que antes estaba apogada, y quedan expeditas sus vías respiratorias. Pues bien, en el momento mismo en que se inicia aquella separación, siente el niño el sonido *g*, como

lo sentiremos nosotros si queremos imitar aquellos movimientos.

Y en efecto, para proferir dicha letra, llamada gutural por el sitio en que se produce, levantamos á nuestra vez la base de la lengua cerrando *ipso facto* la abertura superior de la laringe, y en esta disposición emitimos el sonido en el momento preciso en que abatimos la base de la lengua separando á favor de este movimiento la epiglotis de la abertura superior de la laringe, sobre la que antes estaba apoyada, y el sonido así emitido es la gutural *g*; de que se sigue que en la prolación de esta letra no hacemos en resumen otra cosa que reproducir sin fijarnos en ello los movimientos mismos que ejecutamos, lo mismo el niño que nosotros, en lo que hemos llamado el segundo tiempo de la deglución.

Por consiguiente, esta consonante *g* es, sin poderlo negar, la mímica sonido de dicho segundo tiempo, y la expresión además de las sensaciones que recibimos durante dicho acto, y ha sido en nuestro lenguaje natural la onomatopeya del *verón*, y conserva este mismo signado en la Gramática éuskara, en la iroquesa y algonquina y en la egipcia, como así lo ha visto el lector en uno de nuestros artículos anteriores.

Tal es, en resumen, el resultado de nuestras observaciones sobre las conexiones de los gritos infantiles con los diversos tiempos que constituyen el acto de la lactancia, y por su simple exposición comprenderá el lector todo el partido que puede sacarse de su estudio, no solo para una clasificación metódica de nuestros gritos, sino también para su reconstrucción definitiva, no difícil de conseguir si se tiene en cuenta que las sensaciones que experimenta el niño durante la lactancia son iguales y parecidas á las que experimenta el adulto en la alimentación; como los gritos del niño expresivos de aquellas sensaciones, son iguales y los mismos que emite el adulto en análogas circunstancias.

Quedaba, sin embargo, un punto obscuro que no hubiéramos podido

esclarecer si una dichosa casualidad, debida á nuestra profesión, no nos hubiera revelado las mistericas cuanto sorprendentes consonancias que la naturaleza ha establecido entre la lactancia que alimenta la vida del niño y el acto genésico que le dió su ser.

En efecto, ¿qué relaciones existen ni pueden existir entre las dos individualidades que unidas completan el ser humano y el grosero acto de la deglución? ¿Por qué secreto arcano de que no puede informarnos la criatura, las letras *g=k* y *n*, onomatopeyas de la deglución llegaron á ser las onomatopeyas del varón y de la mujer ó hembra, en lenguas tan puras y arcaicas como el éuskaró, tan primitivas como las americanas y tan importantes como la egipcia relacionada con las kamitias? Tales son las preguntas que nos dirigíamos penetrados de que la casualidad nada ha engendrado en las lenguas, y es lo cierto que no puede contestarse á ellas sin conocer á fondo las afinidades de que hemos hablado y sobre las cuales llamó la atención antes que nosotros el distinguido Lallemand, diciendo que la generación es á la especie lo que la nutrición es al individuo, y añadiendo luego que la *generación* es una *extensión de la nutrición*. Veamos, pues, si podemos demostrar la proposición del ilustre médico de Montpellier, pero evitando en cuanto podamos las desnudeces anatómicas.

Dos principios concurren á la misteriosa obra de la generación: el varón principio activo y fecundante, y la mujer, principio pasivo y fecundado, y dos principios concurren asimismo á la obra de la lactancia; la madre, principio activo y fecundante, y el niño, principio pasivo y fecundado. Sin el instinto de la madre que arrimó la criatura á su pecho, la humanidad hubiera perecido en su cuna; sin la acometividad del varón no hubiera podido ser.

Consta la generación de dos partes ó funciones: la cópula carnal y la

fecundación, y estos dos actos son á la geración, lo que la succión y la deglución son á la lactancia; y así como cada uno de estos actos ó funciones se compone, segun hemos visto, de dos tiempos, uno primero, pasivo y preparatorio, y otro segundo, activo y constitutivo de la función, así tambien cada una de aquellas funciones, la cópula carnal y la fecundación, se compone á su vez de dos tiempos, uno primero pasivo y preparatorio, y otro segundo activo y constitutivo de la función, tiempos y funciones que el fisiólogo nos pudiera señalar sin más que copiar al pie de la letra la detallada análisis que nosotros hemos practicado de los cuatro tiempos de que consta el acto de la lactancia. Tales son y tantas las analogías así anatómicas, como funcionales y sensitivas que median entre el uno y el otro acto.

En efecto, si interrogamos al anatómico nos dirá éste que los órganos sexuales del varón, tanto por su estructura orgánica, como por su forma y funciones, tienen sus análogos y representantes en los exuberantes pechos de la mujer encargados de amamantar la humanidad, y formados al efecto de dos inagotables glándulas terminadas por un péndulo erectil y turgente encargado de verter en la boca del niño el líquido alimenticio que necesita para su sustento.

Por el contrario, la boca del niño, su esófago y estómago tienen sus congéneres y análogos en el aparato generador de la mujer; el estómago, en el utero; el esófago, que por su abertura inferior é interna se comunica con la cavidad del estómago y por su abertura superior y externa con la boca, tiene su análogo en el cuello de la matriz, que por su orificio interior y superior se comunica con la cavidad del utero y por su orificio externo é inferior con el conducto vaginal. La boca del niño, cerrada en su abertura exterior por los labios, y presentando en su fondo un orificio que se comunica con el exófago como éste se comunica con la cavidad del estó-

mag, tiene su congénere en el citado conducto, cerrado á su vez en su abertura exterior por los lábios, y presentando en su fondo un orificio por el que se comunica con el cuello de la matriz, como este se comunica con la cavidad del útero. Hasta las encías mismas del niño, su lengua y demás órganos que revisten y tapizan las paredes de la boca, tienen sus análogos en aquellos que revisten y tapizan las paredes de dicho conducto, siendo tan solo de extrañar que los anatómicos que tanto se han ocupado de las analogías que median entre los órganos de uno y de otro sexo, no se hayan hecho cargo de éstas que apuntamos aquí, cuando es lo cierto que el mismo paralelismo se observa en el desarrollo mismo de todos los órganos y aparatos aquí enumerados, que coincide en efecto en uno y en el otro sexo con el período de reproducción.

Por último, el mejor de los testimonios que podemos presentar á favor de estas afinidades, es nuestro mismo lenguaje, que siendo como así sucede, la manifestación exterior y el reflejo fiel de nuestra vida orgánica, no menos que de nuestra vida psicológica, ha empleado las mismas onomatopeyas para expresar ambas funciones, la lactancia y la génesis ó generación, como así lo vamos á demostrar por medio de un ejemplo tan sencillo como instructivo, y elegido de intento para impresionar el ánimo del lingüista con revelaciones que no espera ni puede esperar.

En efecto, la gutural $g=k$, es, como hemos visto, la onomatopeya del segundo tiempo de la deglución, que es aquel acto en cuya virtud el liquido alimenticio desprendido del seno de la madre se introduce por el orificio superior y exterior del exófago, franquea este conducto y penetra en la cavidad del estómago, que es el órgano en que se inicia la alimentación, que repara las fuerzas del desfallecido niño, satisface su hambre, calma su sed, eleva su espíritu, fortalece su cuerpo y acrecienta todo su ser.

Y la gutural $g=k$, ha sido y es en nuestro lenguaje natural la onomatopeya del segundo tiempo de la fecundación, que es aquel acto en cuya virtud el licor prolífico desprendido de los órganos del varón se introduce á su vez por el orificio inferior y externo del cuello de la matriz, franquea este conducto y penetra en la cavidad del útero, que es el órgano en que se inicia la generación y se efectúa la fecundación que repara las fuerzas de la humanidad, satisface el instinto genésico de la hembra, calma sus ardores, eleva su espíritu, engrandece su persona y acrecienta su ser con la nueva vida que siente dentro de su seno.

De que se infiere que la gutural $g=k$ es, en resumen, la onomatopeya del liquido alimenticio en el preciso momento en que muestra sus facultades reparadoras y alimenticias; y que dicha gutural es asimismo la onomatopeya del licor prolífico, esto es, de la materia ó principio generador en el preciso momento en que muestra sus recónditas energías. ¿Y cuál es este principio generador dentro de la doble personalidad humana? Indudablemente, el hombre en el período de reproducción, esto es, el varón.

Pues bien; la consonante $g=k$, es la onomatopeya del hombre durante el período de la reproducción; esto es, la onomatopeya del varón, en lenguas tan puras y arcaicas como la euskara, madre común de todas las habladas por la gran raza caucásica, tan primitivas como las iroquesas y algonquinas que han ocupado grandes comarcas de la América Septentrional, y tan importantes como la egipcia, relacionada con las lenguas kamíticas. ¿Es esto casual, ó es, por el contrario, una revelación manifiesta y palpable de las maravillosas armonías que la naturaleza ha establecido entre nuestra vida orgánica y psicológica y el lenguaje, su manifestación exterior, su eco y su fiel reflejo? Interroguemos para saberlo al mismo lenguaje, é interroguemos también al mismo lingüista y apelemos á su

buen criterio.

Max Muller, citado por Sánchez Calvo en su obra los *Nombres de los Dioses*, y citado para hacer palpable el atraso de la lingüística, dice ocupándose de la interpretación de la voz sánskrita *gamatar* (yerno), y de la griega *gambros* (ídem), que para crear estas dos voces se ha tomado la misma raíz *gam*, é infiere de aquí que la misma idea fundamental se encuentra á su vez y debe encontrarse en el origen de ambas voces, la sánskrita *gam-atar* y la griega *gam-bros*, á las cuales asimila la latina *gen-cr*, en atención á que el latín y lo que decimos de esta lengua es aplicable al griego, cambia frecuentemente la *a* sánskrita en *e*, diciendo, por ejemplo, *gen*, en vez de *gam* ó *jam*.

Si, pues, aceptamos, como así debemos, la doctrina de este distinguido sabio, uno de los representantes más ilustres de la lingüística moderna, nos vemos precisados á reconocer que la misma idea fundamental se encuentra y debe de encontrarse en las voces que figuran en la siguiente lista en atención á que para su formación ó creación se ha empleado la misma raíz *gam*, *ga*, *gen*, *ge*, con sus variaciones fonéticas *jam*, *ja*, *gi*. La consecuencia no puede ser más rigurosamente exacta, por ser el mismo lingüista el que asimila las voces *ge-statio*, *ge-rmen*, *gi-guere*, con *gen-csis*, *gen-erare*; *gener*, con *gambros*, etc.

He aquí ahora la lista: latín, *gener*, *genitor*, *gentilis*, *generare*, *gignere*, *genesis*, *germen*, *gemma*, *gemellus*, *germanus*, *genus*, *genius*, *genitus*, *genitrix*, *gestare*, etc., á los que pueden añadir las voces *erare*=*kreare*, *erescere*=*kresecere*: griego, *gambros* (yerno); *genitler* (padre, genitor); *genetista* (genitrix); *genete* (engendro); *genella* (nacimiento); *genelle*, *gignanzi* (procrear); *gyné* (mujer); *genesis* (génesis); *genos* (origen, edad, sexo, gente); *gignomai* (nacidos); *gignomai gynesthai* (generar), etc.: sánskrito, *gamatar* (yerno); *ja*, *ja-* (origen); *jam* (engendrar); *jaaiter*, *janitue* (padre); *janas* (prole); *ja-*

(nacer); *jami* (hermano); *yanamas* (gemelos); *jojammí* (engendrar); *janu* (hermana); *janika* (mujer); *jantas*, *jantus* (gente), etc.; éuskaro, *ga-za* (hombre); compónese de *gi* materia ó principio generador; esto es, varón, y del calificativo *za* (bueno, excelso, superior); *gurazoa* (padre ó madre, y mejor aun, progenitor); *gurazok* (padre y madre, esto es, los progenitores); *jayo* (nacer); en sánskrito, *jaye*; *gai*, *gel*, *gi*, *ki* (materia ó principio generador, productor); como se ve en *ezkon-gei* ó *ezkon-gai* (casadera, esto es, la materia, principio ó cosa que genera ó produce las mujeres casadas); *ezkon* (casamiento); *gai* (materia generadora ó apta para...); *abade-gei* ó *abade-gai*, estudiante que sigue la carrera eclesiástica, y lit., materia ó clase productora de sacerdotes; *abade* (cura, sacerdote); *topin-ki* (materia de que se hacen ó construyen los llamados *topinak*); *burdin-ki* (la materia de que se fabrica el hierro *burdin*), etc.

¿Cuál es, pues, preguntamos nosotros, aquella idea fundamental de que habla Max Muller, y que, según su doctrina, debe hallarse contenida en todas las voces arias que figuran en la lista anterior? Indudablemente esta idea no es ni puede ser otra que la idea de *generación*, puesto que todas ellas sin distinción aluden á actos relacionados con esta función, cual así opinan los mismos lingüistas, en el mero hecho de que, partiendo de este principio, nos dicen que la voz *yerno*, en sánskrito, *gamatar*, en griego, *gambros*, y en el latín, *gener*, significa el engendrador ó propagador del género ó linaje del suegro. La razón es clara, si atendemos á que para su formación ó creación se ha tomado la misma raíz *gam* ó *gen*, con sus variantes *ga*, *ge*, *jam*, *ja*, *gi*.

Mas el lingüista que conoce este hecho, desconoce su razón de ser; y á pesar de los adelantos de que se jacta, y que yo no se los disputo, no se ha hecho cargo aun de una proposición lanzada hace un siglo por nuestro antecesor Astarloa, el cual dejó sentado el principio cierto é indis-

cutible de que toda palabra compuesta de más de una letra ha sido y ha tenido que ser en sus orígenes una voz compuesta, en la cual la inicial representaba el género, las restantes las diferencias dentro del género; la primera, la idea fundamental; las segundas, las modificaciones que sufría esta idea fundamental en cada caso particular. De lo contrario, hubiera sabido que en la raíz citada *gam*, *ga*, *jam*, *ja*, *gen*, *ge*, *gi*, la consonante $g=k$ es y debe ser la que expresa la idea fundamental de *generación* contenida en todos los vocablos arriba citados. ¿Y qué es esta gutural en aquel lenguaje natural, orgánico y fisiológico hablado por nuestros primeros padres? La onomatopeya del varón. ¿Y qué es esta gutural en la conjugación del verbo éuskaro, del iroqués y algonquino y del egipcio? La característica del varón, como se ve en los ejemplos siguientes: *artui-k* (cógelo, varón); *entzi-k* (óyelo, varón). Pero escuche aún el lingüista y forme luego el juicio que mejor le plazca.

El varón, principio generador dentro de la doble personalidad humana, es también su principio pluralizador. Pues bien, su onomatopeya $g=k$, es la característica del plural en el éuskaro y en otra multitud de lenguas, entre las cuales figura la familia uralo-altaica ó turaniense, como de ello podrá convencerse el lector leyendo nuestro artículo «De las características del plural éuskaro»; ejemplos: *n-eu* (yo); plural, *g-eu* (nosotros); *gizona* (el hombre); plural, *gizona-k* (los hombres); *ayta* (el padre); *ayta-h* (los padres); *magyar*, *atya* (el padre); *atya-k* (los padres); en el primer ejemplo el signo de plural es la *g*, en los demás la *k*. Para hacerse cargo de estas permutaciones de la *g* en *k*, y viceversa, bueno es tener presente que el éuskaro dice *artui-k* (cógelo, varón); en vez de *artui-g* y *entzi-k* (óyelo, mujer); en vez de *entzi-g* permutando, al efecto la suave *g* por la dura *k*, à fin de preservar esta característica de ulteriores alteraciones y de su total pérdida, vigorizándola al efecto por medio de esta ligera permuta-

ción, muy frecuente en la lengua cuando así lo exige la fonética, como se ve en el futuro, que unas veces es *go*; como en *jan-go dot* (yo comeré), y otras *ko*, como *artu-ko dot* (yo lo tomaré).

El varón es, dentro de la doble personalidad humana, el agente generador y su principio activo, y su onomatopeya *k*, es en nuestra incomparable Gramática la característica de sujeto agente de su declinación y de todas sus oraciones activas; ejemplos; *ni nan naitz* (yo he sido); *ni* (yo), sujeto pasivo; *ni-k jo dot* (yo lo he pegado); *ni-k* (yo), sujeto agente.

El varón es la cabeza de la mujer y es también su dueño y señor, *caput est mulieres vir=sub viri potestate eris=ipse donabitur tui*. Ejemplos: *jaun* (señor); *jabe* (dueño y señor), y por extensión de signado *jaun* (Dios); *jabe* (idem), *Jehová*, *Jovis*, *Jumala*, etc., etc.

Ga (la superficie superior, encima, sobre, y en toponimia, cima); *g-e*, las faldas ó mesetas sobre que se basan las montañas). ó sea sus estribaciones, y en el lenguaje común (cintura); *g-i*, divisoria, esto es, aquella línea alta y saliente que separa el anverso de las montañas de su reverso, el lado ó costado que mira à nosotros del opuesto; *g-o* (alto, superior, montaña); *g-u* (la cabeza ó vértice de las montañas; por donde se ve que la consonante *g*, cualquiera que sea la vocal á que se una, expresa siempre supremacía, elevación y superioridad, lo que prueba prácticamente cuanto decíamos más arriba sobre el papel que juega la inicial *g* en las sílabas *ga*, *ge*, *gi*, *go*, *gu*, que sirven de radical à las voces arriba citadas. Presentemos la última prueba y la decisiva.

Toda España conoce el abuso que hacen de la enérgica gutural *k* nuestros navarros, riojanos y aragoneses, que tanto la prodigan en sus conversaciones, sin pensar siquiera que la buena educación ha desterrado hace tiempo aquellas feas expresiones, como conoce también el tono marcadamente nasal y gangoso que se oye en los coros de los conventos de

monjas: mas nadie, á lo que yo sepa, se ha imaginado que tales hábitos se hallen estrecha é íntimamente enlazados con los signados que han tenido en nuestro lenguaje natural la gutural *é* y la nasal *n*, onomatopeya de varón la primera, y de la mujer ó hembra la segunda, ni se ha hecho cargo de que tienen su razón de ser y su razón fisiológica en los cambios que sufre la voz humana en el periodo de la muda y que se relacionan además con los que á su vez sufre todo nuestro ser en dicho periodo, lo mismo bajo el aspecto moral que bajo el aspecto físico. Y, sin embargo, nada más cierto que lo que aquí decimos nosotros, cual lo verá el lector en los párrafos siguientes.

En efecto, nadie desconoce que durante la infancia la voz del niño apenas se distingue de la voz de la niña, como tampoco se distinguen sus respectivas laringes; mas al llegar al periodo de la pubertad sucede que la laringe del niño se hace el asiento de un orgasmo ó superescitación fisiológica, en cuya virtud se acrecienta más rápidamente que antes, se fortalece, se consolida y concluye por adquirir, con una solidez mayor y una organización más completa, una capacidad que excede en más de un tercio á la de la joven cuya laringe, careciendo de igual estímulo cesa en su crecimiento antes que en el varón y continúa por esta razón siendo más pequeña, menos firme y consistente, y más parecida á la del niño. Y como el predominio y la superioridad en el órgano demanda el predominio y la superioridad en la función de que está encargado, sucede que la voz del varón se hace más fuerte y robusta, más expansiva, extensa y llena, y superior á la voz de la mujer, que continúa siendo más parecida á la del niño aunque se torna más suave y melodiosa y se hace algo más fuerte.

Y como las guturales son entre todas las letras del alfabeto las más fuertes y robustas, las más completas y más sólidamente organizadas,

resulta que en la voz del varón predominan dichas letras, mientras que en la mujer predomina la suave, delicada y tierna *n*, que tanto se oye en la boca del niño. Y es que la naturaleza, que es todo armonía, no podía, sin contradecirse á si misma, expresar el dominio, la superioridad y la supremacía, atributos del varón fuerte, activo, imperioso y dominador, por medio de sonidos suaves, tiernos, melódicos y dulces; ni podía expresar los deseos, la ternura y la sensibilidad, atributos de la mujer débil, delicada y tímida, afectuosa y sensible, por medio de sonidos fuertes, enérgicos é imperiosos. Y la naturaleza, consecuente consigo misma, dió al hombre su voz fuerte y robusta, como su complexión, y poderosa como su inteligencia, y dió á la mujer la suya suave y blanda como su organismo, pero tierna y afectuosa como su alma.

Esto que á nadie se oculta, tampoco pudo ocultarse á la perspicacia del hombre de la naturaleza, que dotado de un oído más fino que nosotros, y colocado además en condiciones más ventajosas por ser su lenguaje más interjeccional que el nuestro, notó que la característica del timbre especial que adquiría la voz del varón en el periodo de la pubertad, es la fuerte y robusta gutural $g=k$, mientras que la característica del timbre que adquiría la voz de la joven en el mismo periodo es la delicada y suave linguo-palatal *n*.

En su consecuencia y guiándose por los principios mismos que le guiaban para imponer á los sercs sus nombres, llamó al varón $g=k$ con el grito que es la onomatopeya de su voz y de su fuerte organismo durante el periodo de la reproducción, y llamó á la joven *n*, con el grito que es la onomatopeya de su voz, de su blando organismo y de su caracter moral en el mismo periodo; expresando por medio de esta fórmula tan precisa como exacta, los cambios que sufre la voz humana al llegar el periodo reproductivo, como expresó antes las diferencias que median entre la voz

del niño y de la niña, por otra fórmula tan sencilla y precisa como la anterior, llamando *a*, al varón con el grito que anuncia su nacimiento, y *e* á la hembra con el grito que anuncia el suyo.

Tal es en resumen la explicación del signado de varón y de hembra que tienen en nuestra gramática las dos consonantes *g=k* y *n* cuando decimos *jan do-k* (has comido tú, varón); *jan do-n* (has comido tú, hembra); y tal es también la explicación del signado que tienen dichas onomatopeyas en las lenguas iroquesas y algonquinas, si hemos de dar el crédito que se merece á Jules Vinson que así lo asegura, y tal es también la explicación del signado que tienen en la lengua egipcia dichas onomatopeyas, á lo menos por lo que respecta á la *k*, si hemos de creer á Hobelacque, que cita el siguiente ejemplo; *uon-k* (eres tú, varón); *uon-t* (eres tú, hembra); en vez de *uon-n*; y de este signado deriva el que tienen cuantas voces y características hemos analizado arriba.

Las consonantes *n* y *g* son á la par las onomatopeyas de la deglución, como así lo hemos demostrado antes por medio de la fisiología, y lo confirmaremos ahora por medio del lenguaje con ejemplos bien sencillos, aunque elocuentes y persuasivos.

En efecto, Zaborowski dice lo siguiente hablando de las voces imitativas ú onomatopéyicas= nuestro verbo *manger* (comer), que en apariencia nada tiene de onomatopéyico tiene en realidad un origen imitativo. Nuestros niños pequeños dicen *mcm' mcm*, *mum' mum*, y dicen también *niám*; los niños chinos, *nam*; los ingleses, *nim*. Pero hay más, *comer* se dice entre los negros de Suriñam, *nyam*; en Australia, *g'nam g'nan*; en Susa (Africa), *nim-nim*. En zulú *nambita* significa producir un chasquido en la boca después de haber comido, (para dar á entender, sin duda, que el alimento es sabroso, aun cuando el autor no lo explica así), gustar, ser agradable al gusto, (esto es, sabroso ó grato al paladar) y por analogía,

placentero al espíritu. En sueco un bocado delicado se dice *nan-nam*; el griego tiene su *ucctar*; añadimos nosotros; el castellano su *nata*, etc., y en el lenguaje infantil de nuestro pueblo *nan-nam*, y con la *n* mojada, *ñan-ñan* significa comer, y las madres cuando hablan á sus niños no se valen de otra voz para dar á entender dicho acto. Y es que *nam*, *ñan*, *niám* es en el niño la onomatopeya del acto de paladar, esto es, del primer tiempo de la deglución, aun cuando no se fijó en ello Zaborowski.

Por el contrario, en el lenguaje del adulto, esto es, en el corriente y hablado, *jan* (comer); latin, *jen tarc* en vez de *jan tarc*, cuya formación se explica del modo siguiente; *jan* (comer), verbo primitivo; desapareció en el latin, fundido en su conjugación, como se ve en *facere*, su radical éuskara *assi* ó *aci* (hacer, comenzar); *em-ere*, su radical éuskara *em-au* (dar ó vender); *ag-ere*, su radical éuskara *ag-in*, *eg-in* (hacer), unió á dicho verbo *jan* nuestra partícula verbal *tu* y derivó *jan tu*, como de *em-au* derivó *emetu-u*, etc., y por adición de la desinencia del infinitivo del latin *arc*, *jan tu arc=jentarc*; castellano, *jan tar*, y en el caló ó flumenco, *jamar*; sanscrito, *jas* (tragar); *gar*, [comer]; *ghasis*, (la acción de ejercitar las mandíbulas); *jathara*, (vientre); griego, *grao* (yo como). En la voz castellana, *man-jar*; en la francesa, *man-ger*; en la italiana, *man-giare*, etc., aunque derivadas, según el lingüista, de la latina *manducare*, tan mal interpretada se nota la tendencia á unir ambas onomatopeyas *nan*, *nam* y *jan*, *gan* ó *gar*.

Euskaro *goze* (hambre); *gogo* (gana, apetito); *guri* (antojo, y llámense así los antojos de las embarazadas); *o-kela*, *geli* (carne); *gizen* (el gordo de la carne); *gis-ar* (carne magra); *o-gi* (pan); griego, *gala*, *galaktos* (la leche, el pecho de la mujer); *ganos*, *gankos* (buena voluntad); *gaster*, *gastros* (vientre); *glossá*, *glotta* (lengua); latin, *gluto*, *gaster*, *vorax*, en vez *gorax*; *vole* en vez de *gelo*; castellano, *gloton*, *guchas*, *gaspacho*, *guiso*, *guizado*, *gigote*, *gorozza*, *carpanta*,

glotis, garganta, gárgara, gurgajo, garrate, gula tan parecido al *gurra* éuskaro; *gana*, en éuskaro *gogo*; griego *ganos*, etc., son voces que aluden á órganos, funciones y sensaciones relacionadas con el acto de la deglución ó alimentación.

Merece ahora notarse que el periodo reproductivo en la joven *a*, precede al mismo periodo en el joven *g=k*; como el primer tiempo de la deglución y fecundación *a*, precede al segundo *g=k*, pues de aquí se deduce que la prolación de la *a* ha debido preceder y ha precedido en el niño á la prolación de la gutural *g=k*. De lo contrario quedarían rotas aquellas armonías que la naturaleza ha establecido entre los órganos y sus funciones, entre la sensación y el grito su complemento y su expresión, y últimamente entre el lenguaje y nuestra vida orgánico-fisiológica.

Del mismo modo la mujer encargada de alimentar la vida del recién nacido precede en sus funciones de *madre* al hombre en sus funciones de padre y encargado, como tal, de proveer al sustento de sus hijos después del destete, de educarlos y dirigirlos. Luego la consonante *a*, onomatopeya de la madre en la primitiva lengua, y llamada en la nuestra *ma*, eufonizado *ama*, ha debido preceder y ha precedido á la *t*, onomatopeya del padre, llamado en la misma lengua *ta*, y eufonizado *eta*, *atha*, *sitar* á la manera, decimos, que el primer tiempo de la succión, de que *a* es también onomatopeya, precede al segundo de que *t* es á su vez onomatopeya. De que se infiere que la prolación por el niño de la labial *a* ha precedido á su vez á la prolación por el mismo de la dental *t*, en virtud de lo expuesto más arriba.

Si pues tenemos en cuenta que la succión representada por sus onomatopeyas *a*, *t*, precede á su vez á la deglución representada por *a*, *g*, habremos de reconocer que el orden en que han sido proferidas por el niño dichas consonantes, es el mismo que hemos señalado en su clasificación; esto es: primero, las labiales *a*, *p*, *b*; segundo, las dentales *t*, *d*; tercero, las

palato-antérieures ó linguo-palatales *a*, *t*, *r*; cuarto, las palato-postérieures ó guturales *g*, *k*, *j*; y quinto, las sibilantes *s*, *sh*. Mas puesto que la cuestión interesa tanto, cual así lo prueban los trabajos del lingüista por sorprender los primeros gritos del recién nacido, y la inutilidad de sus tentativas para lograrlo ¿no hay, preguntamos nosotros, algunas otras razones que apoyen nuestra clasificación? Las hay, y tan irrefutables como las anteriores, puesto que las consonantes son tanto más fáciles de proferir, cuanto son más exteriores, y es axioma por todos reconocido, que la naturaleza pasa siempre y constantemente de lo fácil á lo difícil, y de lo simple y sencillo, á lo complejo y compuesto.

En efecto, quien quiera puede comprobar por sí mismo que nos es más fácil cerrar la boca en los labios que cerrarla en los dientes interponiendo al efecto nuestra lengua entre estos órganos y comprimiéndola contra ellos, que es lo que hacemos para proferir la *t*. La razón es clara si se tiene en cuenta que la boca en su posición natural se halla cerrada en los labios, mientras que para cerrarla en los dientes tenemos que adelantar la punta de la lengua, interponerla entre dichos órganos, y comprimirla además contra los mismos, y al ejecutar estos movimientos violentamos aquella posición. Luego en el orden natural que es el que procuramos sorprender, las labiales han precedido y deben preceder á las dentales. La consecuencia, como se ve, es rigurosamente lógica y á la lógica debemos atemperarnos.

Del mismo modo puede comprobar quien quiera, que nos es más fácil cerrar la boca en los dientes que cerrarla en la parte anterior del paladar, por la sencilla razón de que en la posición natural la punta de la lengua se halla colocada detrás de la arcada dentaria ó ligeramente interpuesta entre los mismos dientes, y nos es más fácil interponerla entre estos órganos y comprimirla contra ellos que el levantarla y doblarla por su

punta y aplicarla por su dorso á la parte anterior del paladar de modo que la boca quede cerrada en esta parte. Luego en el orden natural las dentales han precedido á las palato-antérieures ó lingüo-palatales, puesto que el trabajo fisiológico que se requiere para la producción de estas últimas, es mayor y más complicado que el que se requiere para la prolación de las dentales.

Las lingüo-palatales han precedido á su vez á las guturales porque nos es más fácil levantar la lengua por su punta libre y aplicarla por su dorso á la parte anterior del paladar que el levantar la misma lengua por su base, ligada estrechamente con la laringe que tiene que ser arrastrada en aquel movimiento de ascenso.

Por último, las sibilantes son las más difíciles de proferir, en atención á que para su emisión necesitamos, primero, aproximar los labios entre sí, como lo hacemos para proferir las labiales; segundo, interponer la lengua entre los dientes, como en la prolación de las dentales; tercero, levantar el dorso de la lengua y aproximarla al paladar, como en la prolación de las palato-antérieures; y cuarto, levantar el mismo órgano por la base, como lo hacemos para la prolación de las guturales; así es que las sibilantes son, y deben ser proferidas las últimas, porque para su emisión tenemos que poner en juego el conjunto de los músculos que empleamos para la emisión de todas las demás. Y es que la sibilante *s, sh*, es á las consonantes madres *m, l, n, g*, lo que la vocal *i* á las vocales madres: esto es, la característica de la energía y de la fuerza vital que preside al crecimiento de los niños de ambos sexos, como la *i* es la característica de la energía ó fuerza generadora que preside á su génesis y nacimiento. Expongamos ahora algunas otras consideraciones que, siendo de un orden muy distinto, vienen, sin embargo, á apoyar nuestra clasificación, al par que ponen de manifiesto las misteriosas, cuanto sorprendentes consonancias, que la

naturaleza ha establecido entre el grito y el organismo humano de que el grito es imagen y fiel reflejo, y entre ambos y el universo sensible de que aquéllos son á su vez imágenes.

En efecto, en el orden natural el hombre es anterior á la mujer su compañera. Pues bien, en el alfabeto humano la vocal *a*, onomatopeya del hombre, llamado en nuestra lengua *ax*, es anterior á la vocal *e*, onomatopeya de la mujer llamada en la misma lengua *e-me*. Mas el hombre y la mujer son anteriores al hijo de ellos nacido.

Pues bien, en el alfabeto humano sus onomatopeyas *a, e*, son anteriores á la vocal *o*, onomatopeya del nacimiento del niño. El nacimiento del niño es condición anterior al vacío que se produjo entre los padres *a, e*, y el hijo *o*, de ellos nacido. Pues bien las vocales *a, e, o*, sus onomatopeyas son anteriores y han precedido á la vocal *u*, onomatopeya del vacío. La energía contenida en el doble organismo *ae* de la primera pareja humana no pudo revelarse hasta que nació su primer hijo *o*, y se formó el vacío *u*. Pues bien, la vocal *i*, onomatopeya de aquella energía, no pudo ser proferida por el hombre, ni pudo ser proferida por el niño hasta que hubo proferido las vocales *a, e, o, u*. Esta demostración ha sido hecha en nuestros artículos anteriores.

El nacimiento del niño y la energía que presidió á este acto, son condiciones anteriores al tránsito de la mujer á sus funciones de madre, encargada como tal de alimentar la vida del recién nacido y de prestarle los primeros cuidados. La vocal *i*, onomatopeya de aquella energía, es á su vez anterior á la consonante blanda y líquida *m*, onomatopeya de la madre, llamada en nuestra purísima lengua *ma*, y eufonizado *ama*.

Mas el tránsito de la mujer *e*, á sus funciones de madre, es anterior y precede al tránsito del hombre *a*, á las suyas del padre, y encargado como tal, del sustento y de la educación de sus hijos despues del destete

y una vez completada la primera dentición. Pues bien, la blanda y líquida *m*, onomatopeya de la madre, es anterior y ha precedido á la sólida, fuerte y resistente *l*, onomatopeya del padre llamado en nuestra lengua *ta*, y eufonizada *ata*, *aita*, *atha*.

La vida nutritiva ha precedido á la vida reproductiva; pues bien, las consonantes *m*, *l*, onomatopeyas de la vida nutritiva en la infancia y primera juventud, han precedido á sus congeneres *n*, *g*, onomatopeyas de la vida reproductiva. Mas el periodo ó vida reproductiva ha precedido en la joven al mismo periodo en el joven: pues bien, la delicada y tierna *n*, onomatopeya de la joven núbil, llamada en la incomparable gramática éus-kara *n*, y en su vocabulario *nc-ka*, esto es, hacedora de *enes* (*n-n n*), ha precedido á la fuerte y robusta *g=k*, onomatopeya del varón, llamado en la misma gramática *k*, y en su vocabulario *giz-on*.

Por último, la fuerza vital que presidió al crecimiento de los niños de ambos sexos, no se reveló ni pudo revelarse hasta que sus respectivos organismos llegaron á su definitiva consolidación, esto es, á la plenitud de su vida. Pues bien: la sibilante *s*, *sh*, onomatopeya de aquella fuerza y de su actividad, no pudo ser proferida por el niño sino después de haber proferido la onomatopeya de la infancia *m*, la de la primera juventud *l* y las del periodo de la pubertad *n* y *g*. De que se infiere que las cinco vocales madres representan las diversas fases por que ha pasado la familia humana para su definitiva constitución, mientras que las cinco consonantes madres representan aquellas otras por que han pasado para su definitiva consolidación los niños de ambos sexos hasta adquirir la aptitud necesaria para constituir una segunda familia y perpetuar de este modo la vida de la humanidad en cumplimiento del precepto que dice: *Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam*. Hagamos ahora una última observación por lo que tiene de curiosa é interesante.

Por lo que llevamos relatado debe saber el lector que el grito humano pasa de las vocales aéreas é indeterminadas á la consonante líquida *m*, á la semilíquida *β*, á la sólida, pero blanda y depresible *b*; sigue á esta la sólida, pero fuerte, resistente y elástica *l*, y viene luego la sólida, pero dura, fuerte y resistente, *d*; mas al llegar á este punto sufre el grito una especie de retroceso, puesto que vuelve á la líquida, delicada y tierna *n*, y sigue á esta la enérgica y robusta *g*; y viene por último, la *k*, que son las más sólidamente organizadas de las letras del alfabeto humano.

Del mismo modo el globo que habitamos, imágen del universo, ha pasado del estado gaseoso, representado como sabemos por las vocales *a*, *e*, *o*, *u*, *i*, al líquido *m*, luego el semilíquido *β*, más tarde al sólido, pero blando y depresible *b*; de aquí al sólido, pero fuerte, resistente y elástico *l*, y, últimamente, al duro *d*, que señala el endurecimiento de la costra terrestre; mas al llegar á este punto la consolidación del globo terrestre parece sufrir á su vez una especie de retroceso semejante al que sufre el grito humano, puesto que este periodo se señala, segun nos informan los geólogos, por la presencia y aparición de aquellos primeros mares que, formados por el desplome de las aguas suspendidas en la atmósfera, llegaron á cubrir toda la tierra, mitigaron sus ardores y la prepararon á favor de una gestación tan lenta como laboriosa para la producción de la serie de seres que un día habian de poblarla.

Pues bien, la líquida y móvil *n*, representa aquellos mares; la *l*, el limo que se depositó en su fondo; la *r*, las roturas que sufrió la costra terrestre á consecuencia de las erupciones volcánicas; la *g*, las primeras islas que emergieron; la *k*, el levantamiento de las montañas, y ambas á dos, *g* y *k*, la parte sólida del globo que habitamos con los seres que produce y sustenta y con los mares que sostiene. De aquí se infiere que si la *n* señala la entrada de la mujer en el periodo reproductivo, en cambio la *l* señala

las gestaciones que se operan en su seno; la *r*, las roturas que sufren sus entrañas al dar á luz los nuevos seres, la *g-k*, el periodo reproductivo del varón fuerte y robusto por su organismo, poderoso por su inteligencia y el encargado por sus condiciones de sustentar á su familia como la tierra sustenta los mares y los seres que produce. Y es que en el grito humano se reflejan con rara fidelidad las fases por que ha pasado para su definitiva consolidación el globo que habitamos, y aquellas otras por que ha pasado para la suya nuestro propio organismo. Veámoslo.

Las vocales *a, e*, son las onomatopeyas de los dos principios activo y pasivo que unidos formaron el doble organismo de la primera materia, contenida y presente en todos los cuerpos; y las onomatopeyas también de los dos principios activo y pasivo que unidos formaron el doble organismo de la primera pareja humana y de cuantas se han sucedido después. Señalan en la naturaleza la presencia y aparición de la materia primera; y en la vida de la humanidad, la presencia y aparición de la primera pareja humana.

La *o* es la onomatopeya de aquella primera nebulosa que se produjo en el doble cuerpo *ae*, de la primera materia; y la onomatopeya también de la vida embrionaria del niño engendrado en el doble organismo *ae*, de la primera pareja humana. Señala en la naturaleza la presencia y aparición de la nebulosa primera, lo mismo que de la nebulosa de la tierra; y señala en la vida humana el nacimiento del primer niño y de cuantos han venido después.

La *u*, onomatopeya del vacío, señala el que se produjo al formarse la primera nebulosa *o*, en virtud de la condensación que para ello sufrió la materia primera, y aquel otro que se produjo entre los padres y el hijo *o*, de ellos nacido.

La *i*, onomatopeya de la energía contenida en el doble cuerpo *ae* de la

primera materia, y la misma que presidió á la formación de la nebulosa *o*, y del vacío *u*, es también la onomatopeya de la fuerza generadora contenida en el doble cuerpo *ae* de la primera pareja humana, y la misma que presidió al nacimiento del niño *o*, y del vacío *u*, su consecuencia.

La consonante *m*, onomatopeya en el lenguaje infantil, que es el natural, de toda clase de líquidos, señala á su vez el tránsito del niño de la vida intrauterina *o*, á la vida de relación y á la alimentación láctea y líquida *m*, que coincide con los primeros meses de la infancia; y señala en la naturaleza el tránsito de la nebulosa *o*, de su estado gaseoso al estado líquido *m*.

La *p*, onomatopeya en el mismo lenguaje de las sustancias semilíquidas, señala y marca el tránsito del niño de la alimentación láctea y líquida *m*, á la semilíquida *p*, compuesta de las papillas ó papas que la madre suministra al niño en el segundo periodo de la infancia; y señala en la naturaleza el tránsito del globo, del estado líquido *m*, al semilíquido *p*.

La *b*, onomatopeya de las sustancias sólidas, pero blandas y depresibles, y de su masticación, señala el tránsito del niño de la alimentación de las sustancias semilíquidas, á las sólidas, pero blandas y depresibles, que coincide con el tercer periodo de la infancia, y señala en la naturaleza el tránsito del globo del estado semilíquido *p*, al sólido, pero blando y depresible *b*.

La dental *t*, onomatopeya de las sustancias sólidas, pero fuertes, resistentes y elásticas, señala el tránsito del niño de la alimentación de las sustancias sólidas, pero blandas y depresibles, á las sólidas pero fuertes, resistentes y elásticas, que coincide con la época que media entre la terminación de la primera dentición, hasta los comienzos de la segunda, esto es, desde la edad de dos años y medio, hasta los seis ó siete; y señala en la naturaleza el tránsito del globo del estado sólido, pero blando

y depresible, al sólido, fuerte, resistente y elástico.

La *d*, onomatopeya de las sustancias sólidas, fuertes y resistentes, pero duras, señala el tránsito del niño de la alimentación de las sustancias sólidas, fuertes, resistentes, pero duras *d*, cuyo período coincide con la segunda dentición que se completa en la edad de la pubertad con la salida de los últimos molares, llamados por esta razón las muelas del juicio, y señala en la naturaleza el tránsito del globo, del estado sólido, fuerte, resistente y elástico, al sólido, fuerte y resistente, pero duro, que coincidió con el endurecimiento de la costra terrestre.

La consonante *n*, onomatopeya de la impresión agradable que recibe el niño al caer en su boca el líquido desprendido del seno de la madre, durante aquel acto que hemos llamado el primer tiempo de la deglución, señala en la joven el tránsito de la vida nutritiva á la vida reproductiva, y señala en la naturaleza el tránsito también de su vida nutritiva á la vida reproductiva, que coincide precisamente con la presencia y aparición de aquellos mares primarios formados por el desplome de las aguas suspendidas en la atmósfera bajo la forma de torrenciales lluvias.

La consonante *l*, onomatopeya de las sustancias semilíquidas, glutinosas y pegajosas, y de la impresión que producen en el paladar del niño, lo mismo que en el nuestro, señala el tránsito de la joven núbil al estado de gestación, y señala en la naturaleza el limo que se formó en el fondo de aquellos mares, etc., etc. Las pruebas vendrán en los artículos siguientes al ocuparnos del estudio de cada consonante, y suplicamos al lector que hasta entonces suspenda todo juicio.

DE LOS NOMBRES DE LOS PADRES *MA*, *AMA* Y *THA*, *ATHA*.

RAZÓN DE SU IMPOSICIÓN.

En otro lugar hemos demostrado que el hombre (*A-r*) en éuskaró y la mujer (*E-me*), fueron llamados *a* y *e*, con los gritos que anunciaron su entrada y su aparición sobre la tierra; como hemos demostrado también que los jóvenes adultos fueron llamados *n* y *k*, con los gritos que anunciaron su entrada en el período de la pubertad, que coincide con la muda de la voz. Vamos ahora á demostrar que los padres, *ma*, *ama* (madre), y *tha*, *atha* (padre), fueron llamados *m*, y *t*, con aquellos que anunciaron su entrada en el ejercicio de las funciones de tales. Y lo hacemos así en capítulo aparte, porque creemos que esta demostración bien hecha, unida á las anteriores, asegurará el triunfo definitivo de nuestra doctrina. Entremos, pues, en materia.

Sabemos que la primera de las consonantes ó gritos articulados que profiere el niño, es la blanda y líquida *m*, matriz de las labiales, como sabemos también que en su emisión el niño reproduce aquellos movimientos que ejecuta con sus labios en el primer tiempo de la succión, y cuando abraza con ellos el pecho de su madre, y apoyándose en este hecho asequible á quien quiera que en ello se fije, hemos deducido que dicho grito imitativo de la succión, y la onomatopeya de este acto, ha sido y ha tenido que ser, necesaria é ineludiblemente el primero con que el niño ha expresado una de sus necesidades naturales, el hambre, y aquel

que en el lenguaje humano señala y marca la presencia y la aparición del instinto de la propia conservación del niño, y su entrada en la vida nutritiva; á la manera misma que la robusta *a* del recién nacido, señaló y marcó la presencia y aparición del sensorio y de la sensibilidad, y el tránsito del niño de la vida vegetativa á la vida sensitiva.

Ultimamente sabemos también que esta consonante ha sido en la lengua naciente del hombre la onomatopeya y el nombre de la madre, encargada de satisfacer aquella necesidad, cual así lo demuestra la siguiente lista que en cumplimiento de nuestra palabra extractamos de los Discursos filosóficos de Astarloa, escritos precisamente para probar la existencia de una lengua primitiva, natural, orgánica y fisiológica, hablada por nuestros primeros padres, y para probar además, que esta lengua forma hoy mismo el fondo común de cuantas se hablan en la tierra. He aquí la lista.

La lengua vascongada, dice este nuestro lingüista, llama á la madre *ama*; la malabara *amma*; egipcia *am, ama*; china *amc*; hebrea *cm*; caldea *emne*; siríaca *emo*; árabe *emo em*. Las lenguas balaca, betoy, omagua, quichua, quitena *mama*; la malaya *ma*; canarina *mae, mata mauli*; indostana *maa*; provenzal *maire*; irlandesa *mather*; piemontesa *mare*; bolonesa y veneciana *mader*; mobina *ma*; dalmata *maitt*; bohemia *matla*; polaca *macta*; moscovita *masci*; taite *madua*; española y siciliana *madre*; erce *matahir*; latina *mater*; wal *man*; lacial *mate*; armenia *mar*; persa *mader*; rusa *med*; francesa *merc*; suavia *muetter*; irlandesa *moder*; moeder: sueca *moder*: dinamarquesa *moer*: inglesa *mother*: tudesa *nutter*, etc., etc.

Merced pues á las observaciones precedentes, y á su confirmación por medio de la lengua que con tanta elocuencia se explica sobre este punto, podemos asegurar sin temor de equivocarnos:

1.º Que el niño emitió por vez primera el monosílabo *ma*, y con la boca muy abierta *ama*, el día en que molestado por el hambre, é instiga-

do por el instinto de la propia conservación, reprodujo con sus lábios aquellos movimientos que ejecuta en el primer tiempo de la succión, cual si buscara con ellos el pecho de su madre; y cuando al reproducirlos emitió el sonido inconsciente é instintivamente, y en virtud de aquel enlace que la naturaleza ha establecido entre la sensación y los movimientos reflejos que esta determina, y entre ambos y el grito su complemento.

2.º Que la madre al oír aquel grito de su hambriento hijo comprendió la necesidad que le aquejaba, y acudió presurosa á remediarla, movida á ello por aquel sentimiento instintivo que la impulsa á cuidar de la vida de su hijo y de su conservación, y al que llamamos instinto maternal.

3.º Que este grito, primer llamamiento de la naturaleza á la maternidad, fué su nombre de pila en la naciente lengua del hombre.

4.º Que á pesar de los siglos de siglos trascurridos desde aquella remotísima fecha, dicho nombre más ó menos modificado, continúa siendo el suyo en la universalidad de las lenguas habladas y conocidas.

5.º Que no obstante la increíble supervivencia de muchas de nuestras voces, tal persistencia no tendría explicación plausible, si el mismo suceso no hubiera venido repitiéndose de generación en generación, por una serie prolongada de siglos.

6.º Que si hoy no sucede lo mismo débese esto á que el instinto maternal, tan poderoso ahora como el primer día ha perdido sin embargo en perspicacia, cuanto ha ganado la muger en inteligencia.

De lo contrario ella que también conoce la mímica de aquel grito comprendería su valor, no solo por ser éste grito la onomatopeya de aquel ótro que percibió en los lábios de su hijo cuando éste abrazó con ellos su pecho, sino también porque por el grito adivinamos la sensación, y adivinamos su mímica, esto es, el conjunto de los movimientos reflejos que determina la sensación y á que llamamos lenguaje de acción, de gestos ó mímica.

Y hacemos esta observación en este lugar mejor que en otro cualquiera, porque la consonante de que nos ocupamos es uno de los ejemplos mas fehacientes que podemos presentar para poner en evidencia que el lenguaje que llamamos de acción y el oral, reconocen el mismo origen, la impresión recibida, sin que medie entre ellos otra diferencia que la que resulta de los medios de transmisión que en el primer caso son los órganos, de suyo materiales y groseros, y en el segundo el sonido espiritual, manifestación la más alta de la vida sensitiva.

Por último para confirmar mejor los anteriores asertos y por el interés mismo que su conocimiento puede despertar en las personas curiosas, añadiremos algo que salta á la vista de todos, esto es, que el hecho que acabamos de analizar, lejos de ser peculiar y privativo del lenguaje humano, se reproduce por el contrario, en el lenguaje de los animales, en los cuales es fácil advertir que los gritos de que se sirven las crías para pedir de mamar ó pedir su alimento, y para llamar á sus madres, no son otra cosa que las onomatopeyas de la succión y de la alimentación de las respectivas especies, y la prueba además de las conexiones que median entre dichos gritos y la alimentación, y la forma y manera que se efectúa esta función.

Repárese en prueba de ello en el *balido* del corderillo, el *mugido* del becerro, el *maullido* del gato etc., y se advertirá, á poco que en ello se fije, que estas *labiales* de que se sirven las crías de dichos animales para pedir de mamar y para llamar á sus madres y de las que á su vez se sirven estas últimas para llamar á sus crías y darles de mamar, no son, en efecto otra cosa, que las onomatopeyas de la succión de dichos animales. Y lo que decimos de los mamíferos es aplicable á las aves y demás animales. ¿Qué es en efecto aquel grito *pipipi* con el que el polluelo llama á su madre y le pide su alimento y el *kikiki* con que la gallina convoca á

sus polluelos para darles su alimento, sino las onomatopeyas de la alimentación de la especie gallina? ¿Y qué otra cosa son las radicales del canto de las demás aves?

Lo que hay es que nadie se ha fijado en estos pequeños detalles, no obstante, la importancia que tienen para la reconstrucción de nuestros gritos naturales, y para sorprender además aquel consensus que media entre el lenguaje humano y el lenguaje de la naturaleza, consensus á cuyo favor se explica la facilidad con que el hombre establece sus inteligencias con los animales que le están subordinados, los que si no comprenden el sentido de nuestras palabras, comprenden por lo menos el acento de que se acompañan, y el tono con que las proferimos. semejantes en esto á los niños de teta que sonríen á las palabras mas injuriosas que se les dirigen, cuando estas se acompañan con acento tierno y cariñoso, y lloran y se entristecen á las palabras mas afectuosas y tiernas, cuando estas se profieren con tono enojado y destemplado. Pero ocurre á menudo que lo que parece mas claro y mejor probado se torna luego lo mas oscuro y difícil de probar, que es precisamente lo que nos sucedió con la consonante que ahora analizamos.

En efecto, sabemos que la succión, así como consta de dos tiempos, consta tambien de dos onomatopeyas; tales son, la consonante dicha *m*, primera que profiere el niño, y la *T*; segunda que profiere el mismo; y que así como la *m*, es la onomatopeya del primer tiempo de la succión, y el grito con el que el niño expresó por vez primera una de sus necesidades naturales, el hambre; así tambien la *T*, es la onomatopeya del segundo tiempo de la succión, y el grito con el que el niño expresa la misma necesidad, y aquel con el que pide de mamar á su madre, razón por la cual la glándula mamaria, y el líquido su contenido, son llamados en nuestra purísima lengua *liti*, voz imitativa del sonido que el niño percibe

en dicho acto y cuando por movimientos semejantes á los de un segundo de reloj y que pueden representarse en la forma dicha *titi*, percute, choca y golpea con sus dos encías el cuerpo del pezón. Véase mas arriba la descripción de este acto.

Luego según esto, la madre no fué ni pudo ser llamada *ma*, *ama*, tan solo por ser la encargada de satisfacer la necesidad expresada por este grito, pues de ser así, hubiera sido llamada tambien *ta*, *atha*, por la misma razón; mas lejos de esto, vemos por el contrario, y vemos con claridad, que así como la *m*, ha sido en la naciente lengua la onomatopeya y el nombre de la madre, así tambien la *T*, ha sido en la misma lengua la onomatopeya y el nombre del padre, cual lo demuestra con igual elocuencia la siguiente lista que extractamos de los Discursos Filosóficos del mismo Astarloa, nuestro inspirador y maestro.

«Los vascongados, dice éste, llaman al padre *aita*: los godos *atta*: los frisos *haita*: los irlandeses *athar*: los epirotas *ate*, *aíta*: los albaneses *aat*: los húngaros *atja*: los yucatanos *aibit*: la lengua grantámica *tata*: la poconqui *tat*: la bilela *tate*: la moja *tataja*: la toba *taa*: la mejicana *tatti*: la otomita *teri*: etc., á los cuales pueden añadirse las voces castellanas *tío*, *tutor* y sus similares de las demás lenguas que no son pocas.

¿Cuál es pues, nos preguntamos, la razón de estas diferencias? Porque la madre fué llamada *ma*, *amia*, y no *ta*, *ata*, siendo así que ambas consonantes *m*, y *t*, son expresivas de la misma necesidad, y expresivas además de una necesidad que solo puede ser satisfecha con el pecho de la madre que por esta razón se llama *titi* en el euskara y *mana* y *teta* en el castellano, etc. Y como la lengua que tan avara se muestra de la materia, ha podido dar al hombre dos gritos tan distintos como son la blanda *m*, y la sólida *t*, para expresar una misma sensación destruyendo con su proceder aquel principio fisiológico, según el cual el grito no cambia, ni puede

cambiar mientras no cambia la sensación de que es expresión.

Tales fueron las preguntas que nos dirigimos, y es fácil observar que cada una de ellas contenía para nosotros un enigma que debíamos descifrar si queríamos alcanzar la razón fisiológica de la imposición de aquellos nombres y la reconstrucción de los gritos *m* y *t*, de que se formaron.

Véamos ahora cómo lo conseguimos y los medios que para ello empleamos.

En la naturaleza, digimos, hay tantos gritos de hambre cuantas son las especies, lo que no pudiera suceder si el sentimiento del hambre, no ofreciera á su vez variedades análogas, puesto que la naturaleza no contraviene sus propias leyes.

Si pues las edades humanas, añadimos, representan, como en efecto así sucede, las edades zoológicas, es claro que cada edad humana tiene y debe de tener su grito propio y característico, como cada especie en la naturaleza tiene el suyo, cual sucede con el balido del cordero, el mugido del becerillo, el maullido del gato, etc., etc.

Pues bien, así como estos gritos sin dejar de ser las onomatopeyas del hambre, son á la par, las onomatopeyas de las especies de que son características en el mero hecho de que por ellos conocemos al animal que los ha proferido, y lo distinguimos de todos los demás, así tambien las consonantes *m* y *T*, sin dejar de ser las onomatopeyas del hambre, son y deben de ser además, las onomatopeyas de las edades en que fueron proferidos, y que son la *m*, para la primera infancia, y la *t*, para la segunda. De que se sigue que las diferencias que entre ellas anotamos corresponden y deben de corresponder á las que ofrece el niño en los dos períodos arriba citados.

Mas vemos tambien, que las mismas consonantes son en la lengua humana las ónomatopeyas de los dos progenitores, madre y padre, y como

en las onomatopeyas se reflejan y deben de reflejarse los atributos de sus signados, cual en la imágen del espejo en que nos miramos, se reflejan los rasgos de nuestra persona, tendremos que en dichas consonantes deben de reflejarse no solo los atributos del niño en las dos edades mencionadas, sino tambien los de sus dos progenitores madre y padre; á la manera misma que los atributos de la materia se reflejan en su onomatopeya la robusta y fuerte *a*, los de la forma en que aquella se determina, en la redonda *o*, los del vacío que limita y determina aquellas formas en la hueca *u*, y los de la energía en la sutil y penetrante *i*. De lo contrario el principio de la adaptación del signo con el signado, igual y semejante al del órgano con sus funciones, sería falso y de ningun valor. Veamos pues, á qué debemos de atenernos.

Profiere el niño el grito *m*, (y esta observación ha sido hecha por algún lingüista) á los cuatro ó cinco meses de su edad, y antes de la aparición de los primeros dientes, y en esta época el organismo del niño es aun blando, húmedo y líquido. Pues bien, su onomatopeya, la consonante *m*, es también un grito blando, húmedo y líquido. El organismo de la madre es á su vez blando, húmedo y líquido.

Profiere por el contrario la *T*, en la segunda infancia, y despues de la salida de los primeros dientes, y en esta época el organismo del niño se ha hecho sólido, fuerte, resistente y elástico. Pues bien, su onomatopeya, la consonante dicha *T*, es tambien un grito sólido, fuerte, resistente y elástico; y el organismo del padre participa de los mismos caracteres en cuanto es tambien, sólido, fuerte, resistente y elástico. De modo que los atributos físicos del niño en los dos períodos citados, y los de ambos progenitores, se reproducen en sus dos onomatopeyas *m*, y *T*, cual los de la materia en *a*, los de la forma en *o*, los del espacio en *u*, y los de la energía en *i*. Prosigamos.

El niño en la primera infancia es un ser pasivo que no conoce el valor de los actos que realiza, ni el de los sonidos que emite, ni siente deseos, ni tiene voliciones, ni conoce en fin á su madre, porque su inteligencia y su voluntad se hallan aun dormidas y sus sentidos poco ejercitados. Pues bien, el grito *m* su onomatopeya es tambien un grito pasivo, expresión de una necesidad, el hambre, y la obra de la naturaleza, pero de ningún modo de la intención del proferente que al emitirlo desconocia su valor, de tal modo que hubiera perecido para la lengua si el instinto maternal no hubiera adivinado en dicho grito la necesidad de que era expresión; cual hubiera perecido el niño apenas nacido, si el mismo instinto no hubiera acudido en su auxilio. He aquí por qué el niño jamás se sirve de grito dicho *m* cuando ha conocido su valor, para pedir de mamar, sino para llamar á su madre, y para pedirla los demás líquidos alimenticios, agua, leche, etc., que por esta razón son llamados en el lenguaje infantil de nuestro pueblo con el nombre genérico de *mama*, y en otras muchas lenguas con voces derivadas del monosílabo *ma*. Pues bien, la madre á su vez representa el ser ó principio pasivo, y hubiera perecido antes de nacer, si el instinto paternal no hubiera adivinado en ella el destino que la naturaleza le encomendara.

El instinto maternal ó sea el sentimiento instintivo de la conservación del niño, unido á la sensibilidad, son los atributos de la madre, y el instinto de su propia conservación unido á la sensibilidad son tambien los atributos del niño; y estos atributos se reflejan en el grito *m* onomatopeya de dicho instinto, y su revelación en el lenguaje humano.

Por el contrario la segunda infancia se caracteriza por la aparición y el primer despertar de la inteligencia y de la voluntad, facultades que hacen del niño un ser activo y por la aparición además y el primer despertar del afecto que el niño comienza á sentir por su madre; y la

inteligencia y la voluntad unidas al afecto que profesa á su familia y á sus hijos, son los atributos del padre. Pues bien, estos atributos se reflejan en el grito *T*, onomatopeya de dichas facultades y de dicho afecto, pero la onomatopeya también del hambre, y el grito con que el niño pide de mamar á su madre. Y he aquí una verdad que estamos palpando todos los días en nuestras criaturas, las cuales se valen en efecto, del monosílabo *titi*, para pedir de mamar, y profieren este grito con aquel aire inteligente, y con aquel acento imperioso, exigente y voluntarioso que todos conocen, pero tan cariñoso á la par, y tan lleno de ternura, que subyuga el corazón de la madre y le enajena toda voluntad, como la subyuga y enajena la voz de su compañero, el padre del niño, cuya reminiscencia despertara éste con aquel grito.

Tenemos pues, que la consonante *m*, onomatopeya del hambre y del instinto de la propia conservación, en el ser pasivo niño, es también la onomatopeya del instinto maternal, que es el sentimiento instintivo de la conservación del niño, en el ser pasivo madre. Que la *T*, onomatopeya del hambre, y del instinto de la propia conservación, en el ser activo é inteligente niño, es á la par la onomatopeya del instinto paternal, que es el sentimiento instintivo de la conservación del niño en el ser activo é inteligente padre.

Y como el instinto maternal es un sentimiento compenetrado y presente en la madre desde que se sintió tal; y el instinto paternal es otro sentimiento compenetrado y presente en el padre desde que se sintió tal, he aquí que las consonantes *m* y *T*, onomatopeyas de ambos sentimientos, son y deben de ser por necesidad lógica, las interjecciones que se produjeron en el instante mismo en que los padres (madre y padre) se sintieron tales, puesto que ningún sentimiento se despierta ni puede despertarse en el hombre-armonium, sin que á la par se despierte su nota musical llamada

interjección. Y este instante no es difícil determinar.

He aquí como llegamos á vislumbrar aquellas consonancias y afinidades que la naturaleza estableciera entre la lactancia que alimenta la vida del niño, y el acto genésico que le dió el ser, entre las funciones nutritivas y las funciones reproductivas, que concurren ambas á un fin común, la consolidación de la familia humana, y su propagación por la tierra; y he aquí como quedaron descifrados los enigmas que envolvían la razón de la imposición de los nombres de madre y padre.

En efecto, imposible es negar que el hambre es á las funciones nutritivas lo que la inclinación sexual es á las funciones reproductivas, y que así como el hambre es un sentimiento pasivo en la primera infancia *m*, y activo en la segunda infancia *t*, así también la inclinación sexual es un sentimiento pasivo en la madre *m*, y activo en el padre *T*.

Como es imposible negar que la inclinación sexual adquiere forma y se determina en la cópula carnal, cual el hambre del niño se determina en la succión; y que así como la succión consta de dos tiempos, uno primero pasivo y preparatorio, y otro segundo activo y constitutivo de la función; así también la cópula carnal consta de dos tiempos, uno primero pasivo y preparatorio, y otro segundo activo y constitutivo de esta función generadora, y apelamos de ello al testimonio de los fisiólogos.

El primer tiempo de la succión es en efecto el pasivo y preparatorio de esta función nutritiva, puesto que sin las titilaciones del pezón por medio de las encias del niño que es lo que constituye el segundo tiempo, el pecho de la madre se agosta y seca, como se agota y seca el seno de la mujer que no ha sido fecundada; y el niño en la primera infancia es también un ser pasivo, y la interjección *m*, que se produce en dicho acto, es la onomatopeya del niño en dicha primera infancia. Pues bien, el primer tiempo de la cópula carnal es á su vez el pasivo y preparatorio de esta

función generadora, y la misma interjección *m*, es en la lengua humana la onomatopeya de la madre, que representa el ser ó principio pasivo en las mismas funciones generadoras.

Por el contrario, el segundo tiempo de la succión es el activo y constitutivo de esta función generadora, y el niño en la segunda infancia es un ser activo é inteligente y la interjección *T*, que se produce en este tiempo es la onomatopeya del niño en este segundo período. Pues bien, el segundo tiempo de la cópula carnal es también, cual así lo saben los fisiólogos, el activo y constitutivo de esta función generadora y la misma interjección *T*, es en la misma lengua la onomatopeya del padre que en aquellas funciones representa el ser ó principio activo é inteligente.

Los órganos que concurren á la producción del primer tiempo de la succión, labios y mama, son blandos, húmedos y líquidos, y de estos mismos caracteres participan el organismo del niño y su onomatopeya el grito *m*; los que concurren á la producción del primer tiempo de la cópula carnal son á su vez blandos, húmedos y líquidos, y de estos mismos caracteres participan el organismo de la madre y su onomatopeya que es el mismo grito *m*.

Por el contrario, aquellos que concurren al segundo tiempo de la succión, encías, dientes y pezón, son sólidos, fuertes, resistentes y elásticos, y de estos mismos caracteres participan el organismo del niño en la segunda infancia, y su onomatopeya el grito *T*. Los que concurren al segundo tiempo de la cópula carnal son á su vez sólidos, fuertes, resistentes y elásticos, cual así saben los anatómicos, lo mismo que el organismo del padre y su onomatopeya el mismo grito *T*.

La succión señala en el niño el tránsito de su vida sensitiva á la vida nutritiva, como la cópula carnal señala en el adulto el tránsito de la pubertad, á la vida generativa ó reproductiva, y así como la vida nutritiva

del niño se divide en dos períodos, uno primero pasivo é inconsciente que comenzando en el instante en que la madre arrimó la criatura al pecho se prolonga á lo menos, hasta la aparición de los primeros dientes, y otro segundo activo, que comenzando en esta época se prolonga hasta completar la dentición con la salida de los últimos molares ó muelas del juicio; así también la vida reproductiva se divide en dos periodos, uno primero pasivo é inconsciente, que comenzando en la cópula fecundante se prolonga hasta el nacimiento del niño, y otro segundo activo y consciente, que comenzando en el nacimiento del niño se prolonga hasta la pubertad.

Por último, la satisfacción de todas nuestras necesidades naturales va acompañada de placer y la succión por esta razón es un acto placentero lo mismo para el niño que para la madre y la inclinación sexual es otra necesidad natural.

¿Qué significan, pues, estas multiplicadas y estrechísimas afinidades en órganos y funciones que concurren al mismo fin, la consolidación de la familia humana, y que se extienden además á las sensaciones y sentimientos de que se acompañan? La respuesta es obvia; pues así como la afinidad en las funciones demanda una igual afinidad en los órganos encargados de su desempeño, así también la afinidad en los sentimientos y sensaciones demanda igual afinidad en los gritos expresivos de estas sensaciones y de estos sentimientos.

Luego si nos atenemos á estos preceptos de la fisiología y á las enseñanzas de la lengua no menos elocuentes en esta materia, habremos de convenir en que las consonantes *m* y *l*, onomatopeyas del hambre del niño en los dos periodos de la infancia, son á la par las onomatopeyas de la inclinación sexual en las dos personas, *m* la madre y *l* el padre, que unidas completan el doble ser humano; y así como dichas consonantes

son las interjecciones producidas en los dos tiempos de que consta la succión, así también las mismas consonantes son y tienen que ser las interjecciones que se produjeron en los dos tiempos de que á su vez consta la cópula carnal, que es á la generación, lo que la succión es á la nutrición. Pero réstanos aun exponer el último argumento y el más decisivo.

En efecto, las interjecciones no son tan solo las onomatopeyas expresivas de nuestras sensaciones, sino que á la par son también las onomatopeyas expresivas y las imágenes y las representaciones de las cosas sentidas, ó sea de los agentes que determinaron su producción. Y como el hambre es siempre y constantemente un sentimiento determinado y producido por el instinto de la propia conservación, he aquí que las consonantes *m* y *T*, onomatopeyas del hambre, son á la par las onomatopeyas del instinto de la propia conservación compenetrado y presente en el niño desde que salió á luz. Y como la inclinación sexual es otro sentimiento determinado y producido siempre por el instinto de la reproducción, ó el instinto genésico, he aquí que las consonantes *m* y *t*, onomatopeyas de la inclinación sexual, son á la par las onomatopeyas del instinto de la reproducción ó instinto genésico, compenetrado y presente en los progenitores desde que se sintieron púberes.

Y el instinto de la reproducción ¿qué es, una vez nacido el nuevo ser, sino el sentimiento instintivo de la conservación del ser nacido? Luego, según esto, por misteriosos consensus necesarios á la consolidación de la familia humana y cuya razón radica en el *crescite et multiplicamini*, las consonantes *m* y *t*, lo mismo en el niño que en sus progenitores, son las onomatopeyas de un mismo y de un solo sentimiento, el de la conservación del niño, compenetrado y presente en los padres desde que se sintieron tales y compenetrado y presente en el niño desde que salió á luz. De que se sigue que el sentimiento que determinó en el niño la proclación del

grito *m*, repercutió en el corazón de la madre para deterninar la proclación del mismo grito, grabado como imagen en el mismo sentimiento, á la manera misma que el balido *be* del corderillo determina en la oveja la reproducción del mismo balido y lo que decimos de la *m* es aplicable á la *t*. Reasumiendo ahora cuanto llevamos expuesto resulta.

Que la inclinación sexual, sentimiento vago, oscuro é indeterminado en su primer origen no adquirió forma ni se definió en la naturaleza ni se definió en el lenguaje hasta que se consumó la cópula carnal, que es aquel acto durante el cual sintieron los progenitores la presencia y la mutua compenetración del instinto genésico ó de la reproducción en sus respectivos organismos, y aquel también durante el cual se produjeron en sus respectivos pechos las interjecciones *m* y *T*, onomatopeyas de dicho instinto en las personas de los dos progenitores madre y padre.

Mas estos no comprendieron ni pudieron comprender el valor del acto entonces realizado, ni comprendieron tampoco el sentimiento que lo dictó, hasta que terminado el periodo de la gestación nació el nuevo ser, y se reveló en ellos el sentimiento de la conservación del ser nacido. Entonces los progenitores se transformaron en padres; pero estos no tuvieron ni pudieron tener nombre en la lengua hasta que el recién nacido adquirió con la edad la aptitud necesaria para proferir los gritos *m*, y *t*, onomatopeyas de aquel sentimiento en cuya virtud los padres se hicieron tales.

Como se ve por estas explicaciones, los padres llevaban grabados sus nombres en sus respectivos organismos, y grabados á natura, *psisis*, solo que estos nombres no pudieron ser revelados sino por su mismo hijo. Pero siguese también que así como el hombre y la mujer fueron llamados *a* y *e* (y hoy *a-r* y *e-me* en el éuskara); así también los padres fueron llamados *má amá* y *tá atá* con aquellos que anunciaron su entrada en el ejercicio de las funciones de tales, cual los adultos fueron llamados *n* y *t*.

con los que anunciaron su entrada en el periodo de la pubertad.

En la familia éuskara es muy frecuente que el marido llame á su mujer *amá* con el nombre que le dan sus hijos, y que es el primero que ha tenido en la lengua, y viceversa, que la mujer llame á su marido *aitá*, con el que le dan también sus hijos, y que es á su vez su primer nombre en la misma lengua. Mas en el lenguaje hablado el marido se llama *senar* y con el artículo *senarra*, contracciones manifiestas de las primitivas *senarri senarria*. Compónese este nombre de *sen*, *sen-a*. *sen-a* nombre que lleva el niño cuando aun está encerrado en el vientre de su madre y el cual debe su signado á su radical *se* ó *ze* (división, segmentación, engendro), como se ve en *eskal ze* (engendros ó crias de un pececillo aplastado que se cría en nuestros rios y al que llamamos *eskallu*) en que ha tenido su origen la latina *scarus*.

Loiá ze crias ó engendros de otro pez que llamamos *coiña* etc: y del subfijo terminal *ri ría* equivalente á las desnencias latinas *arius, or*, etc., cual se ve en *malluari* (el martillador, maleator); *limari* (el limador) etc. De modo que *senar-i* y contraído *senar* (marido) significa lit. el que da ó engendra los hijos (*sen*) que si se llaman así cuando están en las entrañas de la madre, se llaman en cambio *seme semi-a sem-a* una vez nacidos.

Ahora bien; sabido el signado de esta voz *senar*, el autor de los hijos ó sea *padre* ¿adónde hallaremos el origen de la latina *senatus*, asamblea formada por los *patres conscripti*? y si los padres se envejecen á medida que crecen los hijos ¿dónde estará el origen de las voces *senex, senesco, senilis, senectudo*? Y atendido el signado y composición de *se* (engendro), *sen-a* (el fruto que lleva la madre en sus entrañas) y *semi seme* (hijo), ¿adónde hallaremos el origen de las latinas *semen, seminare, sero*, &c?

La mujer consorte se llama á su vez *emacti* de construcción análoga á su similar *ega-ti* (ave). Compónese esta última de su radical *ega* (vuelo)

unida al signo pluralizador *Z*, onomatopeya de las energías, y del subfijo terminal *ti*, nota de acción y de sujeto agente, de modo que *egacti* significa en buena traducción el que se ejercita en el vuelo: *emacti* (la mujer consorte) compónese á su vez de *cua, ama* (madre) ó *ema, eme* (hembra) unida á la misma *z*, y del subfijo *ti*, de modo que *emacti* significa en buena traducción la que se ejercita en los oficios de madre ó de mujer. El marido llámase también *gr-s-on*, que se compone de *gi gci* (varón ó engendrador) y de la terminal encomiástica *on* (bueno), de modo que *gi-gci-on* significa (el varón ó engendrador bueno). En su tránsito al latin perdió su sílaba inicial *gi*, y por el cambio de la *u* en su afin *m* transformóse en *hon-a, inis*. La mujer consorte como señora de casa llámase *andra, andria* contracción de *andi-ria*: compónese de *andi* (grande, grandeza) y del subfijo terminal *ri, ría*, de modo que *andri-a=andria* (señora, ama) significa la que hace, y es la grandeza; *eche-andria* (la señora ó ama de la casa) y de ella nació la griega *andros* variante del *andro* éuskaro.

El hambre sentimiento vago, oscuro ó indefinido en su primer origen. tampoco adquirió forma, ni se definió en la naturaleza ni se definió en el lenguaje hasta que el niño practicó la succión, que es aquel acto durante el cual sintió la presencia y la compenetración del instinto de sus padres que es el sentimiento de su conservación en su propio instinto que es también el mismo sentimiento y aquel además durante el cual se produjeron en su pecho las consonantes *m* y *l*, onomatopeyas de dicho instinto en los dos periodos en que se divide su infancia.

Mas el niño no comprendió ni pudo comprender el valor del acto entonces realizado, ni comprendió tampoco el sentimiento que lo dictó, hasta que pasado el primer periodo de la infancia conoció á sus padres, y conoció en ellos el sentimiento instintivo de la conservación de su vida. Entonces nació el afecto filial y el niño se hizo hijo. Pero este no tuvo, ni

pudo tener nombre en la lengua, hasta que los padres profirieron los gritos *m*, y *t*, onomatopeyas de aquel sentimiento, el cariño á los padres, en cuya virtud el niño se hizo hijo. De que se sigue que así como el niño impuso sus nombres á los padres, así también los padres impusieron los suyos al niño. He aquí por qué nuestra purísima y sin par lengua llama al niño *n-me* formado por la onomatopeya *ma=me*, unida á la abundancia y encomiástica *n*, de modo que *ume*, *umia*, *uma*, significa muy hijo mio; en el lenguaje infantil y familiar llámasele también *thathan* que con la *T* muy mojada, cual la pronuncian los niños, conviértese fácilmente en *thsathsan=chachan: nere chachan-chua*, mi queridito, queridísimo hijo. dice la madre éuskara á su hijo; á los muchachos llámaseles *tsotso* ó *thsotsho* que se convierte con la misma facilidad en *chocho* de donde vienen las castellanas *chacho*, *muchaicho*, como de nuestro *tsiki chiki* vienen *chico chiquito*, etc.

Ahora que hemos conseguido la reconstrucción de los dos gritos *m* y *t*, pasaremos á la parte etimológica comenzando por la *m*.

De la consonante *m*.

Ma, *ama*, es la onomatopeya del amor maternal, y de esta onomatopeya signo y símbolo de aquel amor en la lengua humana, ha derivado el éuskara sus verbos *ama-tu* (amar) caído hoy en desuso, y *mai-tetu* (querer entrañablemente) que debe su signado á la voz *mai-te*, que significando *cariño entrañable*, tiene en nuestra lengua una dulzura imposible de traducir; y estos verbos véense reproducidos en su forma y signado en los latinos *amo*, *ama-re*, *ama-tus*, *ma-lo*, *ma-lis*, *ma-llé*, que son para el lingüista otros tantos enigmas.

El amor maternal es el *mayor* y el *mejor* de los amores, el *mas* puro y acendrado, el *mas* sublime, *magestuoso* y *maguánimo*, y tales atributos vinculados en el amor de la madre dieron su ser y su vida á las voces latinas *magnus*, *magis*, *major*, *mellius*, *majestas*, *magister*, *medicus*, *mago* (Sacerdotes persas); á la sánscrita *mahat* (grande); griego *me-gas*; godo *maths*; alemán *macht*; inglés *mighty*; lituano *macis*; ruso *mocz*; gaelico *mead*; kimry *maint*, etc., que son para el lingüista tan indescifrables como las anteriores.

Los trabajos inherentes á la maternidad enflaquecen, marchitan y ajan á la mujer, traen consigo la consunción y el marasmo y llegan á veces á producir la muerte misma. Pues bien, aludiendo á estos accidentes y para expresarlos surgieron en la lengua las voces euskaras *mar-kaldu*, (marchitarse), *mirriktu* (enflaquecer, desmejorar), *makaldu* (debilitarse), *amaitu*

(fenece, acabar), que podrá reconocer también otro origen: las sanscritas *nilas* (marchitarse), *marakas* (enfermedad); *mariman* (peste); *mar* (matar, morir), los dos últimos de origen igualmente dudoso: latín *macer*, *macerer*, *maceris*, *macerere*, *maceretur*, *maris*; griego *malakos*, *marakmos*, *morez*; castellano *marchito*, *democrado*, *marasme*, *malicia*, *morit*, etc.

La madre es el instrumento de la reproducción, multiplicación y aumento: sánscrito *ma* (producir); de que ha nacido el error de creer que la madre fué llamada *matri* porque produce, siendo así que lo contrario es la verdad.

Los hijos se unen y enlazan en la madre, como en la contaduría digital, que es la natural, los dedos se unen y enlazan para indicar el número diez: *ama-r* (diez); castellano *amarra*, *amarrar*, vascuence *amo* (anzuelo), esto es, (le-que enlaza y amarra): los hilos á su vez se enlazan para formar la *malla*: latín *macula*.

El monosílabo *ma*, cuyo valor no comprendió el niño al emitirlo, es la expresión de una necesidad natural, el hambre, que en la edad en que fué proferido no podía ser satisfecha sino con el pecho de la madre, razón por la que la glándula mamaria y el líquido su contenido han sido llamados *mama*, *mame* por las lenguas arias del grupo greco-latino. Mas cuando el niño comprendió el valor de sus gritos, se sirvió de este monosílabo para llamar á su madre, y para pedirle los demás líquidos alimenticios, agua, leche, etc., que el niño bebe agarrando con ambos lábios el vaso en que se le ofrecen y cual en la succión agarra el pecho de su madre, y reproduciendo en cuanto puede los mismos movimientos que ejecuta en la succión y en los cuales percibe el sonido *m*. Y como el grito con que pedimos una cosa dada y bien determinada es de hecho el nombre de la cosa pedida, he aquí que en el lenguaje infantil de nuestro pueblo dichos líquidos son llamados con el nombre genérico de *mamá* que es su natural

onomatopeya. Y como entre estos figura como primero y principal el agua, nuestro Astarloa nos advierte que el agua es llamada por el pueblo hebreo *majjan*: por el sarraceno *moi*: el siríaco *majo*: el etiope literario *mai*: bilela *ma*: caldeo de Basora *meni*: el árabe literario *maja*: *ma*: el árabe egipcio *moja*: el congelese *masc*: etc., etc.

Y esto sabido gadónde hallará el lingüista la razón y los orígenes de la voz *mar*; sánscrito *miras*; godo *mares*; alemán *meer*; lituano antiguo *mare*; ruso *more*; latín *mare*; así como de *madere*, *madidus*, *madescere*, *humidus*; sánscrito *marj*, *merj* (mojar, humedecer); griego *madao*, *mydao*, *myduino*, etc., etc.

La leche *mana* del pecho de la madre, como el agua del manantial: *manare*, *manalis*; griego *manos*. El agua brota de las entrañas de la tierra y sale á la luz como la aurora brota de las tinieblas de la noche y se hace el día; *mane*, *manifestare*; castellano *amanecer* la *mañana*; francés *main*, etc. El *maná* cae del cielo y alimenta al pueblo hebreo cual del pecho de la madre cae la leche en la boca del niño para alimentarle; hebreo *manhu*; griego *manna* latín (id).

Las frutas una vez maduras contienen un jugo sabroso que se extrae de ellas, como el niño extrae la leche del pecho de su madre, y en razón de su contenido la aromática fresa se llamará en el éuskara *mallabi* y *mariguri*: latín *marrabium*; la dulce pera *marari*, y si es silvestre *makair*: la sabrosa *mansana*, en latín *malum*; la rica uva *malz*, y de esta voz éuskara derivará el latín su *mus-tum* = *maz-tum*; el alemán *most*; el inglés *must*; el español *mosto*; el griego *medox*; la mora se llamará *mazusta*; otra fruta también negra pero más pequeña que la mora muy apreciada por nuestros muchachos *maubi*; la dulce miel se llamará en latín *mel*, *mellis*; en el griego *meli* *melilos*; bajo bretón *mel*; gaélico *mel*; italiano *mele*; castellano *miel*; mientras que el éuskara le llamará *es-ti*, con la radical *es* (snare, dulce, melífero) á que debe su signado, lo mismo que *es-kon-du* (casar); lo dulce y melífero aplicados á la música engendrarán las voces griegas *melos*,

melodia, armonía: las latinas *melodia, modulatio, modus*: castellano *melodia, armonía, modulación*, etc.

La *mano* misma por su suavidad, blandura y flexibilidad se llamará *manus*, y en el euskara *ez-ku* por igual razón que la miel se llama *es-ti* y la boda *estegu*, y el casamiento *ez-koutza*; y obedeciendo á la misma idea surgirán las voces *manjar, manna*, etc. Las frutas solo despues de *maduras* se hacen dulces y sabrosas: *uma-u* (maduro, sabroso): latin *maturus*. Ultimamente *ma* significa beso de cariño y por el sitio en que se estampa la *megilla* se llamará *matralla, mazailla*: latin *mavilla, mala*, etc.

Ma es asimismo la onomatopeya de las impresiones que recibe el niño en el tiempo de la succión y cuando hunde sus labios y boca en el pecho de la madre, y la onomatopeya tambien de las impresiones que recibe el adulto en su proclación cuando al efecto comprime los labios entre sí, y el uno contra el otro, y últimamente la onomatopeya de todo aquello que despierta en nuestra mente la reminiscencia de aquellas sensaciones; y como entre estas figuran principalmente la blandura de los órganos que concurren á dichos actos, y su tendencia á hundirse á la menor presión, he aquí que dicho monosílabo llegó á ser la onomatopeya de todo lo que es blando, flojo, depresible, maleable, etc., y de todo aquello que despierta en nuestra mente la reminiscencia de estas cualidades.

Así vemos que aludiendo á estas cualidades y para expresarlas, surgieron en la lengua las voces euskaras *mamin* (carnes blandas), *mamintzu* (caroso): *maltzu* (blando, flojo, depresible) *matat* (blando, débil, flojo): *mardo* de signado parecido: las latinas *matatia, malache, maltha, massa, mansus, mollis*: las sánscritas *mlat, mid*: las griegas *malax, malakos, malaxia*: alemán ó inglés *mild*: francés *mou*, etc.

Vemos tambien que en nuestra variada y riquísima toponimia, los lugares bajos y por extensión de signado, las llanuras, los hundimientos de las montañas, sus precipicios, sus mesetas y estrivaciones, en fin todo aquello que por cualquiera

circunstancia despierta en nuestra mente la idea de algo que se ha dejado deprimir, aplastarse, ensancharse, hundirse, se designa con el nombre genérico de *ma*. Citaremos en prueba de ello los lugares siguientes, muchos de los cuales tengo á la vista y tienen una situación que se halla en perfecta consonancia con su nombre.

Tales son entre otros *matza* ó *macha, machari, malzaga, maña, amaña, makatz, ametza, mallo, amallo*, euclavados en esta villa: *mañari, mañanda, markaña, markoita, marzana*, (estos tres mal interpretados hasta la fecha), *malla, mallea, mardura, madari, madiri, madraso*; contracción de *madari* ó *madiriaz, maiora, zu-maran, zu-malabe, zumarraga*, á los que debemos añadir los nombres ibéricos *sala-manca, manza-benares=manzabares*, y últimamente nuestra corte, la villa de *madri-d*, contracción manifiesta de la euskara *madari* ó *madiri*; y acentuada *madirid, madrid*: compóuese de *ma* (tierra baja, deprimida y ribereña) y de su terminal *iri* (lugar habitado ó pueblo), de modo que el que comenza el signado de tierra, lugar ó pueblo ribereño que tienen en el actual vascuence los nombres *maduri* y *madiri*, no puede negar el origen ibero-euskaro que tiene el nombre de nuestra corte; y lo que decimos de él es aplicable al *manzanares, sala-manca, mancha*, etc. y la antiquísima Malacca hoy Malaga.

Para admitir esta opinión nada importa la situación relativamente elevada de las provincias de Madrid y de la Mancha que representan al fin una llanura ó meseta ancha rodeada de altas montañas, pues esto mismo acontece con algunos de los lugares arriba citados, tales como *matza*, que es el nombre de la cima deprimida de una alta montaña de este pueblo: *maia*, nombre primitivo de la villa de Elgueta situada en una elevada meseta sobre la cual se levantó su iglesia parroquial y su concejo enfrente de la casería que en razón de su posición se llamó *Maia (elgno-ta)* tiene el mismo signado puesto que se compone de *el* (sobre) y *gue* que en toponimia significa *loma, meseta, falda*, etc. *os-ma* casería situada sobre una meseta deprimida, pero muy alta, en el inmediato pueblo de Placencia, *os* (alto). Por el parecido que las mesetas de las montañas tienen con la mesa común,

ésta se llama en el vascuence *mai* y con el artículo *main*: castellano *mesa*; latín *mensa*.

Malla, mallea significa en toponimia estribo, pie ó peldaño de monte y por el parecido que estos peldaños tienen con los de las escaleras comunes, estas últimas se llamau *malla*: *ar-malla* (peldaños de piedra): *ar* (piedra): y por el que tienen los peldaños de la escalera común con las mallas de una escala de cuerdas y con las mallas de los tejidos; estas últimas se llamarán en el castellano *malla*: francés *malle*; italiano *maglia*; latín *macula*: y la hebra de que se forman dichas mallas se llamará en el mismo latín *mallus*, etc., etc., siendo de advertir que los anatómicos han seguido el mismo procedimiento en la imposición de sus nombres *deltoides, escafoides, martillo, estribo*, etc.

De las depresiones, hundimientos, magulladuras y aplastamientos, pasó la lengua por una transición bien natural á los instrumentos que los producen, y en razón de su destino estos instrumentos fueron designados con voces derivadas de dicho monosílabo *ma*, á la manera misma que el músculo *masetero*, latín *maseter*, ha sido llamado así por las funciones de *masticar* que desempeña.

Así nacieron las voces éuskaras *ma-killa* (palo) y lit. hacedor de *ma*; *kilti-a* = guillía (hacedor): *mallu* (martillo); *mallata* (martillo pequeño): latín *mallens, martulus, marcus*; sánscrito *marj* (golpear, aplastar): persa *mail* (martillo); hebreo *machab* (golpe, herida); griego *maché* (golpe, herida, combate); *machera* (espada); bajo griego *matzouka* (mazca, mazo); bajo latín *masuca*; francés antiguo *machue*: moderno *mazue*: castellano *machete, mazo, maza, martillo*, etc., etc.

De estos nombres derivó luego el pueblo éuskaro sus verbos *makillatu* (apalear), *mallatu* (contundir), *masatu* (macear); el latín los suyos *malleare, malaxare, malaccicare, massare, macicare, mastigare*, el castellano *magullar, machucar, machacar, martillar, amasar*, y por extensión de signado surgieron sus similares los éuskaros *amai-tu* (caer por un precipicio, matarse); *ama-ilo* (precipicio) que debe su signado á su radical *ama* (derrumbadero, precipicio); *amotau* (apagar la

luz ó el fuego y la vida es luz; é imitando al éuskaro derivó el latín sus *mactare, moriri*: el sánscrito *mar, mar* (morir), griego *moros* (hado, salida, inerte): alemán *morde*: inglés *murder*: lituano *mirzstu*: ruso *morin*: etc., como surgieron la latina *mactare*: castellana *matar*: francesa *massarer*: bajo alemán *matsken* (degollar el ganado): alto alemán *met-gern* (id.): y surgieron asimismo las éuskaras *machuria* (herida contusa), *mallatua* (contusión, aplastamiento): el hebreo *machad*: griego *mache*, arriba citados; sus derivados *machera* (espada): *machetes* (el que combate), etc.: sánscrito *mala* (negro, sucio), *malina* (negro, malo): griego *melas, melanos, melania, melagholia*: latín *macula*, etc., todas las cuales aluden al acto de contundir, aplastar, magullar, á los instrumentos contundentes y á los efectos que estos producen.

De estos instrumentos únicos de combate de que disponía el hombre de la naturaleza pasó este á aquellos que los manejaban por profesión, esto es, á los guerreros, y para designarlos surgieron en la lengua los nombres de los Dioses mitológicos Marte, Marvorte, personificaciones del guerrero y de la guerra *marrati*, en vascuence contendiente, *machetes*, en griego el que combate, y como los guerreros por los males que ocasionan y por las matanzas y rapiñas á que se entregan son gente temida de las personas pacíficas, y como solo su nombre inspira temor y espanto, para expresar estos sentimientos surgieron las voces éuskaras *marro* y *malo* (espantajo, fantasma), como se vé en estas locuciones tan usadas y corrientes *koko-marro* (máscara, espantajo); *koko* (espantajo), *chari-malo* (espantapájaros); *chori* (pájaro): sánscrito *maru* (vientos desatados, espíritus malignos), *maues, maniv*; como nacieron *malus, malignitas, malignus*, etc.

De que resultó que por transiciones tan naturales como lógicas la onomatopeya *ma*, que engendrara las nobles y regias palabras *mater, mayor, melius, amor, majus, magestas, magis, magnus, medicus*, y la éuskara *maite*, llegó también á engendrar las villanas y bajas *malux, malignux, marrojo, marrano*, á la manera

que el fundador de un linaje engendra descendientes de cualidades diversas y totalmente opuestas.

Continuando ahora nuestro estudio analítico, trataremos de probar apoyándonos en los principios que nos han guiado hasta la fecha que si las consonantes no suenan, ni pueden sonar, sino acompañadas de la vocal que las vivifica, en cambio las vocales al unirse con las consonantes para vivificarlas, se unen con su propio valor y signado de que se sigue que en los orígenes del lenguaje el monosílabo *ma* tenía y tuvo por necesidad lógica un signado diferente del monosílabo *me*, éste de *mi*, y así sucesivamente. ¿Pero pueden apreciarse estas diferencias? De ningún modo en la inmensa mayoría de los casos, porque á ello se opone la pasmosa facilidad con que las vocales se sustituyen las unas á las otras con arreglo al temperamento é ideosinercia especial de los pueblos, y siempre que así lo exijan las leyes de la fonía, y las necesidades de la expresión y del lenguaje, como se ve en la voz *pie* que el sanscrito llama *padas*; latín *pedes*; español *pie*; griego *podos*; alemán *fuos* ó *fuss*, aunque se trata de una sola voz, la misma en su origen.

Sin embargo en algunos casos y en determinadas circunstancias pueden apreciarse dichas modificaciones con pasmosa facilidad y de ello ofrece abundantes pruebas la consonante *m*, de que nos ocupamos.

En efecto acabamos de ver que unida esta consonante blanda y húmeda á la fuerte, robusta, estensa y expansiva *a*, forma el monosílabo *ma* y que este monosílabo ha sido y es la onomatopeya y el grito natural é imitativo, 1.º del acto de contundir *magullar*, *machacar*, *macear*, *amasar*, 2.º de las fuerzas, instrumentos y de los agentes que ejecutan dichos actos, 3.º de los efectos que producen y aun de las personas que se dedican á dichos actos que presponen siempre fuerza, vigor y robustez.

Unida la misma letra á la vocal *e* débil y delicada, ha formado el monosílabo *me* que en el vascuence designa todo lo que es delgado y delicado y por extensión

de signado sítíl; y de él ha derivado nuestra lengua el verbo *metu* (adelgazar), y el latín sus voces *metus*, *meluere*, *meliculans*, etc.

Más la *a* es también el grito natural del varón fuerte y robusto, mientras que la *e*, lo es de la flaca y débil muger y con estos signados se han unido alguna vez á la consonante *m*, sin que pueda dudarse de ello cual así se evidencia en las voces siguientes. El Mandjour, lengua turaniense llama *ama* al padre, y *eme* á la madre; *am-kha* al suegro; *em-khe* á la suegra; *ghagha* al macho, y *gheghe* á la hembra: la Biblia *Adan* al primer hombre, *Eva* á la primera muger: en el latín *mas* al macho, y *f-em-i-na* á la hembra; en el inglés *man* al varón, y *mis* ó *me* segun creo á la muger ó señora: el español *macho* y *hembra*; francés *mas* al macho *femme* á la hembra; italiano *maschio* y *femmina*, etc., en todas las cuales se vé que la onomatopeya de la madre *ma* designa al padre y al varón por ser la *a*, la onomatopeya del hombre.

El godo á lo que parece llama *gu-ma* al hombre, mas esta voz á la que Barcía quisiera asimilar la latina *homo*, mediante el lituano *zmonu*, para hacerlas derivar de la sánskrita *L-human=fuman=hunau*, se compone sin género de duda de *gu=bu* radical de la éuskara *buru* (cabeza), y del monosílabo *ma man* á que deben su signado la alemana *mann*, *mensch*; la germánica *man-niska*: la sánskrita *man-us* (hombre) *manusas* (humano); la zend *masjaka*, y las arriba citadas. De modo que *guma* podría significar lo mismo que el sanscrito *bhuman* hombre—cabeza, ó gefe.

Por Astarloa que en sus investigaciones no se limita á las lenguas del grupo ario, sabemos también que los tégalos abac y marquins apartándose de la regla comun llaman á su vez al padre *ama* con la onomatopeya de la madre; los visayos *amai* y *amaka*; y los tonquius *amin*; y sabemos además por el mismo autor que el hebreo llama *em* á la madre. el caldeo *emme*: el siríaco *emo*: el árabe *emo*, *em*, con la onomatopeya de la hembra *e*, y tales anomalías no se esplican ni pueden esplicarse sino por el predominio que en dichas lenguas han adquirido las

onomatopeyas de varón y-hembra *a* y *e* sobre las del padre *ta*, *ata*, y de la madre *ma*, *ama*. El vascuence más arcaico que todas las lenguas citadas arriba, conserva aquellas onomatopeyas y llama á la madre *ama*, *ma*, con el nombre que le dió la natura y al padre *ta*, *ata*, con el que también le dió la misma natura y llama al niño *ume* y *tsatsan* con la misma naturalidad, y llama *a-r* al varón con la *a* y á la muger-hembra *eme* con la *e*; justificando el distico latino *Clamabunt a, et e, quot quot nascuntur ab Eva; omnis masculus a nascens, e femina profert.* Y últimamente llama á la muger nubil *n*, con el grito que anuncia los grandes cambios que en lo físico lo mismo que en su moral ha sufrido la jóven en su tránsito de la segunda infancia y primera juventud al período nubil, y llama *t* al jóven adulto con el grito que anuncia los cambios no menos notables que sufre en su tránsito de la primera juventud á la edad de la pubertad, cual si quisiera justificar á nuestros lingüistas empeñados contra el comun sentir en hacer del vascuence el padre comun de las lenguas habladas.

Decíamos que del monosílabo *me*, flaco, delgado y por extensión de significado sutil, derivó el vascuence el verbo *metu* (adolgazarse) y el latin sus voces *metus*, *metuere*, *meticulosus*, etc. Y si lo que se adelgaza, *menuga* y *disminuye* donde hallaremos los orígenes de las voces latinas *minus*, *minuere*, etc., así como de *miser*, *miseria*, *miserere*, etc.

Del mismo monosílabo ha derivado el euskaro la voz *meta*, y con el artículo *meti-a* (la meta) con la cual designa nuestro labrador aquellos conos ó moles piramidales formados con hacinas de trigo, helecho, y esta voz atendido el significado de su radical *me* alude sin género de duda á la terminación y remate de dichas moles en delgada y sutil punta; y explica el de límite ó término que tiene la misma voz en el latin y castellano: mas en el latin lo mismo que entre nuestros labradores la voz *meta* designó las moles hechas con haces de trigo, helecho, heno, etc., en figura de cono, cual así lo demuestra la locución *crastuere femum in metas*. De ella derivó luego las voces *metari*, *metatio*, *metalar*, así como

messis, *messio*, *messum*, *metere*; etc., indescifrables para el lingüista.

Unido á la consonante encomiástica *n* nota de superlativo cual se vé en *chiki-n* (lo más pequeño), *andi-n* lo más grande de *andi* (grande) formó la voz *men* (lo más sutil y delgado) y la radical *á* que debe su signado *mendi* que designando la montaña alude indudablemente á su terminación en delgada punta semejante en esto á la voz *meta*; latin *mons montis* y primitivamente *minus -minti s=mendi*: vascuence *mentu* (ingertar), *miñ-legi* (vivero).

Men significa pues lo que siendo muy delgado y sutilísimo tiene algo de incorpóreo y suprasensible, y aunque en la acepción común esta voz designa la potestad, el dominio y la ingenuidad, es fácil advertir que en ciertas locuciones alude al alma-espíritu, y á sus facultades cual sucede cuando un labrador nuestro nos dice *men*, *menetik ezaten deutzut* (os lo digo muy ingenuamente y con toda mi alma) *meñe menetan* (muy de veras, muy ingenuamente, con toda el alma).

Por consiguiente, en esta humilde voz y de ningún modo en la sánserita *man* (pensar y reflexionar) debe hallar el lingüista el origen de la voz latina *manus*: la sánserita *manas* (espíritu), (aun cuando su correspondiente latina debe ser *manes*) griego *menos*: godo *mund*: inglés *mind*: lituano *mintis*: castellano é italiano *mente*: así como del sánserito *mananan* (pensamiento); griego *menoine* (deseo vehemente, ansia, pasión de ánimo): alemán *meiunnk*, *meunik*; ruso *miiente*; sánserito *malis* (inteligencia): griego *metia* (prudencia, sabiduría): sánserito *maidhas* (sentimiento): godo *medos* (consejo, razón): godo *muds*: inglés *mood*: alemán *multi*: lituano *mislis*: ruso *muysl*, etc., á las que pueden agregarse las latinas *memor*, *memoria*, *memini*, etc.

Ahora bien, el espíritu *men* se va y escapa *meare*: pero las almas *manes* quedan *manere* en la tierra para guardar los sepuleros: la mentira sutil, penetra en el cerebro del engañado, *mentiri*: el ojo penetra en el espacio *mirari*; y mide las distancias *metiri*: griego *metrein*: godo *mitan*: sueco *mita*: alemán *messen*: italiano *misurare*: francés *mesurer*: sánserito *ma* (medir): *matran* (medidas): griego *metron*: vascuence *neurri*=*meurri*.

El tiempo se *mide* por las revoluciones periódicas de la luna y en virtud de esta circunstancia el intervalo que, *media* entre una y otra revolución, ó sea el período lunar se llamará *Mensis* y á la presencia y aparición de esta voz nueva desaparecerá la vieja euskara *illi-a* (el mes) que un día formara los nombres *quinti-ilis*, *sesti-ilis*, *apri-ilis*, en las que aparece fosilizado así como en *illunis*, *i-luna=luna*: y como en latin apareció *mensis* aparecerán en sus hermanas arianas las sanscritas *mas* (luna): *masas* (mes): las griegas *men*, *menos* (mes): *mene* (la luna): la goda *mena*, *Mechnoths*: aleman *Mossd*, *Monach*: inglés *Moon*, *Month*: lituano *Menu*: gaelico *mias*: kimry *mis*: ruso *micsiac* etc.; mas el lingüista que desconoce su origen deberá satisfacerse con repetir las palabras de Ciceron *mesura*, *qui*, *quia*, *mensa*, *spatia conficiunt menses nominalitur*.

Unida la misma *m*, con la sutil y penetrante *i*, forma el monosilabo *mi* onomatopeya de todo lo que siendo blando y móvil, es á la par sutil, agudo y penetrante. Ejemplo: *Miñ* (lengua), el órgano de la palabra espiritual, sutil, aguda y penetrante: *Miñ* (dolor, sutil á su vez, penetrante y agudo), y el origen sin duda de las voces latinas *miser*, *miseria*, etc., *miñ* (picante): *miá* (veta mineral ó el filón lineal como lo indica su nombre, y siempre demasiado delgado para el codicioso minero; origen de la castellana *miña*: francés *mine*: italiano *miña*: irlandes *minn*: gaelico *meiu*, *meium*, *meijm*: kimry *meon*: latin *mina*: perdió su primitivo signado en el momento en que la moneda de aparición posterior se llamó así, por la materia de que estaba hecha; mas antes engendró las voces *mineralia*, *minium*, *metallum*, *minare*, etc., que atestiguan su existencia anterior y su primitivo signado, *mintza* la telilla ó telicula que recubre las capas membranosas y las separa: latin *Membrana*. Los derivados de esta onomatopeya se confunden con los de la anterior *me* por la mucha analogía que tienen entre sí: *miar-tu* refiriéndose al número de las cosas, disminuir

hasta reducir las casi á la nada; refiriéndose á la comida, concluir con la última *migaja*: de *miatz* (raro, ralo y distancia): latin *mica*, *micula*, *micarc*: castellano *miaja*, *miga*=*migaja*, etc.

Unida á la *o* que es una *a* alta, elevada, redondeada y sostenida sobre la *n*, engendró el monosilabo *mo*, onomatopeya y la voz imitativa de todo aquello que despertando en nosotros la reminiscencia de algo blando y depresible ofrece en virtud de estas condiciones, prominencias y abultamientos semejantes á aquel que formamos con nuestros labios al profírlo.

Ejemplo: *mots* (romo, poco aguzado) y en el órden intelectual corto de entendimiento: *mokor* (nalgas), parte prominente de nuestro cuerpo, *mozú* ó *missu* (el rostro, la cara y el beso de boca á boca), llámase así el rostro porque en él se estampan los besos y alude á la prominencia que forman nuestros labios. Véase, dice Artarloo, si estas voces dieron origen al moulot de los malayos: al *moh* de los indostanos: al *munths* de los godos: al *mud* de los anglo-sajones: al *mund* de los francoteotisticos: al *mund* de los dinamarqueses: al *munu* de los suecos: al *mouth* de los ingleses: al *mond* de los belgas: al *munca* de los nacarenos: al *munzahel* de los marastas: al *mannar* de los islandeses: al *mont* de los flamencos: al *mond* de los holandeses: al *mund* de los alemanes: al *mú* de los hótenotes. Lo cierto es, añade, que todos estos idiomas llaman á la boca con los nombres citados.

¿Y de dónde vienen, continúa nuestro paisanó, el *mosso* de los italianos: el *mestache*, *mestachiata*, *mosso*, *mordero* de los mismos, el *mordeo* latino: el *mordet*, *mestache* de los castellanos: el *mazmor* (máscara) del griego, *mosmo* muger de cara redonda de los mismos; si no vienen del euskaro *mosu*, *masu* (beso y rostro).

¿Y de dónde vienen, añadimos á nuestra vez, el griego *Mimas*: la latina *Mimar*: la castellana *Mime*: la francesa *Mime* y sus derivadas y congeneres?

¿Y si el hocico se llama en nuestra lengua *Mutur* de *mu* (beso y el rostro en que se estampa) y el moco *Muki* y el *Mocoso*, *Mukitsu*, de dónde pueden venir las voces castellanas *Moco*, *Mocoso*, la francesa *Mochure*: la griega *Mukter* (nariz) y la sanscrita *Muc* (espeler: soplando), malamente considerada como la matriz de las anteriores, cuando es lo cierto que ningún indiano ha podido alcanzar la razón de su signado. ¿Y de dónde pueden proceder la castellana *Mueca*, las francesas *Moguer*, *Mogueric*: la inglesa *to-mok*: la kimry *Mociaw*, *Moc*: galeico *Mac*, etc.? Prosigamos.

Unida la misma *m* á la hueca *n* onomatopeya del espacio, forma el monosílabo *mu* en cuya prolación nuestros lábios fuertemente proyectados hacia adelante forman una prominencia semejante á la que forman ciertas colinas y montes por lo que dicho monosílabo es la onomatopeya y la voz imitativa de todo aquello que despierta en nuestra mente la reminiscencia de algo que siendo blando forma prominencias y elevaciones semejantes á las que forman nuestros lábios en su prolación, cual sucede con las colinas y los montes al elevarse sobre la superficie de la tierra ó sobre los valles en que descansan.

Pero *mu* es también la mímica del mudo y de quien no sabe hablar, y de él derivó el éuskaro el nombre verbal *mu-tu* (mudo, y lit. hacer *mu*): sánscrito *mu* (ligar), *muka*, *mutas* (nudo, ligadura, esto es, lengua ligada): italiano *nudo*: francés antiguo *mis*: moderno *muet*; los latinos *musso*, *musilo*, *murmuror* y los similares de sus hijas la castellana *murmurar*, *musilar*, etc. Del mismo *mu=nu* (lengua ligada) pudieron nacer las latinas *nudus*, *nudare*: las castellanas *nudo*, *anudar*: aun cuando nos parece preferible asimilarlas á *nuplia*, *nuptare*, que reconocen otro origen, cual así lo veremos en su lugar. De él derivó también el vasconco *muu*, *muu-a*, (el beso respetuoso, el que se da á las reliquias), etc.

Este monosílabo figura mucho en nuestra toponimia lo mismo que el *ma*, de que nos hemos ocupado, pero así como este último designa las depresiones, hundimientos, derrumbaderos, tierras bajas, riverañas, llanuras, mesetas, etc., así el *mu* designa los collados, las prominencias, las moles de las montañas, los montes abruptos, etc.

Así vemos que unida al monosílabo *ga*, forma la voz *muga*, con la que designamos cada uno de los escalones sobrepuestos de que están formados muchos de nuestros montes, escalones que nuestro laborioso labrador cubre de mieses causando el pasmo de las personas extrañas al país que no aciertan á comprender cómo la mano del hombre puede laborar tales precipicios. De aquí los nombres de *Mugartza*, *Mugartegui*, *Muguritza*, *Múgica*, etc., que llevan las caserías levantadas en tales lugares, y en esta Villa tenemos una de ellas á la vista de quien quiera comprobar nuestro aserto.

Unida á la *oss* forma el monosílabo *mus* que designa los montes que se levantan en forma de una mole ó de cono truncado, y en la misma Villa tenemos una calle muy pendiente, adosada á uno de estos montes y la cual se llama por esta razón *musati* y también *musatadi* ó *musatay*: y este mismo signado tiene en los nombres toponimicos *Muskiz*, *Mus-ibar*, *Muzakola*, *Muzillo*, *Muekurrucho*, *Muzika*, etc.

Unida á la delicada y suave *n*, forma el monosílabo *mun* con el cual se designaron promontorios y colinas mas suaves, cual así lo demostrará el estudio de los lugares y caserías que fueron designados, sabe Dios cuando, con los nombres *Muniola*, *Munandi*, *Munikola*, *munibe*, *Garamuño*, *munúa*, *Una-munka*, situados no lejos de este pueblo y de los cuales me consta que ocupan una situación muy adecuada á los nombres que llevan: en el mismo caso se encuentran *Muñogorri*, *Munudu*, *Munihar*, *Munarriz*, *Mungia*, *Muñoa*, *Muniain*, *Muñoz*, etc., á las que

debemos agregar la famosa *Munda*, en que Cesar peleó por su vida, con los muchísimos nombres de pueblos y lugares ibero vascongados á que sirve de radical.

Unida con la *r*, onomatopeya de las roturas y del movimiento de que se acompañan, forma el monosilabo *mur* con el cual ha designado el pueblo vascongado las montañas abruptas que se levantan á manera de muro cual así lo prueban aquellas que se designan con el nombre de *mur* y de las que hay algunas en las inmediaciones de este pueblo y lo prueban tambien los numerosos apellidos y lugares conocidos con los nombres de *mur*, *murua*, *murube*, *muruzabal*, *murumendi*, *murgoitio*, *murucia*, *murrieta*, *murga*, *murgia*, *murubarren*, á los cuales hay que añadir la antiquísima *murgü*, y muchísimos nombres ibero vascongados á los que sirve de radical.

Roque Barcia, en su Diccionario etimológico ocupándose de la voz *mur*, dice lo siguiente: «Mur es una cordillera de pizarras que se levanta del monte á manera de muro, la cual dió al puerto el nombre de *Muradal*» y más adelante dice el mismo: «La expresión Mur de las Navas, se encuentra en el texto siguiente:—Como ganó D. Alonso á Castro Ferrat, donde subieron al *Mur de las Navas* (desde donde subieron)».

Ahora bien, de *mun* (promontorio, colina), derivó el euskaro el nombre verbal *mundi-tu* ó *muni-tu* y con este nombre designó nuestro pueblo los depósitos de aguas de los molinos, aludiendo á la colina artificial que forman sus paredes sobre todo en los grandes saltos. A veinte pasos del sitio en que escribo hay uno de estos depósitos perteneciente á un antiquísimo molino que se conoce con el nombre de *munditua*, por la razón dicha: decimos tambien *montoi* (monton), y *montui-to* (amontonar), y en Vizcaya hay un pueblo llamado *Munit-ibar* ó *Mundit-ibar*, tomado de un molino ó vieja ferrería que se llamó así por su depósito de aguas

munditu ó *munitu*; y el cual dió su nombre á la ribera *ibar* en que se halla situado.

El latin á su vez derivó el verbo *muni-tu-m* del que nació su infinitivo actual *muni-re* (fortificar, esto es, construir muros ó colinas artificiales) y como los edificios públicos ó palacios construidos por los particulares y magnates tienen cierta semejanza con los collados ó promontorios fueron designados con el nombre *mun-us*; al paso que las murallas y fortificaciones se llamaron *muni-a*, variación fonética del primitivo *mun-ia mun-a*, con el que designamos nosotros los promontorios de nuestros montes: *mun*, *munian* (en lo mas alto del collado, monte ó promontorio). Y como los edificios públicos, repetimos, hermosaban las ciudades y eran además la obra de los municipios y de los magnates, surgieron los nombres *munus* (don, presente, regalo, empleo, cargo, oficio, edificio público, fiesta que dá alguno), *munitor*, *municipium*, *munifex*, *munificentia*, *munia*. Entienda pues el lingüista que el adjetivo *mundus*, *a*, *um*, (limpio, aseado, elegante, exquisito), alude á la hermosura, elegancia y armonía de aquellos edificios: mientras que el sustantivo *mundus*, *i*, (mundo), lo mismo que el *orbi*, *orbis*, y el griego *kos-mos*, de que nos hemos ocupado, aluden á la prominencia real ó supuesta que forma la tierra al encajarse en la bóveda celeste y de la cual dá una idea la expresión en *alta mar*, cual si este elemento á medida que se interna, fuera elevándose hasta tocar en los cielos que es tambien lo que sucede con los montes.

De *mur*, se han formado en el vascuence el verbo *murutu* ó *murrutu* (amurarlar) y el nombre verbal *murtua* ó *murdoa* (monton, y por extensión de signado, racimo): latin *murus*, *muratu*, *m*, etc.

Y como los muros y fortificaciones son lo mismo en los pueblos que en los estados sus naturales fronteras, sus confines y linderos, cual así lo prueban entre otras cosas, las grandes fortificaciones que los romanos

levantaron en sus fronteras para preservar su vasto imperio de las invasiones de los bárbaros que le asediaban, sucedió que la voz euskara *muga, muna*, adquirió el signado de *confín*, límite ó linderó; y de ella derivó las voces *mugarri* y *munarri* con las que se conocen los *mojones* de piedra que hoy señalan los límites de nuestros municipios y propiedades, los cuales son llamados así por la materia piedra *arri* de que se construyen: las castellanas *muga, mojon* reconocen el mismo origen.

De las consonantes P, B.

Estas dos labiales lo mismo que su matriz *m* de que nos hemos ocupado, son las onomatopeyas del primer tiempo de la succión, y deben á este origen común sus muchas analogías y afinidades; pero se diferencian entre sí en que la *m*, es la onomatopeya de dicho primer tiempo en los primeros días que siguen al nacimiento del niño, esto es, cuando dicho acto es ejecutado con brusquedad y torpeza, mientras que la *p* y la *b* son las onomatopeyas del mismo tiempo en los periodos subsiguientes, y cuando el niño ha aprendido á coordinar los movimientos que ejecuta en dicho acto.

Repárese en prueba de ello que para proferir la *m*, hundimos nuestros lábios al comprimirlos entre sí, y el uno contra el otro, cual el recién nacido hunde los suyos en el pecho de su madre, y emitimos el sonido un momento antes de separar aquellos órganos, de modo que parte del aliento espirado se vé obligado á salir por la nariz lo que da á esta consonante el caracter nasal que le distingue de sus compañeras.

Por el contrario para proferir la *p*, comprimimos nuestros lábios entre sí, y el uno contra el otro, pero sin producir hundimiento, y emitimos el sonido al par mismo que abrimos nuestra boca, y separamos nuestros lábios, de que se infiere que la *p*, no es otra cosa que una *m* modificada que al vigorizarse perdió su nasalidad.

Por último para proferir la *b*, aplicamos el lábio superior sobre el inferior pero sin comprimirlos apenas, y emitimos el sonido al par ó un momento despues de separar dichos órganos, y de abrir nuestra boca, pero imprimiendo á la mandíbula inferior un marcado movimiento de descenso de que participa el aliento espirado, lo que hace que este sonido se produzca en lo mas bajo de la boca. Estas diferencias hállanse pues, intimamente enlazadas con las modificaciones que sufre el acto de la succión, á medida que crece el niño, y corren parejas con la gravedad de los corizas, que es mayor en el recién nacido, por la imposibilidad en que se halla de respirar por la boca durante la succión, y menor en las edades subsiguientes porque el niño ha aprendido, sino á vencer, por lo menos á trampear aquellas dificultades.

De todo lo expuesto parece deducirse que los gritos *p* y *b*, se señalan y marcan en la primera infancia lo mismo que su matriz *m*, aun cuando no puedan ser reconstruidos hasta la segunda infancia, esto es, hasta que el niño ha llegado á conocer el valor de los sonidos que emite, á distinguir los alimentos de que se nutre, á querer á su madre y á conocer su cariño, y nos afirmamos en esta opinión al considerar

Que así como la *m*, sin dejar de ser la onomatopeya del primer tiempo de la succión, es á la par en dicha segunda infancia, la onomatopeya de la sorbición de toda clase de líquidos, agua, caldo, leche, etc., y el grito con que se los pide á su madre; así tambien las consonantes *p* y *b*, sin dejar de ser las onomatopeyas del primer tiempo de la succión, son á la par las onomatopeyas de los primeros alimentos de que se nutre el niño, y el grito con que se los pide á su madre; con la diferencia de que la *p*, es la onomatopia de aquellas sustancias semilíquidas y glutinosas, como las papillas; y la *b*, de las sólidas y blandas como el pan, que se suceden á las primeras. Pasemos pues á esta demostración comenzando por la *p*, y

suplicando al lector que supla nuestras deficiencias con su propia observación, puesto que tratamos de hechos que están al alcance de todos.

Para la masticación de sus primeras papillas adelanta el niño la punta de su lengua y la interpone entre sus labios de modo que el suelo de su boca forma un plano horizontal y continuo que se estiende desde dichos órganos hasta su garganta, y en esta disposición abre su boca, abraza con los labios y la punta de su lengua la sustancia alimenticia y la comprime entre aquellos órganos, aplica á la par el plano que forma el dorso de su lengua contra el cielo del paladar y comprimiendo y estrujando la misma sustancia entre ambas superficies ó planos, la obliga por una serie de presiones á correrse hacia la garganta; y una vez conseguido su objeto abre la boca separando el suelo de la misma de la bóveda del paladar á que antes estaba apegada. Pues bien, en el momento preciso en que abre su boca y se efectúa esta separación, siente el niño el grito *p*, producido por el encuentro y separación de los dos planos citados, como lo sentiremos nosotros mismos si queremos reproducir los mismos movimientos.

Así es que siempre que el niño apetece dichos manjares emite el sonido *p*, que sintió al masticarlos y con este sonido designa el alimento apetecido y se lo pide á su madre. Y como el grito con que pedimos una cosa dada y bien determinada es de hecho el nombre de la cosa pedida, he aqui que dicha consonante pastosa *p*, llegó á ser en la lengua naciente la onomatopeya y el nombre de aquellos primeros alimentos semilíquidos y glutinosos, cual la líquida *m* llegó á ser la onomatopeya y el nombre de los alimentos líquidos; y así como esta consonante continúa hoy siendo la radical de que se forma el nombre del agua, en muchísimas lenguas; así tambien la *p*, continúa siendo la radical de que se halla formado el nombre de los alimentos glutinosos semilíquidos y pastosos en la universalidad de las lenguas habladas y hoy conocidas.

Consúltense en prueba de ello las voces euskaras *popa papa*: las castellanas *popas, papas, papillas, pan, panalca, pasta, pastilla, pastel, pasto, pábulo*; las latinas *panis, pappa, pasta*; la griega *pasta*: sánscrito *pa* (alimentar), *pi* (beber), *putis, pitas* (bebida), *patran* (jarro, botella), euskara *pilara* (trago, traguito), *pichar* (jarro), griego *pinein* (beber), *po* (yo bebo), *posis* (acción de beber), *poter, poterion* (copa para beber), latin *potare, potus, bibere*, antes *pipere, palera, palena, pascitare, pascere*; castellano *pichel, potar, potacion, pote, pastar*, etc.

Y siendo el padre el encargado de proveer al sustento de su familia sucedió que fué llamado *pa, apa, ba, aba, fa*, con la onomatopeya de los alimentos por él suministrados, por aquellas relaciones de causalidad en cuya virtud la acción y el agente, el poseedor y la cosa poseida se unen y compeñeran en la mente humana, y mas aun en su lenguaje, cual así lo prueban los siguientes párrafos que extractamos de los discursos filosóficos de Astarloa.

«Pero ninguna de las articulaciones del hombre niño, dice nuestro paisano, es tan generalmente usada por las naciones para dar á entender al padre como la *pa*, especialmente doblada, esto es, *papa*. Los franceses sin embargo de tener su *perre*, hacen y han hecho mucho uso de *papa*, y los españoles han entrado en mirarla como una voz mas cortés, mas política que la de *padre*. Esta última palabra no se oye ya en las casas grandes. En el palacio real corre ya con estimación el *papa*; de aquí pasó á los grandes; de estos á los medianos, y hoy en la corte no hay cosa más común que el uso de esta palabra. La lengua griega y latina usaron de la voz *papa* con los obispos: pero actualmente solo damos á conocer con ella al Romano Pontífice.» He aquí ahora los idiomas que formaron el nombre de padre valiéndose de la articulación *pa*,

Caribe, omagua, tamanaca, taiti, mobina, mainas *papa*: maipure *pr*:

turca *peder*: persica, bolonesa, islandesa, *pader*: griega *pateras*: transilvánica *poater*: siciliana *patri*: genovesa *po*: sarda, veneciana *pare*: peguana *passen*: portuguesa, gallega; *pai*: lule, china, *pe*: marasta *pit, pile*: quiriri *padru*: canarina *pila*: española *padre*: griega, latina *pater*: sanscruatónica, gurazata, acarnagario, devangar *pila*: betica *pab*: barbana *patir* leodicea *pccr*: francesa *perre*, singala *pila*; chiquita *ipagui, ipapa*. Hay varios idiomas que mudan la expresada *p* en su afin *b*. Tales son:

Indostana, canarina, marasta, betia *bap*: caldea, tartara, turca, madagascara, shildica *baba*; betoy *babi, babb*; sarda *babbu*; otentona *bo*; indostana *bab*; saliva, canarina, shoriataica *babba*; canarina *bapa*. Otras naciones mudan la expresada *b*, en su afin *f*, como las siguientes:

Islandesa, dinamarquesa, inglesa, anglo-sajona, sueca *father*: francoteutistica *falter*: dalecarlisa *falla, faduar*: mandinga *fab, fav*; orcadica *favor*; hindolopesa *fcer*. Hay otros idiomas que se valen para dar nombre al padre, de la inocente articulación del niño *ab*, y son las siguientes:

Tunebi, abisina, caldea, turca *abba*; árabe *ab*; etiopica *abbi, abbat*; otomica, árabe *aba*; melindana (íd.): hebrea *abh, aba*; siríaca *abo, abot*: rabínica *ab*.

La lengua birmana y la malabara, mudando la *b* de *ab*, en su afin *p*, llaman la primera *apa* y la segunda *appcu*. Hay otros idiomas que hacen uso para este efecto de las articulaciones *cha, chc, chi*, (mas estas son variedades de *tsa, tse, tsi*, y reconocen otro origen y deben asimilarse al *ta, te, ti*). Los araucanos llaman al padre *chao=tsao=tao*: los tonquineses *cha=tsa=ta*: y los japoneses *chichi=tsitsi=titi*.

La voz *aba* designa en el euskara las personas que hacen el oficio de padres, como se vé en *oz-aba* (tio), y lit. completamente padre: *oz, oso* completamente y *aba* padre: *az-abah* (los antepasados), y lit. los padres lejanos ó de atrás: (lejanía y en cronología los tiempos remotos ó de atrás):

ugar-aba (el amo) y lit. el padre mantenedor y el de la superabundancia, *ugar* (copiosidad, superabundancia, el pecho de la madre): es una variación fonética de *ugar* (superabundancia, copiosidad), de que se formó el *uber*, is latino de igual signado. El latin tiene su *abbas*, el castellano *abad* etc., y el euskaro su *apaiza*, y *abadia*; mas aun cuando estas dos últimas voces hayan sido tomadas del latin no sucede lo mismo con las anteriores *azaba* y *ezaba*, ni tampoco con *aia-iaik* (parientes), que existian en nuestra lengua antes de que naciera el latin, á la manera misma que la voz *tutor* existia en el latin antes de que naciera el castellano: *ad, aia*, es una variación fonética de *ab, aia*.

No obstante lo numeroso de esta lista que puedo duplicarse con mucha facilidad, es lo cierto que *pa* no es la onomatopeya natural del padre ni ha sido tampoco su nombre primero en la lengua, cual asi hemos visto en el capitulo precedente probando hasta la evidencia que el monosilabo *ta*, es la onomatopeya del instinto paternal, esto es, de aquel sentimiento instintivo que le impele á la procreación de la familia y á su conservación, y en cuya virtud el hombre se hizo padre.

¿A qué se debe pues, podemos preguntar, la desaparición de esta primitiva onomatopeya en las lenguas arriba citadas entre las que figuran las arianas? A que la renovación de la vida por medio de la muerte que es ley de la naturaleza creada, es tambien la ley del lenguaje, y en virtud de esta ley el primitivo nombre del padre *ta*, desapareció una vez que hubo cumplido su destino para que nacieran viables aquellos otros nombres á quienes habia dado su ser y su vida: tales son entre otros; el *theos* griego: el escandinavo *tio*: el sánscrito *Dians=taius*: el latino *Deus=teos*, que no podian admitir competencia; y á los cuales hay que agregar el griego *theios*: sánscritos *tatas, tatagas*, latin *tutor*: castellano *tutor, tio*, etc., engendrados todos por dicho monosilabo.

¿Y por que en todas ellas invariablemente fué sustituido el *ta* por el *pa*? Porque en la lucha por la existencia que trabaja la vida del hombre desde que este perdió el paraíso terrenal, el pan que sirve de sustento á la familia humana ha sido y ha tenido que ser ganado por el hombre con el sudor de su rostro, y á costa de mil trabajos, penalidades y riesgos; y es claro que el pan así ganado contribuyó y debió contribuir no solo á afianzar y estrechar los lazos de cariño que unen á los padres entre sí, y á estos con sus hijos, sino que despertó y debió despertar además en el corazón de la madre un vivísimo sentimiento de gratitud y de reconocimiento hacia la persona á quien se reconocia deudora de la vida y posesión de su idolatrado hijo, y de todo cuanto constituia su felicidad. De aquí nació, y debió nacer en ella, el vehemente deseo de inculcar en el corazón de su hijo el mismo acendrado cariño que ella profesaba á su padre, y como la madre es la institutriz primera de su hijo, la que educa su corazón y esclarece su inteligencia, no tardó en hacer comprender á éste, que aquel manjar *pa* de que tanto gustaba no se lo debía á ella, pobre y débil muger, sino á su padre varón fuerte que movido por el amor que les profesaba, corria toda clase de peligros para atender á su subsistencia y seguridad.

Y como en la mente del niño la noción del alimento y la de la persona que lo posee y se lo da, se compenetran y confunden y son como una sola y una misma cosa no tardó el niño, merced á la maña que se dió su madre, en llamar al padre *papa*, con el grito mismo del alimento con que le regalaba. Tal es la razón de su universalidad sin que esto se oponga en nada á nuestra doctrina puesto que tan natural es llamar á Dios *theos*, esto es, padre, como llamar al padre *papa*, esto es, el que sustenta la familia. Aun á trueque de ser molestos, debemos añadir, que una circunstancia de que no nos hubieramos hecho cargo sino poseyeramos nuestra nativa

lengua, favoreció y debió favorecer el empeño de la madre en este punto.

En efecto, nuestros niños que se distinguen cual ninguno por la pureza de sus gritos, se sirven del monosílabo *pa, afa*, cuando quieren ser sacados à paseo y correr por el campo, y las madres y demás personas que cuidan de ellos hacen el mismo uso de dicho grito, y se valen de él, cuando à su vez, quieren sacar à los niños de paseo y al campo, y como el padre trabaja en el campo, y vive en él, dedicado à ganar el sustento de su familia, y como la madre, aunque ocupada en los quehaceres domésticos, se vé obligada à unirse con su compañero muy à menudo, sea para llevarle la comida, ó por otras causas, se comprende las muchísimas veces que se habrá valido de aquel grito *pa, afa*, cuando ha querido llevarse consigo à su hijo à recibir las caricias de su padre, logrando de este modo enlazar en el monosílabo *pa, afa*, la noción del paseo y del campo, con la del padre que en él le espera.

¿Pero este grito peculiar à nuestros niños, y desconocido para los demás, tiene su razón de ser en la onomatopeya *pa, afa*, de que nos ocupamos, ó pertenece por el contrario al número de aquellas voces enseñadas que desnaturalizan el lenguaje del niño apenas éste comienza à balbucear sus primeras palabras? He aquí lo que vamos à averiguar para enlazar en este humilde grito de nuestros inocentes niños una muchedumbre de voces arias cuyos orígenes quisiera hallar el lingüista sin poder lograrlo.

El grito *pa*, no es únicamente la onomatopeya de los alimentos arriba citados, sino que à la par, es también la onomatopeya de las impresiones que recibe el niño en su masticación, y como entre estas impresiones figura como primera y principal la de una sustancia blanda, pegajosa, que se extiende, se ensancha y se espacia, à medida que avanza al interior por encima del plano que forma el suelo de la boca, resulta que dicha consonante es la onomatopeya de todo aquello que despierta en el niño la

reminiscencia de aquella impresión, esto es, de algo que se extiende, se ensancha y se espacia, que es precisamente lo que desea el niño cuando quiere pasearse.

Pues bien, en este grito expresivo de algo que se extiende, se ensancha y se espacia, han tenido su origen y se han vivificado las voces siguientes: de todas las cuales nos dice el indianista que envuelven la idea de algo que avanza: sanscrito *par* (avanzar, estenderse, mover): *para* (en frente): euskaro *pare* (id.) *parc, parian* (en frente muy enfrente): *pal* (pasar): *palat* (pasado): *pari* (al rededor): *paran paraina* (mas alla): *paramas* (límite): *parut* (el año pasado): *paras, pura* (antiguamente): *pul, pulas*, (vasto): *prath, prithu* (estar entendido): *prath* (desplegar): *prathac* (separadamente): *prathus* (estendido): *pat* (ir): *patha* (camino): *pur* (mover, avanzar): *pra* (adelante): *prathar* (con ansiedad): *prati, pralama* (primero): *pad* (agitar, mover): griego *peri* (en torno): *para* (junto): *pro* (adelante): *protos* (primero): *pathcin* (andar): *peris* (de todas partes): *pera, peran* (más allá): *paros* (antes): *purusi* (en el año pasado): *parasis* (pasaje): *paraiso* (pasar à otro lado): *pelannymi* (estender): *perao* (yo atravieso): *pelrcin* (llevar): *planos* (errante): *planetes* (planeta): *platys* (ancho, dilatado): *pleos, pleios* (pleno): latin *per, pre, pro, prior, ab, primitivus, palan, pandiculari, parere*, etc.

A fin de que el lector pueda apreciar mejor el origen onomatopéico de las voces aquí citadas y de otras que citaremos mas adelante, recordaremos los esfuerzos que llevamos realizados para demostrar «que cada sensación determina en el aliento espirado la producción de una forma ó figura geométrica, que es como la imagen y la copia fiel de otra semejante que el alma del hombre percibe en los entes ú objetos que originaron dicha sensación sin que para admitir este principio axiomático, sean un obstáculo las dificultades con que tropezamos y podemos tropezar en cada caso particular.»

En efecto hemos probado en otro lugar que en la prolación de la vocal *a*, grito fundamental humano y el grito de la vida, el aliento espirado adquiere su máximun de amplitud, de expansión, de fuerza y de sonoridad o extensión; y que esta vocal es la onomatopeya de cuanto despierta en nuestra mente la reminiscencia de aquellas cualidades inherentes á la materia universal, de que aquella es característica, y á la vida universal encarnada en aquella materia.

Que en la prolación de la *o*, la columna de aire que forma el aliento espirado se condensa y redondea dentro de la cavidad de nuestra boca y adquiere la forma ó figura ovalada, circular, esférica ó parabólica, y que esta vocal es la onomatopeya de todo lo que despierta en nuestra mente la reminiscencia de aquella figura geométrica, que es la misma que adquirió el universo creado al producirse en ella aquella primera nebulosa de que nacieron los mundos actuales. Y adviértase que esta misma forma revisten, el átomo que genera la materia, la molécula que genera los cuerpos, la célula que genera los tejidos, la simiente de que nace la planta, el óvulo de que nace el animal, el sol, la luna, las estrellas y demás astros del firmamento, la bóveda celeste, en una palabra todas las maravillas de la naturaleza.

En la prolación de la *u*, el aliento espirado se ahueca, se enrarece é inmoviliza dentro de la misma boca, para revestir de este modo el aspecto, la forma y las propiedades del espacio ó vacío, y la vocal *u*, es la onomatopeya del vacío ó espacio y de cuanto despierta en nuestra mente la reminiscencia de este fenómeno.

En la *i* el aliento espirado se atenua, se adelgaza y disminuye hasta revestir las mínimas proporciones de una línea sutil, aguda y penetrante, y esta vocal es la onomatopeya de la línea y de cuanto despierta en nuestra mente la reminiscencia de esta figura, etc. Véase en su lugar.

Si pues todo esto es cierto, cual así creemos haberlo demostrado de qué es, y de qué puede ser onomatopeya la consonante *p*, en cuya prolación el aliento espirado reviste la forma y la figura de un plano que se estiende, se ensancha y espacia á medida que avanza en el exterior. Indudablemente, decimos nosotros, la consonante *p* es, y debe de ser, la onomatopeya de todo lo que despierta en el hombre la reminiscencia de dicho plano, esto es, de algo que se estiende, se ensancha y se espacia bajo la forma de dicha figura geométrica que es precisamente lo que sucede con las voces arriba citadas y con las que aquí apuntamos.

Plano, planicie, llanura antes *plauina*, llano en vez de *plano, país, páramos, pampas, plana, pared, papel, paladar, palma, pala, panal, panca, plato, platea, playa, pátano, palo, espacio, esplendor, espejo, especie, pasco, partir, pasar, pasear, palpar, pandicular, página, paño, plaza*, etc., y sus similares las latinas *pagus, plana, pati, pandere, platca, pallium, planeta*, etc.

El vascuence tan plagado de voces exóticas tiene sin embargo algunas, cuyo origen y propiedad no pueden ser disputados, pero que pueden asimilarse á las anteriores. Tales son entre otras: *at-zaparra* (dedos que se estienden): *ata* (dedo): *parra* (estensor y estendido): *espala*, (la viruta): *apala* (aplanado): *zapa* (aplastado): radical del verbo *za-pal-du* (pisotear, comprimir y ensanchar comprimiendo): *zabal* (ancho), *zabaldu* (ensanchar): *espata* (espada), que según los latinos es de origen ibero: *lu-paria* (el corriente de tierras): *tur* (tierra): *alda-pa* (cuesta) *alda-paria* (id.): etc.

Ahora bien, cuando nuestros niños cansados de correr quieren sentarse, lo hacen profiriendo el mismo grito *pa, apa*, imitando el sonido que se produce en el choque ó encuentro de sus nalgas con la tierra, pero aun en este caso aquel vocablo entraña consigo la idea de extenderse y espaciarse, puesto que al sentarnos lo mismo que al acostarnos tendemos sobre

el suelo. De aquí nuestras voces *apa, aba* (descanso): *aba-un* (intervalo de descanso): *aba, apa*, en toponimia e. estribo ó pie sobre que descansan las montañas: *bara* (calma, quietud): *baratza* (perezoso, fido): *abia ó abija* (nido ó camada de animal) de donde las latinas *avis* (el ave), y *apis* (la abeja), llamados así por el sitio en que reposan y se crían: *abarka* (la abarca ó calzado) llamado así porque sobre esta prenda descansa nuestro cuerpo: latin *baxee: apo (pecuña)*, etc., y de aquí también las latinas *pausa, pausare, pax, pacare, pactum, par, parare, parcere* cuyas analogías son fáciles de apreciar para que nos entretengamos en su explicación puesto que la paz, el sosiego y la tranquilidad son el resultado de transacciones ó concesiones mutuas en las cuales ha de haber cierta *paridad*. El descanso es placentero y grato: latin *placere, placidus*, etc: vascuence: *poza* (alegría, placer).

Ultimamente, *pa, opa*, es la onomatopeya del beso cariñoso llamado por esta razón *pa, opa*, en el lenguaje infantil de nuestro pueblo y la onomatopeya además del sonido que se produce en este acto: así como en el encuentro de dos cuerpos que se chocan de plano cual sucede en el batir de las alas del pájaro, llamado por esta razón *paksa* en el sánscrito; y *passer* en el latín. Las madres éuskaras llaman *pla, pla* al azotar con la mano *pla-pla emongo-utzuraz* (os azotaré en el trasero) en vez de *emongodcutzudaz*. De aquí las voces latinas *plaga, plagare, plaudere*, la castellana *aplaudir*, etc.

Las vocales modifican el signado de esta consonante lo mismo que el de todas las demás; unida á la *i* lleva consigo la idea de penetración, de línea, etc., cual se ve en la voz *pipar*: latin *piper*: castellano *pimicula: pikia* (la pez): latin *piscis*: godo *fisks* por *pisks*: alemán *fisch*: inglés *fish*: kimry *pig*: italiano *pescce*, etc: *piku* (el pico) sánscrito *pice* (golpear, herir) *pika* (especie de buho aludiendo al pico): griego *spiza*: latin *picus* (ave): italiano *picco*, de montaña, *piccone* (pica, instrumento); francés y provenzal

pic: catalán *pich*: kimry *pig*: gaélico *pik*: bajo bretón *pik, pica*, etc.

Unida á la *O* llevará consigo la idea de la forma esférica, parabólica, redonda, etc., cual se ve en la voz éuskara *pocho* (redondito); *pocholu* (agujero redondo); y como en oposición á las figuras erizadas de ángulos, lo redondo, esférico y parabólico nos impresiona agradablemente, *polita* designará las cosas agradables y bonitas, *nezka polita* (linda muchacha); *polito, polito* (despacio, dulcemente, poco á poco, con cuidado); latin *polire* (alisar, pulir); castellano *pulir, pulido*, etc., y como las cosas bonitas y agradables valen mucho nacerán en el latín *pollere* (valer mucho); *pollicari* (ofrecer): *pollicitari* (ofrecer á menudo); *potis, posse* (poder); *potens*, etc., etc.; las castellanas *poder, potencia*, etc., etc. Las griegas *polein* (girar), *polos* (giro); latin *polus*; bajo latin *polegia, polea*, aparato que gira; italiano *polo, puleggia*; francés *polc, poulie*; inglés *pully*, etc. Yo no sé hasta donde llegaríamos por este camino y con un poco de cuidado, porque las analogías saltan á la vista, y es fácil sorprenderlas.

Unida la *p* á la hueca *u*, forma el monosílabo *pu*, onomatopeya del soplo. = Pua el hombre, si así podemos decir, cuando se ve atormentado por el ardiente dolor de una herida, dice nuestro Astarloa, cual si con el soplo quisiera mitigar el ardor y el dolor que produce. = El modo ordinario de acallar los niños cuando se quejan de alguna herida real ó figurada es el de puar ó soplar en aquella parte que señalasen los mismos, y de aquí vino la voz *pupa* del castellano, y *pupua* del vascuence, para dar á entender en las conversaciones pueriles las heridas. = De aquí también la voz *putza, putz*, con que designamos el soplo los vascongados, y de la que formamos el verbo *pus-tu ó putzitu* (inflar). De aquí nacieron también la voz castellana *pu*, con que se designa el excremento de los niños, y el *pedare* latino. ¿Y esto sabido adónde hallará el lingüista los orígenes de la voz también latina *puer*, si el niño así designado se ensucia en sus

pañales; y de la que han nacido tantas otras que al parecer ninguna relación tienen con la onomatopeya *pu*, cual sucede con *purca*, *purificar* etc., qua aluden á la inocencia del niño etc. ¿Y adónde hallaremos el origen de la voz castellana *pus*; latin *pus*, *puris*; griego *pyo pytho* (podrir) *pyon* (pus) etc., así como de *pula*, *putrido*, etc. Y si el dolor de la herida es *pungitivo* ¿adónde se hallará el origen de las voces *puar*, *puazar* y de sus muchas derivadas y similares, etc. Véase ahora lo que dice Zaborowski á este propósito.

—El sonido *pu* tiene igualmente un signado uniforme en las razas inferiores. A las viandas que huelen mal llaman los zulus *pu*. La lengua del Timor tiene su *poop* (putrido); la quichua *puh poh* (corrupción, pus); *pohir* (llegar á ser malo, mal criado); *pus* (pobredumbre); la lengua tupi *puxi* (sucio). Estas palabras pueden aproximarse á la latina *putridus*, á las francesas *puer*, *puant* etc. y la palabra *o-pun-pun* nombre del sonido que huele mal en los pueblos de la Colombia á los nombres semejantes de los animales: que huelen mal: la sánscrita *putihá* (perfume ingrato); la francesa *putois*. Nuestros niños, añade, dan al *pu* el mismo signado que el zulú y con él expresan su repugnancia á todo lo sucio y malo.

—Si reunimos las palabras que tienen el signado de soplar ó soplaré tendremos: para el patois poitevin *buffer*, de donde el francés *bouffec*; inglés *puffing* y *suffing*; el malayo *puput*; el tongan *buhi*; el maori *puapus*; el australiano *bobun*; el galla *bufa*; el zulu *futa*, *puapura*; quichua *puha*; fines *puhkiu*; el hebreo *puach*; el danés *puste*; el lituano *puciu*; el carabe *phonba*, etc.

He aquí, continúa diciendo, otras aplicaciones analógicas de la sílaba *pu* imitativa del soplo. En el australiano *pouyupuyu* significa *humo*; el quichua *puhucuni* (encender el fuego); *puquini* (inflar); *puyu puhuyu* (nube); maori *puka* (inflar); *puku* (jadar); zulú *pukú pukupu* (espuma), de

donde *puku-puku* (un individuo vacío, huero); *pu-puma* (hervir) etc. Cuánto no pudiera añadirse á lo que dice este lingüista sobre estas onomatopeyas.

Pasemos ahora á la *b*, tan afín á la *p*, que para su estudio podíamos remitir al lector á los párrafos anteriores cual así lo haríamos, si esta onomatopeya de la masticación de los alimentos sólidos y blandos, como el pan, los bollos, etc., no ofreciera ciertos rasgos característicos por los cuales se distingue de sus compañeras, y que á nosotros importa darlos á conocer.

En efecto, dijimos que en su prolación emitimos el sonido un momento antes ó al par mismo que separamos los labios, ligeramente comprimidos entre sí, y abrimos la boca, pero imprimiendo á la mandíbula inferior un marcado movimiento de descenso de que participa el aliento espirado, lo que hace que este sonido se produzca en lo más bajo de la boca.

Síguese de aquí que mientras que en la prolación de la *p*, el aliento espirado recorre el plano horizontal formado por el suelo de la boca, y sale al exterior para avanzar en la misma dirección: en la prolación de la *b*, el mismo aliento baja siguiendo la dirección de la mandíbula inferior y se pierde en lo más profundo de la boca, por cuya razón esta consonante es la onomatopeya de lo bajo, interior y profundo y de todo aquello que despierta en nuestra mente la reminiscencia de estas cualidades.

Consúltense en prueba de ello los vocabularios de las lenguas y se verá que en todas ellas los monosílabos *ba*, *be*, *bía*, designan lo bajo, lo interior y lo profundo. Comencemos por el vascuence: *be* (bajo) y con el artículo *beia* ó *bía* (el bajo): *bera* (abajo); *betik* (de abajo); *estal-pe* en vez de *estal-be* (bajo cubierta); *estal* (cubierta); *eche-pe* (bajo la casa), en vez de *eche-be*; *zeru-pe* (bajo el cielo); *biatza* (el dedo del pie), *bi*, *bía* (pie); *atz*, *atza*, (el dedo); de donde el sánscrito *padas*; el zend *padha*; griego *podos*; latin *pedes*; castellano *pie*; *or-be-la* (hoja caída); *orr-í* (hoja); *bé* (suelo); árabe

barr (tierra): la (apegado); *bela* (apegado al suelo); *bela-un* (la rodilla, y lit. lo que se pega al suelo); *bela*; y *un* (muy); *berna* (la *pierna*): *bezo* (brazo) suspendido ó colgado: latin *brachium*: *zu-ba*, *zobia* (el puente y lit. suspendido sobre el abismo, *ba*, *bia* (abismo); *baria* (la ballena, y lit. lo que se mete dentro; *ba* (bajo, dentro, profundo); *barren* (la parte mas baja, pero también la mas interna y profunda), de dónde las castellanas *barrena*, *barrenar*, etc., *barru* (dentro, interior), de dónde *barruntar*; *barrutik* (de adentro, del interior); *barruti* (cercado), de dónde *barrera*; *ibai* (rio); *i* (línea), *bá* (bajo, profundo); *ibarra* (la ribera), de dónde *vega*=*bega* y *riocra*=*ribera*. Griego *basys* (la planta del pie); *baó baino* (caminar); *Bathos* (profundidad); *balthis* (profundo); *barys* (peso); *baros* (gravedad), en vascuence *ber-un* (plomo) alude á su peso y á su gravedad; *baratron* (profundo), etc. Latin *basis*, *bassus*, *baxca*, *bajulus*, etc. Castellano *bajo*, *abajo*, *debajo*, á los que podemos unir el bajo breton *baz*; Kimry *bas*; Irlandés *bast* (poco profundo); *base*, *basamenta*, *bejar*, *barato*, *barrio*, (las poblaciones antiguas situadas en alturas, y muradas en general, se extendían por el llano ó la parte baja) *ba*, *arra-bal* tiene un signado aun mas expresivo, *arra* (extensión y en toponimia, campo), y *bal* (bajo); *arrabal* (población de abajo); *barro* porque se produce en el suelo *ba* (suelo); *barr* (tierra en árabe); *balsa*, *bacch*, etc., á las que podíamos añadir *baile*, *balneario*, en latin *balneum*; griego *balancion*; *bañar*, *bautismo*, *barco*, *bajel*, *bahia*, y tantas otras con sus derivadas y similares de las demás lenguas.

Los monosílabos citados *ba*, *be*, *bi*, tienen el mismo signado en nuestra toponimia cual se ve en los numerosos lugares y pueblos conocidos con los nombres de *Muni-bé*, *Muru-be* (bajo la colina); *Beitia* (la parte baja); *Aspeitia* (la parte baja del valle); *Has-parren* (en la parte mas baja del valle ó de la peña; *az* en composición denota unas veces valle *azu* y otras peña *atz*: *Barrengoia*, *Barrena*, *Barreneche*, *Aspe*, *Aspiacu*, *Barina*

(lo bajo y profundo), *Baranda*, *Barandiku*: *Bara-ibar*, (la ribera de abajo), *Ibarra* (la ribera), *Beotibar*, *Becoechea*, *Beaskoechea*, etc.

Ahora bien, lo bajo y profundo en los tiempos que fueron y en los fenómenos que pasaron, es el origen, la base y el principio primero de las cosas, y este principio reside en Dios; y lo profundo en los tiempos por venir es lo último y el fin postrero de las cosas y Dios es el principio y el fin de todas las cosas. Pues bien, atendiendo á este signado encarnado en el monosílabo *ba*, unió el pueblo euskaro este monosílabo á la consonante *f*, onomatopeya del padre, principio activo y principio generador, y derivó el monosílabo *bat* (uno), que en la lengua euskara vino á sustituir á la primitiva *i* onomatopeya de la unidad, que es el número, de que nacen y en que se resuelven todos los demás números, el principio y el fin de la numeración; mas esta sustitución no pudo tener lugar hasta el dia en que la primitiva unidad *i-ka* (uno), quedó inabilitada para desempeñar estas funciones.

El latin, hijo directo del euskara conoció sin duda este numeral euskaro que fué mas tarde sustituido por su *unus* (uno) que espresa la misma idea segun hemos visto en su lugar; mas estrañame que no haya dejado vestigios de su existencia á no ser que queramos hallarla en *prins*, *primus*: sánscrito *prathamá*; griego *protos*, etc., así como en el sánscrito *bandh* (amarrar, estrechar), *bandha* (ligadura); godo *bandi*; inglés *bond*: antiguo alemán *binden* (agarrar), etc., puesto que se pasa pronto de la idea de *unir juntar* á la de *uncir yugo*, y de ésta á amarrar, etc.

Y como el principio anterior á todo principio y posterior á todo fin subsiste siempre y perdurablemente, y *llena* todos los tiempos, el euskaro con el tino que le caracteriza derivó de aquel numeral *bat* el adverbio de tiempo *beti* (siempre) y el nombre verbal *betse* (llenar), como derivó también *bein* (una vez, en una ocasión), y sus derivados y variedades *bein edo*

bein (alguna vez); *behipin* ó *beñik-bein* (por lo menos): *beinkat* (á lo menos, siquiera); *beingoan* (de una vez, de golpe): *bein-batian* (en una ocasión): *beriala* (al momento); *berc beriala* (muy al momento, incontinenti): *bertan* (ahí mismo, al instante): *berbertan* (muy al instante, ahí mismísimo): *bera* (el mismo): *berbera* (el mismísimo): *berana* (del mismo): *berati* (al ó para el mismo): *bera* (suyo): *ber-ori* (vuestra merced, y lit. ese mismo), *ori* (ese): *bera* (el mismo): *beste* (otro): *bestia* (el otro): *beste-ori* (ese otro): *beste-aldia* (la otra parte): *beste-la* (de otro modo): *beste-rik* (otro): *bestela-horik* (otra cosa): *beste zimbeste* (otro tanto): *beste onbeste* (otro tanto): *bestarik* (otra cosa): *berdia bardin* (igual): *bardinac* (igualar): *balda* (si acaso): *batara* (á un tiempo): *batu* (reunir, hacer uno): *batzar* (reunión, junta), etc. He insistido en estos ejemplos para que el lector se entretenga en apreciar las transiciones porque ha pasado de la lengua para derivar del numeral *bat* todas estas voces.

Lo profundo è interior *ba*, es negro y oscuro, como las tinieblas de la noche; *balts* ó *belte* (negro); *matz balta* (uva negra); *balzita* ó *belzita* [enegercer]. De igual modo de *zu* [la blanca llama], derivó *zuri* [blanco]: *soñeko zuri* [vestido blanco]; *zuritu* [blanquear]; como de *ur* [agua], derivó *urdin* [azul verde]; *zeru urdin-a* [el azul del cielo]; y de *gar* [la roja llama, el encendido fuego], derivó *gorri* [encarnado, rojo]; *galda gorria* [calda al rojo], etc. De *Belts* nació sin duda el nombre de Belcebú, como de *Ba*, origen y principio primero, nació el nombre del Dios *Baal*.

La *B* se produce en lo mas bajo de la boca y esta parte está formada por la mandíbula inferior. Pues bien, la *Barba* se llamará así por el sitio *Barba* en que crece y siendo el distintivo del varón, nacerán de ella las voces *Baron*, *Baronia*. La latina *Bucca* y la castellana *Boca*, reconocen el mismo origen.

Por último, el monosílabo *Ba* unido á la vocal *i* en la forma *Bai* [si], es la partícula afirmativa euskara y parécenos oportuno investigar la razón

fisiológica de su signado, en atención á que se halla íntimamente enlazado con la mímica de la afirmación que por ser general y común á todas las razas y á todos los hombres, ha llamado seriamente la atención de distinguidos lingüistas, tales como Darwin hijo, Tylor, Wedgwood, Zaborowski, etc., según leo en la Glosología de D. Antonio Lacalle, escrita en francés, y en la cual atribuye al primero de estos autores Darwin, las páginas siguientes:

—Tenia la curiosidad de saber hasta qué punto los signos que empleamos de ordinario para indicar la afirmación y la negación se encuentran en las diversas partes del mundo. Estos signos son, hasta cierto punto expresivos de nuestros sentimientos; delante de nuestros niños inclinamos la cabeza de arriba abajo sonriéndonos, cuando aprobamos su conducta: sacudimos la cabeza lateralmente cuando la censuramos. En el niño, el primer acto de negación consiste en rehusar el alimento que se le ofrece, lo que hace separando lateralmente su semblante del seno ó de la cuchara en que se le ofrece un alimento cualquiera; si por el contrario acepta y recibe su alimento en la boca, inclina la cabeza hacia adelante. He hecho con mucha frecuencia estas observaciones sobre mis propios hijos y desde entonces he aprendido que los mismos hechos habian llamado la atención de Charma y le habian sugerido iguales conclusiones. Observamos que si el niño acepta y toma el alimento, se produce un movimiento único hácia adelante, y que la afirmación se expresa tambien por una simple inclinación de cabeza; si por el contrario rehusa el niño y sobre todo si se insiste, se le ve con frecuencia sacudir su cabeza repetidas veces de un lado al otro, lo que es exactamente el gesto mismo que hacemos nosotros en señal de negativa. La negativa se expresa tambien con frecuencia echando la cabeza hácia atrás y tambien cerrando violentamente la boca de modo que estos movimientos valen igualmente como signos de negación.—

Esta descripción aunque exacta en el fondo, carece de ciertos detalles que importa conocer, pues lo primero que hace el niño cuando se le ofrece un manjar que le agrada, es gustarlo de antemano lamiéndose al efecto sus lábios y juntándolos. En seguida adelanta su cabeza y abre la boca, cual la abre para la prolación de la *B*, esto es, imprimiendo á la mandíbula inferior un marcado movimiento de descenso, de modo que esta consonante *B* es el sonido que se marca y determina en dicho acto. Cuando el niño siente en su boca el deseado manjar, cierra esta cavidad y abate en seguida su cabeza hasta tocar muchas veces con su barba el pecho y de este modo expresa su satisfacción. De que se sigue que al movimiento de avance de la cabeza acompaña otro de inclinación de arriba abajo como puede cerciorarse quien quiera que en ello se fije.

El monosílabo *Ba* es pues la onomatopeya de la afirmación y el sonido que percibe el niño en este acto, y nada nos sorprende el que este monosílabo haya formado nuestra partícula afirmativa *Bai* dada la pureza sin igual de nuestra lengua. Paréceme además, que la vocal *i* es la onomatopeya de la línea que traza el ojo del niño al fijarse en el alimento que le ofrecen y en la distancia que salva para apoderarse de él. Indúceme á pensar así el que según los lingüistas citados existe una tendencia manifiesta en las más apartadas lenguas á emplear las vocales más ó menos fuertes para expresar el *si*.

En la Australia occidental se valen á este fin, nos dicen, de la *fa*; los Darianos de *a-ah*; los Clallams de *é*; Indios Tacamas de *e*; los Basutos de los kanuris de *ai*; En la Polinesia y la América meridional usan de *ai!* *e!* *in!* *ai!* *io!* *yal!* *cy!* etc. *hi!* *he!* *he-é!* *hu!* *hahah!* *ah-ah!*

Por el contrario, cuando se le ofrece al niño una medicina que le repugna, levanta la cabeza echándola más ó menos bruscamente hacia atrás y á uno de los lados, y si su repugnancia es extrema imprimirá

además á sus hombros y á todo su cuerpo movimientos laterales de izquierda á derecha y viceversa, tanto más estensos y violentos, cuanto mayores son su repugnancia y su indocilidad. Si apesar de esto insiste la madre en hacérselo tragar por fuerza introduciéndolo por entre los lábios, el niño cerrará la boca y apretará fuertemente los lábios y dientes para impedirlo, y en esta actitud imprimirá á su cabeza movimientos laterales, tanto más rápidos tambien y tanto más violentos cuanto mayor sea su repugnancia, á fin de rechazar y apartar de sí, la pócima que se le ofrece: y si en esta lucha, alguna de las partículas del medicamento se ha introducido en su boca, procurará espelerla sin abrir apenas esta cavidad ni separar sus dientes; y en este acto se producirá la sibilante *s*, *s/s*, *ss*, que hemos tenido ocasión de oír muchísimas veces. De que se sigue que la sibilante *z*, *ss*, *s/s* es la onomatopeya natural de la negativa y el sonido que se marca y determina en la mímica de este acto, y de ningun modo las nasales *m* y *n* cual así pretende M. Wedgwood que á este propósito se expresa del modo siguiente, según leo en la citada obra.

—M. Wedgwood hace notar sobre este punto (esto es, sobre la mímica de la negativa), que la actitud y el juego de los órganos vocales cuando los dientes y los labios están apretados y cerrados produce el sonido de las letras *n* y *m*: este hecho, añade, puede explicar el empleo de la partícula *ne* para expresar la negación y quizá tambien el del griego *me* con el mismo objeto.—

Mas este autor se equivocó por no reparar que en la prolación de la *n* la cavidad de la boca se cierra en la parte anterior del paladar y de ningun modo en los dientes, ni en los labios, y que en la prolación de la *m*, se cierra aquella cavidad, no en los dientes ni en el interior de la boca, sino en los labios; mientras que en la prolación de la sibilante *s*, *s/s*, *z*, se cierra toda la cavidad de la boca desde la garganta hasta los labios, cual

lo cierra el niño cuando rehusa el alimento que se le ofrece. Es cierto que la partícula negativa en la mayoría de las lenguas, aun las más apartadas, está formada por la consonante *n* y su afín *m*, como es cierto también que el nombre del padre está formado por voces derivadas del monosílabo *pa*; pero así como este monosílabo no es la onomatopeya del padre, sino de los alimentos de que se nutre el niño, y de la persona que los suministra, que en el orden natural es el padre, así también la consonante *n*, no es la onomatopeya de la negación ni el sonido que se produce en este acto, sino la onomatopeya del intransigente egoísmo que queriéndolo todo para sí, lo *niega* todo á los demás, como veremos en su lugar.

Conste pues que no es la *n* la que se produce en la actitud que adopta el niño al rehusar la amarga medicina que su madre quisiera hacérselo tragar á la fuerza, ni al repeler las partículas del medicamento que bien á su pesar ha logrado aquella deslizar por entre sus labios, sino la sibilante *s*, *shs*, *z*, que sí es la onomatopeya del silencio, es también la onomatopeya de la negación, y la misma de que se ha formado la partícula negativa *ez*, de nuestra purísima lengua, padre común de las lenguas caucásicas; y la radical, además, á que deben su signado las latinas *spuere*, *spulare*, la griega *ptuo*, las castellanas *escupir*, *espumar*, *espuición*, etc. He aquí porqué el latín empleó esta partícula antes de que surgieran sus antagonistas *non*, *ne*, *neque*, *nihilum*, cual así lo demuestra el signado que tiene el prefijo *ex-ec*, en las voces *exanugis*, *exanimis*, etc.

Pues bien, del mismo modo y por iguales razones ésta lengua empleó y debió emplear nuestra partícula afirmativa *bai* aun cuando no podamos hallar vestigios tan claros de su existencia á no considerar como tales *baba*, (interjección de aplauso y de aprobación) y *vero=bero* (sí, ciertamente) de que nacieran *verum*, *veritas*, etc.

Para concluir con la *b* que nos ha entretenido demasiado, añadiremos

que la partícula afirmativa *bai* juega papel importantísimo en la conjugación de nuestra lengua, dentro de la cual ejerce oficios de un verdadero auxiliar prefijada al verbo, como puede hacerse cargo de ello, todo el que se fije en que jamás dice el vascongado, por ejemplo: *mua* (me voy), sino *ba-mua* (sí me voy); ni *dua*. (se va), sino *ba-dua* (sí se va): los escritores franceses mas euskaros en esta parte que nosotros, emplean muchísimo este prefijo y discurriendo sobre este particular he llegado á creer que en tales construcciones, dicho prefijo responde á un acto de deferencia y equivale á decir con vuestro permiso y aprobación.

La risa franca, que en el hombre de la naturaleza se produce con la boca muy abierta, y como se produce la *b*, bien sea por esta circunstancia ó bien por los órganos que concurren á dicho acto y por su situación, ó por ambas cosas á la vez, se llama en el vascuence *barre*, *barria*. Pues bien, las noticias nuevas, bien sea por la aprobación y el aplauso con que se escuchan, ó bien por otra cosa, se llaman así mismo *barri*, *barria* y *berri*, *berria*, (nuevo, novedad, noticia): *berri onak dakazuz?* (trae V. buenas nuevas?); y de este *berri* deriva el vascuence las voces *berrichu* ó *barrichu* (hablador); *berriketa* ó *barriketa* (habladurías); *berba* (palabra, habla); *berbetan* (hablando); *berba emon* (dar, empeñar la palabra); *berbatu* (comprometerse de palabra, empeñarse). Vean ahora los indianistas adonde deben hallar el origen del *verbum* latino y quizá también de *for*, *fari*, *fablar*, y aun *parlar* y *palabra* del castellano: *bhas* sanscrito: *parabole*, *paho* del griego.

Los labios pendulos, la boca abierta y fluyendo de ella un líquido viscoso que llamamos *baba* son los caracteres del imbecil é idiota y también los del inteligente niño, embelesado en la contemplación de algo que le agrada y absorbe su atención, y estos mismos caracteres reviste la boca del niño en la prolación de la *b*. De aquí *baba*, *babosa*, *babear*, *baboso*, *ba-*

bador, badulaque, bobo, bobalicon, bolonio, etc., las latinas *babiger, babulus, baburrus, baro*, etc.

Y como aquella actitud coincide con la edad en que comienza el niño á proferir sus primeras voces y se acompaña además con los gritos *bá bá*, nacieron las voces imitativas *balbucir, balbucear, balbuciente*, las latinas *balbus, balbutire, barbarus, battologia*, con sus similares y derivadas de las demás lenguas arias: y como el niño en esta edad es el *embeleso* de los padres y la alegría de las casas, nacerán *bco, beare, beatus, bellus*, etc. Pero *ba* es también la onomatopeya del sonido que se produce en el encuentro de un cuerpo pesado que cae sobre otro: de donde el euskara *banatu* (sacudir, golpear, maltratar ó maltratarse); las latinas *batuere, battualbia*, las castellanas *batir, batalla*, etc., y *ba=pa* es la onomatopeya del *bco*, latin *bassium*, etc.

De la consonante T, matriz de las dentales.

Sabemos que esta consonante *T*, es la onomatopeya del segundo tiempo de la succión y la expresión en el niño, de una necesidad natural, el hambre, y últimamente el grito con el que el mismo niño pide de mamar á su madre, razón por la cual la glándula mamaria y el líquido su contenido fueron llamados en la naciente lengua *titi* con la onomatopeya del sonido que el niño percibe en dicho acto; y el grito mismo con el que pide de mamar á su madre. La lengua euskara llama también á dicha glándula y al líquido su contenido *titi*: la castellana *teta*: la francesa *tette*: la italiana *teta*: la galaica *teth*: la bretona *tez, teih*: la griega *téthé*: la sanscrita *dha=tha* (mamar), etc., que tienen su origen en dicha onomatopeya.

Esta consonante es también la onomatopeya del instinto paternal, esto es, de aquel sentimiento en cuya virtud el hombre se transforma en padre, razón por la cual fué llamado en la naciente lengua *ta, ata, aita*, y es llamado hoy mismo con este grito infantil mas ó menos modificado en muchísimas lenguas, cual así lo prueba la lista que extractada de Astarloa, copiamos en su lugar: y que ahora reproducimos completada con otra debida al mismo autor. Hela aquí.

La lengua vascongada llama al padre *aita* (que otros escribirían *atha*, con la *th* mojada del niño): la armenia *aix*: frisia *haita*: canarina *aiiu*: quichua *jaja*: tartara, turca *ata, ahta*: gótica *atta*: albanesa *aat*: jaentica *aibit*: fetuina *adja*: jarura *aja*: zamuca *jar*: epirota *ate, atti*: húngara *atiji*:

laponesa *atqui*: irlandesa *athar*: tarasca, grantámica, guarani *tata*: najerit *taja*: otomita *tah*: poconquí *tat*: céltica *tad*: libonesa *tabes*: bilela *tate*: moja *tataja*, *tata*: mejicana *talli*: quichua *taita*, *tata*: pima *ta*: balaca en sus dialectos *tatul*, *tatulu*, *tatel*, *tatak*: cornubia *tat*: Werula *tabes*: Warela *tad*, etc.

De aquí se extendió su uso para designar á las personas que por su sangre ó por la ley ejercen los oficios de padres y protectores de la familia cual sucede con las castellanas *Tío*, *Tutor*, *Tutela*: las francesas *Tante*, *Tuteur*, *Tutelle*: las italianas *Tutore*, *Tutella*: griega *Theios* (tio): sanscrito *Tay* (defender, honrar), *Tata* (matrona), *Tatos*, *Tatagus* (tio), etc. Y como Dios es el padre de todas las criaturas surgieron los nombres griegos *Theos*, *Zeus*: el sanscrito *Diaus*=*tiaus*: latin *Deus*=*tcus*: *Diana*=*Tiana*: el escandinavo *Tiu*: el chino *Thien*: los mogoles *Tengri*, *Tangli*, *Tangara*, etc., y otros muchos que no han podido ser descifrados hasta la fecha. no obstante los esfuerzos que para ello se han realizado. Consúltese en prueba de ello la notabilísima y erudita obra de Sanchez Calvo, Estudios Filológicos.—Los Nombres de los Dioses.

Sabemos tambien: 1.º, que el segundo tiempo de la succión de que *T* es onomatopeya, es el ACTIVO y constitutivo de esta función y que en este tiempo el niño juega un papel tambien ACTIVO; mientras que el primer tiempo de la misma función es el pasivo y preparatorio y que el niño en este tiempo juega á su vez un papel meramente pasivo. 2.º que la segunda infancia señala en la vida del niño su tránsito de la vida sensitiva y pasiva á la vida intelectual y ACTIVA que coincide con el primer despertar de la inteligencia y de la voluntad, y que este tránsito se caracteriza en el lenguaje infantil por la aparición del grito *T*, onomatopeya de aquellas facultades y de aquella ACTIVIDAD, y del sugeto en quien se han despertado, que es el mismo niño en dicha edad. 3.º, que el padre es el

principio ACTIVO y el sugeto AGENTE de la generación y el que representa la ACTIVIDAD, dentro de la doble personalidad humana. De que se sigue que la consonante *T*, es bajo todos los puntos de vista, una característica de actividad y de sugeto agente.

Pues bien, esta consonante es en la gramática euskara la característica de sugeto agente de la primera persona singular del presente de indicativo de todas nuestras oraciones activas; *da-t* (lo he yo): *deu-t* (te lo he yo): *datat* (se lo he yo): *jutat* (se lo he yo, óyelo varon), etc., y ha desempeñado un día iguales funciones en las demás personas del mismo tiempo, segun así lo demostramos al tratar de la sintaxis interna del verbo. Y esta misma consonante es la característica de sugeto agente y paciente de las terceras personas de singular y plural en todos los tiempos del verbo ario *es-t*, *zun-t*: *era-t*, *era-nt*: *ama-t*, *ama-nt*: *ama-bat*, *amaba-nt*: sans. *es-ti*, *sa-nti*: *bodha-ti* *bodha-nti*: griego *es-ti*, *esai*=*siti* dual *eston*, etc. Es cierto que la *d* es la característica de terceras personas pacientes de singular y plural de nuestro presente, lo mismo en las oraciones pasivas que en las activas, en el verbo activo que en el pasivo: *d-s* (lo es): *d-lra* (los son): *d-na* (lo ha): *d-ns* ó *d-aub* (los han); y que en estas inflexiones la *d*, característica de persona paciente ejerce los oficios de sugeto de la oración, cual así lo exige el régimen natural, como es cierto tambien que las lenguas arias invirtieron este régimen posponiendo las características de pronombre sugeto que en nuestra lengua se anteponen, sólo que en vez de decir *es-d*, *zun-d*, cual así correspondía, se valieron de la *t*, diciendo *es-t*, *zun-t*, y lo hicieron así inspirándose en la sintaxis de nuestra conjugación *da-t*, que representa oraciones primeras de activa.

Unida la misma *t*, con la *n*, onomatopeya del espacio, formó el monosílabo *tn*, particular á cuyo favor el vascuence transforma todos sus nombres, incluso los pronombres y adverbios en otros tantos verbos: ejemplos

neure (mio): *neure-tu* (hacerlo mio); *sure* (tuyo), *suretu* (hacerlo tuyo); *arria* (lejos); *arria-da* (alejar, llevarlo lejos), etc.

Y como estos infinitivos ejercen los oficios de participios de pretérito, y estos se reproducen en los latinos *tu-s*, *a*, *um*, cual estos últimos en los griegos en *tas*, *tesis*, en los sanscritos en *ta*, etc., tendremos, 1.º, que las lenguas arias antes de su definitiva constitución gozaron a su vez de la misma facultad que nuestra lengua, esto es, de la facultad de transformar todos sus nombres, incluso los pronombres y artículos, en otros tantos verbos por medio de la misma partícula, y 2.º que en esta época carecían de presente de infinitivo bien determinado, y que el que hoy tienen es de nueva formación. En prueba de ello fíjese el lector en la siguiente correspondencia, pero no sin reparar que el mismo monosílabo *tu*, ligeramente modificado en *te* y antepuesto al tema, es la desinencia de infinitivo en el inglés que pertenece también a la familia ariana.

Tema *joka* (juego): presente de infinitivo y participio de pretérito *joka-tu*: latín, participio de pretérito *joca-tu-s* *a*, *um*: participio de presente *joka-tzen*: latín *jocans=jocants* puesto que el genitivo hace *jocantis*: gerundio ó como quiera llamársele *jokatu-rik* (habiendo jugado, ó después de jugado): latín *jocatu-ru-s*, *jocatu-r-a*, *joca-turu-m*. Tema *neka* (trabajos, penalidades que desfallecen): infinitivo presente, y participio de pretérito *neka-tu* (trabajar, sufrir hasta desfallecer): latín *neca-tu-s*, *a*, *um*: participio presente *neka-tzen*: latín *nekans=neccants*: gerundio *nekatu-rik*: latín *necatu-ru-s*, *a*, *um*: tema *argi* (luz): inf. presente y part. de preterito *argi-tu* (esclarecer): latín *argu-tu-s*, *a*, *um*: gerundio *argitu-rik*: latín *argutu-ru-s*, *a*, *um*: participio presente *argi-tzen*: latín *arguens*, etc.

Formación del participio de presente; nombre verbal indefinido *argitze* (esclarecer. acto de); *argitzen* (esclareciendo); definido *argitzia* (el esclarecer, el acto de) latín *argutin* nombre abstracto; indefinido *ari-tze* (comen-

zar, hacer); *azi-tzen* (haciendo): latín (*f*)*faci-ens=f-aciens*: definido *azitia* (el hacer ó el acto de); latín (*f*)*facientia*, (*f*)*facientia*, *bene-(f)icientia*, *male-(f)icientia*. Allá donde el vascongado dice *diru-zia* (abundancia de dinero, riqueza), dice el latín *divitia*: infinitivo *diru-tu*, participio *diru-tzen diru* (dinero); y allá donde dice *ile-tzia* (abundancia de pelo), dice el latín (*p*)*ili-tia*: tema *ile* (pelo): inf. *ile-tu*, part. *ile-tzen*.

Los abstractos en *tia* tienen pues origen euskaro. Allí donde decimos *ile-tzu*, el latín (*p*)*il-osus* y donde decimos *diru-tzu* (abundante en dinero, caudaloso, rico), el latín *div-osus*: nosotros *berba-tzu* (abundante en palabras, lleno de facundia), ellos *ver-b-osus*; tema ó radical comun *berba* (palabra); indefinido de *berbia* (la palabra); nosotros *don-tzu* (donoso), ellos *don-osus*: su radical *do*, indefinido de *doa*, *doia* (don, gracia): nosotros *aret-tzu* (arenoso), ellos *aren-osus*: su radical *are* (arena) indefinido de *aria* (la arena); *ariatza* (arenal), etc. Luego la terminación *osus*, *a*, *um*, se ha vivificado en el subfijo euskaro *tzu*.

Arrapatzia (el acto de atrapar, robar), su indefinido *ar-rapu-tze*: latín *rapax* en vez de (*ar*)*rapatze*: *rapacis=(ar)-rapat-sis*: su tema ó radical común *arrapu* (zarpa ó mano estendida): compónese de *arra* (zarpa ó mano) y *pa* (avanzado). Tal es el origen de los terminados en *ax=atz* como *vivax*, *capax*, *vorax*, *mendax*, etc.

Los monosílabos *ta*, *te*, *ti*, imprimen el mismo carácter verbal ó participial á los nombres á que se subfijan: *berba* (palabra): *berbe-tia* (el habla ó el acto de hablar), su indefinido *berbeta*: *berbe-tan* (hablando, conversando): *lo-tan* (durmiendo): latín *letens* (durmiendo el sueño eterno), su radical comun *lo* (sueño, dormir): *lotia* (dormilon), su indefinido *lota*: *izatia* (el ser), latín *essentia*, en vez de *issantia*, su indefinido *izata*: *izaten* (siendo), latín *ens* en vez de *issants*: infinitivo euskaro *izan*, *izen*, latín *esse* en vez de *ize*: *egi-tia* ó *agi-tiu* (el obrar ó hacer, ó el acto de hacer), latín

agen-tia: indefinido *agite*: participio *agi-ten*, latin *agens*: infinitivo *egi-n* ò *agin*: *josta* (el coser), indefinido *joste*: participio *josten* (cosiendo); *illetia* (la cuita ó e: quejido), su indefinido *illeta*: *illetan* (quejándose), *ill* (añigirse, morirse), etc.

De este modo forman nuestros labradores los participales *laize-tan*, *igs-tan*, *hurre-tan*, *zimaurre-tan* que aluden á sus labores de layar, abonar y segar, etc.

A los indefinidos de estos *joste*, *illeta*, etc., únese la abundancial y pluralizadora *z*, *joste-z* *illeta-z*, etc., á estos abundanciales únese á su vez la enomiástica *un*, y se forman los abstractos *ederta-(un)*, *jainkotas-(un)*, *amataz-(un)*, *anditaz-(un)*, *gasetaz-(un)*, que esplican la formación de los latinos en *tas*. Daremos una idea: *andí* (grande), latin (*gr*)-*and-s*: *anditaz-(un)* (grandeza); latin (*gr*)-*anditas*: *on* (bueno), latin (*b*)-*on-(us)*: *ontaz-(un)* (bondad); latin (*b*)-*ontas*. Origen análogo reconocen los terminados en *lar*, *tura*.

Y como las ideas de acción y de la fecha ó época en que se verifica se unen y compenetran en el verbo gramatical cual se unen y compenetran en nuestra mente las ideas de espacio y tiempo, he aquí que dichas partículas verbales designan no solo las acciones, sino la época en que se verifican: *ume-tan* (siendo niño ó en la niñez); *gaste-tan* (en la juventud y lit. en la época de la fortaleza), *gaste* (jóven), *gas* (fortaleza), radical tambien de *gastelu* (castillo) (algunas caserías en razón de su situación han merecido y llevan este nombre *gastelu*). De que se infiere que la *T* de que se han formado la voz latina *Tempus*, la castellana *Tiempo*, la francesa *Temps*, y antes *Tens*, *Tanz*, anglo sajona *Tima*; inglesa *Time*; celtico *Tin*, *Tion*; walon *Tain*, indican un momento en la duración. Indican tambien fecha, período ó época los monosílabos *Te Ti* en las voces *ur-te*, *urtia*, (el año y lit. la época de las aguas, aguaceros ó avenidas), *ur* (agua)

az-te, *az-tia* (hoy *semana* y un día *mes lunar*): *az*, lo que nace y crece como la semilla que se llama por esta razón *az*, *azi*, y de este modo nace tambien y crece la luna que por sus revoluciones periódicas fué llamada *azte* de donde *astrum* Astarté etc: *euri-ti* (período de lluvias): *euri* (lluvia); *gaz-te* (juventud y lit época ó período de fortaleza): *gas* (fortaleza); *ligor-ti* (sequía, período de sequedad): *ligor* (seco ó sequía); á las que pueden añadirse muchas voces latinas y castellanas tales como *tunc*, *tun*, *tandiu*, *tanden*, *tardus*, *tarca*, *tardé*, *todavía*, etc. La *t* designa tambien el sitio ó lugar en que se verifican las acciones.

Mas esta dental no es tan solo la onomatopeya del segundo tiempo de la succión que es el activo y constitutivo de esta función, sino que á la par es tambien la onomatopeya de las diversas impresiones que reciben el niño y la madre en aquel acto, que es cómo sigue. Aplica el niño y fija sus dos encías ó sus dientes sobre el cuerpo del pezón, y por una serie de movimientos semejantes á los de un segundero de reloj y que pueden representarse en la forma *titi*, percute, choca y golpea aquel pedúnculo hasta ponerlo erectil y turgente, y hasta despertar por este medio la secreción de la glándula mamaria, aplica á la par la punta de su lengua al extremo libre de dicho pedúnculo y comprimiéndola contra este órgano practica la succión con toda su fuerza á fin de atraer á su boca el líquido cuya secreción despertara con sus *titulaciones*. De donde *titillar*, latin *titillare*, que alude á aquellos choquitos y á la impresión que producen, como *tiritar* alude á las sacudidas del *temblor* y á la impresión que en nosotros produce el *temor* lo mismo que el frío: de aquí *temere*, *terrere*, *tremere*; la castellana *temblar*, etc. Cuando el niño inadvertidamente ó por malicia lastima con sus dientes á la madre, advierte el daño causado en la exclamación del dolor que le sigue y en el semblante de la madre y en la sacudida de su cuerpo y pidele perdón con sus ojos y con su sonrisa,

Así es que cuando él mismo en su inesperienza se lastima contra un mueble ú otro objeto cualquiera, su madre para desagrar le castiga al mueble dándole fuertes golpes y profiriendo el grito *ta, ta, ta*, cuyo valor comprende el niño.

Así es que entre las impresiones que recibe el niño en dicho tiempo, figuran como primeras y principales, 1.º la de aquellos choquitos ó golpecitos *titi*: 2.º la de su continuidad y repetición, su enlace y unión; 3.º la de su tenuidad: 4.º la firmeza, la resistencia y la elasticidad de los órganos que concurren á dicho acto encias y pezón, y 5.º la fijeza y permanencia de su unión, etc.

Pues bien, en estos caracteres de continuidad y repetición de unión y enlace, hallamos nosotros con Sanchez Calvo los orígenes, la razón y el signado de nuestra conjunción copulativa *ta, eta*, que se reproduce en el hebreo *eth*, en el sanscrito *iti*: en el griego *eti*: en el latino *et*: francés *et*: español antiguo *et* y hoy *y*, etc. y hallamos también el signado de abundancial y frecuentativo del subfijo *ti* en las voces *gaiso-ti* (enfermizo), *negar-ti* (floron), *sarna-ti* (sarnoso), etc. Últimamente en los mismos caracteres no menos que en su signado de padre, principio generador y pluralizador, hallamos la razón de las funciones de pluralidad que desempeña la *t*, en muchas lenguas, entre las que figuran las turanienses. Véase las características del plural.

Ahora bien, la tierra que habitamos se nos revela en la resistencia que opone y en el choque que se produce cuando pisamos sobre ella, como el vacío se conoce en la falta de toda resistencia; y por la forma y manera en que se nos revela la tierra fué llamada *Te, Ti, To, Ta*, en la naciente lengua del hombre. Por donde se vé que las decantadas etimologías que el indianista pretende darnos como las solas y únicas aceptables, diciéndonos, que la tierra ha sido llamada la *seca*, la *húmeda*, el *sol*, el

brillante y el caballo, el *corredor*, son otras tanta ficciones y verdaderas Perogrulladas, pues que el etimologista no se propone probar que el globo que habitamos se divide en dos partes ó porciones, una seca que llamamos tierra y otra húmeda que llamamos mar, sino indagar por qué la seca tierra ha sido llamada así, y por qué la húmeda mar ha sido llamada *mar*, que es cosa muy distinta.

En prueba de ello repárese ahora que dichos monosílabos que en cronología designan fecha, época ó periodo, como se ve en *as-te, ur-te, gas-te*, designan en la toponimia sitio, lugar, tierra, país, región, comarca, como se ve en los ejemplos siguientes que pueden multiplicarse sin trabajo: *ariz-ti* (robledal, y lit. el sitio, lugar ó tierra de robles); *arich* ó *ariz* (roble) *caga-ti* (manzanal, y lit. el sitio de los manzanos); *zagar* (manzano); *gara-te* (sitio cima) *gara* (cima); *arri-ta* (sitio ó lugar pedregoso); *arri* (pedra); *armen-ti* ó *armen-di* (sitio, lugar ó país montuoso y bravo); *ar* (bravío); *mendi* (monte); *arra-ti* y *arra-te* (país ó región escarpada, bravía); y lo es el distrito conocido con el nombre de Arratía en Vizcaya); *aito-eta* ó *ache-ta* (sitio ó lugar peñascoso); *ach* ó *aitz* (peña); *goi-ta* (los sitios altos); *goi* (alto, la parte elevada); *ber-tia* (los sitios ó las tierras bajas, ó de la parte baja, *be* (bajo)). Así se forman los *base-ta, murue-ta, mendie-ta, goitue-ta, bolue-ta, ciarre-ta, ure-ta*, etc., etc. Añadamos ahora á estos nombres la *n*, nota de posesión y pertenencia en nuestro lenguaje natural, y característica de nuestro genitivo posesor; y tendremos *ache-tan* (que pertenece á *acheta*); añadamos el artículo definido *a*, y tendremos *ache-tana* (lo que pertenece á *Acheta*); añadamos aun otra *n* y tendremos *ache-tania-n* (en lo que pertenece á *acheta*) como *Perru-nian* en lo que pertenece (á la casa ó familia) de Pedro. *Fabio* su genitivo *Fabio-n* (de Fabio); *Fabio-na* (lo que pertenece á Fabio); *Pompeyo* su genitivo *Pompeyo-n* (de Pompeyo); *Pompeyo-na* (lo que pertenece á Pompeyo). Latin

Fabian-us, Pompeyan-us, Roman-us, Roma-na, etc. *Britan-us, Bri-tania*, *German-ia, Basco-nia* etc. *Ache-lania=Acc-tania, acheta* (sitio ó comarca peñascoso); *Base-la* (sitio ó tierra de bosques); *baso* (bosque); *Base-tania: Carpe-tania* en vez *Garbe-tania: Gara-be* (bajo cimas) *Ede-tania, Cose-tania* por *Go-etania: go* (alto) etc.

Como se ve por estos ejemplos el subfijo *ta* indicando sitio, lugar, región, comarca, tierra, es euskaro, como muy bien dice Sanchez Calvo, y lo demostró antes nuestro Astarloá; la *n* indicando posesión es también euskara; luego las terminaciones en *na, nia, German-us, Germa-nia* son también euskaras como dice el mismo Sanchez Calvo; y lo son igualmente las en *tania, tan-us, a, um*, como *Manri-tan-us, Mauri-tania, Cosse-tan-us, Cosse-lania, Lacce-tan-us, Lacce-lania*; cual afirma el mismo autor; y sus mismas radicales *Co=Go, Lac=Le*, (abismo, profundidad); *Car=Gar* etc. son también euskaras cual lo probaríamos pronto y fácilmente.

Y lo que decimos de estas terminaciones es aplicable al *tah* berberisco (*Zenatah, Mezatah*) y al *tan* iranio de los nombres *Afghanistan=ganetan* (en las comarcas altas); *Beluchistan Be-etan* (en las comarcas bajas); *Kabul-tan, ga=ka* (sobre, encima, superficie superior).

¿Y qué son los locales latinos *Lor-etum, Dumu-etum, Bor-etum, Spin-etum, Xep-etum*, sino el *ta, eta* euskaro *ar-eta, ari-eta, mendi-eta, goizu-eta*, etc.

Ahora bien, del monosílabo *te* derivó el vascuence *tegi* (sitio, lugar, y lit. materia apta para hacer un lugar, un sitio, ó emplazamiento) y de *to, toki* (id); como el latín derivó *Terra, Tellus*, el griego su *Tepos*; francés *Terre*; castellano *Tierra*; y de *te tegi*, derivó también el euskaro *teilla=talla ó tegilla* (teja, y lit. hacedor de sitio cerrado y resguardado) como *en-lla* (tejedor, y lit. hacedor de lienzos); *enu* (lienzo); y del *tegi* euskaro derivó el latín su *teg-ula*, de que nacieron la castellana *teja*; la francesa *tulle*; la italiana *tegula*, etc. Últimamente, así como el euskara derivó de la voz *Tella, Tellia: Tellata*

(tejado) así también el latín derivó de la raíz *teg*, de *tegula* el verbo *tego, is, ere*, cuyo infinitivo primitivo fué su actual participio de preterito *tec-tus=leg-tus*; y nacieron las voces *tecle, lectio, tector, tectorium, tectulum, tectum, tectura, tegiculum, tegile, tegillum, tegimen, tegmen, tegmentum, tegumentum, tegulum, tegulator, tegularius*, todas las cuales tienen su origen en la euskara *tegi* (sitio cerrado, resguardado y cubierto).

Del signado que tiene esta voz *tegi* en el euskara y del uso que hace de ella para designar los talleres ú obradores, las bodegas, albergues y los sitios cerrados y resguardados, cual se ve en *lan-tegui* (taller ú obrador), *lan* (trabajo, ocupación), *upu-tegui* (bodega), *upa* (cuba), *zu-tegui* (fragua y lit. el obrador ó taller del fuego), *zu* (fuego), *min-tegui* (vivero), etc., así como del que tienen algunas de las voces que engendra en el latín, se deduce que *Teila* ó *Tegilia* (la teja), y en latín *Teg-ula* sirvió un día para designar todos aquellos materiales que empleaba el hombre en la construcción de dichos albergues y aludiendo al uso que de ellos hacía y á su orden y disposición nacieron en el latín *trabs, trabaeis, trācta tractabilis, tractatio, tractator, tractatus, tractin, tractare, trahere*, de que derivan las castellanas *Traba, Trabajo*, (que alude al trabajo manual), *Trabazón* y tantas otras que deben su signado á la radical *Ta*, onomatopeya de unión, enlace, contacto, trabazón, fijeza, etc.

Y como la mano del hombre unía aquellos materiales, los enlazaba entre sí, y los fijaba los unos sobre los otros, para formar la trabazón de sus construcciones, cual el *Tejedor* une *Trenza* y entrelaza los hilos en la urdimbre que forma la *Trama* de sus *Tejidos*; he aquí que el latín derivó de la misma onomatopeya *Te, Teg*, su verbo *Texo, Is, Xere*, variación fonética de *Tego, Is, ere*, con las voces *teclerna, textile, textilis, textio, tector, tectorius, textum, textus, textrix, trama* de que nacieron las castellanas *Tejer, Tejedor, Tejido, Telar, Trenza*, etc. Y como á dichas cons-

trucciones presidia el arte y la maña, nació la voz griega. *Tecne* que como prefijo la emplean tanto las lenguas modernas.

En toda percusión entre dos cuerpos firmes resistentes y elásticos hay contacto y se produce un sonido *ta, te, ti, to, tok, tik*, ó bien *da, de, di*, etc. Pues bien, si la percusión es rápida, sutil é instantánea, se producirá la *ti*: *Tiro, Tirar, Tiento, Tienta, Telnu* (dardo); si extensa y fuerte, la *ta, Tangere, Tactus*. Si en el choque hay encuentro y detención, la *to*: *Toque, Tocar*: si es metálica y resonante, *Tin, Tan, Tun: Tintinare, Timbal, Tamboril, Tuntun, Tañer, Tundir, Timpano*, etc. La naturaleza de los cuerpos se conoce por el sonido que producen *timbre, tono, tiple, tenor*. Los cuerpos al chocarse dejan huella, su impresión, su sello *tíme, tínte, teñir*. Si el choque es suave y delicado *teñe, titilar*. Si es fuerte é intenso y si lastima y corta y raja, divide, parte y despedaza: *tajo, tajar, terebrar, triturar, tuzidrar, tuzdir, turbar*: si es estensa y cubre el cuerpo percutido *tapa, tapar talma, talpa*, vascuence *ex-tal* (cubierta), *ex-tal-pe* (bajo cubierta), *ex-tal-du* (cubrir) *gol-ex-ta-ri* (cielo cubierto).

Ahora bien, cuando el cielo se encapota y cubre, se turba el día: latin *Turbare*; y la tierra queda sumida en las sombras y en las tinieblas: latin *tenebre*: sanscrito *tam* (turbar, dejar sombrío); *tamas* (confusión), *tama* (sombra), *tamasas* (tinieblas); lituano *tamsa* (turbacion), *tamsus* (oscuridad), *tamsinu* (oscurecer): ruso *temni*: alemán *damnere* por *tamnere*: voces que pueden tener también su origen en la onomatopeya del trueno, vascuence *tramai*: latin *tonitrus*. Vascuence *ate* (puerta y lit. el sitio de la extensión, lo que abre y ensancha el horizonte); *atai* (atrio): lat. *atrium*: griego *telex* (tejos) etc.

Si la permanencia y la fijeza son atributos de la onomatopeya *T*, no es difícil hallar el origen de las voces euskaras *tantai* (árbol bravo): *tiakei* (la viga que fijada por uno de sus extremos se levanta perpendicularmente,

zu-tia (tieso, recto, enderezado, de pie), *sutia-ik* (de pie), *sutia-du* (incorporarse, ponerse de pié): castellano *Jalla, Jalls, Jallar, Jalls, Jense*.

Y si el calor de los cuerpos se nos revela por la impresión que en nosotros producen al *tocarlos*, tampoco es difícil hallar el origen de la voz griega *Therma, Thermae* (calor, caliente), las latinas *Therma, Temperare*: castellano *termas, temperamento, temple*, etc. ¿Y si el padre es la cabeza de la familia qué tiene de extraño que la cabeza sea llamada *tete* en el frances: *thori* en el ibero: *taphe* en el cophito: *teambá* en el quiriri: *tale* en el kanara: *tala* en el malbar, etc. con la onomatopeya *T* del padre? Mas hagamos aquí punto para ocuparnos de la *n*.

De la consonante *N*

El tercer grito que profiere el niño y uno de los más importantes por las altas funciones que ha desempeñado en la primitiva gramática es, sin género de duda, la consonante *n*, matriz de las linguo-palatales anteriores *l* y *r*, y damos á este grito el tercer lugar no porque así nos lo haya enseñado la experiencia directa, falaz y engañosa en esta materia, sino porque la fisiología así nos lo dicta, cual ha podido ver el lector. cuando nos hemos ocupado de la clasificación de nuestros gritos y del orden en que se suceden que es, sea dicho de paso, el mismo en que se suceden nuestras sensaciones.

Profiere el niño este grito cuando aguijoneado por el deseo de apropiarse de algo que le parece grato y agradable, como el pecho de que se nutre, emite el sonido mostrando con el gesto el objeto apetecido y reproduciendo instintivamente los mismos movimientos que ejecuta en lo que siguiendo el orden establecido por la naturaleza hemos llamado el primer tiempo de la deglución, que es á la vida nutritiva del niño, lo que el primer tiempo de la fecundación es á la vida nutritiva de la humanidad. Dichos movimientos son como sigue:

Apenas el niño ha conseguido despertar lo que las mugeres en su lenguaje llaman el golpe de la leche, separa la punta de su lengua del extremo libre del pezón á que le tenía aplicada, ensancha con este acto la cavidad interna de su boca y recibe en ella el líquido que en abundancia

mana de los conductos galactóferos de que al efecto se halla provisto dicho pedúnculo, y una vez que ha sentido en aquella cavidad la presencia y el contacto del líquido derramado, levanta la lengua por su punta que aplica á la parte anterior del velo del paladar, é inmediatamente por detrás de las encias ó de la arcada dentaria, la abate por el contrario por su base, y forma de este modo una especie de conducto por donde corre hacia la garganta el líquido que ha de ser deglutido, favorecido en su curso por la presión de delante atrás que sobre él ejerce la punta de la lengua pegada por su dorso á la parte anterior del paladar y pegada tan exactamente, que el líquido aprisionado no puede escurrirse hacia fuera. Pues bien, en el momento mismo en que el niño separa la lengua de la parte anterior del paladar á que le tenía fuertemente apegada, y esto lo hace cuando se inicia la deglución, siente el niño el sonido *n*, como le sentiremos nosotros si queremos reproducir los mismos movimientos.

En prueba de ello repárese que para proferir dicho sonido levantamos á nuestra vez la lengua por su punta, y la aplicamos exactamente por su dorso á la parte anterior del paladar y por detrás de la arcada dentaria cerrando en este punto la cavidad de la boca, la abatimos por el contrario por su base, y en esta disposición emitimos el sonido un momento antes de desplegar nuestra lengua y de abrir nuestra boca, de tal modo que una pequeña parte del aliento, impedido en su libre curso por el obstáculo que le opone el cierre de la boca en la parte anterior del velo del paladar, se ve obligado á salir por la nariz, lo que da á esta consonante el carácter marcadamente nasal que la distingue:

Síguese de aquí que el grito *n* es, sin poderlo negar, la expresión ó manifestación en el sonido de la mimica del primer tiempo de la deglución y la onomatopeya de este acto, que es aquel durante el cual siente el niño la impresión agradable que produce en su paladar la presencia y

el contacto del alimento materno.

Así es que siempre que un objeto cualquiera le produce una impresión semejante, otras tantas reproducirá la misma mímica, y proferirá su onomatopeya *n*, expresiva de los deseos que en él se han despertado de apropiarse el objeto codiciado, como se apropia el pecho de su madre, de gustarlo y paladearlo, cual así lo da á entender con los esfuerzos instintivos á que se entrega, para llevarse á la boca cuanto alcanza con sus manos.

Y como el niño en su inesperienza se figura que todo cuanto le rodea es suyo y le pertenece, como le pertenece el pecho de que se nutre, he aquí que dicho grito que aquel profiere repetido en la forma *ni, nia, na, ona, ana*, con la *n* mojada, significa en su boca *mi, mio, á mi*, y es por consiguiente en su lenguaje la característica de sujeto poseedor con la indicación de que el sujeto es el mismo proferente.

Pues bien, esta misma consonante que pronunciada suena *n*, es en nuestra purísima lengua un pronombre posesivo de primera persona singular, y tiene por consiguiente un signado equivalente al que tiene en el lenguaje del niño que es el natural: *ene* (mio); *enechu* (mito, muy mio); y esta misma consonante es además en la misma lengua una interjección femenil que significa poco mas ó menos *¡á mi!, ¡ay d: mi!*; y últimamente, dicha consonante es en nuestra gramática la característica de 1.ª persona singular, y el grito á cuyo favor distinguimos dicha persona *n-i=ni* (yo) con su intensivo *n-cu=ncu*, de la segunda *i* (tu), con su intensivo *eu=iu*, pero sin ser por esto el nombre mismo de la 1.ª persona.

Y en efecto, repárese que al proferir el niño aquel grito *n*, no afirmó ni pudo afirmar su propia existencia, su personalidad, su *yo*, cual lo hacemos nosotros cuando empleamos este pronombre, sino que se limitó á reivindicar el derecho que le asistía á la posesión del objeto codiciado, decla-

rándose á sí mismo su único posesor y su legítimo dueño; de modo que la consonante *n* no es en rigor ni puede ser la característica de persona que habla, esto es, del yo, sino una simple característica de sujeto poseedor indicándonos que este es el mismo proferente pero sin indicarnos la cosa poseida que en el sujeto que habla es la *palabra* espiritual, mientras que para el niño es siempre una cosa material y muy material; de modo que el grito *n* es inhábil por sí solo para formar el pronombre de 1.ª persona que nos designa aquella que habla.

Por el contrario, la *i* que se une á la *n* para formar esta 1.ª persona *ni*, ha sido en la naciente lengua la sola característica del yo, esto es, del *alma palabra, alma persona*, tal y como la concibe nuestra mente, abstracción hecha de lo sensible en que se nos muestra, de modo que el pronombre *ni*, significa lit. y atendiendo el valor de sus factores, el poseedor de la palabra, esto es, *mi yo, mi persona, mi palabra*, y atendiendo el sello de humildad que lleva consigo la consonante *n*, que es el grito de la mujer en todas sus cuitas y penalidades, *ni* significa lit. el humilde poseedor de la palabra, *mi humilde persona, mi humilde yo, mi humilde palabra*, que es el signado que le hemos señalado en otro lugar; mientras que la segunda formada por la *i*, designa el *yo* que vemos en la persona de nuestro interlocutor, que sea dicho de paso, es aquella que habla con nosotros. De que se sigue que la *n* es en efecto una nota de sujeto poseedor y la característica además, á cuyo favor distinguió el hombre, el *yo* que veía en su interlocutor de su propio *yo* confundidos en su origen, bajo la común denominación de *i*, según así lo ha visto el lector en otro lugar; y como en el régimen natural el poseedor es anterior á la cosa poseida, la lengua siguiendo aquél régimen antepuso la consonante *n* á la *i*, cual lo hacemos los vascongados cuando atemperándonos al genio de nuestra lengua decimos *ene biza* (mi corazón), *ene semia* (hijo mio), y cual lo hacen los

algonquinos diciendo *ni-kossis* (hijo mio), *n'hittuk* (mi arbol), etc.

Como se ve por estas análisis el pronombre éuskaro *ni* (y lo que decimos de este es aplicable al mogol y al algonquino que es también *ni*), ha tenido y ha debido tener su origen en aquella lengua primitiva, natural, orgánica y fisiológica, hablada por nuestros primeros padres, lengua cuyos vestigios halló nuestro paisano Astarloa en cuantas se hablan en la tierra, cual así lo prueba entre otras cosas el hecho mismo de que dicho pronombre *ni*, mas ó menos modificado, continua siendo hoy mismo en todas las razas un pronombre de primera persona. Véase en prueba de ello cómo se expresa nuestro paisano.

«Si reconocemos las lenguas en sus pronombres, dice este, hallaremos usada la sílaba *ni* para indicar la primera persona de singular en las lenguas mogola, algonquina y vascongada: veremos que las lenguas china, malabara y chiquita usan de la misma *ni* para dar á entender la segunda persona, esto es *tu*, sin que podamos dudar de que este uso es equivocado ó un trastorno de la radical y analógica significación que corresponde á la sílaba dicha *ni=yo* en el primitivo idioma para formar la primera y segunda persona, equivocándose en la aplicación, pues por *yo* adoptó la chiquita la sílaba *ni*: la china *no*, y la malabara *nan*, que como sílabas derivadas de *ni*, habian de significar no la primera persona: esto es, el *yo*, sino la segunda, esto es, el *tu*, pues así lo exige el orden natural. Repárese igualmente en el *na* de los aimaras: la *ne* de la lengua mejicana; la *nu* de la poconqui; la *neu* de la cora; la *noca* de la quichua: la *nchi* de la araucana; la *nag* de la búlela; la *mija* de la maipura, avana y ashagua: la *nuti* de la moja: la *a-ni* de la hebrea: la *ana* de la caldea y de la árabe literaria: la *eno* de la siríaca: la *en* de la húngara: la *ena* de la amarica; y se observará en todas estas voces con que se indican los pronombres de las primera y segunda personas de singular y plural que no

pueden tener su origen sino en el pronombre *ni=yo* que por su bella analogía hubo de ser una producción de la misma naturaleza.» Hablando de la segunda persona, dice el mismo, lo siguiente. «Y yo no sé si el *ic* de la lengua gótica: el *i* de la inglesa: el *je* de la francesa: el *yo* de la española: el *ya* de la ilírica y rusa: el *yu* de la pajura: el *ich* de la tudesa: el *biti* de la moja: el *bis* de la turca, no deben su origen á la *i* primitiva con que el hombre indicó ó hubo de indicar según lo que llevamos dicho al sujeto ó persona con quien se habla».

A las anteriores listas deben agregarse las lenguas arianas cual lo hemos demostrado al comprobar en otro lugar la filiación directamente éuskara de todos sus pronombres.

Julien Winson, euskólogo muy perito y distinguido lingüista, notó por su parte el parecido de los pronombres algonquinos *ni*, *ki*, *o*, *ou*, con los éuskaros *ni*, *i*, *a*, *au* por una parte, y con los hebreos por otra; mas aunque se resiste á conceder ninguna importancia á este parecido por el temor quizá de ser tachado de vasco-maniaco, habrá de cambiar de opinión cuando se entere de los trabajos de Astarloa y lea estos párrafos.

En efecto, añádase á las pruebas presentadas que la misma consonante es la característica de genitivo posesor por dominio en el éuskara y las lenguas uralo-ataicas ó turanienses. Ejemplos: euskara *aita* (el padre); *aita-n* (del padre); lapon *attje* (el padre), gen. *attje-n* (del padre); soumi *karu* (el oso), gen. *karu-n* (del oso); euskara *artza* (el oso), gen. *artza-n* (del oso); theremisse *sinja* (el ojo), gen. *sinja-n* (del ojo); *begia* (el ojo), gen. *begia-n* (del ojo). Charencey, de quien tomamos estas notas, ha visto los vestigios de nuestro artículo definido *a* en *sinja* y en *attje* que nosotros hemos hallado en todas las viejas lenguas; y notamos además en los mismos ejemplos la semejanza de las voces *attje* y *karu* con las euskaras *aita* y *artza*. Y lo que decimos de este signo de posesión

euskaro turaniense es aplicable á la *n*=*n* de los genitivos de plural del latín *musa-r-u-m*, *domino-r-u-m*, etc., así como á la *n* de las terminaciones *an-us*, *an-a*, *an-ia*, *lan-us*, *lan-a*, *lan-ia*, de que nos hemos ocupado arriba.

Unida esta onomatopeya á nuestro artículo pronombre *a* forma el monosílabo *an*, que como voz libre es una partícula adverbial que significa *alli*, esto es, (en aquel punto del espacio ó en aquel momento del tiempo), y con este signado ha formado como sabemos, 1.º la desinencia de infinitivo de nuestros verbos primitivos *ed-an*, *ju-an*, *em-an* y del primer verbo gramatical, el sustantivo *ē-an* (ser), y la desinencia también de infinitivo de la conjugación primitiva *et-an*, *far-an*, *hab-an*, en las lenguas de origen indo-germánico, y la de su verbo sustantivo, conservado con bastante pureza en el alemán *s-cin*=*ī-cin*=*ī-en*=*ī-an*; puesto que allí donde el alemán dice hoy *hab-en*, el gótico decía *ha-dan*, y allí donde dice *ī-s-cin* *ī-s-en*, el viejo gótico decía y debía decir *ī-an*. Con este motivo, dice Whitney, que el actual *to* de *to be*, *to have* no es otra cosa que un sustituto moderno de la vieja terminación *an*: y equivale, añadimos nosotros, á nuestra partícula verbal *tu*, y 2.º, la característica de nuestros pretéritos de indicativo *nīl-can*, *neb-an*, de formación anterior al modo infinitivo, y la cual más ó menos mutilada se reproduce en las lenguas caucásicas hijas de la nuestra, cual se ve en las inscripciones cuneiformes y en sus pretéritos *abav-am* *akunab-an* etc., en los latinos *amab-am*=*amab-an-n*, etc.

Pero como en el mundo animado del lenguaje los seres son los poseedores por dominio de los lugares que ocupan, y á los cuales se extiende su actividad, los ríos de sus cauces, la mar de las tierras que cubre, etc., resulta que la *n* en la partícula adverbial *an* ejerce de hecho los oficios de un genitivo posesor por dominio. Así es que nos valemos de esta

onomatopeya *n* lo mismo cuando decimos *zerua-n urdina* (el azul del cielo), que cuando decimos *zeru-an dago* (está en ó dentro del cielo); *itzazua-n murruekak* (los bramidos de la mar); *itzazu-an ito da* (se ha ahogado en la mar), etc. Por donde se ve que en esta partícula nuestra ha tenido su origen la preposición latina *in* que se reproduce en la griega *in*; alemán *in*; italiano (id); francés antiguo *int*, *in*; moderno *en*; castellano *en*; así como en el *dans* francés, *dentro* castellano; y vease ahora la correspondencia euskara; *leku-an*: latín *in loco*; castellano (en ó dentro del lugar); *zeru-an*, latín *in caelo*; castellano (en el cielo); *begi-an*, *in oculo*: castellano (en ó dentro del ojo). Las lenguas turanienses tienen una construcción análoga; ejemplos: lapón sueco *tjalme* (el ojo), *tjalme-n* (*in oculo*); surianna y bocueco *siim* (el ojo), *siim-u-n* (en el ojo), *in oculo*, Charencoy. Esta misma onomatopeya ligeramente modificada en su signado forma los participios de presente del euskara y del latín; ejemplos: *jokatzē* (jugar): participio *jokatzē-n* (jugando, esto es, en jugar, ó en lo que pertenece á este acto); latín *joca-re*, participio *joca-us*: *īan* (ser), *īate* (ser ó acto de ser), participio *īate-n* (siendo, esto es, en lo que pertenece al ser); latín *esse* (ser), participio *esse-us*=*ens*.

Y la misma onomatopeya y por razones análogas ha formado la partícula adverbial *nun* (¿dónde?), que se reproduce en las latinas *nun* (¿por ventura, acaso?): *nunc* (ahora, al presente), que á su vez se reproduce en el sánscrito *nu* (al presente); griego *nun* (ahora); godó *nu*: alemán *nun*: inglés *non*: ruso *nyin*: gaelico *nois*. De *nun* deriva el euskara su *nun-di*k (de dónde), y el latín su *unde*. De dicha onomatopeya ha engendrado también *noiz* (¿cuándo?): *nora* (¿adónde?): el relativo *nor* (¿quien?), etc.

De la misma ha derivado el euskara la voz *azun* (poseedor por excelencia), con la que designamos las personas mayores en edad, dignidad y gobierno, tales como los amos ó señores, reyes, gobernadores, dignidades

eclesiásticas, etc., y vemos que los abisinios tienen su *Maga*, los indios su *Mahá*; los persas su *Mizan*, los hebreos su *nesi*, los griegos su *numa*, voces todas con las cuales designan aquellos pueblos á entidades ó personas constituidas en autoridades.

El mismo origen reconocen las sanscritas *ni nai* (dominar), *naras* (hombre, varón fuerte): la sabiná *nero* (hombre de guerra): la griega *nika* (vencer) *nika* (victoria), etc.

Y como la nobleza y la notoriedad son los atributos de las clases superiores que rigen y gobiernan la sociedad, surgirán la voz euskara *nera* (nobleza, linaje): las latinas *Nobilis*, *Nobis*, *Nomen*, etc., que aluden á dichos atributos, como nacerán también las latinas *neras*, *nera*, *nectere*: las sanscritas *nah* (acercar, unir): *naddhan* (lazo): *nahas* (juntura), etc. que aluden á los lazos que median entre gobernantes ó señores y los gobernados ó vasallos.

Por último la *n* es la onomatopeya de los deseos de posesión y dominio que atormentan al niño, y estos deseos casi siempre irrealizables, son designados en nuestra original lengua con la onomatopeya misma *nei* (querer, desear), de que se vale el niño para expresarlos, *Nei dáña aia ai* (querer pero no poder): *Nei ta nai ez* (quieras ó no quieras); y de esta onomatopeya derivará el latín su *nancior*, *nanciorar* (alcanzar, adquirir), *nactus* (adquirido) &c.

Por último la *n* señala en el niño el tránsito de su vida nutritiva y activa que coincide con el primer despertar de su inteligencia, de su voluntad y afectos, á la vida de posesión que coincide con el primer despertar del sentimiento del dominio que cree ejercer sobre los seres del mundo que le rodean, y en su afán de posesionarse del mundo que le pertenece, repite tanto y tantas veces aquel grito *n*, su onomatopeya en el nuevo período que por él es llamado en el lenguaje infantil de nuestro pueblo *nan*, *nina*, *nina*: en el castellano *niño*: catalán *nin*: italiano *ninnar*: milanés *ninm* (cuna): *ninnari* (encunarse): latín *nentia* (cuentos para entretener á los niños y también

cantos para adormecerlos): indio dariano *nizah* (hija), etc.

En resumen la *N*, no es, como creía Wedgwood la onomatopeya de la negación y de su mímica, sino la onomatopeya de la posesión y de sugeto poseedor, de modo que si esta consonante forma la partícula negativa en la mayoría de las lenguas, cual sucede con el *pa* en el nombre del padre, es preciso buscar en otro orden de ideas la razón de este hecho y es lo que nosotros nos proponemos hacer comenzando por la relación de otro hecho que estamos presenciando todos los días y que arroja no poca luz sobre esta materia, puesto que nos enseña con qué facilidad un grito de posesión y dominio se transforma y puede transformarse en una partícula negativa.

En efecto, si ordenamos á un niño que nos entregue un juguete cualquiera que tiene en gran estima y no quiere ceder, lo primero que hace es esconderlo en su seno para que no le arrebate, é imprimiendo luego á su cuerpo y cabeza aquellos movimientos alternativos de derecha á izquierda, y viceversa, con que damos á entender la negación, proferirá su grito *ni*, *nía*, *na*, *nía*, *nia*, *nia*, *nia*, para darnos á entender que el juguete le pertenece y que ningún derecho nos asiste á su posesión. Y hay por cierto mucha distancia entre rechazar lo que se nos ofrece y reclamar su posesión, como le hay también entre negarse á dar lo que nos piden y negarse á recibir lo que nos quieren dar.

Por el contrario cuando una madre quiere obtener de su niño una caricia que le ha sido negada, preséntale á éste para obligarle á ello—y esto lo estamos presenciando cada día—un dije ó muñeco que sabe le agrada: apenas el niño lo ha visto pretende arrebatarlo profiriendo su grito *ni*, *nía*, *na*, pero en lugar de valerse ahora de la mímica de la negación, se vale por el contrario de la mímica de la apropiación y posesión: mas si el niño persiste en no acceder á la demanda de su madre, ésta en vez de

regalárselo esconderá á su vez el muñeco en su pecho y remedando al mismo niño imprimirá á su cuerpo y cabeza lo mismo que á su mano iguales movimientos de derecha á izquierda y viceversa y proferirá á la par el grito infantil *aa, nia, mie, mie*, para significarle que el muñeco le pertenece y no lo cederá hasta que no reciba la caricia pedida. Por donde se vé con qué naturalidad el grito de posesión y de sugeto posesor *n*, se transforma en una partícula negativa por razones que radican en el egoísmo que queriéndolo todo para sí, lo niega todo á los demás.

Y como además de esto hay que negar al niño la mayoría de las cosas que pide por ser disparatadas, y esto se hace remedando su mismo lenguaje y diciéndole *ni, nia, na*, he aquí que esta consonante nasal obrando como antagonista llegó á suplantarse la onomatopeya de la mímica de la negación, la consonante *n*, *z*, que forma la partícula negativa euskara *ez* cual así lo prueba 1.º el hecho de que el latin conoció esta partícula *ex-ex*, cual así lo demuestra el signado que tiene en las voces *ex-sanqait*, *ex-animit*, etc., 2.º la siguiente lista que puede aumentarse con facilidad. Sanscrito *Na*, *Nem*, *Naha*, *Nava*, *Nanu*, griego *Ne* en composición: latin *Nec*, *Ne*, *Negue*, *Nonne*, *Nere*: godo *Ni*: alemán *Nein*: inglés *No*, *Not*: lituano *Ne*: ruso *Ne*, *Niet*: gaélico *Nech*: kimry *na*, *nae*: italiano *no*, *nea*: francés *non*, *ne*: portugués *nao*: provenzal *na*, *nae*: burguñon *naia*: picardo *naia*, *naie*, *na*: catalán y castellano *no*, etc. Roque Barcia. Abiponas del Sur America *na*: dialectos brasileños *naní*, *may*, *ant*: quichua del Perú *ama*, *manan*: quichua de Guatemala *na*, *man*, *manan*: galla en Africa *na*, *na*: fernandina *na*, *na*, *na*, *emmen*, *mmen*: copta *an*, *emmen*, *an*, *mmen*, etc. á las que podrán añadirse muchas otras.

Y si el tuyo y el mio, ó sea los desmedidos deseos de posesión y dominio que aquejan al niño, y de que nacen la ambición y el egoísmo del adulto, son la ocasión y el motivo de muchas intrigas y enredos donde hallaremos la razón y los orígenes de la voz euskara *naz* ó *nahas* (enredo,

confusión, barullo), que se reproduce con el mismo signado en la hebreá *nahas*, en la que los latinos quisieran hallar el origen de su voz *nassa?* (red para pescar. Pasemos adelante.

La consonante *n*, decíamos mas arriba, es la onomatopeya del primer tiempo de la deglución, que es aquel acto durante el cual siente el niño la impresión agradable que produce en su paladar la presencia y el contacto del alimento materno, de que se ha posesionado merced á su actividad y á los esfuerzos practicados en lo que hemos llamado el segundo tiempo de la succión. Y como los demás alimentos de que se nutre el niño, que en el período que ahora analizamos son muchos y variados, se hallan en iguales condiciones, y producen en su paladar una impresión semejante á la que produce el pecho materno, he aquí que dicha consonante es y tiene que ser por necesidad lógica y porque así lo demanda el mecanismo de nuestros gritos y sensaciones, la onomatopeya de los citados alimentos.

Y en efecto el monosílabo *nau nau* y con la *n* mojada *nañ nañ*, es el grito de que se sirve el niño euskara para pedir de comer á su madre y demás personas que cuidan de él, y este monosílabo onomatopeya del hambre en el período que ahora analizamos y la imagen y el fiel reflejo del niño en el mismo período, representa tanto por su estructura material, como por su signado, los progresos realizados por este, lo mismo en su lenguaje que en su organismo y en su espíritu.

En prueba de ello, recuerde el lector que ninguna de las onomatopeyas anteriores *mama*, *titi*, *papa*, *baba*, reconstruidas por nosotros en otro lugar, y llamamos sobre ello su atención, sirven ni pueden servir, ni valen ni pueden valer, para designar los variados alimentos que comienza á gustar el niño en este período de su vida nutritiva, ni responden ni pueden responder al nuevo sentimiento de posesión y dominio que embarga su ánimo en el mismo período. En una palabra, ninguno de aquellos gritos

es, ni puede ser, la onomatopeya del hambre, ni la imagen y el fiel reflejo del espíritu del niño en esta nueva etapa de su vida.

Por el contrario *nan nan* designa los citados alimentos por aquella cualidad general y comun que es como su primera y principal característica, el sabor, y responde además al nuevo sentimiento que embarga el ánimo del niño, como formado de la sílaba *na* con la que se declara como sugeto poseedor, y de la terminal *n*, onomatopeya de la impresión agradable que produce en su paladar la presencia y el contacto de los citados alimentos. De que se sigue que este vocablo tan parecido ya á los nombres apelativos, y fundido en la misma turquesa en cuanto designa los objetos por su cualidad mas relevante, significa lit. *mi alimento* y por su signado y composición lo mismo que por su estructura material, es la onomatopeya, la imagen y el fiel reflejo del niño en la época en que lo profirió y es además una prueba más de que cada nuevo grito marca una nueva etapa en la vida del mismo.

Veamos ahora lo que á este propósito dice Zaborowski=Nuestro verbo *man-ger* que en apariencia nada tiene de onomatopeico, tiene en realidad un origen imitativo (y al espresarse así súbrale la razón).=Nuestros niños pequeños, añade, dicen *mem mem*, *mum mum*, y dicen tambien *niam* (mas exacto seria sustituir las *m*, con la *n*).=Los pequeños chinos dicen *nam* (como los nuestros); los ingleses *nim* (y así se conducirán todos los niños del mundo, porque nadie duda de la unidad fisiológica del hombre, ni puede dudar de la unidad de su lenguaje).=Pero hay mas, continúa diciendo, *comer* se dice entre los negros de Surinam *nyam* (y esto es un poco infantil); en Australia *g'nam g'nam*; en Susa (Africa) *nim nim*.=En Zulú *nam-bita* significa producir un chasquido en los lábios despues de haber comido (saben hacerlo tambien nuestros niños diciendo *huh-ma* con la *n* muy prolongada proferida con la boca muy cerrada y muy na-

salizada), gustar, ser agradable (esto es sabroso ó grato al paladar), y por analogia placentero al espíritu. En sueco un bocado exquisito se dice *nam nam*.

El vascuence á su vez, añadimos nosotros, llama á la leche *es-nia* (lit. suave y sabroso manjar), y llama al despertar. *es-na-tu* (lit. acto suave y placentero): el hebreo tiene su *manna*: el griego y el latin su *nectar*: el castellano *nata*, *natilla* tomadas quizá de nosotros y tiene su *manjar*; y *nan nan* en nuestro lenguaje infantil significa como hemos dicho, *comer*, y las madres cuando hablan á sus niños se valen de esta voz para. espresar dicho acto.

Por el contrario, en el lenguaje del adulto, esto es, en el corriente y hablado, la misma idea se espresa con la voz *jan* (comer), en la cual se vé que la *n*, onomatopeya del primer tiempo de la deglución y de sugeto poseedor, se sustituye por la gutural *j*, onomatopeya del segundo tiempo de la deglución y de la asimilación de la cosa poseida, y esta voz *eskara* vemos que se reproduce en la latina *jen-tare* esplicada en otro lugar: en la castellana *yanlar*, y en el caló ó flamenco *jam-ar*: en el sanscrito *jas* (tragar): *gar* (comer): *ghasis* (la acción de ejercitar las mandíbulas): *jathora* (vientre): en el griego *grao* (yo como), etc.

De que se sigue que la voz francesa *man-ger* de que habla Zaborowski, así como la castellana *manjar*: la italiana *man-giare*, etc, han sido formadas por la unión de las dos onomatopeyas *nan nan*, y *jan gan* ó *jar*, cualquiera que sean sus relaciones con la latina *man-ducare* mal interpretada por los latinos, cual sucede con otras muchisimas voces.

La *n*, añadimos ahora, no es tan solo la onomatopeya de la impresión agradable que produce en el paladar del niño la presencia y el contacto de los alimentos de que se nutre, sino que á la par es, y tiene que ser, por razones fisiológicas esplicadas en otro lugar, la onomatopeya de

cuanto despierta en el espíritu del niño la reminiscencia de dicha impresión; y en este número deben contarse entre otras muchas, muchísimas cosas, de que no debemos ocuparnos, las plantas y sustancias olorosas que producen en nuestro olfato una impresión semejante á la que los alimentos producen en el paladar.

Por consiguiente, sería un absurdo atribuir á la casualidad y no á analogías de sensaciones la presencia de dicha onomatopeya en los nombres de tantas plantas y sustancias olorosas y agradables á las que sirve de radical, cual se ve en *nardo, narciso, naranjo, nafa, nagamo, nispero, nandina, nisere, nemeda, nafta, narthecia*, á las que pueden añadirse *nacar, nacara, nablum* y tantas otras en las que dicha onomatopeya alude á su grato olor y en algunas á su dulce sonido ó agradable aspecto. Ni puede atribuirse tampoco á la casualidad que el órgano encargado de recibir la impresión de aquellos efluvios olorosos y que tanta parte toma además en la producción de dicha letral *nasal* haya sido designado en el castellano *nariz*: en el sanscrito *nas, nasa*: en el griego *rhincs*: latin *naris nasus*: alemán *nase*: inglés *nose*: lituano *nosis*: ruso *nos*: italiano *naso*: francés del siglo once *nes*: moderno *nez*: provenzal *nas, naz*: catalan antiguo *naris*: moderno *nas*: walón *nase*: namures *naz*, etc. etc.

Añadamos ahora que la sensación del sabor no es la única que percibe el niño en el primer tiempo de la deglución sino que á la par percibe las propiedades físicas y materiales, y los movimientos del líquido que emanado del seno de su madre cae en su boca en la forma de un surtidor, llena esta cavidad, y se escurre hacia la garganta por encima de la superficie de su lengua, de que se infiere que la consonante *n* delicada y suave, líquida y móvil, es y tiene que ser por idénticas razones la onomatopeya de todo lo que despierta en el espíritu del niño la reminiscencia de dichos movimientos y de dichas propiedades; tales son su fluidéz, humedad, di-

rección, caída, derramo, etc.

Ahora bien, ¿es así que el líquido alimenticio brota del seno de la madre cual el manantial brota de las entrañas de la tierra? Pues bien, para espresar este acto y sus consecuencias inmediatas, nacerán en la lengua las voces latinas *manare, manatis* y sus similares y derivadas. ¿Es así que la aurora brota de las tinieblas de la noche cual el manantial brota de las entrañas de la tierra? Pues nacerán las voces *mane manifestare*, etc., que aluden á dichos atributos. ¿Es así que el líquido materno sale del pecho de la madre bajo la forma de un surtidor formado por hilos de líquido que se cruzan y entrelazan y bañan la boca del niño? Pues bien, aludiendo á estos atributos, nacerán en la lengua las voces latinas *nama* (el salto como del agua del surtidor), *uelus* (hilo), *uere* (hilar tejer, entrelazar), *nectere* (unir), la griega *neo* (hilar, tejer), etc., etc.

Y respondiendo á las mismas sensaciones surgirán las griegas *nacin* (correr): *nao* (fluir): *ueros* (humedo): *naros* (corriente): la hebrea *nahara* (rio): la sanscrita *ni* (moverse, dirigirse, dilatarse), *nu, niv*, destilar, difundir), *niran* (agua, líquido).

Los rios (*nahara* en hebreo) asentados en frescos y risueños valles, y formados por apacibles *corrientes* (*naros* en griego), de pura y cristalina *agua* (*niran* en sanscrito), que fertilizan las vegas serán llamados á su vez en la geografía primitiva *nar, naro, nesua, nicer, nestus, nebis, nicc, nifalis, nemi, nemausus*, etc. Y como el Nilo inunda, cubre y fertiliza el delta del bajo egipto, cual el copioso pecho de la madre inunda y cubre la boca del niño y la fertiliza, aquel rio sagrado se llamará *ni-lo* formado por la radical *ni*, onomatopeya del pecho de la madre en el momento en que inunda la boca del niño y la terminal *lo* que en el euskara significa (lodo, cieno, legamo, limo). Consultense nuestros nombres toponimicos y apellidos *Laidi* (cenagal); *Loy-da* (altura asentada sobre el cenegal); así

como las voces *loia* (cenagoso), *loitu* (encenegarse), etc. y se comprenderá todo lo que tiene de gráfico y expresivo el nombre de aquel venerado río.

En la natación el cuerpo se escurre por la superficie del agua, como el pecho materno se escurre por la superficie de la lengua: latin *natare*: y como el barco se escurre por la misma superficie cual el cuerpo en la natación, el barco será llamado en el latin *navis*: sanscrito *nu*, *niv* (destillar, difundir): *naus*, *naura* (nave); griego *naus*: aleman *nachen*: godo *nota*: céltico *nauf*: italiano *nave*: francés *nef*: provenzal y catalan *navi*: portugués *nao*: walón *nave*: castellano *nave*.

Así pues la *n* es la onomatopeya de algo que se estiende, se difunde y corre por la superficie. De aquí las voces euskaras *narra* (rastra) de que viene la castellana *narría*; *navasai* (arado para allanar la tierra; *naba* (llanura) y como la piel se estiende y se dilata hasta cubrir la superficie del cuerpo, *narru* (piel, cuero); *narru gorri* (en cueros vivos y lit. en cuero encarnado ó rojo): latin *nudus* (desnudo, en cueros) y por estraña anomalía el castellano dice *desnudo* que lit. significa (despojado de la piel ó desollado) por la sola razón de que á la voz latina *nudus* que alude á la piel llamada en el euskara *narru*, se le ha dado el signado de los vestidos que cubren el cuerpo, cual lo recubre el tegumento que lo reviste. Vemos tambien que por otra anomalía bien natural la voz *nausai* ó *nauci* derivada de *na*, de que naciera tambien *nai* (desear, querer), y con la cual el euskara designa las personas de calidad, las mayores en edad, dignidad y gobierno, significa por el contrario en el latin un *bledo* una *nada*, aludiendo sin duda á la impotencia del niño para lograr sus deseos; y aluden tambien á esta misma impotencia sus similares *nullus*, *nemo*, *nihilum*, y tantas otras de ambas lenguas la latina y la euskara.

Conviene ahora tener presente, que en virtud de aquel consensus que la naturaleza ha establecido entre el lenguaje del niño y el de sus proge-

nitores, y cuyo origen radica en las afinidades que median entre las funciones nutritivas y las reproductivas, la consonante *n*, tiene y debe de tener en los progenitores el mismo valor y signado que en el niño; de lo contrario nuestras etimologías carecerían de todo sentido práctico, y darían lugar á prejuicios que debemos prevenir aun á trueque de incurrir en ciertas crudezas de lenguaje.

Para ello nos vemos precisados á decir que la *n*, no es tan solo la onomatopeya del primer tiempo de la deglución, ó sea de aquel acto durante el cual siente el niño la impresión agradable que produce en su paladar la presencia y el contacto del alimento materno, sino que á la par es también la onomatopeya del primer tiempo de la fecundación, que es aquel acto durante el cual siente la hembra la impresión agradable que produce en su organismo la presencia y el contacto del licor prolífico, que es, sea dicho de paso, á la vida nutritiva de la humanidad, lo que el pecho materno es á la vida nutritiva del niño. Y sabe bien el lector, y esto nos ahorra esplicaciones enojosas, que la afinidad en las sensaciones conduce á la afinidad en los gritos, cual la afinidad en las funciones conduce á la afinidad en los órganos, de tal modo que así como conocido el órgano se adivina la función, y viceversa, así tambien conocido el grito puede adivinarse la sensación y viceversa.

Pero sabemos tambien por haberlo demostrado en otro lugar, y muy detenidamente por cierto, que la misma *n*, es la onomatopeya de la mujer en el periodo reproductivo, y el grito además que señala su entrada en este periodo que se caracteriza por el primer despertar del sentimiento de la reproducción: y como esta misma *n*, es cual acabamos de ver, la onomatopeya del niño en el tercer periodo de la infancia, y el grito que señala su entrada en este periodo que se caracteriza á su vez por el primer despertar del sentimiento de posesión y dominio, tendremos que en

virtud de lo expuesto este sentimiento y el de la reproducción son y deben de ser en el fondo un solo y un mismo sentimiento sin que para afirmar esta verdad tengamos necesidad de interrogar al psicólogo, sino que nos basta atenernos á los principios arriba sentados.

Y en efecto estamos palpando cada día que el grito *n*, y pronunciado *éné* es la exclamación inconsciente que sale del pecho de la mujer euskara en todas sus sorpresas, bien sean gratas y placenteras ó bien tristes y afectivas, y que este grito en su boca significa siempre y constantemente *mi, á mi, mio*, y tiene por consiguiente el mismo signado que en el niño, é indica la persona misma del proferente. Tan cierto es lo que decimos, que de dicho grito ha derivado el euskara su pronombre posesivo de primera persona singular *ene* (mio) *enechu* (miito) muy usado en el lenguaje familiar. Véase la Gramática de Campión.

Pues bien, la mujer euskara repite tanto y tantas veces este grito onomatopéya de su persona que por él ha sido llamada *neka* que se compone de su onomatopéya *ne*, unida al signo pluralizador *ss=ε* y de la terminal *ka=k* característica de sugeto agente de nuestra declinación, de modo que dicha voz significa lit. hacedora de *enes*; y por el mismo motivo es llamada *n*, en la conjugación de nuestra lengua y en la de los algonquinos é iroqueses. Véase mas arriba. Por igual concepto ha sido llamada la madre en el latin *nounna*: en el francés *noune*: en el antiguo castellano *nana*: y según Zaborowski *nini* en el Malagasy: *ana* en el turco: *ni* en el bola: *ne* en el sarar: *nana* en el pepel: *na* en el biafido: *mana* en el bega: *bina* en el kamuku, que pertenecen á lenguas habladas en el Africa: y el mismo origen reconocen las griegas *uennos* (tío) y *neuna* (tia): el zulú *nina* (id.): el sangir *nina* (id.): el javanés *nini* (abuelo y abuela): el vayú *nini* (tia paterna), á las que podemos añadir las euskaras *anai* (hermano), y *neba* (el hermano de la hermana), así como los

nombres de las divinidades femeninas *ninpha*, *nayads*, *naφαα*, *naria*, *neceides*, *nemesis*, etc.

Y así como la vocal *e*, onomatopéya de la muger, instrumento de reproducción y la característica de su grito en todas las edades de su vida, llegó á ser en el euskara y demás lenguas primitivas, un indicador de plural, así también la *n*, onomatopéya de la muger en el período reproductivo, llegó á ser en lenguas posteriores, tales como las arianas, nacidas en el vascuence, el signo indicador de algunos de sus plurales, cual sucede en el alemán que pluraliza con dicha letra y con la sílaba *en* sus nombres femeninos; y cual sucede también con las terceras personas de la conjugación de los verbos latinos, sanscrito, etc., *ama-t* para el singular y *ama-n-t* para el plural; *bodha-ti* para el singular, *bodha-n-ti* para el plural, etc. euskara *deutza* (se lo ha, él); *deutza-c*, y contraído *deutz-c* (se lo han, ellos), y últimamente cual sucede en muchas otras lenguas. Véase nuestro artículo «las características del plural.»

Decíamos en otra ocasión y volvemos á repetir aquí, que hemos asistido dentro del país á muchos y numerosos partos y al escuchar los lastimeros gritos en que prorrumpe la doliente muger en todos y cada uno de los dolores que acompañan al largo y penoso trabajo de la maternidad, repitiendo sin cesar y con acento cada vez mas lúgubre su grito de angustia *éne-éne, éné ba éné* que en traducción libre quiere decir *ay de mí, pobre de mí, infeliz é infortunada de mí*, implorando del cielo, de su madre y demás asistentes, alivio á su dolor y consuelo á su infortunio, no hemos podido menos de recordar con la satisfacción de quien sorprende á la palabra del hombre, uno de sus secretos.

Que con estos lamentos se enlazan y en estos lamentos han tenido y han debido tener su origen las voces latinas *nenia* (canción lúgubre): *nuga* (canciones fúnebres, lamentaciones): *Nixi* (el nombre de los Dioses

que presidian al trabajo del parto): *Nundina* (Diosa que presidía las ilustraciones de las recién paridas); la voz misma *nonna* (madre mía); y evocábamos sin poderlo remediar el recuerdo de las madres de los Gracos y Escipiones que nacieron en medio de los mismos lamentos. Y esto sabido ¿adónde iremos á buscar los orígenes de las voces también latinas *nubere nuptia, nectare, niti, nexare, nescere, nutrix*, con sus numerosas derivadas y similares, todas las cuales aluden á funciones y actos relacionados con el trabajo de la maternidad?

Y el que ha observado la *nube* de tristeza que envuelve á la muger á la proximidad de aquel acto, sus desmayos y angustias, y lee en su semblante el *negro* luto que lleva en su corazón ¿adónde hallará los orígenes de aquellas voces también latinas *nex, nox, niger, nubes, nubila, nimbus, noxa*, y de sus muchas similares y derivadas.

El vascuence tiene su *nego* con el que designamos la estación del invierno, pero cuyo origen remonta y debe de remontar á la época glaciaria puesto que dado su signado parece aludir á la triste y precaria situación en que debió hallarse el hombre de aquella edad durante sus largos y rigurosos inviernos, como *urtia* (el verano) alude á la abundancia relativa de sus cortos pero relativamente cálidos veranos y *urtia* (año y lit. avenida), á las inundaciones periódicas ocasionadas por el derretimiento de las nieves acumuladas en sus largos inviernos. Tiene á su favor esta opinión: 1.º la autoridad de Humboldt y del antropólogo Broca que convienen en que la lengua y raza euskaras han sido la lengua y raza autoctonas de la Europa. 2.º el hecho probado de la presencia en Europa del pueblo euskalduna durante la edad de la piedra, cual así lo prueba la radical *ait-*, *ach* de que se hallan formados los nombres de *hacha, azadon, azuela*, etc. en la mayoría de las lenguas de la misma Europa, y 3.º los nombres *urti-a* (verano); *urti-a* (año); y *negoa* (invierno), que á ojos vistas aluden á las

condiciones climatológicas de la edad glaciaria como la voz *ach, ait-* (peña, piedra), alude á la materia de que fabricaba sus armas y utensilios el hombre de aquella edad.

En efecto *nego* y con el artículo *nego-a* compónese de su radical *ne-*, grito de angustia de la muger, de que se formáran las latinas *nex, nox, niger, noxa*, y de su terminal *go* (alto, superior, supremo), de modo que *nego* significa lit. (infortunio, tristeza, carencia, aflicción, angustia, ansiedad, mortales y supremas). De ella deriva el latín sus voces *negare, negatio*; y por el cambio de *u* vocal en la consonante *v*, *nigo, nigi, nivi* la voz *nix, nivi-s* (la nieve, sinónima de invierno): el vascuence derivó á su vez *negar* (lágrimas), señal siempre de tristeza y aflicción.

Tiene también el euskara sus voces *neitu* (feneecer, acabar, reducirse á la nada); *neke* (trabajos, fatiga llevada hasta el desfallecimiento); de donde *neckatu* (fatigarse hasta desfallecer); *neckazari* (el obrero sobre quien pesan toda clase de trabajos y penalidades), etc. y de esta voz euskara derivó el latín las suyas *nex, necare* (matar, morir por desfallecimiento), voces todas que deben su signado á la onomatopeya *N*, que engendró también *non, ne, nemo*, la euskara *Nihor* (ninguno), etc., que aluden á la imposibilidad ó impotencia de la muger para libertarse de las penalidades á que vive sujeta en razón de su sexo y á la impotencia del niño para libertarse de los deseos irrealizables á que á su vez vive sujeto en razón de su propia naturaleza.

Obsérvese ahora que el pueblo euskaro llamó á la noche *illu-n* que significa *todo congoja, todo aflicción, todo tristeza, ansiedad, angustia y muerte*, como formado de la radical *ill* (congoja, aflicción, tristeza, ansiedad y muerte) y de la terminal *un* que superlativa las cualidades de la cosa á que se une. El pueblo latino perfirió esta voz que heredara de su padre, sin conservar de ella mas que un fragmento de su esqueleto en *illunis*

(sin luna) y en la misma voz *luna=il-luna*; mas al perderla no olvidó la idea que le había dado su ser y su vida, puesto que la hallamos reproducida en su voz *nox* (noche), variación fonética de *nex* (muerte). Por donde se ve que las voces *illun* (noche), y *nego* (invierno), tienen un signado análogo. Mas adelante llamó nuestro pueblo á la misma noche *gau* (sobre el abismo), que al recibir el artículo cambia en *gau-a* y eufonizado *gaba*, y de esta voz hizo la lengua euskara una de sus mas enérgicas negaciones (Astarloa). El latin tiene á su vez su *non, ne, nemo, neque*, formadas por la onomatopeya *n* radical de *nox, nex*.

La partícula negativa euskara *ez* (no), hállase formada por la radical *e*, onomatopeya de la muger y por ende de su nulidad é impotencia para la lucha por la existencia que trabaja la vida del hombre, y de la sibilante *ss=s*, onomatopeya, cual sabemos, de la mimica de la negación. Pues bien, el pueblo latino perdió aquella voz que heredara de su antecesor el pueblo euskaro, conservando tan solo algun vestigio en las voces *ex-sanguis, ex-animis* y sus similares en las que la preposición *ex=ec* ejerce los oficios de partícula negativa, mas al perderlo no perdió sin embargo la idea que la había vivificado, puesto que la hallamos reproducida en sus partículas *non, ne*, formados por la *n*, onomatopeya de la muger en el período reproductivo, así como en la preposición *in* de *in-aptus, in-obedirens*, etc.

De la propia manera el latin perdió el signo de plural euskaro *e*, aunque no completamente, puesto que su declinación primera y los adjetivos femeninos que se rigen por ella, se pluralizan con dicho signo *musa* singular *musa-e* plural: *bona* singular *bona-e* plural; mas no por eso perdió la idea que había vivificado dicho signo, puesto que la hallamos reproducida en el nuevo indicador de plural *n*, de que hemos hablado mas arriba.

NOTAS.

Nuestros nombres indefinidos, siendo las imágenes de los seres *in posse*, esto es, existiendo virtualmente y en potencia carecen y deben de carecer de genitivo poseedor por dominio, puesto que la posición por dominio es siempre y constantemente la obra de la propia actividad y el resultado de un acto en cuya virtud el sujeto que lo ejecuta se hace el dueño de la cosa poseida; y el ejercicio de la actividad y el acto ejecutado distingue y separa el ser *in posse*, del ser *in actu*, del que el nombre definido es á su vez imágen.

Equívocanse pues los euskarólogos al considerar como genitivos los indefinidos *semcren, begiren, gizonen*, cuyo signado tanto difiere del que tienen sus correspondientes genitivos poseedores *semia-n, begia-n, gizona-n*.

En efecto, la *n* en los primeros denota pertenencia á la especie ó categoría designada *seme* (hijo), *begi* (ojo), *gizon* (hombre); la *e*, la pluralidad de los individuos que componen la especie; y los indefinidos *seme, begi, gizon*, la especie misma ó categoría, de modo que *seme-r-e-n* significa (cierto hijo) esto es, alguno que pertenece á la especie *seme* (hijo); *begi-r-e-n* (cierto ojo ó alguno que pertenece á esta categoría) *semcren bat* (cierto hijo ó uno *bat* de los que pertenecen á la especie hijo); *gizon-e-n bat* (cierto hombre ó uno de tantos, pero indeterminado).

Por el contrario la *n* de *semia-n, begia-n, gizona-n* denota que los seres designados *semia* (el hijo), *begia* (el ojo), y *gizona* (el hombre), son sujetos poseedores, como se ve en *semian biotza* (el corazón del hijo); *gizona-burua* (la cabeza del hombre); en cuyos ejemplos se ve que *semia, gizona*, son sujetos poseedores, y *biotza* (el corazón), y *burua* (la cabeza) la cosa

poseída. Si decimos *Peru-n semeren bat* (uno de los hijos de Pedro). *Peru* (Pedro) es el poseedor; *semeren* sus hijos la cosa poseída y entre estos uno *bat*, que no se determina, aquel de quien se habla. Veamos ahora que es lo que ha podido motivar esta equivocación.

El pronombre posesivo de la tercera persona *a* (èl ò ella, aquél ó aquella), que es el nombre definido de la misma, se forma con el genitivo poseedor por dominio *a-re-n* (de él ó aquel, de ella ó aquella); y los posesivos de la primera y segunda persona *ni*, é *i*, que completan el nombre indefinido de la misma, son á su vez *nire* é *ire*, bien semejantes al anterior. Pues bien, esta similitud, lo mismo en la forma, que en el signado, ha hecho creer à nuestros maestros que estos últimos *nire*, *ire*, han perdido el signo de posesión *u*, á que deben su actual signado, dotándolos *ípsa facto* de los pretendidos genitivos poseedores *ni-ren* *i-ren*, que no han existido sino en su imaginación, y de los que carecen dichos primeros pronombres. no solo en el euskara, que aun conserva la clasificación de indefinidos y definidos, sino tambien en las lenguas modernas, puesto que cuando decimos, *dícen de mí, cuentan de tí*, hablamos en tercera persona que es el nombre definido de la misma.

De que se sigue que los dos primeros pronombres, así como carecen de plural, lo mismo que los demás indefinidos, carecen tambien de genitivo poseedor, no solo en el euskara, sino tambien en las lenguas modernas, puesto que à la pregunta ¿de quién es esto? respondemos *mío* y *tuyo*, y de ningun modo *de mí*, *de tí*, y claro es que esta resistencia que opone la lengua á usar de dichos genitivos radica en su carácter indefinido.

No se ha querido comprender, 1.º que la sílaba *re* del genitivo *a-re-n* es eufónica, y de ligadura é intercalación, lo mismo que en sus similares *a-re-gaz*, en vez de *a-gaz* (con él ó aquel): *ni-re-gaz*, en vez de *ni-goz* (conmigo); *i-re-gaz*, en vez de *i-gaz* (contigo); *a-re-kin*, en vez de *a-kin*

(con aquel): *ni-re-kin*, en vez de *ni-kin*, (conmigo); latin *me-cum*: *i-re-kin* en vez de *i-kin* (contigo), latin *te-cum*, etc. Nótese la correspondencia de los subfijos euskaro *hin* y latino *cum=kum*; euskaro *gaz* y castellano *go-ko*. 2.º que los posesivos *ni-re* (mío), é *ire* (tuyo), no son sino simples variaciones fonéticas de los dativos recipientes *niri* (á mí, ó para mí), *iri* (á ò para tí), y designan por consiguiente la posesión por recepción, ò sea la posesión pasiva única de que es susceptible el ser *in posse*; mientras que el genitivo poseedor *a-re-n*, designa la posesión por dominio ò sea la posesión activa que solo puede ser el atributo de los seres *in actu*.

Una vez en este camino. se ha llegado á creer que la sílaba *ren*, y no la simple *n*, es la característica del genitivo poseedor en el singular de nuestros definidos, y de tal modo se han aferrado à este error nuestros literatos, que para no empañar la pureza de la lengua se creen obligados á escribir todos los genitivos con la característica *ren* que á nuestros oídos (alta Guipuzcoa) y á los oídos de los vizcainos solo suena bien en el estilo remontado del púlpito y si acaso en la poesía. Pero por extraña contradicción estos mismos literatos se atemperan en sus conversaciones á la práctica comun que suprime dicho tenso *re*, diciendo con mas elegancia, con más concisión y propiedad *gizonan*, *gizonan-a*, *gizonan-tzat*, *gizonan-tzako*, en vez de *gizonaren*, *gizonaren-a*, *gizonaren-tzat*, *gizonaren-tzako*, que alargan la dicción sin añadir claridad.

De igual modo por no haber comprendido que *nire*, *ire*, son simples cambios fonéticos de *niri*, *iri*, se creen obligados á escribir *nirea*, y *irea*, apartándose del lenguaje hablado que con mejor tino dice *niria*, *iria*, (sin exceptuar á los mismos literatos que hablan á su vez como el resto de las gentes; y allí donde los unos y los otros, literatos y no literatos, decimos: *eche*, *echia*; *zale*, *zalia*; *gosse*, *gossia*; *ardura*, *arduria*; escriben ellos, *eche*, *echea*; *zale*, *zalea*; *ardura*, *ardurea*; olvidándose del precepto de

Horacio y sin imaginarse que los indefinidos *sche, gosse, zale, ardura*, pueden ser á su vez, y son, en mi concepto, variaciones fonéticas de los primitivos *ech-i, zal-i, arduri*, etc.

Lo cierto es que nuestro labrador dice *layeta, layetan, layetia*, y no *loyetea: hurreta, hurretan, hurretia* y no *hurretea: garitza, garitza, y no garitsea: dirutza, dirutzia*, y no *dirutsea: ogita, ogitia; jokatse, jokatzia, luzetse, luzetzia; zerratse, zerratzia: egite, egitia*, etc. Añádase que los abstractos latinos en *ia* y *tia* como *patria, divitia*, etc., tienen un origen marcadamente euskaró, cual así lo hemos probado en otro lugar, y que la forma natural de nuestros artículo es *U* y su forma lógica *ia*.

Además es inegable que el signado de las voces vago é indeterminado en sus orígenes se precisa y determina á medida que crecen y se perfeccionan las lenguas de tal modo, que solo por su signado podemos adivinar la mayor ó menor antigüedad de una voz. Probémoslo con un ejemplo.

El indefinido *arrikari-a* significa actualmente el apedreador y la pedrada, y designa, por consiguiente, el agente y la acción; mas esta voz debe su signado á su indefinido *arrikari* que es el nombre propiamente tal, puesto que el artículo *a*, es una partícula de relación que sin alterar el signado del nombre, indica tan solo su tránsito de lo indefinido á lo definido. Pues bien, en la actualidad, aquella voz tiene dos indefinidos, el participial *arrikari* (apedreador) que designa el agente, y el sustantivo *arrikara* (pedrada), que designa la acción ejecutada. ¿Cuál de estos es el mas primitivo? Indudablemente el primero, esto es, *arrikari*, puesto que á él debe su signado el actual definido que designa ambas cosas, el agente y la acción.

Luego segun esto *arrikara*, de formación posterior, no es sino un simple cambio fonético del primitivo *arrikari* llevado á cabo por la lengua, precisamente para distinguir el agente de la acción, confundidos antes en un solo vocablo. Ha habido pues cambio de *i*, en *a*, y no viceversa de *a* en *i*, cual sucede al euskarizar las voces tomadas del castellano y del

latin *dantza, dantzia; trompa, trompia; coche, cochia; virtute, virtutia, &*

Y lo que decimos *arrikara, arrikari, arrikaria*, es aplicable á sus similares *adarkara, adarkari, adarkaria; ostikara, ostikari, ostikaria: ardura, arduri, arduria; ira, iria; nire, niria; ire, iria*; y en mi concepto á todas las voces castizas y puramente euskaras como *zale, zalia; gosse, gossua*, puesto que la *i*, que formara los pronombres *ni é i*, ha sido un día la característica de nuestros indefinidos como la *a* lo es de los definidos.

Por último, no dejaremos de señalar que la característica de genitivo posesor en el plural de nuestros definidos no es la sílaba *en*, como suponen los euskólogos, cual puede verse en la gramática de Campión, que sintetiza cuantos adelantos se han realizado en el estudio del Euskara, sino la misma *n* del singular, puesto que la *e* es un signo pluralizador comun al genitivo, dativo y otros casos, como se vé en la siguiente lista: singular, *gizona-n, gizonari, gizona-gaz, gizona-kin, gizona-gana*: plural, *gizon-en, gizon-e-ri, gione-gaz, gione-kin, giono-gana*, etc. Y como la mayoría de estas observaciones versan sobre las características de nuestra declinación, vamos á decir cuatro palabras sobre esta parte gramatical, que no puede ser bien conocida, sin conocer antes, la constitución interna de la palabra en que ha tenido su primer origen.

En efecto, la palabra humana, consta como sabemos, de dos factores ó términos, expresivos de los dos estados en que necesariamente deberá hallarse el Verbo en sus relaciones con el universo creado, su obra. Tales son, 1.º su pasividad, caracterizada por el indefinido *i*, imagen del Verbo *in posse*, esto es, tal y como le comprende nuestra imaginación antes de la aparición de los mundos por El creados; y 2.º su actividad caracterizada por el definido *a*, imagen del Verbo *in actu*, esto es, en plena actividad, en plena posesión y dominio del universo creado, su obra.

Pues bien, el nombre euskaró, cual la palabra *i, a*, en que se ha vivificado,

compónese, á su vez de dos factores, expresivos de aquellos dos estados en que necesariamente deberá hallarse el ser en sus relaciones consigo mismo, esto es, con el organismo su forma propia. Tales son, 1.º su pasividad, caracterizada por los indefinidos *í, ní, begí, seme, gizon*, etc. imágenes de los seres *in posse*, esto es, tal y como los comprende nuestra imaginación antes de su vivificación en el organismo, su forma propia; y 2.º, su actividad, caracterizada por los definidos *a, begia, semia, gizona*, imágenes de los seres *in actu*, esto es, en plena actividad, en plena posesión y dominio del organismo, su forma propia.

Su declinación consta á su vez de dos paradigmas, (Véase la Gramática de Campión), el de los indefinidos, imágenes de los seres *in posse*; y el de los definidos, imágenes de los seres *in actu*.

El primero, esto es, el paradigma de los indefinidos, compónese de tres términos ó factores, expresivos de los tres estados en que necesariamente deberá hallarse el ser *in posse* en sus relaciones con los demás seres del universo creado. Tales son:

1.º La pasividad, en cuyo caso suponemos que los demás seres actúan sobre el ser sugeto, como cuando decimos *me matas*. Hállase representado este caso llamado sugeto paciente por los indefinidos *í, ní, begí, seme, gizon*, vivificados, como sabemos, en la palabra *í*, imagen del Verbo *in posse*, y su primitiva característica.

2.º La actividad, en cuyo caso suponemos que el ser sugeto actúa sobre los demás seres, cual sucede cuando decimos *yo hablo*, atribuyendo el acto realizado á la actividad de nuestra alma. Fórmase este caso llamado sugeto agente por la adición á los indefinidos de la consonante *k*, característica de la actividad innata é inherente á todo ser, en la forma siguiente: *ik, ník, begik, semek, gizon-e-k*, (la *e* es eufónica y de ligadura).

3.º La recepción (llámasele dativo recipiente), en cuyo caso suponemos

que el ser sugeto recibe lo que los demás le dán ó comunican, cual sucede cuando decimos *me lo han regalado*. Fórmase este caso por la adición á los mismos indefinidos de la vocal *í*, característica de la pasividad del ser, condición obligada de toda recepción, del modo siguiente: *í-r-í, ní-r-í, begí-ri, seme-ri*, (la *r* es eufónica), *gizon-í*. En todos los demás casos y relaciones cualquiera que sea su número y categoría, el sugeto, esto es, el ser *in posse* ha de ser paciente, agente ó recipiente, cual se vé en *ní-gaz; í-gaz; níre-tzat*; (con destino á mí); *gizon-tzat*, etc.

Nota. Una cosa es la actividad y otra muy distinta su ejercicio ó sea el acto realizado; la primera es innata al ser, hállase *in posse* ó *in actu*, mas el ejercicio de la actividad y el acto realizado, solo pueden ser el atributo del ser *in actu*; y como la posesión por dominio es la obra de la propia actividad y el resultado de un acto realizado por el sugeto; resulta que la posesión por dominio solo puede ser el atributo de los seres *in actu*, y de ningun modo de los seres *in posse*.

He aquí por qué el indefinido euskaro carece de genitivo posesor, como carece de plural propiamente tal, cual así lo hemos visto en otro lugar.

El paradigma de los definidos, imágenes de los seres *in actu*, compónese á su vez de cuatro casos, expresivos de los cuatro estados en que necesariamente habrá de hallarse el ser *in actu*, en sus relaciones con los demás seres; tales son:

1.º Su pasividad en cuyo caso suponemos que los demás seres actúan sobre el ser sugeto, cual sucede cuando decimos *LO han matado*. Hállase representado por definidos *a, begia, semia, gizona*, vivificados en el segundo término de la palabra *a*, imagen del Verbo *in actu*, y caracterizados por este artículo.

2.º Su actividad que es el caso en que suponemos que el ser sugeto actúa sobre los demás seres, cual sucede, cuando decimos *ÉL lo mató*.

Fórmase este por la adición á los definidos de la consonante *k*, signo de actividad, del modo siguiente: *a-k*, *begia-k*, *semia-k*, *gizona-k*, etc.

3.º La posesión, en cuyo caso suponemos que el ser sugeto se halla en posesión de otros seres, como cuando decimos *la casa de Pedro*. Fórmase este caso llamado genitivo posesor, por la adición á los definidos de la consonante *n*, característica de sugeto posesor, del modo siguiente: *a-re-n*, (la sílaba *re* es eufónica y de ligadura); *begia-n*, *semia-n*, *gizona-n*.

4.º La recepción, que es aquel caso en que suponemos que el ser sugeto recibe de los demás algo que estos le dan ó comunican, como cuando decimos, *el maestro enseña á sus discípulos*. Fórmase por la adición á los mismos definidos de la vocal *i*, característica de la pasividad, condición previa y obligada de toda recepción, del modo siguiente, *a-r-i*, *begia-r-i*, *semia-r-i*, *gizona-r-i*, (la *r* es eufónica).

El definido euskaro está dotado de plural, del que tampoco carece en absoluto el indefinido, como así lo ha visto el lector en otro lugar.

Fórmase este por la adición al pronombre artículo *a*, característica de la materia sensible, de la vocal *e*, grito de la muger, instrumento de la reproducción, bien sea sola ó bien asociada á la robusta *k*, grito del varón, agente reproductor, y unida á esta consonante en la forma *ek*, emblema de los dos principios activo *k*, y pasivo *e*, que concurren á la misteriosa obra de la generación que multiplica los seres y los pluraliza. Espliquémonos.

Cuando la voz declinable debe de terminar en el signo pluralizador, cual sucede en el castellano *hombre-s*, y sucede también en nuestro sugeto paciente, asocia á la débil y fugaz vocal *e*, la fuerte y robusta *k*, á fin de imprimirle la consistencia de que necesita para evitar su pérdida y desaparición. Por el contrario, si el signo pluralizador ha de venir seguido de alguna de las características casuales que forman nuestra declinación,

entonces la lengua suprime la *k*, que es ante todo y sobre todo la característica del sugeto agente, y se vale tan solo de la vocal *e*, no solo porque su viabilidad en medio de dicción está asegurada, sino también porque la economía en la materia que es ley de la naturaleza, es también la ley del lenguaje.

Pero sucede que al unirse el pronombre artículo *a*, con el signo pluralizador *e*, *ek*, en la forma *a-e*, *a-ek*, produce el diptongo *ae*, cuyo hiato debe desaparecer en cumplimiento de las leyes fonéticas de la lengua que no tolera nada que rompa la armonía del sonido, como la naturaleza no tolera nada que rompa la armonía en la forma. Cuando tal sucede, esto es, cuando se rompe la armonía en la forma, la naturaleza tiende á recobrarla, bien sea por sustracción de materia (absorción) ó bien por adición de nueva materia (secreción), según así convenga á sus fines: (el caso provisional en las fracturas, asume ambos procedimientos). Cuando se rompe la armonía en el sonido la lengua á su vez tiende á recobrarla, bien por sustracción de materia, eliminación de letras, ó bien por adición, intercalación de letras. Pues bien, en el caso presente empleó ambos procedimientos para evitar el hiato del diptongo que se produce al unir el pronombre artículo *a*, con los signos de plural *e* y *ek*, como vamos á verlo, examinando el paradigma del definido. Héle aquí.

1.º Sugeto paciente. Singular *a*, *gizona*, *semia*, *begia*, etc. Plural *a-r-ek* en vez de *a-ek* (su forma primera y constitutiva); *gizona-k* en vez de *gizona-ek* (su forma también primera y constitutiva); *semia-k* en vez de *semia-ek*; *begia-k* en vez de *begia-ek*, etc. Aquí se ve que en el pronombre *arek* intercaló la letra de ligadura *r*, porque toda supresión era imposible, pues si hubiera suprimido la *a* habría perecido el pronombre, y si suprime la *e* hubiera carecido de plural, porque la *k*, que es característica de sugeto agente, solo se ha hecho signo pluralizador por su unión con la *e*. Por el

contrario en los nombres *gizona-k*, *semia-k*, etc. suprimió la *e*, sin que la *k*, perdiera el caracter pluralizador que habia adquirido por su unión con la *e*, en el pronombre *arek*, primer nombre definido de la lengua; y procedió así porque la intercalación de letra alargando el nombre hubiera impedido el desarrollo ulterior de la declinación sin darla mayor claridad, antes bien robándola. Obsérvese además que si el sugeto paciente recibe alguna de las características casuales *gaz*, *kin*, *gana*, etc. entonces la lengua suprime la consonante *k*, y solo se sirve de la *e* cual se ve en *gizona-gaz* (con el hombre), *gizone-gaz* (con el hombre), etc., lo que prueba una vez mas la elisión de la *e* en los plurales pasivos *gizona-k*, etc.

Las lenguas turanienses pluralizan á su vez los casos directos que corresponden á nuestro paciente y agente con la *k=i*, y los oblicuos que son todos los demás con la *i=e*, lo que demuestra que su signo pluralizador ha sido el euskaro *e, ek*. Continuemos.

2.º Sugeto agente. Singular *ak*, *gizonak*, *semiak*, *begiak*, etc. Plural *arek*, *gizonak*, *semiak*, etc. Lo único que debemos notar aquí es que la *k* en este caso ejerce las dobles funciones de signo pluralizador y de sugeto agente, y que este caso se confunde con el plural paciente y el activo singular; mas el verbo se encarga de establecer la distinción, cual sucede en las expresiones castellanas *yo soy*, y *yo hé ó tengo*, en las que el verbo determina la naturaleza activa ó pasiva del pronombre *yo*.

3.º Sugeto posesor. Singular *a-r-en*, los Guipuzcoanos de la parte baja dicen *ay-en* para distinguirlo del singular; *gizone-n* en vez de *gizonac-n*; *semie-n* en vez de *semiaac-n*; *begie-n* en vez de *begiaac-n*, etc. Aquí se ha suprimido la vocal *a*, sin que el nombre haya perdido su caracter definido y se ha suprimido la *k*, sin que deje de ser plural.

4.º Sugeto recipiente. Singular *a-r-e-r-i* (á ó para ellos) las dos *rr* son eufónicas; *gizone-ri* en vez de *gizonac-r-i*; *semie-r-i* en vez de *semiaac-r-i*,

begie-r-i en vez de *begiaac-r-i*, etc. Tambien aquí se ha suprimido la *a*, sin que el nombre deje de ser definido y se ha suprimido la *k*, cual sucede en el genitivo y siempre que el signo pluralizador *e* viene seguido de cualquiera de las características casuales.

De las consonantes L y R

Estas dos consonantes, las mas refractarias á nuestras análisis, componen con su matriz *n*, en que se han vivificado, el grupo de las palato-antérieures *n, l, r*, á la manera misma que la *p*, y la *b*, componen con la suya *m*, en que á su vez se han vivificado, el grupo de las labiales *m, p, b*, analizadas por nosotros en su lugar.

Y así como estas últimas son las onomatopeyas del primer tiempo de la succión, su tiempo pasivo, y de las modificaciones que sufre este acto en el curso ulterior de la lactancia; así tambien las palato-antérieures son y debian ser, dadas las analogías que median entre las unas y las otras, las onomatopeyas del primer tiempo de la deglución, su tiempo pasivo, y de las modificaciones que sufre este acto en el curso de la misma lactancia.

Las mismas concordancias se advierten entre las dentales *l, d*, onomatopeyas del segundo tiempo de la succión, su tiempo activo, y de las modificaciones que sufre este acto en el curso de la lactancia; y las guturales *g, k*, onomatopeyas del segundo tiempo de la deglución, su tiempo tambien activo, y de las modificaciones que sufre este acto en el curso de la misma función maternal.

De que signe que todas las consonantes aqui citadas se delinean y bosquejan, se marcan y señalan en la boca del niño que mama: las matrices en los primeros meses que siguen al nacimiento del niño, y cuando este se nutre tan solo del pecho de su madre, y las restantes en los periodos posteriores y cuando el niño comienza á gustar los primeros alimentos que le da su madre; pero no pueden ser proferidas por el niño sino en las épocas que hemos señalado, y en el orden mismo que hemos establecido, esto es, 1.º las labiales, contenidas y vivificadas en su matriz *m*, que el niño profiere en el primer periodo de la primera infancia; 2.º las dentales contenidas á su vez y vivificadas en su matriz *t*, que aquel profiere en el segundo periodo de la primera infancia; 3.º las palato-anteriores contenidas tambien y vivificadas en su matriz *n*, que el mismo profiere en el primer periodo de la segunda infancia; 4.º las guturales, contenidas asimismo y vivificadas en su matriz *g*, que el niño profiere en el segundo periodo de la segunda infancia, ó primera juventud.

La primera la *m*, es la onomatopeya característica del instinto de la propia conservación del niño en su primer periodo ó periodo *pasivo*, y la onomatopeya característica del instinto de la conservación del niño en la madre, principio tambien *pasivo* dentro de la doble personalidad humana. Anuncia en el lenguaje del niño la entrada de éste en la vida nutritiva, y su transformación en hijo *umc*; y anuncia en el lenguaje del adulto la entrada de la mujer *n=enc* en las funciones de maternidad, y su transformación en madre *ama*.

La segunda *t*, es la onomatopeya característica del instinto de la propia conservación del niño en su segundo periodo, ó periodo *activo*, esto es, en el niño activo é inteligente, *thathan*, *tholho*; y la onomatopeya característica tambien del instinto de la conservación del niño en el padre, ser ó principio *activo* é inteligente *ata*, *atha*, *aita*. Anuncia en el

lenguaje infantil el tránsito de la vida nutritiva del niño á su periodo *activo* y anuncia en el lenguaje de los padres la entrada del hombre en las funciones de padre *aita*, *atha*.

La *n* es la onomatopeya característica del instinto de la propia conservación del niño y de su vida nutritiva en el primer periodo de posesión por dominio, que es su periodo *pasivo*, puesto que el niño en esta edad aunque voluntarioso y lleno de deseos, solo puede poseer lo que recibe de su madre, y le concede ésta; y la onomatopeya además de la misma madre (*ne*, *ni*, *na*), despues del destete, que es el momento en que vuelven á despertarse en ella los instintos genésicos, ó sea el sentimiento instintivo de la posesión de un nuevo ser, á semejanza de lo que sucede con la jóven (*n*, *enc*, *nezka*), en su tránsito á la vida reproductiva.

La *g*, es la onomatopeya característica del instinto de la propia conservación y de la vida nutritiva del niño en el segundo periodo de posesión por dominio, ó sea su periodo *activo*, que es aquel en que comienza á procurarse con sus propias fuerzas los alimentos y demás objetos que apetece, (*gazte*) (jóven), y la onomatopeya en este mismo periodo del padre (*gurazo*) *ducho* y señor de su familia. Por donde se ve que los nombres que ha tenido el niño son por su orden *ume*: *thathan* ó *tsotso*; *nena* y *gazte*, y los de sus progenitores *ama*; *aita* ó *atha*; *ne*, *na*; y *gurazo* formados por las matrices *m*, *t*, *n*, *g*, la jóven nubil *n*; y el varon *k*.

En la prolación de la *m*, emitimos el sonido un momento antes de abrir la boca y separar los labios, de modo que el aliento espirado impedido en su libre salida por el obstáculo que le opone la boca cerrada en los labios, se ve obligado á retroceder para ganar la fosas nasales; y este grito en cuya prolación dirigimos el aliento hácia el interior, cual si de este modo quisiéramos designarnos á nosotros mismos á la manera misma que en la contaduría dirigimos hácia nosotros el dedo índice y

nos tocamos con él en el pecho para incluirnos en el número de los contados, es, como acabamos de ver, la onomatopeya y el nombre del niño *ume* que lo profirió ó sea de la persona del proferente, y la onomatopeya además de la madre *ama*, por razones que espusimos en su lugar y de que no nos debemos ocupar aquí. Y este grito es en el lenguaje hablado, la onomatopeya de la primera persona que es aquella que habla, y la misma que lo ha proferido. Consúltense las lenguas arias y turanienses, el *as-mi* sanscrito, *i-mi* turco, etc.

Por el contrario en la prolación de la *p*, emitimos el sonido al par mismo que abrimos la boca y separamos los labios, de tal modo que el aliento espirado al vencer el obstáculo que le opone la boca cerrada en los labios, sale al exterior bajo la forma y figura de un plano que se extiende, se dilata y ensancha, á medida que avanza en el espacio; y este grito en cuya prolación lanzamos el aliento hácia el exterior, y afuera, cual si de este modo quisiéramos designar algo que se extiende y dilata y avanza en el espacio, es la onomatopeya *pa, apa*, de que se sirve nuestro niño cuando quiere salir fuera de casa para pasearse y recorrer los campos. Y este mismo grito es en el lenguaje del adulto la onomatopeya de todo aquello que despierta en nuestra mente la reminiscencia de algo que avanza, bien sea en el espacio, ó bien en el tiempo. Consúltense en prueba de ello las voces castellanas *pais, paupas, páramos, plano, planicie, planeta*, etc.; las latinas *pagus, planus, planeta*, etc., y sus similares de las demás lenguas del grupo ario. En el mismo caso se encuentran las sánscritas *par, para, pal, palat, pari*, las griegas *peri, para, pero*, etc., las latinas *per, pre, pro*, etc., voces todas que envuelven la idea de algo que avanza, bien sea en el espacio ó bien en el tiempo. Véase en su lugar. Y como la idea de la prioridad de las cosas que pasan y la de antelación en su colocación ó posición, supone la idea de orden, he aquí que el latin

derivó de *pre, pri*, sus voces *prior, primus, primitivus*, que aluden al orden de colocación ó sucesión; como el sánscrito derivó su *palhamas*; el griego *protos*, etc. que aluden al orden en la sucesión de los seres y en la colocación de las cosas mientras que la unidad *un-us* alude á la profundidad, como cimiento y principio primero de las cosas y de los seres. Véase en su lugar. He aquí por qué el ordinal *primero* procede de una raíz distinta del cardinal *uno*, mientras los demás ordinales *tercero, cuarto*, proceden y son los derivados de los cardinales *tres, cuatro*, etc.

En la prolación de la *t*, matriz de las dentales, adviértese que procuramos retener el aliento en el interior de nuestra boca, cual si con esta mímica quisiéramos designar algo que está en ó dentro de nosotros, y este grito así emitido y nota además de acción y de sugeto agente es en nuestra purísima lengua la característica de sugeto agente de primera persona singular del presente de indicativo, y la misma que comunica su caracter activo á los pronombres subfijos de las demás personas del mismo presente; *do-t*, (lo he yo): *dauka-t* (lo tengo yo): *caitu-t* (os lo he): *dena-t* (te lo he): *dcutza-t* (se lo he): *dauka-zu* (lo teneis vosotros): *dauka-gu* (lo tenemos nosotros): *do-gu* (lo hemos nosotros): etc., *gu* (nosotros) *en* (vosotros), son pronombres pasivos. Este grito es además la onomatopeya y el nombre del niño que lo profirió *tsolso, thathan*.

Por el contrario en la prolación de la *d*, emitimos el sonido al par mismo que abrimos la boca y separamos la punta de la lengua de los dientes á que se hallaba arrimada, de tal modo que el aliento espirado al vencer la resistencia que le opone la boca cerrada en los dientes, sale al exterior de golpe y á manera de una explosión y este grito imitativo del ruido que se produce en el encuentro ó choque de dos cuerpos duros, y en cuya prolación espelemos el aliento hácia fuera como para designar algo exterior que está fuera de nosotros, cual sucede con las personas y

cosas de que hablamos, es en nuestra purísima gramática, la característica de las terceras personas pacientes del mismo presente *dau* (lo ha él); *d-o-l* (lo he yo); *d-a* (lo es él); *d-au-e* (lo han ellos); *d-aukez* (los tienen ellos); *d-aukaz* (los tiene él); *d-oda*; (los he yo), etc. ¿Es esto casual? Porque la *t* caracteriza la primera persona, y la *d* las terceras. Este pronombre afijo engendró las alemanas *der, die, das, dieser, dieses, diese*, las inglesas *the, they*, variaciones fonéticas de las anteriores, etc.

En la prolación de la matriz *n*, emitimos el sonido un momento antes de abrir nuestra boca y de separar la punta de la lengua del velo del paladar á que estaba apegada, de tal modo que el aliento espirado impedido en su libre curso por el obstáculo que le opone la boca cerrada en el paladar, se ve obligado á retroceder hácia el interior; y este grito en cuya prolación el aliento se dirige al interior, cual si con esta mímica quisiéramos designarnos á nosotros mismos, como lo hacemos cuando nos tocamos con el dedo en el pecho, es en las lenguas habladas, la onomatopeya característica de primera persona. Véase en su lugar. Y este grito es además, la onomatopeya y el nombre del niño que lo profirió, llamado por esta razón *nená*, la onomatopeya también de la madre después del destete, llamada en muchas lenguas *ni, na*, y últimamente la onomatopeya y el nombre de la jóven llamada en nuestra lengua y en las americanas *n*, y también *neka*.

En la prolación de la *l*, emitimos el sonido al par mismo que abrimos la boca y separamos la punta y el dorso de la lengua de la parte anterior del paladar á que estaba apegada, de tal modo que el aliento espirado al vencer la resistencia que le opone la boca cerrada en la parte anterior del paladar sale al exterior y se extiende y dilata á medida que avanza. (En prueba de ello pronúnciese la *l* repetida en la forma *la, la, la*); y este grito así emitido, es la característica de todo lo que despierta en nuestra

mente la reminiscencia de algo que se extiende y avanza, bien sea en el espacio ó bien en el tiempo.

Diganlo las voces euskaras *landa*, (la parte de afuera, el exterior, el país, la comarca, los campos). Dió su nombre al departamento de las Lanzas en Francia, así como á nuestros apellidos y nombres toponímicos *Landa, Landeta, Landeche, Landaxuri, Landaburu, Landazabal*, etc. *lau* (llano, llanura); *langu* (paño largo); *luxe* (estenso); de donde la latina *lux* griego *luke*, sánscrito, *laku* (ver), godo *liuhath*, alemán *luth*, etc. que aluden á la propiedad que tiene este fluido de extenderse y de ensanchar el horizonte, cual sucede con nuestra voz *argi* (luz), examinado en otro lugar: *luzaro* (por largo y dilatado tiempo); *luzter* (pronto y brevemente); *leu* (antes); *lengo* (de antes), etc.

Y como todo lo que avanza, bien sea en el espacio ó bien en el tiempo, envuelve la idea de la sucesión y la idea de orden, he aquí que aludiendo á esta idea derivó el pueblo euskaro de la voz *len* (antes), el ordinal *lenen* (primero); como el latín derivó de *pre, pri, prior, primitivus, primus*, cuyo signado dista del que tiene el numeral *unus*, que alude á la profundidad, tanto como el euskaro *lenen* dista del cardinal *bat* (uno), que á su vez alude á la profundidad, cimiento y principio primero de todas las cosas. De donde deducimos que al perder el latín las voces *lenen, bat*, que heredará sin duda de su padre el euskara, no olvidó la idea que las había vivificado, puesto que la vemos reproducida en *primus* y *unus*.

Agréguense á las voces aquí citadas las latinas *largus, longus, latus, lentus, leuca, linea, lumen, lux, lampas, lampare, limes*, etc.

Y este grito *l*, en cuya prolación dirigimos el aliento hácia fuera, como para designar algo exterior que está fuera de nosotros, cual sucede con las cosas ó personas de que hablamos, es en nuestra sin par gramática la característica de las terceras personas del modo subjuntivo de nuestra

conjugación, mientras que su matriz *n*, en cuya prolación dirigimos el aliento hácia dentro como para señalar nuestra propia persona, es en la misma gramática, la característica de la primera persona.

Ejemplo: *n-ei* (yo haya ó sea); *l-ei* (el haya ó sea); *l-ei-e* (ellos hayan ó sean); *n-cu* (yo haya); *l-cu* (el haya); *l-cu-e* (ellos hayan); *n-iltz* (yo sea); *l-iltz* (el sea); *l-iltz-az* (ellos sean); *n-ci-kian*, *l-ci-kian*, *n-cu-ka*, *l-cu-ka*, *n-iltz-ke*, *l-iltz-ke*. De este pronombre *l*, afijo aun en el euskara nacieron los libres del latin *ille*, *alius*, *aliquid*, los castellanos *el*, *la*, *lo*, *le*, con sus plurales, *aquel*, *allá*, *acullá*, etc., los franceses *il*, *elle*, etc. como de nuestro pronombre tambien subfijo *d*, nacieron los libres latinos *iden cadem*; los del aleman *der*, *dic*, etc., los ingleses *the*, *they*, etc., á la manera misma que del muñón del feto salen la mano y los dedos libres del adulto.

En la prolación de la *g*, característica del varón dueño y señor de la familia, adviértese que procuramos retener el aliento dentro de nuestra boca, cual si quisiéramos remedar el acto mismo de la deglución de que es onomatopeya y á cuyo favor nos hacemos los dueños y poseores del alimento deglutido y nos lo asimilamos á nuestro organismo. Y este grito imitativo de algo que nos asimilamos á nuestro propio organismo y forma *ipso facto*, parte integrante de nuestro mismo ser, es en la misma gramática interesante por tantos conceptos la característica de primera persona plural *geu*, *gu*, (nosotros), cuyo signado es «yo con mi familia y cuanto me pertenece.» De él nació el *ego* greco latino, y se formaron además el *vos* latino, el *was* sánscrito, etc. Véase en su lugar.

En la prolación de la *k*, espelemos el aliento hácia fuera, cual si quisiéramos imitar el acto de rechazar ó apartar algo que siendo nuestro, nos enoja y desagrada *kendu* (quitar, rechazar); *ke* (humo); *keriza* (sombra, oscuridad); *kaka*, *kakatu*, etc., ó quisiéramos imitar el acto de apresar algo que nos pertenece ó debe pertenecernos de donde *kate* (cadena);

katigau (encadenar); *katu* (gato); *kako* (garfio); de donde *Caco* Dios de los ladrones, llamados tambien garfios ó ganguas; las latinas *catena*, *catenare*, *capere*, *carcer*, *catus*, etc.

Pues bien, este grito, característica en la primitiva lengua de varón, sugeto agente, y característica en nuestra gramática de varón y de sugeto agente, en cuya prolación dirigimos el aliento hácia fuera, como para indicar algo exterior que está fuera de nosotros, cual sucede con la persona a quien hablamos, es en la misma gramática la característica de sugeto agente de segunda persona varón; ejemplo: *do-k* (lo has tu varón); *deutza-k* (se lo has tu varón); *dauka-k* (lo tienes tu varón); *ja-k* (se te es á tí, varón); *deu-k* (te lo ha á tí varón); *entzui-k* (óyelo tu varón), *jo-k* (él ó aquel lo ha á él óyelo varón, etc.).

Nota.—En nuestra lengua las personas recipientes son consideradas como los agentes ó móviles indirectos de las acciones ejecutadas y de las noticias comunicadas.

Como se vé por las análisis anteriores la formación de las voces *landa*, *luz*, *len*, y del pronombre *¿* por medio de esta letra que quisiéramos reconstruir, no es casual, si no que tiene su razón de ser, en que los gritos son de hecho las onomatopeyas de todo lo que despierta en nuestra mente la reminiscencia de las formas ó figuras que traza nuestro aliento en su prolación como así lo hemos visto en otro lugar. De que se sigue que el grito ó sonido tiene su mimica mas espiritual, pero no menos real que la del cuerpo, puesto que con él podemos designar nuestra persona, lo mismo que con el dedo, y podemos designar los objetos exteriores lo mismo que lo hacemos con el brazo estendido, etc. Pasemos á otra cosa.

El grito señala como digimos en su lugar, las diversas fases porque pasa la familia humana para su definitiva consolidación, y aquellas otras porque ha pasado para la suya, el globo que habitamos. En este concepto

sabemos que la *m* señala en la vida humana el tránsito del niño recién nacido *O*, á la vida nutritiva y á la alimentación lactea ó líquida *m*; la *p*, á la semilíquida, representada por las primeras papillas; la *b* á la sólida y blanda (pastas, bollos): la *t*, á la sólida, fuerte, resistente y elástica: la *d* á la sólida, fuerte, resistente y dura. Y la misma *m* señala en la naturaleza el tránsito de la nebulosa *O*, del estado gaseoso al líquido *m*: la *p* al semilíquido: la *b* al sólido pero blando: la *t* al sólido, fuerte, resistente y elástico: la *d* al sólido, fuerte, resistente y duro.

Por el contrario la *n*, señala el tránsito de la joven al periodo de la pubertad y á la vida reproductiva que se anuncia por la aparición de los primeros menstruos: la *l*, el estado del embarazo, durante el cual se hinchan, se esponjan y lubrican los órganos del aparato generador de la mujer, y se entumescen sus mamas: la *r*, las roturas que sufren sus entrañas en el momento del parto: la *g* y la *k* el tránsito del varón fuerte, robusto y de sólida y dura armazón, al periodo de la pubertad, y á la plenitud de su vida.

Y la misma *n*, señala en la naturaleza la aparición de los primeros mares y la aptitud de la tierra para la vida reproductiva; ó lo que es lo mismo, el tránsito de aquella primitiva atmósfera cargada de humedad, y saturada de sales terreas, del estado gaseoso al líquido (*n*): la *l*, el primer sedimento que se formó en el fondo de aquellos mares; esto es, el tránsito de las sales terreas disueltas en dichas aguas del estado líquido al semilíquido ó de líquido espesado, (limo, legamo, lodo): la *r*, las roturas que sufrió la costra sólida de la tierra á consecuencia de las primeras erupciones volcánicas: la *g* y la *k* el levantamiento de las montañas y la formación de la costra sólida de la tierra que habitamos, que sustenta los cerros que produce y los mares que retiene en sus cauces.

Por donde se vé que la formación de las voces *limo, legamo, lodo*, con

la onomatopeya del primer tiempo de la deglución, la consonante *l*, no es casual sino que tiene su razón de ser y su razón fisiológica en dicho tiempo que es aquel durante el cual trasportamos desde el paladar á la garganta los alimentos que deben ser deglutidos lubricados por la saliva y transformados por la masticación en una sustancia glutinosa semejante por sus caracteres físicos á las sustancias designadas con aquellas voces.

El mismo origen reconocen las euskaras *li-ak* (sedimentos), de donde las sánscritas *li* (disolver); *lis, layan* (fusión): la griega *luere*: latin *luerc, liquor, limus*: *li-kin* (pegajoso, glutinoso, viscoso): *li-kach* (id): *lizun* (mohoso): *lika* (viscosidad), de donde la latina *ligare*, la greco latina *lienteria*: *leun* (suave), de donde *len-is, le-vis*: *lirain* (esbelto, airoso, ligero): *legar* (barrizal), de donde la castellana *legamo*: *loi* (lodo), *loitu* (enlodarse); de donde *lutum=loi-tu-m*: *luban* (resbaladizo), de donde la latina *laban-s* con sus similares *labor, aris lavare*, etc.: *ba* (suelo): *labandu* (resbalar y resbalado): latin *labatu-m* (en desuso) con otra multitud de voces.

El sedimento antes de precipitarse enturbia los líquidos y les roba su transparencia; las nubes y las nieblas roban á su vez la suya á la atmósfera; *laño* (las nubes y la niebla): *lajuso* musarañas ó nubecillas que se ponen ante los ojos, y roban á la visión su transparencia; de donde la griega *lenkos*; *lansotu* anublarse la vista por cataratas, manchas de la cornea y demas trastornos que roban su transparencia al ojo: el agua al solidificarse se convierte en hielo; *leija* (hielo); la sequedad endurece y resquebraja la blanda y húmeda tierra, *leor, ligor* (seco) *learra* la sustancia con que se cuaja la leche para hacer quesos etc.

Los alimentos transformados en sustancias glutinosas se apegan, se adhieren y se agarran, á las paredes de la boca, embarazan el libre juego de sus órganos, y limitan sus movimientos; para desprenderlos aplicamos la punta de la lengua por su dorso al paladar y mediante una compresión

graduada los desalojamos de su sitio, los aprisionamos entre la lengua y el paladar y á favor de movimientos bien combinados los trasportamos á la garganta. Pues bien todos estos movimientos se reflejan en su onomatopeya *l*, para cuya prolación doblamos la lengua por su punta, aplicamos el dorso de esta á la parte anterior del paladar, cerrando la boca en este punto, y en esta disposición y apegando la punta de la lengua al velo del paladar y ejerciendo cierta compresión sobre este órgano emitimos el sonido al par mismo que desdoblamos la lengua separándola del paladar y al par tambien que abrimos la boca. He aqui el origen de un sinnúmero de voces estrechamente enlazadas con las arriba citadas.

Tales son entre muchísimas otras *laba*, los metales fundidos que se depositan en el fondo del crisol ó del horno y se llama tambien así el horno mismo, y las materias igneas que salen de las entrañas de la tierra y del fondo de sus volcanes *ba* (suelo, fondo): *lapa* (el marisco que vive agarrado á las peñas): *pa=ba* (suelo): *lamperna* (otro marisco): *lapach* la hierba *lampaza* que se adhiere á nuestras manos, lo mismo que al vestido, de donde su nombre castellano; de aqui tambien *lamparon*: *larra* (la zarza que se agarra á todo y tambien el pasto): *be-larra* (la hierba que se agarra al suelo): *be* (suelo): *lakatz* (el erizo de la castaña, la cubierta que aprisiona el grano): *larru* (la piel que cubre el cuerpo): *lakana* (castellano id., agrupa, reúne y aprisiona los granos de que está formado): *leka*, las vainas de los guisantes, de las habas y habichuelas, de donde la latina *legumen*, *legere*, *lex*, y como lo encerrado permanece oculto *late*, *latere*: euskara *leza* (abismo): *lakua* el palillo que sujeta el yugo con la carreta, y todo lo que sirve para atar, de donde la latina *laqueare*, *laqueus*: *lats* (áspero, que se agarra); de donde la castellana *lazo* y las latinas *lacio*; y *lacero*: *latza* ó *laratza* (llares del hogar): latin *lares*: Dioses del hogar; *lapur* (ladrón); latin *latro*, que agarra y apresa cuanto

puede: de donde los nombres de los animales de presa *leo*, *lacertus*, etc.: *lagun* el cariñoso amigo á quien nos unen los lazos de la amistad; latin *lacus*, *lacuna*, formados por aguas aprisionadas: *lo* atadura; *lotu* (atar); *lorum*. (la correa con que se ata): la vergüenza embarazada, *lotza*; latin *ludus*: el sueño ata los sentidos, *lo* (sueño, dormir); latin *letum* (muerte, esto es, sueño eterno); *lotos*, planta que hace dormir; *leteo*, rio del olvido, *letargo*, etc.

Durante dicho primer tiempo, saboreamos los alimentos, los paseamos por el paladar, los exprimimos y espachurramos para gustarlos mejor, *Libare*, *Libitum*, *Lac*, *Tis*, *Galactos*, *Leto*, *Letificare* y aludiendo á los excesos en la mesa y á sus consecuencias *Lurcari*, euskara *Lertu* (comer con exceso y hasta reventar): *Lar* (mucho), *Larregi* (demasiado, con exceso): *Larri* (angustia), etc.

Si ahora tenemos en cuenta aquellas analogías entre las funciones nutritivas y las reproductivas, entre la deglución y la fecundación, fácil nos será sorprender el origen de las voces latinas *Lubricus*, *Lupari*, *Lupa*, *Luxuri*, *Lenare*, etc., á las que pudieramos añadir no pocas de nuestra lengua, que el lector puede registrar en los diccionarios.

Ahora bien, la lengua es el órgano con que trasportamos los alimentos desde el paladar hasta la garganta, y en razón de las funciones que desempeña en este acto de que *l*, es onomatopeya, fué llamada así; y en latin *Lingua*, de donde *Lenguaje*, *Lingüística*: es tambien el órgano de la palabra y por iguales razones el acto de hablar se llamó *Loqui* en el latin: *Logein* en griego y *Lapas* en sánscrito: el discurso *Lages* en griego y *Lapas* en sánscrito: en el euskara *mintatu* (hablar); *min* (lengua), llamada así por ser un órgano carnoso, musculoso: en griego *μῦος* (músculo).

La lengua es tambien el órgano con que se *Lame*: sánscrito *Lih*

(lamer); griego *Leicho*; latin *Lingo*; alto alemán *Licchon*; anglo sajón antiguo *Liccian*; godo *Laigo*; alemán *Lecken*; inglés *to lick*; lituano *Lesu*; ruso *Livu*; céltico irlandés *Ligh*; gaelico *Ligham*; euskaro *miastu* (lamer), de *mi min* (lengua). Con la *Lengua* se chupan los *Labios*: latin *Labia*.

El primer tiempo de la deglución se compone como hemos visto de una serie de actos y de movimientos combinados, cuyo conjunto constituye lo que con mucha propiedad podemos llamar la labor preparatoria de la deglución y en razón á esta circunstancia las múltiples y variadas labores á que *á natura* vive sujeto el hombre para procurar el sustento y cumplir su destino, fueron llamadas por el pueblo euskaro con el nombre genérico de *lan*, latin *labor*, y como cada ser pasa por iguales trabajos para cumplir su destino, el pueblo latino llamó *labores uteri* á los hijos: *solis lunæque labores*; á las eclipses, etc. He aquí por qué *l* es en nuestra arcaica gramática (y pudiéramos añadir que aun en la latina) una característica de acción, de movimiento y de sugeto agente y de la forma y modo como se efectúan aquellas acciones y movimientos.

Ejemplos: *entzuen-le* (oídor); *eu-le* (tejedor); *egille* (hacedor); de *entzun eun* (lienzo); *egin* (hacer); *¿no-la?* ó *¿no-lan?* (¿cómo?); *¿ze-la?* ó *¿ze-lan?* (id.); esto es, qué ocupación ó labor: *nor* (qué, quién); *zer* (qué); *a-la* ó *a-lan* (de aquel modo, y lit. en aquella ocupación); *a* (aquel); *one-la* ú *one-lan* (de este modo, ó en esta ocupación); *on*, *oni*, *onek* (este); *orre-la* (de ese modo); *ori* *orr-ek* (ese):

La *r* tan afín á la *l*, tiene un signado semejante, pero indica además movimiento de traslación.

Ejemplos. *linari*, *malluari*, *arrikari*, latin *ripnarius*, *gladiarius*, etc. esplicados en otro lugar: *jokacre*, latin *jocare*; *egiera*, latin *ag-ere*; *azi-era*, latin *fac-ere*: esplicados tambien en otro lugar: *gnora?* (¿á dónde?), *non*,

nun (dónde, en dónde); *a-ra* (allí, esto es, á aquel lugar); *a-n* (allí, en aquel punto); *one-ra* (aquí á este punto); *on* (este, aquí); *aurro-ra* (adelante); *aurr* (adelante); *atze-ra* (atras); *atze* (atras); *ecko-ra* (á casa); *mendirra* (al monte); *eche* (casa); *mendi* (montes), etc.

Por último, *l*, es un grito de alegría; euskaro *alai*: latin *alacritas*: y es además entre los gritos humanos el que mejor se presta á las melodías del canto; consúltese el popular *tarala*, *la la lá*; y la expresión euskara *betiko leloa* (el sononete de siempre); y últimamente aquel de que se ha servido el hombre de la naturaleza para expresar sus alegrías y pesares, por medio del canto, y para alabar á Dios *laudare*, *laus*. Consúltese en prueba de ello el *alchuya* de los salmos, el *lelili* de los árabes, y consúltese tambien lo que dice Sanchez Calvo del canto euskaro *lelo il lelo*, y de sus relaciones con el canto griego de *Linos*, con el *alchuya*, etc.

FIN.

FÉ DE ERRATAS.

Prólogo, página II, línea 15 dice *citado* léase *estado*.

- Página 14, línea 37 dice *es el* léase *en el*.

Página 40, línea 15, dice *joka-azu* léase *joka-ozu*, por impresión léase *supresión*; línea 20 la *f* léase la *l*.

Página 41, línea 2 *tru* léase *tu*; línea 5. *impresión* léase *supresión*: línea 7 *argui-dozu* léase *argui-dozu*: línea 8 *argui-ozu* léase *argui-ozu*: línea 9 *argui-zu* léase *argui-zu*.

Página 43, línea 17 *personas* añádase *menos en la 1.ª*

Id. 52, línea 24 *al suyo em eme* léase *ed ede*, (expansión, esparcimiento de ánimo)

Página 72, línea 1.ª *en unión* léase *por la unión*.

Id. 131, línea 4, *sus pies* léase *sus manos* y añádase, *y se apoya en todo lo que encuentra al alcance de sus pies*, línea 6, *procurará* léase *procura*.